

ESTELLE MASKAME

you CONTADO POR TYLER

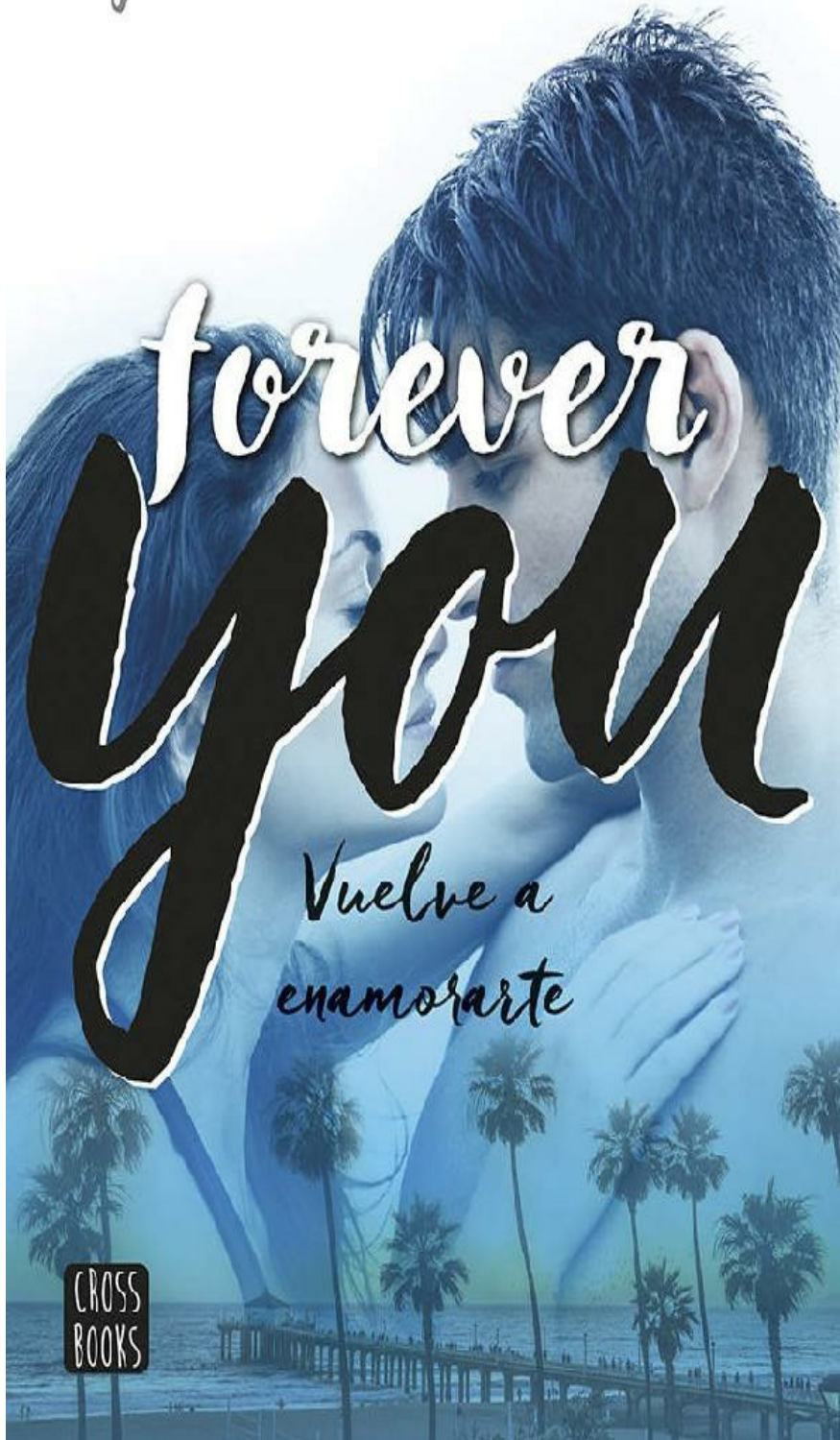
forever
you

*Vuelve a
enamorarte*

CROSS
BOOKS

ESTELLE MASKAME

you CONTADO POR TYLER



CROSS
BOOKS

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Una novia alucinante, un coche imponente, una vida llena de fiestas y admiración: parece que no le falta ni un detalle para una vida deslumbrante. Pero Tyler se siente roto, y sólo él sabe el motivo. Una realidad dramática que oculta a todo el mundo, aunque esté destrozándole por dentro. Hasta que Eden aparece y todo estalla en mil pedazos. Ella es la única capaz de ver más allá de las apariencias, de atravesar la imagen de chico malo, de descubrir su vulnerabilidad. Y eso es algo que Tyler no se puede permitir...

FOREVER YOU

Estelle Maskame

Traducción de Cristina Carro



*Para mis increíbles lectores,
esta historia es para vosotros.*

Hace cinco años

Noto la muñeca rígida cuando me paso la mano por el pelo, mojado y despeinado tras haber pasado una hora en la bañera, donde hundía la cabeza en el agua de vez en cuando para contar cuántos segundos podía aguantar la respiración. Mi récord es noventa y tres, pero ojalá fuera más.

Me siento en el borde de la bañera y alcanzo los analgésicos que están en el lavabo. Quedan pocos, espero que mamá compre más, y pronto. Saco dos y me los pongo en la mano; cierro el puño en torno a ellos mientras me inclino para servirme un vaso de agua. Trago el primero, el segundo, y luego vacío el agua que me ha sobrado en el lavabo.

Me miro el hombro. Tengo una rozadura en el omóplato, pero ya no sangro. Debajo del corte reciente empieza a formarse un moratón, una mezcla entre lila y azul. Lo pellizco con los dedos y me pica, es como un dolor sordo bajo la piel. Podría coger algo de hielo en la cocina, pero tendría que pasar por el salón y lo último que quiero es que me vean. Son más de las once. Ya debería estar dormido. Mañana tengo clase.

Me pongo de pie y escondo los analgésicos que quedan en el armario de encima del lavabo, en el fondo del penúltimo estante, que es lo más alto que alcanzo. Sé que los necesitaré mañana. Cuando cierro la puerta del armario, mi reflejo vacío me mira desde el espejo, y es entonces cuando noto el pequeño corte que tengo en el labio inferior. Me acerco al espejo y cojo el labio con el pulgar y el índice para examinarlo mejor. No soy capaz de recordar cuándo me lo hice, pero no es reciente, así que no ha sido esta noche.

Sacudo la cabeza y me aparto del espejo. No importa cuándo me lo haya hecho porque, en cuanto se cure, aparecerá otro en su lugar. Igual que habrá

más sangre, igual que habrá más moratones.

Contemplo mi reflejo, los ojos inexpresivos y hundidos, los hombros caídos y los labios fruncidos en una mueca permanente. Apoyo una mano en la frente y me aparto el flequillo para dejar a la vista un profundo corte paralelo a la línea de nacimiento del cabello. Está tardando una eternidad en curarse y me empieza a preocupar que vaya a quedar cicatriz. Rápido, vuelvo a peinarme hacia abajo, para tapar el corte, y me aparto del espejo.

Cojo la camiseta y me la pongo. Hay una hilera de moratones marrón claro a lo largo de la parte baja de la espalda que necesito esconder, así que ir a pecho descubierto no es posible. Siempre hay algo nuevo que ocultar. Me enfundo unos pantalones cortos, tiro la toalla en la bañera vacía y me miro por última vez en el espejo antes de salir del baño. No hay nada a la vista, así que todo en orden.

Con cuidado, empujo la puerta unos centímetros y, sigiloso, avanzo por el pasillo. No hay luces encendidas y está oscuro. Puedo oír el sonido de la tele que proviene del salón y las risas de mis padres ante lo que estén viendo. Me mantengo silencioso mientras sigo avanzando hacia la escalera, pero, al acercarme, veo que la puerta de la sala está entreabierta y, en vez de desaparecer escalera arriba, que es lo que debería hacer, me aproximo y echo una mirada por la rendija.

Mamá y papá están en el sofá con los cuerpos entrelazados. Él la tiene cogida en el regazo, la abraza, su barbilla reposa sobre la cabeza de ella. Aunque se está riendo, mamá parece cansada. Justo cuando estaba encerrándome en el baño para meterme en la bañera, ella acababa de llegar de la oficina.

Me aparto del salón y voy deprisa hacia la escalera, subiendo los peldaños de dos en dos. La alfombra amortigua mis pasos y los hace casi inaudibles. La puerta de mi habitación está completamente abierta, la luz encendida, pero me detengo un segundo para echar un vistazo en el cuarto que está a mi derecha: el de mis hermanos.

Observo la habitación en penumbra mientras los ojos se me acostumbran a la oscuridad. En la cama de la izquierda, mi hermano pequeño, Chase, está dormido. Tumbado boca abajo, tiene la cara aplastada contra la almohada y una pierna colgando fuera del colchón. En la cama de la derecha, Jamie ronca suavemente. Tiene un chichón amoratado en la frente que se hizo hoy,

cuando otro niño del equipo de béisbol de su clase —curso cuarto de primaria — le dio con el balón en la cara sin querer.

Ojalá mis moratones también me los hubieran hecho por accidente.

Salgo de la habitación arrimando la puerta sin cerrarla del todo. Chase todavía tiene miedo de la oscuridad y le gusta que quede entreabierta. Así que dejo una pequeña rendija de seguridad y luego me dirijo a mi cuarto.

Está exactamente como lo dejé. Los deberes de mates tirados por el suelo, un montón de papelotes inútiles para entregar la semana que viene. Uno de los folios está roto en tres trozos desiguales. Es el que contiene la ecuación en la que me quedé atascado. Pero parece que un solo error es demasiado, incluso aunque no sea más que álgebra de primero de secundaria. Tengo que corregirlo mañana y luego rezar como un condenado para que todo esté como él quiere.

Recojo los papeles y los guardo en la mochila, luego apago la luz y me meto en la cama. Pero me duele todo, así que me contraigo y suspiro mientras me vuelvo hacia el lado derecho. Me tapo del todo con el edredón y me quedo tendido a oscuras durante lo que parece una eternidad, con la mirada perdida en la pared. Siempre tardo un montón en dormirme.

Levanto la mano derecha y la mantengo en el aire. Flexiono los dedos, luego hago movimientos circulares con la muñeca tres veces. Debería hacer esto varias veces al día, pero siempre se me olvida. Después de llevar la muñeca escayolada durante cuatro semanas, está superrígida. Igual aún tarda un tiempo en curarse del todo.

De repente oigo pasos en la escalera así que bajo la mano al instante y cierro los ojos para fingir que estoy dormido. Hago esto casi todas las noches, así que se me da bastante bien. Incluso abro un poco la boca y simulo una respiración más profunda.

La puerta se abre y hay un momento de silencio en el que él permanece inmóvil durante unos segundos antes de entrar. Sé que es él. Siempre es él.

Entra y cierra la puerta casi sin hacer ruido. Por un momento, no se oye más sonido que su respiración, y luego empiezo a sentir cómo se mueve despacio por mi cuarto. No sé qué está haciendo, pero, a pesar de la curiosidad, reprimo las ganas de darme la vuelta y abrir los ojos para comprobarlo; no voy a arriesgarme, así que me quedo lo más inmóvil que puedo.

Oigo cómo revuelve entre mis cosas, supongo que está hurgando en la

mochila porque oigo ruido de papeles, y después de lo que ha pasado antes, parece probable que esté buscando los deberes de mates. Otra vez silencio. Más sonido de búsqueda. Un largo suspiro que suena casi como una queja.

Y luego habla, dejando que su voz rompa el silencio. Habla bajito, en un susurro: «Lo siento, Tyler».

No tengo claro si piensa que estoy dormido o que estoy despierto, lo que sí sé es que dice que lo siente un montón de veces. Y también es obvio que no lo siente. Si lo hiciera, no tendría que decirlo otra vez mañana, y pasado. Me da miedo pensar que siempre va a haber algo por lo que disculparse.

Sigo completamente inmóvil, porque cuanto antes se convenza de que estoy dormido, antes se irá. Creo que se lo ha tragado porque no ha dicho nada más. No creo que se haya movido, y no sé en qué parte de la habitación está.

Pasan un par de minutos en los que no ocurre nada y me centro en la respiración, y en rezar para que se vaya. Y luego hay más pasos, que son difíciles de oír sobre la alfombra, y después se abre la puerta y por último la pausa final. Él suspira otra vez, pero ahora suena enfadado, pero no sabría decir si conmigo o consigo mismo. Creo que conmigo. Normalmente es conmigo.

La puerta se cierra y él se va.

Suspiro aliviado y abro los ojos. Al menos sé que, esta noche, ya ha pasado todo. Ahora puedo descansar un poco; aunque no lo haré, hace meses que no duermo de un tirón. Me despertaré dentro de unas horas, me quedaré mirando el techo un rato antes de dormirme, y luego vuelta a empezar.

Aun así, aunque nunca puedo dormir bien, esta es la mejor parte del día. El momento en el que sé que, durante siete horas, estaré a salvo. Me gusta esa sensación, pero también odio ser consciente de que mañana tendré que pasar por todo esto otra vez.

Mañana, tendré que ir a clase y hacer como que no pasa nada delante de todo el mundo.

Mañana, tendré que hacer lo posible para que mamá no vea las heridas de esta noche.

Mañana, aparecerán nuevos moratones y nuevos cortes.

Y todos ellos serán obra de papá.

Ahora

Alguien me ha echado algo en la cerveza. No sabe como hace diez minutos. Cierro un ojo e inclino el borde de la botella hacia mí para mirar dentro e intentar averiguar si han mezclado alguna otra bebida sin que yo lo viera. Me llega un fuerte olor a ron. Echo un vistazo a la cocina. Jake está allí, de espaldas a mí, inclinado sobre la encimera, mezclando un montón de bebidas diferentes como si fuera un barman superexperto. Odio a ese puto gilipollas.

—¿Qué pasa?

Miro a Tiffani. Lleva cinco minutos tumbada sobre mí con sus largas piernas desnudas dobladas sobre mis rodillas y la cabeza descansando en mi brazo. Ha estado acariciándome el pecho con las uñas en lentos movimientos circulares, pero hasta ahora no me había dado cuenta de que había parado. Levanta la cara para mirarme y sus brillantes ojos azules me estudian a través de unas espesísimas pestañas que ayer no existían.

—Jake piensa que es graciosísimo echarme ron en la cerveza —le digo, y luego hago una mueca molesta mientras dejo mi botella en la mesita de al lado del sofá—. Ven aquí —le pido sacando el brazo de debajo de ella y pasándoselo por los hombros mientras la acerco más a mí.

Apoya la cabeza en mi pecho y estoy completamente seguro de que me va a dejar medio kilo de maquillaje en la camisa, pero no me importa porque estoy ocupado mirándole las piernas. Muevo la mano que tengo libre hacia su rodilla, luego la deslizo por la piel suave de los muslos. Su diminuto vestido negro es demasiado corto y demasiado ajustado, pero no tengo intención de quejarme.

—¿A qué hora tenemos que salir?

—Yo diría que a las once —contesta, pero sé que está a otra cosa, porque

me busca la mano y pone la suya encima. Despacio, la sube por su muslo, debajo del vestido. Llego a tocar el lazo de su ropa interior y cuando bajo la vista para mirarla, deja escapar una risita mientras se inclina hacia mí y me acaricia la oreja con los labios murmurando—: ¿Te quedas esta noche?

Solía encantarme eso que hace con la voz, cuando la baja hasta un susurro que me habría vuelto loco hace un año o dos, pero ahora ya no. Lo único que pretende es intentar mantenerme enganchado con la promesa del sexo.

El caso es que, sea lo que sea, ya no funciona. Me enderezo un poco y la coloco bien encima de mi regazo. Tengo una mano aún en su cadera, bajo el vestido, y con la otra aparto su rubia melena hacia un lado para poder besarle el cuello. Ella inclina la cabeza hacia atrás mientras me pasa los dedos por el pelo con los ojos entornados. Siento su piel bajo los dientes al dejarle mi marca de la casa. Tiffani siempre está diciendo que odia los chupetones, pero nunca intenta pararme, así que discrepo.

De repente, se aparta, se desprende de mí y se levanta, y mientras se arregla a toda prisa. Con el ruido de la música que Jake pone en los altavoces de la cocina, no he oído abrirse la puerta de la entrada. Tiffani sí y por eso ahora está dejando su bebida en la mesita del café y estirándose el vestido para intentar que le cubra un poco más de muslo. La verdad es que apenas le tapa el culo.

—Mamá —farfulla mientras da un par de pasos con los pies desnudos por el suelo de madera—, pensé que habías dicho que trabajarías hasta tarde.

—Son las ocho y media —declara Jill. Un archivador negro permanece pegado a su pecho mientras avanza con los tacones repiqueteando en el suelo de la cocina—, ya es tarde.

La mujer esboza una mueca de desagrado cuando mira alrededor. Primero a la hilera de botellas de alcohol sobre la encimera, luego a Jake, que se inclina presuroso a bajar el volumen de la música, y por último a Tiffani.

—No me dijiste que ibas a invitar a unos amigos.

Tiffani todavía intenta tirar del vestido hacia abajo, y es que si hay una cosa que se pueda afirmar sobre su madre es que, ahora mismo, no está nada contenta.

—Porque pensé que nos habríamos ido cuando tú llegaras —contesta encogiéndose de hombros.

Tiene los brazos cruzados sobre el pecho en un obvio intento de esconder lo expuesto que está su cuerpo con ese vestidito.

—Y ¿adónde tenéis pensado ir? —pregunta Jill en ese tono seco que siempre parece tener.

En los tres años que llevo saliendo con Tiffani, no creo que haya visto nunca a su madre esbozar una sonrisa. Es la típica cabrona estirada. Igual que su hija.

—Hay una fiesta —informa Tiffani haciendo un mohín—, pensé que podíamos estar un rato por aquí hasta que fuera la hora de ir porque, bueno, ya sabes, no se puede llegar pronto a las fiestas. Queda fatal.

—Bien —dice Jill, pero su tono de voz arisco deja claro que está lejos de parecerle «bien» que estemos aquí—. Baja la música. Tengo un dolor de cabeza terrible.

La mujer se frota las sienes como para demostrarlo, luego se coloca el pelo detrás del hombro y se vuelve hacia la puerta. Mientras sale, me lanza una mirada de disgusto entornando los ojos y yo levanto la mano y le devuelvo el saludo. Sonrío, básicamente porque sé que la cabrea.

A ver, a la madre de Tiffani no le gusto. Eso lleva siendo así desde la primera vez que me vio, cuando su hija y yo no éramos más que amigos. Incluso entonces, no quería que su niña estuviera cerca de un chaval como yo. Pensaba que yo era una mala influencia, lo cual supongo que, en cierto modo, es verdad. A lo largo de los años su antipatía por mí se transformó en un claro desprecio, cosa que la mujer nunca se molestó en disimular. Pero no le doy mucha importancia a nada que tenga ver con Tiffani, así que imagínate lo que me importa su madre. Además, sé que esta relación no va a ningún sitio, así que paso del rollo ese de ganarme a los padres.

En cuanto Jill se va, Tiffani se relaja con el vestido y dice:

—A veces es un coñazo.

Pone los ojos en blanco, le pide a Jake que vuelva a subir la música y, acto seguido, se le une en la zona de los altavoces. Él ya no la pone tan alta como antes.

Me levanto del sofá y me dirijo hacia ellos, que trastean en la encimera mientras deciden qué canciones añadirán a la lista de reproducción y qué bebida tomarán luego. Me meto en medio de ambos y rodeo a Tiffani por los hombros, y mientras ella se pega más a mí, Jake nos mira con el rabillo del ojo. Jake Maxwell puede tener a cualquier tía que le dé la puta gana, pero no a Tiffani. Creo que siempre le cabreará el hecho de que, hace tres años, ella decidió quedarse conmigo en vez de con él. A veces adoro la sensación de

estar con una chica con la que un montón de tíos matarían por liarse. Otras, preferiría que Tiffani hubiera elegido a Jake. De esa manera, sería a él al que sacaría de quicio y no a mí.

Alcanzo una botella de cerveza y, en cuanto está en mi mano, Jake me mira y me pregunta:

—¿Qué le pasa a la que tenías?

El muy imbécil me sonrío enarcando una ceja, y otra vez pienso que todo este rollo de «finjamos que somos amigos para que todo el mundo esté más cómodo» es una gilipollez. Lo único que me apetece es partirle la cara.

Le echo una mirada chungu, amenazante. No suelo necesitar palabras para advertir a la gente de que no se ande con hostias conmigo, pero Jake ya está acostumbrado, así que, en vez de achantarse, ríe con disimulo y me pasa el abridor. En serio, creo que me provoca para que acabe saltando. Parece que le gusta poner a prueba mi paciencia.

—¿Qué cojones están haciendo Dean y Megs en la habitación? —pregunta haciéndose el tonto y echando un vistazo a su reloj. Luego se centra en la bebida que estaba preparando hace cinco minutos—. He creado un exótico cóctel de autor y necesito que él sea mi conejillo de Indias.

Echo una furtiva mirada a la copa y lo único que le veo de exótico es el color verde.

—Voy a buscarlos —digo.

Suelto a Tiffani, abro la cerveza y le pego un trago mientras voy hacia las escaleras. Mis pasos son lentos, sujeto la botella despreocupadamente con la punta de los dedos y con la otra mano me toco el pelo. Me cabrea no estar pedo todavía. Aún tenemos varias horas por delante antes de salir, así que hay tiempo para cambiar mi estado. No puedo ir de fiesta sobrio. Nunca he podido.

La puerta de la habitación de Tiffani está entreabierta y alcanzo a ver a Meghan en plena crisis: tiene las manos en la cara y deja escapar un prolongado quejido. Dean, por su parte, se limita a mirarla y rascarse la nuca.

—¿Qué, tíos?, de tranquis aquí, ¿no? —pregunto mientras empujo la puerta y entro en la habitación.

Ellos me miran. Meghan parece bastante cabreada, como si debajo de su respiración contenida y de sus dientes apretados en realidad estuviera gritando mientras se deja caer en la cama de Tiffani. Ahí es cuando me doy

cuenta de que su vestido está abierto, con la espalda al aire. Miro a Dean con expresión interrogante:

—¿Os habéis enrollado?

—Muy gracioso —contesta él soltando un suspiro. Sacude la cabeza y señala a Meghan—. La cremallera está atascada.

Ella, toda dramática, se incorpora y, gimoteando, me dice:

—Voy a tener que ponerme algo de Tiffani.

Y suena como si fuera lo más terrible del mundo. Sé que me mataría si hiciera algún comentario sarcástico, pero es difícil contenerse cuando la tía está a punto de cortocircuitar por un maldito vestido. Después de tres años con Tiffani, soy todo un experto en crisis estilísticas.

—Ven aquí —le digo.

Dejo la birra sobre la cómoda, voy hacia la cama y extiendo las manos para coger las de Meghan y levantarla. Me pongo detrás de ella y examino su pálida piel hasta llegar a la zona donde la cremallera se atascó, justo encima de la cintura. Está pillada en la tela, pero con un buen tirón, soluciono el problema. Ya sin impedimentos, subo la cremallera hasta arriba del todo y Meghan deja escapar un suspiro de alivio mientras se vuelve hacia mí para decir que le acabo de salvar la vida.

Miro a Dean mientras Meghan cruza la habitación para ir a por sus zapatos. Aguanta el tipo como puede mientras toma un trago de cerveza: está claro que espera mi pulla. Y la verdad es que es difícil no hacerla.

—No jodas, tío —empiezo—, ¿en serio no has podido con una cremallera?

Se me forma una sonrisa mientras avanzo hacia él y le pego un puñetacito en el brazo, como indicando que no tiene músculo. Dean es un buen tío, aunque debería ser un poco más duro, a veces es demasiado buen tío.

—Decidí dejárselo al experto. Ya sabes, el tipo que más cremalleras ha bajado en su vida —me la devuelve él.

Está exagerando, claro, pero aun así nos echamos unas risas. Me pasa la cerveza, brindamos y bebemos.

Mientras trago, me seco la boca con el dorso de la mano y le echo un ojo a Meghan. Está sentada en la esquina de la cama de Tiffani poniéndose los tacones.

—Y Rachel, ¿dónde anda? —pregunto.

En el rato que llevamos aquí ni tan siquiera me había dado cuenta de que

no la había visto. Suele estar con nosotros, normalmente borracha a estas alturas, Dean ayudándola a mantenerse en pie y Jake pasándole más copas. Rachel piensa que soy un gilipollas, así que tampoco es que me preocupe mucho que no esté por aquí.

—Tenía que ayudar a su madre con no sé qué —me dice Meghan—, así que irá directamente a la fiesta. Por cierto, ¿alguien se acuerda del nombre de la tía que celebra la fiesta?, ¿puede ser Lucy?

Yo no tengo ni idea, así que miro a Dean. Él conoce a todo el mundo, sean antiguos alumnos de hace tres años o novatos. No sé por qué se molesta en recordar los nombres de todo el mundo.

—Sí, es Lucy —confirma—, una de penúltimo curso, creo.

—Ni idea —digo.

Da igual quién sea, no es nada raro que nos haya invitado. Siempre acabamos yendo a fiestas de gente a la que no conocemos.

Alguien emite una tosecilla en la puerta. Los tres nos volvemos y vemos a Tiffani apoyada contra el marco. Su sonrisa es rígida y mientras juguetea con un mechón de pelo que enrolla y desenrolla en un dedo, mira a Dean y a Meghan, pero no a mí.

—Jake os ha puesto unas copas —dice despacio, y luego, con un tono más firme, añade—: Deberíais probarlas.

Su sonrisa se hace más amplia y muestra los dientes.

—¿En otras palabras: fuera de tu habitación? —bromea Dean, pero es cierto. Eso es exactamente lo que pretendía decir, así que en respuesta a la pregunta, Tiffani se limita a batir esa cortina de pestañas que se ha puesto—. Vamos, Megs —apremia él—, dejemos a estos dos a lo suyo.

Coge a Meghan de la mano y la levanta de la cama, sujetándola mientras ella intenta mantener el equilibrio sobre los tacones. Cuando se la lleva de la habitación, me lanza una mirada de complicidad y yo no puedo evitar sonreír. Desde luego que la sutilidad no es el fuerte de Tiffani. Se le notan un montón las intenciones cuando quiere algo, como ahora, que observa cómo Dean y Meghan desaparecen escaleras abajo antes de cerrar la puerta de la habitación y volverse hacia mí. Estamos solos.

—¿No podías esperar? —bromeo mientras me acabo la cerveza de un trago.

Dejo la botella en la cómoda y me subo las mangas de la camisa mientras acorto distancias entre nosotros. Es todo tan familiar, tan parte de una rutina,

que, casi sin darme cuenta, ya tengo las manos en su cadera y la boca en el borde de su mandíbula. Casi me ahogo con el fuerte sabor de su perfume.

No entiendo muy bien por qué, pero ella no está receptiva y, tras unos segundos, me pone la mano en el pecho y me aparta un poco. La miro con la sorpresa pintada en el rostro. Tiffani nunca me aparta. De pronto su expresión es mucho más seria que hace un minuto.

—Te dejaste el móvil abajo —me dice arisca, mostrándolo.

Aunque veo que es el mío, por instinto me llevo la mano al bolsillo de los vaqueros y, claro, está vacío. Me encojo de hombros y extiendo la mano para cogerlo, pero ella aparta el brazo. Sacude la cabeza lenta pero firmemente y yo dejo escapar un suspiro y me rasco el pelo. Sé que está cabreada por algo y que voy a tener que sufrir el resto de la noche a menos que encuentre la manera de que se ponga de buenas otra vez.

—He leído tus mensajes con Declan —suelta tras unos segundos.

Y yo pienso: «¿Eso es todo?».

—¿Y?

No veo el problema. Sí, hemos quedado en que luego se pasará para traerme unos porros, pero eso no es nada nuevo. Tiffani está acostumbrada a mis gustos, así que no debería sorprenderle el mensaje, y menos con Declan Portwood. Todo el mundo lo conoce. Los que aprecian la buena mierda son sus mejores amigos. Bueno, los que no lo odian, claro.

Tiffani se acerca y aparta un poco la cabeza como para mirarme bien.

—He leído todos tus mensajes con él —aclara.

Y esta vez solo me lleva una décima de segundo entender de qué está hablando. Me quedo paralizado, escaneando mi cerebro en busca de algo que decirle que pueda justificar los mensajes que ha visto, pero no encuentro nada y me quedo parado enfrente de ella, callado como un puto bobo.

—Estás de broma, ¿no? —pregunta con una voz mucho más calmada. Sus estrechos hombros parecen hundirse—. No puedes hablar en serio. Ya me he tenido que tragar suficientes gilipolleces, pero te juro por Dios, Tyler, que esto no lo paso. Has ido demasiado lejos. No quiero ser la típica tía cuyo novio acaba en la cárcel. ¿Te imaginas lo que dirá la gente?

Mantengo la boca cerrada, sin saber muy bien aún cómo manejar la situación. A lo largo de los años he aprendido que es mejor no discutir con Tiffani y admitir cuanto antes que estoy equivocado para que se calle.

También me he dado cuenta de que le importa una mierda lo que yo haga, lo único relevante es cómo le afecta a ella.

—Todavía no he hecho nada —murmuro. En realidad no creo que sea un drama tan grande—. Solo estamos hablando.

—Pero ¿por qué? —insiste haciendo un gesto de desesperación ante mi aparente falta de juicio—. ¿Por qué te lo planteas tan siquiera? No necesitas el dinero, así que, ¿qué te impulsa a hacer una estupidez tan enorme?

No puedo más que encogerme de hombros porque, la verdad, no conozco la respuesta.

—¿Qué puedo perder?

Tiffani me mira como si yo me hubiera vuelto loco.

—Ehhh... ¿todo? —dice—. Si crees que trapichear con drogas es un buen plan de vida, es que eres aún más idiota de lo que pensaba.

Cierro los ojos y exhalo, tratando de mantener la calma. Está sacando las cosas de quicio, pero esta noche, para variar, me siento más inclinado a defenderme que a disculparme.

—No es más que hierba.

—Sí, eso es exactamente lo que dijiste cuando empezaste a fumarla, y mira cómo estás ahora. —Me pone el móvil en la mano con mala leche—. Empiezas a pasarle maría a los novatos y en breve acabarás vendiendo coca a pringados como tú. —Sacude la cabeza de nuevo, esta vez más enfadada, y luego levanta la mano y tuerce la cara—. A mí no me hables esta noche. Eres asqueroso y, como vea a Declan, soy capaz de partirle la cara.

Aprieto las mandíbulas, pero me las sigo arreglando para mantener la boca cerrada. Cualquier cosa que diga empeorará la situación, lo sé. Estoy cabreado, pero tengo que mantener el tipo para no acabar perdiendo los nervios con ella. La cantidad de alcohol que llevo encima tampoco ayuda. Solo empeora las cosas, pero me concentro en controlar la respiración mientras Tiffani me da la espalda y se dirige a la puerta.

Y esta conversación debería acabarse aquí, al menos de momento, para concederme un rato para calmarme antes de empezar a lamerle el culo otra vez, pero entonces ella hace la cosa más flipante que se pueda imaginar. Se detiene, se vuelve y abre esa brillante boquita suya una vez más.

—¿Sabes, Tyler? —me dice con una sonrisita presumida y cruel—, a veces pienso que quieres acabar en la cárcel igual que tu padre.

La pequeñísima cantidad de autocontrol que aún tenía desaparece. «No se

le habrá ocurrido hablar de mi padre.» Mis puños se cierran y necesito una forma de soltar la furia que me invade el pecho y se extiende como un incendio. Agarro lo primero que pillo: la botella vacía de cerveza de la cómoda. Ni siquiera me doy cuenta de que la he lanzado hasta que impacta contra la pared de enfrente, estallando en mil trozos que rocían el suelo. Respiro con dificultad y tengo los ojos desorbitados. Cuando me obligo a mirar a Tiffani, su boca está abierta en un gesto de sorpresa.

—Me largo —mascullo entre dientes.

Incrusto el móvil en un bolsillo y cojo las llaves del coche del otro mientras la aparto de mi camino al pasar a su lado.

—¡Bien! —responde ella, señalando los trozos de cristal que han quedado en la alfombra—. Eres un gilipollas.

Podría contestarle con insultos mucho peores, pero tengo que salir de aquí antes de que mi furia se descontrole todavía más. Ojalá se me diese mejor controlar mi carácter, pero no. Así es como me educaron.

En cuanto cruzo la puerta del dormitorio, oigo la música que viene de la cocina. Me llega la risa de Meghan, pero no estoy de humor para unirme a ellos esta noche. Bajo las escaleras a toda leche, ansioso por largarme de esa puta casa y alejarme de Tiffani todo lo que pueda. Mantengo la mirada fija en la puerta y aunque Dean me llama, ni lo miro. Sigo andando, recto, dejándolos a todos atrás, atravieso el vestíbulo y me voy dando un portazo.

Tengo el coche aparcado en la acera justo delante de la casa y aunque me he tomado varias cervezas, mi ansia por pirarme puede con mis deseos de no infringir la ley. Ahora mismo, en realidad, no puede importarme menos.

Abro el coche y me pongo al volante, cerrando la puerta a la vez que tiro con fuerza del cinturón de seguridad y me lo pongo. El motor ruge al encenderse, piso con intensidad el embrague y acelero con tanta potencia que las ruedas chirrían contra la carretera. Hay una señal de stop justo delante de mí, pero no me detengo. Nunca lo hago.

Hace cinco años

El moratón del hombro parece haber empeorado durante la noche. Ha aumentado de tamaño y también la intensidad del dolor, e incluso ahora, que estoy sentado tratando de tragar los cereales del desayuno, intento no pensar en lo mucho que me duele.

Son casi las siete y media. En diez minutos tengo que salir para el insti, pero me gustaría quedarme en casa. Hoy tengo gimnasia y lo último que quiero es que todo el mundo en el vestuario vea cómo tengo la espalda. Solo de pensarlo me pongo enfermo, así que tendré que fumarme la clase, aunque no debería meterme en más líos esta semana.

—¿Todavía estás dormido? —me dice mamá de broma, y el sonido de su voz me trae de vuelta a la realidad.

Pestaño un par de veces y levanto la vista para mirarla, confundido, con la mano en la que sujeto la cuchara detenida a medio camino entre la taza y la boca. Está poniendo unos platos en la mesa y me sonrío amable con las cejas levantadas. Ya está vestida para ir a trabajar, con los tacones y todo. Tiene la chaqueta colgada en la puerta.

—Sí —miento.

Me froto los ojos y luego vuelvo a centrarme en los cereales, que voy terminando cucharada a cucharada aquí sentado, solo y en silencio. Por las mañanas me gusta pasar un rato a solas con mamá, pero nunca dura mucho. Enseguida llegarán Jamie y Chase, y ella empezará a gritarles para que se den prisa y no lleguen tarde. Y lo mismo papá, en cuanto haya terminado de afeitarse y haya encontrado la corbata entre la colada.

—¿Qué clases tienes hoy? —pregunta mamá.

Siempre se esfuerza demasiado por agradarme por la mañana porque

piensa que a primera hora me aflora la vergüenza o algo así. Lo que pasa en realidad es que estoy callado porque busco razones para seguir viviendo.

Sacudo la cabeza.

—Ciencias, mates y educación física.

—Mmm —dice, y deja de deambular por la cocina y se queda quieta frente a mí al otro lado de la mesa—. Hablando de clases de educación física, el profesor me mandó una nota ayer.

Como un reflejo, levanto la cabeza para encontrarme con su expresión preocupada. Me mira como si estuviera esperando una explicación, pero no sé qué decirle. Me quedo quieto, con las manos moviéndose nerviosamente en el regazo mientras ella se vuelve para sacar del cajón del aparador un folio doblado. Lo abre y se aclara la garganta.

—«Estoy empezando a preocuparme por las continuas faltas de asistencia de Tyler a lo largo de este mes. He pasado por alto su ausencia demasiadas veces, y si este comportamiento continúa me veré obligado a informar al director Castillo» —lee mamá; luego me mira fijamente por encima del folio—. ¿Qué está pasando? Creí que te gustaba la clase de educación física.

—Y me gusta —contesto rápido, pero sé que estoy a punto de mentirle, así que aparto la mirada—. Es raro, pero siempre me encuentro mal antes de esas clases, pero muy muy mal. Por eso me las salto. Voy a que me dé un poco el aire.

Mamá no parece creerme, pero es la única excusa verosímil que se me ocurre. No voy a decirle la verdad: que me estoy fumando las clases porque no quiero cambiarme en los vestuarios ya que tengo demasiados moratones que esconder y cualquier actividad física duele demasiado.

—Quizá debería llevarte a la consulta del doctor Coleman si te encuentras mal tan a menudo —me dice poniendo una mano en la cadera y con expresión preocupada.

—Qué va —protesto de inmediato, y me levanto a toda prisa. Se me acelera el pulso y se me seca la garganta, así que tengo que tragar saliva un par de veces antes de seguir hablando—. No me volveré a saltar esa clase, en serio.

Estoy casi rogándole, pero el alboroto que hacen Jamie y Chase bajando las escaleras en estampida interrumpe la conversación.

Mis hermanos irrumpen en la cocina un par de segundos después, atropellándose por entrar primero por la puerta. Jamie empuja a Chase contra

la pared antes de encaramarse a la silla que hay a mi lado, con expresión satisfecha. El otro no parece tan contento.

—¡Mamááá! —se queja frotándose el hombro. Pone mala cara y echa una mirada fulminante a Jamie antes de ir hacia ella enfurruñado.

—A ver cuándo os calmáis un poquito, ¿eh? —murmura, pero, como siempre, coge a Chase en brazos y lo achucha revolviéndole el pelo—. Ay, Chase —le dice—, llevas la camiseta del revés.

Se ríe y empieza a quitársela, mientras Jamie se vuelve hacia mí, tan despierto y fresco como si fuera media tarde. Su inagotable energía me desquicia un poco.

—Ya sabía que se la había puesto mal —confiesa—, pero no se lo dije.

—¿Por qué?

—Porque es gracioso que parezca un memo —dice.

Sentado sobre sus rodillas se inclina hacia mí, coge la caja de cereales y mete la mano dentro.

—Jay —lo riñe mamá—, usa una taza.

Lo amonesta con el dedo mientras ayuda a Chase a subir a la silla del otro lado de la mesa y luego empuja la taza en cuestión hacia mi hermano. No creo que le gusten las mañanas. Siempre acaba estresándose un poco con nosotros, sobre todo con Jamie. Se limita a suspirar cuando él tira la mitad de los cereales sobre la mesa al intentar verterlos.

—Uy —dice Jamie. Y le lanza algunos a Chase.

—A ver —tercia mamá mientras pone pan en la tostadora. Cuando se vuelve para mirarnos, se apoya en la encimera y se cruza de brazos—. ¿Habéis hecho los deberes?

Todos asentimos. Yo, desde luego, asiento sin dudar. Siempre los termino lo antes posible. Papá se encarga de que así sea.

—¿Las mochilas están preparadas? —continúa—. ¿No os olvidáis nada?

De nuevo, los tres asentimos. A mí tampoco me gustan las mañanas, la verdad. Odio esta rutina. Siempre las mismas preguntas con las mismas respuestas. Y me siento mareado mientras espero a que aparezca papá.

Jamie come los cereales con la boca abierta, esforzándose por hacerlos crujir bien alto en mi oído. Mamá está trasteando con el mando de la tele de la cocina para intentar poner las noticias. Cuando por fin lo consigue, baja el volumen y mira la pantalla con el rabillo del ojo mientras le unta una tostada

a Chase, que sonríe cuando ve el plato preparado delante de él. Todos parecen estar satisfechos, como siempre.

Me siento tan extraño entre ellos... Y s e que estoy justo a su lado, pero a veces me parece que no. Todo me parece irreal, vacío. Me he acostumbrado tanto a apagar el mundo que ya no recuerdo cómo se enciende. Me noto perdido, como si estuviera aquí y a la vez en otro sitio. La verdad es que no s  dónde estoy. Estoy en alguna parte.

Salgo de mi trance cuando oigo a papá acercarse por el pasillo. Sus pasos son sólidos y silba esa melodía que indica que tiene un buen día. Creo que soy el único que se da cuenta. Mamá ni siquiera sabe que tiene días malos.

Inspiro y cierro los ojos con fuerza para recomponerme. Cuando los abro otra vez unos segundos después, él ya est  entrando por la puerta de la cocina con una sonrisa en la cara. Odio verlo tan feliz por las mañanas.  Se acuerda de lo que pas  ayer por la noche? Porque si es así, no siente ninguna culpabilidad, y solo de pensarlo me dan ganas de vomitar.

—Lo que daría por un cafecito ahora mismo... —murmura.

Se pasa una mano por el pelo y la baja hasta el cuello mientras bordea la mesa en dirección a mamá. Yo lo miro fijamente, como siempre.

—Pues aquí lo tienes —dice ella.

Le entrega una humeante taza de café solo y él, al cogerla, le acaricia los dedos mientras ambos se sonríen. Mamá hace lo mismo cada mañana, siempre tiene su café listo. Es todo parte de esa rutina con la que todos parecemos sentirnos tan cómodos.

—Gracias —le dice papá; luego se lleva la taza a los labios y le da un buen trago.

Después le da a mamá una corbata azul. Levanta la barbilla y la mira con afecto mientras ella abrocha los botones de la parte de arriba de la camisa, le pasa la corbata alrededor del cuello y se la ajusta con sumo cuidado.

—Gracias —repite él; luego se inclina y le da un beso en la mejilla.

—Papá —dice Chase para llamar su atención—, Jamie me ha dado un empujón.

— A eso llamas t  un empujón? —contraataca el aludido desde el otro lado de la mesa. Ha vuelto a ponerse de rodillas en la silla y levanta los puños—. Espera, que te enseño lo que es dar un empujón de verdad.

Yo s  que podría enseñarte, pienso.

Papá se vuelve y frunce el ceño en actitud recriminatoria mirándolos a

ambos. Aparta la silla que está al lado de Chase y se sienta en ella, reclinándose hacia atrás.

—¿Cuándo vais a dejar de pelearos? Jay, hijo, en enero cumples diez años. Es el primer número de dos dígitos. ¿Sabías que no puedes seguir chinchando a tu hermano cuando alcanzas los dos dígitos?

Jamie parece hundirse en su silla.

—¿En serio? —pregunta.

—En serio —contesta papá.

Abre mucho los ojos y asiente, justo antes de estallar en risas y mirar a Chase, mientras le da con el codo buscando su complicidad. Toma otro sorbo de café y entonces me mira por primera vez esta mañana. Sus ojos se encuentran con los míos por encima de su taza y la alegría de su rostro desaparece mientras la posa en la mesa.

—Alguien está más callado de lo habitual —comenta.

—Probablemente sea por esto —oigo que apunta mamá, y yo me pongo pálido en cuanto veo que coge la nota del profesor otra vez. «Por favor, no se la enseñes. Por favor, por favor, por favor.»—. Ha faltado a educación física cinco veces —le dice, y mi estómago se encoge con una arcada, mientras ella se inclina sobre él y le pasa la nota—. Tengo que contestar para decirle al señor Asher que no volverá a suceder, ¿no es así, Tyler? Me lo has prometido.

Me siento tan mareado que no puedo ni hablar. Me limito a asentir tan rápido como puedo una y otra vez.

Papá está leyendo la carta con la boca apretada, y odio la forma en que la expresión de su mirada se endurece con cada palabra que lee. En cuanto acaba, fija su vista en mí.

—¿Por qué narices te has saltado las clases? Vas a fastidiar tu media de asistencia.

—Alguien se ha metido en un lío —canturrea Jamie a mi lado, y tiene razón, me he metido en un lío gordo.

El día bueno de papá se ha terminado. Ya se ha convertido en uno malo, y lo sufriré más tarde, no hay duda. No soy capaz de decir nada, y él está esperando una explicación. Durante un segundo siento que no puedo respirar. Si estuviéramos los dos solos, ni siquiera le contestaría, pero sé que tengo que decir algo, así que insisto en la excusa de antes.

—Me encontraba mal—farfullé.

—¿Las cinco veces? —pregunta levantando una ceja.

Debería haber inventado una excusa mejor. Obviamente esta no se la traga. Bastante lógico, por otra parte: estoy mintiendo y lo sabe. Me limito a encogerme de hombros y bajar la vista, y al hacerlo me fijo en un pequeño corte en la mano que aún no había visto.

—Que no se te ocurra volver a saltarte clases —me recuerda mamá en un tono más duro que antes.

Asiento sin levantar la vista y lo único que puedo pensar es que es un alivio oírle subir el volumen de la tele. Y escuchar a Chase pedir más tostadas. Es un alivio saber que la conversación se ha acabado. Durante lo que me parece un montón de tiempo no soy capaz de levantar la vista. No puedo mirar a nadie, y mucho menos a papá. Todavía me duele el estómago. Sé que está enfadado conmigo y que no va a dejarlo pasar. Odio al señor Asher por haber mandado esa nota.

—Bien —dice papá en alto.

Me obligo a mirarlo mientras se termina el café, se limpia la boca con el borde del pulgar y se levanta.

—Es hora de irse —dice echándole un vistazo a su Rolex de pulsera.

Aunque no se molesta en mirarme, está claro que me está hablando a mí. Él siempre me lleva al instituto de camino a su trabajo y mamá acerca a Jamie y a Chase de camino al suyo.

—Venga, acaba de prepararte —me apremia mamá volviéndose desde el fregadero. Para mí que ni se ha sentado todavía. Nunca lo hace por las mañanas—. Y no olvides lavarte los dientes.

Estoy loco por salir de la cocina. Tengo miedo de los ojos brillantes de papá, me duele el hombro e iría a cualquier sitio antes que al insti. Casi me gustaría vomitar y así poder quedarme en casa, pero en el fondo sé que eso no va a pasar, así que me levanto de la silla y me dirijo a la puerta. Estoy a punto de subir el primer escalón en dirección a mi cuarto cuando papá asoma la cabeza al pasillo.

—Tyler —me llama. Y me quedo congelado.

No me vuelvo, pero miro hacia él mientras se pone la chaqueta y se ajusta la corbata. Ya no parece tan enfadado, pero tampoco está sonriendo. Su cara está inexpresiva y lo único que hace es asentir convencido.

—Te espero en el coche.

Y mientras corro escalera arriba, solo puedo pensar que ojalá no me

esperase.

Ahora

«Joder», pienso. La barbacoa. Veo el tumulto en el jardín en cuanto aparezco en casa, mientras freno con tanta fuerza que acabo derrapando un poco. No hay ningún coche aparcado fuera, pero eso es porque mamá solo ha invitado a los vecinos. Organiza lo mismo cada año, y cada año, sin excepción, la mitad del vecindario se pasea hasta aquí con sus cervezas. No sé por qué continúa insistiendo en que asista. No se me ocurre nada más coñazo que esto, sobre todo si tenemos en cuenta que odio a la mitad de los vecinos. La señora Harding, que vive un par de puertas más allá, una vez llamó a la poli para decirles que estaba paseando por su jardín. El señor Fazio, el de enfrente, decidió contarle a mi madre que hice una fiesta mientras ella estaba fuera de la ciudad. La señora Baxter, del norte de la avenida Deidre, está todo el día quejándose por el ruido que hace mi coche cada vez que paso por delante de su casa. Así que normalmente paso de esta tradición anual. Tras apagar el motor y sacar las llaves del contacto, abro la puerta de una patada y salgo.

Puedo oír la música que viene del jardín, y por un momento, el desagradable olor me hace sentir casi náuseas. Odio las barbacoas, no por el rollo social, sino por el asqueroso tufo a carne quemada. Soy vegetariano desde hace años y tengo que pasarme la mano por el pelo un par de veces mientras me tomo unos segundos para recomponerme. Ya estoy de mala leche, y encontrarme con esto al llegar a casa no ayuda. Con los ojos entornados, me dirijo al jardín. Puede que esté furioso, pero tengo que mantener el tipo, así que empujo la verja con el puño para abrirla. El sonido de las voces se apaga hasta que solo queda la música, y localizo a la señora Harding en la esquina mirándome con desagrado.

—Siento llegar tarde —anuncio.

Mis ojos buscan entre el gentío que está ante mí mientras trato de localizar a mamá, pero me alegro cuando no consigo encontrarla. No quiero ver su cara porque sé que la estoy abochornando, pero con toda esta gente alrededor, no puedo evitarlo. Al que sí que veo es al gilipollas de mi padrastro, justo detrás de la barbacoa.

Dave ya está lanzándome una mirada amenazadora con la que me advierte que no diga nada más, lo cual me da más razones para continuar.

—¿Me he perdido algo aparte de la matanza de animales?

Le hago la peineta y provoco algunos murmullos de indignación que decido ignorar. Podría montar un numerito aún peor. Podría darle una patada a la pila de cervezas que hay a mi derecha, aunque decido no hacerlo, porque aún estoy dándole vueltas a la bronca que he tenido con Tiffani.

—Espero que hayáis disfrutado de la vaca que os acabáis de comer.

Tengo que reírme, porque es lo único que soy capaz de hacer. Si no, creo que acabaré dándole un puñetazo a alguien, a cualquiera. Me doy la vuelta antes de que mi cabreo estalle otra vez, y oigo a Dave ofrecer: «¿Más cerveza?». Algunos huéspedes sueltan una risita incómoda mientras me dirijo al interior a través de la puerta corredera del patio. La cierro todo lo bruscamente que puedo y dejo escapar el aire, aliviado de estar por fin en casa.

El aire acondicionado está puesto y la cocina se nota fresca. Mi intención es retirarme a mi cuarto para relajarme y encontrar un poco de calma. Pero según enfilo hacia la escalera, oigo que mi madre me llama y sé que voy a tener que hablar con ella a pesar de lo enfadado que estoy. Bajo la cabeza un segundo antes de volverme, preparando ya las excusas. Espero que no perciba el olor a cerveza. Fliparía si se enterase de que he conducido en semejante estado.

—¿Qué narices se te ha pasado por la cabeza? —me riñe en un susurro.

Cuando me doy la vuelta para mirarla, veo su mueca de enfado y, al principio, solo me encojo de hombros. No se me da nada bien contestar preguntas cuyas respuestas desconozco.

—¿Dónde estabas? —pregunta esperando que diga algo.

Está mortificada, lo noto, y me siento un poco culpable cuando mira sobre su hombro para asegurarse de que no hay nadie presente. Luego me coge del codo y me mete en el salón.

—¿Te pido que vengas a cenar y tú crees que puedes aparecer tarde y comportarte de esa forma?

Cierra los ojos exasperada y se masajea las sienes, como si yo fuera un dolor de cabeza que intentase calmar.

Soy más que consciente de que he bebido, así que me aparto un par de pasos, aumentando la distancia entre nosotros. No quiero añadir más leña al fuego.

—Ni siquiera he llegado tarde —murmuro, porque, técnicamente, me dijo que viniese y aquí estoy.

—¡Has llegado con dos horas de retraso! —me grita, con los ojos echando chispas.

Normalmente me deja en paz enseguida, pero parece que hoy no, y me encantaría que hubiera elegido otro momento para discutir conmigo. Me río otra vez, pero solo como mecanismo para controlar los nervios.

—¿En serio crees que voy a volver a casa para presenciar una maldita barbacoa?

Mamá suspira mientras su mirada se ablanda un poco.

—¿Qué problema tienes esta vez? —pregunta, paseando de un lado a otro delante de mí como si intentara entender la razón oculta de mi comportamiento de esta noche. Lo admito, no suelo estar tan alterado—. Olvídate de la barbacoa. Estabas comportándote como un crío incluso antes de bajarte del coche. ¿Qué te pasa?

Nunca he sido capaz de mentirle a mamá a la cara, así que aprieto la mandíbula, aparto la mirada y me fijo en la ventana.

—Nada.

—Es evidente que no se trata de nada —insiste, y la suavidad de su expresión se desvanece. Odio cuando se pone así. Se enfada conmigo mogollón de veces, pero normalmente, más en plan frustrada y desesperada. Ahora, la he cabreado de verdad—. ¡Otra vez acabas de humillarme, delante de casi la mitad del barrio!

—Lo que tú digas —respondo.

Mamá se queda en silencio un segundo y, cuando vuelvo a mirarla, está con la vista baja y sacude la cabeza murmurando:

—No debería haber dejado que te fueras. Debería haberte obligado a que te quedaras, pero no, por supuesto que no lo hice, porque intenté darte un poco de cancha y, como suele suceder, me explotó en la cara.

—Me habría ido de todas formas —la contradigo, porque es verdad. Incluso aunque no tuviera planes, de ninguna manera me habría quedado aquí, y mamá lo sabe. No entiendo por qué sigue dándole vueltas al tema. Ojalá me dejara ya tranquilo —. ¿Qué vas a hacer? ¿Castigarme sin salir otra vez?

Doy un paso al frente como retándola y se me escapa la risa de nuevo. Llevo castigado unos dos años, creo. No es más que una amenaza vana que ella nunca cumple.

—Eres insoportable.

Mamá deja de mirarme, fijando la vista en algún sitio detrás de mí mientras su expresión cambia. Su frustración conmigo parece disolverse y frunce el ceño mientras me aparta amablemente al pasar y se dirige a la puerta. Dejo escapar un suspiro, me paso la mano por el pelo y echo la cabeza hacia atrás para poder mirar el techo. Si tengo una bronca más esta noche, voy a explotar.

Mamá dice algo y me vuelvo rápidamente para encontrármela allí parada, solo que no es a mí a quien se está dirigiendo. No sé a quién le habla, así que voy hasta el salón y echo un vistazo a través de la puerta. Hay una chica despatarrada de una forma rara en la escalera, tiene los ojos muy abiertos con expresión de susto, como si estuviera aterrorizada. No tengo ni puta idea de quién es, porque no me suena de nada. Seguro que no la he visto por ahí. Fijo mi mirada en ella, estudiándola con detenimiento. No parece mucho más joven que yo, así que no me explico por qué no la conozco del insti, y dado que es morena, estoy seguro de que me acordaría. Su mirada ansiosa no se aparta de la mía, lo que hace que empiece a preguntarme por qué está tan nerviosa, pero no tengo mucho tiempo para hacerlo porque me distraigo al darme cuenta de lo carnosos que son sus labios cuando los junta con fuerza y traga saliva. Definitivamente, no es de por aquí. Seguro que la reconocería si lo fuera. ¿Cómo no iba a hacerlo? El músculo de la mandíbula se me tensa cuando me doy cuenta de lo que estoy pensando. Tiffani me mataría si pudiera escuchar estos pensamientos ahora mismo.

—¿Quién demonios es esta tía? —pregunto al fin, apartando los ojos y mirando expectante a mamá.

Tarda un minuto en pensar su respuesta y hasta parece un poco nerviosa ella también.

—Tyler —dice con suavidad mientras me pone la mano en el brazo—,

esta es Eden. La hija de Dave.

Al principio no proceso la información.

—¿La cría de Dave?

La chica se estira, se pone de pie y abre esos labios carnosos y brillantes que tiene para decir un simple «Hola». Mis ojos se ven atraídos por los suyos al oír su voz. Es grave y ronca, hasta un poco rota, y es tan diferente y tan nueva para mí que me quedo clavado en el sitio, paralizado por una sola palabra. Incluso de pie, es un poco más baja que yo, así que la miro desde arriba, intentando computar la información que estoy recibiendo. Esta chica... Esta chica morena de labios carnosos y voz ronca... ¿es mi hermanastra? no me jodas. Cuando mamá dijo que la cría de Dave iba a pasar el verano con nosotros, apenas le presté atención, y ahora desearía haberlo hecho. No me da cuenta de que sería más o menos de mi edad. ¿Cuántos años tendrá? Quiero preguntar, pero no puedo despegar los labios, así que formar palabras queda más que descartado. Me siento como si alguien hubiera sacado todo el aire de mi interior. Trago saliva un par de veces y miro a mamá otra vez.

—¿La cría de Dave? —repito, pero es casi un susurro.

Estoy flipando en colores. Mamá deja escapar un suspiro

—Sí, Tyler —dice casi molesta—. Ya te dije que iba a venir. No te hagas el tonto.

Aunque miro a mi madre, también me fijo en la chica tan disimuladamente como puedo, con el rabillo del ojo, porque, en serio, no soy capaz de apartar la vista. El maquillaje de sus párpados se ha corrido un poco.

—¿Qué habitación?

La expresión de mamá es más que confusa.

—¿Qué?

Se me está empezando a secar la garganta.

—¿En qué habitación la habéis puesto? —la apremio.

Y entonces suelta la respuesta que me estaba temiendo.

—La que está al lado de la tuya.

Dejo escapar una queja, me ningunean en mi propia casa. Tenemos dos cuartos de invitados en el piso de arriba, pero, cómo no, mi madre tiene que darle la habitación que está puerta con puerta con la mía. No quiero estar cerca de ella, y no porque yo tenga novia, sino porque esta chica es mi hermanastra. Dios. Nunca pensé que tuviera que mantener las distancias con una tía por semejante razón. Me estoy volviendo a cabrear, y no me doy ni

cuenta de que llevo mirándola todo el rato hasta que siento tensión en la frente de entornar los ojos tanto tiempo. No podía quedarme en casa de Tiffani, pero ahora tampoco puedo estar aquí.

Todo lo que ha pasado en las últimas horas está empezando a afectarme. Paso al lado de mamá tan acelerado que casi la tiro al suelo, subo la escalera a toda velocidad y, en el trayecto, no puedo evitar rozarme con esta chica que parece que va a pasar todo el verano en medio de mi camino. Choco con su hombro y no soy capaz ni de disculparme porque solo puedo pensar en que tengo que alejarme de ella de una maldita vez. Me dirijo a mi habitación, cierro con un portazo y paseo en círculos durante un minuto o así hasta que empiezo a ser consciente de mis pensamientos. Están por todas partes y tengo que poner música a buen volumen para distraerme. Una vez que mi respiración se ha calmado, me paro y miro a mi alrededor. Mamá ha hecho la cama y ha recogido la ropa del suelo. Está doblada en una pila encima de la cómoda. Debería guardarla, pero he descubierto que si la dejo ahí el tiempo suficiente, mamá se acaba rindiendo y la coloca. También he descubierto que la única razón por la que no le importa ordenar mi habitación cada mañana es porque le gusta rastrearla a la caza de cualquier cosa que no apruebe.

Aprieto los labios, me pongo de rodillas y me agacho para mirar debajo de la cama. Seguro que, como siempre, ha robado las cervezas que dejé aquí ayer por la noche. Me levanto y voy al baño a buscar en el armario y, de nuevo, no me sorprende cuando veo que también me ha birlado el paquete de Marlboro. Tampoco fumo con frecuencia, pero aun así me gusta tenerlos, por si acaso. Estoy muy raro y lo único que quiero ahora mismo es un puto montón de cerveza y un porro. Son las únicas cosas en las que siempre puedo confiar para distraerme cuando hay temas en los que no quiero pensar. Quiero ir a la fiesta esta noche, aunque preferiría evitar a Tiffani. Quedarme aquí ya ni me lo planteo, así que cojo el móvil y les mando un mensaje a los chicos para pedirles la dirección.

Kaleb es el primero en contestar, y le digo que llegaré en veinte minutos. Me levanto y me echo un poco de colonia; luego apago la música mientras saco las llaves del coche del bolsillo. Estoy completamente sobrio después de todas las broncas, pero aún estoy alterado, y no ayuda mucho que en cuanto abro la puerta, esa maldita chica esté ahí de nuevo. Me mira con los mismos ojos ansiosos de antes, solo que esta vez noto que son color avellana, un

intenso color avellana. No acabo de decidir si son más dorados o más marrones.

—Hola —repite—. ¿Estás bien?

Esa voz. Parpadeo un par de veces e intento mantener la expresión todo lo impasible que puedo para esconder el hecho de que su voz está afectándome mucho.

—Adiós —le digo, y me piro.

No quiero estar cerca de ella. Ya lo he decidido, así que sigo recto escalera abajo y salgo por la puerta sin mirar atrás, a pesar de lo mucho que deseo hacerlo. Tan pronto como estoy en el jardín delantero, oigo la música de la parte de atrás otra vez. Y risas, también. Por suerte nadie ve que me voy. De todas formas, dudo que mamá se pusiera a pelearse conmigo para impedir que me marchase. Nunca lo hace. Abro el coche, me meto dentro y cierro la puerta. Enciendo el motor, pero no me pongo en marcha de inmediato. Me quedo sentado durante un minuto, con el codo apoyado en la ventanilla mientras me paso los dedos por la mandíbula y pienso. Suspiro, saco el móvil otra vez y voy a los mensajes de Tiffani. Es mejor avisarla. «Te veo en la fiesta», escribo, y luego presiono la tecla de enviar al mismo tiempo que piso el acelerador.

Hace cinco años

Obligarme a cruzar el césped en dirección al Mercedes dorado de papá es siempre la parte más dura del día. Noto las piernas rígidas mientras arrastro los pies y, con los ojos clavados en el suelo, aprieto las manos alrededor de las correas de la mochila. Sé que él está mirándome, esperando, y sé que va a tener un montón de cosas que decirme en los diez minutos que dura el trayecto hasta el insti. Ojalá mamá no le hubiera enseñado la nota.

Todavía tengo los ojos clavados en el suelo cuando cojo la manilla y abro la puerta, evitando la dura mirada de papá. Me acomodo en el asiento del copiloto, dejo la mochila sobre el regazo y luego me pongo el cinturón de seguridad. Fijo la vista en mis zapatillas. Lo único que se oye es el ronroneo del motor hasta que papá deja escapar un suspiro y acelera.

Sube el volumen de la radio y se queja cuando escucha que hay un atasco de veinticinco minutos en la autopista. Sé cuánto odia conducir hasta el centro de Los Ángeles cada mañana, y no ayuda mucho que le haya estropeado el buen día que tenía. Ahora está más enfadado de lo que suele estar a esta hora. Apaga la radio.

—Vale —dice—, ¿a qué narices estás jugando? ¿Dices que te saltas las clases porque te encuentras mal? A otro con ese cuento.

Lo miro con el rabillo del ojo. Sacude la cabeza con la mirada fija en la carretera y puedo sentir su enfado en el aire, entre nosotros, creciendo.

—Es que... No quería ir —le digo. Miento de nuevo, pero, a la vez, pienso: «Obviamente»—. Toca atletismo. Odio correr.

—A otro con ese cuento —repite—. ¿Estás tratando de rebelarte?, ¿es eso? ¿Te metes en líos para ponerme a prueba?

—No, no —farfullo. Jugueteo con un borde deshilachado de la mochila

mientras intento pensar algo que decir, cualquier cosa—. No trato de hacer nada. Es que... Bueno, el problema es el vestuario.

Me muerdo el labio y aguanto la respiración mientras cierro los ojos. Ser honesto con él es la única forma de salir vivo de este coche.

—¿Qué pasa con el vestuario?

Cierro los ojos con más fuerza. Espero que no esté mirándome. Que siga con los ojos fijos en la carretera.

—Eh... No... No quiero que nadie... No quiero que nadie me haga preguntas. —Mi boca está seca y cada palabra se me clava en la garganta.

—¿Preguntas sobre qué?

Abro los ojos de golpe y me vuelvo para mirarle.

—Papá —murmuro—, ya sabes sobre qué.

—No —dice con firmeza—, no lo sé. No hay nada sobre lo que tengan que preguntar.

Se niega a aceptar la realidad. Es la única explicación posible. Eso, o está loco.

—Vale —musito para dejar el tema.

Sigo jugueteando con el borde deshilachado de la mochila hasta que empieza a romperse. Papá no me ha mirado desde que arrancó el coche. Espero que sea porque se siente culpable y no porque no le importa nada.

—Bueno, a ver —dice—, tienes mates hoy, ¿no?

Antes de que pueda asentir, se detiene en un stop. El cruce está libre, pero él tira del freno de mano y se vuelve en el asiento para ponerse de cara a mí. Me quita la mochila del regazo y la pone en el suyo. La abre, revuelve en el interior y saca los deberes de mates que son para la semana que viene, incluyendo la página que está rota en tres trozos. No sé qué está buscando, pero, sea lo que sea, se toma su tiempo en hojear los folios.

—Hoy, en cuanto llegues a casa, quiero que te sientes y resuelvas este ejercicio —me ordena con calma mientras coge uno de los trozos rotos para que yo vea la misma ecuación de la noche anterior, la única en la que me equivoqué—. Y vas a tener que escribir todo esto otra vez.

Sacude la cabeza con los trozos de papel en las manos, como si hubiera sido yo el que los hubiera roto; luego los arruga y hace una bola. Los nudillos se le ponen blancos por la presión y yo observo en mi habitual modo impasible. Lanza los deberes hechos una bola al hueco de las bebidas de la consola central y me devuelve la mochila aún abierta.

—Podías haber guardado las otras páginas —señalo mientras la cierro—. No estaban rotas.

—Qué pena —dice con la vista de nuevo en la carretera mientras pone el coche en marcha—. Ya puedes espabilarte y hacer todos los ejercicios otra vez. Tómatelo como una práctica extra. No te viene mal.

Esos deberes tenían treinta preguntas. Me llevó una hora terminarlos anoche, y la idea de repetirlo todo por un solo error me hace apretar los dientes hasta que las mandíbulas me duelen. Papá siempre me pone este tipo de tareas y, aunque ya no me sorprende, todavía me enfada. Pero no quiero que lo sepa, así que intento relajar la cara mientras fijo la mirada en una mancha del salpicadero y él enciende la radio otra vez. «Solo quiere lo mejor para mí», me recuerdo.

Siempre es un alivio cuando, cada mañana, llegamos a casa de Dean. Ahí papá empieza a sonreír otra vez, su tono frío desaparece y sé que durante los últimos cinco minutos del viaje ya no perderá la compostura. Al menos mientras tengamos compañía.

La puerta de la calle de la casa de los Carter se abre justo en ese momento, y el padre de Dean aparece en la entrada saludándonos con la mano. Dean sale a toda prisa unos momentos después, peleándose con la mochila. Su padre, Hugh, le ayuda con la correa, y luego ambos atraviesan el césped y se acercan a nosotros.

Recogemos a Dean para llevarlo a clase cada mañana desde que tengo memoria. Los Carter son prácticamente de la familia; se dividen el trabajo: papá nos lleva y Hugh nos recoge. Dean abre la puerta del coche y se mete en el asiento trasero al mismo tiempo que mi padre baja la ventanilla para hablar con Hugh.

Estiro el cuello y me vuelvo ligeramente en el asiento para mirar a Dean mientras tira de la correa del cinturón de seguridad. Cuando lo tiene puesto, me mira, cierra la mano en un puño y me lo acerca. Se lo choco con el mío y le sonrío, pasando de la conversación de papá y Hugh.

—¿Has terminado el trabajo de ciencias? —me pregunta Dean, arrellanándose en el asiento de cuero—. Mi madre tuvo que hacerme la mitad.

—Sí. Lo entregué la semana pasada —le digo.

Hugh se aclara la garganta y se agacha un poco en la ventanilla para mirarnos a Dean y a mí.

—Bueno, chicos, os espero a las tres.

Cuando sonrío lo hace de verdad y levanta el pulgar mientras se aparta del coche. Me cae bien Hugh. A veces desearía que él fuera mi padre, y no el tipo que está sentado a mi lado.

Para cuando papá apaga el motor en la esquina de la entrada del insti, ya tengo el cinturón quitado y la mano en la puerta, listo para escapar de su constante expresión reprobatoria durante unas horas. Dean odia el insti. A mí me gusta, porque es el único sitio donde puedo deshacerme de mi padre durante un rato.

—Que tengáis un buen día —nos dice con su sonrisa falsa.

Se inclina hacia el asiento trasero, muestra la palma y deja que Dean le choque los cinco. Luego, mientras los dos empujamos las puertas del coche y salimos, él se ajusta rápidamente los puños de la camisa.

—Tyler —dice cuando estoy a punto de cerrar la puerta. Me vuelvo para encontrármelo inclinado hacia mí, con la expresión neutra. Me mira durante un momento largo hasta que sus rasgos empiezan a cambiar otra vez. Las cejas se alzan mientras las comisuras de los labios se tuercen en una sonrisa pequeña y triste—, esfuérzate —murmura y traga saliva—, te quiero.

«No —pienso mientras me alejo de él y cierro con un portazo—. No me quieres.»

Ahora

Son casi las diez cuando, por fin, estoy cruzando la ciudad. Me he parado en la tienda de licores y llevo dos packs de seis cervezas en el asiento del copiloto. Y, por supuesto, un paquete de Marlboro. El cajero me pidió veinte pavos a cambio de hacer la vista gorda ante el hecho de que me falten aún cuatro años para los veintiuno, pero, por suerte para él, soy un cliente fiel. Y probablemente sea su favorito, teniendo en cuenta las generosas propinas que le dejo.

La fiesta la da una tal Lucy a la cual no soy capaz de poner cara, y aunque voy a aparecer mucho más pronto de lo que es normal en mí, Kaleb dice que casi todo el mundo ya está allí. Ni recuerdo la última vez que me presenté en una fiesta yo solo. Como poco, siempre va Tiffani conmigo. Pero esta noche tendré que ser el puto idiota que va con sus cervezas en vez de con sus amigos.

Ya casi es de noche cuando avanzo por la calle Stanford, en las afueras de la ciudad, hasta llegar a la dirección que Kaleb me ha dado. Ya hay algunos coches aparcados fuera y un par de chicos apoyados en el porche, con copas en la mano y sonrisas aburridas. Me suenan sus caras del insti. Su atención recae en mí cuando me paro en la acera de enfrente y apago el motor, y veo que vuelven la cabeza para mirar mi coche. Finjo ignorarlos, pero sus miradas de envidia me siguen gustando, eso nunca va a cambiar.

Me quito el cinturón de seguridad, luego bajo las ventanillas un poco para dejar que el eco de la música entre en el coche y me inclino para pillar uno de los botellines de cerveza. No es solo que jamás me haya presentado en una fiesta tan pronto y completamente solo, sino que, además, nunca he aparecido sobrio. Ya se me ha bajado el pedo de antes y ahora la idea de atravesar esa

puerta sin estar ni tan siquiera un poco borracho me acojona. Me resulta muchísimo más fácil mantener el tipo delante de la gente cuando he bebido.

Destapo la cerveza con los dientes, le doy un sorbo, la mantengo en la boca para saborearla y luego me la termino de un trago. Meto el botellín vacío en la guantera, dejo escapar un suspiro y le echo un vistazo a mi reflejo en el espejo retrovisor. Los ojos parecen más intensos, con un verde más vibrante que otras veces, aunque mi expresión parece demasiado blanda para mi gusto. Junto los labios, aprieto la mandíbula mientras entorno ligeramente los ojos hasta que mi aspecto es más arisco, más duro, y por último cojo las llaves, el tabaco y la birra.

Salgo del coche y cierro la puerta de un codazo, lanzo la cerveza sobre el capó, me meto las llaves en el bolsillo de atrás y cojo el mechero. Saco un cigarro del paquete y me lo pongo entre los labios, luego lo enciendo.

Uno de los chicos del porche le da un trago a su bebida y luego me dice desde el otro lado del césped:

—¿Vienes a la fiesta?

Doy una larga calada mientras lo observo, dejo que el humo llene mis pulmones un rato antes de echarlo y crear una cortina que me emborriona la visión y llena el aire a mi alrededor.

—Qué va. Estoy haciendo turismo por el barrio —contesto irónico.

Vaya puto idiota.

Me coloco el cigarro en los labios, cojo la cerveza y me dirijo hacia la casa, atravesando el césped y el porche. El volumen de la música sube a medida que me acerco, pero no está todo lo alta que debería, lo cual claramente pone de manifiesto que la anfitriona es primeriza. Eso y el hecho de que la casa no parezca estar abarrotada.

—No sabía que ibas a venir —dice el chico cuando llego al porche.

Rápidamente, me mira de arriba abajo y, cuando me separo el cigarro de los labios otra vez para echar el humo, él contiene la respiración. Los dos parecen muy jóvenes para estar aquí, y me da la impresión de que puede que sean de segundo, o de primero incluso. Lo que faltaba.

—¿Es vuestra primera fiesta? —pregunto. Y mis palabras suenan como acolchadas porque hablo sosteniendo el cigarrillo entre los labios.

Levanto una ceja mientras paso a su lado. No se me ocurriría pararme y acabar metido en una conversación con unos novatos tontos del culo. Quiero

entrar y ver quién anda por ahí. Quiero abrirme otra cerveza. Y quiero pillar por banda a Declan Portwood.

—Sí —dice el chico.

Intercambia una confusa mirada con su amigo y ni siquiera reprimo la risa cuando contesto.

—No me digas.

Empujo un poco la puerta de la casa y la música inmediatamente me inunda los oídos, mezclada con risas y el sonido de una copa cayéndose al suelo. Antes de entrar me vuelvo y me apoyo en la puerta, sonriendo mientras la mantengo abierta con el peso de mi cuerpo.

—¿Queréis un consejo? —pregunto mientras tiro la colilla al suelo y la piso—. Dejad de perder el tiempo aquí fuera y entrad de una puta vez.

En cuanto me doy la vuelta, me encuentro con una fiesta en la que, por una vez en la vida, parece haber sitio para todos. No reconozco a nadie enseguida, más allá de las caras habituales que he visto antes en otras fiestas, pero sé que Kaleb ya ha llegado, así que me interno en el salón para buscarlo. No sonrío a nadie al pasar, aunque casi todos me saludan con la cabeza en señal de reconocimiento cuando me ven, y acabo el recorrido en medio de un pequeño grupo de chicas que me bloquean el paso a la cocina.

—¡Tyler! —me llama Kaleb justo en el mismo momento que yo lo localizo a él, pegado a la encimera.

La mesa del centro está cubierta de todo tipo de bebidas, lo cual la convierte en el lugar más popular de toda la casa, y tengo que abrirme paso entre todo el mundo para llegar hasta mi amigo.

—Por fin apareces, tío —dice mientras me pone la mano en el hombro cuando llego a su altura.

Kaleb no solo huele a cerveza, sino también a maría, y su mirada enrojecida se pasea por la cocina como si hubiera perdido algo.

—¿Dónde está Tiffani?, ¿y Dean?, ¿y todo el mundo?

—Ahora vendrán —digo. Le aparto la mano de mi hombro y pongo las cervezas en la encimera, cojo una y la abro—. ¿Y Declan?, ¿anda por aquí?

Kaleb se apoya en la cafetera y se limita a encogerse de hombros, pero a la vez me mira con expresión de sabiduría. Está fumado como una mona.

—Vendrá más tarde. ¿Qué te apetece tomar?

Se inclina hacia delante y me mira subiendo las cejas; luego se da un par de toques en el bolsillo delantero de los pantalones, como señalándolo.

—No tienes que esperar a que llegue Declan —murmura mientras la música retuena a nuestro alrededor—. Puedo animarte yo.

Lo observo detenidamente mientras doy un trago a la cerveza. A veces me pregunto qué pinta mi amigo en estas fiestas. Tanto él como Declan están ya en la universidad, pero Kaleb podría pasar por un chaval de catorce años, así que es normal que pegue más en fiestas de gente del insti que en las universitarias. En cuanto a Declan, parece ser amigo de todo el mundo. Una vez me dijo que tener contactos era el primer mandamiento para hacer negocios.

Sacudo la cabeza y me aparto un poco.

—Por ahora estoy bien. Avísame cuando aparezca Declan.

—Echa un trago, por lo menos —dice Kaleb agarrando una botella de vodka medio vacía que está a su lado. No tiene tapón, y él se baja de la encimera y me señala acusador con ella—. ¿Por qué no estás borracho?

—Pues igual porque hace solo cinco minutos que he empezado a beber —replico; luego le arranco la botella de la mano.

Tiene razón. No puedo dejar que me vean sobrio en una fiesta. Ese no soy yo, así que me acerco la botella a los labios y bebo hasta que no soy capaz de aguantar más el ardor del alcohol en la garganta, luego le devuelvo el vodka.

—Voy a ver quién anda por ahí.

—Vale —dice Kaleb mientras vuelve a subirse a la encimera. Echa un trago y luego se queda con la botella colgando de la punta de los dedos—. Si cambias de idea, ya sabes dónde encontrarme.

Decido darme la vuelta y alejarme de él antes de cambiar de idea. Claro que podría pegarle una calada a un porro, pero sé que me apetecerá mucho más cuando aparezca Tiffani. Entonces lo necesitaré de verdad, así que por ahora voy a esperar. Me las puedo arreglar durante una hora, pero necesito mantenerme ocupado, así que decido darme una vuelta por la casa a ver quién hay. De momento, Kaleb es la única persona a la que conozco, aparte de algunos con los que he hablado un poco en alguna ocasión.

En la cocina, la gente está sirviendo bebidas. En el salón, tirándolas. Fuera, en el jardín, media docena de tíos están jugando al «birra pong»: intentar encestar pelotas de ping pong en vasos llenos de cerveza. Están tan borrachos que no se mantienen en pie, así que ni me molesto en unirme a ellos. En cambio, vuelvo dentro para tirar mi botella vacía a la papelera y

abrir una nueva, y veo que Kaleb ha desaparecido de la encimera. Vete a saber dónde está. Qué tío, no pudo esperarme ni quince minutos.

Con una cerveza recién abierta en la mano, salgo de nuevo, esta vez hacia el piso de arriba. La casa no es enorme, y la lista de invitados tampoco. Estoy tan aburrido que he decidido ponerme a contar cuántas personas hay aquí y, de momento, van veintisiete. No parece haber nadie arriba, excepto una chica que está vomitando en el baño.

—¿Estás bien? —le pregunto asomándome por el marco de la puerta.

Ella no saca la cabeza de la taza del retrete, solo levanta una mano y me muestra el pulgar hacia arriba, así que cierro la puerta y la dejo tranquila.

—¿Tyler? Me pareció que eras tú —dice una voz detrás de mí.

Cuando me vuelvo, hay una chica con sonrisa de borracha subiendo a buen ritmo las escaleras para venir a saludarme. La conozco, pero tardo un minuto en acordarme de su nombre.

—Eh, Naomi —la saludo.

No soy capaz de sonreírle, supongo que porque todavía estoy de un humor raro, así que, en cambio, le doy un trago a la cerveza. No sé qué decirle. Se sienta delante de mí en clase de literatura y las únicas veces que hablo con ella es cuando le pido ayuda para traducir a Shakespeare.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, demasiado pegada a mí. Se inclina para apoyar la mano en la pared, y así evitar perder el equilibrio. Se ríe borracha mientras se recompone la falda, luego me mira inquisidora—. ¿No deberías estar abajo? Ya sabes, junto al alcohol.

Sacudo la cabeza y me acabo la birra, inclinándome para dejarla en el suelo. No soy capaz de recordar si es la tercera o la cuarta, pero aún no estoy borracho ni de lejos y me estoy empezando a frustrar. Naomi me lleva una buena ventaja, pero veo que sus manos están vacías.

—Bien pensado —le digo—. ¿Qué te parece si nos ponemos una copa?

—¿No deberías estar con Tiffani?

—Todavía no ha llegado.

Le echo un vistazo al reloj. Son las diez y media pasadas, así que le faltará media hora aproximadamente para dejarse caer por aquí. Me aterroriza tener que enfrentarme a mi novia, de modo que solo tengo treinta minutos para beber tanto alcohol como pueda y tratar de aislarme de la bronca que probablemente vayamos a tener.

—Ah —dice Naomi, pero sonrío mientras asiente—. Una copa estaría

bien.

—¿Qué te apetece?

—Mmm —inclina la cabeza hacia un lado y finge pensar detenidamente su respuesta, justo antes de sonreír y reclinarsse completamente contra la pared—. Sorpréndeme.

—De acuerdo. Espérame aquí.

La rozo ligeramente al pasar y me dirijo abajo, mientras la música me engulle otra vez. Está claro que han subido el volumen, porque ahora la gente tiene que gritar para oírse, y yo, con un codazo, aparto de mi camino a un tío para conseguir llegar a la cocina. Puede que no esté borracho, pero tampoco estoy sobrio. Empiezo a sentirme ligeramente más relajado, un poco más a gusto sin Tiffani a un lado y Dean al otro, que es como siempre estoy.

Kaleb está de nuevo sentado en la encimera, y se parte de risa con el chico con el que habla, pero cuando me ve parpadea y articula exageradamente:

—¿Hierba?

Yo niego con la cabeza.

Para cuando encuentro el pack, han volado la mitad de mis cervezas y solo quedan cuatro. Es lo esperable en las fiestas, así que robo una botella cualquiera que algún otro habrá traído, la abro, y luego cojo una taza y escaneo la mesa. Localizo unos Red Bull, cojo una lata y la mezclo en la taza con algo que, seguramente, sea más del doble de la cantidad estándar de vodka. Me encojo de hombros, estrujo la lata con la mano y la tiro sobre la encimera.

—Tyler —me llama Kaleb justo cuando me estoy volviendo para dirigirme de nuevo escalera arriba.

Miro sobre mi hombro y él me hace un gesto con el dedo índice para que me acerque, así que inspiro profundamente y luego me encamino hacia él.

—Ya conoces las reglas —dice, arrastrando un poco las palabras—. Cada vez que entras en la cocina, tienes que tomar un chupito.

Levanto una ceja mientras lo miro. Esa regla nunca había existido hasta ahora mismo, pero ¿quién soy yo para discutir con él? Solo los idiotas desprecian los chupitos gratis.

—Pues vamos allá.

Con las dos manos ocupadas, me acerco a él y echo la cabeza hacia atrás mientras separo los labios.

Kaleb coge la botella y la inclina sobre mi boca. El vodka me golpea la

garganta a medida que él sigue vertiéndolo, pero no se detiene, solo sonrío satisfecho mientras trago, trago y trago hasta que el estómago me arde. No puedo seguir, así que cierro la boca, con lo cual solo consigo que Kaleb derrame el alcohol por mi cuello y por mi camisa.

—Así es como se hace —comenta, echando él mismo un trago con gesto de asentimiento.

No sé cuánto acabo de beber, pero me parece bien ver cómo disfruta Kaleb de lo mareado que estoy de repente. Me concentro en mi respiración por un momento o dos hasta que estoy seguro de que no voy a vomitar en el suelo.

—Serás gilipollas —farfullo una vez que me he recobrado.

Poso la copa de Naomi para poder levantarme la camiseta y secarme el cuello, luego me paso una mano por el pelo y cojo otra vez la copa. No estoy seguro de si en esta casa la temperatura ha estado tan alta todo el rato, pero me golpea un calor que parece salido de la nada, y necesito aislarme de este ruido retumbante y alejarme de estos cuerpos que se me pegan por todas partes. Rápidamente, consigo coger la botella casi vacía de vodka de la mano de mi amigo y tengo que hacer malabares para llevar las dos, esta y la de cerveza, entre los dedos. Él me fulmina con la mirada, pero yo le guiño un ojo como respuesta.

—Ya sabes las reglas —lo imito mientras me retiro—. Cada vez que sales de la cocina, la botella se va contigo.

Kaleb pone los ojos en blanco y dice:

—*Touché.*

Tampoco es que quede mucho. Un par de chupitos como máximo, y él ya está borracho y colocado, así que no lo necesita. Al menos no tanto como yo.

Alguien me toca el hombro y dice «Eh» cuando intento salir del salón, pero no me molesto en volverme porque llevo tres bebidas en las manos y mi atención está puesta en la copa que le he preparado a Naomi. Está llena hasta el borde y cuando alguien choca sin querer contra mí, se derrama un poco en la alfombra, así que sigo adelante a toda prisa antes de que los demás se den cuenta. Me sorprende que nadie haya vomitado en la alfombra todavía, dado lo borracha que está la mitad de la gente a mi alrededor,

Es un alivio volver aquí arriba. Las luces del vestíbulo todavía están apagadas y todo parece muy tranquilo, sin nadie alrededor, ni siquiera Naomi. Asomo la cabeza por la puerta del baño, pero incluso la chica de antes se ha ido, así que vuelvo al pasillo y llamo a Naomi, aunque mi voz

suenan como una pregunta. Probablemente ya ni siquiera esté en esta parte de la casa.

—¡Aquí dentro! —responde casi de inmediato, y no sé por qué, pero suspiro aliviado al saber que aún está esperándome.

¿Con quién más voy a hablar si no conozco a nadie aparte de a Kaleb, que está demasiado pedo como para hacer otra cosa que no sea reírse como un idiota?

Sigo el sonido de la voz borracha de Naomi hasta la habitación que está al otro lado del pasillo y, con cuidado, empujo la puerta entreabierta con la rodilla, haciendo equilibrios con las bebidas mientras entro en el dormitorio. No recuerdo el nombre de la chica que celebra la fiesta, pero dudo que esta sea su habitación, a juzgar por los pósteres de la Liga Nacional de Fútbol que veo en las paredes. Naomi está apoyada contra la cómoda, con la mano en la cadera, mientras observa la fotografía de Philip Rivers que está ante ella.

—¿A su hermano le gustan los Chargers? —pregunta mientras vuelve la cabeza para hablar conmigo y hace una exagerada mueca de disgusto. Sus nociones de fútbol me cogen por sorpresa.

—Eso parece —respondo. Podría tener una conversación con ella sobre fútbol, sobre lo mucho que odio los Chargers, decirle que los 49ers son mejores; en cambio, añado—: Toma. —Y avanzo por la habitación hacia ella, acortando la distancia entre ambos y ofreciéndole la copa que le he preparado.

—¿Sabes? —dice mientras se apoya del todo en la cómoda y pasa un dedo por el borde del vaso, observando la bebida—, no eres tan increíblemente gilipollas como dice todo el mundo.

Levanta la mirada para encontrarse con la mía a la vez que se lleva la copa a los labios, y yo la observo mientras bebe y trato de dilucidar si lo que acaba de decir es un piropo. Creo que a lo mejor sí.

No tengo muy claro cómo responder, así que bebo incómodo de la cerveza y luego pregunto:

—¿Está demasiado cargada?

Pero parece que no, porque ella levanta un dedo, inclina más la copa y se la termina. Como colofón, toma una larga bocanada de aire y golpea contra la cómoda el vaso vacío, que queda aplastado bajo su mano.

—¿Que si estaba muy cargada, me preguntabas?

Parpadeo ante sus palabras. ¿Quién iba a esperar que Naomi, la de

literatura, fuera semejante esponja? Yo desde luego que no, al menos hasta ahora, y aunque está como una cuba y ya no controla, sigo impresionado por la manera en la que acaba de apurar la copa, teniendo en cuenta la cantidad de alcohol que le puse. «Hala» es todo lo que alcanzo a decir; le paso la botella de vodka y se la acaba también.

—¿Tiffani es capaz de beber como yo? —pregunta, mientras se acerca para mirarme con una sonrisa desafiante en los labios, y me jode que haya mencionado a mi novia.

Había dejado de pensar en ella, y ahora siento cómo me vuelve el cabreo mientras Naomi me apoya una mano en el pecho y se lleva la botella vacía a la boca. El rímel se le ha corrido, pero eso no me impide ver la expresión lasciva que domina sus rasgos. Abre los labios y acto seguido los pone alrededor del cuello de la botella, sin que su mirada deje la mía en ningún momento, mientras pasa la lengua alrededor del cristal. Luego, con una voz que no es más que un susurro articulado a medias, añade:

—¿Es capaz?

Está tan cerca que casi puedo saborear el alcohol que ha ingerido, y su cuerpo es cálido, quizá demasiado, y se me forma un nudo en la garganta que parece querer extenderse por todo mi cuerpo. Me fuerzo a tragar saliva, pero estoy pegado al suelo, paralizado por su cuerpo, que se pega al mío.

—Creo que... ya me voy —murmuro, pero antes de que pueda dar un solo paso atrás, sus manos me cogen la mandíbula y sus labios se pegan a los míos.

Su movimiento es tan abrupto que me tambaleo hacia atrás, pero recupero el equilibrio, la cojo por la cintura y la atraigo más cerca de mí, con mi cerveza contra su cadera, mi boca sincronizándose rápido con la suya, animados ambos por el alcohol en nuestros torrentes sanguíneos. Dejo vagar mi mano por su pelo, pero está enredadísimo, así que acabo dándole un tirón sin querer; aun así, continuó apretándola contra mí mientras sus manos acarician mi pecho, agarrando posesivamente mi camiseta. Sabe al vodka que ha tomado y yo tengo la mente borrosa, demasiado distraída por el cuerpo de otra persona en contacto con el mío como para decirme que tengo que parar. No quiero. Me gustan las distracciones.

Naomi me muerde el labio inferior en lo que creo que es un intento de ser seductora, pero aprieta demasiado y durante demasiado tiempo, y juro que, durante un segundo, me parece que me lo puede haber partido. No me puedo

parar a preguntarme si me habrá hecho sangre porque sus manos ya están debajo de mi camiseta, acariciándome el pecho, recorriendo toda la piel hasta que, de repente, esas mismas manos apresan la cintura de mis pantalones.

Me tenso y le cojo firmemente las muñecas, inmovilizándoselas antes de que llegue más lejos. Aparto mis labios de los suyos, pero me quedo con los ojos cerrados como asumiendo la realidad de lo que estamos haciendo, y luego, con una respiración marcada, los abro otra vez para mirarla.

—Naomi... —murmuro mientras sacudo la cabeza—, no puedo seguir.

La irritación tiñe los rasgos de su cara mientras libera las muñecas de mi sujeción.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué —digo bajito, y deajo escapar un suspiro.

Me paso una mano por el pelo mientras me aparto de ella y me dirijo hacia la cama, donde me siento, y deajo la cerveza en la mesilla de noche.

He hecho esto más veces. Pero solo esto. Nunca he ido más allá. No sería capaz. A veces puedo ser un idiota, pero no tan rematadamente idiota. Quizá Tiffani me saque de mis casillas, quizá estemos haciendo el paripé la mayoría del tiempo, a lo mejor ni siquiera estamos enamorados de verdad, pero nunca se me ocurriría joderla de esa manera.

Naomi se balancea y cae de rodillas en la alfombra delante de mí, mirándome de forma insinuante a través de las pestañas. Su expresión lasciva ya no me pone. De hecho, más bien me da bajón cuando pone morritos y dice:

—Tiffani no se va a enterar nunca. Yo no voy a decírselo, y tú tampoco, entonces ¿qué problema hay?

—Naomi —repito, pero esta vez más firme, más molesto. Cuando pone la mano en mi rodilla, me apresuro a apartarla otra vez—. No.

—Muy bien —dice enrabiada.

Vuelve a ponerse en pie. Se contonea un poco delante de mí y se recoloca el pelo. Luego, me sonrío y me dice:

—La apuesta era solo liarse contigo, así que da igual.

Tras lo cual se vuelve y sale andando por la puerta.

Me quedo mirándola mientras el músculo de la mandíbula se me tensa. «¿Qué cojones...?» Con un rugido sordo, me llevo las manos a la cabeza y me derrumbo en la cama. Me quedo mirando el techo durante un rato mientras me centro en mantener la respiración constante y calmada, y me pregunto qué

hora será. La música que se cuele desde abajo y hace retumbar la casa entera es difícil de ignorar, y sé que no puedo desaparecer demasiado tiempo. Debería estar en la cocina, bebiendo chupitos y también sirviéndolos, porque eso es lo que hago en las fiestas. Desde luego, no me escondo en el piso de arriba, eso seguro.

Me incorporo de nuevo y me quedo sentado, dejo escapar un suspiro y me recompongo. Tengo que recordarme que debo mirar a cada tío de mi clase que me encuentre, sonreír brevemente a las chicas y reír siempre que alguien explique un chiste, incluso aunque no sea ni remotamente gracioso. Debo resultar convincente, dar una buena apariencia.

Antes de salir del dormitorio, me recoloco la camiseta e intento arreglarme el pelo con los dedos para que no parezca tan enmarañado. Eso levantaría sospechas. Casi me llevo los vasos vacíos y la botella de vodka que están tirados en el suelo, pero recoger su propia basura no es típico de Tyler Bruce, así que me termino rápidamente la cerveza y luego tiro el botellín al suelo.

Mientras me dirijo a la puerta, veo por primera vez el reloj digital luminoso que está en la mesilla. Son las once y cuarto, y no tengo la más mínima duda de que Dean ya estará aquí, y Meghan, y Jake. Pero también Tiffani, que es a la que más temo ver, ahora más que nunca.

Hace cinco años

Al segundo de cerrar la puerta, el coche de papá ya estaba desapareciendo calle abajo. Mejor, me gusta que no se quede por aquí. Cuanto antes se va, antes puedo respirar aliviado. Los hombros se relajan, el cuerpo sale de su estado de crispación y aminoro el paso para adecuarlo al de Dean mientras nos dirigimos al instituto. Todavía nos quedan diez minutos antes de la primera clase, así que todo el mundo anda remoloneando, apoyado en las taquillas, mientras espera a que suene el timbre. Solo tengo un par de amigos, pero aun así sonrío a los otros chicos de mi clase cuando me los cruzo, y a veces me responden. Se me da bastante bien esto de sonreír. En ocasiones me doy cuenta de que lo hago incluso cuando no lo pretendía.

—¡Ahí está Jake! —dice Dean, señalando hacia el despacho del director.

Parece acelerar, así que me apresuro yo también mientras lo busco con la mirada; cuando lo localizo, ya está viniendo hacia nosotros.

—Llevo aquí desde las siete y media porque mi madre tenía que entrar antes a trabajar —se queja mientras se para delante de nosotros.

Hoy Jake parece diferente. Inclino la cabeza hacia un lado mientras lo estudio, pero el pelo lo tiene igual que siempre, rubio, fosco y por encima de los ojos, y lleva la vieja sudadera azul que no se quita jamás. Pero cuando añade «Tuve que hablar con el chaval raro de la clase de gimnasia», oigo el ceceo en sus palabras y veo el brillo metálico en sus dientes.

—¿Te han puesto aparato? —pregunto.

—Ah, sí —dice, como si se le hubiera olvidado por completo, a pesar de llevarlo desde hace solo veinticuatro horas. Sonríe ampliamente para mostrárnoslo bien—. ¿Qué os parece?

—¿Por qué lo elegiste verde? —pregunta Dean.

—Porque me gusta el verde, idiota —responde Jake, y luego le da un manotazo en el hombro.

Hace poco más de un año que somos amigos de Jake, desde que empezamos el instituto, pero es como si lo conociéramos de siempre. Al menos eso es lo que nos parece, y me gusta pensar que ahora somos tres, en vez de dos. A todos nos encanta el fútbol, odiamos las mates y jugamos demasiado al *Madden NFL* en la PlayStation 2.

—¡Me abrieron la boca con una palanca! —nos cuenta Jake mientras empezamos a caminar hacia clase, aunque no le estoy prestando mucha atención. Me siento alejado otra vez, la sensación de desconexión me rodea—. Pero el dentista se pasó, así que mi padre empezó a gritarle y a decirle que dejara de romperme la boca. Ahora solo puedo comer sopa.

Le echo un vistazo a Jake. Siempre habla un montón, todo el rato dale que te pego sobre cosas que no tienen ninguna importancia, pero esta vez le presto atención.

—¿Tu padre no dejó que te hicieran daño? —pregunto automático sin pensar.

Siempre me producen curiosidad los padres de los demás. Si fuera yo, papá habría puesto los ojos en blanco y me habría dicho que madurara.

—Pues no. ¿El tuyo lo permitiría? —replica Jake, luego se lleva la mano a la cara dramáticamente—. ¡La mandíbula me dolía horrores!, ¡apenas podía respirar! Ni tan siquiera debería haber venido a clase hoy. Estoy convaleciente.

Vuelvo a desconectar y bajo la cabeza, dejando mis ojos vagar por el suelo mientras avanzamos por los pasillos del insti. Es un alboroto. La gente grita, se ríe, me da codazos y se roza contra mi moratón del hombro, que es cada vez más grande.

Jake no sabe lo que es el dolor. No sabe lo difícil que es no encogerse por instinto cuando alguien te toca. No sabe cómo es la agonía. Tengo celos de él y de Dean, y también de cada persona que se ríe a mi alrededor, que tiene la suerte de llegar a casa por la noche y no sentir que el corazón se le va a salir del pecho cada vez que su padre se acerca.

—¿No tienes ciencias? —pregunta Dean.

Levanto la vista del suelo y me doy cuenta de que hemos pasado mi clase. No soy capaz de recordar los últimos cinco minutos. Esto me pasa un montón.

—Mierda, sí.

Me paro en seco y me vuelvo hacia la puerta de mi clase, con el moratón del hombro aún latiendo.

—Os veo a la hora de comer, tíos.

Ciencias me gusta. Es la clase en la que resulta más fácil pasar desapercibido entre los demás, sobre todo porque cada veinte segundos alguien levanta la mano y le pide a la señorita Fitzgerald que repita algo que ya ha explicado unas cinco veces. Así que estoy sentado en mi silla al lado de la ventana, con el codo apoyado en la mesa y la barbilla descansando en la palma de la mano, mientras mi mirada aburrida atraviesa el cristal lleno de polvo y se dirige a la pista de atletismo. Está vacía, pero el sol brilla sobre la hierba mal cortada. Después de un rato, dejo de mirar. Tengo los ojos abiertos, pero no estoy aquí, no estoy viendo realmente. Me evado por completo mientras la voz de la señorita Fitzgerald se va apagando en mis oídos y el silencio es todo lo que queda a mi alrededor. Me gusta. Me agradan la tranquilidad y el silencio, porque me hacen sentir solo. Me hacen sentir seguro.

Pienso otra vez en Hugh, el padre de Dean. Nos esperará fuera del insti, con su furgoneta, dentro de unas horas. Con una sonrisa en la cara y la mano levantada, haciéndonos señas por si no lo hemos visto mientras se baja para saludarnos. A Dean no le gusta que haga eso. Le da vergüenza, pero a mí me encanta ver a Hugh esperándonos. Siempre me da una palmada en la espalda, igual que a Dean, y a pesar de que puede parecer una locura, me encanta fingir, aunque solo sea durante un segundo, que Dean y yo somos hermanos y Hugh es mi padre. Sería bastante guay. Hugh no se enfadaría si la cago con mis deberes, seguro. No levantaría la voz, ni los puños. Y yo sabría que él me quiere.

Quiero a papá, pero no siempre. De hecho, lo odio un montón de veces. Quizá pudiese escaparme. Podría escabullirme de la escuela ahora mismo, pillarme un bus a la Union Station y meterme en un tren que me lleve a cualquier lugar por cinco pavos. O sea, a ninguna parte.

—Tyler —suena la voz de la señorita Fitzgerald a mi derecha, y yo salgo de mi aturdimiento y le presto atención. Está pegada a mi pupitre, con una mano en la cadera y una mueca de desaprobación en la cara—, ¿te gustaría compartir con el resto de la clase qué es lo que encuentras tan interesante ahí fuera?

—Pueees...

Los ojos de todo el mundo están fijos en mí y sonrían divertidos ante la mala suerte de que me hayan pillado. Escudriño mi cerebro en busca de una respuesta, pero ¿qué puedo decirle? Echo un vistazo a las miradas expectantes de mis compañeros de clase, y sé qué están esperando. Esperan que me achante por la presión, pero me niego. No me derrumbaré en el insti. Me niego a mostrarme débil aquí.

Me deslizo hacia delante en mi silla, me encojo de hombros y miro perezosamente a la señorita Fitzgerald.

—No puedo evitar que la hierba me resulte más emocionante que su clase —le digo al fin, con voz neutra.

«No me importa —pienso, y la ola de risas disimuladas que se extiende por la clase me llena de satisfacción—. Distráelos para que no puedan averiguar lo que piensas de verdad.»

La señorita Fitzgerald aprieta los labios. Puedo ver en sus ojos ese parpadeo de desaprobación con el que ya estoy tan familiarizado. La mayoría de mis profesores me han mirado con ese mismo gesto últimamente. Hace un año, era un chaval tranquilo. Mantenía la cabeza gacha. Tomaba apuntes todo lo rápido que podía. Daba lo mejor de mí. Pero de un tiempo a esta parte no le veo sentido. Papá nunca está contento, da igual lo mucho que trabaje. Así que es mucho más fácil no preocuparse.

—Entonces quizá te divierta esperar fuera —propone ella.

Sus labios tiemblan y señala con la cabeza hacia la puerta, mientras se cruza de brazos.

De cara al exterior, pongo los ojos en blanco y sonrío, pero por dentro me siento culpable. Me cae bien la señorita Fitzgerald, así que intento no mirarla mientras me levanto de mi sitio y enfilo mi camino a través de los pupitres. Las caras que me rodean están llenas de expectación y, para que mis compañeros se diviertan aún más, incluso cierro la puerta con cierta fuerza cuando salgo.

El pasillo está silencioso, y además apesta. Solo faltan quince minutos para que acaben las clases, así que paseo de un lado a otro durante cinco de ellos, rogando para que papá no averigüe que me han echado de clase. Hace un par de meses, el señor Tiller me expulsó de mates por contestarle mal. En el momento, pensé que yo era un tío divertido. Un tío guay. Pero lo que no

sabía es que, después, esa tarde, el señor Tiller llamó a papá. Cuando llegué a casa me estaba esperando con una furia contenida a punto de estallar.

Fue una mala noche.

Ahora tengo una escala, me la he inventado.

Están las noches increíbles, que es como deberían ser todas, esas en las que papá me sonrío desde el otro lado del salón y me pasa latas de refresco cuando mamá no mira. Las noches en las que, de verdad, me río con él. Es el tipo de noche que escasea, en la que me pregunto si quizá las cosas vayan a mejorar.

Pero luego están las noches buenas, en las que, en realidad, no pasa nada. Una noche buena es aquella en la que papá está a lo suyo, normalmente enfrascado en el periódico sobre la mesa de la cocina, con un boli entre los dientes y uno de sus pies dando golpecitos en el suelo.

Y también hay noches malas. Son las que suceden demasiado a menudo. Esas empiezan en el momento en el que yo meto la pata, el segundo exacto en el que hago algo que no es lo suficientemente bueno a ojos de mi padre.

Puedo aguantar una noche mala, me he acostumbrado. Soy inmune a ellas. Normalmente cierro los ojos para no tener que mirarlo. En su lugar, miro la oscuridad, y me pregunto si mamá estará bien trabajando sola hasta tarde en su oficina; si Jamie ya habrá pasado de pantalla en su videojuego; si Chase se estará riendo con los dibujos. Antes, solía preguntarme cuándo iba a parar papá. Ahora ya no me molesto.

Y luego está el punto más alto en mi escala: las noches muy malas. El tipo de noche en el que ni siquiera reconozco a papá. Normalmente no me asusta, pero en las noches muy malas, la mirada enloquecida y salvaje que se instala en sus ojos verdes basta para que sienta una puñalada de terror. Esas noches no hay forma de pararlo. La última aún está fresca en mi memoria. Sucedió hace solo un mes. Fue cuando me rompió la muñeca por segunda vez. Ni siquiera recuerdo por qué estaba tan furioso conmigo, ya que borré de mi mente la mayor parte de lo que pasó. Mamá piensa que me caí por la escalera. Ojalá. Le rompería el corazón saber la verdad.

Miro hacia abajo para verme las manos. Levanto la izquierda, giro la muñeca un par de veces. En ocasiones todavía me duele, pero está mejorando. Suspiro y me apoyo en la pared, me dejo resbalar hasta el suelo mientras cierro los ojos. Estoy tan cansado... Cansado de darle demasiadas vueltas a todo. De inventar técnicas de distracción. Me acerco las rodillas al

pecho y saco todos los pensamientos de mi cabeza, centrándome, en cambio, en el sonido de las pisadas en la distancia. Suenan más cerca, más alto, se aproximan a mí. Hasta que se detienen.

—¿Te han echado de clase? —pregunta una voz.

Abro los ojos y miro hacia arriba. Rachael Lawson me observa con curiosidad desde detrás de sus grandes gafas redondas; lleva el pelo rubio recogido en una coleta alta con algunos mechones sueltos enmarcándole la cara. Vamos juntos a algunas clases. Salimos por ahí a veces. Somos amigos, supongo.

—Sip —digo. Vuelta a ser Tyler, el tío guay. No Tyler el que piensa demasiado, ni Tyler el que se viene abajo. Ese es un coñazo. No me gusta ser él—. Le contesté mal a la señorita Fitzgerald. No le gustó.

—Estás loco. —Rachael sacude la cabeza; luego se ríe mientras se va andando.

—¡No lo dudes! —le grito.

Sí, eso es. Loco por comportarme como alguien que no soy, más que nada. No soy capaz de recordar cuándo fue la primera vez que lo hice, pero está empezando a ser cómodo. Está empezando a gustarme más este Tyler, pero, aun así, en cuanto Rachael deja de estar a la vista, vuelvo a ser yo mismo.

Sentado en el suelo, con la espalda contra la pared y la mente pasada de revoluciones, noto el dolor en el moratón del hombro.

Ahora

Al emprender el camino de vuelta escaleras abajo y a medida que la música se oye cada vez más alta, me doy cuenta de que pierdo un poco el equilibrio. Las piernas no parecen obedecerme, así que bajo los escalones de uno en uno, mientras me voy apoyando patéticamente en la pared para estabilizarme. Sé que parece que voy fumado, pero aún no es el caso. Lo que pasa es que no puedo ver en la oscuridad, así que durante dos minutos deambulo alcoholizado y mirando al suelo intensamente antes de conseguir llegar al salón.

Ahora, la casa parece más llena, aunque a lo mejor me lo estoy imaginando. Todo el vodka que he consumido tan rápido se está adueñando de mí. Por una parte me siento más ligero, más a gusto, pero sé que tengo que evitar a Naomi y que necesito encontrar a Kaleb. Si doy con Declan, mejor que mejor.

Levanto la vista y me dispongo a cruzar la sala en línea recta en medio de todo el mundo para alcanzar la cocina, pero enseguida choco con alguien antes de haber avanzado casi nada. Intento seguir adelante, pero solo consigo que me insulten y me empujen hacia atrás otra vez. Levanto las manos en gesto de rendición, intentando parecer arrepentido, aunque no lo esté, y luego, cuando miro bien, me doy cuenta de que tengo enfrente a Rachael.

—Dios, Tyler —murmura, mientras me mira desdeñosa y se coloca un mechón de pelo rubio y rizado detrás de la oreja—. Ya estás pedo y aún no es medianoche. Que tampoco es que me sorprenda...

—Yo también me alegro de verte —replico, con la voz neutra.

Se supone que Rachael me cae bien y yo a ella. O sea, que se supone que somos amigos. Pero, en realidad, no. La conozco desde que empezamos el

instituto, pero ella me odia desde el primer año. Por lo visto, no quiere tener que aguantar mi mierda como el resto del mundo. Según ha dicho ella, que conste. A mí, en realidad, no me afecta su desdén.

Rachael bebe un trago de su copa con la pajita para no estropearse la pintura de labios roja. Sigue mirándome a través de sus ojos cargados de maquillaje.

—Y bien —dice mientras se acerca más a mí—, ¿qué te pasó antes?

Levanto una ceja y retrocedo un paso para alejarme de ella. No sé de qué demonios está hablando. No estaba en casa de Tiffani.

—¿Eh?

—En la barbacoa —me aclara mientras hace un gesto de negación con la cabeza. La música está tan alta que apenas oigo lo que me dice. Aunque la verdad es que tampoco quiero escucharla—, cuando hiciste esa entrada triunfal.

Ah, vale. Está hablando de eso. La barbacoa. Me sorprende que fuera, la verdad. No es su rollo.

—¿Estabas allí?

—Sí. Tu madre me invitó para conocer a Eden.

La miro mientras parpadeo nervioso. Ahí está ese nombre otra vez, esa chica. Intento traer a la mente su imagen, pero no puedo recordar bien cómo era. Lo que no he olvidado, sin embargo, son sus labios y su voz. Joder, eso sí que se me ha quedado grabado. Ojalá pudiera hacerme una imagen de ella más clara, pero mis recuerdos están un poco emborronados.

—¿Eden?

—Tu hermanastra —dice Rachael mientras pone los ojos en blanco. Aprieta los labios y me mira de arriba abajo, casi con pena. Luego sacude la cabeza como si sintiera compasión por mí. Odio que la gente haga eso—. Cree que eres un gilipollas, por cierto, así que debe de tener bastante buen criterio. Pero bueno, que disfrutes de tu noche, Tyler. Aunque yo diría que ya lo has hecho de sobra.

Parece ajena a mí, desconectada, pero sé que es el alcohol, que hace que no la enfoque bien.

—Rachael. —La cojo del brazo cuando se vuelve para irse—. ¿Ha venido Tiffani?

—Está en la cocina —responde, y luego se aparta mi mano del brazo antes de largarse.

Me quedo parado en medio del salón durante unos segundos más. O quizá sea un minuto. No puedo pensar en nada que no sea Tiffani. Tengo que encontrarla y arreglar la bronca que tuvimos antes. Nunca pasamos demasiado tiempo peleados. Ninguno de los dos tiene aplomo suficiente. No estamos hechos para estar solos. Ella me necesita a su lado casi tanto como yo la necesito al mío, y normalmente volvemos a ser la parejita feliz menos de veinticuatro horas después de habernos peleado. Al menos, así es como funciona normalmente.

Me froto las sienes, respiro hondo. Se me da bien actuar. Ahora tengo que ser dulce y encantador, parecer arrepentido y convincente, incluso aunque no lo esté.

Me adentro en el salón, a través de las caras distantes de todo el mundo que está mi alrededor, y luego me quedo parado en la entrada de la cocina, mientras busco sus ojos azules. Son ellos los que me encuentran a mí, desde el otro extremo de la estancia, y entonces la veo, tiene una deslumbrante sonrisa mientras ríe alguna gracia que Dean acaba de hacer. Su mirada se endurece y deja de reír mientras aparta la vista de mi persona. Se sirve un vaso del vino que ha traído, despacio y con movimientos calculados, mientras compone un gesto altivo.

Me dirijo a ella, aparto amistosamente a Meghan al pasar y, mientras me aproximo, Tiffani se lleva el vaso de vino a los labios y da un trago, observándome de cerca a través del borde de la copa, intentando no poner una mueca al tragar la bebida. Odia el vino.

—Tiff —digo, cogiéndola de la muñeca que tiene libre.

—¡Tyler! —exclama.

Inmediatamente compone una amplia sonrisa. Es tan forzada y falsa que llega a ponerme enfermo. «¿Alguien más lo ve? ¿Alguien más nota que todo esto no es más que una patraña? ¿Que todo es una puta mentira?» Me echa los brazos al cuello, me acerca a ella y me besa.

Su boca sabe a menta y al vino barato que está bebiendo. Me pasa los dedos por el pelo de la nuca y tira demasiado fuerte, luego me muerde el labio de abajo en un esfuerzo por transmitir su enfado. Pero como tenemos público, correspondo a su beso. Hasta la cojo de la cintura, que es lo que quiere que haga.

Al fin, ella se separa primero y me mira con una sonrisa forzada, pero todavía puedo ver el enfado en sus ojos. Con las manos en su cintura, entierro

la cara en su cuello y su piel cálida y murmuro:

—Tenemos que hablar.

Cuando me separo para mirarla, me contempla con sus ojazos azules, hace un ligero gesto de asentimiento y luego apoya su cabeza en la mía. A nuestro alrededor, veo a Kaleb observándome fijamente con una sonrisa de burlona admiración, y hasta Dean parece estar resistiendo la tentación de poner los ojos en blanco mientras Tiffani se coloca el pelo detrás del hombro y empieza a tirar de mí hacia la puerta. La sigo en silencio, aún cogido de su mano, más que nada porque estoy contento de tener a alguien que me ayude a mantener el equilibrio. Siento la cabeza muy pesada.

—Volvemos enseguida —anuncia Tiffani volviendo la cabeza, como si a alguien en la maldita cocina le importara una mierda lo que hiciéramos, y luego empuja la puerta para abrirla, lo que permite que el aire fresco me dé de lleno en la cara.

«Mierda —pienso—, estoy muy borracho.» Me cojo al hombro de Tiffani con una mano y me pongo la otra sobre la frente mientras me pregunto si llevaré toda la noche así de mareado. No sabría decirlo, pero lo que tengo muy claro es que el patio está girando a mi alrededor y Tiffani ha apartado mi mano de su hombro. Intento agarrarme al aire que me rodea hasta que acabo por dar con la pared de la casa y allí me quedo, respirando hondo mientras intento localizar la mirada de Tiffani otra vez.

Ahora que ya no estamos actuando para los demás, su sonrisa desaparece. Está de brazos cruzados y tiene una expresión iracunda en los ojos. No debería sorprenderme que aún esté enfadada conmigo por lo de antes, pero estoy empezando a pensar que igual este no es el mejor momento para intentar arreglar las cosas. No estoy en el mejor de los estados, pero ¿qué otra posibilidad me queda? Todavía estoy cabreado con ella por haber sacado a colación a mi padre, pero no puedo vivir sin ella, es como un bastón en el que sujetarme. Es una parte importante de la vida perfecta que estoy intentando construir, y no quiero quedarme sin eso. Además está el sexo, y merece la pena disculparse aunque solo sea por eso.

—Perdóname por haberme puesto así antes —empiezo. No lo lamento en absoluto, la verdad, pero sé que eso es lo que ella quiere oír.

Pretende que ruegue para que me perdone. Eso alimenta su ego. Así que, aunque estoy superpedo y su cara se me desdibuja, finjo una expresión arrepentida y una mirada culpable.

—Y por tirar la cerveza y dejarme la pared perdida —añade Tiffani.

Exhala, mira hacia otro lado y deja vagar la vista por el patio envuelto en la oscuridad. Sigue tensa, impaciente, así que lo intento con más ansia.

—Sí, por eso también. —Avanzo un paso, tambaleándome, y la cojo suavemente por la muñeca. Intento que me mire, pero ella se niega a rendirse—. Nena, lo siento. Sabes cómo soy. Me pongo loco. Hiciste bien en pararme los pies.

Querría decirle que no se le ocurra mencionar a mi padre otra vez, pero eso solo haría que empezáramos a pelearnos de nuevo y, la verdad, no quiero ni pensarlo. Tiffani puede ser así de cruel. Ya sabe que no le consiento que lo nombre, pero, a la vez, sabe que él es mi punto débil.

Finalmente, parpadea y vuelve a mirarme, y al hacerlo sus rasgos se suavizan mientras deja escapar un suspiro.

—Eres un idiota, Tyler, pero me gustas mucho. Al menos lo suficiente como para pensar que si te pones a tontear con las drogas más de lo que ya lo haces, tendría que delatarte —anuncia con aire inocente, y es una sutil forma de recordarme que arruinará mi vida si lo considera necesario. Mientras controle cada uno de mis movimientos y se asegure de que todo lo que digo y hago es exactamente lo que ella quiere, no habrá problemas entre nosotros. Baja la vista para fijarla en la mano con la que agarro la suya y luego la aparta mientras sacude la cabeza decepcionada—. ¿De qué me servirías si acabas en la cárcel o muerto? Mírate. Vas pasadísimo. ¿También estás fumado?

—No —digo honestamente. Por una vez, no estoy mintiendo. Intento cogerle la mano de nuevo, y ahora no la aparta. Doy un paso para acercarme a ella y con la mano libre le levanto la barbilla y coloco su cabeza de forma que tenga que mirarme. Le gusta que haga esto—. Lo que pasa es que he bebido demasiado, para variar.

Se queda en silencio durante un minuto mientras me mira fijamente a los ojos, probablemente midiendo el tamaño de mis pupilas; luego frunce el ceño de nuevo.

—No estarás considerando en serio ponerte a trapichear con Declan, ¿no?

Y ya estamos otra vez. Preguntas a las que no quiero responder. Me alejo un paso de ella y meto las manos en los bolsillos de los pantalones mientras me encojo de hombros. Bajo la cabeza.

—No lo sé.

—¿Por qué, Tyler? Si no necesitas el dinero... —Aprieta las mandíbulas y se aparta el pelo detrás del hombro. La miro de cerca mientras exhala intensamente, y, por una vez, pienso que, a lo mejor, se preocupa por mí, aunque sea un poco—. ¿De verdad quieres acabar en la cárcel por trapichear mientras los demás estamos en la universidad yendo a fiestas y sacándonos una carrera? Si es así... es que estás completamente loco. Dile a Declan que se busque a otra persona para pasar su mierda.

No tengo fuerzas para discutir sobre esto una vez más, así que hago lo que mejor se me da: rendirme y dejarla ganar. No merece la pena el cabreo. Además, me empieza a apetecer otra copa.

—Tienes razón —le digo—. No voy a hacerlo. Fue una estupidez incluso pensarlo.

La cara de Tiffani se ilumina.

—¿Lo juras, Tyler?

—Lo juro. Y ahora ven aquí. —Juguetón, le pongo las manos en los hombros y la atraigo hacia mí. Envuelvo con los brazos su cuerpo delgado y la aprieto contra mi pecho, con la barbilla apoyada en su cabeza. Fijo mis ojos en un punto de la distancia, intentando mantener el equilibrio para no caerme y llevarla a ella conmigo—. ¿Qué?, esto es mejor que discutir, ¿no?

—Mmm —asiente ella con la boca apoyada en mi camisa; luego se endereza y da un paso hacia atrás—, pero me estás fastidiando el maquillaje.

Pongo los ojos en blanco, casi me caigo del mareo, y luego la beso.

Hace cinco años

La furgoneta de Hugh está aparcada al otro lado de la calle. La distingo a la legua, supongo que porque la busco con ganas. Dean está a mi lado y los dos salimos del insti. El día no ha estado tan mal, y que el padre de Dean venga a recogernos lo hace aún mejor. Puede que me hayan echado de ciencias, pero asistí a educación física y sobreviví, así que considero que ha sido un buen día. Espero que continúe así.

—¿Por qué siempre tiene que salir de la furgoneta? —se queja Dean a mi lado, mientras Hugh abre la puerta y sale. Por supuesto, sonrío, contento de vernos, y cuando levanta la mano a modo de saludo, Dean se queja—: Mierda, mátame antes de que alguien nos vea.

No entiendo por qué a Dean le molesta tanto. Mi padre jamás saldría del coche para saludarme. De hecho, prácticamente ni sonrío cuando me subo. Por eso Hugh me parece tan guay. Le muestro el dedo pulgar como respuesta a su saludo y Dean me lanza una mirada asesina acusándome de traición, pero no me importa. No se da cuenta de lo afortunado que es.

—¡Hola, chicos! —dice Hugh cuando nos acercamos.

Tiene una mancha de grasa en la barbilla, supongo que acaba de salir del trabajo. Tiene su propio taller mecánico y quiere que Dean trabaje con él cuando sea mayor. Papá también quiere que trabaje para él algún día. Por eso me agobia tanto con los deberes, pero aún no sé si eso es lo que quiero.

—Papá, por favor, deja de avergonzarme —dice Dean, y luego abre la puerta del copiloto y entra.

Yo lo sigo, me meto en el asiento trasero de la furgoneta y me pongo el cinturón.

—¡¿Avergonzarte?! —repite Hugh fingiendo asombro mientras se sube al

coche. Mira a Dean con los ojos muy abiertos y luego se inclina para revolverle el pelo—. Jamás.

—¡Para!

Dean le aparta la mano y luego se apoya contra la ventana, cariacontecido. Sé que la situación lo incomoda solo porque estoy yo delante, pero ojalá supiera lo celoso que estoy. La semana pasada, papá me agarró del pelo y me arrastró por toda la cocina, así que si el hecho de que tu padre te salude de lejos y te revuelva el pelo te da corte, yo estaría encantado de pasar vergüenza cada día.

—Venga, alegre esa cara, Deano —dice Hugh con una risa. Enciende el motor y este parece cobrar vida, y luego, mientras se pone el cinturón de seguridad, se vuelve para echarme un vistazo—. Eh, Tyler, ¿por qué no te vienes a casa y echáis un partidito?, ¿qué me dices?

El padre de Dean me sonrío, y no es el tipo de sonrisa falsa que papá suele dirigirme.

—¿En serio? —pregunto.

Jugar al fútbol con Dean sí que suena bien, pero en el fondo sé que tengo deberes. Aunque, ninguno para mañana...

—Pues claro —dice Hugh, y pone en marcha la furgoneta—. Yo se lo digo a tus padres.

Nos dirigimos a la casa de los Carter y durante el trayecto entero rezo para que hoy papá trabaje hasta tarde. Espero que no le importe que vaya a casa de Dean. Tengo toda la noche para hacer los deberes, así que debería parecerle bien.

Paramos para un descanso solo porque la madre de Dean nos trae un par de zumos, y nos tiramos en el césped, sin aliento y con el cielo sobre nosotros. Miro a Dean a mi lado.

—¿Te imaginas que fuéramos hermanos? —le pregunto.

Me mira también, frunciendo el ceño. Luego sonrío.

—Ya es como si lo fuéramos.

—Vale. Entonces ¿te puedo preguntar una cosa?

Me incorporo y cruzo las piernas mientras, ansioso, arranco montoncitos de hierba. Llevo un tiempo intentando encontrar la oportunidad para hablar con él de este tema, y ahora por fin la tengo. Estamos solos. Somos amigos. Hermanos, casi. Puedo comentarlo con él.

Dean también se sienta, inclinando su cuerpo para quedar frente a mí.

—¿Qué?

—Tu padre ¿alguna vez se cabrea contigo?

—Pues claro —dice, como si fuera una perogrullada de pregunta, y luego pone los ojos en blanco—. El domingo antes de ir a misa, le tiré el café por encima sin querer. No sabes cómo se puso.

—No —niego, y lo acompaño de un gesto con la cabeza. Miro a otro lado. No lo pillas—. Quiero decir si se cabrea de verdad.

Lo que intento averiguar es si es normal o no. Yo no creo que lo sea. No me parece habitual que tu padre se enfade tantísimo. No me parece normal que sea tan estricto. Quizá es que mi padre es así y no hay más vuelta de hoja. O a lo mejor soy yo el que lo hace todo mal, el que lo obliga a enfurecerse tanto, el que lo hace saltar. Todos los demás lo hacen feliz, ¿por qué yo no?

Antes de que Dean pueda contestar, nos distrae el sonido de un coche que se acerca, y cuando vuelvo la cabeza para mirar, se me encoge el corazón al darme cuenta de que es él.

El Mercedes de mi padre se detiene suavemente en la acera, y mi corazón late como loco mientras lo observo, paralizado por el miedo. El motor se apaga y la puerta se abre. Papá sale, el nudo de su corbata está deshecho tras el día de trabajo, y él posa una mano encima de la puerta del coche y pone la otra en la cadera. Puedo ver cómo brilla al sol el Rolex que mamá le regaló las pasadas navidades.

—Tyler —me llama papá, y la dureza de su voz me advierte de inmediato de que no está contento. La frialdad de sus ojos verdes cuando se encuentran con los míos no hace sino confirmarlo—, deberías estar en casa. Estudiando. Ya lo sabes.

Me levanto a toda prisa y la voz se me queda en la garganta mientras intento hablar.

—Solo estábamos jugando... al fútbol. Hugh dijo que podía venir un rato...

Justo en ese momento, el padre de Dean sale al porche con una sonrisa brillante. Debe de haber estado pendiente de nosotros desde la ventana. Levanta la mano, haciéndole a papá un gesto de saludo.

—¡Hola, Peter!

—Ibas a llevar a Tyler directamente a casa —reclama papá.

No le sonrío. Para nada, su boca es una línea recta y su mirada está seria.

La alegría se desvanece lentamente de la cara de Hugh mientras frunce el

ceño mostrando confusión. Se rasca la cabeza.

—Ella dijo que no habría problema siempre y cuando lo llevara antes de las seis.

—No —responde papá mientras sacude la cabeza. Se están hablando de un lado a otro del césped, y aunque él y Hugh son buenos amigos, mi padre no esconde el hecho de que está molesto con él—. Tyler tendría que estar en casa estudiando, no perdiendo el tiempo con el fútbol. —Su atención vuelve hacia mí y me hace un seco gesto—. Coge tus cosas.

—¡Venga ya, Peter! —dice Hugh con una risa, mientras intenta quitar hierro al asunto—. Son solo críos. Están en el instituto, no en la universidad. Lo llevaré de vuelta antes de las seis, ¿de acuerdo?

Papá clava una mirada amenazante en Hugh, pero no responde. En cambio, me mira otra vez y en un tono aún más enfadado, dice:

—Tyler, he dicho que recogieras tus cosas.

—¿Te vas ya? —pregunta Dean, mirándome desde el césped.

—Lo siento —me disculpo en voz baja mientras me encojo de hombros.

Papá está enfadado, así que no tengo elección. Sé exactamente lo que me espera cuando llegemos a casa. Sería una estupidez tratar de discutir para quedarme aquí, así que me apresuro hacia el porche, donde he dejado la mochila. Me la cuelgo del hombro mientras Hugh me observa.

—Lo siento, colega —dice con una pequeña sonrisa, y luego me da una palmada en la cabeza.

Creo que sabe que papá es bastante estricto, pero me encantaría que descubriera lo horrible que es la situación. Ojalá dijese algo para que, de ese modo, no me tocara a mí hablar. No quiero causar problemas a mi padre.

«Por favor, no dejéis que me vaya —pienso—, quiero quedarme aquí con vosotros.»

No puedo expresarlo en alto. En su lugar, simplemente miro a Hugh, rezando para que sea capaz de leer mi expresión, que pueda ver lo aterrorizado que estoy por tener que entrar en el coche de mi padre, que pueda ayudarme. Pero, por supuesto, no se da cuenta. ¿Por qué lo iba a notar?

Así, sin otra opción, me obligo a ir hacia el coche, pero siento las piernas rígidas, como si mi cuerpo intentara contrariar mi decisión y me gritase que no me marchara. Lucho contra esa sensación y sigo adelante. No me atrevo a mirar a papá cuando me acerco, aunque percibo sus ojos enfadados

mirándome todo el tiempo. Me contemplo la punta de las zapatillas mientras entro en el asiento del copiloto y me pongo el cinturón.

No quiero ir a casa. No quiero estar solo con él. No quiero que me haga daño otra vez.

Él también sube al coche y cierra la puerta con un golpe. Enciende el motor, con los ojos puestos en la carretera, luego me echa un vistazo de soslayo. Es el tipo de mirada que siempre me lanza antes de cometer otro de sus errores. Ya puedo oír su disculpa en mi cabeza.

Ahora

Estoy delante de mi jardín delantero, mirando a la puerta de mi casa, preguntándome cómo cojones he llegado aquí.

Es más de medianoche. Estoy pasadísimo. No puedo ni ver, así que de mantenerme en pie ni hablamos. ¿Vine andando? En tal caso, mi habilidad de recorrer más de tres kilómetros con esta borrachera es para flipar. Echo un vistazo alrededor y, por suerte, no veo mi coche por ninguna parte. Al menos no conduje. ¿Me habrá traído alguien? ¿Quién? No soy capaz de recordar las dos últimas horas. Se supone que esta noche me quedaba en casa de Tiffani. ¿Dónde está ella?

—¿Tiffani? —la llamo, pero nadie responde.

Aquí no hay nadie. La calle está vacía y las casas están a oscuras.

Miro hacia abajo. Todavía sujeto una maldita cerveza. Está casi acabada, así que me la llevo a la boca, me tambaleo un poco, y luego la termino. Aplasto la lata con la mano y la tiro. Debería dormir un poco o esto se pondrá todavía peor.

Busco las llaves, pero las únicas que encuentro son las del coche. Reviso los otros bolsillos, me palpo de arriba abajo, saco un montón de mecheros, un chicle y el móvil, y luego me doy cuenta de que debo de haber salido sin las malditas llaves.

—Joder —digo. Y lo repito, más alto—, ¡JODER!

Me vuelvo y sacudo la cabeza mientras observo mi casa, resoplando. Ni rastro de movimiento, todo el mundo está dormido. Mi madre fliparía si los despierto a todos, completamente borracho y farfullando disculpas para que me deje entrar. Podría llamar a Jamie para despertarlo y pedirle que me abriera la puerta. O romper una ventana de la parte de atrás.

—No —me digo mientras sacudo la cabeza—. No.

No voy a despertar nadie y tampoco voy a romper ninguna ventana. Menuda estupidez. Dormiré aquí fuera, en el césped. Sopla un poco de brisa, pero no hace frío. Me tumbo en la hierba y paso las manos por las brizas secas. Es bastante cómodo.

—¿Qué está sucediendo? ¿Cuándo pasó la medianoche?

Me río en alto, porque, la verdad, sé que soy patético. Estoy en mi césped, hablando conmigo mismo, la hostia.

De repente, oigo algo que suena como un «Ey», pero no sabría decir si me lo estoy imaginando o no. Nunca había tenido alucinaciones causadas por el alcohol, y dudo mucho que tengamos un fantasma en el vecindario, así que me digo que lo habré imaginado. Hasta que vuelvo a oír algo y, esta vez, es más alto, y claro como el agua, es una voz femenina que susurra:

—Aquí arriba.

Miro alrededor, en busca de la voz, hasta que finalmente mis ojos aterrizan en alguien que está observándome desde la ventana de la habitación de invitados del piso de arriba. Está muy lejos y borroso, así que durante unos segundos entorno los ojos en dirección a la voz, hasta que por fin veo algo. Y es una chica, esa chica otra vez, esa maldita chica de voz ronca. Mi... No, no pienso decirlo. Es demasiado raro. ¿Lleva mirándome todo el rato?

—¿Qué demonios quieres?

—¿Estás bien? —pregunta, haciendo un gesto preocupado con esos grandes y jugosos labios suyos.

«No, no estoy bien —pienso—, estoy pedo y me he quedado encerrado fuera de casa.»

Es en ese momento cuando me doy cuenta de que esta chica acaba de convertirse en mi salvadora. Será la que me permita dormir con la cabeza sobre una almohada en vez de sobre una lata de cerveza.

—Abre la puerta —le pido, y luego me levanto rápidamente del césped y me dirijo a la entrada.

Me entran ganas de vomitar, pero eso sería patético. Puedo aguantar el alcohol. Al menos eso creo, pero estoy desesperado por entrar, y esta chica la verdad es que no se está dando mucha prisa para ayudarme. Permanezco al lado de la puerta durante unos minutos, centrándome en la respiración para no echar la pota, hasta que al fin oigo que el pestillo gira.

La puerta se abre y ahí está ella. Lleva unos vaqueros y una camiseta, el

pelo hecho una especie de moño en lo alto de la cabeza y los ojos cansados. No soy capaz de recordar su nombre. ¿Emma?, ¿Ellie? Lo sé, de verdad. Lo tengo en la punta de la lengua. Es Eden. Eso es. Eden.

—Te has tomado tu tiempo, ¿eh?

Ay, Dios, voy a vomitar en cualquier momento. Cierro con fuerza la boca y me apresuro a entrar en casa.

Eden arruga la nariz con disgusto y luego echa el cerrojo de la puerta.

—¿Estás borracho? —pregunta, aunque estoy bastante seguro de que no necesita que responda. ¿No es obvio?

—No —contesto con una sonrisa irónica—. ¿Ya es por la mañana?

—Son las tres de la madrugada —responde en tono neutro mientras frunce el ceño.

Ah, las tres de la madrugada. Todavía es temprano. Me río, pero luego la noto de nuevo, esa náusea que me crece en la boca del estómago. Me vuelvo rápidamente hacia la escalera, tambaleándome en busca de apoyo mientras intento subir, pero me caigo varias veces y casi me parto una pierna.

—¿Cuándo pusieron estas cosas aquí? Antes no estaban.

Trastabillo por los escalones y sé que estoy diciendo incongruencias, pero me hace gracia. Todo me hace gracia ahora mismo.

Eden me mira desde el fondo de la escalera y se muerde el labio como si no supiera qué hacer.

—¿Quieres agua o algo?

Necesito agua, desesperadamente, pero me da corte. Esta chica no me conoce ni va a tener tiempo de conocerme, así que permanezco fiel al Tyler Bruce que estoy acostumbrado a ser.

—Otra cerveza —bromeo, y luego retomo mi camino hacia los peldaños que aún me quedan.

Es un alivio tremendo abrir la puerta de mi habitación, ver mi cama aún sin hacer desde esta mañana y mi cuarto de baño.

Dejo a Eden atrás, cierro la puerta y me tiro de cabeza al retrete; llego a tiempo por los pelos, y vomito como un campeón.

—Increíble —murmura mamá por lo bajo.

Lleva al menos cinco minutos dando vueltas por mi habitación mientras recoge la ropa del suelo y vacía mi papelera. Creo que lo hace a propósito,

con la única intención de torturarme, porque todavía no son las nueve de la mañana.

—Increíble —dice otra vez.

Se dirige hacia la ventana y abre la persiana de un tirón, dejando que la luz del sol de la mañana inunde mi habitación e incendie mis ojos.

Me quejo y hundo la cara en la almohada.

—¡Mamá, por lo que más quieras!

Tengo la cabeza como un bombo, estoy sudando a mares y todavía me siento mareado. No puedo lidiar con mi madre ahora mismo. Necesito dormir más, más agua. Tengo la garganta tan seca que creo que voy a ahogarme.

—¿Crees que no me doy cuenta, Tyler? —Mamá se ha apostado ante mi cama, mirándome desde arriba con los brazos cruzados—. ¿Pensabas que no iba a enterarme de que ayer por la noche bebiste? Apesta a alcohol. Eres un desastre, ¿no lo ves? —Sacude la cabeza con disgusto—. Levántate. No vas a pasarte todo el día en la cama. Si eres capaz de beber, también eres capaz de cortar el césped del jardín.

—Mamá —intento otra vez, con voz lastimera. Me duele todo el cuerpo y pienso que preferiría morirme antes que tener esta resaca—, por favor, déjame en paz.

—Ya lo hemos hablado —dice ella en voz baja, mientras varias arrugas de preocupación surcan su frente; luego deja escapar el aire, vencida—, hay maneras mejores de enfrentarse a las cosas, Tyler.

Sé exactamente a qué se refiere y adónde nos llevará esta conversación, pero ahora mismo no puedo soportar sus intentos de promover métodos más saludables de enfrentarme al pasado.

—No puedes ser tan autodestructivo. Guardártelo todo dentro no es bueno para ti. Quizá deberías hablar con...

Justo en ese momento, suena mi móvil y la interrumpe. Vibra como un loco en la mesilla de noche, y mamá levanta una ceja mientras lo coge antes que yo.

—Es Tiffani —me dice, y luego pone los ojos en blanco por la inoportuna interrupción y me pasa el móvil.

Espero que lo deje estar, pero qué va, no cesa. Se queda observándome, con mirada de desaprobación. Nunca le ha gustado Tiffani lo más mínimo, y me pregunto si es porque me conoce lo suficientemente bien como para saber

que no estoy enamorado de la chica con la que llevo saliendo tres años. Mi madre no es tonta. Seguro que sabe que esta relación no significa nada.

Me vuelvo hasta darle la espalda, y luego me pego el móvil a la oreja.

—¿Qué? —murmuro.

¿Tiffani está loca? ¿Por qué demonios me llama a esta hora? ¿Es que aún no ha llegado a casa?

—Arriba, arriba, bomboncito —canturrea, con una voz demasiado animada para esta hora de la mañana, y yo, en este preciso instante, casi vomito en mi propia boca. ¿Ella no tiene resaca? No alcanzo a recordar si iba pedo ayer por la noche. No soy capaz de acordarme de nada—. Te recojo en media hora. Necesito ir de compras y tú te vienes conmigo. Vamos al Paseo, y luego podemos pasar a recoger tu coche.

—¿Te estás quedando conmigo? —me quejo otra vez, y me llevo la mano a la frente. Tengo la piel ardiendo y el pelo empapado. Una ducha fría sería increíble—. Me estoy muriendo, Tiff.

—Bueno, eso te pasa por ser un idiota —dice con una risa amarga; luego rápidamente añade—: ¡Te veo en media hora!

Y justo después cuelga. Vuelta a la normalidad.

Tiro el móvil al suelo de mala leche y rechino los dientes. Si no tuviera que hacerle la pelota por culpa de la bronca de ayer, seguro que hoy no iría a ninguna parte.

—Y ahora ¿qué? —pregunta mamá tras suspirar.

Ojalá dejara de lanzar esos suspiros. Lo hace a todas horas, y lo odio, joder. Me hace sentir como si yo viviera para torturarla.

—Parece que me mandan al centro —farfullo mientras aparto las sábanas y me siento en la cama.

—No, tú no te vas a ningún sitio. Estás castigado —me recuerda ella de la forma más firme que es capaz, pero la amenaza no surte efecto y lo sabe.

No es capaz de manejarme. No sabe. Odio decepcionarla, pero tampoco sé qué otra cosa hacer. Supongo que soy así y ya está.

—Me voy al Paseo —dejo claro sin alterarme, y esto es suficiente para que mamá se rinda.

Deja escapar otro de esos suspiros tan suyos, sacude la cabeza, y luego me deja tranquilo por fin y cierra la puerta al salir. Me hace sentir bien que no espere que yo sea perfecto, aunque me gustaría serlo. Se merece eso y mucho más.

Siento las piernas débiles mientras hago el recorrido hacia el baño, y cuando veo mi imagen en el espejo, me doy cuenta de que estoy hecho una porquería. Parece como si me hubiera pasado un camión por encima, y tengo todo el cuerpo destrozado. Revuelvo en el armario, tomo mis antidepresivos, saco un par de analgésicos y luego me obligo a darme una ducha fría que dura hasta que ya no soy físicamente capaz de aguantarla ni un segundo más. Esperaba que me ayudara a despertarme, y vaya si lo hace, pero no me siento mejor.

Solo el hecho de vestirme ya es un logro. Tengo que detenerme cada dos segundos a tomar aliento, y para cuando Tiffani me pita para avisarme de que ha llegado, estoy listo por los pelos. Cojo la cartera y las llaves, y luego las meto en los bolsillos. Y justo entonces me viene un recuerdo de la noche pasada.

Recuerdo no tener las llaves de casa, y recuerdo que esa chica me abrió la puerta.

Eden.

Eden me dejó entrar ayer por la noche y me ahorró la humillación de que mamá me encontrara dormido en el césped esta mañana.

Me quedo paralizado en el vestíbulo, parado justo delante de la puerta del cuarto de invitados. O más bien de la habitación de Eden, supongo. Está cerrada, y no sé si ella ya está despierta o no, pero durante un segundo, un segundo ínfimo, levanto la mano y me planteo llamar a la puerta. Sé que debería darle las gracias, pero luego recuerdo la expresión de disgusto que su cara mostraba ayer por la noche, y rápidamente dejo caer la mano y sigo andando. Tiffani está esperándome, y dudo que Eden quiera verme. De momento, no creo que le haya causado muy buena impresión, pero bueno, como a todo el mundo. Lo prefiero así. Cuando a la gente no le gustas, te deja tranquilo.

Me deslizo escalera abajo furtivamente, echando miradas alrededor para tratar de averiguar dónde están mamá y Dave, pero no consigo verlos. La puerta de la entrada está despejada, así que hago una rápida aproximación, la abro y atravieso el césped hacia el coche rojo neón que me está esperando.

Y tan pronto como abro la puerta y me meto dentro, Tiffani me mira de arriba abajo.

—Estás hecho una mierda —me informa, lo cual es muy fácil de decir para ella. En serio, está claro que ayer no bebió casi nada si esta mañana fue

capaz de levantarse pronto para arreglarse el pelo y ponerse una tonelada de maquillaje. Está estupenda, pero no tengo energías para decírselo—. ¿Quieres que vaya por ahí contigo a mi lado con esa pinta?

—Ya, bueno, me siento como una mierda —murmuro. Tiro del cinturón de seguridad y me lo pongo; luego me recuesto en el asiento. Cierro los ojos y me centro en respirar—. Me duele horrores la cabeza, así que, por favor, no me hables.

—Qué aburrido —dice Tiffani, y puedo sentir cómo pone los ojos en blanco en plan dramático mientras empieza a conducir.

Por una vez, sin embargo, se queda muy callada. Permanece en silencio todo el recorrido hasta el centro, aunque deja la radio encendida, y estoy seguro de que lo de que el volumen vaya subiendo gradualmente no son imaginaciones mías. Eso me agudiza el dolor de cabeza, y tengo que bajar la ventanilla para que entre algo de aire fresco en el coche. Luego decido, ya que me siento como si me hubiera pasado un camión por encima dos veces, que nunca más voy a emborracharme tanto como ayer por la noche. No compensa por la pérdida de memoria y el sufrimiento. La próxima vez, pararé a tiempo. Aunque es más fácil decirlo que hacerlo.

—Conozco algo que te puede curar —dice Tiffani con voz juguetona mientras estamos aparcando. Abro un ojo y la miro—. Mi madre va a salir esta noche —continúa mientras apaga el motor y se quita el cinturón de seguridad. Vuelve el cuerpo hacia mí y no se me escapa la manera en la que se muerde seductoramente el labio inferior—. Y estaba pensando que tú y yo...

Me incorporo en el asiento. Esa es una buena manera de llamar mi atención.

—¿Tú y yo qué? —la apremio mientras levanto una ceja.

Por supuesto, ya sé lo que sigue. Pero me gusta oírsele decir. Me encanta cómo se sonroja cuando lo hace.

—Quizá —murmura mientras se inclina hacia mí—, tú y yo podríamos continuar esto...

Pestañea y me pone la mano en el pecho mientras sus labios brillantes van al encuentro de los míos. Es la misma rutina de siempre. Intenta mantener el control, pero soy más fuerte que ella, y en cuestión de segundos tengo las manos enredadas en su pelo y tiro de su labio de abajo con los dientes. No se deja demasiado, porque, en menos de un minuto, me empuja para alejarme.

—Y bien, ¿qué me dices?

—¿De verdad tienes que preguntarlo?

Con Tiffani no todo es malo. Está buena, y me distrae de toda la mierda que tengo en la cabeza; sé que la estoy usando, pero ella también a mí. Probablemente lo dejemos el próximo verano después de la graduación, una vez que hayamos completado con éxito el instituto; luego ella se irá a estudiar lejos y encontrará a algún otro tío con el que pasárselo bien y que dé brillo a su experiencia universitaria. Los dos sabemos lo que hay entre nosotros y lo que es exactamente esta relación, así que estamos en la misma onda. Y a mí me parece bien. No quiero pasar con ella el resto de mi vida. De hecho, no creo que quiera pasar el resto de mi vida con nadie. No es que lo haya imaginado, porque intento no pensar en el futuro. Ni tan siquiera sé si estaré aquí dentro de unas horas, y, la verdad, todas las opciones me parecen demasiado difíciles. No soy lo suficientemente bueno para entrar en la universidad. Ni lo suficientemente bueno para ser el marido o el padre de alguien. En realidad, no soy lo suficientemente bueno para nada. Supongo que por eso voy día a día, y trato de hacerlo lo mejor posible en el presente.

Todavía con sensación de náusea, sigo a Tiffani hasta el Paseo de la calle Tres, nuestro segundo motivo de orgullo y diversión después del muelle y de la playa. Es sábado, y el sol ha salido temprano, así que el Paseo es un hervidero de gente que esquivo a artistas callejeros y entra y sale de tiendas de ropa y puestos de comida. Tiffani y yo enseguida estamos haciendo lo propio.

Vamos de la mano mientras tira de mí hacia el centro del Paseo. Tiffani va bamboleando las caderas en un esfuerzo por atraer miradas, pero nadie le presta atención. Lo hace a menudo, pero yo la dejo, porque es bastante divertido. Estoy hecho polvo, pero haber salido de casa para tomar el aire me ha ayudado a sentirme un poco mejor.

—¿Qué me dices de estos vaqueros? —me pregunta.

Estamos en American Apparel y ella sacude el enésimo par de pantalones delante de mi cara. No tengo ni idea de qué tienen de diferente respecto a todos los que ya me ha enseñado.

—Yo..., la verdad..., no sé.

Ni me importa. Estoy apoyado contra un estante de camisetas de oferta, mirando a la gente de la tienda, porque estoy aburrido de mis malditos pensamientos, cuando localizo unos probadores en una esquina alejada. Hay

un cartel colgado en la puerta que dice que esos probadores están cerrados, pero no es exactamente ropa lo que estoy pensando en llevar conmigo.

Miro a Tiffani, que posa delante del espejo con los vaqueros pegados a su cuerpo e inclina la cabeza de lado a lado. Voy hacia ella y la cojo de la cintura.

—¿Por qué esperar hasta esta noche? —le susurro al oído mientras pego mi cuerpo con fuerza contra el de ella y acaricio con los labios la suave piel de su cuello—. ¿Por qué no podemos seguir... ahora mismo?

—¡Tyler!

Se vuelve hacia mí y me sacude con los vaqueros que lleva en la mano; tiene los labios abiertos y las mejillas coloradas. Pero sé que no está enfadada. Puedo ver la picardía debajo de la expresión horrorizada y dramática que me está dedicando.

—Venga.

Le quito los pantalones de la mano y los tiro sobre la mesa más cercana, luego la cojo de la mano y tiro de ella hacia los probadores cerrados. Necesito que esté de buenas conmigo, y no hay nada que le guste más que sentirse deseada. Incluso aunque sea por razones poco acertadas.

Echo un vistazo alrededor en busca de empleados, pero no hay moros en la costa. No hay nadie por allí, así que sigo mi camino y empujo la puerta de los probadores, con Tiffani de la mano.

—Ay, Dios, esto es una mala idea —murmura mientras me aprieta la mano—, muy mala idea...

Me vuelvo para quedarme de cara a ella y pego mi boca a la suya, sobre todo para que se calle antes de que cambie de opinión y recule. La beso con fuerza, de nuevo los dos luchamos por dominar la situación, la empujo dentro de un cubículo y cierro la cortina. Ella entrelaza las manos por detrás de mi cuello acercándose más mientras yo la cojo del cabello. Nunca somos delicados el uno con el otro, y si tengo la ocasión de tirarle del pelo, pues lo hago.

—Paraaa —susurra con una risa mientras me aparta. Sus ojos azules están brillantes y animados, y sé que está disfrutando.

—Nena...

La cojo por la blusa y la acerco a mí otra vez, y luego le beso la esquina de la boca mientras empiezo a abrir botones. Paso los labios por su mandíbula, y luego por su cuello y ahí cierro los ojos y empiezo a funcionar.

—¿Qué es eso que llevas? —pregunta con voz susurrante. Inclina la cabeza a un lado y me tira del pelo con las dos manos—. ¿Es Montblanc? Huele como si lo fuera.

Ojalá se callara.

—No, es Bentley —la corrijo—. Ven aquí.

Mi boca encuentra la suya otra vez y la empujo contra la pared del cubículo. Ahora mismo, desde luego, ya no tengo resaca. Estoy enrollándome con mi novia, que está superbuena, en un maldito probador de American Apparel, y lo estoy disfrutando a lo grande.

Estaría loco si no lo disfrutara.

Tengo la mano debajo de su blusa y la beso por todo el pecho; estamos tambaleándonos. Ella coge mi camiseta, mientras mantiene la otra mano en mi nuca. Siento su profunda respiración en mi pelo, mientras deja descansar la barbilla sobre mi cabeza.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué? —murmuro. Me niego a apartar los labios de su cuerpo.

—Sea lo que sea que estás haciendo ahora, es agradable —dice. Su respiración es aún profunda.

Ni siquiera sé qué es lo que estoy haciendo. Solo la estoy besando, y tocándola. Muevo las manos por todo su cuerpo, por el pelo, bajo su camisa y por la cadera.

—Por supuesto que es agradable.

Paro un segundo y me quito la camiseta. Me dirijo al cinturón, pero Tiffani se apresura a cogerme la muñeca.

—Tyler—dice con un jadeo; niega con la cabeza, pero sus ojos se abren sorprendidos—, no lo vamos a hacer aquí.

Estoy a punto de fulminarla con la mirada, a punto de preguntarle por qué demonios se niega, cuando oigo una voz.

—Eden, ¿sigues aquí?

Inmediatamente, nos quedamos los dos congelados. Parece que no estamos solos.

—Chis —me manda callar Tiffani de forma arisca y con expresión alarmada. Luego sube la voz y pregunta—: ¿Quién está ahí?

Un silencio. Y luego:

—¿Tiffani?

—¿Rachael?

Gracias a Dios. Prefiero con mucho que me pille Rachael a algún dependiente de la tienda, e intercambiamos miradas de alivio. Desliza la cortina para abrirla y sale fuera, pero yo no me uno a ella.

—Ehhh... No sabía que hubiera nadie aquí —dice, y puedo notar la vergüenza en su voz. Aunque a la vez, probablemente esté entusiasmada por lo que va a pasar.

Es justo el tipo de cotilleo que le encanta. «¿Sabes que pillaron a Tiffani y a Tyler enrollándose en un probador del American Apparel el fin de semana?» Eso le recuerda a todo el mundo que sí, seguimos juntos, y sí, debemos estar tan sumamente enamorados que no somos capaces de quitarnos las manos de encima.

—¿Qué haces? —pregunta Rachael, y luego añade en voz más alta—: Tyler, ¿estás ahí también?

Aprieto los dientes, me froto las sienes, y luego finalmente digo:

—Sí, estoy aquí. —Salgo del probador, mientras me pongo la camiseta. Estoy superdespeinado, así que me paso la mano por el pelo en un intento de adecentarlo. No estoy precisamente encantado de que me hayan interrumpido—. ¿Has oído hablar de la intimidad?

Rachael me mira con esa cara de desaprobación y disgusto que siempre siempre reserva para mí.

—¿Y tú habías oído hablar de no follar en medio de un American Apparel? Es asqueroso.

Tiffani empieza a abrocharse los botones de la camisa con una expresión indescifrable.

Rachael no está sola. A su lado, con un montón de ropa en las manos, Eden me observa. Mantiene la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo, pero puedo ver cómo nos examina con curiosidad.

—De todas maneras, ¿qué hacéis aquí? —pregunto devolviendo la mirada a Eden mientras me pregunto qué pensará de mí ahora mismo.

¿Llevará aquí todo el rato? Me vio llegar tarde a la barbacoa de ayer, luego me encontró completamente pasado de rosca en el césped, y ahora, puede que no haya visto nada, pero estoy bastante seguro de que sabe que estaba enrollándome con mi novia en un maldito probador. Así que probablemente piense que soy un gilipollas. Estupendo.

—Nos estamos probando ropa —contesta Rachael seca—; que es lo que se hace normalmente en los probadores.

Tiffani tampoco parece encantada de que nos hayan interrumpido, porque fulmina a Rachael con una mirada amenazadora y luego parece reparar en Eden por primera vez. No sé si ya se han conocido. Inclina la cabeza hacia un lado y pregunta:

—¿Y tú quién eres?

Está volviendo a ser la Tiffani que quiere ser. Los dos somos buenos actores, y ella establece su autoridad en cuanto conoce a alguien nuevo. Esa es la razón por la cual mira a Eden de arriba abajo en un intento de intimidarla, y me siento un poco mal cuando veo lo incómoda que, efectivamente, parece la chica.

—Eden —responde ella con aprensión. Dios, su voz suena tan bien cuando dice su nombre así, nerviosa y tímida, sacando ese tono ronco otra vez... Me mira a mí y añade—: Su hermanastra.

—¿Tienes una hermanastra? —Tiffani se vuelve para mirarme, con expresión arisca.

No se lo mencioné. No me pareció necesario. Tampoco es que Eden vaya a quedarse a vivir con nosotros, y, la verdad, se me olvidó completamente que iba a pasar el verano aquí. Pero a Tiffani le gusta tener mi vida controlada hasta el más mínimo detalle, así que esta información es un asunto importante para ella.

Me encojo de hombros sin más.

—Eso parece.

Tiffani me mira parpadeando. Está enfadada, eso seguro.

—¿Por qué estabas ahí dentro? —exige saber mientras vuelve su mirada hacia Eden—. ¿Acaso nos espiabas?

—Tranqui, nena. —La cojo del brazo y la miro. Eden me ayudó ayer por la noche, le debo una. Lo mínimo que puedo hacer es impedir que Tiffani la machaque solo para sentirse superior—. Tampoco es para tanto. Deja de flipar.

Se suelta de mí y luego se cruza de brazos. Se va a cabrear conmigo por pararle los pies, pero ¿qué se le va hacer?

—Solo digo que... —murmura.

—Ya, vale, pero no. —Echo otra mirada furtiva a Eden. Todavía está observándonos con atención—. A ella le da igual. Venga, vámonos. Tengo que ir a la tienda Levi's.

En realidad no tengo que ir. Lo único que quiero es largarme cagando

leches de estos probadores. Paso el brazo alrededor de los hombros de Tiffani y trato de acercarla a mí, pero no cede.

—Te veré el martes —le dice a Rachael—. Sigue en pie lo de ir a la playa, ¿no?

—Sí —responde ella, y luego mira a Eden; queda bastante claro lo que está a punto de decir. ¿Cuándo demonios se han hecho amigas Rachael y Eden? La maldita barbacoa...—. Eden también puede venir, ¿no?

Tiffani deja escapar un lento suspiro a través de sus labios fruncidos. Se queda un segundo en silencio, poniendo la situación aún peor para Eden a medida que se nota cada vez más que no quiere que vaya. Nuestro círculo de amistades se constituyó al empezar el insti, y Tiffani odia que se incorpore gente nueva. Sabe que puede controlarme no solo a mí, sino también a nuestros amigos, y no le gusta que esa seguridad se vea amenazada.

—Supongo que sí.

Ya he oído suficiente. Me hartó del ego de Tiffani, y de las miraditas de Rachael. Por eso tiro otra vez de mi novia para llevármela, y, por fin, se viene conmigo sin rechistar. Podemos continuar lo nuestro más tarde. Esta noche. Bueno, si ella no se enfada.

Mientras salimos de los probadores y de vuelta a la abarrotada tienda, intento echar otra mirada furtiva sobre mi hombro, pero la puerta ya se ha cerrado. «Mierda», pienso.

Quería ver otra vez la expresión de Eden, porque de ella aún no me he hartado.

Hace cinco años

En medio del silencio, papá da golpecitos rítmicos con el dedo índice en el volante. Su mandíbula está apretada, sus ojos, clavados en la carretera que se extiende ante él. No ha puesto la radio. Por eso es por lo que sé que no solo está molesto, sino muy enfadado conmigo. Y conozco la razón. Yo tenía que estar en casa rehaciendo los deberes de mates que él me rompió ayer por la noche. No debería haber ido a casa de Dean después de clase. Tenía que haberle pedido a Hugh que me llevara directamente a la mía. Tendría que saber cómo funcionan las cosas.

—Iba... iba a hacerlos esta noche —articulo a media voz.

Jugueteo nervioso con las manos en el regazo, entrelazando los dedos una y otra vez. No puedo mirarlo cuando está tan enfadado conmigo.

—Sabías perfectamente que yo quería que rehicieses esos deberes justo después de clase —masculla con los dientes apretados. Veo que se le tensa la mano alrededor de la palanca de cambios. Una vez me dijo que solo los hombres de verdad conducen coches manuales—. Ya sabemos lo que pasa cuando dejas todo para el último momento. Empiezas a quejarte de que estás demasiado cansado y de que no eres capaz de concentrarte bien.

—¡Los haré justo después de cenar! —le digo subiendo la vista y con los ojos muy abiertos. Quizá aún haya tiempo de salvar la situación. Porque no es que no tuviera pensado rehacer esos deberes, solo quería echar un partidito primero, igual que hace Dean.

—Tyler, cállate —ordena papá. Su voz es baja, pero firme. Como siempre. Tiene los ojos fijos en la carretera y se frota la sien con la mano libre—. Por favor.

Bajo la vista a la mochila que está en el suelo al lado de mis pies. Le doy

una pequeña patada, frustrado. Como dijo Hugh, estamos en el instituto. Ojalá papá no se tomase todo tan en serio, como si mi futuro fuera a estropearse si suspendo un solo examen. ¡Ni tan siquiera estoy en bachillerato todavía! Nadie estudia tanto como yo, y aun así no es suficiente para él.

Hago lo que me manda y me mantengo callado el resto del trayecto a casa. No queda demasiado lejos, solo cinco minutos, así que me miro las manos y sigo las líneas de las palmas. Sin la radio encendida para distraernos, la tensión es más notoria, y el silencio, insoportable. Ya son más de las cuatro, y papá siempre trabaja en casa por las tardes, que es una costumbre que he llegado a odiar. Significa que, durante un par de horas cada día, estoy solo con él. Mamá suele quedarse en la oficina al menos hasta las cinco y media la mayoría de las tardes. Es abogada de derechos civiles y siempre tiene un caso que atender. Esa es la razón por la que su coche no está en la entrada cuando llegamos.

El silencio continúa incluso cuando él retira las llaves del contacto y luego sale del coche. Recojo mi mochila y arrastro los pies tras él, a través del césped, pero el miedo parece impedirme avanzar. Pensé que sabía lo que tenía que hacer, pero ya no estoy tan seguro. Aún es pronto. Todavía puedo acabar los deberes antes de la cena.

—Papá, los haré ahor... —balbuceo mientras estamos atravesando la puerta de entrada, pero mis palabras se ven interrumpidas por el sonoro portazo que da él al cerrar.

—Vete a tu cuarto —me ordena mientras fija sus ojos verdes en mí.

Me coge de la mochila y me arrastra por el vestíbulo, y luego escaleras arriba. Sus zancadas son demasiado amplias, así que me cuesta mantenerme en pie y no arriesgarme a irme al suelo. Abre la puerta de un manotazo y me arrastra dentro detrás de él, luego me lanza a la silla de enfrente del escritorio.

—Una hora, Tyler. UNA —dice muy claramente en voz alta.

Da un tirón de la mochila para quitármela y casi me rompe un brazo al hacerlo, luego empieza a revolver dentro de ella. Me tira un montón de bolis mordisqueados.

—Qué asco —dice mientras sigue buscando en el interior de la bolsa.

Al final, saca los deberes de mates y los pone sobre el escritorio dando un golpe con la palma sobre ellos; luego tira la mochila al suelo. Me agarra del hombro y se inclina un poco para que nuestros ojos queden a la misma altura. Su mirada es intensa, sus pupilas vibrantes parecen traspasarme.

—Quiero todas y cada una de estas preguntas no solo resueltas, sino resueltas correctamente. ¿Está claro? A tu madre no le gustaría descubrir que estás haciendo el vago, así que, venga, impresionála.

Asiento y me pongo a buscar un papel con el boli ya en la mano. La presión que está ejerciendo papá en mi hombro se vuelve más fuerte, sus dedos se clavan en mi piel.

—Está claro —murmuro.

¿Una hora para completar el folio entero otra vez? Recorro las treinta ecuaciones con la mirada. No hay forma de terminarlas en una hora.

Papá al fin deja mi hombro y se da la vuelta, apartando la mochila a un lado de una patada.

—*El trabajo duro siempre merece la pena*,¹ Tyler —murmura de forma casi inaudible. Cuando habla español, el acento se le nota un montón. Pero, claro, mi abuela es de México—. *No lo olvides*, ¿de acuerdo?

No sé lo que está diciendo. Debería, porque lleva enseñándome español desde que dije mi primera palabra y lo hablo casi con fluidez, pero mi mente se queda en blanco al tratar de procesar su sermón. Intento traducirlo en mi cabeza, pero hoy simplemente no lo consigo. El corazón me late acelerado en el pecho. ¿Qué me ha preguntado?

A papá no le gusta mi silencio, y obviamente está esperando una respuesta, porque me echa un vistazo por encima del hombro, ve mi cara de absoluta confusión, y luego lentamente se da la vuelta para enfrentarme otra vez.

—No sabes lo que acabo de decirte, ¿verdad? —sacude la cabeza como si yo lo hubiera traicionado y pone los brazos en jarras, fulminándome con la mirada—. ¿verdad?

—*No. Lo siento* —me disculpo. Es lo único que puedo hacer. La he cagado dos veces hoy. No hay nada más que añadir—. *Lo siento* —digo otra vez, más bajito.

No sé por qué trato de apelar a la naturaleza más amable y empática de mi padre estos días. He descubierto hace bastante tiempo que no existe.

—Dios, ¿tenemos que volver otra vez a repasar el puto español básico esta noche? —grita con las manos en el aire. Está en la fase de decir tacos. Mala señal—. Estaba intentando decirte que el trabajo duro siempre merece la pena. ¿Entiendes eso?

Asiento rápido y bajo los ojos de vuelta a mis deberes, pero solo veo un borrón. Me tiemblan las manos. A papá no le gusta que no le responda, pero no soy capaz de abrir la boca ahora mismo. Noto una presión en el pecho que me impide tomar aire. No puedo respirar. No puedo.

Las manos de papá están cogiéndome por los hombros, me sacan de la silla y me empujan contra la pared. Me sacude. Dice algo. No lo oigo. Estoy apagado, con la mente centrada en un rasguño que hay en la pared al otro lado de la habitación, obligando a mi cabeza a escapar a cualquier sitio que no sea este. La desconexión se instala por fin en mi cerebro, ya no estoy aquí. Papá grita. Sigo sin poder respirar. Un segundo estoy sentado en mi escritorio, al siguiente vuelo hacia la puerta. Y de vuelta otra vez. Me encuentro en el suelo. Papá me agarra con demasiada fuerza. Cierro los ojos.

Ahora

Estoy tirado en la cama, mirando al techo, con tres almohadas debajo de la cabeza. Tengo la tele encendida pero no la estoy viendo. Llevo puestos los auriculares y escucho música. Mierda depresiva. Mierda que me lleva a pensar demasiado. Mierda del tipo *You Me At Six* y *All time Low*, que nunca admitiría que escucho. En una hora tengo que estar en casa de Tiffani, pero desde que llegué a la mía, estoy de un humor raro. Es frustrante, porque normalmente solo me pasa cuando me olvido de tomar las pastillas, que es a menudo, pero esta mañana sí que las tomé.

Siempre le doy demasiadas vueltas a todo. La mayoría de los días estoy bien. La mayoría de los días, puedo sobrellevarlo. Es fácil cuando lo único que tengo que hacer es actuar. Pero luego están los días en los que no estoy bien, cuando todo se estropea por un momento, antes de que me vuelva a obligar a resetearme y continuar siendo el Tyler Bruce que me he construido.

Pero me siento bien siendo simplemente yo ahora mismo. Estoy solo en mi habitación y no tengo que actuar para nadie. Puedo estar aquí tumbado todo el tiempo que quiera con la capucha y los auriculares puestos mientras paso revista a mi vida y me pregunto cuál es el puto sentido de todo. Y no importa cuántas noches me pase intentando entender las cosas, sigo igual de lejos de comprender nada.

Ojalá supiera adónde me dirijo. Me da demasiado miedo imaginar el futuro ya que me aterroriza pensar que quizá no tengo ninguno.

Sigo haciendo las cosas mal, poniéndomelo difícil a mí mismo, porque lo único en lo que puedo concentrarme es en sobrevivir un día más sin sufrir un colapso, y la única forma que conozco de seguir viviendo es distraerme de todos mis putos problemas.

Tiro del cordón de la capucha y ruedo hacia un lado, me quedo de cara a la pared. A veces miro al vacío, sobre todo sin darme cuenta. Cuando era más joven, se me daba de lujo eso de desconectar, pero ahora encuentro difícil llevar mi mente a otro lugar. Siempre está superactivada.

Ojalá fuera el Tyler que finjo ser. A ese tío no le importa nada. Es guay. Tiene una novia que está cañón, un coche chulo y un grupo de amigos enorme. Es feliz. Pero lo que la gente no sabe es que a la novia cañón él no le importa una mierda. Que el coche chulo lo dejó sin ahorros. Que el gran grupo de amigos es una farsa.

Y lo que queda detrás de eso soy yo, Tyler el patético. El que no sabe quién es, el que odia decepcionar a su madre, el que se preocupa demasiado, el Tyler cuyo padre le arruinó la vida.

A veces, me pregunto si hay palabras lo suficientemente fuertes en el diccionario para describir el odio que le tengo. Me rompe por dentro cada día, empieza en el pecho y se me extiende por todo el cuerpo, hasta que la rabia se vuelve demasiado intensa. La pago con mamá. Con mis hermanos. Con Tiffani. Con mis amigos. Con los profesores. Con extraños. No puedo controlarlo. Soy una persona enfadada, imposible, y, solo por eso, lo odiaré siempre.

Papá está en la cárcel. Lleva casi cinco años y espero que lo esté pasando mal. Ojalá se vuelva loco al no tener a nadie que lo quiera lo suficiente como para ir a visitarlo. Espero que lamente cada puta vez que me puso las manos encima. Él lo perdió todo, pero yo también. ¿Tendrá noches como esta, en las que no pueda evitar darle vueltas a las cosas, volver una y otra vez sobre los recuerdos, noches en las que se pregunte en qué se equivocó y no encuentre nunca la respuesta? Seguro que piensa que mi vida es mejor ahora que él no está a mi lado. Pero me pregunto si sabe que es aún peor de lo que era. Que aunque él esté encerrado, su abuso nunca desapareció. Siempre está ahí, clavado en mi mente. Me ha jodido para siempre, y me encantaría que supiera que lidiar con el daño psicológico que me infligió es un millón de veces peor que poner una tirita en un corte o esperar a que un moratón se borre o una fractura se cure.

Me preocupa que nunca se me pase. Me da miedo que nunca vaya a estar bien y que nunca deje de ser esta persona cuya vida está hecha pedazos.

Por encima de la música, oigo la voz de mamá llamarme desde la escalera. Me incorporo y me quito un auricular para escucharla, pero solo me quiere

decir que van a salir. Van todos juntos a cenar, pero yo no. Sabe que estoy de bajón, así que le agradezco que no me obligue a unirme a ellos, por eso debería tener la decencia de al menos levantarme e ir a decirles adiós.

Me obligo a salir de la cama y me dirijo a la puerta, la abro, todavía llevo la capucha puesta y la música sigue sonando. Salgo de la habitación y la primera persona que ven mis ojos es Eden. Es la primera vez que coincidimos desde el incómodo encuentro de esta mañana en el American Apparel, y entorno los ojos. Lleva unos pantalones de chándal. Desde luego no son el atuendo ideal para un evento familiar.

—¿No vas? —le pregunto.

—¿Y tú? —replica ella con tono seco.

Entiendo que eso es un no. Lo que significa que me quedo aquí atrapado con ella. Joder.

Al momento me saco el auricular de la oreja y me quito la capucha. Soy tan profesional en actuar a lo Tyler Bruce que soy capaz de entrar en el personaje sin tan siquiera pensarlo. Y ahora mismo, necesito ser él. No yo.

—Estoy castigado —le digo, solo porque suena mucho más guay que decirle que estoy superdeprimido. Me froto las sienes mientras noto calor en la cara—. ¿Cuál es tu excusa?

—Estoy enferma —dice, aunque no suena muy convincente.

Se da la vuelta y se dirige escaleras abajo, pero la sigo, atento a la forma en la que su pelo se mueve alrededor de los hombros. No sé si lo provoca adrede o ni siquiera se da cuenta.

—Qué extraño: el hecho de que estuvieras castigado no te impidió ir al American Apparel —añade mientras lanza una mirada por encima de su hombro que hace que me fije en sus pestañas. Por suerte, lo dice en voz baja.

Pero ¿esta tía qué se cree? ¿Tiene la más mínima idea de con quién está tratando?

—Cierra el pico.

Abajo, en el vestíbulo, el resto de esta extraña familia hecha de recortes espera al lado de la puerta de entrada. Mamá y Dave van vestidos elegantes, y Jamie y Chase se dan discretos codazos en las costillas el uno al otro.

—No llegaremos muy tarde —me dice mamá, y su mirada amable se centra en mí. Puedo ver la preocupación en sus ojos, pero estaré bien. Siempre estoy bien. Estos bajones nunca me duran más de unas cuantas horas

—. Ni sueñes con salir —añade con buen tino, para recordarme que sigo castigado. Como si me importara.

—Mamá, no me atrevería —le aseguro mientras me cruzo de brazos y apoyo el hombro contra la pared.

Tengo que hacerme el duro delante de Eden. La primera impresión es la que cuenta y, ahora mismo, ella está todavía formándose su primera impresión de mí.

—¿Podemos irnos ya? —pregunta Chase con tono quejica—. Tengo hambre.

—Sí, sí, vámonos —dice Dave. Incluso para ser padrastro es demasiado imbécil. Ni siquiera parece darse cuenta de que existo mientras abre la puerta de la entrada para dejar que Jamie y Chase vayan corriendo hacia el coche. Solamente mira a su hija con el ceño fruncido y le dice—: Espero que te sientas mejor, Eden.

Ella le dedica una sonrisa algo forzada. Está mintiendo, pero él no se da cuenta.

—Adiós —se despide Eden, y casi me río ante su cara dura.

Es la primera vez que los veo interactuar, pero no parece que haya mucha calidez entre ellos.

—Portaos bien —añade mamá deprisa, aunque debe de saber que la recomendación no va a impedir nada, y finalmente salen todos por la puerta y nos dejan a Eden y a mí en medio del extraño silencio que se ha formado en el vestíbulo.

Yo la miro y recorro todo su cuerpo con los ojos mientras trato de analizarla. Al principio, parecía tímida, casi reservada. Pero ¿acaba de contestarme con chulería y de mentirle a su padre? Vaya. Pues igual no es tan tímida.

Eden inclina la cabeza para mirarme, y luego arruga la nariz cuando se da cuenta de que la estoy mirando.

—Ehhh —dice.

—Ehhh —la imito, subiendo el tono de voz.

Esta chica es nueva y aún tengo que descubrir de qué palo va, así que necesito ponerla a prueba, y mientras le voy mostrando quién es Tyler Bruce. O al menos quién le gustaría ser.

—Ehhh —repito.

Por la forma en la que me mira, está claro que no es muy fan mía, pero no

pasa nada. Tampoco quiero que lo sea.

Miro el reloj de pared que está detrás de ella. Son las seis y he quedado con Tiffani a las siete, pero creo que voy a ir antes para evitar estar a solas con Eden. Ya es suficientemente raro todo.

—Me voy a dar una ducha —le digo. Está delante de mí y me tapa el camino a la escalera, así que, metiéndome en mi personaje lo mejor que puedo, añado—: Si te apartas.

Despacio, se hace a un lado, mirándome aún con una expresión que parece de disgusto. Me da igual. Al pasar la rozo sin querer, mi hombro golpea el de ella, y subo la escalera de vuelta a mi habitación. Al menos ya no estoy atrapado en el círculo vicioso de analizar mi vida una y otra vez. Hay una sola cosa en mi mente ahora mismo: Tiffani. Es una gran distracción. Muy buena. En parte por eso estoy con ella.

Vago nervioso por la habitación durante un rato, zapeo de un canal a otro y saco del armario un par de vaqueros limpios y una camiseta, y luego me meto en la ducha. Imagino que el agua se lleva consigo todos los pensamientos de mierda a los que he estado dando vueltas las últimas horas, y para cuando acabo de ducharme me siento mucho mejor. Salgo listo para la actuación, listo para ser ese Tyler Bruce.

Estoy poniéndome la camiseta cuando oigo pisadas en las escaleras. Me detengo a escuchar y espero para ver si Eden se dirige a su habitación o viene a hablar conmigo; en cierta medida espero que sea lo segundo para tener la opción de cabrearla. Pero rápidamente me doy cuenta de que no es Eden.

—¡Jesús! —dice Tiffani mientras se cuele en mi habitación. Tiene las mejillas de un rojo encendido y parece muy molesta. Cierra la puerta y me echa los brazos al cuello—. ¡Pensé que tenías una chica en casa!

Parpadeo mientras la miro confuso. No sabía que iba a pasarse por aquí. Habíamos quedado en que yo iba a ir a su casa.

—¿Qué?

—¡Esa maldita hermanastra tuya que salió de la nada casi me provoca un ataque al corazón! —me explica sacudiendo rápido la cabeza. Lleva el pelo en una coleta alta que se mueve sobre sus hombros—. De verdad, venía dispuesta a asesinarte.

—Tiffani —le digo firmemente, y ella deja de hablar. Avanzo en su dirección, le pongo las manos en los hombros y la miro—. Cálmate, solo es Eden.

Ella respira pesadamente, pero asiente. Sus ojos azules están clavados en los míos y mueve la cabeza de lado a lado.

—Tienes razón. Nunca me engañarías así, ¿a que no? Porque no sé lo que sería capaz de hacerte si se te ocurriera traicionarme.

Pienso en lo que pasó con Naomi anoche, pero luego me recuerdo a mí mismo que estaba borracho. Eso no cuenta. También iba pedo cuando besé a Ally Jones hace un par de meses. Y estoy bastante seguro de haberme liado con Morgan Young una vez, pero no me acuerdo. Solo pasa cuando estoy superborracho, pero, aun así, no quiero ni pensar lo que podría hacer Tiffani si se enterara. Una vez consiguió que me echaran una semana del instituto, aduciendo que había escrito ella mi redacción de literatura inglesa porque olvidé su cumpleaños y no me volví loco de arrepentimiento como ella esperaba. Y la única razón por la que mamá sabe que fumo hierba a menudo es porque ella se chivó. De nuevo, porque olvidé su puto cumpleaños.

Le sonrío brevemente. Es imposible que lo descubra.

—¿Y quedarme sin ti? Jamás.

Dios, cómo me odio. Ojalá pudiera decirle que no me importa, que está buena pero ni tan siquiera me gusta demasiado, que solo la estoy usando como distracción. Pero no, soy un pringado patético que tiene que mantener esta relación de mierda para convencer a todo el mundo de que mi vida va sobre ruedas, de que estoy bien, de que lo tengo todo controlado. Empecé el instituto con toda la intención de que nadie nunca me considerara patético o un tío con el que meterse, y enrollarme con la más guay el primer año fue un salvonducto para asegurarme de eso. Sin Tiffani tendría que haberme construido la reputación de la nada una vez más.

Le paso el brazo alrededor de los hombros y la acerco a mi pecho, guiándola de vuelta a la puerta, pero enseguida me aparta de su lado.

—Llevo un rato esperándote —me dice mientras su tono de voz cambia y vuelve a ser el de siempre—. ¿Qué demonios has estado haciendo?

La sigo escalera abajo y voy pensando: «Ya estamos otra vez». La Tiffani exigente ha vuelto.

—Cálmate —le digo mientras pongo los ojos en blanco a sus espaldas—. Iba a ir en una hora, como me dijiste.

—Podrías, por lo menos, haber contestado a mis llamadas.

—No las podía oír con la música.

Es mentira. Sí que vi las llamadas, pero no estaba de humor para

responderlas. Era la última persona con la que quería hablar. Desde luego, ella no va a entenderme, porque no sabe la verdad. Nadie la sabe.

Nos paramos en el vestíbulo y se vuelve hacia mí, muy probablemente para empezar otra pelea innecesaria, pero antes de que ella pueda decir nada más, veo a Eden. Está en el sofá del salón, nos mira atenta. Me da la sensación de que es lo único que hace.

—Y a ti, ¿qué te pasa? —le pregunto.

Continúa mirándome, inexpresiva. Parece impasible.

—¡Buf! —responde.

—Cállate, Tyler —dice Tiffani, y noto cómo sacude la cabeza a mi lado. Como si estuviera de parte de Eden.

—Como quieras. —Me vuelvo hacia Tiffani y, aunque está tocándome las narices, aún espero que nuestros planes sigan en pie—. Larguémonos de aquí.

—En realidad... —dice despacio, y saca el labio de abajo hacia fuera, algo que hace siempre que sabe que está a punto de cabrearme. Por eso sé que, diga lo que diga a continuación, no me va a gustar.

Dejo escapar un suspiro.

—Y ahora ¿qué?

Tiffani se vuelve y entra en el salón para quedarse delante de la tele y molestar así a Eden. Ella también se pregunta de qué narices va todo esto. Es obvio por su expresión. No se le da muy bien esconder sus pensamientos.

—Nuevo plan —dice Tiffani, y yo entro en el salón, curioso, para escucharla. Está mirándonos a Eden y a mí, y eso no me gusta—. Austin da una fiesta de última hora y nosotros vamos a ir. Tú también, Eden. Te llamas Eden, ¿no? No tienes pinta de que te gusten las fiestas, pero Rachael dice que tengo que invitarte. Así que, ven.

—Espera un segundo —salto.

Pero ¿de qué narices habla?, ¿otra fiesta? Apenas sobreviví a la de anoche. La ultimísima cosa que quiero hacer es ir a otra fiesta donde tendré que reírme de chistes sin gracia. Donde tendré que escuchar música que no me gusta. Donde seré el que tenga que beber más que nadie porque todo el mundo piensa que puedo soportarlo bien cuando en realidad no es así. Yo solo quiero relajarme, estar con Tiffani, dejar que me distraiga. Me dirijo a ella y le pongo una mano en la cadera mientras acerco los labios a su oído.

—Creía que íbamos a tu casa. Ya sabes...

—Lo dejamos para otro momento —susurra. Me rodea y junta las manos,

prestándole atención a Eden, la maldita extraña a la que acaba de conocer hace solo un par de horas—. Bien, así que tú vienes, Eden. Y tú también, Tyler. Vas a venir y por una vez no te vas a emborrachar.

¿Ni tan siquiera se me permite pillarme un pedo para soportar la fiesta?

—¿Qué coño...?

Odio que decida por mí.

Ya tiene las llaves del coche en la mano, lista para salir. Esto es demasiado.

—Rachael y Megs ya están en mi casa preparándose, ¡así que venga, vámonos!

—Espera, necesito vestirme —dice Eden, y cuando dirijo los ojos hacia ella, se está levantando. No parece muy contenta con la idea de la fiesta, pero tampoco pone ninguna objeción. En todo caso, parece un poco aprehensiva. Coincido con Tiffani en que no parece la típica fiestera, pero imagino que solo va para continuar sorprendiéndome—. Dame cinco minutos para encontrar algo.

Tiffani se ríe, y es una risa lastimera, pero probablemente Eden no se dé cuenta; mi novia la coge del brazo y se la lleva.

—Puedes coger prestado algo mío. ¡Ahora venga, vámonos! La fiesta es en dos horas.

La suelta y se dirige hacia fuera, con las llaves tintineando en la mano y la barbilla alta. La sigo, pero solo porque creo que no tengo otra opción.

—Pensé que estabas castigado —oigo a Eden murmurar mientras salgo.

Me paro y me vuelvo hacia ella para observarla con detenimiento. En serio, ¿esta tía quién se cree que es? Me imagino que es de Portland, más que nada porque sé que Dave es de allí. Sé que solo pasará aquí el verano. Y sé que ella aún no sabe quién soy yo, porque sigue poniéndome a prueba, se dé cuenta o no. Continúa mirándome, replicándome, cuestionándolo todo. Sé que le miente a su padre. Y sé que sus ojos son de color avellana, porque puedo verlos ahora, mirándome fijamente sin apartar la vista. Le sonrío, impresionado. La mayoría de la gente no se atreve a hacer eso. Siempre apartan la vista a los pocos segundos.

—Pensé que estabas enferma.

Después de eso, ya no dice nada más, ni siquiera cuando ya estamos en el coche de Tiffani de camino a su casa. Voy de copiloto, e inclino mi asiento hacia atrás todo lo que puedo, solo por ver si Eden me pide que me aparte de

una vez o se queda callada. No dice nada, pero me gustaría que lo hiciera, así podría escuchar cómo suenan esas palabras en su voz. Sigue ensimismada en el asiento de atrás, va mirando por la ventanilla y parece un poco ansiosa.

Tiffani, por el contrario, no deja de parlotear. Me está relatando el último cotilleo del momento, que, si soy sincero, no podría importarme menos, así que asiento y digo «¿En serio?» de vez en cuando solo para que crea que la estoy escuchando. Pero no es así, porque todo lo que puedo pensar es que me da una pereza tremenda ir a esa fiesta. Las fiestas son un asco. La única razón por la que las aguanto es porque me distraen. Me ayudan a olvidar, al menos por un momento, ya que estoy centrado en algo diferente a lo jodidamente desastrosa que es mi vida.

Cuando llegamos a casa de Tiffani, los coches de Rachael y de Meghan ya están en la entrada, y sé que ellas están dentro preparándose. Me lo puedo imaginar: tendré que aguantar horas de risitas. Tendré que dar mi opinión sobre sus modelitos. Seré yo el que tenga que llevarles las bebidas.

—Tu madre sigue fuera, ¿no? —le pregunto una vez que estamos ya en el vestíbulo y se oye la música que viene del piso de arriba.

Eden parece completamente fuera de su zona de confort mientras nos sigue, y yo echo un vistazo rápido alrededor. A la madre de Tiffani no le parecería nada bien que yo estuviera aquí otra vez, y además es una aguafiestas.

—Sí. Hay cerveza en la cocina. Relájate aquí abajo mientras nos preparamos, pero tómatelo con calma —me advierte Tiffani, y la terrible mirada que me echa es todo el aviso que necesito.

Ayer por la noche la avergoncé. Está más que claro. Coge a Eden de la mano y se la lleva hacia la enorme escalinata de mármol por la que yo me he tambaleado borracho un montón de veces, y a mitad de camino se vuelve y se dirige a mí.

—¡No tardaremos mucho!

Eden parece aterrorizada mientras la arrastran al infierno que supone estar bajo el control de Tiffani. De verdad, me da pena la pobre chica. Lleva aquí, ¿qué?, ¿un día? No sé cómo son las fiestas en Portland, pero dudo que se parezcan a las nuestras. No sabe dónde se está metiendo, y estoy seguro de que mañana se va a arrepentir.

Me paso la mano por el pelo y me encamino a la cocina. Hay una pila de botellas de alcohol listas para que nos las llevemos a la fiesta, y cojo la

primera cerveza que encuentro. Le quito el tapón y doy un sorbo, pero ni siquiera lo disfruto. Anoche bebí suficiente para lo que queda de verano.

A pesar de ello, me la termino tirado en el sofá del salón de Tiffani, zapeando en la gigantesca tele entre diferentes canales de deportes durante lo que parece una eternidad. Tengo el pack de Bud Lights a mi lado, para poder coger otra sin esfuerzo. Y otra. Y otra. ¿Que me lo tome con calma? Ojalá pudiera, pero Tyler Bruce no se toma las cosas con calma.

—No tardaremos mucho más —oigo que dice una voz después de un rato, y me sobresalta un poco porque la cerveza me amodorra cuando bebo solo. Me incorporo y giro el cuello. Rachael está apostada en la puerta, con una bebida en la mano—. ¿Sabes? Estabas pasadísimo ayer por la noche.

—Sí, gracias por recordármelo —le digo mientras pongo los ojos en blanco, y luego doy a propósito un buen trago de la cerveza que tengo en la mano solo para recordarle que me importan una mierda sus observaciones.

—No es para ponerse así —murmura mientras da un paso hacia el interior del salón. Mira la tele por un momento y luego a mí, con las cejas enarcadas en un gesto preocupado—. No tienes por qué beber tanto, ¿sabes?

—Y me lo dices tú, Lawson Peso Pluma —contraataco mientras aparto mi vista de ella.

Me aburro de Rachael con mucha facilidad. Siempre hace lo mismo: sacudir la cabeza con resignación y juzgar todo lo que hago. ¿Por qué todo el mundo intenta controlarme?

—Eso es diferente —dice. Da un par de pasos más hacia el centro del salón y se queda justo enfrente de mí para que yo no tenga otra opción que prestarle atención, aunque no estoy interesado en lo que tenga que decirme—. Yo me emborracho porque peso poco, tú te emborrachas a propósito.

Suspiro y mantengo mi cara de póker.

—¿Has acabado ya de darme leccioncitas?

—Pues la verdad es que no. —Da un sorbo a su copa, se sienta en el brazo del sofá que está al lado del mío y cruza las piernas—. Simplemente os informo, a ti y a ese ego tuyo —dice mientras me da con el dedo índice en la frente—, de que no vas a ser menos guay por tener un límite. No pasa nada por rechazar una copa. —Pasea su mirada por los botellines de cerveza vacíos que hay en el suelo a nuestro alrededor, y frunce el ceño—. Yo creo que ya has bebido suficiente.

—Lo que tú digas, Rachael.

Le doy un ligero codazo para apartarla del sofá, y no se resiste demasiado. Espero que la haya satisfecho haber realizado su buena obra del día. No dice nada más, solo da un trago a su copa mientras se vuelve y se va. Escucho el sonido de sus pisadas en la escalera hasta que desaparecen, y luego bebo de mi cerveza otra vez.

Para hacer tiempo, mensajeo a Dean y a Jake para ver si ellos ya están en la fiesta o aún no, y aguardo otra media hora antes de cansarme y perder la paciencia. Llevo dos putas horas esperando a que las chicas estén listas, esto ya es un chiste. Me acabo la cerveza que tengo en la mano, la séptima ya, y luego me pongo de pie. Me sobreviene una sensación de mareo, pero me esfuerzo en seguir caminando y me dirijo a la escalera. Si las chicas no han terminado de prepararse, que se jodan. Me voy sin ellas.

Empujo la puerta de Tiffani y dentro de su habitación huele a pelo quemado y perfume. La música está alta y retumbante, y el ambiente está cargado. Pero, por suerte, todas están vestidas y con sus peinados y maquillajes ya listos.

—Y bien, ¿podemos irnos ya? —pregunto mientras entro en la habitación y me quedo apoyado en el marco de la puerta.

Con el rabillo del ojo, veo a Eden salir del baño. Parece diferente. Parece como... ellas. Como Tiffani, como Rachael, como Meghan. Como una chica que intenta impresionar. Lleva uno de los minivestidos negros de Tiffani, y la razón por la que lo reconozco es porque recuerdo habérselo arrancado hace un mes. Es ajustado y corto. Intento no mirar, aunque en realidad quiero hacerlo. Pero sería raro. «Hermanastra», pienso. Todavía es un concepto raro para mí.

—¿Dean y Jake ya están allí? —pregunto rápidamente, intentando centrarme en otra cosa.

—¿Bien? —pregunta Tiffani, sin responder a mi pregunta.

Se da una vuelta para exhibirse, pero está exactamente igual que siempre. Demasiada ropa, demasiado corta, a punto de reventar y un poco cursi.

—Nena, te ves genial —le digo. De nuevo, es lo que quiere oír. Me acabo la cerveza que tengo en la mano, la dejo sobre la cómoda y luego me acerco a Tiffani. Soy consciente de que Eden está mirando—. Supersexy.

Luego la beso, aquí y ahora, porque si hay algo que a Tiffani le guste más que ella misma, es que la bese cuando tenemos público. Pero no lo hago por ella. Lo hago para mostrarle a Eden más de mí. Más de Tyler Bruce.

Quiero que piense que soy un gilipollas. Un idiota. Un imbécil.

Hace cinco años

Ir a los partidos de béisbol de los viernes por la noche se ha convertido, casi, en una tradición familiar. Somos de los Dodgers, y papá me ha llevado al campo desde que yo era un crío. Y luego Jamie empezó a venir cuando tuvo edad suficiente, y después Chase, y ahora mamá los viernes sale pronto de la oficina para poder unirse a nosotros. Cada vez que los Dodgers juegan en casa un viernes por la noche, los Grayson no faltamos.

Esa es la razón de que estemos aquí ahora, en el estadio de los Dodgers en medio del rugir de la afición. Porque es viernes por la noche, y los Dodgers juegan en casa contra los Diamondbacks. Los sitios vacíos que quedan en el estadio se van llenando lentamente a medida que los rezagados van apareciendo; la voz del comentarista se oye por todo el campo; el sol de la tarde ya está bajo. El partido acaba de empezar.

Estoy sentado en el borde del asiento inclinado hacia delante, con las manos entrelazadas sobre las rodillas. Los Diamondbacks van ganando, así que me relajo un poco y echo un ojo a Jamie, que está a mi lado. También está sentado en el borde, con los ojos muy abiertos atentos al campo, metidísimo en el partido. Me inclino un poco más para mirar a Chase. Estamos en la fila de arriba, y él es demasiado bajito para ver por encima de la gente; por eso se ha puesto de pie y sigue el partido en la pantalla. Lleva una gorra de los Dodgers que es demasiado grande para su cabeza y se le cae todo el rato encima de los ojos. Suspiro y miro un poco más allá, hacia donde están mamá y papá. Charlan, y mamá está inclinada hacia él, con la cabeza descansando en su hombro. Ella también lleva gorra. El brazo de papá la rodea y los dos ríen. Es una risa real; se miran a los ojos. Me gusta verlos felices. Me gusta que se hagan felices.

—¡Ay, Chase! —se ríe mamá. Se incorpora y se libra del brazo de papá. Pone las manos en los hombros de mi hermano y lo atrae cariñosamente hacia ella mientras le quita la gorra y le pone la suya en la cabeza—. Creo que tu padre debería comprarte una más pequeña cuando salgamos.

—Es verdad, colega —dice papá, inclinándose sobre mamá para mirar a Chase. Sonríe abiertamente, y le choca el puño para sellar el acuerdo. Su mirada sube para encontrar la mía, y su sonrisa se ensancha mientras nos mira a Jamie y a mí—. ¿Tenéis hambre, chicos?

Mi hermano aparta su atenta mirada del campo y contempla a papá, confuso.

—Pero si todavía estamos en la primera entrada —dice.

Normalmente esperamos a la tercera antes de ir a por perritos calientes: otra de nuestras tradiciones.

—¡Para cuando llegue al principio de la cola, ya estaremos en la tercera! —dice mamá poniéndose de pie. Coge el bolso del suelo—. ¡Marchando una de perritos calientes!

Pasa por detrás de papá, pero, antes de irse, le agarra el ala de la gorra y se la baja sobre la cara mientras le da un beso. Luego se apresura a ponerse a la cola.

—Tyler —dice papá. Fija en mí la mirada y me hace un gesto con la cabeza en dirección a ella—. Ayuda a tu madre.

Rápidamente, me levanto, paso entre Jamie y Chase, y luego prácticamente escalo sobre las largas piernas de papá. Él me observa con atención, en su boca aún quedan restos de sonrisa. Esta noche está relajado. Los viernes no se suele cabrear. Avanzo por el resto de la fila medio de lado, con un movimiento ortopédico, y luego me apresuro para pillar a mamá, que ya está adentrándose en el edificio. Hay puestos de comida y otros productos cada pocos metros, y las colas son largas y ondulantes.

—Ay, Tyler —dice mamá mientras me acerco a ella al final de la cola de uno de los puestos de comida. Me mira, sin darse cuenta de que la había seguido—. ¡Te estás perdiendo el partido!

—No pasa nada —digo encogiéndome de hombros ligeramente—, papá me pidió que te ayudara. De todas formas, los Diamondbacks van ganando, así que...

No quiero ni pensar en la mirada que me habría echado papá si le hubiera dicho que no, si me hubiera quejado y le hubiera respondido que quería

quedarme y ver el partido. Hoy tiene un buen día y está sonriendo un montón, pero no quiero ponerlo a prueba. Papá nunca está de buenas durante mucho tiempo, al menos conmigo.

—Mmm —dice mamá de broma, mientras aprieta los labios y finge que está pensando. Me dedica una gran sonrisa de ojos chispeantes. ¿Por qué no me parezco a ella?—. ¿Quién te habrá educado para ser tan buen niño?

—Tú —le respondo.

Le sonrío a mi vez, pero en cierto modo no estoy siendo sincero. Papá también me ha educado, y no se me permite ser otra cosa que no sea bueno. Soy un buen chico, pero solo porque estoy demasiado asustado como para no serlo. Esa es la razón por la que siempre me comporto como es debido, siempre estudio mucho, siempre hago todo lo que puedo por no meterme en problemas. Y a veces, ni siquiera eso es suficiente.

Mamá se ríe y me pasa una mano por el pelo, revolviéndomelo con cariño antes de ponerme el brazo sobre los hombros. La cola avanza un poco.

—Con ketchup y sin mostaza, ¿verdad?

Asiento, y ella vuelve a centrarse en la cola mientras avanzamos despacio. No nota que la estoy mirando, observando sus rasgos relajados y preguntándome si me llegaría a creer. Me encantaría que ella descubriese la verdad. Quiero que sepa que estoy asustado, que no sé qué será lo próximo que se le ocurra a papá para hacerme daño, pero no encuentro la forma de decírselo. Ella lo ama. ¿Lo seguiría queriendo si supiera la verdad? Papá nunca me perdonaría que le arruinase la vida. Y mamá... Quiero que ella lo sepa todo para que pueda ayudarme, para que, a lo mejor, le pueda pedir a papá que pare. Pero, a la vez, no la quiero ver triste. Me gusta que sonría. Me encanta verla feliz. Adoro verlos felices.

Ese es el motivo por el que nunca se lo he contado. Y por el que nunca lo haré. No puedo. Me aterroriza hacerlo, porque no sé qué pasaría si me atreviera. ¿Mamá me seguiría queriendo?

—Llévale esto a papá —dice ella, y me pone una jarra de cerveza fría en la mano.

Parpadeo rápido al darme cuenta de que de repente ya estamos los primeros de la cola y mamá ya ha pedido nuestra comida. ¿Me he desconectado otra vez? Tengo que dejar de hacerlo.

Miro la cerveza. A papá le gusta beber en los partidos, ya que es fin de semana, y esta es la segunda que se toma. Está congelándome la mano, así

que me la cambio a la otra.

—Venga, vámonos —dice mamá mientras coge la bandeja de perritos calientes.

Se vuelve y me indica que vaya delante mientras ella me sigue.

Empiezo a abrirme camino con cuidado entre la aglomeración, pero la gente va y viene a toda prisa en diferentes direcciones, y la cerveza está demasiado helada en mi mano, y tengo que caminar demasiado rápido, y llevo un ojo en la cerveza y otro en mi camino de vuelta a nuestros asientos, y tropiezo. Así, con mis propios pies. Me caigo con un golpe seco, aterrizo sobre las manos y las rodillas en el cemento, y la cerveza de papá se derrama entera en el suelo, delante de mí. Sucede todo tan deprisa que ni me doy cuenta hasta que me empiezan a doler las rodillas.

—¡Tyler! —grita mamá, que viene corriendo y se agacha a mi lado—. ¿Estás bien? ¡Ay, estás sangrando! Tengo tiritas en el bolso.

Pone la bandeja de perritos sobre la cadera y, amable, me ayuda a levantarme.

La gente me está mirando. El corazón me late a toda velocidad. Atontado, miro hacia abajo y veo que tengo la piel de las dos rodillas levantada. Hay un poco de sangre, no mucha, y escuece, pero lo puedo soportar. Levanto la vista y miro, a unos pocos metros, la jarra vacía que está tirada en el suelo. Hay un reguero de la cerveza de papá en el cemento. No le va a gustar nada.

Me tiemblan las manos, y el pánico se extiende por mi pecho hasta que mi cuerpo entero se pone a tiritar. No puedo evitarlo. Soy un manojito de nervios tembloroso que mira la jarra vacía.

—La cerveza de... la cerveza de papá... —musito.

Esta noche él estaba feliz. Sonreía. He metido la pata otra vez. Como siempre.

—¡Eh, eh! —dice mamá mientras viene hacia mí y se agacha a mi lado de nuevo, con la preocupación brillándole en los ojos—. No pasa nada, Tyler. ¡Ya le conseguiré otra después!

Intenta calmarme, pero no es capaz de lograr que deje de temblar.

Tira la jarra vacía en una papelera cercana y luego me pone la mano en el hombro, mientras me guía de vuelta a nuestros sitios. Me noto mareado, como si fuera a vomitar delante de todo el mundo. No quiero volver a mi asiento. No quiero que papá estreche los ojos y apriete las mandíbulas como hace siempre que se enfada conmigo.

Cruzamos nuestra fila mientras me siguen escociendo las rodillas. Paso por delante de papá todo lo rápido que puedo, con la cabeza baja y negándome a mirarlo, y luego avanzo a toda prisa por delante de Jamie y Chase y me derrumbo en la seguridad de mi asiento, en el extremo opuesto al suyo.

—¿Dónde está mi cerveza? —oigo que pregunta mientras mamá se sienta a su lado con la bandeja de perritos calientes.

Lo miro con el rabillo del ojo y veo que tiene las cejas levantadas en actitud de interrogación.

—Ah —dice mamá, poniendo los ojos en blanco—, Tyler tuvo un pequeño tropezón. Te cojo otra después. Toma, sujeta esto. —Pone la bandeja en el regazo de papá y abre el bolso para buscar las tiritas.

Despacio, la mirada de mi padre se dirige hacia mí. Sus ojos se encuentran con los míos, y me quedo paralizado bajo su fuerza, pegado a mi asiento, incapaz de respirar. Cierra con firmeza los labios. Su mandíbula rechina.

—¿Desde cuándo eres tan patoso? —pregunta.

No soy capaz de contestarle. No soy patoso. Solo estoy demasiado metido en la batalla mental que libro constantemente contra mí mismo. Mamá se sienta otra vez y se inclina sobre Jamie y Chase para pasarme un par de tiritas. Me sonrío cariñosa, intentando tranquilizarme, y yo me concentro en esa calidez e intento apartar de mi mente las vibraciones negativas que irradia papá.

Quito el envoltorio de las tiritas y me inclino hacia delante para ponérmelas en las rodillas. Las tiritas se han vuelto imprescindibles en los últimos años, pero solo pueden curar algunas heridas.

Ahora

Estoy encajonado en el asiento de atrás del Corolla de Meghan, que además de ser supercutre está reventado, mientras ella conduce despacio a través de la ciudad en dirección a la casa de Austin. Ya casi es de noche, y Rachael controla la música desde el asiento delantero, mientras yo voy aquí con Tiffani y Eden, una a cada lado. Tengo las cervezas en el regazo, y me está tentando la idea de abrir una para que me ayude a sobrevivir al trayecto. Fijo la mirada en la palanca de cambios y me cruzo de brazos para aislarme de todo.

Tiffani y Rachael están haciendo lo que mejor se les da: cotillear y preguntarse quién estará en la fiesta. Se refieren a un par de personas como pringados, pero no estoy haciéndoles caso. Nunca se lo hago. No tengo fuerzas.

En cambio, pienso en Eden. Va a mi derecha y puedo notar cómo me mira, así que vuelvo la cabeza hacia ella, y nuestras miradas se cruzan por una fracción de segundo antes de que los dos las apartemos. «Sí, sin duda me estaba mirando.» Es raro, supongo. Imagino que ella tampoco está acostumbrada a esta situación. Lo de tener hermanastros. Intento ver de qué palo va igual que ella parece intentar ver de qué palo voy yo, pero la verdad es que no consigo gran cosa.

La miro otra vez, y como ahora está mirando por la ventanilla, tengo la oportunidad de estudiarla con detenimiento. Tiene el pelo negro y liso sobre la espalda, aunque algunos mechones le caen sobre los hombros y le enmarcan el rostro. Lleva un montón de maquillaje. Los párpados pintados de negro, como ahumados. Gruesas pestañas que parecen alargarse cada vez que

las bate. Labios rojos. Solo hemos coincidido unas cuantas veces, pero he visto lo suficiente como para saber que así no es ella.

Nota que la estoy mirando, porque vuelve la vista hacia mí, pero yo ya he apartado los ojos. Me pilla más de una vez durante el resto del trayecto, sobre todo porque no puedo evitarlo. Después de un rato, la situación se vuelve demasiado rara, así que dejo de hacerlo. Me centro en mirar hacia delante, a nada en particular, el resto del tiempo, sin decir una palabra, ni tan siquiera cuando Tiffani pega su cuerpo al mío y me acaricia el muslo.

Respiro aliviado cuando finalmente llegamos a casa de Austin. La verdad es que no lo conozco mucho, pero, por supuesto, él sí nos conoce a nosotros. Todavía es exageradamente pronto, apenas las ocho y media, pero la fiesta ya está de bote en bote. Hay varios coches aparcados en la calle y gente charlando en el césped. Tan pronto como Meghan apaga el motor, cojo mi cerveza y salgo del coche detrás de Tiffani mientras estiro por fin las piernas. Ya puedo oír la música, y me resisto a la tentación de quejarme. No quiero pasar por todo esto otra vez. El beber demasiado, la música a toda pastilla...

—¡Eh, Tyler! —me llama alguien, y cuando miro, veo a Austin corriendo a través del césped para saludarnos. Es un chaval bajo, pero con una sonrisa lo suficientemente grande como para compensar su escasa estatura. Levanta su cerveza hacia mí a modo de saludo y, como sé que tengo que hacer el paripé durante quién sabe cuántas horas, le choco el puño—. Qué bien que estés aquí —me dice.

—Sí.

Seguro que de verdad está contento de que haya venido. Y, sin duda, también está encantado de que Tiffani me acompañe. Somos el complemento indispensable en todas las fiestas, y si venimos, es casi una garantía de que el anfitrión no es un pringado. Señalo la cerveza, desesperado por abrir otra.

—¿Las dejo en la cocina?

Señala hacia la casa y ensancha su sonrisa.

—Sí, suelta eso y ven con nosotros.

Empiezo a andar, cruzo el césped en dirección a la puerta de entrada, pero echo un último vistazo sobre el hombro hacia las chicas. Tiffani va diciéndole algo a Austin, Meghan intenta guardar las llaves del coche dentro del bolso, y Rachael mira la botella de vodka que lleva en la mano. Eden, sin embargo, muestra su permanente expresión indescifrable, pero analiza la escena con ojos cautelosos. Va a lamentar haber venido. Estoy seguro.

Sacudo la cabeza mientras continúo hacia la casa, repartiendo «eys» a todo el que me saluda. Hace unas cuantas horas, estaba en mi habitación, pensando. Y ahora estoy aquí, en otra fiesta, cargado de cerveza, actuando. Lo detesto. Odio tener que hacer esto para no pensar.

Recorro el camino hasta el interior de la casa y mantengo la cabeza baja mientras entro a la cocina. Hay alcohol en cada centímetro de la encimera, y el suelo ya está pegajoso por las bebidas que se han derramado. Sin querer piso un vaso de chupito, que se rompe bajo mi pie. Molesto, le doy una patada a los trozos rotos para apartarlos.

—Ya me empezaba a preguntar cuándo ibas a presentarte —dice alguien, y Kaleb aparece delante de mí. Sus ojos están rojos y su sonrisa es perezosa. Está colocado, pero no es ninguna sorpresa. No puedo recordar cuándo fue la última vez que lo vi sereno—. Austin nos deja darle a lo nuestro siempre y cuando no molestemos, así que estamos en el puto cobertizo del jardín.

Empieza a morirse de risa mientras se dirige a abrir el primer armario que encuentra y pilla un paquete de galletas. Yo miro en silencio mientras se mete una en la boca, cierra los ojos y se muere de gusto.

—Ay, Dios mío. Increíble —murmura. Abre los ojos otra vez e intenta enfocarme—. Entonces qué, ¿te vienes con nosotros? Es buena mierda la de esta noche, en serio. Mírame. ¡Voy cocido!

La verdad es que ahora mismo, me vendría de perlas relajarme un poco. Solo un par de caladitas para tranquilizar mi mente, para nublarla. Cojo una botella de cerveza, la abro contra el borde de la encimera y luego asiento.

—Cuenta conmigo.

Kaleb sonrío encantado, básicamente porque sabe que me va a sacar pasta, y luego se vuelve, con las galletas en la mano, y se dirige de vuelta al cobertizo. Yo voy detrás de él, bebiendo cerveza, pero alguien me agarra del hombro justo cuando estoy a punto de seguir a Kaleb al jardín. Me paro. Es Jake.

—Al final has venido —dice—. ¿Dónde están las chicas?

—Están llegando —respondo seco.

No quiero hablar con Jake. Ni siquiera me cae bien, y de lo que tengo ganas es de fumarme un porro. Empiezo a irme, pero me coge del hombro otra vez y me para.

—¿Y a dónde vas tú? —pregunta mientras levanta una ceja.

Mira a Kaleb, que sigue andando por el jardín, y luego me vuelve a mirar

a mí. Supongo que ya sabe la respuesta.

—¿Adónde cojones te piensas que estoy yendo, Jake? —le suelto quitándome su mano del hombro.

Dios, ojalá mis amigos me dejaran en paz de vez en cuando. Esta noche ya me ha echado la bronca Rachael y no necesito que Jake me interrogue. Ni que no supieran que fumo.

—Pues vale, capullo—murmura, y finalmente se larga.

Me dirijo afuera y cruzo el jardín apretando el paso para coger a Kaleb, que ya está llegando al cobertizo de la esquina. Vaya fumadero. Se huele la maría y se oyen las risas antes siquiera de que Kaleb haya abierto la puerta. Y cuando lo hace, no me sorprende encontrarme a Clayton y Mason dentro. He fumado más veces con ellos. También compartimos algunas clases en el insti.

—Ya era hora de que aparecieses —dice Mason.

Está desmadejado en una silla de jardín en la esquina, con los pies apoyados en el cortacésped y con un porro casi acabado en la mano. Parece un poco desaliñado, pero qué más da. Está fumado como una mona. Igual que los demás.

—Ya —Cojo la cartera, saco quince dólares, y se los doy a Kaleb. Normalmente prefiero comprarle directamente a Declan, pero últimamente no tenía mucho material, así que tengo que pillarle un gramo a Kaleb—. ¿Me pasas?

—Tííío —dice Clayton. Está apoyado contra la pared, con los ojos cerrados, exhalando una nube de humo hacia nosotros. No hay mucho sitio, así que estamos bastante apretados—. Glorioso.

Kaleb coge mi dinero, se rebusca en los bolsillos durante un minuto y luego me enseña dos porros hechos.

—Ya liados para ti —dice orgulloso—. Sabía que querías un poco de cachondeo esta noche.

Cojo los dos porros y los observo. Luego pienso: «A la mierda».

—Dame fuego —ordeno, y Kaleb saca un mechero y enciende uno de los porros.

Me mira con atención mientras me lo llevo a la boca, esperando ansioso mi aprobación, y yo inhalo, por fin.

El humo me llena los pulmones, y noto esa sensación familiar que satisface mi deseo. Llevo una semana sin fumar, así que me está sentando de maravilla. Aguanto el humo dentro durante un buen rato, y luego exhalo,

notando ya la diferencia. Aún necesito darle algunas caladas más, y pasan cinco minutos o así antes de que me pegue, pero siento cómo el peso sobre mis hombros empieza a aligerarse.

—Eh, ¿dónde cojones has encontrado esas galletas? —pregunta Mason, mientras se incorpora en su silla de jardín.

Apunta con el porro a Kaleb, y Clayton abre los ojos.

—Las robé de la cocina. La gusa ataca con fuerza... —explica Kaleb, y los tres estallan en risas.

Todavía no estoy colocado del todo, así que no me río, pero sonrío un poco.

Me reclino contra la pared y cierro los ojos mientras le doy otra calada al porro y me centro en la respiración. «Tú relájate.»

—Declan vino expresamente a pasarnos —murmura Kaleb, dándome con el codo. Cuando abro los ojos, señala a la mesa pequeña que está al lado de Clayton. Alineadas perfectamente, hay unas rayas de coca. Las miro unos instantes—. Es buena mierda.

—Tío...

Sacudo la cabeza despacio. Me tienta, pero no. No estoy tan desesperado. Lo he hecho antes. Lo hago a menudo, supongo. Pero solo las noches que ya no puedo aguantar más, y desde una vez que me dio un mal viaje, me he vuelto más cauto. Levanto una mano, en gesto de derrota.

—Esta noche no contéis conmigo.

—No joooooodas —dice Mason poniendo los ojos en blanco—, ¡estábamos esperándote!

—Más tiros para nosotros —bromea Clayton, y otra vez se mueren de risa.

Están los tres tan fumados que ojalá que a mí me subiera del todo de una vez. Por eso le doy otra calada y retengo el humo en los pulmones todo lo que puedo antes de que empiece a quemar demasiado; luego inclino la cabeza y lo echo fuera.

Estoy a punto de cerrar los ojos de nuevo, de relajarme en esta sensación cálida, cuando la puerta del cobertizo se abre. Estamos tan ahumados aquí dentro que me lleva un rato ver quién ha llegado.

Mierda.

Es Eden. Tiene la mano delante de la boca y tose mientras da un paso atrás.

—¿Es hierba?

—No, es algodón de azúcar —bromea Mason, y Clayton y Kaleb inmediatamente se mueren de risa, como si fuera la réplica más ingeniosa que hubiesen oído en sus vidas.

Yo, de nuevo, no me uno, no porque no esté colocado todavía, sino porque me está entrando el pánico. Necesito que Eden sepa quién es Tyler Bruce, pero no quiero que sepa esto. Vive en la misma casa que yo y puede decírselo a mi madre. Rápido, trato de esconder el porro encendido detrás de mí y espero que no se dé cuenta de que estoy fumando.

—¿Estás de guasa? —pregunta mirándome con los ojos muy abiertos.

Está claro que he actuado tarde. Ya me ha visto, y es obvio que no hay forma de negarlo.

—Tío, que alguien saque a esta chavala de aquí —pide Clayton, señalándola con el porro. Pero yo ni lo miro, porque toda mi atención está puesta en Eden. Sus ojos están clavados en mí y se agrandan, expresando un claro disgusto—. A no ser que quiera entrar y hacernos compañía.

—Tío —murmuro, volviéndome para fulminar a Clayton con la mirada. Trago saliva. «Tú tranqui. Sé Tyler Bruce. No te importa nada»—. ¿En serio quieres a esta niñata aquí?

Clayton y Kaleb dejan escapar unas risitas, mientras que Mason empieza a toser exageradamente en la esquina. Por supuesto, esto para ellos es divertido, pero para mí no lo es en absoluto. Estoy paralizado, y no sé cómo cojones voy a salir de esta situación.

—¿Quién coño es? —pregunta Clayton finalmente, y yo desde luego no pienso responderle. No puedo ni empezar a imaginar el número de bromas que harían si supieran que es mi hermanastra—. ¿Acaso nadie le ha enseñado las reglas? —Se vuelve hacia Eden, y no me gusta el modo en que la mira—. Aquí no se interrumpe, cariño. Vete cagando leches a no ser que quieras jugar con nosotros.

Se acerca a ella y levanta el porro encendido en la mano, ofreciéndoselo como si ella fuera a cogerlo.

Automáticamente, me pongo en medio de ellos dos, con la cara hacia Clayton y la espalda hacia Eden.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Apago el porro rápidamente, me lo meto en el bolsillo y luego entorno los ojos—. Venga, Clayton, ¿no tienes sentido común?

—Ofrecerle una calada es de sentido común —dice. Se lleva el porro a los

labios y le da otra calada, aunque no creo que lo necesite—. Se llama buenos modales. Sería grosero no hacerlo. ¿Me equivoco, chica nueva?

Vuelve a mirar a Eden, que sigue detrás de mí.

—Tío, capta la maldita indirecta —bufo. Me está cabreando, sobre todo porque no me gusta la forma en la que le habla—. No lo quiere. Mírala.

Me vuelvo para echarle otro vistazo a Eden, y se me encoge el corazón cuando veo la forma como me está mirando. La mayoría de la gente me mira igual, con esa expresión de horror y disgusto en la cara. Pero en los ojos de Eden es diferente, es como si la estuviera viendo por primera vez, y aunque no entiendo por qué, durante un segundo me siento decepcionado conmigo mismo. Esas caladas que he dado me deben de estar subiendo. Me siento ligero y confuso.

—Vale, vale. Pues que se largue. ¿Por qué tenemos a una cría desconocida aquí de todas maneras? —interroga Clayton.

—Me pregunto lo mismo —murmuro y luego me vuelvo para mirar a Eden directamente.

Niega con la cabeza, y ese sentimiento de decepción se extiende otra vez por mi pecho. Tengo que sacarla de aquí, alejarla de estos idiotas, alejarla de mí. Doy un paso hacia ella, pero me golpeo la mano contra la mesa. Eso llama su atención.

Hay un silencio que dura demasiado. O a lo mejor solo me lo estoy imaginando. «Mierda.» Este es el peor momento para intentar estar lúcido en medio de mi fumada. Necesito mantener la cabeza despejada para salir de este lío, porque sé que Eden no es estúpida. Sé que está mirando la coca, y dudo que piense que es azúcar.

—Ay, Dios mío. —Su cara palidece de incredulidad, y puedo ver las preguntas que le pasan por la cabeza una a una. Abre esos labios suyos—. ¡Ay, Dios mío!

—Tío, en serio, no estoy bromeando. Sácala de aquí antes de que llame a la poli o algo parecido.

—Sí, sí, ya se va.

Desesperado por que se largue, la cojo del codo y la llevo fuera del cobertizo y a través del jardín hasta que nos encontramos a una distancia prudente. Me da la impresión de que tardamos veinte minutos en atravesar el césped, pero en realidad habrán sido más bien veinte segundos.

—Eres increíble —me bufa. Se suelta del brazo y luego me mira fijamente

—. ¿Coca? ¿En serio, Tyler?

Pienso que es la primera vez que le oigo decir mi nombre, y supongo que es por la hierba, pero suena increíblemente bien con ese tono ronco suyo. Quiero que lo repita una y otra vez durante el resto de mi vida. Sip, estoy fumado.

Mi mirada se encuentra con la suya y me quedo en silencio durante un rato. No estoy seguro de cómo justificarme sin confesarle que mi vida es un desastre. Me cubro la cara con las manos y dejo escapar un gemido sordo.

—No deberías estar aquí —le digo. Me meto las manos en los bolsillos y palpo esos dos porros que me esperan. Ahora mismo, los necesito más que nunca—. Deberías... deberías volver dentro.

Eden no deja de mirarme boquiabierto mientras sacude la cabeza. Parece furiosa, pero no sé por qué. Ni siquiera me conoce. Debería darle igual lo que haga, pero está claro que le importa, y tengo la horrible impresión de que va a chivarse a mi madre en cuanto llegue a casa. Mamá ya sabe que fumo, aunque no que lo hago a menudo, y desde luego que no le gusta. De la coca, sin embargo, no tiene ni idea. No estoy seguro de cuánto tiempo más seguirá en la ignorancia.

Me vuelvo y me dirijo al cobertizo (otros treinta minutos para mi mente de fumeta), y los chicos están esperándome con expresión de curiosidad. Ni se me pasa por la cabeza contarles quién es Eden; en su lugar, me mantengo firme en lo de ser Tyler Bruce, pongo los ojos en blanco y digo:

—Ya me he deshecho de la pringada esa.

Surgen más risas y parece como si el cobertizo temblara. Esta vez yo también me río, pero no demasiado tiempo, porque nos interrumpe el sonido de la voz de Dean:

—Venga, tío. Qué golpe más bajo. Relájate.

Lo fulmino con la mirada. Está a un par de metros de nosotros y sacude la cabeza con aire reprobatorio. Está completamente sobrio, pero no me sorprende. Dean siempre está así. Es buen tío, siempre se mantiene en guardia, siempre cuida a la gente. Por eso tiene tantos amigos. Amigos de verdad.

—Cierra el puto pico, Dean —murmuro, y él se limita a suspirar.

Luego apresura los pasos y se va tras Eden. Yo me quedo mirándolo y frunzo el ceño mientras veo que ambos se ponen a hablar.

¿Se han conocido ya? Hablan durante lo que me parece un montón de

tiempo, pero están demasiado lejos para oír lo que dicen.

—Venga, dale caña —me urge Kaleb, pasándome su mechero.

Lo cojo con rapidez y meto la mano en el bolsillo para sacar el porro de antes. Me lo llevo a los labios y lo enciendo, y justo cuando estoy a punto de darle una calada, la veo otra vez. Eden me observa sobre su hombro, apoyada en la puerta de entrada. Ojalá le diera igual. Ojalá se encogiera de hombros, pusiera los ojos en blanco y se largara. Aún no la conozco lo suficientemente bien como para saber qué hará con esta información. De hecho, no la conozco de nada, así que me preocupa que pueda ser una chivata. Y entonces me echarán de casa. Y necesitaré aprender a sobrevivir.

Aparto la vista de ella y llevo los ojos al suelo. Clayton dice algo mientras pone una cerveza en mi mano, pero no registro sus palabras. Todavía noto la mirada de Eden sobre mí, así que me meto en el cobertizo, lejos de la puerta, fuera de su campo de visión para no seguir sufriendo su mirada de disgusto.

Los chicos están partiéndose de risa otra vez, pero no sé por qué. Yo ahora estoy a otra cosa. Sé que le juré a Tiffani que no lo haría, pero ella no me importa lo suficiente como para sentirme mal por romper una promesa. Tyler Bruce hace lo que le da la gana.

Miro de reojo a Kaleb, y luego le doy un pequeño codazo en las costillas para llamar su atención.

—Dile a Declan que cuente conmigo —le digo al oído—. Sí que voy a vender su material.

Cuando me levanto por la mañana, tengo la cabeza un poco embotada. Estoy un buen rato pestañeando ante la luz del sol que se cuele por la ventana antes de darme cuenta de que no estoy en mi habitación, sino en la de Tiffani. Despacio, bostezo y me doy la vuelta, y flipo cuando veo que ella ya está despierta, vestida y sentada con las piernas cruzadas en la cama a mi lado. Sus ojos me miran acusadores.

—Mi madre quiere matarte —informa.

Se me ocurren mejores maneras de dar los buenos días.

Levanto una ceja, aún medio dormido.

—¿Eh?

—Nos desvalijaste la nevera ayer por la noche —explica Tiffani, y luego hace una mueca molesta. No sé qué hora es, pero ella ya está peinada y maquillada—, y la despertamos al llegar, así que ahora está cabreada, y te

tengo que llevar a casa enseguida. —Descruza las piernas, se levanta, y luego empieza a coger mi ropa del suelo y a lanzármela con fuerza. Los vaqueros casi me hacen daño—. Y llévate la mierda de Eden también —masculla, y empieza a tirarme más prendas mientras inspecciona la habitación. Incluso me tira un móvil—. Ah, y gracias por avergonzarme anoche. Joder, me chifla tener un novio yonqui.

Me obligo a incorporarme y me quedo sentado frotándome los ojos. Estoy hecho polvo, pero sé que es por el bajón. Me preguntó qué pasó ayer por la noche. Recuerdo haber fumado todo el rato y haberme reído un montón. Recuerdo haber bebido demasiadas cervezas. Pero no recuerdo haberme venido a casa con Tiffani. No recuerdo qué pasó con Eden.

—¿Adónde fue ayer? —pregunto, enfocando a Tiffani. Tengo los ojos un poco sensibles y la garganta seca. Y muchísima sed—. Eden, digo.

—Se marchó como a la media hora —responde Tiffani, desinteresada—, ¿cómo se puede ser tan aburrida? Dean la llevó a casa, y ahora me toca llevarte a ti, así que mueve el culo.

—¿Qué hora es?

—Temprano. Las ocho.

—¿Las ocho? —repito mirándola. Probablemente hayamos llegado hace solo unas cuantas horas—. Joder, ¿las ocho?

—¿Quieres que mi madre te mate? —pregunta mientras se vuelve para lanzarme una mirada severa. Tiene las manos en las caderas y las cejas superlevantadas—. ¿Quieres que te mate yo? Porque cuanto más te miro, más ganas me entran de hacerlo. Así que vámonos.

Con un quejido, me enfundo la camiseta y me levanto de la cama. Me vendrían bien un par de horitas más de sueño, y me acojona un poco volver a casa ahora. Mamá odia que duerma fuera sin avisarla antes, así que, ya para empezar, estará cabreada por eso. Y si le sumo el hecho de que ayer me escapé... No, no va a estar nada contenta. Y si Eden le ha contado lo que vio anoche, igual ni tengo una casa a la que volver.

Me pongo los vaqueros y antes de que haya tenido tiempo de calzarme, Tiffani me agarra del brazo y tira de mí hacia la puerta con desesperación. Apenas me da tiempo a coger la ropa de Eden, pero lo consigo de milagro, y dejo que mi novia me arrastre escalera abajo sin protestar por su rudeza. La casa está en silencio, así que imagino que su madre todavía estará dormida, lo que explica por qué Tiffani tiene tanta prisa por echarme.

La luz de la mañana me quema los ojos cuando salimos, y para cuando estoy en el asiento del copiloto del coche de Tiffani, ya estoy quedándome dormido de nuevo. Es guay, porque significa que ella no intentará hablarme. Ya he cubierto mi cupo de Tiffani para todo el fin de semana, así que bien podría pasar un par de días sin verla, aunque sé que es difícil que eso suceda. Aprovecho la oportunidad que tengo de echarme una minisiesta de diez minutos antes de tener que enfrentarme a mamá.

—Vale, largo —dice Tiffani poco después, y cuando abro los ojos del todo, me doy cuenta de que estamos aparcados delante de mi casa.

«Allá vamos», pienso. Es hora de darle explicaciones a mi madre. Me incorporo y bajo el parasol del coche para echarme un vistazo en el espejo. Los ojos tienen buen aspecto, aunque están secos. Parpadeo un par de veces y luego cierro el parasol y abro la puerta del coche. Saco una pierna y me detengo.

—Lo siento, ya lo sabes —digo, volviéndome para mirar a Tiffani.

En realidad no sé por qué me estoy disculpando, probablemente por pasar la noche entera colocado, pero sé que no quiero que esté enfadada conmigo. Me ha llegado a ser muy cómodo tenerla cerca, y aunque sé que no va a dejarme, odio que esté de malas conmigo. Ella lo sabe, y se enfada a propósito para castigarme por haberme pasado de la raya.

—Vete, Tyler —murmura con la vista fija en la carretera y las manos en el volante.

¿Tan colocado estaba ayer por la noche?, ¿qué mierda habré soltado por esta boquita?

Sea lo que sea lo que haya hecho para irritarla, tengo demasiada resaca para quedarme a averiguarlo. Solo quiero meterme en la cama, taparme la cabeza con las sábanas y dormir doce horas. Por eso no digo una palabra más mientras salgo del coche. Tiffani tampoco espera que lo haga. En cuanto cierro la puerta, pisa el acelerador y desaparece a toda velocidad calle abajo.

Con la ropa de Eden en las manos, me quedo mirando mi casa. Y luego suspiro. Estoy acostumbrado a que mamá me grite, y aunque odio decepcionarla, he aprendido a desconectar. Durará cinco minutos, como máximo, y luego lo dejará. Al menos eso es lo que ocurre siempre.

Camino hacia la entrada, despacio y casi sin ganas, y empuño el pomo. La llave no está echada. Cierro los ojos con fuerza, inspiro profundamente y luego empujo la puerta para abrirla. Al principio todo está en silencio

mientras me deslizo hacia el vestíbulo y cierro la puerta todo lo cautelosamente que puedo. Luego pongo la vista en la escalera, una rápida escapada hacia mi cuarto, pero entonces oigo el peor sonido del mundo:

—¿Tyler?

Me quedo paralizado en el sitio y me abandono a mi suerte. Espero en el vestíbulo, y un par de segundos después, mamá llega desde la cocina.

—Por fin —suspira, y se lleva una mano al corazón como si hubiera estado muerta de preocupación. No sé por qué. Ni que fuese la primera vez. Su expresión se endurece rápidamente y levanta las manos frustrada—. ¿Dónde demonios has estado, Tyler?

Miro hacia el suelo y me encojo de hombros.

—Por ahí —respondo.

Normalmente mamá sabe bien lo que hago, así que tampoco tiene mucho sentido gastar saliva.

—¿Dónde? —insiste.

—Qué más da. Ya estoy en casa.

Sus ojos azules están llenos de enfado y preocupación, que es lo que más odio. Quiero que piense que estoy bien, incluso aunque sepa que no es así. Ojalá pudiera estarlo, aunque solo fuera para que ella no tuviese que pasar por todo esto una vez más.

—¿Has estado bebiendo toda la noche?

—No —digo mientras me paso una mano por el pelo, que está hecho un desastre—. Me quedé a dormir en casa de Tiffani.

—¿Y antes de eso?

—Mamá, estoy cansado —murmuro esperando darle pena. Pero es un intento fallido.

—Tyler. —Se queda en silencio mientras me mira de arriba abajo y le cambia la expresión. Ya no es enfado, ni preocupación, sino esa vieja mirada de desaprobación que me lanza tan a menudo—. Has fumado, ¿no?

—¿Qué? No —miento mientras me aparto de ella por instinto.

—¿Crees que no puedo olerlo?

Me miro. Llevo la ropa de anoche. No me he duchado. Por supuesto que apesto a maría. Soy imbécil.

—Vale. Fuimos a una fiesta. Algunos chicos fumaron. Pero yo no —digo atropelladamente, y como no sé qué más añadir, paso por delante de ella en un intento de escaparme escalera arriba.

—Me estás mintiendo —oigo que me dice con la voz temblorosa—. Dios, Tyler. ¿Por qué? ¡Ya no puedo aguantar más esto!

Me detengo y me vuelvo. Se cubre la cara con las manos, y quiero abrazarla, y decirle que lo siento, que necesito hacer todas esas cosas para poder sobrellevarlo, que la quiero y me encantaría que todo fuera diferente. Pero entonces Dave decide meterse. Aparece en el vestíbulo como si hubiera estado escuchando todo el rato y dice en un tono increíblemente condescendiente:

—¿Por fin apareció?

Entorno los ojos y lo miro. Desde el primer día que mamá me lo presentó, hace ya años, no me cayó nada bien, y no porque no me gusten las figuras paternas, sino porque Dave es un gilipollas que jamás se ha molestado en conocerme bien. Conoce mi historia, y aun así me viene con comentarios condescendientes y ojos en blanco que me hacen querer darle un puñetazo en la cara.

—Sip, aquí estoy —respondo, y le dedico una sonrisa.

—¿Y qué te hace pensar que está bien pasar toda la noche fuera? —pregunta acercándose a mamá. Le pone la mano en el hombro para apoyarla—. Estás castigado. Ni siquiera podías haber salido de casa ayer por la noche.

Le hago una mueca. Cuando intenta hacerse el estricto conmigo me entran ganas de echarme a reír. Puede que sea mi padrastro, pero aun así no creo que eso le dé derecho a actuar como si fuera mi padre.

—Dave, anda, hazme un favor. Pasa de mí.

Ahora es mi turno para poner los ojos en blanco, y me vuelvo para escabullirme escaleras arriba.

—¡Tyler! —me llama mamá desde abajo—. Vuelve aquí.

La ignoro; en vez de regresar voy murmurando por lo bajo lo gilipollas que es Dave. Tengo ya el ojo puesto en la puerta de mi habitación cuando me doy cuenta de que todavía llevo en la mano la ropa de Eden. También me percató de que, aunque parezca increíble, mamá no me ha gritado por lo de la coca. Lo cual quiere decir que no lo sabe. Al menos de momento.

Me detengo fuera de su habitación durante un segundo, y luego empujo la puerta sin llamar ni nada y entro directo. No solo tengo que darle su ropa, también necesito hablar con ella.

Está despierta, por suerte, y justo se está poniendo una sudadera cuando irrumpo. Su mirada no tarda ni un segundo en volverse feroz.

—¿Acaso no sabes que existe algo que se llama, pues, no sé, intimidad?

Cierro la puerta y vuelvo la cabeza hacia un lado para observarla. Es obvio que todavía está enfadada conmigo por lo de anoche.

—Aquí tienes tus cosas —mascullo, y me siento raro mientras lanzo su ropa al borde de la cama. Luego, busco en los bolsillos hasta que encuentro su teléfono, doy un paso hacia ella y se lo entrego—. Y tu teléfono.

No puedo mirarla a los ojos, pero prefiero pensar que es porque estoy cansado, no avergonzado.

—Gracias —dice seca.

La tensión es casi insoportable mientras me mira, inescrutable y muy probablemente juzgándome por cada cosa que hice y por cada palabra que dije ayer por la noche. Me siento tan observado que me vuelvo para salir de allí, pero luego recuerdo que se me está olvidando algo.

—Mira —le digo mientras me vuelvo—, lo que pasó anoche...

—Ya sé que eres un capullo y que te metes droga y que eres patético —me interrumpe rápidamente. Incluso con esa voz bajita con la que habla, las palabras me hacen daño—. A mí no me tienes que explicar nada.

Al menos ya sabe quién es Tyler Bruce. Es un capullo, sí. Y se coloca, sí. ¿Es patético? No, espera. Ese no es Tyler Bruce. Ese soy yo, y de repente me siento casi expuesto, como si pudiera ver a través de mi coraza. Pero no sé cómo es posible.

—Solo... no digas nada.

Dios, incluso sueño patético.

Eden se cruza de brazos y su mirada se suaviza un poco. Por un momento, me mira casi con sorpresa, y luego dice:

—¿Me estás pidiendo que no me chive?

—No le digas nada a mi madre ni a tu padre. Sencillamente olvídale —pido, y me siento como un puto pringado.

Aquí me tienes, rogándole a una chica a la que apenas conozco que no arruine mi vida más de lo que ya está.

—No puedo creer que estés metido en ese tipo de cosas —dice tranquilamente, mientras echa un vistazo al móvil y luego lo tira sobre la cama. Su mirada se cruza con la mía, pero no puedo recordar de qué color son sus ojos. Está demasiado lejos para verlos—. ¿Por qué lo haces? No te hace más guay si eso es lo que pretendes.

Hago un montón de cosas para parecer guay, para que la gente piense que

lo tengo todo controlado, pero colocarme no es una de ellas. Si al menos Eden supiera que lo hago para evadirme de toda la mierda con la que tengo que enfrentarme, para olvidar todo lo que hizo papá...

—Para nada.

—Entonces ¿para qué lo haces? —pregunta frustrada. Sigo sin saber por qué se preocupa tanto.

—No lo sé —respondo. Como si fuera a decirle la verdad. No pienso contársela a nadie, y si lo hiciera, desde luego no sería a Eden. Es una extraña —. No estoy aquí para que me des un sermón, ¿vale? Solo vine a traerte tus cosas y a decirte que mantengas la boca cerrada.

Me llevo una mano al pelo y miro hacia la puerta. Necesito salir de aquí. Necesito dormir.

Y entonces, justo cuando estoy a punto de salir, oigo la voz de Eden que pregunta muy bajito.

—¿Por qué me odias tanto?

Mi mirada vuelve hacia ella. ¿Es eso lo que piensa? ¿Que la odio? Nada de lo que le he dicho o hecho es personal. Solo estoy siendo Tyler Bruce. Quizá resulte odioso, porque lo soy, pero no con ella.

—¿Quién ha dicho que te odio?

—Ehhh... Me insultas cada vez que puedes —me dice enarcando las cejas como si no entendiera por qué necesita explicarlo, como si fuese obvio—. Entiendo que sea raro tener una hermanastra de repente, pero para mí también lo es. Creo que hemos empezado con el pie izquierdo.

—No —me río mientras sacudo la cabeza. Increíble. ¿Piensa que actúo así porque no estoy acostumbrado a tener una hermanastra? No puede estar más equivocada. Actúo así porque no me queda otra opción, porque es un mecanismo de defensa para no sentirme vulnerable y expuesto. Pero ella nunca lo comprenderá—. No entiendes nada.

No quiero hablar más, así que me vuelvo y me dirijo a la puerta.

—¿Qué es lo que no entiendo? —pregunta Eden subiendo la voz. Es firme, exigente. Quiere una respuesta.

Ni siquiera me vuelvo. Solo digo:

—Nada.

Hace cinco años

—¿Cómo van esos deberes? —me pregunta papá a última hora de la tarde del domingo.

Lo miro desde mi escritorio, tengo las piernas medio dormidas y con agujetas de estar sentado con ellas cruzadas demasiado tiempo, y la mano me está empezando a doler. Papá está en la puerta de mi habitación, apoyado contra el marco con las manos metidas en los bolsillos. Lleva unos vaqueros gastados y una camisa de franela, y no se ha afeitado. Nunca lo hace los domingos. Por eso me encanta el fin de semana, porque papá siempre está mucho más relajado y de buen humor sin el estrés del trabajo acechándolo. Es como si aparecieran los fines de semana y de repente la presión por ser perfecto, tanto él como yo, desapareciera durante un rato.

—Pues —murmuro. Trago saliva y miro hacia abajo otra vez mientras repaso las hojas que tengo ante mí. He pasado toda la tarde haciendo un trabajo de historia, pero cuando ya lo había acabado, me dio miedo tomarme un descanso—... Los acabé hace una hora. He estado repasando los apuntes que tomé en clase.

—Bien hecho —dice papá. La boca se le ensancha con una sonrisa y me hace un gesto de aprobación; luego rápidamente se endereza, saca las manos de los bolsillos y se las frota—. Vale, deja el boli. Has acabado por hoy. Vamos, quiero enseñarte una cosa.

Lo miro sin saber bien qué pensar, más que nada me pregunto si lo habré oído bien. ¿Dijo que por hoy había acabado? ¿No tengo que estudiar más? Solo he estado un par de horas. No parece suficiente.

—¡Venga! —dice papá, dando un par de palmadas para que me apresure.

No me atrevo a replicarle, así que dejo el boli en la mesa y me

desencaramo de la silla, sintiéndome muy ligero mientras me levanto. A pesar de tener las piernas dormidas, voy hacia mi padre, que me pasa un brazo por los hombros, acercándome a él mientras me lleva escalera abajo.

—¿Qué hay fuera? —pregunto en voz baja.

Quizá no debería hacer preguntas, pero me reconcome la curiosidad. Y encima, papá está de buen humor, así que no creo que le importe que me muestre curioso.

—¡Ya lo verás! —responde, y cuando le echo una mirada furtiva con el rabillo del ojo, me está sonriendo alegremente. Desde luego que no es la primera vez, pero aun así es raro.

Atravesamos la puerta principal y salimos. El sol brilla en medio de un cielo azul radiante, y el vecindario está lleno de chavales montando en bici por la calle; el señor Pérez, el vecino de al lado, está cortando el césped. Es un típico día californiano. Sin embargo, en nuestra entrada, Jamie está peleándose con Chase para quitarle una pelota de baloncesto mientras este la sujeta fuerte contra su cuerpo. Ni siquiera sabía que tuviéramos balón de básquet. Los miro a ambos a través de la deslumbrante luz del sol y luego veo una canasta instalada encima de la puerta del garaje que, definitivamente, ayer no estaba aquí.

—¿Qué... qué es eso? —balbuceo.

—Una canasta —dice papá a mi lado, remarcando la obviedad.

Me quita el brazo de los hombros y cruza el césped en dirección a la entrada, pero se detiene al darse cuenta de que no lo he seguido. Se vuelve para mirarme mientras permanezco sorprendido en el porche, y pone los ojos en blanco a la vez que su sonrisa se hace aún más amplia, aunque eso parezca imposible.

—Para encestar, Tyler. Venga.

Todavía confundido, me acerco a él, y me quedo a su lado mientras me muerdo el labio de abajo.

—Pensé que no te gustaba que hiciese deporte.

—Nada de fútbol —aclara—. No quiero que te hagas daño. Esto es mucho mejor.

Se inclina hacia delante y, juguetón, le quita la pelota a Chase y a Jamie, que siguen intentando retenerla y hacerse con ella respectivamente. Luego la bota hacia la esquina trasera de la entrada mientras su cara muestra una sonrisa jactanciosa.

—¡Eh! ¡Estaba a punto de quitársela, papá! —protesta Jamie, sacudiendo las manos en el aire con gesto de derrota mientras lo mira ceñudo.

—¡Nada de eso! —protesta Chase—. ¡Yo estaba a punto de encestar!

Chase pone las manos sobre el pecho de Jamie y le pega un empujón, y luego los dos empiezan a pelearse.

Permanezco en la esquina de la entrada, parpadeando rápido mientras los miro, y cuando echo un vistazo a papá, sus rasgos están relajados y su mirada es amable. Sonríe otra vez, y luego me pasa el balón. Lo cojo, por los pelos, y doy un par de pasos atrás por la fuerza del lanzamiento. Sopeso la pelota con las manos durante un minuto, mirándola sin saber qué hacer. ¿En serio papá me deja echar unas canastas en la calle en vez de hacer los deberes?

—¡Venga, Tyler, chico, decídetelo! —me anima con una pequeña risa. Señala con la cabeza el aro que ahora tenemos encima de la puerta del garaje—. A ver si encestras.

Subo la vista hacia la canasta y no me molesto ni en apuntar, simplemente tiro la pelota al aire y la veo botar contra la puerta del garaje con un eco ruidoso. Cae al suelo y tanto Jamie como Chase se apresuran para hacerse con ella.

—Nada que un poco de entrenamiento no pueda arreglar —comenta papá mientras se aproxima a mí. ¿Por qué hoy no deja de sonreír? Me revuelve el pelo, luego se vuelve y se une a Chase para bloquear a Jamie en su intento de avanzar hacia la entrada—. Chase, tú vas conmigo —dice después de que Jamie tire sobre sus cabezas y enceste. Me mira, sonriendo—. Tyler, Jay..., buena suerte.

Entonces me relajo. Papá está feliz. Es un día bueno. Está jugando al baloncesto con nosotros en una calurosa tarde de domingo y se me había olvidado lo divertido que puede ser. Cojo el codo de Jamie y me lo llevo a un lado para que podamos discutir nuestra estrategia de partido, y papá sigue haciéndome gestos de buen rollo desde el otro lado de la entrada, y yo le sonrío de vuelta. «Que empiece el partido.»

Jugamos durante un par de horas. Jamie y yo corremos de un lado a otro, sin aliento, regateando delante y detrás e intentando hacer piña al pasarnos la pelota el uno al otro. Incluso mamá nos trae zumo y acaba uniéndosenos después de algunos ruegos. Va conmigo y con Jamie, pero no deja de darle besos a los del equipo contrario, así que no nos es muy útil.

Aun así vamos ganando, pero creo que solo es porque papá se está

dejando. Lleva a Chase a caballito mientras dribla con el balón por la entrada, luego apunta y encesta. Chase está demasiado cansado para seguir jugando, pero levanta las manos con un aullido de alegría y luego las baja para chocar las cinco con papá. Mamá los besa en las mejillas.

Es un buen día. De los mejores últimamente. Todos nos reímos. Mis hermanos están diciéndose macarradas el uno al otro en plan pelea deportiva. La sonrisa de mamá es amplia y real, llena de amor y orgullo. Papá es de nuevo el hombre al que yo adoraba, el mismo que sé que sigue existiendo en su interior. Todos somos felices.

Esta es la familia que yo intento proteger por todos los medios.

Ahora

Mi atención se divide entre las dos cartas que están en la mesa delante de mí y el móvil que sujeto en la mano.

Hoy ha hecho taaanto calor en la playa... Acabo de volver a casa. Por cierto, estamos pensando en salir esta noche. Quizá Venice o el letrero de Hollywood. ¿Puedes traer a Eden y nos juntamos todos donde decidamos ir? Así es más fácil.

Eso es lo que me ha escrito Tiffani.

Levanto la cabeza y miro a lo lejos, más allá del bullicioso muelle. En junio, el tiempo es bueno. La niebla de la mañana se desvanece pronto y deja tras de sí cielos despejados y azules y un sol asfixiante. Para ser martes, la gente parece bastante alterada.

Yo también llevo en la playa todo el día, pero en la esquina sur, en la parte opuesta del muelle. Pero para Tiffani, he pasado el día entero en casa. Por suerte, no nos hemos encontrado.

«Tííí, suena guay. Mi madre aún está dándome la chapa por lo del sábado, pero intentaré escaparme más tarde», le respondo a Tiffani, y me encojo al mandar el mensaje. Mentirle no es nada nuevo, pero aun así me siento una mierda cada vez que lo hago. Además es arriesgado. Odia que no le coja una simple llamada, así que fliparía si supiera que no soy sincero con ella.

Dejo el teléfono y me centro en el juego, ya que las cartas están repartidas y el dinero sobre la mesa, aunque no tengo la más mínima idea de lo que estoy haciendo. Llevo en la playa un par de horas, sentado a esta mesa vieja y endeble, jugando al blackjack con un par de tíos a los que no conocía. Son

mayores que yo, de veintitantos, y me llevan observando con desconfianza todo el rato. Kaleb también está aquí, aunque no juega porque cada media hora o así desaparece para hacer alguna entrega.

Hasta el esquivo Declan Portwood ha venido. Llevaba unas semanas en baja forma, así que es agradable verlo de nuevo. Casi todo el rato tiene una expresión tensa, y mantiene la mirada siempre seria, pero va bien vestido y afeitado. El reloj de oro de su muñeca brilla cuando le da el sol. Para aquellos que no lo conocen, es simplemente un estudiante universitario rico. El resto sabemos que la pasta la saca de la puta tonelada de hierba que cultiva en su ático.

Supongo que por eso me ha invitado hoy a venir. Para introducirme en el círculo, para hacer exactamente lo mismo que Kaleb y estos otros tíos. Hasta ahora, parece bastante claro. Él me vende su mierda, y yo hago la distribución y me quedo el beneficio. No tengo mucho que perder. Si no, no estaría aquí.

—Tengo una idea —anuncia Declan. Acaba de repartir las cartas y se reclina en su silla, esparciendo arena al hacerlo—, ¿y si montamos una fiestecita? Ya sabéis, entre nosotros. Nada de extraños, solo la gente con la que estamos cómodos.

Warren se levanta y apoya los codos en la mesa a la vez que se inclina con una ceja levantada. Tiene unos hombros enormes y unos tatuajes tribales serpentean por sus gigantescos bíceps.

—¿Cuándo?

—Este fin de semana —propone Declan. Se quita las gafas de sol de la cabeza, se las pone sobre los ojos y luego baja la voz—. Tendré un material muy bueno preparado y quiero moverlo rápido. Es arriesgado, pero podemos sacar mucha pasta. Lo tuyo sigue en pie, ¿no, Liam?

Este asiente, víctima del poder de persuasión de Declan.

Liam es un estereotipo andante. Tiene bolsas bajo los ojos y una barba desaliñada, y el hecho de que tenga dos putos móviles en la mesa delante de él es la pista definitiva. También tiene un tic en el ojo y lo guiña de vez en cuando, y, la verdad, no sabría decir si está colocado o sobrio.

—Cuenta conmigo —dice.

—Lo siento, tíos, tengo que volver a pirarme —dice Kaleb, y se pone en pie por quinta vez por lo menos—. ¿Por qué todo el mundo quiere fiestita

hoy? Es martes, me cago en la hostia —masculla, y sin decir nada más, se vuelve y se va, con las llaves de su furgoneta en la mano.

—¿Oyes eso, Tyler? —dice Declan mientras apunta hacia mí con la mandíbula. No puedo verle los ojos detrás de los cristales oscuros, pero la esquina de su boca deja escapar una sonrisa. Frota el pulgar contra el índice y el corazón—. Dinero sucio sucio.

Warren me lanza una mirada, inclinando la cabeza hacia un lado. Me analiza de arriba abajo sin cortarse, y luego dice:

—¿Qué hace un niño rico y blanco como tú aquí? Es obvio que no necesitas dinero.

Hace un gesto de burla y, tras volver la cabeza, lanza una mirada a mi coche, aparcado a escasos treinta metros de nosotros en uno de los parkings de la zona sur. Luego estrecha los ojos mirando a Declan.

—Portwood, ¿de qué conoces a este niño? Porque a mí me tiene pinta de ser hijo de poli o algo por el estilo. Seguro que nos está grabando.

—Relájate —aconseja Declan con una sacudida de cabeza—. Tyler es legal. Lleva haciendo el perro conmigo desde hace ¿cuánto?, ¿cuatro años? Sí, creo que sí, ¿eh, Tyler? Puedo confiar en ti, ¿no?

Se inclina hacia mí y se sube las gafas de sol para estudiarme con sus ojos oscuros. Sigue sonriendo.

Cojo mis cartas y tiro un billete de cincuenta dólares sobre la mesa. Ni siquiera me importa si pierdo o gano, lo que no quiero es que estos tíos piensen que no estoy a su altura. Soy más joven, claro, pero probablemente también más hábil.

—Si no pudieras fiarte de mí, no me habrías invitado a venir —confirmo.

La sonrisa de Declan se agranda, y vuelve a sentarse mientras se pone de nuevo las gafas sobre los ojos. Me dirige un pequeño gesto de asentimiento y luego vuelve a centrar la atención en sus cartas.

—Eso no explica por qué está aquí —dice Warren.

Ojalá dejaran de cuestionarme de una vez. ¿Por qué está él aquí? Sin duda por el dinero, y no porque su vida sea un puto desastre como la mía.

—Tío, ¿qué importa? —pregunta Liam, poniendo los ojos en blanco. Sigo sin saber si está fumado o no—. Vamos a seguir con la partida.

Pero Warren no deja de esperar una respuesta, y yo, la verdad, no sé qué coño le importa.

—Bueno, uno solo se involucra en esta mierda cuando no le queda otra

opción. Así que, Tyler, señorito coche deportivo deslumbrante, ¿por qué no te queda otra opción? ¿Papi ha dejado de darte dinero para tus caprichos?

Tiro mis cartas y me pongo de pie, golpeando la mesa con las palmas de las manos. Me inclino hacia Warren con la mandíbula apretada y estrecho los ojos para mirarlo con toda la fiereza que puedo para que le quede claro el mensaje.

—Papi está en la cárcel, gilipollas.

Normalmente, no me pongo así con alguien que me dobla el tamaño y me saca diez años, pero hay ciertas cosas con las que no soy muy racional. Por ejemplo, cuando mientan a mi padre. Nadie sabe la razón por la que está en la cárcel, lo cual quiere decir que nadie comprende lo doloroso que es para mí que me lo recuerden. Salto con demasiada facilidad. Es como un clic que, una vez que suena, ya no hay marcha atrás.

Warren se limita a parpadear, sin inmutarse lo más mínimo.

—Ah, eso tiene sentido —dice despacio, mientras me mira y se ríe—. Vas a seguir sus pasos, colega.

Ahí está, el clic. Se me agarrota el pecho y rechino los dientes tan fuerte que me duele la mandíbula mientras me lanzo hacia él y le doy un puñetazo en la boca. Ni tan siquiera registro lo que estoy haciendo. Ya he aprendido que cuando oigo ese clic, soy incontrolable. La adrenalina me inunda y Warren se tambalea en su silla; luego se levanta, tira de los pantalones hacia arriba y levanta los puños.

—Dejadlo ya, joder —se queja Declan.

Deja escapar un suspiro y se levanta para interponerse entre Warren y yo. Liam observa en silencio y yo decido que sí, está fumado.

Tengo la mirada fija en Warren mientras respiro con dificultad; el corazón me late en el pecho. Sus fosas nasales se abren y cierran como las de un animal rabioso. Se limpia un poco de sangre de la boca y sacude la cabeza mientras baja los puños.

Justo en ese momento, oigo una voz que grita:

—¿Qué demonios estás haciendo?

Y, cuando miro, casi se me para el corazón al ver a Dave caminado por la arena hacia nosotros. Dos pensamientos se cruzan en mi cabeza. Uno: ¿qué coño está haciendo Dave en la playa? Y dos: no me creo que haya aparecido mi padrastro cuando estoy con el puto Declan, que reparte bastante más que cartas.

—Declan, te veo luego, ¿vale? —farfullo rápidamente, y antes de que Dave pueda acercarse más, lo alcanzo de una carrera. En este momento, estoy dispuesto a dejar que me grite, con tal de que nos vayamos de aquí.

—¿Qué demonios haces, Tyler? —pregunta Dave, alzando la voz. Levanta las manos frustrado y me mira incrédulo. Nunca dejo de sorprenderlo. Cuando piensa que no puedo hacer nada peor, le demuestro que se equivoca —. Estás castigado, deberías estar en casa. ¡No aquí! ¿Estás apostando dinero?

Intenta acercarse para mirar a Declan y a los otros, pero yo me pongo delante de él y le bloqueo la visión. No le hace falta saber quién es Declan. Para nada.

—Estamos haciendo el bobo. Es solo un juego —explico, mintiendo descaradamente.

—Un juego en el que te lías a puñetazos, ¿eh? —me suelta en toda la cara con expresión furibunda. He llegado a la conclusión de que o bien Dave tiene un enfoque de la paternidad un poco brusco, o simplemente me odia—. ¿Acabas de perder un montón de dinero? ¿Por eso estás cabreado?

—Sí, he perdido —miento mientras me alejo un paso de él.

Mentir es mucho más fácil que admitir que empecé una pelea porque no puedo soportar pensar en mi padre; aunque estoy seguro de que si se lo confesase a Dave, él lo entendería. Al menos eso espero. Él sabe lo mal que me lo hizo pasar papá cuando era pequeño.

Dave se masajea el puente de la nariz y coge una profunda bocanada de aire.

—Súbete en el coche y sígueme a casa. Ahora mismo —ordena.

—Dave, venga ya...

—No —me corta—. He dicho ahora mismo. Vamos a hablar con tu madre.

Me coge del hombro y me lleva con firmeza a través de la playa, hacia el parking donde los dos tenemos los coches aparcados. No opongo resistencia y tampoco miro hacia atrás, porque sé que Warren se estará partiendo el culo al ver cómo me arrastra a casa mi puto padrastro. Ahora sí que me siento como un crío, así que agacho la cabeza.

Una vez que llegamos a los coches, me sacudo la mano de Dave del hombro, abro la puerta del mio y me meto dentro. Pero Dave golpea con la mano el techo antes de que pueda cerrar de nuevo.

—Derechito a casa, Tyler —dice con firmeza, advirtiéndome con la mirada—. Sé que tienes un montón de problemas, pero no puedes seguir haciendo estas cosas.

Pongo los ojos en blanco mientras cierro la puerta. ¿En serio piensa que voy a seguirlo porque me da miedo? No tengo energía y, la verdad, no me importa. Me iba a pirar enseguida de todas formas.

Solo tardamos quince minutos en llegar a casa, pero parece una eternidad, sobre todo porque tengo que ir detrás de Dave y cada vez que nos detenemos en un semáforo, veo cómo me controla por el espejo retrovisor. Claro que finjo no notarlos, y pongo la música altísima con la ventanilla bajada durante todo el camino de vuelta hacia la avenida Deidre.

Dave no me dice nada más, y yo no abro la boca mientras aparcamos y nos dirigimos hacia la puerta de casa. Incluso le dejo entrar primero mientras camino despreocupadamente tras él, y, la verdad, es casi divertido lo mucho que se enfada cuando tiene que tratar conmigo. Lo saco de quicio desde el principio, desde que mamá me lo presentó hace unos años. Él se mudó a Los Ángeles con la esperanza de construir una vida nueva y perfecta, y casi lo consigue. Tenemos una casa grande, en un vecindario agradable. Conduce un buen coche. Tiene un buen puesto de trabajo, según tengo entendido. Tiene a mamá, que es increíble, y a Jamie y a Chase, que supongo que son bastante guais. Pero luego estoy yo, y no soy exactamente perfecto, así que no puedo culparlo por sentirse frustrado conmigo. ¿A quién le importa? Yo paso de él.

—¡Ella! —grita en cuanto entramos en casa. Frunzo el ceño con disgusto cuando me doy cuenta de que mamá está haciendo carne, porque el olor que inunda el vestíbulo me da náuseas—. ¡Te alegrará saber que he encontrado a Tyler!

Sigo a Dave a la cocina, y mamá se vuelve para mirarnos en cuanto entramos. Tiene el pelo recogido y me mira a mí sobre todo, frunciendo el ceño mientras hunde los hombros.

—¿Quieres saber lo que acabo de ver? —pregunta Dave en voz alta. Suena como un gilipollas, como si disfrutara tirándome a los leones con mamá. Está malgastando saliva, no obstante—. Pues iba yo conduciendo por la vía Appian para dejar unos papeles del trabajo de camino a casa, y adivina a quién diviso en la playa.

Como si no fuera bastante obvio de quién está hablando, me señala con los ojos.

Mamá me mira y puedo ver cómo lucha por no suspirar.

—Te dije que no salieras —masculla.

Dave la ignora y sigue con su historia.

—Así que pienso para mis adentros, ey, pero si está castigado, y me dirijo hacia donde está para preguntarle a qué juega, y él está sentado a una mesa con unos tipos que parecen tener unos diez años más que él, y me quedé de pie y *observé* cómo él tiraba billetes de diez, veinte, cincuenta dólares sobre la mesa —relata Dave, y entonces me pregunto cuánto tiempo habrá estado espiándome.

—Tyler —dice mamá, y la miro.

Ahí está otra vez esa expresión decepcionada que odio tanto. Es aún peor cuando no dice nada. Su silencio siempre es mucho más elocuente que sus palabras.

—Eso es una puta mentira —murmuro mientras sacudo la cabeza.

—¡Haz el favor de callarte! ¡Cierra la boca! —ordena Dave, y me sorprende que me hable así delante de mamá. Los dos sabemos que la incomoda que él se dirija a mí en esos términos. Se afloja la corbata, se sube las mangas de la camisa y se lleva las manos a la cadera—. Y yo estoy ahí, viendo cómo apuesta y tira el dinero, y adivina qué sucedió cuando perdió la apuesta. —Duda por un segundo, probablemente buscando un efecto dramático que haga que todo suene peor—. Se lio a puñetazos.

—Ese mierda estaba haciendo trampa —miento. Pero solo en lo de las trampas. Warren es un mierda, y me enfurezco solo con recordar sus palabras. Me inclino sobre la encimera para estabilizarme y añado—: No iba a dejar que se saliera con la suya.

Dave se me encara otra vez, y si mamá no estuviera delante, estaría liándome a puñetazos con él también.

—¿Quieres que te arresten por agresión? ¿Quieres pasar la vida en el reformatorio? ¿Es eso lo que quieres?

—Tyler, tienes que parar ya —dice mamá en tono bajo, y la suave súplica de su voz me hace sentir como el culo. Al final deja escapar ese suspiro que lleva un rato reteniendo, y suena... triste—. No quiero que te metas en problemas.

«Yo tampoco me quiero meter en problemas», me gustaría decirle, pero no encuentro la forma de hacerlo. ¿Cómo le cuento que estoy haciendo todo esto porque no conozco una manera diferente de actuar?, ¿porque los problemas

son lo que ha marcado toda mi vida?, ¿porque estoy haciendo lo que puedo para tirar hacia delante?

—Esto no es Las Vegas —bufa Dave, llamando otra vez mi atención. Está todavía más cerca de mí que antes, y puedo ver la furia en sus ojos, pero nunca lo entenderé. No soy su hijo. No soy nada para él—. ¿A qué demonios estabas jugando?

Le devuelvo la mirada, con expresión estoica.

—Vive un poco.

—Tiro la toalla contigo—dice Dave, y por fin se aparta de mí mientras levanta las manos como si se rindiera.

Le lanza una mirada a mamá mientras ella niega con la cabeza, y luego desaparece en el jardín.

Asombroso. Me pregunto cuánto tardará en intentar reeducarme otra vez. Probablemente no mucho. Pero tengo que reírme de él; después de ese último intento, sería maleducado no burlarme. Veo que mamá abre la boca para decir algo, pero no soy capaz de quedarme a oírlo. Tampoco de seguir oliendo esos malditos filetes que está cocinando. Ya huelen a quemado, y no creo que mamá se haya dado cuenta tan siquiera.

Me vuelvo, incapaz de mirarla, y salgo de la cocina. No tengo ni idea de a qué hora he quedado con Tiffani y el resto de la pandilla esta noche, pero me niego a encerrarme en casa, así que decido salir pronto. Estoy ya mirando hacia la puerta y con la mano en el bolsillo en busca de las llaves del coche cuando me la encuentro otra vez.

Ahí está Eden, parada en la esquina del vestíbulo con la espalda pegada a la pared. Me mira, paralizada, y aunque me pregunto qué demonios está haciendo, he recordado algo.

—Tengo que llevarte, ¿no?

Eden duda un momento y parece incómoda una vez más. ¿De verdad soy tan intimidante?

—Creo que sí —masculla al fin.

Sigue sin parecer muy amable, pero su incertidumbre es bastante mona.

—Me marcho ahora mismo —anuncio—, así que o vienes o te quedas en casa.

No voy a esperar, y mucho menos a que Eden se decida, así que me vuelvo y sigo hacia la puerta de entrada.

—¡Tyler!, ¡haz el favor de no irte otra vez! —oigo la voz de mamá desde

la cocina, pero aunque noto lo triste y fastidiada que está, no soy capaz de quedarme.

Sigo andando. Cabizbajo, atravieso la puerta y luego el césped. Al principio asumo que Eden no viene, pero luego oigo otra vez el sonido de la puerta de casa detrás de mí y una voz ronca que me llama.

—¡Espera!

Y, la verdad, me alegro de oírla.

Hace cinco años

Para cuando llega la tercera hora del miércoles, ya me he quedado sin energía para prestar atención en clase de historia. Ayer por la noche no dormí mucho. Papá se enfadó mogollón otra vez, y aún no sé por qué. Apenas soy capaz de permanecer despierto, y los párpados se me cierran cada cinco minutos hasta que sacudo la cabeza en un intento de volver a estar alerta, pero no sirve de nada.

Para dejar de desconectar y pensar en las musarañas, le doy la vuelta al folio y empiezo a trazar un amplio círculo, paso el boli alrededor una y otra vez, una y otra vez... Se me cierran los ojos de nuevo, y doy un respingo, parpadeando rápido. Me siento recto; a lo mejor, si no me repantigo tanto estaré más despierto. Pero no. Echo un vistazo a mi izquierda, mirando al otro lado de la clase al pupitre de Dean. Me devuelve la mirada con una sonrisa.

—Despierta —articula sin sonido. ¿Es tan obvio?

Apoyo la cabeza en las manos y me froto fuerte los ojos hasta que aparecen estrellas tras mis párpados, y justo cuando estoy recuperando la visión, veo a la señorita Palmer apoyar su móvil en la mesa. Levanta los ojos y me mira mientras se ladea en la silla para dirigirse a mí.

—Tyler —dice amablemente con una pequeña sonrisa—, el señor Hayes quiere verte en su despacho.

¿El señor Hayes me ha llamado a su despacho? ¿Por qué quiere verme el orientador del instituto? Jake dijo que había ido la semana pasada para hablar de sus notas, que eran malísimas, pero mis notas están bien. Yo estoy bien.

Hace un segundo me estaba durmiendo, pero ahora estoy completamente despierto. Trago saliva y dejo el boli en la mesa mientras me levanto. La

mitad de la clase está trabajando en sus ejercicios, la otra mitad me observa atentamente. Mientras paso entre los pupitres, vuelvo la cabeza para mirar a Dean. Él levanta las cejas, expresando curiosidad sobre el motivo por el que me han pedido que vaya al despacho del señor Hayes, y, la verdad, no tengo ni idea, así que le respondo con un pequeño encogimiento de hombros y me doy la vuelta. Mantengo la cabeza agachada mientras salgo de clase.

Solo he estado en el despacho del señor Hayes una vez, el año pasado, cuando nos llamó uno por uno para preguntarnos por nuestros planes para el futuro. Como si fuéramos a saber la respuesta a eso en el instituto. Le dije que no estaba seguro, pero que probablemente acabaría trabajando para mi padre. Eso es lo que espero hacer, al menos.

Cuando llego al despacho, tomo una buena bocanada de aire y me subo la cremallera de la sudadera para tapar la tirita del cuello. Luego, llamo a la puerta y espero.

Pocos segundos después, la puerta se abre y el señor Hayes me sonrío.

—Ah, Tyler. Gracias por venir —dice. Se hace a un lado y me indica con la mano que entre; yo obedezco. Luego, cierra la puerta otra vez—. Siéntate, por favor.

Me meto las manos en los bolsillos de la sudadera y me acomodo en el borde de la silla, delante de su gran escritorio antiguo. Estoy bastante nervioso. Tamborileo con el pie contra el suelo mientras el señor Hayes se hunde en su silla al otro lado de la mesa. El señor Hayes es joven. Más que papá. Tiene una barba espesa, la nariz torcida y unos ojos oscuros que ahora mismo me están estudiando detenidamente.

—Estabas en historia, ¿no? —me pregunta amablemente como forma de iniciar la conversación, mientras entrelaza las manos sobre la mesa que nos separa. Su sonrisa no se altera.

—Sí —asiento.

«¿Por qué estoy aquí?» Las manos se me hacen puños dentro de los bolsillos y me siento aún más ansioso que hace un minuto.

—Tranquilo, Tyler —dice el señor Hayes con una pequeña risa, tras haber leído mi expresión. Probablemente note lo nervioso que estoy—. No has hecho nada malo. Solo te he pedido que vinieses para hablar. Quiero comprobar cómo va todo.

—¿Comprobar cómo va todo? —repito confundido. ¿Por qué necesita comprobar cómo me va? No es obligatorio ni usual. ¿Me habré metido en

algún lío?

La sonrisa del señor Hayes se transforma en lo que me parece que es una mueca y se inclina en la silla, con la mirada siempre pendiente de la mía.

—Algunos de tus profesores me han dicho que te has portado un poco mal últimamente —me dice al fin—, y te has saltado las clases de educación física. —Enarca una ceja.

«Oh, oh.» Me empiezan a sudar las manos, así que las saco de los bolsillos y me quedo con los pulgares dentro.

—No me he... no me he portado mal —miento, y noto que las palabras se me quedan pegadas a la garganta.

—Mmm. —Gira el cuello para mirar a la pantalla de su ordenador durante unos segundos—. «No escucha. Contesta mal a los profesores. No acaba el trabajo durante la hora de clase.» —Me mira e inclina la cabeza a un lado—. ¿Existe algún motivo para este cambio de actitud? Tus notas siguen siendo muy buenas, así que, ¿qué es lo que pasa, Tyler?

—No lo sé —digo francamente.

Poso mi mirada en un punto aleatorio del escritorio, me niego a mirarlo a la cara. Sé exactamente lo que está pasando. El corte del cuello me escuece otra vez.

—¿Quiénes son tus amigos? —pregunta él.

—Dean Carter y Jake Maxwell —mascullo.

¿Qué importancia tiene quiénes son mis amigos? Sigo sin poder mirarlo, aunque eso no quiere decir que no pueda sentir sus ojos fijos en mí.

—Vale, veo que no te juntas con gente peligrosa —musita el señor Hayes para sí. Se queda callado un segundo, como si estuviera considerando otras posibilidades, y después pregunta—: ¿Hay gente en el instituto que no te caiga bien? ¿Quieres nombrar a alguien?

Levanto la vista para mirarlo mientras rechino los dientes. ¿Por qué me está haciendo todas estas preguntas? ¿A él qué le importa?

—No estoy sufriendo acoso, señor Hayes —digo despacio y con claridad. Estoy bien. Sí, estoy bien—. ¿Puedo volver ya a clase? Como usted dijo, saco buenas notas. No debería perder una clase. —Empiezo a levantarme, preparado para irme del despacho.

—Tyler —dice él con firmeza. Se cruza de brazos y me mira estrechando los ojos, pero no con enfado, con preocupación—, ahora mismo estás siendo bastante desagradable conmigo, y sin embargo dices que no te portas mal.

Se levanta y se apoya contra la ventana, con las manos en los bolsillos de los pantalones y los ojos aún analizándose. Me da miedo que, si me quedo más tiempo, acabe por darse cuenta de lo que sucede.

—¿Va todo bien en casa? —pregunta.

El corazón me da un pequeño salto en el pecho.

—¿Qué se supone que significa eso? —murmuro, mirándolo a través del escritorio.

Ahora mismo estoy enfadado. ¿Sabe algo? No, es imposible. Nadie lo sabe.

—Bueno —dice—, ¿igual tus padres se han peleado? ¿Hay algo que pueda estar afectándote?

—No, se quieren mucho —le espeto.

Tengo la mandíbula tan apretada que me da miedo que se quiebre. Y los dos me quieren, además. Papá pierde el control con demasiada facilidad, pero porque está estresado. Quiere lo mejor para mí. Quiere que yo tenga éxito. No intenta hacerme daño; es que no es capaz de evitarlo. Yo no quiero que siga así, claro está, pero no me gustaría que nos quitasen a mi padre. A mis hermanos. A mi madre.

—Me vuelvo a clase, señor Hayes. —Esta vez, logro volverme para salir. Me dirijo a la puerta a toda velocidad y empuño el pomo.

—Tyler —dice él una última vez. Me quedo dudando, pero no me doy la vuelta. En cambio, miro al pomo, respirando con dificultad, escuchando—, si llegas a darte cuenta de por qué estás actuando así, por favor, ven a hablar conmigo. Estoy aquí para ayudarte, recuérdalo —dice amablemente, con voz suave—, ¿vale?

Cierro los ojos con fuerza mientras abro la puerta. Me niego a responderle. Salgo al pasillo. Cierro de un portazo, porque el señor Hayes es un mentiroso. No puede ayudarme. Ni él ni nadie.

Ahora

Abro la puerta del coche y luego me vuelvo. Eden viene cruzando el césped a toda velocidad hacia mí, como si la aterrorizara que me marchase sin ella. La observo mientras se acerca. Tiene el pelo ondulado, los labios brillantes y unas marcas negras raras cerca de los ojos. Los dos últimos días nos hemos cruzado por la casa y ha sido raro, pero ninguno de los dos se ha atrevido a hablar con el otro. El domingo, me llamó patético. Tiene razón, aunque me gustaría que no la tuviera. Esa es la razón por la que, aunque estoy enfadado, tengo que poner cara de póker. He de cambiar el chip y ser el gilipollas arrogante al que todo el mundo conoce.

—¿Qué? —pregunta Eden.

Me doy cuenta de que la estoy mirando con demasiado descaro.

—¿Y bien? —pregunto por mi parte. Hago un gesto con la cabeza señalando el coche, porque es la primera cosa que se me ocurre. Nunca la había llevado, pero estoy seguro de que ella ya se habrá fijado en él. Normalmente llama la atención de todo el mundo, aunque la expresión de Eden es indiferente—. ¿Tienes idea de qué tipo de coche es este?

Da unos pasos alrededor, mirando la carrocería, y finalmente dice:

—¿Un Audi?

Claro, ha visto el logo.

Parece completamente desinteresada y casi extrañada de que se lo haya preguntado.

—Un Audi R8 —corrijo, esperando algún tipo de reacción.

—Vale. ¿Quieres que te aplauda o algo?

Eden me mira con indiferencia y los brazos cruzados. Supongo que es lógico. Es de Portland, donde seguramente todos son hippies que van en bici,

así que no me sorprende que no reconozca un coche chulo.

—Las chicas no tenéis ni idea —digo riéndome—. Seguro que te desmayarías si supieras cuánto cuesta esta cosa.

De hecho, mamá casi se desmaya cuando, hace un año, le dije que quería este coche. Al principio me dijo que de ninguna manera iba a dejar que tirase la mitad de mis ahorros en un maldito deportivo, pero tras unos días acabó cediendo. Pensó que un coche bonito me haría feliz, y por un tiempo así fue. Nuestros ahorros provienen, en la mayor parte, del dinero de la asquerosa empresa de papá, así que me sentí bien gastando esa pasta que a él le había costado ganar en algo tan banal. Ahora, la verdad, el coche me importa poco, y lo que la mayoría de la gente no sabe es que tiene ya unos cuatro años, la palanca de cambios está hecha polvo y tengo que cambiar continuamente las pastillas de freno. Pero al menos hace que parezca que tengo la vida solucionada.

—Supéralo —me dice Eden, y luego se sube al asiento del pasajero.

Parpadeo un par de veces. En serio, ¿quién cojones es esta tía? Necesito afinar mis tácticas, porque de momento no la estoy impresionando mucho que digamos.

Dejo escapar un suspiro y me meto yo también en el coche; mientras enciendo el motor, le paso mi móvil.

—Llama a Tiffani —le ordeno.

—¿Quieres decir a tu novia a la que te gusta estar pegado como una lapa o ignorar por completo?

Joder, así que se ha fijado en mí. La verdad es que no me lo esperaba. Para no caerle bien, parece muy interesada en ver a qué me dedico, lo cual me resulta sorprendente, pero también me acojona un poco. No me gusta que la gente se fije en mi vida. Si miran demasiado, pueden llegar a ver las grietas.

—Eres imbécil —dice por lo bajo mientras se vuelve hacia el otro lado.

No me di cuenta de que había sonreído en respuesta a su pregunta. Se nota que sobreactúa un poco al mirar por la ventanilla, como si quisiera dejar claro que no pretende hablar más conmigo. Todavía tiene mi móvil en la mano.

—Llámala —digo otra vez mientras acelero de forma algo brusca y salimos volando calle abajo—. No tengo ni idea de adónde vamos.

Eden resopla fuerte, como si le estuviera pidiendo que me donara un riñón. Pero se incorpora un poco y mira a la pantalla.

—¿Contraseña?

—4355 —le digo sin pensar.

Aparte de algunas fotos un poco subditas de tono con Tiffani y las evidencias incriminatorias en mis mensajes con Declan Portwood, no tengo nada que esconder. Aun así, miro la pantalla con el rabillo del ojo mientras Eden la desbloquea, para asegurarme de que no cotillee.

—¿Es ese tu número favorito o significa alguna palabra o...?

—Significa infierno —la corto bruscamente. Infierno, porque mi vida es un infierno, porque me siento como si estuviera en el infierno, porque allí voy a ir. De hecho, creé esa contraseña en una de mis noches de bajón. Espero que no me pregunte por qué, porque no tengo fuerzas para dar explicaciones —. Llámala.

Eden frunce el ceño y busca entre mi lista de contactos, pasa a Declan y a Kaleb, a mamá y a Dave, pasa los cientos de nombres que hay en medio, y al final llega a Tiffani. La llama y se pega el móvil al oído.

—Soy yo, Eden. Tyler está conduciendo —explica una vez que Tiffani descuelga—. ¿Adónde vamos esta noche? ¿Lo habéis decidido ya?

La miro otra vez mientras escucha y se muerde el labio inferior. Asiente mientras Tiffani habla, y no sé si se da cuenta de lo concentrada que parece.

—Sí —dice, y luego escucha otro rato.

Voy tan distraído observándola que casi me como el bordillo; Eden me echa una mirada fulminante cuando doy un volantazo para enderezar la dirección. Se aparta el móvil de la oreja, pone el altavoz y luego lo mantiene cerca de mi hombro.

—¿Sí? —pregunto.

Tiffani ha pedido hablar conmigo, cómo no. Le echo una mirada a la pantalla, y luego tengo que pegar un frenazo en una señal de stop. Normalmente no soy tan despistado, pero es que no acostumbro a llevar a extraños, así que podría decirse que es culpa de Eden.

—¡No he hablado contigo en todo el día! —me reprocha Tiffani a través del móvil, y su voz resulta excesivamente aguda y empalagosa, muy de postureo.

Es porque sabe que Eden nos está oyendo, y no puedo más que poner los ojos en blanco por lo patéticos que resultamos. ¿Por qué estamos tan empeñados en convencer a todo el mundo de que somos la pareja perfecta y feliz cuando somos todo lo contrario? Tenemos una relación tóxica, estamos

atrapados, nos odiamos pero a la vez somos incapaces de dejarlo porque nos hemos vuelto completamente dependientes.

—¿Tu madre te dejó salir de casa? —pregunta.

Parado en la señal de stop, tiro del freno de mano y miro a Eden. Estoy seguro de que ella oyó la conversación que tuve con mamá y Dave en la cocina, lo que significa que sabe bien dónde estuve por la tarde. Y no me puedo arriesgar a que Eden me delate ante Tiffani. Le clavo la mirada y sacudo la cabeza lentamente, avisándola de que no se le ocurra decir nada.

—No, estuve encerrado todo el día —le digo. De nuevo. Es como la quinta vez que se lo repito en lo que va de día. Esta tía no presta ninguna atención cuando le hablo. Aunque casi mejor: total, casi todo lo que le digo es mentira.

—Qué putada —dice. Y su voz se vuelve otra vez desagradablemente aguda cuando añade—: ¡Me muero por verte! No tardaremos mucho. Esperadnos al lado del Sunset Ranch.

De acuerdo, así que nos dirigimos al letrero de Hollywood. Me parece bien. Me gusta subir allí. Me abstrae de todo lo demás durante un rato.

—Vale.

—Te quiero —dice Tiffani para terminar, pero me vuelve a dar la misma impresión de que todo es jodidamente falso. No me quiere. Pero le gusta que todo el mundo piense que sí.

Por eso lo único que digo es «Sí», y cuelgo. Me niego a contestarle que yo también.

Tras dejar el móvil en la consola central, me paso una mano por el pelo y me reclino en el asiento para ponerme cómodo. Aún hay una tirada hasta el letrero de Hollywood.

—Alucino contigo —dice Eden sin dar crédito—. ¿Encerrado todo el día?

Ni la miro. Intento seguir centrado en la carretera mientras atravieso el cruce.

—Esa va a ser mi historia.

—¿De verdad le vas a mentir de esa manera? —pregunta, y yo pienso: «Ya estamos». ¿Por qué me interroga como si fuera mi madre? La miro para comprobar si está enfadada conmigo, y sí que parece disgustada—. Estuviste en la playa, apostando y peleando, y ¿vas a hacerle creer que estuviste en casa todo el día? Siento lástima por ella.

Me río alto y fuerte. ¿Que siente lástima por Tiffani? Increíble. Es curioso cómo la gente juzga las cosas desde fuera. De puertas para dentro, todo es

muy diferente.

—Sí, no cabe duda de que eres la hija de Dave —le digo. Debe de ser cosa de la familia Munro odiarme sin conocerme, cuestionar cada cosa que hago, sentir rechazo por mí—. Nena, tienes que aprender a meterte en tus propios asuntos.

—Deja de llamarme «nena» —exige Eden, y lo dice en serio. Definitivamente no la intimidó—. Solo me llevas un año y tienes menos neuronas que yo.

—Vale, nena —repito, y le sonrío para que entienda que no lo hago con maldad. Solo estoy tomándole el pelo—. Tu padre es un mamón.

—Por lo menos en eso podemos estar de acuerdo.

Nos quedamos en silencio, y el único sonido es el del motor y el del suspiro de Eden, que mira melancólicamente por la ventanilla.

—Ni siquiera sé cuál es su problema. Supongo que debe de ser superirritante vivir contigo, pero es como si buscara razones para gritarte.

Tamborileo los dedos contra el volante.

—Ni que lo digas.

—Mi madre está mucho mejor sin él —comenta, pero luego, cuando me mira, abre los ojos como si se hubiese dado cuenta de que acaba de meter la pata—. No quiero decir que sea mala suerte para tu madre ni nada parecido —balbucea deprisa—. ¿Y tú? ¿Dónde está tu padre?

Piso el freno con tanta fuerza que el coche se detiene por completo con una sacudida y solo los cinturones de seguridad evitan que salgamos volando hacia delante. La miro echando chispas y completamente incrédulo.

—¿Qué coño dices?

Eden me mira con los ojos muy abiertos y la cara pálida. Por primera vez, veo que me tiene miedo. No pretendía gritarle, pero, joder, tío. ¿Por qué coño me pregunta eso?

—Perdón..., yo... —balbucea, pero su voz no es más que un pequeño gemido.

Aprieto los dientes con fuerza para no perder los nervios con ella. Hoy se me ha ido la pinza una vez y no quiero que vuelva a pasar, pero, hostia, es muy difícil. Noto cómo la rabia me inunda a medida que la imagen de papá se abre paso en mi cabeza, y la única forma de soltar esta ira es pisar el acelerador y aplastarla. El motor ruge y las ruedas chirrían: qué placer.

—No hables —mascullo entre dientes pero intentando hablar todo lo

tranquilo que puedo.

—No quería ofenderte...

—Cállate, maldita sea —exijo arisco.

¿Lo sabe? Joder, ¿lo sabe? ¿Dave se lo habrá contado? No, no lo creo. Dave es un idiota y no hay Dios que lo aguante, pero confío en que nunca revelaría un secreto que solo me corresponde a mí contar. Mamá se lo ha dejado muy claro, así que no, Eden no tiene manera de saberlo. Solo estaba haciendo una pregunta, una pregunta bastante normal para cualquiera, pero demasiado dolorosa para mí.

«No lo sabe —me digo una y otra vez—. No lo ha preguntado con mala leche. Solo estaba hablando contigo.»

Durante el resto del trayecto no soy capaz de hablar; me limito a fijar la vista en la carretera mientras no dejo de repetirme que tengo que calmarme. Fue solo una pregunta inocente. Ojalá no saltara ante la simple mención de papá, pero siempre lo hago, y lo odio. Ahora Eden puede agregar «problemas para controlar la rabia» a la lista interminable de mis defectos.

Gracias a Dios, no intenta hablarme de nuevo y, la verdad, agradezco el silencio mientras trato de despejarme. Ella se dedica a mirar por la ventanilla el resto del trayecto, y lo único que puedo pensar es que va considerando lo gilipollas que soy, porque no creo que haya nada emocionante que atraiga tanto su atención en la autopista. Estamos en Los Ángeles en hora punta: atascados en la 10 avanzando a paso de tortuga y con el coche de atrás pegado a nuestro culo. Es más insoportable de lo normal, pero es porque estoy aquí atrapado con Eden y la tensión se corta con un cuchillo. Pongo música en un desesperado intento de relajar el ambiente, pero qué va, es imposible. Solo abro la boca una hora después, para decirle que casi hemos llegado.

Conduzco por las calles serpenteantes de North Beachwood Drive hacia el Sunset Ranch. El letrero de Hollywood se alza delante de nosotros, y siento que los últimos retazos de mi rabia se disipan cuando Eden se inclina hacia delante para mirarlo a la vez que reprime una sonrisa. Me siento fatal por haberle gritado.

Diez minutos después, por fin llegamos al Sunset Ranch y, cuando entro en el diminuto parking que hay al lado de la carretera, me alivia ver que todos los demás ya han llegado. Veo a Dean y a Jake, que sacan botellas de agua de sus maleteros, y también están las chicas; Tiffani, Rachael y Meghan

revolotean por allí mientras se pintan los labios. Somos un buen grupo, supongo. Hace tiempo que somos amigos, e incluso aunque Rachael y Jake me odian, todos nos llevamos bien.

Aparco, apago el motor y miro a Eden. Me planteo disculparme por haber saltado, pero ella ya está de espaldas a mí y sale del coche. Se me escapa un suspiro y también me bajo, justo cuando llega Meghan y pregunta:

—Habéis cogido la autopista, ¿no?

Tiffani viene tras ella, y su sonrisa se ensancha cuando nos vemos. Inmediatamente se lanza a abrazarme con fuerza, con esos brazos delgaduchos que tiene. Con ella casi colgando de mí, me dirijo a Meghan.

—Sí, ¿vosotros habéis venido por Beverly Hills?

El cuerpo de Tiffani se aprieta contra el mío, me pone las manos en la cara y me coge la mandíbula para guiar mis labios hacia los suyos. Sé bien que es todo un numerito, pero de todas formas la beso durante un segundo. Me libero de su abrazo con un paso hacia atrás y dejo que corra el aire entre nosotros. Luego noto la mirada de Eden. Probablemente le esté dando vueltas a la conversación telefónica que mantuvimos en el coche, en la que le mentí y no le dije que yo también la quería. Y ahora aquí estoy, besándola como un hipócrita de mierda. Agacho la cabeza y doy una patada al suelo.

—La manera más fácil de ir rápido y que no te pillen —dice Jake, pero ni siquiera recuerdo qué le he preguntado—. No queríamos haceros esperar una hora.

—Es increíble —dice Eden en un susurro, con esa vocecita ronca. La miro, y los otros también. Tiene la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos entornados miran el letrero a través de los rayos de sol de la tarde—. Gracias por enseñármelo.

Madre mía. Nos echamos todos a reír, sin poder evitarlo. ¿Piensa que es esto? ¿Cree que hemos venido hasta aquí para mirar el letrero desde abajo? Y la pobre está encantada. Joder, qué inocencia más mona.

—Todavía no te lo hemos enseñado —le dice Rachael, y veo que Eden se sonroja—. Te vamos a llevar hasta arriba.

—¿Arriba? —pregunta Eden.

Levanta las cejas mientras mira el letrero de nuevo. Sí, hay un buen trecho hasta la cima del monte Lee, pero el camino no está mal.

—Sí, arriba —confirma Dean—. Más vale que nos pongamos en marcha si quieres verlo antes de que anochezca. Se tarda casi una hora en llegar. Y

hace calor. Así que ten.

Le pasa una botella de agua y luego otra a Jake y Meghan.

—¿Quién recuerda el camino? —pregunta Rachael.

Viene hacia Tiffani y hacia mí y me da una botella de agua.

—No es tan difícil, Rach. Un giro brusco a la izquierda y luego a la derecha —le recuerdo.

Pongo la mano en la cintura de Tiffani y la guío hacia el sendero Hollyridge, que empieza aquí mismo. Ya ha pasado un año desde la última vez que vinimos todos juntos, pero la ruta es fácil y directa, así que es imposible olvidarla.

Tiffani y yo vamos los primeros, como de costumbre. Desde que recuerdo, siempre hemos sido los líderes del grupo. Quizá porque a los dos nos gusta intimidar a los demás. Quizá porque somos buenos actores. Quizá porque somos los que más nos preocupamos por lo que piensen de nosotros.

—Bueeeeno —dice Tiffani, mientras me acaricia el brazo con los dedos y se coge de mi mano—, supongo que estás feliz de salir de casa, ¿no?

—Claro —murmuro. Si supiera lo que he hecho hoy... Creo que me mataría si se enterara, sobre todo porque le prometí que no iba a tratar con Declan Portwood—. ¿Qué tal la playa? ¿Te has puesto muy morena?

—No sé —dice, y con su despreocupación habitual, añade—: Ya me dirás tú cuando me desnude más tarde.

Joder, vale. No ha tardado nada en empezar con su juegucito, lo cual solo consigue recordarme, una vez más, lo absolutamente inadecuados que somos el uno para el otro. No tenemos otro tema de conversación que no sea sexo, fiestas y cotilleos. Después de todos estos años, es de lo más repetitivo y aburrido. Vuelvo la cabeza hacia ella y me lanza una mirada de fingida inocencia, pero se le escapa una sonrisita. Ya no sé ni qué decir, más allá de:

—Vale. Eso suena bien.

No parece que le haya gustado mucho mi inexpresiva respuesta.

Mientras seguimos caminando, subiendo cada vez más, echo un vistazo hacia atrás. Todos los demás nos siguen a poca distancia. Veo que Eden va al final de todo, charlando con Rachael, escuchándola con atención. Dean va riéndose con Jake y Meghan vete a saber de qué, y la verdad es que yo preferiría unirme a ellos en vez de estar aquí con Tiffani como única compañía.

Durante todo el recorrido hablamos de las chorradas más estúpidas, y si no

fuera porque voy subiendo una montaña, ya me habría quedado dormido. Al principio la conversación no era tan aburrida, en las primeras citas, pero a lo largo del tiempo nos hemos acostumbrado el uno al otro... Y cuando te haces a estar con alguien que ni tan siquiera te gusta, pierdes el deseo de conocer a otra persona. Le pongo la mano en el hombro de vez en cuando para tenerla contenta, y ella me toca el brazo todo el rato. Es completamente insustancial, pero lo cierto es que nunca esperé que fuera de otra forma. Sabía desde el principio que nunca íbamos a desarrollar sentimientos verdaderos el uno por el otro, pero a veces desearía haberlos tenido.

Compruebo otra vez cómo van los otros, y, no sé por qué, pero se me cierran los puños de forma instintiva cuando veo que Eden ya no está con Rachael. No. Está con el puto Jake. Se han quedado bastante atrás, y verlos juntos a solas me hace sentir incómodo. Le echo una mirada de advertencia a Jake; ¿a qué cojones está jugando? Eden ve que los estoy observando y, segura de sí, me mira con el ceño fruncido. ¿Todavía estará enfadada conmigo por habérsela montado en el coche? ¿Se piensa que la estoy mirando a ella?

—¡Nunca he estado tan contenta de ver esta maldita valla! ¡Por fin! —dice Tiffani. Me coge de la mano y me arrastra con ella a toda prisa por la curva que lleva al letrero. Se vuelve para gritar—. ¡Eden, ven a ver esto!

Giramos la última curva y ahí está: el letrero de Hollywood se alza ante nosotros, las enormes letras que dominan la ciudad de Los Ángeles. Cuando el cielo está despejado, como hoy, puedes ver los rascacielos del centro a lo lejos. Hemos tardado menos de una hora, y como el sol está empezando a ponerse, nos baña una cálida luz anaranjada. Pero ya lo he visto un montón de veces, así que no me parece tan guay como al principio.

Los demás nos alcanzan, apresurándose en la curva, pero yo solo tengo ojos para Eden. Su expresión se ilumina, los ojos se le agrandan y se agarra a la valla mientras mira a través de ella. Se queda en silencio un buen rato, contemplando la panorámica. Seguro que no tienen cosas como estas en Portland. No me cabe duda.

—¿Ha valido la pena la caminata? —le pregunta Dean, y ella solo asiente, todavía absorta en la vista.

—Es tan hermoso... —murmura.

Meghan dice algo, pero no la oigo. He dejado de escuchar porque ahora yo también estoy contemplando el letrero. Hemos saltado la valla un par de

veces para tocar las letras y, aunque es ilegal, nunca nos han pillado. Normalmente nos piramos de allí cagando leches, y si Eden se ha pegado la paliza, merece vivir la experiencia completa. Además, quiero ponerla a prueba para ver si es de las que aguanta el subidón de adrenalina o no. A simple vista no lo parece, pero no voy a dar nada por sentado porque, de momento, no ha hecho más que sorprenderme.

Me acerco y me agarro a la parte de arriba de la valla, mientras me vuelvo para mirarlos a todos.

—¿A qué esperáis? —les pregunto con una sonrisa, y, como soy el líder del grupo y tal, me subo y paso por encima. Aterrizo suavemente del otro lado, como un acróbata. Me impresiono—. Venga.

A través de las argollas, fijo los ojos en Eden. Noto el miedo en su mirada mientras echa un vistazo alrededor, primero a la torre con las cámaras de seguridad, luego a los carteles que prohíben el paso y, por último, a mí. Le sonrío, desafiándola a hacerlo. La reto.

—Tenemos unos diez minutos antes de que envíen los helicópteros — explica Tiffani, y es la primera del grupo que se pone a escalar—. Eden, toca el letrero y luego nos largamos.

Ella frunce el ceño y luego niega con la cabeza.

—En serio, está bien. No necesito tocar el...

—¡Toca el puto letrero! —la corto frustrado.

Quería que Eden me sorprendiera. Está haciendo exactamente lo que esperaba, y eso no es nada divertido. Me mola más cuando contradice mis hipótesis sobre ella.

—No nos pillarán —asegura Rachael, mientras trepa con Dean y Meghan. Luego añade—: Lo hacemos a todas horas.

Menuda bola. Habremos saltado esta valla, como mucho, dos veces.

—No te preocupes —la tranquiliza Jake, y se me encoge el pecho cuando toma la mano de Eden y se la coloca en la valla, animándola. ¿Qué pretende? Porque esa forma de actuar no es propia de él—. Si nos pillan, caeremos todos juntos. Pero tenemos que hacerlo rápido.

Eden al final acepta: se agarra a la valla, se impulsa hacia arriba y pasa. Le hago un gesto de aprobación, pero ni lo nota, así que me vuelvo y empiezo a moverme con cuidado hacia las gigantescas letras mientras todos los demás me siguen. Es escarpado, así que tenemos que ir con mucha cautela, fijándonos en dónde ponemos los pies.

—Me encanta este sitio —dice Dean en cuanto llegamos a las letras. Toca la O y luego suspira—. Me pregunto cuántas personas en el mundo matarían por tener la oportunidad de hacer esto. Tenemos suerte.

Se me endurece la expresión mientras lo fulmino con la mirada. Típico de Dean. Con él, todo es siempre muy intenso.

—Tío, deja de ponerte tan sensiblero, solo son letras en una montaña —le digo. No es para tanto, no sé por qué se ha vuelto tan famoso—. Esta ciudad es una estupidez, igual que este letrado.

—Eres tan negativo... —dice Tiffani, sacudiendo la cabeza. Camina hasta ponerse delante de mí y engancha los dedos en la hebilla de mi cinturón. Probablemente para que no me escape. Me mira a través de las espesas pestañas falsas—. ¿Por qué estás de tan mal humor?

Me niego a mirarla, prefiero contemplar el horizonte.

—No estoy de mal humor.

—Claro que sí —me contradice—. Igual que siempre. Es una chapa, de verdad. ¿Puedes sonreír? Para no parecer un gilipollas todo el rato y tal. Se supone que somos felices.

Bajo la mirada para encontrarme con la suya y aprieto la mandíbula, listo para mandarla a la mierda y pedirle que me deje en paz, que pare de decirme lo que tengo que hacer. Pero justo en ese momento escucho que alguien habla a mi izquierda:

— Y ¿qué me dices de esa cita, entonces?

Mis ojos buscan la fuente de la voz y la veo: Jake y Eden muy juntitos, mano con mano sobre la H del letrado. ¿He oído bien? ¿En serio le acaba de pedir una cita? ¡Joder, pero si acaba de conocerla!

—¿Qué demonios haces, tío? —le grito, y dejo a Tiffani a un lado para irme directamente a por él.

Está tramando algo, es que lo sé. Eden ni siquiera es su tipo.

—¿Qué? —dice Jake, volviéndose hacia mí.

Claramente, mi interrupción lo ha cabreado, porque me mira como si estuviera harto: tiene los labios apretados y pone los ojos en blanco.

—¿Qué le acabas de decir? —pregunto levantando la voz.

Me acerco a él, estamos cara a cara y casi pegados, y como soy ligeramente más alto, lo miro desde arriba. ¿Quién cojones se cree que es para pedirle una cita a mi hermanastra?

—Tío, sal de mi vista —masculla Jake mientras da un paso atrás.

Se vuelve y se sujeta las manos como si no quisiera pelearse, y así hace que parezca yo el tío chungo que va provocando.

Y entonces caigo en la cuenta: ¿intenta cabrearme?, ¿provocarme? ¿Todavía me quiere hacer pagar el haberse quedado sin Tiffani?

—No —protesto. Sigo a Jake y vuelvo a plantarme ante él, no pienso desistir. No voy a consentir que use a Eden contra mí. Es superrastrero. Le doy en el pecho con el dedo a modo de advertencia—. No pasará nada entre vosotros. Te daré una paliza si se te llega a ocurrir —lo amenazo, y espero que se dé cuenta de que voy en serio. Lo mataré.

—Tyler, cariño, cálmate —intercede Tiffani con esa voz falsa y suave. Se mete entre Jake y yo, y pone las manos sobre mi pecho en un intento de apartarme, de sacarme de este lío. Sigo mirando a Jake a los ojos—. No seas estúpido. Deja de buscar pelea.

Dean también intenta ayudar, y puesto que Tiffani me sujeta a mí, él se pone delante de Jake para bloquearlo.

—Venga, tíos. Dejadlo.

Estoy a punto de buscar a Eden con la mirada para ver su expresión, para descubrir si agradece que haya intervenido o está cabreada conmigo de nuevo, cuando oigo el sonido amortiguado de un helicóptero. Nos quedamos en silencio, y sé que todo el mundo lo ha oído. En cuestión de segundos, el ruido de las hélices cortando el aire se vuelve más nítido. Inclino la cabeza y miro arriba justo cuando el helicóptero del Departamento de Policía de Los Ángeles aparece por el otro lado del monte Lee.

Hace cinco años

Oigo las voces que vienen de la cocina incluso antes de llegar al piso de abajo. Es tarde y ya debería haberme ido a la cama, pero no puedo dormir. Acabo de terminar en el baño, me he limpiado el corte del hombro y me he tomado un par de analgésicos más. Pero lo que necesito es algo de hielo.

Todas las luces de casa están apagadas excepto la que se ve a través de la rendija de la puerta de la cocina. Avanzo silenciosamente por la escalera. Ya he pasado por la habitación de Jamie y Chase, y los dos están dormidos y roncando, así que avanzo sigilosamente, no solo para que papá y mamá no me descubran, sino también para no despertar a mis hermanos.

Atravieso el vestíbulo en dirección a la puerta de la cocina y, cuando llego, me apoyo en la pared y fisgoneo a través de la rendija. Contengo el aliento, porque me da miedo que me oigan si respiro.

—¿No podéis sustituirlo por alguien de dentro? —le pregunta mamá, frunciendo el ceño, mientras papá camina de un lado a otro. Ella parece cansada, va en chándal, con el pelo recogido y casi sin maquillaje—. ¿Ascender a uno de los tuyos?

—¿Sustituir a Evan Kroger? —dice papá parándose de repente. Mira a mamá desde el otro extremo de la cocina, con expresión furiosa. Todavía lleva la camisa y la corbata, aunque desanudada. Se desabrocha los primeros botones de la camisa—. Ninguno de los chicos es competente, Ella. ¿Cómo cojones puede largarse Evan así sin más? ¡Sin un puto preaviso! —Sacude la cabeza enfadado—. Ahora la oficina de Seattle se ha quedado sin encargado de proyectos dos días antes de que nos lancemos con el proyecto más grande del año. Estamos jodidos.

Me subo la manga de la camiseta y me miro el brazo. Justo debajo del

hombro están apareciendo una colección de moratones nuevos. No estaba seguro de qué había hecho mal ayer por la noche, pero ahora sé por qué papá estaba tan enfadado. Le va muy mal en el trabajo.

—No digas palabrotas —le pide mamá. Me bajo la manga y observo otra vez a través de la rendija de la puerta. Está mirando a papá con amabilidad. Ella siempre está ahí para él—. Acabarás descubriendo cómo arreglarlo, Peter. Igual que siempre.

—Lo siento —murmura papá con un suspiro—. Pero, ¡joder!

Se le tensa el músculo de la mandíbula mientras se vuelve y descarga un golpe sobre la encimera. Hacía tiempo que no lo veía tan furioso. Se apoya en la mesa, cabizbajo, frotándose las sienes y exhalando con fuerza.

Mamá va hacia él, se le abraza y le apoya la cara en el pecho, como para ofrecerle cariño y seguridad.

—Estás estresado. Relájate —le susurra, mientras sube la barbilla y le besa la cara. Luego le da un beso en la boca.

Sí, imagino que estaba estresado hace dos horas cuando llegó tarde a casa del trabajo e irrumpió en mi habitación. No le gustó que estuviera viendo la tele aunque ya hubiera hecho todos los deberes.

—Debería coger un avión y presentarme allí mañana para evaluar lo desastrosa que es la situación que me ha dejado Evan —dice papá con un quejido. Descansa los brazos en los hombros de mamá y la acerca a él, mientras la mira con una sonrisa de disculpa—. ¿Te puedes hacer cargo de los niños tú sola? Si no, les pido a mis padres que los cuiden por la tarde después del colegio hasta que salgas de la oficina. ¿Te parece? No tengo que ir si tú no quieres. Puedo arreglarlo por teléfono.

—No tengo que ir al juzgado hasta el lunes, así que puedo trabajar desde casa. Me ocuparé de todo —lo tranquiliza mamá—. Ve a Seattle, Peter.

Papá deja escapar un suspiro de alivio y pone la frente contra la de mamá, cogiéndole la cara con las manos y acariciándole el pelo. La sonrisa que él le dedica está llena de calidez y gratitud.

—Eres mi salvavidas —murmura, y justo cuando está a punto de besarla, su mirada se desvía y aterriza en mí. Se separa de mamá de forma abrupta, pero no la suelta—. Tyler —dice, levantando la voz. Su tono es duro, y su expresión más todavía—, deberías estar durmiendo. Vuelve arriba y métete en la cama.

Mamá gira el cuello para mirarme y, a pesar de que me sonrío, creo que

hasta a ella la he molestado con la interrupción. Puedo oír la tensión en su voz cuando pregunta:

—¿Qué pasa, Tyler?

Me han visto. Ya no puedo darme la vuelta e irme corriendo, por lo que abro del todo la puerta de la cocina y entro. Papá me mira con el ceño fruncido, así que me centro en mamá.

—Tenía... tenía sed —miento. Tengo la garganta seca, eso sí, pero no porque necesite beber—. ¿Puedo coger agua? Con hielo, por favor.

—Claro —dice mamá, que se separa de papá y va hasta el fregadero.

La cocina se sume en un silencio tenso mientras mi madre coge un vaso y abre el grifo. Papá todavía está apoyado en la mesa y agarra el borde con las dos manos. Sus ojos están fijos en mí. Con mamá de espaldas, veo que me mira de arriba abajo, buscando en mi piel las marcas de sus errores. Incómodo bajo este escrutinio, cojo la manga de la camiseta otra vez y tiro de ella hacia abajo, para que me tape aún más. Clavo los ojos en el suelo, mientras escucho el ruido del agua corriendo y luego el chasquido del hielo que cae de la nevera.

—Ahí tienes —dice mamá, mientras viene hacia mí. Me pone el vaso en la mano y levanta una ceja mientras asiente—. Y ahora, buenas noches, Tyler. Mañana hay cole.

Me besa en la frente y yo me doy la vuelta, con el agua en la mano, y salgo de la cocina. No puedo mirar a papá otra vez, y vuelvo a dejar la puerta como estaba, semicerrada y con una pequeña rendija.

Doy unos pocos pasos por el vestíbulo y luego me paro. Antes de que se derrita, meto la mano en el vaso de agua y cojo algunos cubitos. Están helados y se me duermen las yemas de los dedos, pero estoy desesperado. Echo la vista atrás una última vez antes de dirigirme arriba. Mamá está abrazada a papá otra vez, sus bocas unidas, las manos de él en la cadera de ella. Se mecen el uno al otro. Cierro los ojos y me vuelvo, y mientras subo a mi habitación, me levanto la manga y aprieto el hielo contra los nuevos moratones que los dedos de papá me han dejado en el brazo.

Ahora

—¡Mierda! —grito, y, enfadado, doy un fuerte manotazo contra la gigantesca H. Me escuece la palma, pero siento demasiado pánico como para preocuparme por ella. Me paso las manos por el pelo, completamente frustrado—. ¿Cómo llegan aquí tan rápido siempre?

—¡No os caigáis! —grita Tiffani.

Esto es un sálvese quien pueda: me coge de la mano y me arrastra con ella mientras echa a correr. A pesar de lo escarpado que es el monte Lee, es mucho más rápido bajar a través de los arbustos y la maleza que dirigirnos a los senderos. Es peligroso, pero ahora mismo la seguridad es la última de mis preocupaciones.

No me pueden pillar. Ya me han arrestado y he ido a juicio por invasión de la propiedad privada. Con toda la mierda en la que me voy a meter con Declan Portwood, tengo que mantenerme todo lo alejado que pueda del radar de los polis. Mejor que no sepan quién soy.

—¡Ay, Dios, mi madre me matará si me pillan! —dice Tiffani, presa del pánico y respirando entrecortadamente.

Seguimos cogidos de la mano; yo voy delante, comprobando el terreno todo lo rápido que puedo, y ella me sigue. Hay salientes y hoyos por todas partes. Es muy fácil tropezar y romperse el tobillo, y por mucho que Tiffani me cabree, no quiero que se haga daño.

Vamos contra reloj para llegar abajo antes que los polis. Por eso no esperamos a los demás, aunque los puedo oír casi un kilómetro detrás. Rachael y Meghan van dando chillidos cada poco, y todos se llaman unos a otros, pero no me vuelvo.

Cuando Tiffani y yo llegamos sin heridas y no hay ninguna patrulla a la

vista, me quedo completamente aliviado. De todas formas, no significa que ya estemos a salvo. Aún sin aliento, nos obligamos a seguir corriendo hacia el pequeño parking donde dejamos los coches, y empiezo a buscar las llaves en los bolsillos. Todavía oigo el maldito helicóptero sobre nuestras cabezas.

—Larguémonos —murmuro mientras abro el coche.

Salto dentro y Tiffani se desliza en el asiento del copiloto. Los demás entenderán que nos hayamos ido sin ellos. Sé que debería esperar a Eden para llevarla a casa, pero no puedo arriesgarme. Seguro que alguien la lleva.

—Sí —asiente Tiffani, y luego me pone la mano en el muslo—. Vamos a mi casa.

Así que nos dirigimos a casa de Tiffani, pero solo para dejarla allí. Da un portazo al salir y me llama gilipollas otra vez mientras se va, furiosa por el rechazo; luego irrumpe en su casa, sin dejar de menear las caderas y el pelo como mostrándome lo que me pierdo. Pero de verdad que no estoy de humor. Hoy ha sido un día raro.

Para cuando llego a mi casa, casi es de noche, y mamá y Dave están viendo la tele en el salón. Me quedo en silencio en el vestíbulo durante unos minutos, sopesando ir a hablar con ellos o no, y decido que, después de todo lo que ha pasado hoy, debería al menos tener la decencia de anunciar que ya he llegado. No es que quiera enfadarlos. Solo... me sale sin querer. Así que si tengo la oportunidad de portarme un poco bien, la aprovecho.

Doy un par de golpecitos en los cristales de la puerta del salón y la abro suavemente. Mamá y Dave me miran, casi sorprendidos de que, por una vez, haya llegado antes de medianoche. Hasta le quitan el sonido a la tele.

—Ya estoy aquí —digo con tranquilidad. Incluso les dedico una sonrisa.

Sé que mamá se quedó molesta antes, así que intento ponerla de buenas.

—¿Dónde estabas? —pregunta.

Su voz refleja buena disposición, como si hubiéramos hecho un pacto implícito de olvidar lo que pasó.

—Con Tiffani —le digo.

No es mentira. Es más una verdad incompleta. Desde luego que no voy a contarles que casi nos arrestan por colarnos en el letrero de Hollywood.

—¿Dónde está Eden? —pregunta Dave, y aunque su tono sigue siendo bastante seco, no es tan desagradable como de costumbre. También parece un poco preocupado.

—Está con Rachael. —Supongo. De nuevo, ni se me pasa por la cabeza decirle que su hija acaba de huir de la policía. Seguro que aparece en casa de un momento a otro. Veo unas cajas vacías en la mesita del café y levanto una ceja—. ¿Habéis pedido comida china?

—A tu madre se le quemaron los filetes —dice Dave, y mira a mamá, que enrojece avergonzada. Normalmente, cocina de maravilla.

—¡Genial! —remarco con ironía—. Así que esa vaca murió en vano.

Mamá se agobia.

—Tyler...

—¡Es broma! —digo, mientras levanto las manos y dejo escapar una risa.

Dios, ni tan siquiera puedo hacer chistes vegetarianos sin que piensen que voy a montarles un numerazo. Es un poco triste, la verdad. ¿Habré llegado al punto en el que la gente espera de mí que siempre sea agresivo?

—¡Tyler! —oigo gritar a Jamie mientras viene saltando por la escalera. Atraviesa el vestíbulo, deslizándose con los calcetines, y choca contra mí. Sonríe encantado y me mira con sus ojitos azules, que son idénticos a los de mamá—. Estás en casa. Guay. Necesito que vengas a jugar al *Madden* conmigo porque Chase es malísimo.

—Seguro que hace lo que puede, Jay —dice mamá.

—No, para nada —protesta él—. ¡Seguro que hasta tú juegas mejor! Venga, Tyler, ven.

Me coge el brazo y empieza a tirar de mí hacia la escalera, pero antes de desaparecer, le echo una sonrisa a mamá y pongo los ojos en blanco señalando a Jamie, que sigue intentando arrastrarme. Ella me sonrío, seguro que está contenta de verme casi a gusto por una vez.

Sigo a Jamie al piso de arriba hasta su habitación, que es la que está al fondo del pasillo. Chase está en pijama, sentado en el suelo con las piernas cruzadas y espera pacientemente. Tienen el *Madden NFL* en pausa en la tele.

—Quita —ordena Jamie, dándole con la rodilla—. Va a jugar Tyler.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunta Chase, con mirada de perro apaleado.

Todas las luces están apagadas, así que el brillo de la pantalla de la tele es la única fuente de luz de toda la habitación y se refleja en sus ojos azules. Tanto él como Jamie se parecen a mamá. Por alguna razón, yo fui el único en heredar los rasgos latinos de mi padre, así que siempre parezco un poco fuera de lugar en esta familia, ahora que papá ya no está.

—Porque tú eres malísimo —dice Jamie.

—¡Eso es mentira! —protesta Chase, pero tira el mando de la Play y, de mala gana, se aparta para dejarme el sitio.

Es curioso. Los tres somos muy diferentes. Yo soy el chungo, el que está siempre enfadado. Jamie es el listo, el perfeccionista. Chase es el ingenuo, el que intenta hacerse querer. Solo tienen catorce y once años, pero ya sé que van a ser mucho mejores personas de lo que yo seré nunca.

Me siento en el suelo al lado de Chase, apoyado contra la cama de Jamie y con las piernas estiradas. Cojo el mando.

—Lo siento, colega, pero el profesional ha llegado —me chuleo.

Y, para darle más dramatismo, crujo los dedos y luego estiro el cuello con otro par de chasquidos.

—¿Listo, Jay?

—Listo —confirma desde la cama.

Recomienza la partida y nos encontramos en pleno juego. Miro la pantalla intentando averiguar quién de los dos soy. Sí, es verdad que Chase se estaba quedando colgado. Tiene cero puntos. Cero.

Hace años que no juego. Cuando tenía su edad, me pasaba *todo el puto rato* jugando al *Madden* con Dean y Jake. Ya no. Ahora dedico mi tiempo libre a arruinarme la vida. Y por eso, para empezar, se me da tan mal. Hasta que le cojo otra vez el tranquilo. Jamie me insulta mientras Chase, con los ojos pegados a la pantalla, se mueve a mi lado como si estuviera jugando él. Nos reímos un montón, no sé por qué no hacemos esto más a menudo. Jo, tío, me encantan estos dos enanos, pero siempre tengo la vida tan liada que al final no tengo tiempo para estar con ellos. Pero son felices y despreocupados, y debería absorber algo de esa energía positiva que desprenden.

—¡Buuum! —dice Jamie, mientras tira el mando al suelo y levanta los brazos tras haber marcado el último tanto. El juego termina. No hubo manera de arreglar el estropicio que Chase había hecho, así que era obvio que Jamie iba a ganar—. ¿Has visto eso, Tyler? ¿Eh? ¿Quién es ahora el profesional?

—Tú no —masculla Chase mientras se cruza de brazos.

El pobre está de morros, pero yo no puedo evitar reírme. ¡No es más que un juego!

—¿Qué has dicho? —gruñe Jamie con ganas de picarlo, y se lanza encima de la cama, inmovilizando a Chase con una llave.

Ruedan por el suelo a mi lado durante un minuto o así, mientras se empujan y se mueren de risa, los dos intentando quedar encima del otro. Los

miro divertido, me río con ellos y pongo los ojos en blanco.

Si hay algo por lo que me siento agradecido es por que papá nunca, jamás, les haya puesto la mano encima. Habría preferido llevarme el triple de palizas si eso me hubiera garantizado que ellos nunca pasarían por el mismo dolor que yo. No habría soportado que ellos sufrieran. Eran muy pequeños. Veo a Chase tal como está ahora, sin aliento mientras se rinde y se quita de encima a Jamie. Es tan joven, tan infantil y bueno... No puede existir nadie que quiera herirlo. Solo tiene once años.

Pero yo también tuve once una vez..., y los cortes y los moratones no cesaron hasta que cumplí los doce.

Yo también era pequeño. No lo merecía. Solo era un crío. Como ellos.

¿Cómo podía mirarme papá como yo estoy mirando ahora a Jamie y a Chase, y considerar hacerme daño?

Chase no sabe lo de papá. Le haría demasiado daño, y no necesita descubrir que nuestro padre es un monstruo. Mamá no pudo protegerme, y tampoco a Jamie, pero a Chase sí. Es mucho mejor que crea que papá está en la cárcel por robar coches de lujo. Que, por cierto, es lo que cree la mayoría de la gente. Pero Jamie sabe la verdad. La descubrió. Jamie me salvó de una muerte casi segura hace cinco años. Pero nunca hablamos de eso. Creo que le da miedo.

—¿Me prometéis una cosa? —digo mientras cojo el mando y apago la tele.

La habitación se queda en silencio. Me levanto y enciendo las luces. Luego me siento en la cama de Jamie y los miro; ellos siguen en el suelo. Ya no me río. Mi expresión es seria.

—¿Qué? —dicen ambos al unísono, mientras me miran con los ojos muy abiertos.

—Cuando tengáis mi edad, no hagáis estupideces, ¿vale? —les digo. A diferencia de mí, ellos tienen la oportunidad de tener una vida decente. La oportunidad de ir a la universidad, de tener un buen trabajo, de establecer relaciones sanas..., la oportunidad de ser felices. No quiero que la desaprovechen. Tienen ventaja—. No quiero que ninguno de los dos se meta en problemas.

Me miran serios, y luego Jamie hace una mueca algo payasa y me pregunta:

—¿Qué estupideces haces tú?

Me río y me inclino hacia delante para revolverle el pelo, siempre enmarañado.

—¿Te crees que te lo voy a decir?

—Espero que sí, así luego puedo chantajearte para que me compres el *Madden 12* en agosto —dice, y su sonrisa se hace más amplia.

—¿Y si hacemos otra cosa? —propongo, mientras saco la cartera del bolsillo trasero—. ¿Qué te parece si te doy algo de pasta para que te lo compres ahora mismo? Pero ni se te ocurra decírselo a mamá.

Me siento generoso porque me han puesto de buen humor, así que pillo treinta pavos y se los doy a Jamie mientras sus ojos se abren sin dar crédito.

—¡Eh! —dice Chase—. ¿Y yo qué?

Mierda. Le doy veinte y, por suerte, no se da cuenta de que lo he tangado. Merece la pena gastar cincuenta pavos para ver las sonrisas con las que me miran, como si hubieran ganado la lotería. Me guardo la cartera en los vaqueros, me levanto, les doy las buenas noches y luego me voy.

Me dirijo a mi habitación cuando, al pasar delante de la escalera, veo a Eden subir a toda velocidad. ¿Acaba de llegar ahora? Iba solo un par de metros detrás de Tiffani y de mí cuando nos fuimos de Sunset Ranch. Debería haber llegado a casa hace siglos.

—¿Eden? —La miro y me pregunto dónde habrá estado, porque es obvio que no vino directa a casa—. ¿Dónde te metiste?

Se queda parada en la escalera una milésima de segundo y luego me responde:

—¿Dónde te metiste tú?

Sube los últimos escalones y se para delante de mí. Es mucho más baja que yo, pero tiene una forma de plantarse ante uno que impone.

—Te deshiciste de nosotros. ¡Qué bien trabajas en equipo!

Mierda, o sea que está enfadada conmigo. Pero ¿por cuál de todos los motivos? ¿Por el número que le monté en el coche? ¿Por amenazar a Jake? Hoy he hecho un montón de cosas que podrían cabrearla, y no me gusta pensar en ellas.

—No funciono bien con la poli, ¿vale? No puedo dejar que me pillen otra vez.

—Otra vez —repite Eden con ironía. Y ahí lo tiene: otro fallo que añadir a su lista: «Lo han arrestado»—. ¿Cuándo has llegado a casa?

—Hace veinte minutos —digo—. Mamá por fin dejó de interrogarme por

el tema de la playa.

—Guay —dice sin ninguna emoción.

Como si yo hubiera desaparecido de repente, pasa a mi lado sin hacerme ningún caso y se dirige a su habitación. Yo no he acabado de hablar con ella, así que la sigo. Me mira de arriba abajo y coge aire.

—¿Qué quieres?

No lo sé. Saber por qué está cabreada conmigo, supongo.

—Nada —digo, y luego me pongo a mirar al suelo.

Joder, ¿qué coño me pasa? Debería salir de su habitación. Es obvio que ella no quiere hablar conmigo. Me doy la vuelta avergonzado y me dirijo hacia mi cuarto.

—¿Qué problema tienes con Jake? —oigo que me pregunta, y cuando la miro, es ella la que me ha seguido a mí. Está de brazos cruzados y plantada con mucha seguridad mientras me mira, con una ceja levantada, como esperando mi respuesta—. Te he hecho una pregunta.

—No la voy a contestar —digo. Espera, ¿tengo la habitación ordenada? Miro alrededor. No, joder, claro que no. Esta mañana no hice la cama. Hay cerveza en la mesilla de noche. Un par de calzoncillos tirados al lado de la puerta del baño. Necesito distraerla para que no se dé cuenta, así que aprieto los dientes y me vuelvo hacia ella—. Espera, lo haré. Ese tío es el segundo capullo más grande que he conocido en mi vida. No pierdas el tiempo. Te joderá.

—¿Quién es el primero? ¿Tú? —dice sarcástica, y ojalá no lo fuera, porque el primero es papá. Mi propia familia.

—Me aproximo bastante —es todo lo que digo.

—Bueno, pues mira, en realidad Jake es muy agradable. Al contrario que otra gente de aquí. —Eden da un paso atrás y echa un vistazo a la habitación. Parece analizar todo lo que ve—. Y tú no tienes ningún derecho a opinar si yo quiero quedar con él o no.

—Estás de broma, ¿no? —Lo está, ¿verdad? Tiene que estarlo. No conoce a Jake. No sabe nada de él, todos nosotros sí. No sabe que le gusta apostar y está orgulloso de ello. No sabe que siempre anda a la gresca y buscando líos—. Vale —concedo—, no digas que no te lo advertí.

—¿Y a ti qué te importa? —pregunta.

—¡No, no me importa! —digo a la defensiva.

¿O sí? Si no me importa, entonces ¿por qué me cabrea que Jake tontee con

ella?

—Es evidente que sí.

Me alejo de ella y me meto las manos en los bolsillos mientras pienso cómo cambiar de tema. Tengo una pila de devedés viejos al lado de la tele, y parezco un maldito idiota cuando pregunto de repente:

—¿Cuál es, eh, tu película favorita?

Eden me mira. Probablemente piense que soy imbécil por empezar a hablar de cine de entre todos los temas que podría haber elegido.

—*La dama y el vagabundo* —admite al final.

—¿La de Disney? —digo, y casi me da la risa. Otra vez me sorprende. Si fuera Tiffani o Rachael o Meghan, la putearía muchísimo. Pero creo que es muy mono que su timidez no le impida darme una respuesta tan vergonzante. Así que le pregunto—: ¿Por qué?

—Porque es la mejor historia de amor de todos los tiempos —explica—. *Romeo y Julieta* no tienen nada que ver con *La dama y el vagabundo*. Eran muy diferentes y sin embargo hicieron que su relación funcionara. *Dama* era totalmente normal y *Vagabundo* era un completo insensato, pero se enamoraron. —Eden sonríe mientras habla; en realidad ni me mira, y nunca he visto a nadie emocionarse tanto con una película de Disney—. Y además, la escena de los espaguetis es de culto —añade.

—Totalmente —admito mientras me río. Nunca he visto la peli, pero creo que sé más o menos de qué va—. Estoy bastante seguro de que *Dama* no era nada normal. Era aburrida y no sabía cómo divertirse. *Vagabundo* es de los míos.

—¿Qué, porque deambula por las calles igual que tú cuando regresas a casa borracho y dando tumbos los fines de semana? —Ladea la cabeza y esos ojazos color avellana brillan mientras me lanza una sonrisa burlona. Me río otra vez y ella vuelve a barrer mi habitación con la mirada—. ¿Juegas al fútbol americano? —pregunta.

—¿Eh? —Echo un vistazo para saber de qué está hablando.

La chaqueta del equipo de fútbol de Dean cuelga del borde de la estantería de arriba del armario. Lleva allí como un año, y me trae malos recuerdos. Tuve un mal viaje el verano pasado. No recuerdo casi nada, solo haberme despertado con la chaqueta de Dean puesta. Por lo visto, temblaba demasiado y querían que entrara en calor.

—No —digo—. Es de Dean. A mí no me va eso del fútbol.

—¿Dean juega al fútbol? —dice despacio, como si le sorprendiera—. ¿Y tú no juegas?

—Así es. Jake también. —Voy hacia el armario y, de paso, aprovecho para darle una discreta patada a mis calzoncillos para quitarlos de su vista—. Yo solía jugar cuando era más joven, pero lo dejé cuando empecé el instituto.

—¿Por qué?

—Según algunas personas, el fútbol es una pérdida de tiempo. —Se me cierra la garganta. Me encantaba el fútbol. Estaba ansioso por intentar entrar en el equipo del insti. Pero papá nunca me dejó tomármelo en serio—. «¿Para qué perder el tiempo con los deportes? —cito de memoria—. Andar lanzando pelotas de fútbol no conducirá a una de las mejores universidades. En vez de eso, quédate en casa y estudia para lograrlo.»

Eden me mira con atención.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Alguien. —Alguien de quien ella nunca, pero nunca, va a oír hablar—. Así que por eso no me permitieron jugar.

—¿No te lo permitieron? —Eden levanta una ceja.

Mierda. Tengo que medir más mis palabras.

—Quiero decir que por eso lo dejé —explico, y me estiro para meter la chaqueta de Dean en el armario.

Echo un vistazo a mi ropa y decido que necesito cambiarme de camiseta porque con toda la mierda que ha pasado hoy me siento asqueroso. Así que le doy la espalda a Eden, me quito rápidamente la que llevo y luego la sustituyo por una limpia.

—Tengo que llevarle la chaqueta a Dean, me ha estado dando la lata con que se la devuelva desde hace tiempo —le digo sin volverme.

Hay unos pocos segundos de silencio, y luego oigo a Eden preguntar suavemente:

—¿Qué significa tu tatuaje? —Me doy la vuelta para mirarla, confundido, y ella añade—: Voy a pasar por alto el hecho de que claramente te lo hiciste de forma ilegal.

—¿Mi tatuaje? —Solo tengo uno. Está en la parte de atrás del hombro izquierdo y sí, Eden tiene razón: me lo hice ilegalmente el año pasado en el sótano de un conocido de Declan—. Eh, dice *Guerrero*¹ —respondo, y me

siento un poco raro. Me rasco la coronilla, y antes de que ella pregunte, le aclaro—: En español significa luchador.

Todavía no sé por qué elegí eso. Supongo que en aquel entonces era una especie de «jódete» a papá. Solía decirme que tenía que luchar para triunfar. Así que en ese sótano que olía a hierba y a cerveza de barril, decidí que iba a hacer exactamente lo que él me había pedido. Iba a pelear por mi propia versión del éxito, que era no dejar que él me arruinase la vida. Aunque, de momento, no lo he hecho demasiado bien.

Eden sigue mirándome fijamente, y se ve que le da curiosidad, lo cual es bastante agradable, supongo. Tiffani me dijo una vez que mi tatuaje era estúpido, pero ni siquiera sabe lo que significa.

—¿Por qué en español?

—Lo hablo perfectamente —admito—. Igual que mis padres. Mi padre me lo enseñó cuando era pequeño. —Apenas lo uso ya. Me recuerda a él.

—Yo no hablo nada de español —confiesa Eden. Se muerde el labio y luego me sonrío divertida—. Hablo francés. Como los canadienses —bromea—. *Bonjour*.

¡Joder! ¿Esa vocecita ronca se acaba de volver extranjera? No sabía que el francés pudiera sonar tan bien.

—*Me frustras*² —le respondo en español, mientras me paso la mano por el pelo. Parece confundida, pero es entretenido—. *Buenas noches*. Eso significa «buenas noches». —No le traduzco la primera parte de la frase. No le digo que me frustra.

Pero sí, me frustra, esa es la verdad. Me interroga constantemente, pero también me presta atención. En un momento se muestra muy tímida y avergonzada, y de repente, parece supersegura y dispuesta a retarme. Pero creo que eso me mola.

—Ah —dice. Esos labios jugosos que tiene forman una sonrisa pequeña y dulce, y mientras se vuelve y sale de mi habitación, no puedo estar más contento cuando su voz hipnótica me dice—: *Bonsoir*. —¿Significará «buenas noches» en francés? Sea lo que sea, suena increíble dicho por ella.

Me quedo con la vista pegada a su cuerpo hasta que se mete en su habitación. Sonrío mirando al pasillo vacío. Hay algo que me raya. No sé qué es, y me quedo en silencio unos segundos, dándole vueltas a la cabeza

mientras intento averiguar qué va mal. No me doy cuenta hasta que veo mi imagen reflejada en el espejo.

Mi sonrisa no es la de siempre. No es una mueca, no está intentando retar, no es arrogante. No tengo los ojos entornados o con expresión enfadada, que es lo normal. Me da un vuelco el corazón cuando me doy cuenta de que, durante los últimos minutos, no he actuado. Por primera vez en mucho tiempo, me olvidé de ser Tyler Bruce.

Solo era yo. Y ese es el peor error que podía cometer.

Hace cinco años

Es genial cuando papa está de viaje, porque entonces, no está en casa y no puede hacerme daño. Lleva dos días en Seattle, y no creo que llegue hasta mañana por la noche. Ojalá se quedara allí más tiempo, pero espero que cuando regrese no esté tan estresado. Quizá vuelva feliz y juegue otra vez al baloncesto con nosotros, como hace dos semanas. Eso estaría muy bien.

Es viernes por la tarde, y me dejan faltar a la última clase porque tengo cita con el doctor Coleman. Ahora mismo mamá y yo estamos sentados en la sala de espera de su consulta y observo el reloj que hay en la pared de enfrente; me quedo pillado con su tic tac. Ya hace tiempo que me quitaron la escayola, pero el doctor quiere echarle un vistazo para comprobar cómo va la muñeca. Apenas he hecho los ejercicios que me mandó, se me olvidaba todo el rato, así que en un intento por arreglarlo, ahora estoy con el brazo levantado y haciendo círculos con la articulación. A veces aún me duele.

—¿No es un poco tarde para empezar a hacer eso? —se burla mamá mientras me observa con el rabillo del ojo.

Lleva al teléfono cinco minutos, tecleando a toda velocidad, probablemente porque hace varios días que trabaja desde casa y tiene que hablar con la oficina. Hasta se ha tomado la tarde libre para traerme al médico, y ha prometido que nos tomaríamos un helado en el Paseo al salir.

—A lo mejor aún sirve de algo —le digo mientras me encojo de hombros, pero enseguida paro, bajo el brazo y dejo la muñeca tranquila. Le echo un vistazo al reloj otra vez.

—¿Tyler? —oigo que alguien me llama, y cuando miro, el doctor Coleman me sonrío desde la puerta de la sala de espera. Es bastante mayor, con arrugas muy marcadas, el pelo canoso y la barriga muy grande, pero

siempre es superagradable. Aunque no tanto como para hacerme sentir tranquilo—. ¡Pasa!

Mamá mete el móvil en el bolso y se levanta. Intento no dar un respingo cuando me pone la mano en el hombro, aún muy dolorido, y me lleva así cogido mientras seguimos al doctor hacia la entrada de su despacho. El doctor Coleman es amigo de la infancia de mi abuelo y ha sido nuestro médico de familia desde que tengo memoria. Mamá le pregunta cómo está, pero no oigo la respuesta, porque me he puesto muy nervioso. Me da un poco de ansiedad cada vez que tengo que venir a su consulta. A pesar del calor que hace, llevo varias capas de ropa, incluso una sudadera. No quiero que vea los moratones, así que los escondo.

—Bueno, ¿qué tal va esa muñeca? —pregunta él en cuanto estamos todos instalados en su despacho.

Me sonrío de forma cálida y entrelaza las manos en el regazo mientras me mira a través de las gruesas lentes de sus gafas, a la espera de una respuesta.

—Pues a veces aún la noto un poco rígida —admito, mirándome las manos. Quiero acabar lo antes posible.

—En circunstancias normales, a estas alturas debería estar completamente curada, ya que la fractura es muy pequeña. Sin embargo, está tardando más de lo habitual debido a que el hueso quedó muy débil tras la primera fractura —explica con una mueca; luego se aproxima al borde de su silla y extiende la mano—. Vamos a echarle un vistazo.

Me subo la manga de la sudadera hasta el codo y extendiendo el brazo para acercarle la muñeca. Ya he pasado por esto otra vez, este año, cuando papá me la fracturó en el mismo sitio al agarrarme demasiado fuerte, así que sé cómo va. El doctor Coleman me dobla la mano en diferentes ángulos. Luego la hace girar. Aprieta fuerte la piel con el pulgar.

—¿Solo sientes rigidez? —pregunta cuando vuelve a reclinarsse en la silla y se pone frente al ordenador.

—Sí —digo. Rápidamente me bajo la manga.

Él empieza a escribir y, dándose la vuelta para mirarme, dice:

—Yo creo que va bastante bien. Dale un par de semanas más, y si todavía la notas rígida, vienes a verme otra vez. —Deja de escribir y se vuelve en la silla para quedar frente a mí mientras se baja un poco las gafas y me mira por encima de ellas—. Sigo sin entender cómo pudiste tener la mala suerte de romperte la misma muñeca dos veces en el mismo año. Las probabilidades

son muy escasas, Tyler. ¡Cuando cumplas los dieciocho, deberías jugar a la lotería! —Se ríe y me guiña un ojo.

—Es muy torpe —dice mamá. Incluso sin mirarla, puedo asegurar que está poniendo los ojos en blanco—. ¡Se pasa la vida cayéndose!

—Debe de ser cosa de familia. Cuando éramos jóvenes, el viejo Pete siempre se andaba tropezando por el campo —dice. Mamá y él se levantan, intercambian una sonrisa y se estrechan la mano. Estoy seguro de que el abuelo era patoso de verdad, no como yo—. Asegúrate de que haga los ejercicios.

—Por supuesto —dice mamá mientras me pone la mano en el hombro, otra vez, al levantarse.

Ahora estoy un poco mareado. El doctor Coleman tampoco sabe lo que está pasando de verdad. Pero supongo que es por mi culpa. Una parte de mí desearía que alguien lo averiguara, pero la otra es más lista.

—Tyler —dice él mientras nos dirigimos a la puerta. Mamá y yo nos paramos para mirarlo, y él sacude la cabeza mientras se ríe—. Nada de seguir bajando la escalera a toda velocidad, ¿de acuerdo? ¡No quiero que te rompas la muñeca por tercera vez!

Ojalá pudiera prometérselo.

Ahora

A medida que pasa la semana, me esfuerzo en recalcar quién es Tyler Bruce siempre que Eden anda cerca.

La cagué a lo bestia el jueves por la noche, y ahora tengo que arreglarlo. Ella no debe saber que no soy tan malo como todo el mundo piensa. Así que me he empeñado a fondo y llevo toda la semana haciendo una actuación estelar. Sobre todo, me he dedicado a ignorarla; solo la miro muy de cuando en cuando, pero a veces hago observaciones arrogantes o le pido que se aparte. Y, de momento, funciona.

Incluso ahora, la estoy oyendo. Nuestras habitaciones están puerta con puerta y durante los últimos cinco minutos he tenido que aguantarla hablando por teléfono. No consigo descifrar qué está diciendo, pero sí oigo su voz. Por eso, mientras estoy tirado en la cama y leo mis mensajes de texto, no tengo puesta la tele, ni la música. Ya tengo ruido de fondo que escuchar.

«Más te vale que te vengas ya si quieres hacer algo de pasta», me ha escrito Declan. Su fiesta es esta noche. Debería ir, pero aún no he tenido fuerzas para prepararme. De todas formas, es pronto.

Es la noche perfecta para esa fiesta. Una vez al mes, Tiffani se va a casa de su padre, lo que quiere decir que uno de cada cuatro fines de semana tengo que sobrevivir sin ella. Pero hoy estoy contento de que esté fuera. Si supiera que voy a ir a una fiesta organizada por Declan Portwood... no me dejaría ir ni loca.

Aunque estoy algo nervioso. Declan dice que es la oportunidad perfecta para que empiece, para conocer a la peña, pero estoy empezando a dudar. La verdad es que no lo he pensado muy bien y ahora me veo envuelto en toda esta mierda demasiado deprisa. No estoy seguro de querer seguir este camino.

Oigo otra vez la voz de Eden. Ronca y baja. Me pregunto qué va a hacer esta noche. Supongo que nada. A lo mejor le apetecería ir de fiesta. Hay dos cosas buenas que pueden pasar si la invito: una, ella me vería en plan Tyler Bruce, y eso la haría olvidar que la otra noche fui muy majo con ella. Y dos, no tendría que ir solo.

Me levanto de la cama y me echo un vistazo en el espejo. Entorno los ojos, comprobando lo intensos que parecen así, y luego aprieto un poco la mandíbula. Incluso me arreglo el pelo. Luego, me aclaro la garganta y salgo al pasillo. Me quedo parado un segundo delante de la puerta de su habitación mientras escucho atentamente, y oigo cómo le dice a alguien que no la eche demasiado de menos.

Abro la puerta sin preocuparme por si ella está aún al teléfono o no, y entro.

—¿Con quién hablabas?

Por suerte, parece que ya ha acabado. Está sentada en la cama con las piernas cruzadas y me mira. Puedo ver el enfado brillándole en los ojos.

—¿Acaso te dije que podías entrar?

—¿Con quién hablabas? —pregunto otra vez. Estoy intentando parecer todo lo gilipollas que puedo, pero igual también tengo un poco de curiosidad—. ¿Acaso tienes novio en Portland o alguna mierda parecida?

Eden me mira inexpresiva, apenas impresionada por mi interrupción.

—¿Me estabas escuchando a escondidas?

—Mi cuarto está justo al lado del tuyo. Las paredes son superdelgadas.

—Bueno, vale, estaba hablando con mi madre —me dice al fin mientras se levanta. Bien. ¿Eso significa que no tiene novio? No quiero preguntarle, así que me quedo callado. Eden mira el reloj—. ¿No deberías estar fuera de casa haciendo algo?

—Justo te quería hablar de eso. —Menos mal que lo ha preguntado, porque no sabía bien cómo sacar el tema. Cierro la puerta (no quiero que nadie nos oiga) y me acerco a Eden. Dejo una distancia de seguridad de un metro entre nosotros. Ella me mira con esos ojazos curiosos y grandes—. Esta noche no tienes planes, ¿verdad?

—No —confirma—. Todo el mundo está ocupado.

—Vale, pues vienes conmigo —le ordeno. Tyler Bruce no pide. Tyler Bruce exige. No le estoy dando otra opción—. Fiesta en la calle Once. No le digas nada a tu padre.

Sin dejarla contestar, me vuelvo al instante.

—Tyler —dice mientras salgo. Yo me paro molesto y, despacio, me doy la vuelta. Se ha cruzado de brazos y levanta una ceja—. ¿Quién dice que quiero ir a una fiesta contigo? Lo siento, pero eres la última persona con la que me gustaría salir.

Bueno, bien, parece que todavía me odia. Voy por el buen camino.

—Prepárate —le ordeno.

—No.

—Sí —le digo, endureciendo el tono.

¿Por qué no puede ser como el resto de la gente y hacer lo que le mando? ¿Por qué tiene que llevarme la contraria con tanto ahínco? Vale, me pongo en modo gilipollas.

—¿Qué otra cosa vas a hacer? ¿Quedarte sentada en tu habitación toda la noche como una maldita pringada que no tiene vida social?

Parece titubear y ya no se la ve tan segura. Mira al techo y luego baja la vista otra vez, como si estuviera considerando mi invitación, y luego pregunta tranquilamente:

—¿Qué me pongo?

Eso está mejor. Gracias a Dios que no tengo que ir solo a esa fiesta.

—Cualquier cosa —le digo. Mi voz pierde seguridad—. No es el mismo tipo de fiesta que la de Austin. Esta es más... relajada. Podrías presentarte en chándal y no estarías fuera de lugar.

Todo el mundo estará demasiado fumado como para que le importe, pero no me atrevo a decírselo. Ya se dará cuenta cuando lleguemos.

Sin embargo, está claro que lo pilla, porque parece perpleja.

—¿Relajada?

—Sí. ¿Te apetece beber algo antes de salir mientras te preparas? Estoy un poco desprovisto porque mamá siempre anda revisando mi habitación, así que lo único que tengo es cerveza y algo de Jack Daniel's y un poco de vodka. ¿Sabes qué? Te daré una sorpresa.

Le sonrío, aliviado de que haya aceptado, y también de que no rechace la copa.

Me vuelvo a mi habitación e inmediatamente me pongo de rodillas para buscar debajo de la cama a ver si queda algo del arsenal que suelo tener. Cojo un botellín de cerveza para mí y luego mezclo Coca-Cola y vodka para Eden. No la cargo mucho. No quiero emborracharla. Mi pelo sigue hecho un

desastre, así que intento peinarlo un poco otra vez antes de volver a la habitación de Eden con las bebidas.

—Estaré lista en veinte minutos —me dice cuando entro.

Está al lado del armario, buscando algo que ponerse.

—Ningún problema. Ten —le digo.

Le paso la copa y la coge, pero nuestros dedos se rozan, y, no sé por qué, me siento extraño. No obstante, no creo que ella lo haya notado, así que hago como si nada.

—¿Vodka y Coca-Cola? —pregunta.

Probablemente quiera comprobar que no voy a envenenarla con matarratas.

—Sí. Es una apuesta segura —asiento. Abro mi cerveza con el borde de la cómoda y luego me doy cuenta de repente de que a lo mejor no le va esa bebida—. Te gusta, ¿no? Si quieres cerveza te puedo traer una...

—Esto está bien —me corta. Igual hasta está sonriendo—. Me gusta.

—Vale, genial. —Mierda, ¿qué me pasa? ¿Por qué esta tía hace que me comporte de una forma tan rara? Miro al techo y echo un trago de cerveza mientras intento pensar con claridad, y luego, cuando bajo la vista, no entiendo por qué, no puedo mirar a Eden—. Vale, eh, cuando estés lista ven a buscarme.

—¿Estáis bebiendo? —pregunta una voz.

Nuestras cabezas se vuelven con rapidez hacia Jamie. Está en la puerta de la habitación de Eden y nos mira como si sospechara que está pasando algo. Puedo ver cómo se fija en las bebidas que tenemos en la mano, así que escondo la cerveza detrás de la espalda, aunque no sé para qué. Él ya la ha visto, así que ahora estoy a punto de que me chantajee mi hermano pequeño. Lo conozco bien.

—No —le miento a pesar de todo. Mi voz se ha suavizado. Nunca adopto el tono Tyler Bruce con mis hermanos—. Sabes que no tenemos veintiún años. ¿Por qué íbamos a estar bebiendo?

—Lo puedo ver ahí mismo —dice Jamie. Señala la copa de Eden, pero lo noto en sus ojos: está maquinando algo—. ¿Lo sabe mamá?

Doblo el cuello y dejo escapar el aire.

—Es solo un poco. ¿Nos puedes dejar en paz un ratito?

—Veinte dólares —exige.

Extiende la palma de la mano, esperando la pasta, y me sonrío de esa

forma diabólica pero encantadora que ha perfeccionado a lo largo de los años. Aguarda pacientemente.

—Te di treinta el otro día —le recuerdo. Pero no tiene sentido discutir porque sé que insistirá hasta que consiga lo que quiere. Dejo la cerveza en la cómoda y saco la cartera—. Porque querías ese videojuego, ¿recuerdas? No creas que lo he olvidado, porque no lo he hecho.

—Ehhh... —Jamie se queda en silencio, golpeándose distraído los labios con un dedo—. Entonces dame diez.

—Vale, diez —acepto mientras me río. Odio que me mangonee tan bien. Tengo que dejar de hacer todas las estupideces que le permiten chantajearme tan a menudo. Le doy la pasta y luego lo empujo con suavidad—. Ahora, sal de aquí.

Se mete el billete en el bolsillo, se vuelve y se va corriendo por el pasillo, mientras se ríe, malicioso.

—¡Habría aceptado cinco!

Lo único que puedo hacer es reírme mientras vuelvo a coger la cerveza y le doy otro trago.

—Este chaval me trata como si yo fuera un cajero automático —digo con un suspiro. Luego, mientras salgo yo también, le digo a Eden—: Date prisa.

Todavía no he contestado el mensaje de Declan, pero bueno, da igual. Voy hacia mi habitación, me acabo la cerveza y luego me meto en la ducha para ver si arreglo este desastre de pelo. Me tomo la medicación porque esta mañana me olvidé y cojo unos vaqueros y una camiseta lisa. Aún me bebo otras dos cervezas en el tiempo que le lleva a Eden prepararse (que, al final, pasa de veinte minutos) y empiezo a alinear las botellas vacías en la repisa de mi ventana.

—Vale. Ya estoy lista y me he terminado la bebida, así que ya nos podemos ir —dice Eden cuando al fin entra en mi habitación. La tengo mucho más ordenada que la otra noche. Hasta he hecho la cama.

—Joder, ya era hora —le espeto.

Su pelo está recogido y lleva algo de maquillaje, y, por suerte, va vestida normal. Unos vaqueros y una sudadera, y, al contrario que a la mayoría de la gente, le sientan bien y hace que parezcan guais. Tumbo las botellas de cerveza y cojo las llaves del coche. Declan me va a matar como no aparezca pronto, así que tenemos que irnos ya. No estoy pedo, y no queda lejos.

—¿Qué haces? —pregunta Eden horrorizada. Sacude la cabeza—. Acabas

de beberte todas esas cervezas.

—Dios mío —me quejo. Ya estamos, otra vez lo mismo, prácticamente me está echando la bronca. Ninguno de mis amigos habría dicho nada, excepto Dean, a lo mejor—. Vale, pediré que alguien nos lleve. ¿Contenta?

—Sí —dice ella.

Pongo los ojos en blanco, tiro las llaves del coche sobre la cama y luego cojo el móvil. Llamo a Declan, porque si hay una persona que nos puede ayudar en esto, es él. Contesta al segundo tono.

—¿Dónde cojones estás? —me ladra—. Tengo la casa llena de gente que busca contactos y solo han llegado Kaleb y Liam. Warren y tú tenéis que venir pero ya.

—Sí, sí, voy, Declan —lo tranquilizo. Parece desesperado, pero también un poco mosqueado conmigo. Desde luego, no le gusta mancharse las manos, y vuelvo a preguntarme por qué me estoy metiendo en esto—. ¿Quién conduce esta noche?

—Kaleb —dice, y su voz vuelve al tono suave y calmado de siempre—. O puedo preguntar por aquí, pero todo el mundo está bastante... bueno, no sobrio. —Deja escapar una risa.

—Ponme con Kaleb —pido. Me sorprende mucho que esté sereno esta noche—. ¿Le puedes decir que se pase por mi casa lo más rápido posible? En realidad a unas dos puertas de mi casa —Declan me dice que sí, y yo digo—: Gracias, tío. Te veo en veinte minutos. —Y cuelgo.

—¿Kaleb? —pregunta Eden.

—Kaleb es majo —digo—. Está en la universidad, pero todavía parece un estudiante de último año de secundaria. Pero sabe cómo divertirse.

Me río, porque, la verdad, me estoy dando cuenta de que esto es muy mala idea. No debería llevar a Eden a esta fiesta, pero ya es tarde. No menciono que Kaleb es camello, ni que se saca una buena pasta conmigo.

Salgo deprisa de la habitación y enfilo el pasillo. Eden me sigue en silencio, ninguno de los dos emite una palabra. Supongo que es lo suficientemente lista como para saber que yo no debería escabullirme, así que me alegro de que no haga ningún comentario mientras salimos por las puertas del patio en dirección al jardín.

—¿No debería haberle dicho a papá que iba a salir? —pregunta Eden. Por un momento parece que se asusta y vuelve la vista hacia casa como si nos estuviéramos escapando—. Quiero decir que entiendo que tú tienes que irte a

hurtadillas, pero yo no estoy castigada. Me va a matar cuando se dé cuenta de que he salido sin decírselo.

—No te comas el tarro —le digo—. Bebe un montón y en un par de horas ya no te importará.

Es el peor consejo del mundo. Tyler Bruce es idiota.

Andamos un par de metros por la calle, nos alejamos de casa (es demasiado arriesgado que nos recojan allí) y luego esperamos en la acera unas seis puertas más allá. Se ha hecho de noche y hay algo de brisa, pero aún hace un calor agradable, y me apoyo contra un árbol mientras observo a Eden con atención. Cuanto más lo pienso, más cuenta me doy de que esto es muy mala idea. Estoy tentando a la suerte. No se chivó a mamá sobre las drogas del pasado fin de semana, pero dudo que se calle esta vez.

—¿Se trata de una fiesta grande? —pregunta mientras me mira a los ojos. Parece ansiosa, lo más probable es que sea porque no le he dado ninguna información.

—No demasiado —contesto, y luego me encojo de hombros.

Yo también me estoy poniendo nervioso. Va a flipar cuando llegue a la fiesta. En serio, ¿en qué estaba pensando? Sí, claro que no quería ir solo, pero me cago en la puta, ¿por qué le pedí a Eden, precisamente a Eden, que me acompañase? No soy capaz de hablarle mientras esperamos, así que me dedico a dar patadas al suelo y mirar al cielo.

Menos mal que Kaleb aparece en su desvencijada Chevy, chisporroteos de motor incluidos. Baja la ventanilla y se inclina sobre el asiento del copiloto para mirarnos.

—¡Súbete, hermano! —dice, y le echo una mirada dudosa.

No estoy seguro de si fiarme o no de Declan cuando me ha dicho que Kaleb está sobrio.

Me acomodo en el asiento del copiloto mientras Eden se sube detrás, y gracias a Dios que la camioneta no apesta a hierba. Solo a tabaco.

—¿Quién es esta? —pregunta Kaleb, mirando a Eden con gran curiosidad y sin ningún disimulo por el espejo retrovisor.

No le gustan demasiado los desconocidos, supongo que porque está colocado todo el rato. No le comenté que iba a venir con nosotros.

—Mi, eh... —empiezo a decir, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta. La palabra en cuestión parece muy extraña, un poco como si fuera extranjera. No parece una palabra propiamente dicha. Trago saliva

como un loco y subo el volumen de la música; luego al fin lo suelto—: Mi hermanastra.

—No sabía que tuvieras una hermanastra —comenta, y luego entorna los ojos en dirección a Eden observándola todavía más. Por fin empieza a conducir—. ¿Cómo has estado, tío? ¡Me da la sensación de que no he hablado contigo en semanas!

—Te vi el jueves —le digo, mientras muevo la cabeza al ritmo del rap.

Eden permanece callada en el asiento de atrás, y no puedo volverme para ver qué tal va sin ser muy descarado, así que opto por mirar a través del retrovisor.

—¡Coño, es cierto! —dice Kaleb, y luego se muere de risa mientras se da una palmada en la frente.

—Bueno, ¿qué tal la fiesta? —le pregunto—. Gracias por venir a buscarnos.

—Está bien. Bastante relajada. No está mal. —Encoge los hombros y da un trago a una lata de Sprite que lleva en el posavasos—. Suerte con Warren, de todos modos.

—Se pasó de la raya —murmuro.

¿Debería preocuparme? Warren me importa una mierda. No debería haber dicho lo que dije. Y como se le ocurra joderme, le parto la cara.

—Sí, una raya bastante delgada —dice Kaleb con un bufido.

Cruzamos la ciudad y llegamos a casa de Declan diez minutos después; por supuesto, parece un muermo. La fiesta no puede desmadrarse. Los polis harían el agosto si nos pillaran. Por eso no hay nadie en la entrada. Ni música alta. Hay solo unos cuatro coches aparcados fuera, y eso contando el nuestro. Salimos los tres de la camioneta y Eden pregunta:

—¿Estás seguro de que esta es la casa?

—Sí. —Echo a andar hacia la puerta. No tengo ni idea de cómo va a reaccionar Eden—. Recuerda, es una fiesta pequeña. Veinte personas como máximo.

Empujo la puerta de entrada y la música nos envuelve, taladrándome los oídos. No sé quién cojones está pinchando esta mierda techno, pero es horrible y deberían cambiar de dj. Le echo un vistazo a Eden, que arruga la nariz con desagrado. El olor a marihuana es imposible de ignorar, y ella no es idiota: sabe lo que es. Oigo risas y voces; en la entrada solo hay un par de personas. No es la primera fiesta a la que vengo en esta casa y sé que Declan

guarda el alcohol en una habitación vacía en el vestíbulo, así que ahí es exactamente adonde me dirijo. Eden me sigue, sin apartarse un milímetro de mí mientras Kaleb desaparece sin decir una palabra.

En cuanto llegamos a la salita del alcohol, la primera persona a la que veo es el propio Declan. Aunque me esperaba antes y por el teléfono parecía cabreado, me saluda con una sonrisa burlona.

—Tyler, has venido —dice, mientras se dirige hacia nosotros. Echa a Eden una mirada recelosa—. ¿Quién es?

—Mi hermanastra —digo, esta vez sin titubear. No debería presentarlos, sin embargo, lo hago—. Eden, este es Declan. Ha venido conmigo esta noche si no te importa.

—Hala. —Declan abre los ojos sorprendido mientras me pone una lata de cerveza en la mano. Está sobrio, supongo que para poder vigilar todo lo que pasa a su alrededor y asegurarse de que no hay problemas—. Tío, ¿desde cuándo demonios tienes una hermanastra?

—Desde la semana pasada, hermano —digo, intentando parecer relajado. Antes de que pueda preguntarme más cosas sobre el tema, me vuelvo hacia Eden y le sonrío. Espero que todavía no se haya dado cuenta del tipo de fiesta en la que está—. ¿Qué quieres?

—Cualquier cosa —responde. Echa un vistazo a la mesa, que está llena de todo el alcohol imaginable, desde cerveza hasta vodka, ron..., joder, hasta tienen una botella de absenta. ¿Quién demonios habrá traído eso?—. En realidad, me tomaré otro vodka con Coca-Cola.

Eso es fácil. Cojo una copa y le echo primero la Coca-Cola para que no pueda saber cuánto alcohol le añado. Le cargo la copa mucho más que la anterior. La va a necesitar para sobrevivir a esta fiesta.

—Le voy a enseñar la casa —le digo a Declan mientras le paso a Eden la copa.

Luego, poniéndole la mano en el hombro, me la llevo de vuelta al vestíbulo. La dejo ahí y, rápido, vuelvo con Declan. Lo engancho de la camiseta y me lo llevo a una esquina.

—¿Puedo al menos meterme un tirito antes de empezar a ayudarte con esto? —le susurro al oído.

Sí, fumé la semana pasada pero necesito algo más fuerte esta noche. Ya ha pasado bastante tiempo desde la última vez.

Declan asiente con la cabeza.

—Cuando tengas un segundo, vente, que estoy fuera.

Dejo escapar un suspiro y me imagino ya la agradable sensación de alivio. Luego vuelvo con Eden, que, por supuesto, lleva observándonos todo el rato. Pero bueno, no creo que haya oído nada, así que todo bien. La llevo hacia el salón y por el camino ignoro a un par de personas que me llaman por mi nombre. Luego señalo con la lata de cerveza a un grupito que está en los sofás.

—Vale, ¿ves a toda esa gente?

Están todos fumados como monas, siguiendo el ritmo de la música con la cabeza o mirando fijamente la tele. No reconozco a ninguno. Muchos de los invitados ya van a la universidad.

—Sí. —Eden levanta las cejas mientras me mira, esperando que le cuente algo—. Parecen aburridos.

—No están nada aburridos —digo sin poder evitar echarme a reír. Dios, la tía aún no se ha dado cuenta de dónde está. Veo de soslayo un gato con los ojos muy abiertos que tiembla debajo de la mesa del vestíbulo—. Ey, mira a ese tío —le digo a Eden, señalándolo con la cerveza. Parece aterrorizado, probablemente esté ensordecido por culpa de esta música de mierda—. Vaya, hombre. —Dejo la cerveza en la mesa y me agacho para coger al animal en brazos. Se revuelve un poco y le acaricio el pelo mientras me pongo de pie—. ¿Por qué no sales con este pequeñito? Seguro que tiene más huevos que Jake.

—Déjalo en el suelo —pide Eden. No parece impresionada. Más le vale que no me diga que odia a los animales, porque eso..., eso no se lo perdonaría.

El gato se acomoda y empieza a treparme por el pecho y los hombros.

—¿Qué quieres que te diga? —Esbozo una sonrisa presumida mientras le rasco detrás de las orejas y miro a Eden—. Soy un imán para las gatitas.

Eden me echa una mirada de desprecio burlón y pone los ojos en blanco mientras se da la vuelta. Me echo a reír y dejo el gato en el suelo, y mientras se escapa corriendo por el vestíbulo, ella dice:

—Mira, hasta el gato está harto de tus tonterías.

Esa es Eden, claro que sí. Cojo la cerveza y echo un trago mientras miro el reloj de la pared. No debería estar aquí pasándomelo bien con Eden. Debería estar fuera con Declan.

—Ve a hablar con la gente —le digo, y hay un ligero matiz de mando en mi voz. Ya no sonrío—. Me voy a la parte de atrás un rato.

La sonrisa juguetona desaparece de su cara.

—¿A la parte de atrás? ¿Me estás tomando el pelo?

—¿Qué?

Le doy otro trago a la cerveza mientras miro a Eden a los ojos, preguntándome por qué parece tan cabreada y sorprendida de repente. ¿Qué coño he hecho yo?

—No te hagas el tonto —musita entre dientes.

Es la primera vez que la veo tan agresiva, tan amenazadora. Da un paso hacia mí y me acerca la boca al oído. Casi me tira la bebida por la camiseta.

—No he venido contigo a esta fiesta de mierda para que me dejes sola mientras tú te quedas en el patio fumando porros y preparando líneas de coca para esnifar.

—No es asunto tuyo —le respondo.

¿Cómo se atreve a hablarme de esa manera? Nadie se me ha puesto nunca tan altivo y directo, ni con ese tono tan agresivo. Y mucho menos un puto extraño. Me aparto un paso de ella, marcando las distancias entre nosotros.

—Ve a hacer amigos y déjame hacer lo que me salga de los huevos.

No pienso aguantar estas gilipolleces, así que me vuelvo y me largo por el vestíbulo hacia la puerta del jardín. Ahora sí que necesito un tiro. Me doy cuenta de que Eden viene corriendo detrás de mí, y se interpone en mi camino, bloqueando la puerta para que yo no pueda pasar. ¿Está de coña? ¿De verdad pretende impedirme el paso? «Eden, por favor, no me toques las narices», le ruego mentalmente. No le gustó que me enfadase el otro día, así que imagino que no querrá verme furioso. Y va a conseguirlo si no deja de portarse así.

—No vas a salir —deja claro, con la respiración agitada y tratando desesperadamente de buscar mi mirada—. Es una estupidez.

De un golpe, aplasto la lata de cerveza en la pared que está detrás de ella y revienta contra mi mano mientras el contenido se derrama por el suelo. Miro a Eden echando chispas. No tiene ningún derecho a retarme. Ni siquiera me conoce.

—Apártate de mi puto camino —le susurro despacio y escupiendo cada palabra.

—¡No!

La cojo de la muñeca y la atraigo hacia mí, anulando el pequeño espacio que nos separaba. Tiene que dejarlo ya. Le lanzo la expresión más

amenazadora que tengo, pero ella se limita a devolverme la mirada.

—Eden —susurro, luchando por mantener calmado el tono de voz—. No hagas eso.

«Por favor, Eden. Por favor, no hagas eso. No me enfades, por favor.»

—No. —Con un tirón, libera su muñeca, y a pesar del brillo de miedo que veo en sus ojos avellana, pregunta—: ¿Por qué lo haces? —Su voz está llena de frustración y noto la desesperación detrás de cada palabra.

—Porque lo necesito, ¿vale? —le grito.

Es la única respuesta que puedo darle, y rápidamente miro a nuestro alrededor para asegurarme de que no haya nadie escuchando. Con lo alta que está la música, nuestros gritos apenas se oyen.

—No *necesitas* hacerlo —dice, bajando la voz. El desencanto le suaviza la mirada—. *Quieres* hacerlo.

Nunca va a comprender esta mierda, nunca. Nadie va a entenderme. Jamás. ¿Se cree que quiero estropear así mi vida? ¿Se cree que me divierte tener que recurrir a esta mierda? ¡No tengo elección! Es la única manera de mantenerme cuerdo, de sentir un poco de paz en mi mierda de vida. Inhalo profundamente y exhalo, pasándome una mano por el pelo.

—No lo entiendes —le susurro.

De repente me siento tan débil que no puedo ni hablar. Estoy como si me hubieran desinflado, como si toda mi energía se hubiese evaporado. Por primera vez, creo que Eden me ha vencido.

Aturdido, la aparto de mi camino y miro al infinito mientras abro la puerta que da al jardín. Dejo que se cierre de golpe. Eden se queda dentro. Levanto la cabeza hacia el cielo, aprieto los ojos con fuerza y dejo escapar un gruñido enloquecido.

Cuando vuelvo a bajar la cabeza y abro los ojos, me doy cuenta de que no estoy solo. Declan se está metiendo un fajo de billetes en el bolsillo mientras levanta las cejas en mi dirección a modo de saludo. Liam está tirado en una tumbona, con los pies en la mesa y un porro en la boca, y me mira con los ojos rojos.

—¿Qué cojones ha sido eso? —dice Kaleb en medio de risas.

—Eh, tío —oigo que alguien dice desde mi izquierda, y al volverme, veo que Warren se acerca.

Lo veo sonreír, y acto seguido, me pega un puñetazo en la mandíbula.

Hace cinco años

Mamá nos deja quedarnos levantados hasta tarde. Es sábado y papá no ha vuelto todavía, por eso podemos esperarlo despiertos. Jamie y Chase están en mi habitación, con las luces apagadas, y nos escuecen los ojos por culpa del brillo de la tele. Jugamos al *Madden NFL* en la PlayStation 2 que nos regalaron a los tres las pasadas navidades, aunque a mí me gusta pensar que es más mía que de ellos, ya que Chase apenas recuerda que existe y Jamie es malísimo en todos los juegos. No he perdido nunca, y ya llevamos jugando una hora.

—¿Es cierto que va a salir la PlayStation 3? —pregunta Jamie a mitad de la partida. Creo que ya se ha rendido, porque me mira más a mí que a la pantalla.

—Sí, en noviembre —le confirmo.

Mi equipo marca el tanto ganador. Por sexta vez en este rato que llevamos jugando. Estamos tirados boca abajo en el suelo de mi habitación, con los codos despellejados por la alfombra, y Chase está en mi cama medio dormido.

—¿En serio? —dice Chase, activándose. Se sienta y está tan emocionado que parece que lo acaben de enchufar—. ¿Crees que Papá Noel nos traerá una?

Jamie deja escapar un bufido y pone los ojos en blanco, y en la oscuridad, le doy un pequeño golpe en el brazo y le lanzo una mirada de advertencia.

—No sé, Chase —le digo mientras le doy al botón de «pausa» y me levanto del suelo—, ponla en tu carta y a ver qué pasa.

Justo en ese momento, la voz de mamá resuena en la escalera mientras nos llama, contenta.

—¡Chicos, papá ha llegado!

Jamie tira el mando de la consola en medio de la habitación y se pone de pie a toda prisa mientras Chase se baja de la cama de un salto. Los dos salen corriendo de la habitación, todo sonrisas, y escucho el sonido de sus pisadas en la escalera mientras van corriendo a saludar a papá. Por un segundo, un breve segundo, me planteo unirme a ellos. Pero luego recuerdo que yo no quiero a papá en casa, y desde luego, no quiero correr escalera abajo para darle un abrazo.

Me levanto, cierro la puerta de la habitación y me vuelvo al suelo, donde me siento otra vez con las piernas cruzadas delante de la tele. Acabo el juego que dejamos a medias y luego empiezo una partida nueva yo solo. Subo el volumen y centro la atención en la pantalla. Se acabaron mis tres días de seguridad garantizada, y sé que papá odia que juegue mucho a la Play, así que aprovecho mi libertad mientras puedo.

Pasan diez minutos y aún no he oído nada. Tampoco quiero. No quiero oír su voz. Pero entonces se abre la puerta y ese sonido me produce un escalofrío.

—¿Sabes, Tyler? Es un poco maleducado no venir a ver a tu padre después de pasar fuera tres días —dice, y ni siquiera paro el juego mientras lo miro desde el suelo. Papá está en la puerta, con la mano apoyada en el pomo, y entorna los ojos mirándome. De repente abre la puerta del todo y enciende la luz—. Y ¿por qué demonios estás jugando a esto? —pregunta, irrumpiendo en la habitación.

Cegado por la repentina claridad, entorno los ojos mientras papá avanza hacia mí y me quita el mando de las manos.

—Mamá nos dejó—le digo, pero da igual: nunca me escucha.

—¿Has estado jugando todo el tiempo que yo he pasado fuera? —me pregunta, agitando el mando delante de mí y con la mano libre cerrada en un puño—. Eso es lo que has hecho, ¿no?

—No, solo esta noche —balbuceo, encogiéndome ante la agresividad de su tono. ¿Cómo es posible que consiga cabrearlo tan rápido? ¿Qué me pasa? Me levanto del suelo y alzo las manos en señal de rendición—. Lo juro, papá. He hecho todos los deberes... ¡Hasta he estudiado esta mañana!

Papá me tira el mando, que me rebota en el hombro golpeándome la mandíbula a pesar de mi esfuerzo por esquivarlo. Furioso de repente, se vuelve hacia la tele y trastea en la parte de atrás para desconectar los cables.

El corazón me late tan deprisa que me duele mientras el miedo empieza a apoderarse de mí. Es completamente impredecible cuando se enfada, así que doy un par de pasos atrás, intentando protegerme.

Coge la Play y se la pone bajo el brazo, con los cables colgando por el suelo. Luego me echa una de esas miradas de desaprobación que odio tanto. Me hacen sentir culpable, y la verdad es que no sé por qué. No he hecho nada malo. ¿O sí? Solo estaba divirtiéndome un poco.

—No vas a jugar más a esto —me dice entre dientes. Está un poco alejado de mí, pero ojalá se separase más—. Y ahora a la cama, Tyler. Enseguida. — Se vuelve y va hacia la puerta con la consola aún en la mano, y no sé por qué se la lleva ni por qué se ha enfadado tanto. Antes de salir me echa una última mirada y cuando ve que no me he movido, está a punto de tirarme la consola —. No se te ocurra ponerme a prueba, me cago en todo —ruge, señalando a la cama—. He tenido los tres peores días de mi vida y esto es lo último que necesito.

No tiene que repetírmelo otra vez. Ya he aprendido por las malas lo que pasa si lo cabreo. Noto los ojos húmedos cuando me doy la vuelta, me meto en la cama y me tapo con el edredón. Me quedo boca arriba, temblando ligeramente, y lo miro mientras se vuelve hacia la puerta y apaga la luz.

—Papá —susurro. No sé qué es lo que he hecho mal, así que no puedo arreglarlo. Estoy llorando—. Lo siento.

Siento cabrearlo tanto. Siento no ser nunca lo suficientemente bueno. Siento no poder hacerlo feliz, como mamá, o Jamie o Chase. Siento decepcionarlo.

Papá se para en el pasillo, pero no se da la vuelta. Veo cómo sus hombros suben y bajan mientras respira, y despacio, sacude la cabeza. Justo antes de cerrar la puerta, oigo que murmura:

—No es suficiente.

Cierro fuerte los ojos en el oscuro silencio de mi habitación, con los labios temblando mientras lloro más fuerte.

Que él se disculpe tampoco es suficiente para mí.

Ahora

Estoy tirado en el sofá del salón, mirando a un punto indefinido del techo e intentando controlar esta sensación de mareo. Me pesa la cabeza y tengo el pecho agarrotado, pero así me siento siempre cuando estoy de resaca y de bajón. Chase está sentado en el suelo con las piernas cruzadas mientras mira la tele, sin apartar la vista de los dibujos animados de los domingos por la mañana, y el volumen, razonablemente alto, me sirve de ruido de fondo. Inhalo profundamente, cierro los ojos, contengo la respiración y luego dejo salir el aire. Dios, me encuentro fatal.

La noche de ayer fue un desastre. Recuerdo que Warren me tumbó de un solo puñetazo (de hecho, la mandíbula aún me duele), pero todo lo que sigue lo tengo borroso. Sí, sé que no era solo María lo que me tenía tan colocado. Por eso me siento tan horriblemente mal esta mañana. También recuerdo que Dave aún estaba despierto cuando llegué a casa a medianoche, no porque estuviera preocupado por mí, sino por Eden. Ella no había llegado a casa.

Aún no ha llegado.

Creo que yo también estoy empezando a preocuparme. La culpa es mía, porque fui yo el idiota que la llevó a esa fiesta. Y luego me largué y la dejé plantada. Pensándolo bien, no fue un movimiento muy inteligente. Eden no conocía a nadie. ¿Habrá intentado volver a casa andando? ¿Se habrá perdido? ¿Estará tirada en alguna cuneta? Mierda. Si tuviera su número, podría llamarla, aunque dudo que me lo cogiera. Dave ya la ha llamado un millón de veces, pero nada, y lleva toda la mañana dando vueltas por casa. Dice que va a esperar hasta mediodía antes de pasar a la acción, aunque no sé qué cojones quiere decir eso. Me mataría si supiera que la culpa de que ella no esté en casa es mía.

Me llevo las manos a la cara, aún tengo los ojos cerrados. No he dormido mucho. Estoy hecho polvo.

—Tyler —oigo que dice mamá con voz suave y tranquila mientras entra en el salón.

Me quito las manos de la cara y abro los ojos para mirarla. Tiene un aire como precavido cuando se sienta en el brazo del sofá enfrente de mí. Se cruza de brazos y me sonrío, pero no es una sonrisa feliz.

—Solo quería ver cómo estás. ¿Has pasado una mala semana?

La rutina de costumbre. Al menos una vez por semana, se preocupa por mí de esa manera tan seria, como si fuera mi psicóloga. Le gusta comprobar mi estado mental, y normalmente minimizo todo para protegerla. Si le contara la verdad tal cual, la mayoría de las semanas sufriría un colapso, la pobre. ¿Cómo le digo a mi madre que no me importaría morirme mañana? ¿Cómo le confieso que me odio a mí mismo, que mi vida es un caos y que no estoy seguro de cómo hacer que sea mejor? No puedo. Así que me limito a encogerme de hombros y a desviar la mirada hacia el techo.

—Las ha habido peores —comento. Prefiero mentir y tenerla feliz que decirle la verdad y romperle el corazón.

Deja escapar el aire y se queda callada un momento. Puedo sentir sus ojos azules observándome.

—¿Estás seguro? Parece que ha sido una semana muy mala, Tyler. Has estado más raro que de costumbre. ¿Qué pasa? —Me coge la barbilla y la mueve, obligándome a mirarla. Parece desesperada, asustada incluso, como si no quisiera escuchar la respuesta—. Háblame.

—No lo sé, mamá —le digo.

Pero la verdad es que sí que lo sé, y ella también. Estoy así por papá. Ojalá fuera lo suficientemente fuerte como para seguir adelante y no dejar que me afectase tanto, pero creo que voy a pasar así el resto de mi vida. Voy a estar siempre enfadado, me voy a sentir siempre inseguro, voy a estar siempre jodido. En el fondo, sé que debería intentarlo, que debería dejar todas las distracciones y pedir ayuda. Pero es que no sé por dónde empezar. Lo único que me da cierta paz mental es pensar que estoy en el fondo, que las cosas ya no pueden ir peor. Solo mejor, supongo. Algún día.

Mamá mira a Chase. Está tan absorto con la tele que ni nos oye hablar. Luego vuelve a centrarse en mí, mientras frunce el ceño.

—Por favor, Tyler, no me apartes —me ruega en un susurro—. Siempre

voy a estar de tu lado. Entiendo por qué te comportas así, pero no puedo aguantarlo. Hay más formas de tratar con esto, no solo rebelarse contra todo. Eras un niño tan feliz... —Se interrumpe y cierra los ojos mientras se lleva una mano a la boca, incapaz de continuar.

—Sí, hasta que ya sabes quién me convirtió en su saco de boxeo — murmuro mientras me incorporo y me quedo sentado. Chase está presente, así que tengo que medir mis palabras. Él no debe enterarse. Mamá niega con la cabeza, con los ojos todavía cerrados: mis palabras la han destrozado. Pero es la verdad, y eso es lo que ella quiere—. ¿Esperas que sea feliz, mamá? ¿Después de todo lo que ha pasado?

—No —susurra, y vuelve a abrir los ojos para mirarme. Su mirada está llena de remordimientos y culpa—. Pero no hay nada que desee más. Nada.

Se me encoge el corazón. Odio no poder decirle que seré feliz, odio ponerla triste. Agacho la cabeza y clavo la mirada en el suelo.

—Lo siento.

—Ni se te ocurra decir que lo sientes, Tyler —me corta abruptamente, mientras se pone de rodillas a mi lado para estar a mi altura. Me posa la mano sobre la rodilla y se le llenan los ojos de un dolor agonizante que solo nosotros dos podemos entender—. No hay nada por lo que te tengas que disculpar.

—Tú también dices siempre que lo sientes —susurro, con la voz rota.

Mamá consigue ponerme así. Me encanta que se preocupe tanto, que sea tan protectora, yo también lo soy con ella. Odio que se disculpe por lo que hizo papá: el error fue de él, no de ella. Me entran ganas de llorar cada vez que le veo esa sombra de culpabilidad en los ojos, porque no tendría que culparse por nada. Piensa que es una mala madre por no haberse dado cuenta del abuso que sufrí durante años, pero fui yo el que intentó por todos los medios que ella no se enterara.

—Porque tengo razones para disculparme —murmura, luego baja la cabeza y parpadea mirando al suelo—. Debería haber prestado atención, Tyler. Tendría que... tendría que haberme dado cuenta. Eres mi hijo. —Las lágrimas le brillan en los ojos, y le tiembla el labio inferior mientras susurra —: ¿Cómo no lo vi? ¿Cómo no vi en tus ojos que estabas sufriendo? —Pero no está hablando conmigo. No, se lo está preguntando a sí misma, y ojalá no lo hiciera.

Le agarro la mano que tiene sobre mi rodilla.

—Para, por favor —le pido, inclinándome hacia delante para mirarla.

Está en el suelo, ante mí. Me mata verla así, el corazón me late demasiado deprisa. Pero sería hipócrita por mi parte esperar que ella pudiese superarlo cuando yo mismo soy incapaz.

—Déjame hacer algo —suplica mamá mientras me coge las manos. Las aprieta con fuerza como si tuviera miedo a soltarme—. Déjame buscar ayuda. Iremos al mejor psicólogo de Los Ángeles. Por favor, Tyler, inténtalo.

—No puedo —digo negando con la cabeza convencido. Siempre que tenemos esta conversación, mi respuesta es la misma—. Aún no estoy listo para hablar del tema.

Casi noto cómo se le rompe el corazón dentro del pecho. Lleva un año intentando que vaya a terapia, y sé que sería lo mejor para mí, pero todavía no estoy preparado para abrirme a nadie. Le aprieto la mano.

—Un día lo estaré —añado, y se le ilumina la mirada a través de las lágrimas—. Te lo prometo. Pero aún no, ¿vale?

—De acuerdo, Tyler —murmura más tranquila—. Te quiero, ¿lo sabes?

Asiento, y ella me agarra la cara y me besa en la cabeza antes de irse. Aunque se nota que preferiría quedarse.

Dejo escapar el aire en una larga exhalación y noto cómo la presión de mi pecho desaparece mientras me inclino hacia atrás. Miro a la calle y entonces me doy cuenta de que el coche de Jake está aparcado fuera. Me levanto, voy hacia la ventana, observo atentamente a través de las venecianas y... No. No puede ser.

Eden sale del coche. Cierra la puerta, se dirige a casa y se pone la capucha. Lleva la misma ropa que ayer. ¿Ha estado con Jake todo el tiempo? No me jodas. Con ese gilipollas.

—¡Eh! ¡Eden ha vuelto! —dice Chase, apartando, por fin, los ojos de la tele.

—Sí, ya lo veo —mascullo apretando los dientes.

Las explicaciones no van a ser solo para Dave: a mí va a tener que darme unas cuantas. Le ordené que se alejara de Jake. ¿Tan ingenua es? Parece que sí. O eso, o es idiota. Y yo diría que no.

Mientras cruza el césped, salgo a toda prisa del salón, atravieso el vestíbulo y me dirijo a la puerta para recibirla. Ella ya está en el umbral, murmura un pequeño «Ah» sorprendido, y yo la cojo del brazo y rápidamente la meto en casa.

—Eh —se queja Eden, con voz de ultratumba, como si aún estuviera medio dormida. Mientras cierro la puerta de la entrada, ella se aparta de mí.

—Estás tomándome el pelo —digo en cuanto me vuelvo hacia ella.

Su cabello, que ayer llevaba bien recogido, está hecho un gurrño enredado y ladeado encima de la cabeza; mechones sueltos le caen por todas partes. Aún tiene restos de maquillaje debajo de los ojos. ¿Dónde ha dormido? ¿Ha dormido tan siquiera? ¿O ha pasado toda la noche enrollándose con Jake en el asiento de atrás del coche? Joder. Espero que no.

—¿Verdad? Tienes que estar tomándome el pelo.

Eden exhala y tira de los cordones de su capucha, mirándome en silencio.

—Te podría decir lo mismo —murmura al fin, pero esa no es la respuesta que esperaba. Esperaba algo que me confirmase que ella no ha caído en las redes de ese idiota. Se mete las manos en los bolsillos de la sudadera y ladea la cabeza—. Me llevaste a una fiesta con todos tus amigos porreros y pringados adictos al crack. ¿Estás loco?

—Chis. No levantes la voz —le ordeno levantando un dedo. Echo un vistazo a la cocina, donde están nuestros padres.

—Perdón —dice Eden, aunque no se molesta en bajar la voz. Cierra la boca con fuerza y su mirada parece retarme. Su postura es arrogante y su tono, arisco. La llevé a esa fiesta y luego le monté un pollo. Una vez más, vio un atisbo de mi lado malo, esa parte que soy incapaz de controlar—. Se me había olvidado que tu madre no tiene ni idea de lo patético que es su hijo.

Ojalá dejara de decir esa palabra. Patético. Ya sé que lo soy, pero oírsele decir es muy desagradable. Es como si supiera que me afecta, que me duele oírlo. Por eso la repite todo el rato. No porque sea un hecho, sino porque la puede usar en mi contra. Es mi debilidad. Casi es cruel por su parte, así que no me siento nada culpable cuando grito:

—¡Dave! Eden ha llegado a casa. —Y, como colofón, muestro una amplia sonrisa.

Eden abre a la vez los ojos y la boca, sin dar crédito.

—¿En serio?

—Enfréntate a las consecuencias —le suelto con sorna. Enfréntate a las consecuencias por andar por ahí toda la noche con el puto Jake Maxwell.

—*Tus* consecuencias —me replica. Cada segundo que pasa, se enfada más. Parece que le hago hervir la sangre—. Me obligaste a ir a esa fiesta.

—Y, sin embargo, recuerdo que estuviste de acuerdo.

—Me sorprende que te puedas acordar de algo —masculla. Y luego, para devolvérmela, decide ponerse condescendiente—. ¿Fue una noche sobria para ti? Lo dudo.

Se baja la capucha y toma aire cuando oímos movimiento en la cocina.

—Buena suerte —le deseo sarcástico, y me río mientras me apoyo contra la pared y me cruzo de brazos. Esto puede estar bien. Puro entretenimiento.

—¿Dónde demonios has estado? —explota Dave en cuanto aparece por el pasillo. Viene hacia nosotros, pero, por una vez, no me mira a mí. No, hoy no. Le toca a Eden—. ¿Sabes siquiera la hora que es? Es casi mediodía. ¿Dónde has pasado la noche? —la interroga, con la preocupación transformándose en rabia. Parece que se le vayan a salir los ojos de las cuencas—. Lo mínimo que podrías haber hecho es contestar al teléfono. He estado muerto de preocupación, Eden.

—Lo siento, yo... —empieza Eden, pero parece que las palabras se le quedan atascadas en la garganta. ¿Qué va a decir? ¿Qué explicación le puede dar? ¿Que la arrastré a una fiesta y luego la abandoné para que la rescatara don Ludópata, y que ha pasado la noche con un tío al que, básicamente, acaba de conocer? Como si pudiera contarle eso a su padre. Primero me mataría a mí, luego a Jake, y por último a ella. Un relámpago de miedo cruza la cara de Eden mientras deja vagar la vista por el pasillo, y me doy cuenta de lo vulnerable que es. Normalmente parece una tía segura de sí, siempre dice lo que piensa, pero ahora mismo, se la ve pequeña y aterrorizada. Y no es tan divertido como pensé.

—Estaba en casa de Meghan —me meto yo. No voy a dejarla tirada. Sobre todo después de lo que le hice ayer por la noche. La miro y trato de componer una expresión firme, para que sepa que tiene que quedarse callada mientras yo arreglo el desaguisado, y luego me concentro en Dave—. Ya te lo dije —miento.

Dave me mira perplejo durante unos segundos. Sus cejas no son más que una fina línea en medio de la frente.

—Eso no es verdad.

—Yo estoy bastante seguro de que te lo dije anoche cuando regresé, porque ella me pidió que te lo comentara —continúo, fingiendo inocencia. Hasta pongo ojos de no haber roto un plato, lo cual es difícil para mí, porque he roto mogollón—. ¿Recuerdas?

—No.

—Vaya, pues se me debe de haber olvidado —Me encojo de hombros como si lo lamentara mucho, y luego la miro otra vez—. Perdona, Eden. Fallo mío.

Dave permanece en silencio mientras nos mira, confundido. Está claro que no va a colar, pero al menos lo he intentado. Eden parece asombrada de que lo haya hecho. La verdad es que me siento culpable por lo que pasó anoche, así que lo menos que puedo hacer es tratar de que no se meta en problemas por mi culpa. Ella se limita a mirarme, con el desconcierto pintado en la cara.

—Para la próxima, no te marches sin decírmelo en primer lugar —pide Dave por fin. Increíble. Va a dejar que me salga con la mía con esta actuación terrible de chico inocente, aunque no parece nada contento con la situación—. Por cierto, vamos a salir a comer. Todos. Y eso te incluye a ti también, Tyler. Vestíos bien. —Me lanza una mirada de aviso. Me doy por enterado de que tendré que obedecer.

—Con qué facilidad sales de un apuro —le comento en cuanto Dave ha vuelto a la cocina.

Sí, he ayudado a Eden con una mentira de lo más cutre, pero ella estuvo toda la noche fuera sin avisar a su padre. Cuando me pillan a mí, ella me pone a parir.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta Eden. Me está mirando, mucho más calmada que hace unos pocos minutos, y le brillan los ojos por la curiosidad.

—¿El qué?

—Mentir por mí —me aclara encogiéndose de hombros—. No lo entiendo.

—Te debo una —respondo, y luego, para ser más claro, añado rápido—: Por llevarte a esa fiesta anoche. No lo pensé bien. Lo siento. —No se me da bien disculparme, así que aunque soy un poco cortante y directo, es lo mejor que puedo ofrecerle. Porque lo digo de verdad.

—¿En serio creíste que me gustaría estar cerca de ese tipo de cosas? —me pregunta, y ya está enfadada otra vez. Es un cambio muy sutil en el tono, pero lo noto. La voz es un poco más grave y se le incrementa la ronquera.

Me gusta esa voz cuando no está molesta, o enfadada, o suspicaz. Me gusta cuando... cuando habla. Pero no lo hacemos muy a menudo.

—Lo siento —repito. Sé que fue mala idea, y de verdad lo siento, así que espero que Eden se dé cuenta de que no me estoy disculpando por quedar

bien. Ya estoy suficientemente cabreado conmigo mismo, porque a lo mejor ella no habría acabado con Jake si yo no la hubiese llevado a la fiesta. Lo que me recuerda que...—. Así que estuviste con Jake, ¿eh?

—¿Y a ti qué te importa si estuve con él? —replica, lo cual solo lo confirma: ha pasado la noche con Jake. Va a tener muchas explicaciones que darme la próxima vez que lo vea—. Tú tienes una opinión sobre él y yo, otra. No quiero volver a hablar sobre eso, porque no tiene nada que ver contigo.

Tiene razón, no tiene nada que ver conmigo, pero si se parara un segundo a pensar por qué me afecta, se daría cuenta de que quizá yo no quiera que le hagan daño. Y no solo porque sea mi hermanastra y deba cuidarla, sino porque detesto pensar que Jake esté jugando con ella. Es demasiado lista, demasiado sabia para pillarse por un mierdas como él. Odiaría ver eso. Ella se merece algo mejor.

—Tengo que ducharme —digo para cambiar de tema. Desde luego que no voy a admitir que me preocupo. Porque Tyler Bruce no se preocupa—. Hablaremos de esto luego. Después de esa comida de mierda que tendremos que aguantar.

—¿Hablaremos de esto luego? —repite Eden. Suena como si no quisiera, pero aunque sea lo último que haga, no voy a permitir que Jake juegue con ella.

—Sí.

Me dirijo a la escalera para empezar a prepararme para esta primera salida de familia destruida. No es que lo esté deseando, pero tampoco tengo fuerzas para rebelarme. Mientras subo hacia mi habitación, le echo una última mirada a Eden. Ella también me mira.

—Y recuerda lo que te ha dicho tu padre, vístete bien.

No sé qué es lo que tiene esta chica, pero cuando estoy cerca de ella, soy una montaña rusa emocional. Nunca me descontrolo tanto con nadie como con ella. Ayer por la noche la cagué otra vez. Cuando discutimos... Bueno, no era Tyler Bruce quien estaba discutiendo. Era yo. Mi debilidad. Mi honestidad. Mi miedo. Incluso ahora, en este preciso segundo, soy yo mismo.

¿Y por qué lo sé?

Porque le estoy sonriendo.

Hace cinco años

No tengo hambre suficiente para comer. Estoy demasiado distraído, así que me dedico a pinchar trozos de verdura con el tenedor y a moverlos por el plato con desgana, con la vista fija en un punto de la mesa y la mente en trance. Es mediodía y la cafetería es una jungla. Como siempre. El zumbido de las conversaciones, los gritos ocasionales, las risas que resuenan de un lado a otro... Lo odio. Ojalá todo el mundo se sentara y se callase.

—Ey —oigo que grita Jake, mientras me tira una goma de borrar desde el otro lado de la mesa. Parpadeo y me obligo a volver a la realidad mientras levanto la cabeza despacio para mirar a mi amigo. Me sonrío desde su silla, y la luz de los fluorescentes se refleja en su aparato dental—. ¿Te apuntas?

—¿A qué? —pregunto.

Echo un vistazo a Dean en busca de alguna pista, pero se limita a poner los ojos en blanco y a seguir masticando la comida que tiene en la boca. Creo que ya están acostumbrados a mis desconexiones, aunque es algo que me gustaría ser capaz de controlar.

—Vamos a hacer las pruebas para el equipo del insti. Los tres. ¿Qué te parece? —dice Jake, y luego choca el puño con Dean. Me lo acerca a mí también, y cuando me quedo mirándolo sin expresión, su sonrisa se desvanece y suspira—. De fútbol, idiota. ¿Te apuntas o no? Todo el mundo sabe que si quieres ser alguien importante en el instituto, tienes que estar en el equipo de fútbol.

—Eres consciente de que aún faltan dos años, ¿verdad? —le pregunto, frunciendo el ceño—. Y no estoy seguro de que sea así en la vida real.

—¡Pues claro que es así! —dice Jake, apartando el puño.

Antes de que pueda decir nada más, la conversación se corta cuando

Rachael Lawson aparece de la nada y se sienta en el banco a su lado.

—¿De qué habláis, chicos? —pregunta, apoyando los codos en la mesa.

Nos mira a los tres desde detrás de las gafas llenas de marcas de dedos. A veces, ella y su amiga Meghan comen con nosotros.

—Rach, ¿por qué estás tan obsesionada conmigo? —bromea Jake, sonriéndole mientras señala el brazo de ella, que está rozando el suyo.

Jake siempre está haciendo payasadas. A veces me gustaría ser como él.

—¿Con ese aparato? Ni lo sueñes —contraataca Rachael; luego, de forma teatral, se separa unos centímetros de él—. El señor Hayes nos ha pedido a Meghan y a mí que nos ocupemos de enseñarle el insti a la chica nueva, así que sed amables. Aquí vienen.

—¿Hay una chica nueva? —pregunta Dean con curiosidad, pero no da tiempo a que Rachael responda.

Meghan Nguyen viene hacia nosotros, con el pelo negro moviéndose alrededor de los hombros, y detrás de ella, una chica a la que no he visto nunca por aquí la sigue. Yo tampoco sabía que había una chica nueva. Meghan se sienta en nuestro lado de la mesa al lado de Dean, y la nueva se coloca al lado de Rachael, enfrente de nosotros.

—¿Te vas a presentar? —dice Jake, inclinándose hacia delante para mirar a la chica nueva sin que Rachael se la tape.

Esta esboza una pequeña y confiada sonrisa mientras se aparta el fino pelo rubio detrás de las orejas. Tiene los ojos de un azul muy brillante, como el hielo, y nos estudia a todos uno por uno, paseando su vista alrededor de la mesa.

—Soy Tiffani, me acabo de mudar aquí. ¿Y vosotros?

—No es tímida —dice Jake por lo bajo con una risita y tapándose la boca con la mano, pero se le oye perfectamente. Luego, le echa a Tiffani una sonrisa—. Puedes llamarme Jake, y odio ser yo el que te lo diga, pero Rachael y Meghan están las dos loquiiitas por mí, así que contrólate.

—Cállate, friki —le sisea Meghan desde el otro lado de la mesa mientras Rachael le clava el codo en las costillas.

Sin embargo, los tres se echan a reír. Jake les toma el pelo todo el rato, pero siempre es de buen rollo.

—¿No estás nerviosa? —pregunta Dean en voz baja, en medio de las pullas. Inclina la cabeza hacia Tiffani, mientras la mira con desconfianza. Las

chicas nuevas no se muestran así de seguras tan rápido. Normalmente, apenas hablan hasta la segunda semana, como mínimo—. Soy Dean.

—¿Por qué tendría que estarlo? —pregunta Tiffani mientras pestañea y, con unos labios que tienen demasiado brillo, compone una sonrisa que parece inocente y sincera, pero que no lo es. He aprendido a leer las expresiones faciales mejor que nadie. Sus brillantes ojos azules se mueven hasta encontrar los míos y me pone morritos—. Y ¿qué pasa contigo, mudito? ¿Tienes nombre?

—Tyler —murmuro, mientras bajo la mirada a la bandeja de comida.

Odio a los desconocidos. Cuanta más gente me conozca, más posibilidades hay de que alguien descubra mi secreto.

—¿Te puedo llamar Ty?

Levanto la vista para mirarla, impasible.

—No.

—Qué aburrido —dice mientras pone los ojos en blanco y deja de prestarme atención como si no mereciera la pena. Saca su horario y le echa un vistazo a la vez que se muerde el labio inferior—. ¿Alguien tiene ciencias con la señorita Fitzgerald ahora?

—Tyler, creo —dice Meghan, y cuando la miro, se encoge de hombros un poco.

—El mudito —murmura Tiffani. Vuelve a mirarme y justo suena el timbre. El ruido en la cafetería se vuelve aún más insoportable mientras todo el mundo, incluidos nosotros, se levanta—. Puedes acompañarme a clase, Ty —dice mientras se pone una de las correas de su mochila y se aparta el pelo hacia atrás. Cuando rodeo la mesa, ella se me engancha del brazo—. Vamos. —Se vuelve hacia los otros y dice—: ¡Nos vemos luego!

Dejo escapar un suspiro, pero no me molesto en resistirme. Es nueva, supongo que estará esforzándose en causar buena impresión y simplemente se ha pegado al primer grupo que encontró. Aun así, murmuro:

—Tyler, me llamo Tyler.

Ahora

—Es bonito que estemos todos juntos —comenta mamá. Nos mira, sentados alrededor de la mesa, y una sonrisa cálida le ilumina la cara. Es la primera vez que comemos juntos como una familia de seis miembros en vez de cinco —. Deberíamos hacer esto cada domingo.

—Estoy de acuerdo —contesta Dave.

Los dos intercambian una mirada y apostaría a que él le está cogiendo la mano por debajo de la mesa.

—Yo no —añado, solo por el placer de hacerlos sentir incómodos.

Mi sonrisa no es sarcástica, sino lo siguiente. Luego bajo la cabeza, me cruzo de brazos y me quedo observando los cubiertos.

No quiero estar aquí, en especial con mamá y Dave dale que te pego con el rollo de la familia. No somos una familia. Dave no es mi padre. Eden es una extraña.

—¿Cuánto tiempo tenemos que estar aquí sentados? —pregunto poco después de que hayamos pedido.

No participo en la conversación que mantienen mamá y Dave, pero no soy el único: mis hermanos y Eden tampoco hablan con ellos. Ella se mantiene sentada en silencio a mi lado, y cada vez que la miro de reojo, está dándole vueltas a los pulgares. Dirijo la vista hacia mamá y Dave, al otro lado de la mesa, mientras me aflojo la corbata. Hace calor.

—Tengo mejores cosas que hacer —aclaro, aunque no sea verdad.

Dave me echa una mirada amenazadora, casi como si me retara a estropear este precioso momento, y la mano se le crispa alrededor del vaso.

—Alegra esa cara —pide mamá, medio en broma, pero luego su expresión cambia rápidamente y se pone rígida en su silla. Parece preocupada, igual que

esta mañana—. ¿Has tomado las pastillas hoy?

—Mamá —digo con dureza. ¿En serio le parece el mejor momento y lugar para hacer esa pregunta? Echo una rápida mirada a Eden para ver si se ha dado cuenta y, sí, por supuesto que sí. ¿Qué va a pensar ahora de mí?—. Voy a salir a tomar el aire —farfullo, y luego dejo escapar un bufido.

Me levanto de la mesa y me voy. Con los ojos clavados en la salida, apuro el paso mientras sorteo las mesas. Es domingo por la tarde, así que, por supuesto, está de bote en bote. Me quito la corbata mientras paso entre un grupito de gente, desesperado por llegar afuera de una vez. En cuanto lo hago tomo todo el aire que puedo y lo retengo en los pulmones. Luego, lo suelto y me apoyo contra la pared. Hoy el cielo está de un azul brillante y el sol pega fuerte y me da de lleno mientras miro la corbata, cuyo borde sostengo en la mano. Me recuerda a papá.

A medida que crezco, me veo más parecido a él cada vez que me miro en el espejo. Estoy empezando a ser igual que él cuando rondaba los veinte, y lo odio. Cada vez que me veo de traje y corbata, me asaltan los recuerdos de cuando él llegaba a casa del trabajo, cabreado por cualquier cosa, y descargaba su ira conmigo. Cuando iba así vestido, casi nunca estaba contento.

No quiero quedarme aquí, ni de coña. Quiero irme a casa y quitarme la puta camisa, coger una cerveza y relajarme. Mamá tenía razón. Sí que ha sido una mala semana, y por eso me alegro cuando meto la mano en el bolsillo y encuentro en su interior las llaves del coche de mamá. Odia dar marcha atrás, así que se lo aparqué yo cuando llegamos. Genial. Tengo un vehículo en el que huir.

Me dirijo al aparcamiento en busca del Range Rover mientras saco las llaves del bolsillo. El Lexus de Dave está al lado, porque, como descubrimos al salir de casa, una familia de seis ya no cabe entera en un coche. Conclusión: no me siento culpable por birlarle el coche a mamá, pueden volver en el de Dave.

Me acomodo en el asiento del conductor y me echo la corbata sobre el hombro. Sin embargo, aún no enciendo el motor porque me distraigo contemplando los arbustos que hay alrededor del aparcamiento a través del parabrisas.

No, hoy no me he tomado la medicación. ¿La tomé ayer? No me acuerdo, pero ¿qué importancia tiene? Llevo años con ella y sigo sintiéndome como el

culo, así que no parece que funcione. Me siento así todo el tiempo, siempre deprimido y melancólico, así que a estas alturas ya estoy acostumbrado.

Oigo un golpecito en la ventana del copiloto. Salgo de mi ensimismamiento y miro. Es Eden, que está fuera, al lado de la puerta, mirándome a través del cristal. Tiene el pelo suelto y juguetea con la punta de uno de los rizos negros que le caen sobre los hombros. A lo mejor está nerviosa, no sé. Pero me gusta que esté aquí fuera. Porque por mucho que parezca odiarme, no puede mantenerse al margen. A lo mejor le importo, al contrario que a la mayoría de la gente. Así que, por esa razón, decido bajar la ventanilla.

—¿Qué?

Da un paso atrás, para alejarse de mí y poner distancia entre ambos. Parece algo nerviosa. Probablemente sea porque estoy de un humor de perros, lo que significa que soy impredecible.

—¿Vas a volver adentro? —me pregunta.

—A la mierda con esa porquería —contesto—, no pienso volver.

Miro otra vez hacia los arbustos y aprieto la mandíbula. Sí, hombre, volver ahí dentro, lo que me faltaba. Con mamá y Dave intentando convertirnos en una familia feliz. Y aún menos después de que ella haya mencionado lo de la medicación. Menuda vergüenza, y, además, solo sirve para recordarme que estoy mal y que tengo que tomar esas pastillas para arreglarlo.

—Eres un tanto melodramático, ¿no crees? —dice Eden, y puedo notar en su voz cómo reprime un suspiro—. Tampoco ha sido tan tremendo. Solo te hizo una pregunta.

—¿Acaso eres estúpida? En serio... ¿lo eres? —la increpo volviendo la vista hacia ella. ¿Solo una pregunta? Es una puta movida para mí—. No entiendes una mierda, maldita Eden Munro.

A veces me gustaría que la gente descubriera la verdad, para que así pudieran entender lo que pasa. Pero a la vez, es lo último que quiero. Si se supiera, nunca me mirarían igual.

—Otra vez con lo mismo. Reaccionas de manera exagerada a cualquier pequeñez. Estoy intentando comprender qué demonios te pasa, pero me tratas como la mierda cada vez que te hablo, así que olvídalo —masculla Eden mientras pone los ojos en blanco—. Yo voy a regresar allí dentro porque no soy una imbécil egocéntrica que tiene una pataleta cuando las cosas no salen como ella quiere.

Sin esperar mi respuesta, se vuelve y se aleja por el aparcamiento con el pelo ondulando de un lado a otro. La miro por el espejo retrovisor, y me doy cuenta de que no quiero que se vaya.

Joder, ¿por qué hace esto? ¿Y por qué me gusta cuando me dice la verdad de una forma tan brutal? Exhalo, me inclino sobre el asiento del copiloto y la llamo a través de la ventanilla.

—Eden. —Rezo para que me oiga. Y sí que lo hace, porque vuelve la cabeza para mirarme—. Ven aquí —le pido con amabilidad—. Ven y súbete al coche, y seré sincero contigo y luego podemos volver los dos.

Parece que es una oferta a la que no puede resistirse, porque sus ojos se iluminan por un segundo, y luego da la vuelta del todo y retrocede. Enciendo el motor justo antes de que abra la puerta y se suba.

—Vale, ¿qué?

Joder, tengo que dejar de quedarme atontado mirándole los malditos labios. Cojo el volante con más fuerza mientras le sostengo la mirada. Me gusta ver el color verde de mis ojos reflejado en los suyos. De un tono avellana perfecto. No quiero que vuelva dentro. Quiero ser egoísta, quiero que se quede conmigo y así poder mirar cómo mueve esos labios mientras me dice todo lo que no soporto escuchar.

—Vale, ¿quieres sinceridad? —le pregunto. Llevo una mano a la palanca de cambios, intentando que no se dé cuenta. Estamos en el aparcamiento. Pero no por mucho tiempo—. Muy bien. Ahora te estoy siendo totalmente sincero cuando te digo que nos vamos a ir de aquí cagando leches.

Meto la marcha, piso el acelerador y el Rover de mamá sale por el aparcamiento dando bandazos hasta que por fin coge tracción. Nos vamos a casa, así que me dirijo hasta la salida y me incorporo al tráfico.

—Pero ¡¿vas en serio!?! —me grita Eden mientras se pone el cinturón de seguridad a toda prisa, como si pensara que voy a lanzar el coche al puto océano.

—Nada de serio —digo—, solo sincero.

—Llévame de vuelta —exige mientras pone la mano en el salpicadero.

Está vuelta hacia mí, con esos ojazos color avellana atravesándome. Parece evidente que nuestra huida repentina no le está resultando tan liberadora como a mí.

—¿De verdad quieres regresar? —le pregunto mientras me vuelvo para mirarla. Me voy un poco hacia un lado pero enseguida corrijo la dirección y

de nuevo clavo la vista en ella—. Mírame a los ojos y dime que quieres regresar a ese sitio y comer esa comida asquerosa y sentarte con tu padre durante una hora. Dime con sinceridad que eso es lo que quieres hacer.

—No— contesta al fin moviendo despacio esos labios grandes y brillantes. Joder, casi me la pego otra vez—. No quiero, pero sé que debo hacerlo, así que regresa antes de que nos maten a los dos. ¿Tienes siquiera permiso para conducir este coche?

—¿Y tú tienes permiso para verte así? —farfullo para mí mismo, porque la verdad es que empieza a frustrarme, pero lo digo demasiado alto y me oye.

Aprieta los dientes y gruñe:

—Vale, no tienes ninguna necesidad de insultarme.

—Por Dios, no era un insulto. —Piso el freno cuando llegamos a un semáforo, y la miro mientras me paso la mano por el pelo. Me está volviendo loco—. No vamos a regresar. Vamos a ir a casa para que yo pueda beberme una cerveza y para contarte que Jake está jugando contigo, ¿vale?

—Gracias, Tyler —dice tras un momento, con la voz cargada de sarcasmo—. Gracias por meterme incluso en más líos.

—Anoche fue culpa tuya —le recuerdo. Tiene el codo apoyado en el marco de la puerta y se está masajeando la sien—. Vale, yo te llevé, pero fuiste tú quien eligió no volver a casa, así que no intentes culparme a mí por eso.

—Vale —dice—. Pero nuevo lío: tu madre va a flipar cuando vea que su coche no está. ¿Cómo has conseguido las llaves?

—Relájate, caben todos en el coche de tu padre. —El semáforo se pone en verde, piso a fondo el acelerador y el motor ruge—. Y todavía las tenía desde que aparqué. Ahora, deja de distraerme, estoy intentando conducir.

—Inténtalo un poco más.

Y después de eso, se calla. Creo que está demasiado cabreada conmigo como para hablar, porque tiene los brazos firmemente cruzados, el cuerpo vuelto hacia la puerta y una mueca furiosa mientras observa el paisaje que vamos dejando atrás.

Intento concentrarme en la carretera, pero sigo echándole miraditas furtivas cada cinco minutos para ver cómo va, y cuando estamos cerca de casa, decido llamar a mamá. Se estará preguntando por qué Eden y yo estamos tardando tanto en volver.

—¿Tyler? —dice la voz de mamá a través del teléfono. Contesta bastante

rápido, al tercer tono—. ¿Vais a entrar de una vez?

—Ya, bueno, la cosa es que nos hemos ido —le suelto, con el teléfono pegado al oído y la otra mano en el volante. Mejor que lo sepa—. Lo siento, pero es que nos importa un pimiento el rollo ese de comer juntos como una familia. Estaremos en casa.

Y antes de que pueda gritarme o suplicarme que vuelva, cuelgo a toda velocidad y dejo el móvil en la consola central.

Eden me lanza una mirada de desaprobación, pone los ojos en blanco y sacude la cabeza, con la mandíbula apretada. Luego se vuelve hacia la ventanilla y se queda así durante el resto del trayecto, que no es mucho. Cinco minutos después hemos llegado a casa, y aparco rápido.

—Ve a mi cuarto —le ordeno mientras cruzamos el césped. Busco en el bolsillo las llaves de casa y las hago girar alrededor del dedo—. Voy a coger una bebida y luego vamos a hablar de ese capullo que te gusta tanto.

—No quiero hablar de nada contigo —dice Eden detrás de mí, mientras abro la puerta de casa.

Me vuelvo para mirarla y está parada a varios pasos de distancia, con los ojos echando chispas. Si lo que intenta es parecer amenazadora, no lo consigue. Solo parece una monada.

—Sube las escaleras y ve a mi cuarto —le indico otra vez, mientras me doy la vuelta para dirigirme a la cocina. Lo que necesito es una cerveza—. Me reuniré contigo en dos minutos.

Oigo cómo se cierra la puerta de la entrada y luego pasos en la escalera.

—Una aclaración —dice Eden mientras se dirige al piso de arriba—: subo para ir a mi habitación, no a la tuya.

—Entonces iré a tu habitación en dos minutos —le grito desde la cocina, mientras pongo los ojos en blanco.

No creo que llegemos a entendernos nunca, pero me gustaría. Empezaré por Jake, porque me sigue pareciendo fatal que pasara la noche con él. Igual piensa que continúo con el tema porque soy un gilipollas, pero no es así. Tengo que avisarla, y, como hermanastro suyo, debería controlarla. Mierda, eso suena un poco extraño.

Cojo una cerveza de la nevera, la abro y luego subo a la habitación de Eden. Cuando entro, está de pie al lado de su cama. Es un poco raro. Pero muestra su actitud habitual hacia mí: los brazos cruzados, los labios apretados y la mirada retadora.

—Vale, ¿por dónde empezamos? —digo. Echo un trago a la cerveza, mientras intento decidir cuál es la mejor forma de soltarle el sermón a Eden, y luego recuerdo que las verdades directas son lo suyo—. Déjame simplificarlo para ti: Jake Maxwell es el ligón más grande del año.

—Qué curioso, pensaba que eras tú —comenta.

¿Perdona? ¿De dónde cojones ha sacado esa idea? Soy un montón de cosas, pero un ligón desde luego que no.

—No, hay una gran diferencia entre Jake y yo —le explico mientras sacudo la cabeza—. Las chicas me buscan a mí, Jake busca a las chicas. ¿Sabes?, no es que me esfuerce a propósito para conocer a otras. Sencillamente topo con ellas en fiestas o lo que sea, tal vez coquettee un poco, a veces las beso si estoy borracho y Tiffani no anda por allí. Eso es todo —admito. Cojo otra cerveza, porque la necesito. Eden me escucha con atención, no aparta la vista de mí—: Jake, por otra parte, es un ligón. Tontea con las chicas durante semanas y a veces incluso durante meses, se acuesta con ellas, y luego no les vuelve a hablar. El tío hace esto con tres chicas al mismo tiempo. Te puedo garantizar que en cuanto te abras de piernas, desaparecerá. Siempre lo hace. Te saldrá con «Perdona, pero ya no siento nada» o con «Ya no puedo hablar más contigo, porque mi madre es superrestricta y dice que no puedo tener citas hasta que vaya a la universidad».

—¿Por qué me cuentas todo esto? —pregunta, mientras se pone las manos en la cadera.

—Porque sí.

Esa es la respuesta de niño escurrebultos que le doy a Eden. Se lo cuento porque no quiero que le hagan daño. Se lo cuento porque a lo mejor soy un egoísta, porque quizá no quiera que esté con Jake, porque lo que quiero es que se centre en mí. Pero no puedo confesarle todo esto.

—Eso no es una razón válida.

Le sonrío.

—Tampoco era válida la razón para salir del restaurante.

Tomo otro trago de cerveza, me vuelvo y salgo de la habitación.

Esa noche no puedo dormir. Doy vueltas, cambio de postura, pero no dejo de oír la voz de Eden. Lleva un buen rato hablando con alguien, no sé si con el altavoz puesto o por videochat, porque oigo muy lejana otra voz de chica que

le responde. Han estado hablando del instituto, de chicos y de la universidad. Y la verdad es que empieza a ser bastante molesto.

Me levanto de la cama con un bufido, luego salgo al pasillo oscuro y me agacho para coger el rúter que está debajo de la mesa. Lo apago, lo pongo de vuelta en su sitio, y luego regreso a mi habitación. En vez de meterme en la cama, me quedo de pie enfrente de la pared que separa mi habitación de la de Eden. Ya no la oigo, lo que me lleva a pensar que era un videochat. Menos mal que acabé con él. Escucho durante un minuto para asegurarme, y luego, cuando ya estoy seguro de que la llamada se ha acabado, doy tres golpecitos en la pared. No sé por qué. Lo he hecho de manera impulsiva, como si estuviera intentando llamar su atención.

Pasan varios segundos en los que aguardo, y luego, por fin, suena un golpecito desde el otro lado. Se me ilumina la cara y noto cómo se me relaja. Eden solo a está a unos centímetros de mí, solo nos separa una pared. Le respondo, cuatro golpecitos, más alto que la primera vez.

—¿Puedes parar? —pide Eden. Su voz suena un poco amortiguada, pero aun así percibo ese toque amenazador en su tono. Y me encanta.

—Yo corté la conexión a Internet —le digo—. Tu conversación me estaba dando dolor de cabeza. «Dios, Amelia, ¿no es Chicago totalmente genial? ¡La universidad es mi favorita en todo el mundo! ¡Es tan fantástica...! ¡Me encanta la psicología, y los deberes, y estudiar!» —la imito agudizando la voz.

—Ni siquiera he dicho eso —masculla Eden, y luego oigo un golpe contra la pared, como si hubiera dado un puñetazo o algo. Seguramente se imagine que es mi cara.

Dejo escapar una risa, pego la espalda a la pared y me deslizo hasta el suelo. Estiro las piernas delante de mí mientras apoyo la cabeza en la pared y miro al techo a través de la oscuridad de mi habitación. Doy continuos golpecitos con los nudillos en la pared con el único propósito de seguir molestándola.

—Podría hacer esto toda la noche. He oído que nadie consigue dormir en la universidad, así que puedes ir practicando. Te convertiré en una insomne en poco tiempo.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez lo irritante que eres? —pregunta Eden mientras su tono empieza a suavizarse hasta volver a su preciosa ronquera habitual.

—Ehhh, creo que nunca nadie me lo ha dicho —bromeo. No hago más que irritar a la gente, y Eden no es la excepción. De hecho, parece que la sulfuro más que a la mayoría—. ¿De qué manera soy irritante? Ilústrame, chica universitaria.

Solo estoy tomándole el pelo, espero que lo sepa. No estoy intentando molestarla; si no, no estaría sonriendo.

—Para empezar, has desconectado Internet y ahora no dejas de dar golpes en mi pared —dice.

—Técnicamente es *nuestra* pared.

Vuelvo a golpear con los nudillos. Casi me gustaría que esa pared no existiera, así podría estar mirando a Eden. Quiero ver su expresión.

—Sea como sea, es muy molesto, por favor, para —dice, pero no suena para nada a amenaza. Sus palabras pueden parecer una orden, pero su tono de voz dice otra cosa.

—No se puede.

Empiezo otra vez a dar con los nudillos, y otra vez, y otra. Me encanta jugar a molestarla.

Hay otro golpe desde su habitación, como si hubiera hundido el puño en la escayola, y me echo a reír. Estamos conectando, por eso me fastidia que de repente haya un silencio. No dice nada más. No da otro golpecito con los nudillos. Supongo que se habrá hartado, así que dejo escapar un suspiro y apoyo de nuevo la cabeza contra la pared, mientras sigo escuchando, por si vuelve a comunicarse. Hace diez minutos estaba deseando dejar de oírla, pero ahora ya no. Cierro los ojos, todavía sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared, y cuando los abro son casi las dos de la madrugada.

Bajito, doy un nuevo golpe en la pared, pero sigue sin haber respuesta.

Lo intento otra vez cuando me despierto a las cuatro, pero nada.

Incluso golpeo una última vez a las siete de la mañana, y cuando me vuelvo a quedar dormido, sigo deseando que ella me conteste.

Hace cinco años

—Oye, no tienes que pasarte toda la noche aquí —dice mamá cuando entra en mi habitación el domingo por la tarde. Viene hasta el escritorio y me sonrío, acariciándome el hombro. No sabe que está tocando un moratón—. ¿No quieres bajar a ver el partido? Creo que los 49ers van perdiendo, pero, bueno, quién sabe. Igual remontan. Al menos es lo que dice tu padre.

—No pasa nada —murmuro, sin levantar la cabeza, mientras sigo escribiendo.

Estoy haciendo resúmenes de lo que hemos visto en clase de geografía esta semana. Tengo un examen dentro de nada y no puedo suspender. Además, papá me dijo que tenía que estudiar esta noche.

—Te pasas la vida estudiando —comenta mamá, y aunque sigo sin mirarla, sé que está frunciendo el ceño. Lo noto en su voz—. No me malinterpretes, no me quejo, pero quizá deberías divertirme un poco también.

—Quiero estudiar —le miento.

Escribo todavía más rápido y con más fuerza, voy a acabar perforando el papel con el boli. Ojalá dejara de acariciarme el hombro. Me hace daño.

—¿Cómo es posible que tenga un hijo tan trabajador como tú? Soy una madre con suerte —dice mientras deja escapar un suspiro. Puedo notar cómo su ceño fruncido se transforma en una sonrisa. La conozco bien—. Oye, en serio, ya es suficiente por hoy. O bajas a ver el partido o me ayudas con la colada. Tú decides.

Se inclina sobre mí y me quita el boli de la mano. Empezaba a tener calambres, así que lo agradezco.

Giro el cuello para mirarla por fin, y resulta que lleva el cesto de la ropa sucia en la cadera y tiene una ceja levantada mientras me sonrío de forma

burlona. Fuerzo una sonrisa yo también, aunque no me siento muy feliz. Lo que estoy es agotado, como siempre.

—Vale, mamá, veré el partido.

—Muy bien, pues ¡venga! —dice ella con una risa y sacándome de la silla.

Me levanto a regañadientes, mientras ella da una vuelta por la habitación recogiendo algunas prendas sucias del suelo, y me dirijo al piso de abajo.

Desde fuera, oigo el partido en el salón y, con una paralizante sensación de miedo, me obligo a ser valiente y entrar. Con la barbilla levantada y fingiendo valentía, empujo la puerta. En la tele, el partido de los 49ers está en pleno apogeo, el volumen está altísimo. Jamie está en el suelo, tumbado boca abajo, con la barbilla apoyada en las manos y los ojos muy abiertos pegados a la tele. Acabará estropeándose la vista si se pone siempre tan cerca. En el sofá está Chase, sentado con las piernas cruzadas al lado de papá y comiendo patatas fritas de bolsa. Papá tiene una cerveza en la mano y sus ojos se clavan en mí en cuanto cruzo la puerta.

Aun así, yo mantengo la cabeza alta y la mirada en la tele mientras me siento en el sillón de enfrente. Sin embargo, no soy capaz de recostarme y relajarme. Estoy demasiado nervioso y siento que el miedo me paraliza.

—¿Qué haces aquí? —pregunta papá tras un par de minutos, con la voz relativamente baja en medio del ruido del partido. Despacio, toma un trago de cerveza mientras me mira entornando los ojos.

—Ver el partido —respondo.

Intento mantener la voz clara, segura. Lo miro una décima de segundo y luego vuelvo a centrar la vista en el televisor. «No te acobardes.» Por una vez, una siquiera, me encantaría ser capaz de defenderme. Yo también tengo derecho a ver el partido.

Oigo cómo deja escapar un suspiro enfadado y luego veo con el rabillo del ojo cómo se levanta, se me acerca y se me sienta al lado. Su rodilla roza la mía y vuelve su cara hacia mí.

—Deberías estar estudiando —me susurra.

—Ya he terminado —le digo.

No me gusta tenerlo tan cerca. Puedo sentir su aliento en la cara, y libro una batalla mental conmigo mismo para mantenerme firme. Si me muevo, soy débil. Si me retiro, soy débil. Si dejo que me diga lo que tengo que hacer, soy débil.

—¿Por qué ellos pueden ver el partido y yo no? —Señalo con la cabeza a

Jamie y a Chase, que siguen pegados a la tele. Papá y yo hablamos bajito, así que no pueden oírnos.

—Porque lo digo yo —responde él. Me da un pequeño codazo—. Vuelve a tu cuarto.

—No, voy a ver el partido con vosotros. Mamá me ha dado permiso —replico, y siento cómo la adrenalina me inunda el cuerpo y un escalofrío me recorre la espalda.

Nunca le había contestado a papá de esta manera, con determinación. Es casi satisfactorio, aunque a la vez me aterroriza.

Pero la valentía se convierte en miedo cuando papá aprieta los dientes y me coge por la camiseta con la mano que tiene libre. Se levanta, me arrastra con él y me empuja contra la puerta. Yo miro a Jamie y a Chase, pero están tan metidos en el partido que ni se dan cuenta de que papá me acaba de arrastrar por la sala, aunque lo haya hecho delante de sus narices. Mientras se sienta otra vez al lado de Chase, me mira con fiereza, como retándome a quedarme aquí y seguir desobedeciendo. Toma otro trago de cerveza, y finalmente me rindo y abandono el salón.

Completamente derrotado, me apresuro a volver a mi cuarto. Por suerte, mamá ya no anda por aquí y no puede preguntarme por qué he vuelto, así que cierro la puerta y me dejo caer al suelo, con la espalda apoyada en la pared. ¿Por qué no puede dejarme ver el partido? Ya he hecho los deberes. ¿No me merezco un descanso?

Pillo lo que tengo más a mano, la mochila del cole, y la lanzo al otro lado de la habitación. Golpea la pared de enfrente con un ruido seco, pero no me desahoga lo suficiente, así que le doy una patada a la silla y la tiro. Pero luego me siento culpable, así que me apresuro a recogerla.

—Tyler —dice papá, y me crispo con el sonido de su voz y su súbita aparición.

Tendría que saber que no me iba a ir de rositas después de haberle contestado, porque me ha seguido con la cerveza en la mano. Entra en la habitación y cierra la puerta, y ahí es cuando lo confirmo: va a ser otra noche mala.

Me quedo congelado en medio de la habitación y ya estoy empezando a centrarme en otra cosa, intentando desconectar mi mente para que los próximos minutos desaparezcan de mi memoria. Noto cómo el estómago se me revuelve mientras papá avanza hacia mí, y justo cuando estoy a punto de

cerrar los ojos con fuerza, él pasa a mi lado y se sienta en la silla de mi escritorio. Abro los ojos otra vez y lo miro atentamente mientras deja en la mesa el botellín de cerveza medio vacío y exhala bajando la cabeza.

—Perdóname, Tyler —dice, pero a pesar de la suavidad de su voz y de la culpa que hay en sus ojos verdes, no me lo creo. Siempre parece culpable, y probablemente lo sienta, pero no me creo sus disculpas. Me mira a través de sus espesas pestañas—. Mira, no iba a decírtelo todavía, porque quería darte una sorpresa, pero tengo entradas para el partido contra los Chargers el mes que viene —me dice tranquilo y con una leve sonrisa de disculpa—. Vamos a ir a San Francisco, solos tú y yo, colega. Sabes que Hugh lleva siempre a Dean a todos los partidos, ¿verdad? Pues los acompañaremos. ¿Qué te parece?

Su sonrisa se ensancha un poco y le salen arruguitas alrededor de los ojos. Este es papá, el de verdad. Este es él en el fondo. Este es el padre al que yo quería tantísimo.

—¿En serio? —le pregunto, abriendo mucho los ojos. Nunca me ha llevado al fútbol, pero sabe que siempre he querido ir—. ¿Vamos a ir a un partido?

—Pensé que te gustaría —dice, y, por una vez, casi parece avergonzado. Mantiene la mirada en la cerveza mientras pasa el dedo por la boca de la botella. Se queda callado unos segundos y luego echa un vistazo a los apuntes que siguen en mi mesa—. Has estudiado mucho hoy. Ven. Vamos abajo. Vamos a ver ese partido.

Y sonrío, sonrío de verdad, como solía hacer a todas horas.

Ahora

Cuando me despierto tengo el cuello rígido, así que lo estiro hasta que me cruje mientras bajo por la escalera. No solo dormí en el suelo, también en vertical. En vertical nada menos. Y ahora lo estoy pagando, pero voy a ir al gimnasio con Dean, así que espero que el entrenamiento suavice un poco esta rigidez.

Es un poco tarde, así que me dirijo a la cocina a coger algo de agua; ignoro a Dave cuando me lo cruzo en el pasillo y luego veo a Eden, que está cerrando la puerta del lavavajillas.

—Buenas —le digo al acercarme.

Ella se pone de pie y se vuelve, y al verme arruga la nariz con su expresión habitual de disgusto.

—Puf.

—Se supone que debes contestar con «buenos días» —digo, rozándole adrede el hombro mientras la aparto para dirigirme a la nevera. Abro la puerta y meto la cabeza dentro.

—No me has dejado dormir en toda la noche —se queja Eden.

Le echo una mirada. No estoy seguro de a qué se refiere.

—¿Eh?

—Los golpes.

Achina los ojos, aún mirándome.

Ah, eso. ¿Los oyó? ¿Por qué no contestó, entonces?

—No estaba dando golpes —le miento, y dejo escapar una risa—. ¿Acaso tu padre no te dijo que la casa está embrujada? Hay demonios por todas partes.

—Anda, cállate —dice, pero noto que está aguantando la risa—. ¿No

podías dormir o qué?

—No era eso —contesto, mientras cojo la botella de agua y me doy la vuelta. Cierro la puerta y doy un paso hacia ella, mientras me cruzo de brazos y levanto una ceja—. Esperaba que te despertaras y respondieras a los golpes.

—Lo siento. No estaba de humor para comunicarme contigo a través de la pared a las cuatro de la madrugada —me dice con cara de póker. Puedo ver cómo me mira de arriba abajo, como para estudiarme.

—Ay —digo, y mantengo la vista en su cara hasta que ella vuelve a mirarme. Luego, más por curiosidad que por seguir haciendo el tonto, le pregunto—: ¿Y esta noche?

Sus ojos bajan lentamente hasta mi pecho.

—¿Qué?

—Esta noche —repito. Enarco las cejas e inclino la cabeza hacia un lado—. ¿Devolverás los golpes?

—No, Tyler —dice despacio, y me mira a los ojos —, no quiero dar golpecitos de un lado para otro. Es extraño.

—Maldita sea.

Miro el reloj para ver cómo voy de tiempo, pero justo cuando estoy a punto de resoplar porque Dean aún no ha llegado, lo oigo saludar a mi madre en el pasillo.

Un par de segundos después, aparece en la cocina, haciendo girar las llaves del coche en el dedo.

—¿Estás listo?

—Tío, llegas veinte minutos tarde —digo, echándole una mirada. El gimnasio se peta después de las diez. Y ya han pasado hace un rato.

—Fallo mío —se disculpa Dean—. He tenido que parar a repostar.

Cuando le echo un vistazo a Eden, me doy cuenta de que lo he vuelto a hacer. Otra vez me he despistado y me he mostrado tal como soy. Pero ahora que Dean está aquí, no puedo permitírmelo. Por eso la miro y le digo en voz baja a mi colega:

—Me has dejado perdiendo el tiempo con esta pringada. Larguémonos de una vez. —Me siento como un gilipollas, pero es que Tyler Bruce es un gilipollas. Tyler Bruce es un imbécil. De todas formas, ni Eden ni Dean parecen sorprendidos. Los dos me miran sin decir nada, Eden con mala cara y Dean negando con la cabeza—. Tranqui, chicos —digo al instante—, es solo

un poco de rivalidad entre hermanos, ¿no es así, Eden? —Las palabras salen solas de mi boca, pero no suenan bien. «Hermanos.»

—No somos hermanos —aclara ella.

—Gracias a Dios —replico.

Me gusta que esté de acuerdo, porque no sé si soy el único que considera imposible pensar en ella en esos términos. No la puedo mirar igual que a Jamie y a Chase. Es diferente. Es... Bueno, ella es una chica. Y bastante guay, además.

Eden resopla y se va, sale al jardín por las puertas del patio y la perdemos de vista.

—Tío —dice Dean. Cuando me vuelvo para mirarle, niega con la cabeza despacio y se apoya en la encimera—. ¿Por qué le hablas así?

—Le hablo así a todo el mundo —le recuerdo, a la defensiva.

Abro la botella de agua y le doy un trago, evitando los ojos de mi amigo. Sé que me he pasado, pero Tyler Bruce es implacable.

—Sí, pero..., venga. —Dean deja escapar un suspiro. Después de Eden, ocupa el segundo lugar en la lista de los que más atentos están a mis cagadas. Un montón de veces me ha sentado y me ha preguntado si estoy bien. Siempre le he mentado y le he dicho que por supuesto: soy Tyler Bruce, el tío con la novia buenorra y el coche guay—. Es maja, ya sabes.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunto con tono agresivo.

No es que intente ser un imbécil con Dean, pero no puedo evitarlo. ¿Cómo sabe que Eden es maja? Ni siquiera la conoce. Yo tampoco, la verdad, pero al menos he pasado algo de tiempo con ella.

—La traje a casa el pasado fin de semana. Después de que tú fueras tan mamón como para dejarla tirada en la fiesta de Austin —me cuenta Dean. Se mete las manos en el bolsillo delantero de la sudadera—. Y estuvimos el sábado por la noche en un concierto de La Breve Vita. De nuevo, después de que tú la llevaras a casa de Declan. O sea, tío, ¿de qué vas? Jake tuvo que rescatarla.

—Sí, ya lo supuse —farfullo. No sabía que Eden hubiera ido a un concierto con Jake y Dean, lo que sí sé es que, al final, acabó pasando toda la noche con Jake—. La trajo a casa por la mañana.

Dean abre mucho los ojos.

—Guau. ¿En serio? —Aparta la vista y mira a las puertas del patio durante unos segundos—. Joder, sabía que se habían ido juntos después del concierto,

pero... no tenía ni idea de que había pasado la noche con él. —Baja la voz—. Pues parece que Jake la tiene en sus redes. En fin. Vámonos.

El corazón me va un poco deprisa, y echo miradas nerviosas alrededor, sin fijar la vista en ningún sitio. Me remuevo incómodo en el asiento y paso las manos una y otra vez por el volante de forma ansiosa. Llevo un montón de maría en la guantera.

¿Por qué cojones quiere quedar esta tía en el puto muelle? ¿No podía ocurrírsele otro sitio? Para ser un miércoles por la tarde está bastante lleno, y estoy aquí parado en el aparcamiento principal mientras un montón de gente va y viene. Vale que espero a alguien, pero cuanto más tiempo paso aquí sentado, más sospechoso parezco. Llevo varios días trapicheando para Declan, pero nunca había estado tan nervioso como hoy. Probablemente porque todas las demás entregas que he hecho no han sido en el puto sitio más concurrido de toda la ciudad.

Me vibra el móvil y doy un respingo. Espero que sea Stacey, la chica con la que me tengo que encontrar, pero no, es Tiffani. Me manda una foto de sus uñas, recién pintadas de un azul brillante. Probablemente para que le hagan juego con los ojos, o alguna mierda así. Yo qué sé.

Acabo de salir de la manicura.
¿Qué te parecen?

Son afiladas y me arañan la piel cuando me las pasa por la espalda, así que no me gustan. Pero si le dijera eso, me metería en una pelea, así que le contesto:

Son chulas. ¿Qué tal con las chicas?

Mucho mejor no buscarse problemas.

Bien, hemos decidido celebrar el cumpleaños
de Meghan en casa de Rachael el sábado,
así que no hagas planes.

Justo cuando estoy a punto de empezar a escribirle la contestación, me llega otro mensaje donde me dice:

No se lo digas a Declan Portwood ni a nadie de su pandilla. Son unos pringados y no queremos que venga esa gentuza a casa de Rachael.

Me muerdo el labio inferior. Si Tiffani supiera que yo soy uno de esos pringados, que ahora mismo, mientras hablamos, está trabajando para Declan, se moriría. Le prometí que no me metería en esta mierda, pero lo he hecho, así que ahora debo tener mucho cuidado. Si se entera..., no quiero ni pensar cómo se lo tomaría. «De acuerdo», le contesto. Y hasta le pongo una carita sonriente.

—Ey —me dice alguien a través de la ventanilla abierta del asiento del copiloto. Echo una mirada, y una chica con el pelo por la cara tiene la cabeza metida en el coche. El corazón me va a mil—. Tyler, ¿verdad? —Su boca forma una pequeña sonrisa, y, muy discreta, abre el puño cerrado y deja caer cincuenta pavos en el asiento. Es Stacey.

—Agáchate —murmuro, y noto que tengo la garganta superseca.

Hay gente vagando a nuestro alrededor. Estamos rodeados.

Stacey mete la cabeza aún más en el coche y puedo ver cómo lo examina; después, tras lo que parece una eternidad, localiza por fin la pequeña bolsa de plástico con el gramo de maría en el compartimento de la puerta del copiloto. Alarga la mano, la coge y luego se la mete en el bolsillo de los vaqueros.

—Gracias —dice—. Nos vemos.

Y sin más, se da la vuelta y se va, perdiéndose entre la gente que abarrota el paseo del muelle.

Bajo los hombros aliviado y dejo escapar una buena bocanada de aire. Aún tengo el corazón a mil, casi lo noto golpearme las costillas, así que me quedo un rato quieto, respirando con dificultad, hasta que siento que empiezo a calmarme. ¿Cómo puede Kaleb hacer esto todos los días? Solo llevo tres y ya estoy paranoico perdido.

De repente, alguien golpea en mi ventanilla, justo al lado de mi oído. Casi se me sale el corazón del pecho y vuelvo la cabeza a toda velocidad mientras levanto la vista, esperando que sea Stacey que viene a por más, pero es algo mucho peor que una universitaria fumeta. Es un poli.

Tiene las manos en la cadera, las gafas de sol puestas y la placa brilla a la luz del sol. Y me mira a través del cristal. «Lo ha visto. Me acaba de pillar.

Sabe perfectamente lo que estoy haciendo.»

El corazón se me vuelve a disparar latiendo como loco y me quedo sin aliento. Mientras bajo la ventanilla, siento que voy a vomitar, pero me limito a mirar al poli con expresión impasible, rogando para que no pueda sentir mi miedo.

—Bonito coche —dice con un par de gestos de asentimiento—. ¿De qué año es?

¿Qué? Frunzo el ceño, en silencio, mientras trato de adivinar si me está tomando el pelo o habla en serio, y luego me obligo a tragar saliva y contestar.

—Ehhh, del 2007.

¿En serio me está preguntando por el coche y no por el kilo de hierba que llevo en la guantera?

—Bonito —repite, luego da un paso hacia atrás e inclina la cabeza a un lado mientras comprueba las llantas. Yo sigo aquí sentado, sin dar crédito, con el corazón aún acelerado. Luego, vuelve a acercarse, pone la mano en la puerta y se agacha para mirarme—. Me resultas conocido —me dice. Se sube las gafas hasta la calva incipiente, y con eso el corazón ya se me para.

Lo reconozco, y una vez que leo el nombre en su placa no me lleva más de un par de segundos darme cuenta de quién es. Agente González. Nos conocemos, de cuando yo era pequeño. Hace años. Más de una vez. Estaba allí la noche que papá... La noche que todo terminó.

—Ehhh, no creo —respondo rápido, mientras bajo la vista al volante.

No puedo mirarlo a los ojos. No quiero que se dé cuenta de quién soy. Que se dé cuenta de por qué me conoce.

—No, en serio —insiste el agente González. Se inclina más hacia mí, como para analizar mejor mi cara—. Ah, eres el hijo de Ella Grayson, ¿no?

Lo miro. ¿En serio se acuerda de mí?

—Ya no es Grayson —mascullo. No tiene sentido negar quién soy. Ya lo sabe—. Pero sí, soy yo. Me llamo Tyler.

—¡Eso es! —dice, y su rostro refleja alivio, pero rápidamente se tensa y me mira unos segundos. Su expresión se vuelve solemne y la frente se le llena de arrugas mientras me mira fijamente. Compasión. Eso es lo que hay en sus ojos. Puta compasión—. ¿Cómo lo llevas? ¿Todo bien? —me pregunta con suavidad.

—Sip, bien —mascullo seco mientras miro otra vez el volante.

Nervioso, jugueteo con un hilo del roto de la rodilla de los vaqueros.

—Me alegro —dice, pero yo ni lo miro, y mucho menos le contesto. Sigo con la vista fija en el volante mientras el pulso se me acelera—. Cuídate, Tyler —añade González, y da una palmada en la puerta del coche antes de volverse e irse.

Al fin levanto un poco la cabeza, para observarlo mientras sigue su camino por el Paseo, vigilando el muelle. El agente González me caía bien. Siempre fue majo, y aún lo es. Me gusta que no haya hecho demasiadas preguntas. No me molan las preguntas, y especialmente odio la de «¿Estás bien?», porque la respuesta es no.

Hace cinco años

Papá está furioso otra vez.

No sé qué he hecho mal, pero lo que sí sé es que siempre es culpa mía. No se enfada con Jamie. No se enfada con Chase. No se enfada con mamá. Eso quiere decir que él no está haciendo nada mal. Soy yo. Yo soy el hijo que no planeó. El que lo obligó a cambiar su vida. El hijo por culpa del cual él tuvo que esforzarse tanto. Si se ha convertido en el monstruo que es hoy, es por mi culpa.

Es una de las peores noches. Ya estoy desconectado, en otro sitio, rogando para que termine pronto. Mamá ha salido con sus amigas. Se juntan para tomar algo una vez al mes. Puedo imaginarla perfectamente, estará riéndose. Me gusta la sonrisa de mamá. Es brillante y contagiosa. Ojalá estuviera aquí, ojalá pudiera ayudarme, pero, a la vez, quiero que esa sonrisa no se apague.

Creo que a papá le ha vuelto a pasar algo en el trabajo. No sé exactamente qué. Pero yo estaba estudiando como él quería. Estaba acabando los deberes mientras él trabajaba en la mesa de la cocina, revisando papeles y pasándose las manos por el pelo, histérico. Tenía que haber terminado los deberes antes de bajar por una bebida. Pero no lo hice. Solo me quedaba una pregunta. Me habría llevado un minuto.

Está gritando y diciendo palabrotas, tanto en inglés como en español. Sus ojos verdes son fieros y causan terror, así que cierro los míos. No opongo resistencia. Me lanza al otro lado de la cocina y me llevo una de las sillas por delante antes de chocar contra el resto. Aterrizo sobre la muñeca. Un breve y agudo dolor se me extiende por el brazo. Pero no está roto. No duele tanto.

Me levanto del suelo, tengo el cuerpo magullado y dolorido. Sus nudillos son como de acero. Puedo sentirlos cuando me golpean en el borde de la

mandíbula. Me está gritando algo, pero no registro sus palabras. Me retuerzo de dolor por lo fuerte que me está agarrando. Me empuja otra vez. Me golpeo la frente contra la encimera antes de caerme al suelo. Siento en la piel la calidez de mi sangre cuando brota del corte. Me levanto y lo toco con la punta de los dedos. Todavía no puedo abrir los ojos. Estoy esperando a que me vuelva a coger, a que me vuelva a gritar.

Pero lo único que oigo es el sonido de vidrio que se rompe. Y más palabrotas. Un rugido. Una respiración muy fuerte. Luego, pisadas que, por fin, no se acercan. Se desvanecen por el pasillo, y, como colofón, se oye un fuerte portazo.

Tengo la respiración fuera de control, rápida y entrecortada, y abro despacio los ojos, que están húmedos. La cocina es un desastre. Los papeles del trabajo de papá están desperdigados por todo el suelo, algunos rotos. Hay tres sillas volcadas. Las esquirlas de cristal están en el suelo delante de mí.

Me aparto de los cristales y me arrastro hacia atrás todo lo que puedo hasta quedarme en la esquina. Me acerco las rodillas al pecho, la muñeca me late, la frente me escuece, noto magulladuras por todas partes. Tiemblo sin control y, enterrando la cara en las rodillas, me echo a llorar.

Ahora

Es un alivio que llegue el sábado. Durante toda la semana he sido un manojo de nervios, y hoy me niego a seguir pasando para Declan. Necesito un descanso, tomarme un tiempo para aclarar las ideas y plantearme qué cojones estoy haciendo. Casi mejor que Tiffani no haya querido quedar hoy. Por lo visto, está esperando a que Rachael la llame para ir a su casa y ayudarla a preparar el cumpleaños. No estoy yo con mucho ánimo de fiesta, pero al menos será pequeña. O eso es lo que Rachael espera.

Acaba de dar la una y estoy sentado a la mesa de la cocina yo solo, vestido con un chándal y comiendo sin ganas el bocadillo de aguacate, lechuga y tomate que me he preparado. No tengo demasiada hambre, así que llevo unos veinte minutos intentando acabarlo. Ni tan siquiera me he molestado en encender la tele. Simplemente dejo vagar la vista a través del cristal de las puertas que dan al patio, mirando a nada en particular.

Ya sé que va a ser uno de esos días. Ya empiezo a sentirme algo triste, sin ningún motivo en particular. Se me pasará, claro. Al final siempre se me pasa. Andaré deprimido unas cuantas horas, cuestionaré mi vida y luego me reiré en la fiesta de esta noche como si fuera el tío más alegre del mundo entero.

Dejo escapar el suspiro que estaba conteniendo y bajo la vista al plato, luego lo aparto. No me gusta demasiado estar solo, al menos cuando me siento así.

—¿No tienes hambre? —pregunta mamá al entrar en la cocina.

Me sonrío con calidez como siempre, y me alegro, porque lo necesito ahora mismo.

—No mucha —murmuro mientras me encojo de hombros, desanimado.

Pongo el codo en la mesa, apoyo la barbilla en él y observo a mamá mientras coge mi plato y se lo lleva.

—Esta noche vamos a llevar a tus hermanos al partido de los Dodgers — deja caer. Echa los restos de mi comida a la basura, y luego mete el plato en el lavavajillas. Se vuelve para mirarme y se apoya en la encimera. Su sonrisa se convierte en la de quien sabe bien con quién trata—. Así que adonde sea que acabes yendo esta noche, pórtate bien. No hagas estupideces, Tyler.

La forma en la que enarca la ceja es elocuente, y sé a qué se refiere. Nada de beber, ni de fumar, ni de pasar la noche fuera.

Frunzo el ceño como respuesta y fijo mi atención de nuevo en el patio. El sol brilla y sus rayos parecen rebotar en el agua de la piscina, así que me concentro en ellos. Esta noche no quiero decepcionarla, aunque sé que lo haré.

—Tyler —dice mamá en voz baja y con un tono repentinamente diferente. Se sienta a mi lado, con precaución, veo la preocupación en su cara. No me gusta verla preocupada. El corazón se me acelera un poco cuando la miro—. Ayer por la noche encontré algo —murmura, con la voz un poco rota.

Saca ese algo del bolsillo y, con suavidad, lo pone delante de mí. Sus ojos azules parecen agrandarse por el dolor que siente, y se lleva una mano al pecho, mientras me pone la otra en la espalda.

—Supongo que no la habíamos visto.

Inhalo profundamente, exhalo despacio. Mamá asiente animándome, y luego bajo la vista al objeto que ella ha puesto ante mí. Es una fotografía de hace como un millón de años. Una foto en la que estamos papá y yo. El pecho se me encoge y miro el recuerdo que tengo delante de mí mientras mamá me acaricia la espalda. Está callada, me da tiempo para asimilarlo.

Estamos en el paseo del muelle al anochecer, el cielo es una mezcla de girones azules y rosas mientras se pone el sol en el océano que está detrás de nosotros. Soy pequeño, tendré seis o siete años, y me cojo del brazo de papá, acurrucado a su lado. Él también es muy joven y, tal como lo veo ahora en esta foto, con la sonrisa destellante que me dedica y los ojos verdes que brillan de calidez, me doy cuenta de que nos parecemos mucho. Cuanto más mayor me hago, más cuenta me doy. Tenemos los ojos idénticos. La misma piel morena. El mismo pelo negro y las cejas espesas. La misma mandíbula.

En ese momento éramos felices. Aún no habían empezado los días malos. Recuerdo perfectamente la primera vez que papá me pegó. Tenía ocho años,

y me quedé completamente desconcertado; él me dijo que jamás volvería a hacerlo, y yo lo creí.

No me doy cuenta de que tengo los puños cerrados hasta que mamá pone su mano sobre la mía. Me la acaricia con el pulgar hasta que, despacio, la relajo. No le gusta que me ponga furioso, pero sabe que a veces no puedo controlarlo. Esa es otra de las cosas que tengo en común con mi padre: el mal genio.

—Haz lo que te ayude a sentirte mejor —susurra mamá, y desliza algo en mi mano y cierra mis dedos alrededor.

Cuando la miro, sintiéndome más pesimista que enfadado, me sonrío triste. Se queda de pie y me pone la mano en el hombro, me besa en la sien y luego se va, dándome el espacio que necesito.

Miro hacia abajo y abro la mano. Dentro hay un mechero.

Cuando tenía quince años, llevaba tres sufriendo ataques de rabia y se había convertido en algo tan insoportable que necesitaba encontrar una forma de desfogarme más satisfactoria que colocarme. Quería borrar todos los recuerdos que tenía de papá, incluso los buenos. Lo quería fuera de mi vida por completo. Mamá habría hecho cualquier cosa que me ayudara a estar mejor. Y sigue siendo así. Por eso fuimos juntos al ático y cogimos todos los álbumes de fotos de mi infancia. A pesar de lo mucho que le dolió, me dejó encender una hoguera en el patio y quemar todas las fotos en las que salíamos papá y yo. Me hizo sentir bien, pero no fue suficiente para avanzar. Aún pienso en él todos los días.

Me levanto y pongo la foto delante de mí. Llevo el mechero conmigo mientras me dirijo a las puertas que dan al patio, las abro y salgo al aire libre. Hay una brisa suave que es agradable y refrescante. Me siento en el césped al borde de la piscina, me acerco las rodillas al pecho y cojo otra vez la foto, sosteniéndola con la punta de los dedos.

Miro otra vez mi sonrisa. Luego la de papá, y pienso: «Que le den». Que le den por arruinarme la vida.

Acerco el mechero a la esquina inferior de la foto y no dudo al encenderlo. Miro impassible cómo la llama prende en el papel. Se extiende rápido y convierte la versión más joven de mí en un churrusco ennegrecido, y hace luego lo mismo con la imagen de papá. Su cara desaparece convertida en ceniza, y dejo que la foto caiga a la piscina. Me siento aliviado cuando empieza a desintegrarse en el agua.

Ojalá el dolor también pudiera desaparecer.

Estoy todavía más deprimido que esta mañana. No han invitado a ninguno de los de la pandilla de Declan, y si ella supiera que me dedico a lo mismo que ellos, tampoco estaría en la lista. Es frustrante, porque justo hoy necesito un subidón más fuerte que el de la hierba. Y si no puedo encontrarlo en esa fiesta, tendré que conseguirlo por mi cuenta. Por eso voy a quedar con Declan dentro de un par de horas, antes de pasarme por casa de Rachael.

Son las siete y tengo toda la casa para mí solo, pero todavía es muy pronto para empezar a prepararme para la fiesta, así que salgo de mi habitación y estoy a punto de dirigirme escalera abajo para ver un rato la tele cuando veo a Eden subir la escalera con un vestido en el brazo.

—Parece que estamos solo tú y yo —la informo con una sonrisa burlona. Tyler Bruce nunca está de bajón. Tyler Bruce no tiene nada por lo que sentirse triste—. Están en el partido de los Dodgers. Los Angels van a perder seguro —añado, por si acaso se pregunta dónde están nuestros padres. Otra vez nos han dejado solos, pero me da igual. No habría ido al partido con ellos aunque me lo hubieran pedido.

—Lo sé —dice Eden, mirándome. No sonrío, así que me imagino que no está contenta de verme, a pesar de que llevamos siglos sin cruzarnos. Parece que entramos y salimos a diferentes horas—. ¿Te puedes apartar, por favor?

—Claro —digo, mientras me muevo para dejarla pasar. No tengo energía para portarme como un gilipollas con ella, probablemente porque mi yo real se siente una mierda. Estoy demasiado cansado como para ponerme a actuar. Eden pasa a mi lado, pero antes de meterse en su habitación se para y me mira—. ¿Qué?

—Vienes a casa de Rachael esta noche, ¿no? —pregunta con expresión curiosa y tono amable.

—Sí. —¿Por qué me lo pregunta? ¿Quiere que vaya o qué? Probablemente no. Apuesto a que ella pensaba que iba a contestar que no. Aun así, eso no significa que yo no tenga curiosidad. ¿Irá ella?—. Tú también vas a estar allí, ¿no?

—Sí.

—Guay —digo lo más despreocupadamente que puedo. Me pone de buen humor saber que ella también va a ir, a pesar de lo que pasó en la última fiesta. Ella me cuestionó, yo me puse furioso y monté el número, pero al

menos se preocupó por mí. Creo. Y si se preocupa, ya es más de lo que hace cualquier otra persona—. ¿A qué hora nos vamos para allá?

—¿Qué quieres decir con «nos vamos»? —pregunta Eden, poniendo los ojos en blanco. Se vuelve y abre la puerta del baño—. Yo voy a cruzar la calle sola. Sin ti. Tú, Tyler, puedes ir a la hora que quieras —murmura.

—Relájate —digo por lo bajo, entornando los ojos.

¿Por qué se pone así? Ni tan siquiera estoy siendo un imbécil con ella, y de todas formas parece que me sigue odiando. Es muy confuso, porque a veces, cuando se esfuerza tanto por comprenderme, creo que le puede interesar lo que yo tengo que decir.

Espera. Eso no es lo que quiero, no. Quiero que me odie. Necesito mantenerla a distancia.

Sacudo la cabeza mientras Eden entra en su cuarto, y sigo escalera abajo hacia el salón. Me tumbo en el sofá, pongo la tele y básicamente me dedico a dormir durante una hora y media mientras ella se prepara. Esta mañana no tomé la medicación, así que no he hecho nada más que vagar tristón por la casa. Me saltaría encantado esa parte y dormiría el resto de este día de mierda, pero Tyler Bruce no se pierde las fiestas, y mucho menos las de sus amigos, así que me obligo a subir a las ocho y media para darme una ducha. Si tengo que sobrevivir a esta fiesta, necesito espabilarme.

Me ducho, me peino con gomina, me pongo unos vaqueros negros y una chaqueta de cuero del mismo color y luego me echo colonia. Me tomaría una cerveza o dos antes de la fiesta, pero tengo que conducir hasta casa de Declan, así que de momento nada de alcohol. Le mando un mensaje.

¿Puedes pasarme algo ahora?

Un minuto después, me responde con un emoticono de pulgar arriba y un guiño.

Cojo las llaves del coche, meto el móvil en el bolsillo de la cazadora y apago las luces de la habitación; luego cierro la puerta. Salgo al pasillo justo en el mismo momento que Eden, y nos damos de bruces otra vez.

—Estoy a punto de ir —dice de mala gana, y suena como si intentara no lanzar un suspiro. Frunce el ceño y, a pesar de haberme dicho antes que no quería que la acompañase, me pregunta—: ¿Vienes conmigo?

No puedo evitar mirarla sorprendido. De nuevo parece otra persona, casi

como el día de la fiesta de Austin de hace un par de semanas, pero mejor. El pelo le cae por la espalda en una cascada de ondas negras y sus ojos brillan plateados, con las pestañas enormes y las cejas negras y definidas. Paseo mi mirada por su cuerpo, tomando buena nota. Es bajita, pero sus tacones hacen que sus piernas parezcan más largas, y esta vez lleva un vestido que le pega mucho. Es de color melocotón y entallado pero no demasiado ceñido, y me detengo en su escote un poco más de lo que debería.

—En realidad tengo que salir a toda prisa —balbuceo. De repente noto la boca seca.

Eden baja la vista y se cruza de brazos, como si quisiera taparse de mi mirada. Cuando mira arriba de nuevo, pregunta:

—¿Adónde?

—A un sitio. —Mierda, espero que no se ponga a interrogarme. No quiero cabrearme con ella. No quiero volver a verle ese brillo de miedo en los ojos, aunque no sea más que por un segundo—. Ve tú —le indico, y mentalmente estoy rogando para que, por una vez, por una sola, haga lo que le digo—. Yo llegaré en unos veinte minutos.

—Pero ¿adónde vas?

Hala, otra vez la misma historia. Va a interrogarme hasta que explote. Esta vez me niego a saltar. Me está mirando a través de sus pestañas negras y largas y sé que está preocupada de verdad. Sus labios rosa brillante están ligeramente abiertos mientras espera mi respuesta.

—Maldita sea, Eden.

Levanto la mano en el aire y me aparto, resguardándome en la seguridad de mi habitación, pero, por supuesto, me sigue. Es testaruda de cojones.

—¿Por qué te enfadas? —pregunta con tranquilidad en la penumbra de mi habitación. Cuando la miro, puedo ver el brillo de esos ojos que no aparta de mí. Poco a poco se van perfilando sus contornos—. Solo te he preguntado adónde vas.

—He quedado con alguien, ¿vale? —le contesto, con la voz alta y el tono cabreado. Ya estoy perdiendo el control, mucho más rápido que otras veces, noto cómo me empieza a hervir la sangre. Tiene que dejar de enfadarme—. Tengo que recoger unas mierdas y tú tienes que dejar de darme la lata con el tema.

Y ahora mismo necesito esa mierda más que nunca.

Eden se queda callada. Observo su expresión: un lienzo en blanco que

poco a poco se va llenando de decepción.

—Has quedado con Declan —dice en medio del oscuro silencio. Es una afirmación—. Él no va a la fiesta, así que vas a salir porque has quedado con él, ¿verdad? —Habla despacio y mantiene la voz baja.

Cierro los ojos y tomo una buena bocanada de aire. Ella lo sabe. Lo sabe, joder, y por eso va a comerme la cabeza. Me encanta que se preocupe, que me rete, pero ahora mismo no puedo con ello. Estoy desesperado.

—Vete a la puta fiesta de una vez —le susurro contenido cuando vuelvo a abrir los ojos.

—No —dice, y ahora levanta la voz. Los rasgos se le endurecen con determinación mientras da un paso al frente para acercarse a mí—. No voy a permitir que salgas a encontrarte con él.

—Eden —digo su nombre con amabilidad, con firmeza. Luego, me acerco yo también, acortando aún más la distancia entre nosotros. Me inclino hacia ella, mi cara está a escasos milímetros de la suya, y fijo mis ojos en los de ella. Compongo la mirada más amenazadora que puedo, con los ojos como dos rendijas, y toda mi rabia acumulada dentro—. Tú no puedes hacer nada al respecto.

—Tienes razón —admite, pero su voz está teñida de furia y exasperación.

Niega con la cabeza y en esos brillantes ojos suyos de color avellana puedo ver una mezcla de todas las cosas que he aprendido a odiar. Decepción, preocupación, desaprobación y, sobre todo, pena. Siente lástima por mí, y ese es el peor sentimiento del mundo.

—Yo no puedo hacer nada, porque *a ti no te importa*. No te importa el hecho de que a mí me preocupa que una noche sufras una sobredosis o tengas una mala reacción o termines muerto. No te importa tener diecisiete años y ser adicto a la coca. No te importa, ¿no es así? —Se para un segundo, pero no voy a responderle, porque ya sabe que tiene razón—. A ti solo te importa parecer guay en las fiestas, intentas impresionar a la gente con esa imagen de cabrón que intentas representar. Es patético.

Y ahí está esa palabra otra vez. Sin embargo, es verdad. Soy patético. En eso tiene razón, pero en otras cosas que ha dicho no. No intento impresionar a nadie. Solo intento resistir, sobrevivir.

—Esa no es la razón por la que lo hago —le digo con tranquilidad, mientras niego con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué? —implora con desesperación. Está tan cerca de mí

que lo único en lo que puedo centrarme es en la puta compasión que veo en su mirada, y siento lo mucho que pesa sobre mí—. ¿Acaso lo haces porque intentas encajar con esos amigos aburridos que...?

—¡Porque es una distracción! —la interrumpo de un grito. Joder, ya lo he dicho. Cierro los ojos para no tener que mirarla, para no ver la pena que le da un tío que depende de las distracciones para poder aguantar otro día más. Me tomo un minuto para consolarme mientras respiro profundamente—. Es una puta distracción —murmuro casi sin voz. A veces siento que tengo que repetírmelo a mí mismo también.

Despacio, abro los ojos otra vez y veo a Eden mirándome en silencio. Me siento furioso. No solo con ella, también conmigo. Estoy enfadado conmigo por ser tan idiota y con ella por saberlo. Me cabrea que me lea el pensamiento. Me cabrea que mi fachada no funcione con ella. Me cabrea ver, por una décima de segundo, comprensión en sus ojos avellana.

—Y ahora mismo —admito—, me vendría muy bien una maldita distracción.

De repente, las manos de Eden están agarrando mi mandíbula mientras pega su cuerpo al mío. Sus labios chocan contra los míos tan rápido que me quedo paralizado por la sorpresa. Puedo sentir su calor y toda la energía que hay entre nosotros, y cierro los ojos, absorbiendo el roce de su boca sobre la mía. El fuego que me ardía en el pecho se calma y lo sustituye algo nuevo que no alcanzo a definir. ¿Alivio? No, no puede ser. Pero de repente no pienso en otra cosa que no sea ella. Estoy besando esos labios. Esos labios grandes y jugosos que han sido mi debilidad desde hace semanas. No me di cuenta de por qué tenían ese efecto en mí, pero ahora por fin caigo: quería sentirlos contra los míos. Estoy a punto de extender la mano para acariciarle la cara, para besarla de verdad, cuando, despacio, noto cómo se aleja de mí.

Abro los ojos parpadeando y me encuentro con los suyos. La miro, hechizado, mientras se aparta. Su expresión está llena de miedo y alarma, y me doy cuenta de que le tiemblan las manos. ¿Acaba de besarme? ¿En serio?

Entonces algo cambia. Una idea me golpea con fuerza.

Es alivio lo que siento. Llevo semanas preguntándome qué es lo que tiene Eden que me atrae tanto, preguntándome por qué me gusta que se preocupe por mí, por qué no soy capaz de ser Tyler Bruce con ella como con todos los demás. Y ahora por fin lo entiendo. Es porque me gusta esta maldita chica. Me gusta que me altere. Me gusta que me haga sentir incómodo, que me

ponga a prueba, que me haga superar mis límites. Me gusta que se preocupe por mí como nadie más lo hace. Me gusta no tener que fingir, aunque la persona que soy resulte patética y trágica. Y me gusta su voz ronca y sus labios grandes y sus ojos de color avellana.

—No ha sido mi intención. No sé..., no sé qué ha sido eso. —Empieza a balbucear, con esa voz frágil y ronca, justo como me gusta, mientras deja escapar las palabras. Es como si quisiera darme una explicación, pero no tuviera ninguna. Le estoy mirando la boca, embobado, mientras sus labios se mueven. Me muero por tocarla otra vez—. No..., no... Lo... lo siento. Estaba intentando... distraerte... Yo...

Soy yo quien se lanza esta vez. Doy un paso al frente y le cojo la cara con ambas manos mientras acerco mis labios a los suyos. Estoy tan desesperado por volver a sentirlos, que la beso todo lo fuerte que puedo, mientras enredo los dedos en su pelo. Mi cuerpo está pegado al suyo de nuevo y no me doy cuenta de que la estoy empujando hasta que golpeamos la pared. Esta vez la beso de verdad, como debe ser, como tendría que haber hecho hace un segundo. Profunda e intensamente, rápido y desesperado. Y ella responde a mi beso. Nuestros labios se buscan y se encuentran, ella tiene las manos en mi pecho y está temblando. Bajo la mano hacia la espalda y la atraigo más a mí, luchando por tener más, pero entonces me quedo congelado.

Eden es mi hermanastra.

Estoy besando a mi hermanastra.

Rápidamente dejo de besarla y con la misma fuerza con la que la deseo, me obligo a apartarme de ella. Dejo de tocar su cuerpo. Doy un paso atrás. Nos miramos con la misma expresión en los ojos mientras respiramos entrecortadamente en medio del silencio. Es una mirada de desesperación, de culpa.

Ella también se ha dado cuenta.

Somos hermanastros.

Hace cinco años

Desde el momento en que me levanto a la mañana siguiente, ya sé que algo va mal. Tengo la muñeca hinchada y palpitando, y me muero de dolor cada vez que intento mover un dedo. Vestirme es un sufrimiento, y me da náuseas pensar en bajar a desayunar. No tengo forma de esconder de mamá la tirita de la frente, así que mientras obligo a mi cuerpo maltrecho a descender la escalera, despacio, empiezo a estrujarme el cerebro para inventarme una excusa que aún no haya usado. No puedo decirle que me caí por la escalera otra vez, porque es imposible que alguien sea tan patoso.

Me castañetean los dientes cuando me detengo en el pasillo, no porque haga frío, sino porque tengo miedo a entrar en la cocina. Puedo oír la voz de mi padre, amable y suave, mientras habla con mamá. Chase se ríe. ¿Por qué son todos tan felices?

Contengo el aliento y reúno el coraje necesario para entrar. Mamá está de espaldas a mí, ordenando el cajón de los cubiertos, y mis hermanos y papá están sentados a la mesa. Ninguno sabe lo enfadado que estaba él ayer por la noche, completamente fuera de sí. Ahora está calmado, sentado cómodamente en la silla con una sonrisa de satisfacción en la cara y una taza de café en la mano. Cuando entro, sus ojos enseguida se fijan en los míos, y la sonrisa desaparece. Dejo de respirar mientras él me mira de arriba abajo, y cuando repara en la tirita de la frente, puedo ver cómo se le tensa el músculo de la mandíbula. Los ojos se le llenan de culpabilidad y baja la mirada.

—¿Qué has hecho ahora, Tyler? —pregunta mamá cuando se vuelve.

La miro, aún contengo la respiración, y ella frunce el ceño, se lleva una mano a la cadera y con la otra, que sostiene una cuchara, me apunta a la frente.

—Ayer por la noche resbalé al salir de la ducha —le digo. Estoy mintiéndole a la cara, las mentiras salen sin problemas a través de mis dientes apretados, y me doy cuenta de que soy muy buen actor, porque mamá no es consciente de que estoy mintiéndole—. Me golpeé la cabeza en el lavamanos. Pero no es nada —murmuro.

Papá aún está cabizbajo y con la mirada clavada en el suelo. Me siento a la mesa al lado de Jamie.

—Nunca he conocido a nadie con tan mala suerte como tú, hijo — comenta mamá con su mueca de desesperación habitual.

Pone las tostadas en la mesa y me pasa la mano por el pelo. Como siempre.

—¿Desde cuándo tienes la muñeca tan gorda? —pregunta Jamie.

Lo observo con el rabillo del ojo y veo su mirada, llena de una curiosidad malsana, clavada en mi mano hinchada.

Papá sube la mirada y parpadea mientras me mira. El horror inunda poco a poco sus rasgos y se sienta muy derecho en la silla. Estoy a punto de esconder el brazo bajo la mesa, cuando mamá me coge del hombro y se inclina sobre mí.

—¡Madre mía! —grita, y se queda con la boca abierta. Me mira la muñeca, alarmada y con los ojos abiertos como platos—. ¿Qué has hecho?

—No pasa nada —digo.

Rápidamente, escondo el brazo bajo la mesa, apartándolo de la mirada de mis padres, pero el súbito movimiento hace que una oleada de dolor se expanda por él. Me contraigo y fijo la vista en el suelo. Cuanto más me miro la muñeca, más rara la veo. Casi está doblada, pero no puede estar rota. Otra vez no.

—No, claro que pasa algo, Tyler —dice mamá, y se vuelve, coge el móvil que está sobre la encimera y marca histórica—. Voy a llamar al doctor Coleman —informa, con los ojos fijos en el teléfono—. Vamos a pedir cita para la revisión. Hoy no vas a ir a clase. —Se lleva el móvil a la oreja mientras espera a que le contesten, y se muerde ansiosa el labio inferior mientras me mira otra vez—. ¡Está muy hinchada! ¿Se te ha infectado o algo?

—¡Yo quiero verla! —dice Chase.

Lleno de emoción, se desliza de su silla y viene hacia mí. Cuando llega a mi sitio, se inclina para intentar ver la muñeca debajo de la mesa. De mala

gana, la levanto un poco y él la contempla fascinado. No creo que le pareciera tan admirable si supiera que fue nuestro padre quien me la puso así.

—¿No tienes juicio esta mañana? —oigo que papá le pregunta tranquilamente a mamá.

Con Jamie y Chase inspeccionando mi muñeca, yo me las arreglo para echarle una mirada a él. Tiene los codos apoyados en la mesa y se inclina hacia delante, con las manos entrelazadas. Su voz suena más suave de lo habitual, debe de ser porque se siente más culpable que de costumbre.

—Mecachis. Sí —suspira mamá.

Con el teléfono aún en la oreja, aún sonando, se masajea la sien con la otra mano.

—Lo llevo yo —se ofrece papá—. No te preocupes. Hoy tenemos un día tranquilo en la oficina. Se las arreglarán bien sin mí.

Mamá suspira aliviada y su cuerpo se destensa mientras intercambia un gesto de asentimiento con papá. Parece que, en ese momento, alguien responde la llamada, porque mamá dice:

—Con el despacho del doctor Coleman, por favor.

Y sale de la cocina para hablar con menos ruido.

No sé por qué papá se ha ofrecido a llevarme a la consulta del doctor Coleman. Creo que es por la culpa, pero la verdad es que no quiero estar solo con él después de todo lo que pasó ayer por la noche. Le tengo más miedo que nunca, y ahora me preocupa que se vuelva a poner como loco conmigo por haber llamado la atención. Intento verle los ojos, para descubrir si va a ser un día malo, pero no puedo: tiene la cara enterrada en las manos.

Ahora

—Mierda —mascullo.

Noto cómo el pecho se me mueve a toda velocidad debido al latido desbocado del corazón. Es imposible. No acabo de besar a Eden, y no puede ser que ella me haya besado a mí primero.

La miro, completamente alucinado, intentando encontrar el sentido a lo que acaba de suceder. Con los ojos abiertos de par en par, Eden me contempla, paralizada, casi presa del pánico, pero también tan confundida como yo. ¿Se da cuenta de lo que acaba de pasar? ¿Es consciente de lo que significa esto que acabamos de hacer? Es que además de que ella sea mi hermanastra, yo tengo novia. Que me está esperando en la casa de enfrente. Soy un completo idiota. Estoy furioso conmigo por ser tan estúpido.

—Me voy a casa de Rachael —mascullo.

Me subo la cremallera de la cazadora y me vuelvo hacia la puerta.

Necesito escaparme de aquí, de Eden. Necesito espacio para acabar de procesar esto y para decidir si eso de lo que me acabo de dar cuenta es, de hecho, así. Porque ahora mismo, deseo con todas mis fuerzas que no lo sea.

Estoy desesperado por salir de casa. Bajo la escalera a toda prisa, saltando los escalones de dos en dos, y salgo en estampida por la puerta de casa. Fuera, por fin tomo varias bocanadas de aire fresco. Me quedo parado en el césped durante un minuto con las manos en los bolsillos de la cazadora y la cabeza echada hacia atrás, contemplando el cielo, que empieza a oscurecerse. Justo cuando pensaba que mi vida no podía ser más desastrosa, voy y cometo un puto pecado. «Muy bien, subnormal.» Eden no es mi hermana de verdad, pero aun así, la situación es muy rara. Me estoy poniendo enfermo, y sé qué la única forma que tengo de superar este bache es hacer lo que mejor se me

da: distraerme con un montón de alcohol. Paso de Declan. No tengo tiempo para atravesar la ciudad. Necesito algo ya, y si lo que hay a mano es alcohol, pues bienvenido sea.

Dejo de mirar al cielo y dirijo la vista al otro lado de la calle. En casa de Rachael todas las luces están encendidas y puedo oír, aunque tenue, cómo la música retumba. Desde fuera no parece que haya una fiesta. Tiffani me dijo que querían hacer algo íntimo, imagino que, más que nada, para que los padres de Rachael no la maten.

Cruzo la calle a paso rápido, y cuando llego al porche de la casa, me detengo para recomponerme mentalmente. «Sé Tyler Bruce. Sé guay. Sé feliz.» Tyler Bruce no acaba de besar a su hermanastra. Fui yo. Y casi me desmayo allí mismo, así que abro la puerta y entro en casa de Rachael, componiendo una estúpida y falsa sonrisa. Necesito cerveza. Un montón de cerveza.

Todavía no hay mucho jaleo. Aún es pronto, pero la gente está empezando a llegar, así que Rachael da la bienvenida a la gente en la puerta de entrada. Viene hacia mí contoneándose, con la mirada ya vidriosa y desenfocada, y me pone mala cara, como si la hubiera insultado con mi mera presencia.

—¿Dónde está Eden? —me pregunta de inmediato. Ni tan siquiera me saluda—. ¡Se supone que ya tenía que estar aquí!

—No lo sé —miento, y luego paso a su lado con cara de póker.

No voy a hablar de Eden. No voy a comentar nada de ella, ni pronunciar su nombre, ni tan siquiera pensar en ella. Entro a la cocina y echo un vistazo al montón de bebidas que cubren la mesa. Soy tan gilipollas que no me he traído mi propia priva, pero qué le vamos a hacer. Hay suficiente para ir tirando. Delante de mí, hay un pack de cervezas que ya está abierto, así que empiezo por coger una lata.

De repente, alguien se me arrima mucho por detrás. Me apoya la barbilla en el hombro y me pasa la mano por el pecho, deslizándola bajo la cazadora.

—Mmm —murmura Tiffani con tono seductor—, ya estás aquí.

—Ah —digo, mientras me vuelvo para mirarla. Es la última persona a la que querría ver ahora—. Hola.

Tiffani me mira mientras me echa los brazos al cuello y aprieta su cuerpo contra el mío. Sin embargo, puedo percibir lo que hay debajo de su sonrisa burlona. En realidad está enfadada conmigo porque esta última semana apenas la he visto. Ahora mismo estoy con el agua al cuello.

—¿Me has echado de menos? —pregunta, y no puedo evitar ponerle una mano en la cadera como hago siempre.

Enseguida se daría cuenta de que pasa algo si yo no hiciera lo mismo que de costumbre. Paso los dedos por el sedoso material blanco de su vestido. La verdad es que está impresionante, pero tengo la cabeza tan aturullada que no puedo ni apreciarlo.

—Ya sabes que sí —le digo.

Pero miento, no la he echado de menos. Me dedica una amplia sonrisa y tira de mí para que mis labios bajen hasta los suyos, y yo la beso solo un segundo. Se me revuelve el estómago. Hace diez minutos, tenía los labios pegados a los de Eden. Me alejo de Tiffani y cojo la lata de cerveza, a modo de separación.

—¿Puedo al menos tomar un traguito? No creo que aguante esta fiesta sin beber.

Los brillantes ojos azules de Tiffani y su sonrisa juguetona se transforman de inmediato cuando junta los labios pintados y se pone de morros. Deshace su abrazo y da un paso atrás.

—¿Has aguantado alguna? —murmura.

—Tú —digo mientras apunto con mi cerveza a Kyle Harrison, que acaba de entrar en la cocina. Se queda paralizado, casi como si temiera que fuera a pegarle o algo. Nunca hemos hablado, pero estaba en mi clase de historia el año pasado. Me sirve—. Nos vamos fuera. Es hora de bajarnos algunas cervezas. Un montón de ellas, más bien.

La mano fría de Tiffani me coge el codo. Intenta retenerme y entorna los ojos para que sienta su desaprobación.

—Tyler... Venga...

—Ahora no, Tiff.

Sacudo el brazo para deshacerme de su mano y cojo la caja de cerveza. Me voy con Kyle y, aunque no parece muy cómodo con la idea de ponerse ciego a birras conmigo, tampoco tiene valor para negarse. Tyler Bruce no deja que nadie le diga que no. Le doy un toque en el hombro y me sigue al patio.

—Aquí —indico, mientras dejo la caja de cervezas en el suelo y le doy la lata que llevo en la mano. Me cojo otra para mí, luego saco las llaves del coche del bolsillo—. Nos vamos a acabar esta caja, ¿vale? Todas del tirón.

—Tío..., ¿estás seguro? —dice Kyle mientras mira dudoso la lata que tiene

en la mano. La gira una y otra vez, ansioso, mientras frunce las espesas cejas —. No quiero acabar vomitando.

Pongo los ojos en blanco.

—Que te calles. Va.

En cuanto la última palabra sale de mi boca, clavo las llaves en la lata y pego esa abertura a la boca mientras echo la cabeza atrás y me bajo la birra entera en segundos. Me mola beber así. Me he dado cuenta de que es la forma más rápida de emborracharme, atontarme y, como consecuencia, distraerme.

—*Número dos* ¹—digo, mientras aplasto la lata con la mano y la tiro en la hierba.

Kyle la acaba unos segundos después, abre la boca para coger aire como si boqueara, y yo le tiro otra lata de inmediato. Puedo sentir la intensa mirada de Tiffani fulminándome desde la cocina, así que me pongo de espaldas a la ventana y me empeño en ignorarla mientras Kyle y yo nos bajamos la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta cerveza.

La velocidad a la que las bebemos es considerable; yo empiezo a sentir la cerveza en el estómago y Kyle se tambalea hasta una esquina del patio y se mete los dedos en la garganta. Yo me apoyo contra la pared durante unos minutos, respirando hondo, mientras dejo que el alcohol me inunde el organismo. Cuando echo un vistazo a la cocina, a través de la ventana, Tiffani ya no está, así que dejo a Kyle vomitando en el patio y vuelvo adentro.

Ha llegado más gente. Peña del insti. Gente a la que podría hablarle si de repente me entrasen ganas. Normalmente, solo me relaciono con mi círculo. ¿Habrá venido Eden?

«Deja de pensar en ella.»

Ignoro a todo el mundo y paso al lado de las chicas que toman chupitos de tequila al lado del fregadero, cojo una botella de vodka, lleno más de la mitad del vaso y luego echo Coca-Cola. Y adentro con este veneno. El alcohol me arde en la garganta, pero no me importa. Tengo la firme intención de acabar conmigo esta noche. Esa es la razón por la que, en cuanto acabo esta primera copa, me pongo una segunda.

—¿Haciendo honor a tu reputación? —oigo que alguien pregunta, y cuando miro, veo a Jake aproximarse.

Tiene una cerveza en la mano, apoya la cadera en la encimera y echa un

trago mientras me mira con su sonrisa taimada y asquerosa.

—A mí no me hables, imbécil —mascullo, y acto seguido le doy la espalda.

Es la primera vez que lo veo desde que llevó a Eden a casa el fin de semana pasado, y aunque necesito hablar con él del tema, esta noche no puedo. No soy capaz de mencionarla.

Jake da unos pasos a mi alrededor y sonrío más abiertamente. Joder, qué gilipollas es.

—¿Qué pasa? ¿Estás cabreado porque tu hermana durmió en mi casa? — dice, con voz inocente y los ojos llenos de placer sádico.

Le encanta sacarme de mis casillas.

Le pongo la mano en el pecho y lo empujo.

—No es mi hermana, subnormal. —Como se le ocurra acercarse, lo tiro al suelo—. Pírate de mi vista, Jake. En serio.

—Allá tú. Bebe hasta caerte muerto, ya ves lo que me importa — murmura.

Luego se da la vuelta y se larga de la cocina, probablemente a tirarle los trastos a la primera tía a la que vea. No puedo creer que fuéramos amigos íntimos cuando éramos niños. Es un puto imbécil.

Me bebo la copa que tengo en la mano y me quedo en la cocina una hora más, porque aquí es donde está el alcohol. Me uno a las chicas que están al lado del fregadero y me tomo un chupito de tequila con ellas. Preparo chupitos de vodka para todo aquel que tenga la mala suerte de entrar aquí. No les doy elección. Hasta Rachael se toma uno conmigo, pero imagino que es solo porque ya está borracha. Tiffani, por su parte, no parece encantada cuando entra en la cocina y me ve.

—Vamos, Tiff —la llamo por encima de la música, mientras le paso la botella casi vacía de vodka.

Ya voy completamente pedo. Apenas puedo permanecer de pie y casi me caigo de la encimera al suelo. He charlado con todo Dios en la cocina y nos hemos reído como histéricos, y es que todos estábamos, como mínimo, achispados.

Salvo Tiffani. Su expresión es amenazante cuando me mira con dureza desde el otro lado de la cocina. Tiene los ojos tan fríos como el hielo. Viene contoneándose y me arranca la botella de vodka de la mano, alejándola de mí lo más posible. Me pone la otra mano en el pecho y me obliga a enderezarme.

—Nos estás abochornando a ambos —susurra mientras se inclina hacia mí. A través de esas pestañas falsas puedo ver el enfado con el que me mira—. Para ya.

—Oooh, y ¿qué más da? —me río y me acerco a ella para recuperar la botella, y estoy a punto de llevármela a la boca para echar otro trago cuando me la quita de nuevo.

Nos peleamos por la botella durante unos segundos hasta que yo, de mala gana, la dejo ganar, y ella rápidamente se la pasa a la persona que tiene más cerca.

—Tyler —susurra mientras se pega a mí y me pone las manos en los muslos—, pareces idiota. Por favor. Deja de beber. O al menos ve más despacio.

¿Estará sobria del todo?

¿Por qué me da tanto el coñazo? Todo el mundo se lo está pasando bien. Y ella nos está aguando la fiesta.

—Neeena —murmuro poniendo morritos con mi aire más inocente.

Pero no puedo esconder la sonrisa. Estoy demasiado borracho... y por suerte, esta noche me he pillado un pedo cariñoso.

No siempre es así. Cojo la cara de Tiffani con las dos manos y me inclino para besarla, presiono mi boca contra la de ella, pero inmediatamente se aparta y me empuja. Me mira con tal cara de indignación que casi me da la risa. ¿Sabré demasiado a cerveza?

—¡Vaya coooooobra! —grita alguien desde el otro lado de la cocina, y todo el mundo se muere de risa, incluso yo.

Tiffani niega con la cabeza, se vuelve y sale de la cocina a toda prisa con los brazos cruzados. Pues como quiera. Ahora que se ha ido, puedo seguir bebiendo incluso más, y eso es exactamente lo que hago. Más cervezas, más vodka, más tequila, más ron. Bebo hasta que ya no puedo ni abrir los ojos, hasta que pierdo el control por completo. Y corro el riesgo de perder también el control de la vejiga.

Me deslizo desde la encimera y aterrizo en el suelo de una forma rara, y cuando me levanto, voy dando traspiés por la cocina. Tengo los ojos medio cerrados, los pies se me mueven solos. Me agarro a la gente y a los muebles para seguir. He estado un montón de veces en casa de Rachael, pero no sé dónde está el cuarto de baño. Voy dando tumbos, hasta que de repente me caigo a cuatro patas, desorientado. No sé dónde estoy. La música me retruena

en los oídos y las voces parecen amortiguadas, pero, de alguna manera, aún soy capaz de oírlo.

Mi nombre. Suave y amable. Ronco.

Siento la cabeza demasiado pesada como para levantarla, pero me esfuerzo por mirar hacia arriba. La habitación está borrosa. Ella está borrosa. Intento abrir los ojos del todo, pero Eden se desdibuja ante mí. Trato de enfocarla bien, para ver sus brillantes ojos color avellana y sus labios jugosos, pero es que no puedo. Ella me mira, y a mí me encantaría poder verla para saber qué expresión tiene.

—Cielo —la voz de Tiffani viene de algún lugar a mi alrededor.

Todo suena distorsionado, como si estuviera bajo el agua. Se me cierran los ojos otra vez, y siento las manos de Tiffani sobre mi cuerpo mientras usa toda su fuerza para levantarme del suelo. Intento no irme hacia los lados, pero tengo las piernas como gelatina, y me caigo de cara contra la pared. Estoy demasiado borracho como para sentir dolor.

—Tyler —dice Tiffani, pero no suena tan agradable como cuando Eden dice mi nombre. Me llevan a algún sitio, y de repente estoy sentado al pie de la escalera—. Espábilate —ordena mientras me da un bofetada en la cara. No siento nada—. Eres una pesadilla.

Se me cae la cabeza hacia delante. Me pesa demasiado para sostenerla, pero Tiffani me agarra la mandíbula, me sirve de sostén, y oigo su voz borrosa y distante.

—Ella lo va a matar si vuelve a casa en este estado.

«¿Aún está aquí Eden? ¿Le está hablando a ella?», intento preguntar, pero mi lengua no es capaz de formar ni una palabra.

—Me lo llevaré a mi casa esta noche.

Oooh. Creo que me voy a desmayar. Siento un zumbido sobrevenirme, como una sombra negra que me cubre, y noto cómo todo el cuerpo se queda entumecido. Me desplomo en la escalera, con los ojos cerrados y la cara apoyada en el suelo. Podría dormir aquí, pero Tiffani no me deja. Está a mi lado otra vez, obligándome a incorporarme para apoyarme en la pared, y nos quedamos sentados juntos en el suelo. Estoy borracho y, por lo tanto, me siento un poco juguetón. Le cojo el vestido, las manos, la cara. Ella me empuja. Pongo la cabeza en su regazo. Ella habla, pero no oigo lo que dice.

¿Aún está aquí Eden?

La resaca del día siguiente es una de las peores que he tenido en mi vida. Me paso el domingo entero en la cama de Tiffani, sudando a mares, bebiendo agua como un loco, devorando analgésicos y maldiciéndome por ser un puto imbécil.

Está atardeciendo y aún me encuentro entre las sábanas de Tiffani, me masajeo la cabeza y miro al techo. Me he duchado, así que me encuentro un poco mejor. Al menos, algo más espabilado. Pero me sigue latiendo la cabeza. Ni tan siquiera me compadezco a mí mismo. Estoy enfadado. Me desmayé en la fiesta, lo cual, la verdad, es bastante vergonzoso. Se supone que Tyler Bruce aguanta bien el alcohol, no se desmaya y su novia jamás tiene que llevarlo a casa a rastras.

—¿Tienes hambre? —pregunta Tiffani cuando entra, con una sonrisa en la cara.

Lleva todo el día cuidándome, cada media hora entra en la habitación con unos shorts de seda y una camiseta sin mangas, para ver cómo estoy. A las ocho de la mañana me despertó para reñirme por haberla avergonzado anoche, por haberme emborrachado demasiado, por portarme como un pringado. A mediodía, fue pasivoagresiva. Alrededor de las cuatro de la tarde, se comportaba relativamente normal. Y ahora, es amable. Demasiado amable.

—No —respondo. Creo que si como algo, vomitaré.

—¿Cómo estás? —pregunta con un gesto amable mientras se acerca a la cama. Se pone de rodillas a mi lado y se inclina hacia delante para ponerme una mano fresca en la frente. Frunce el ceño con preocupación—. ¿Te encuentras mejor?

—La verdad es que no —admito.

Su piel fría en mi cara es muy agradable, así que aprieto la frente contra su mano. Estoy ardiendo.

—Seguro que puedo hacer que te sientas mejor —murmura, y baja la mano hacia mi pecho mientras se inclina más hacia mí y me besa en la cara. Después en una esquina de la boca. Luego en el cuello. Sus labios recorren toda mi piel, marcando un camino de besos suaves y ligeros. Incluso se me sube encima, sentándose en mi estómago con las piernas a ambos lados, y me acaricia el pecho con las manos. Ahora me besa la clavícula y, mierda, me encanta.

—Tu... tu madre, Tiffani —balbuceo con los ojos cerrados y las manos en

su cintura.

Hundo la cabeza en la almohada, mientras disfruto de la sensación de su boca explorando mi cuerpo. No hay muchas cosas que me encanten de Tiffani, pero esta es una de ellas. Siempre sabe exactamente dónde besarme.

—Acaba de salir —dice ella, y viene hacia mis labios.

Le enredo los dedos en el pelo y la atraigo hacia mí para besarla rápido y con pasión, mordiéndole el labio inferior. Tiffani y yo nunca lo hacemos despacio o suave. Siempre somos rápidos, bruscos, probablemente porque nos damos bastante igual el uno al otro. Pero nos pone mucho. Siempre peleamos por mandar, y mientras la beso, ella me aprieta las caderas con fuerza. Se aparta de mí un segundo para quitarse la camiseta, luego vuelve inmediatamente a mi boca. Me besa con más ímpetu y me mete los dedos entre el pelo. Mis manos vagan por todo su cuerpo: los pechos, la cintura, las caderas, el culo. Me besa el pecho y va bajando, sin parar, hasta la línea de los calzoncillos. Me echa una mirada y se pasa la lengua por el labio inferior.

Pero entonces, me acuerdo de algo.

La noche de ayer es una laguna. No recuerdo nada de la fiesta, salvo haber hecho que Kyle Harrison vomitara, pero recuerdo todo lo que pasó antes.

Recuerdo a Eden. Recuerdo discutir con ella en casa. Recuerdo admitir que necesitaba las distracciones. Recuerdo sus labios pegados a los míos.

—Tiffani —digo de repente, volviendo a la realidad. La cojo por las muñecas y las retiro de mi cuerpo. Mi respiración es pesada, y mis ojos están desorbitados por el pánico que siento—, no puedo.

—¿Estás de coña? —dice ella, que no da crédito. Agresiva, libera sus manos de las mías y se quita de encima. Me fulmina con una mirada llena de odio—. ¿Por fin conseguimos una casa donde hacerlo y me dices que no puedes? Que te den, Tyler. Lárgate.

Aprieta los dientes y sale de la cama. Me da la espalda mientras se pone la camiseta. Se dirige a la puerta, farfullando algo por lo bajo, supongo que algún insulto.

—Tiffani —le digo suavemente, sentándome en la cama. Me subo las sábanas hasta la cintura y la miro en silencio mientras se vuelve. Estoy mirando a mi novia, y, sin embargo, no la amo, no me gusta lo más mínimo. Cuando la beso, no siento la misma descarga de adrenalina que ayer por la noche al besar a Eden—. ¿Qué es esto? Lo nuestro —aclaro—. ¿Qué somos?

—¿Qué coño dices, Tyler? —pregunta Tiffani mientras su rostro se llena

de confusión. Parece desconcertada por el mero hecho de que haya hecho una pregunta sobre nosotros.

—Venga, dime —le ruego desesperado. Siempre me ha rondado por la cabeza, supongo—. ¿Qué estamos haciendo? Porque yo no tengo ni idea. Nosotros dos ni siquiera... —Tomo aire y sacudo la cabeza. «Ni siquiera nos gustamos.» Pero no puedo decirlo en alto: suena casi cruel—. ¿Por qué estamos juntos?

Sé por qué. Estamos juntos porque nos beneficia a los dos, porque yo consigo a la tía buena y popular que hace que la vida de Tyler Bruce parezca decente, y ella al tío que sabe que hará cualquier cosa que ella le pida. El tío al que puede tener controlado. Supongo que sabe que, en el fondo, soy débil. Por eso le es tan fácil. Soy solo un complemento en su vida, igual que ella en la mía. Pero no somos buenos el uno para el otro. No deberíamos estar juntos.

—No pienso tener esta conversación —aclara Tiffani. Está rechinando los dientes, y sé que me estoy arriesgando mucho. A ella no le gusta que me salga del guion y haga algo que vaya en contra de sus deseos. Siempre se toma su revancha—. No se te ocurra volver a sacar el tema.

—A lo mejor deberíamos..., no sé —Me encojo de hombros—. Sabes tan bien como yo que esto no tiene sentido. Quizá deberíamos tomarnos un tiempo o algo así.

—¿Qué tal va la venta de hierba? —me interrumpe rápida, con voz furiosa. Se cruza de brazos y sube las cejas, dedicándome una mirada penetrante.

Durante un segundo se me para el corazón.

—¿Qué? —digo fingiendo sorpresa, como si no tuviera ni idea de a qué se refiere. «¿Cómo lo sabe?»

—¿Pensabas que no iba a enterarme? ¿Creías que era tan estúpida? —dice mientras pone los ojos en blanco, pero su tono es venenoso, y empiezo a ver a la Tiffani a la que detesto. La que es taimada y controladora—. Ayer por la noche, mientras estabas demasiado borracho para estar operativo, Greg me preguntó si sabía dónde estabas porque se moría por un porro. —Despacio, vuelve a la cama, con una sonrisa ladeada bailándole en la cara. Sabe que me ha pillado—. Dicen las malas lenguas que ahora eres camello.

—Tiffani...

—Sí, así es. O sea, que eres un mentiroso. —Se sienta en la cama, cruza las piernas y luego me mira. Le encanta el poder que tiene sobre mí. Es

incluso un poco sádico—. Así que, cambio de planes —dice con una voz peligrosamente dulce—. No vamos a volver a preguntarnos qué hacemos juntos hasta que nos graduemos. De lo contrario, no estoy segura de que pueda guardar tu secreto. —Se encoge de hombros y frunce el ceño; luego se inclina sobre mí y me besa—. Te quiero, Ty. Y tú también me quieres. Que no se te olvide.

Me quedo paralizado mientras la veo salir de la habitación: va moviendo las caderas y tarareando. Me da un mareo, pero no por la cantidad de alcohol que bebí ayer por la noche. No, es por un motivo mucho peor.

Tiffani me está chantajeando.

Hace cinco años

—Rota —dice el doctor Coleman mientras gira la pantalla de su ordenador para mostrárnosla. Miro la radiografía de mi mano mientras él señala un hueso—. Es el semilunar otra vez —explica con el ceño fruncido—. Por supuesto, ya estaba débil, así que no es raro que se haya vuelto a fracturar con tanta facilidad.

Vuelve a poner la pantalla en su posición normal y se baja un poco las gafas mientras empieza a teclear.

El pequeño despacho se queda en silencio. Siento la muñeca latir en mi regazo. Papá está sentado en el borde de la silla a mi lado, mueve las manos nervioso y el pie tamborilea contra el suelo. Es media mañana, y en vez de estar en el insti y en el trabajo respectivamente, estamos aquí.

—Pero se curará, ¿verdad? —pregunta papá al doctor Coleman. Hasta su respiración se nota agitada.

—Por suerte, no es grave —dice él, mirándonos por encima de la pantalla—. Habrá que volver a escayolar durante tres semanas, pero está muy hinchada, así que de momento, para el fin de semana, le pondremos una férula. Volved el lunes y le echamos un vistazo. Pero contad que tardará un par de meses en curarse del todo. —Me sonrío burlón, pero noto la seriedad de sus palabras cuando dice—: ¡Eso si no te la rompes otra vez, Tyler!

Papá mira al suelo de nuevo. Hoy se siente realmente mal, mucho más que otras veces. ¿Es porque esta vez no puede ignorar el dolor que ha causado? ¿Es porque cada vez que me mira tiene que ver la tirita en la frente y la muñeca hinchada?

—Peter —dice el doctor Coleman, mientras continúa tecleando en el ordenador y mira a papá con el rabillo del ojo—, ¿cómo va tu padre? Hace

tiempo que no lo veo.

Papá traga saliva y se obliga a levantar la vista del suelo. Puedo notar el alivio en su rostro, como si estuviera eternamente agradecido por el cambio de tema.

—Ah, está bien. El Corvette lo tiene muy ocupado.

—Recuérdale que me debe una copa —dice el doctor con una risa campechana—, ¡y una vuelta en el coche!

Papá también se ríe, y de repente me siento solo otra vez. Bromean entre ellos mientras el doctor Coleman me pone la férula en la muñeca, y es como si la frecuencia con la que me rompo los huesos ya se les hubiera olvidado.

Mientras volvemos en silencio hacia el coche de papá, yo me quedo un poco rezagado, dando pataditas al suelo y mirando la férula negra que tengo que llevar todo el fin de semana hasta que me pongan la escayola. Debería frustrarme el hecho de que solo haya pasado un mes desde que me quitaron la anterior, pero llegados a este punto, ya ni me importa. Es todo tan... inútil. Supongo que lo he aceptado. Esta fractura se curará, y luego habrá una nueva.

Lo que realmente me da vueltas en la cabeza es que no quiero ir a casa. El Mercedes de papá está justo ahí, pero lo que quiero es darme la vuelta y salir pitando, correr de vuelta al despacho del doctor Coleman y pedirle que me ayude, que no me he vuelto a romper la muñeca porque sea torpe, sino porque papá es cruel. Pero sé que no puedo. Sé que confesarlo no es una opción. Nunca. Sé que todo esto está mal, pero no quiero destrozar mi familia. No quiero arruinar la vida de papá. Es mi padre.

Por eso hago lo que debo y me subo al coche. Como puedo, tiro del cinturón y me lo pongo, con una sola mano, y luego fijo la vista en el salpicadero. Estoy esperando a que papá encienda el motor, para llevarnos a casa, pero él se ha quedado quieto sin hacer nada. Me pregunto si está enfadado conmigo, si podrá mantener su ira a raya hasta que lleguemos a casa, si va a pegarme aquí y ahora, en el aparcamiento del centro de salud. Reuniendo todo el valor que puedo, dirijo la mirada hacia él.

Está sentado completamente quieto con las manos en el volante. Está como congelado, mirando a un punto del infinito, y puedo oír su respiración nerviosa otra vez. El pecho le sube y le baja, y le tiembla el labio inferior. Pasa un minuto largo y luego vuelve la cabeza para mirarme. La expresión de

sus ojos es desconocida para mí. Están desbordados de emoción, muy abiertos, llenos de dolor, de remordimiento, de culpa, de lamento. Me mira la tiritita de la frente y luego la muñeca, y sus ojos verdes brillan mientras se llenan de lágrimas.

—Nunca, nunca más —susurra de forma ahogada. Se lleva la mano a la boca mientras las lágrimas brotan sin control, se le deforman los rasgos y sacude la cabeza. No es capaz ni de mirarme mientras la voz se le rompe—. Te lo prometo, Tyler. Nunca más te voy a hacer daño. —Se desmorona contra el volante y reprime los sollozos mientras se cubre la cara con las manos y le tiembla el cuerpo—. Lo siento. De verdad. Lo siento muchísimo —balbucea, pero está tan desesperado que apenas se entiende lo que dice.

Nunca había visto llorar a mi padre. Ni una sola vez en mis doce años de vida. Una vez me dijo que solo los hombres débiles lloraban. ¿Quiere decir eso que ahora él es débil? ¿Quiere decir que ya no es lo suficientemente fuerte como para hacerme daño? Dice que lo siente un montón de veces, pero nunca como esta, no con tanta verdad.

Por eso le creo.

Ahora

El lunes es un mal día. Es por la tarde, pero todavía estoy en la cama. Mirando al techo. Escuchando el silencio. Pensando demasiado.

Después de volver de casa de Tiffani ayer por la noche, me fui derecho a mi habitación y me metí en la cama. Todavía me siento agradecido de que ni mamá ni Dave vinieran a preguntarme por mis idas y venidas del fin de semana. A estas alturas ya saben que si no vengo a casa, normalmente es porque me he quedado a dormir con Tiffani. Tiffani, mi novia, que me está haciendo chantaje.

No puedo dejar de pensar en eso. Fui estúpido por prometerle que no me mezclaría con Declan Portwood y su pandilla, porque ahora que lo he hecho, ella lo está usando contra mí. Si se me ocurre mencionar tan siquiera lo de romper me arruinará la vida. Ya ha hecho cosas parecidas. Es su forma de salirse con la suya, de mantenerme controlado, así que no sé por qué me sorprende tanto.

Dejo escapar un gemido de frustración y salgo de la cama. Hace demasiado calor para seguir aquí. Doy un par de pasos mientras me tiro suavemente del pelo y trato de pensar con claridad.

En una semana todo se ha vuelto mucho peor. Antes pensaba que mi vida era un desastre, pero es que ahora ya no hay por dónde cogerla. Trabajo para Declan Portwood. Mi novia me hace chantaje. Besé a mi hermanastra.

Cuando me desperté esta mañana, por una milésima de segundo me pregunté si lo había soñado. Fue hace dos días y aún no he visto a Eden. Me llevo los dedos a la cara y los paso por los labios. No fue un sueño, no. Todavía puedo sentir su boca sobre la mía. Fue real. Tenemos que hablar del tema, pero ¿qué vamos a decir? Fue un error, pero... No sé. No sentí que me

estuviera equivocando cuando mis labios se juntaron con los suyos. ¿De verdad me gusta esta chica o simplemente me dejé llevar por el subidón del momento?

Dejo escapar un suspiro y entro al baño, con cuidado de no quedarme encerrado en él. Reventé el cerrojo una vez que le di un puñetazo a la puerta, y ahora no puedo cerrarla a menos que me quiera quedar atrapado. Cojo los antidepresivos y me tomo dos. Hoy, sí que los necesito. Me siento deprimido.

A veces, me planteo lo diferente que habría sido mi vida si papá no me hubiera causado todo ese dolor. Todavía seríamos una familia. No existiría Dave, ni Eden. Muy probablemente, seguiríamos viviendo en la casa de antes, a un par de calles de distancia. Papá me hablaría de chicas y me diría que, en las fiestas, no bebiera más de una o dos cervezas. Veríamos juntos los partidos de fútbol, y me ayudaría con los deberes, y me daría consejos cuando los necesitara. Y mamá seguiría mostrando esa brillante y amplia sonrisa que adoro y con la que crecí. Nunca ha vuelto a sonreír así.

¿Y yo? ¿Cómo habría sido si las cosas hubieran ido por otro camino? ¿Si mi propio padre no la hubiera tomado conmigo? Más feliz, mejor persona. No habría necesitado recurrir al alcohol y a las drogas. No tendría este mal genio, ni tanta rabia acumulada dentro de mí. No necesitaría pasarme la puta vida actuando para esconder todos mis secretos. No sería tan temerario ni desapegado de todo y de todos. No tendría que tomar antidepresivos. No sería el Tyler Bruce que finjo ser. Sería solo yo, Tyler a secas, un tío feliz que vive la vida con entusiasmo, que tiene amigos que lo quieren y una novia que no es Tiffani.

Pero papá me quitó todo eso. Papá me echó a perder.

Ahora mismo necesito a mamá. Siempre me hace sentir mejor. No importa cuánto la decepcione, ni cuánto la haga enfadar, siempre está ahí. Me entiende mejor que nadie, y cuando me deprimó y me pongo de ese humor tan oscuro, puedo contar con ella. No creo que llegue a darse cuenta de lo mucho que la necesito a veces.

Salgo de la habitación y me dirijo escalera abajo en su búsqueda. Ni siquiera estoy seguro de que esté en casa, así que es un alivio encontrármela recogiendo la cocina. Me oye entrar.

—Estás despierto —dice, y se da la vuelta para mirarme. Me dedica una pequeña sonrisa. Siempre está llena de ánimo, siempre me sonrío, siempre espera que ese día yo me encuentre mejor—. Feliz Cuatro de Julio.

—Mamá... —susurro cuando la miro, pero se me quiebra la voz y las lágrimas me inundan los ojos. Me tiemblan los labios y los hombros se me hunden. Me siento derrotado.

—Ay, Tyler —dice ella, mientras se apresura a venir hacia mí.

Me conoce tan bien... Puede ver el dolor en mi rostro, igual que yo en el suyo. Hace mucho tiempo que la pena no la abandona, pero ahora ya no intenta esconderla ni hacerse la valiente. Me abraza sin dudarle, acercándose mucho a ella, rodeándome con toda su calidez y amor.

—No puedo... No puedo más con esto —le confieso, pero tengo la voz demasiado débil, demasiado frágil y demasiado rota.

Las palabras me cortan la garganta. Entierro la cara en su hombro mientras ella me abraza aún más fuerte, y ya ni siquiera me molesto en contener las lágrimas. Me desmorono cada dos meses, pero nunca se vuelve más fácil.

Mamá me sujeta. Ella también está llorando. Noto su pecho agitarse contra el mío con cada hipido. No dice nada, pero no lo necesito. Abrazarla es suficiente. A veces, creo que la única razón para seguir con vida es que intento mantenerme fuerte por ella. No puedo preocuparla más.

—Está bien, no pasa nada —murmura al final, pero su voz está llena de dolor. Tiene que obligarse a pronunciar las palabras, una por una—. Está bien que sientas esto, Tyler. Tienes derecho a sentirte así —dice, y entierra la cara en mi cuello—. A veces todo es demasiado.

De repente, oigo el eco de la puerta de la entrada cerrándose, y la voz de Dave suena feliz desde el pasillo.

—Adivina a quién han dejado hoy salir antes del trabajo...

Me separo de mamá como un resorte, a pesar de lo apretado que era su abrazo. Ella es la única ante la cual me permito mostrarme vulnerable. A toda prisa, me seco las lágrimas mientras salgo de la cocina y tomo una profunda bocanada de aire que me llena los pulmones. Siento la mirada de mamá a mi espalda, pero sabe bien que no puedo quedarme. Abro las puertas del patio y me escabullo al jardín. Me desmorono en la hierba al lado de la piscina, cierro los ojos con fuerza y entierro la cara en las manos mientras lloro.

Horas más tarde, estoy encajonado en el asiento trasero del Range Rover de mamá. Nos dirigimos a Culver City a ver los fuegos artificiales del Cuatro de Julio, pero no estoy de humor para celebraciones. Y, aún peor, Eden va pegada a mí. No soy capaz ni de mirarla después de lo que pasó el sábado. En

cambio, me dedico a mirar por la ventana, ignorando el hecho de que siento su brazo contra el mío, intentando ahuyentar de mi mente ese contacto. Creo que ella también está tratando de ignorarme. Incluso antes de subirnos al coche, ya estuvimos evitándonos y manteniendo las miradas en el suelo para no encontrarnos con la del otro.

—No sabía que usaras Converse —oigo que comenta bajito a mitad del trayecto.

Mamá y Dave van charlando en la parte de delante, pero ninguno de nosotros participa en esa conversación. Me sorprende oír hablar a Eden.

Aparto la vista de la ventanilla y vuelvo la cabeza para encontrarme con su mirada cálida y curiosa. Tiene buen aspecto, aunque supongo que igual que siempre. Se me van los ojos a sus labios, pero solo durante una décima de segundo, y tengo que tragar saliva para bajar el nudo que se me ha formado en la garganta y conseguir emitir un rápido «sí».

Me vuelvo hacia la ventanilla, y no sé por qué, pero el pulso se me ha disparado. Intento concentrarme en bajarlo de nuevo, pero es difícil. Sigo pensando en ella, en la forma en la que me miró el sábado por la noche, en cómo sentí su boca, en su sabor, en sus manos sobre mi cuerpo. Incluso cierro los ojos, apretándolos fuerte, y me concentro en sacármela de la cabeza, pero es imposible, más que nada porque su piel roza la mía.

No me gusta Culver City, pero siento un gran alivio cuando llegamos al aparcamiento del instituto. Aquí es donde lanzarán los fuegos artificiales. Hace años que en Santa Mónica no hay. Por lo visto, es demasiado peligroso tirarlos cerca del muelle o no sé qué historia. Entonces, cada Cuatro de Julio, tenemos que ir a otra parte. Este año, hemos venido a Culver City, y está claro que no somos los únicos a los que se les ha ocurrido este destino. Hay un montón de gente deambulando por el aparcamiento, y en cuanto mamá estaciona, ya me he quitado el cinturón de seguridad y salgo a toda velocidad del coche. Estar cerca de Eden es demasiado insoportable, y pienso que seguirá siendo incómodo hasta que hablemos de lo que pasó entre nosotros el fin de semana. Por eso me adelanto un par de pasos a la «familia» mientras seguimos al gentío que atraviesa el instituto. Creo que los fuegos los lanzan en el campo de fútbol, y la única forma de acceder allí es siguiendo una serie de carteles bastante confusos que están por todo el edificio.

—Si algunos de vuestros amigos están aquí, podéis ir a buscarlos —dice mamá, mirándonos a Eden y a mí. Jamie y Chase no son lo suficientemente

mayores como para ir por su cuenta—. Os llamaremos al final si no os encontramos, ¿vale?

—Y portaos bien —añade Dave rápido, echándome una mirada seria como si fuera posible que yo creara problemas en medio de toda esta gente.

Son unos putos fuegos artificiales. ¿Qué se piensa que voy a liar?

—Sí, sí, lo haremos —digo, pasando de ellos.

Con su consentimiento para largarnos, no pierdo más tiempo. Ni tan siquiera sé si alguno de mis amigos está aquí (Tiffani desde luego que no, gracias a Dios), pero eso no importa. Me niego a que me vean de paseo con mis hermanos el Cuatro de Julio, así que me abro camino entre la multitud, intentando desaparecer cuanto antes. No me importa estar solo. A veces, lo prefiero.

Cuando salgo de nuevo al aire libre, recuerdo por qué odio tanto el Cuatro de Julio. La música, la banda, las voces. Hay miles de personas aquí, apretujadas a lo largo del campo de fútbol y amontonadas en las gradas, iluminadas por los focos a medida que el cielo oscurece. El olor de grasa que sale de los puestos de comida lo inunda todo. Qué asco. La gente choca conmigo al pasar, pero ni siquiera sé adónde dirigirme, así que me quedo quieto donde estoy.

Hasta que, con el rabillo del ojo, veo a Eden. Está parada exactamente igual que yo, a un par de metros de distancia, perdida entre la multitud. Con los ojos muy abiertos, analiza la escena que se presenta ante ella, y tiene la misma expresión de frustración que yo. Hay demasiada gente, y parece casi preocupada. Deberíamos hablar. Yo estoy solo. Ella está sola. Ahora es el momento perfecto. Si no tratamos el tema del beso ahora mismo, probablemente no lo hagamos nunca. Estoy de los nervios, pero tomo una buena bocanada de aire y me enfilo entre la multitud hacia ella.

—No pensé que fueras el tipo de persona que va por ahí sola —le digo con amabilidad cuando llego hasta ella. Tengo que alzar un poco la voz sobre el ruido que nos rodea. Eden me mira, y parece tan fuera de lugar y tan incómoda que me da ternura—. Podemos hablar ahora.

—¿Ahora? —dice Eden, sorprendida. Parpadea mirando la cantidad de gente que tenemos alrededor y la marabunta que hay en el campo de fútbol.

—No quiero decir aquí mismo —matizo. La conversación que estamos a punto de mantener exige un sitio más privado. Debemos estar solos, necesitamos intimidad—. Ven.

Estoy a punto de cogerla por el codo para llevarla conmigo a un sitio más tranquilo, pero me corto de tocarla y me quedo cabizbajo. Aún no estoy seguro de cómo se siente ella respecto a ese beso, así que hasta que lo descubra, prefiero no arriesgarme a pasarme de la raya. Aunque me resulta difícil no hacerlo.

Me vuelvo hacia el edificio del instituto y me meto entre la marea de gente, intentando avanzar. Voy todo el rato pensando que ojalá Eden venga detrás de mí. Lo peor que se me ocurre es que a ella le importe una mierda todo esto, pero creo que sí que me sigue, lo cual quiere decir que sí le dio importancia, al menos la suficiente como para querer hablar del tema.

Dentro del instituto, no me queda más opción que ignorar todas las señales de «No pasar» que han puesto en las paredes de los pasillos cerrados al público. Tengo que hablar con Eden y no podemos esperar más. Necesito un aula o algo así. Un sitio que esté tranquilo y silencioso, apartado de todo este bullicio y celebración del Cuatro de Julio. Así que, a pesar de las prohibiciones, me meto por el primer pasillo que me sale al paso. Oigo las pisadas de Eden tras de mí, pero no dice nada. A lo mejor no se ha enterado. Es un pasillo largo y lo recorro hasta el final, y de repente estamos en silencio, en un silencio tenso. Se oye muy lejana la música de fuera. Aquí está oscuro, y me quedo mirando la pared un minuto mientras intento ordenar mis pensamientos.

Me doy la vuelta despacio para mirar a Eden. Ahí está, mirándome con esos ojazos de color avellana que ahora parecen ansiosos; creo que nunca he visto a nadie tan aterrorizado. Dios mío, ¿por dónde empiezo? Tengo un nudo en la garganta, y decido que no tiene sentido andarse con preámbulos. Tengo que escupirlo.

—¿Qué demonios sucedió el sábado?

—No lo sé —contesta Eden rápida.

A lo mejor está desesperada por hablarlo como yo, porque de repente, empieza a parlotear a toda velocidad, más deprisa incluso que el sábado por la noche.

—Lo siento. Estaban tan..., me estabas irritando y yo no quería que compraras más drogas y solo... solo lo hice. No fue mi intención. —Se para para tomar aliento. Está claro que lo necesita. Su voz ronca se rasga al hablar, sus palabras suenan raras—. Lo siento, ¿vale? Es superextraño y me está haciendo sentir enferma, tenemos que hacer como si nunca hubiera sucedido.

¿«Hacer como si nunca hubiera sucedido»? Ay. Tendría que haberme dado cuenta de que solo había sido un error. Tendría que haber sabido que una chica como Eden no estaría interesada en un chico como yo, ni de lejos, y no solo porque seamos hermanastros. Sus disculpas me hacen daño.

—Me gustaría poder decir lo mismo —suelto mientras me meto las manos en los bolsillos.

—¿Qué?

—Te devolví el beso —le recuerdo. Le devolví el beso porque no me había dado cuenta de cuánto deseaba hacerlo hasta que ocurrió. Le devolví el beso porque no me bastaba uno solo, quería más, la quería a ella. Le devolví el beso porque me gusta. A lo mejor ella me besó por accidente, pero en lo que a mí respecta, yo lo hice a propósito—. No voy a disculparme.

Eden me mira con la boca abierta.

—¿Por qué?

Me tomo un momento para leer su rostro mientras su mirada se tiñe de confusión. Bajo esta luz, con los colores de la puesta de sol entrando por la ventana e iluminando su cara justo en el punto exacto, Eden parece una niña, tan pura, tan inocente... ¿Respondo a su pregunta? ¿Se lo confieso? No tengo nada que perder. Tiene derecho a saberlo, porque si no se lo digo ahora, a lo mejor luego lo lamento. Tal vez no vuelva a tener la oportunidad.

—Porque sabía exactamente lo que estaba haciendo —digo al fin.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunta con gran expectación y la voz casi rota. Está nerviosa, al límite. Contiene la respiración y ni siquiera parpadea.

—Porque me moría por hacerlo, joder —escupo las palabras a toda prisa para no pensarlo demasiado y arrepentirme.

Me aparto de ella y pongo una mano en la pared para sentir algún tipo de apoyo mientras exhalo. Es verdad. Quería besarla. No me di cuenta hasta que tuve sus labios en mi boca. Por eso me sentía tan raro cada vez que la miraba detenidamente demasiado tiempo. Por eso sentía tanta curiosidad por ella.

—¿Querías hacerlo? —repite Eden, y su voz resuena por todo el pasillo. Parece que estemos completamente aislados de todo lo que está pasando fuera—. ¿Qué demonios estás diciendo?

—¿Quieres la pura verdad? Estoy diciendo que me siento atraído por ti, joder. ¿Vale, Eden? —Me vuelvo hacia ella para verle la cara otra vez, para leer su expresión mientras veo cómo sus ojos se abren sorprendidos, y yo me estoy desesperando tanto con esta situación que no puedo evitar enfadarme

con ella—. Y sé que no debería estarlo, porque eres mi hermanastra, pero no puedo impedirlo. Es una puta estupidez y sé que no sientes lo mismo, porque te estás disculpando por lo del sábado, joder. —¿Por qué tiene que haber sido un error? Me hace daño esa palabra, y ojalá no fuera así. Tyler Bruce no sabe lo que es el rechazo, hostia. Pero parece que, ahora mismo, no soy Tyler Bruce, solo soy yo. Y a mí me importa—. De verdad desearía que no te hubieras disculpado. Porque pedir perdón es arrepentirse.

Eden se queda callada. No sé lo que está pensando, pero no estoy seguro de querer saberlo. Si ya no le gustaba antes, ahora menos. Ahora soy el hermanastro mayor y asqueroso que se siente atraído por ella, y probablemente no me hable nunca más.

—Pensé que me odiabas —dice después de un rato. No es exactamente lo que esperaba.

—Odio a muchas personas, pero tú no eres una de ellas —le aseguro. Bueno, parece que Tyler Bruce se ha lucido siendo un gilipollas—. Odio el hecho de que me pones. Y quiero decir mucho.

—Para —dice Eden. Sacude la cabeza, cierra los ojos un segundo y luego hasta se aparta de mí. Está a un par de metros, pero yo desearía que se acercase más—. Eres mi hermanastro. No puedes decir eso.

—¿Quién dicta estas estúpidas reglas, eh? —Miro por la ventana, hacia la multitud que ocupa el campo de fútbol, y cualquiera de las personas que veo me resultan tan extrañas como Eden. Vuelvo la vista a ella otra vez, frustrado ante el desarrollo de los acontecimientos, y ella sigue mirándome con miedo—. Hace tres semanas yo no sabía siquiera quién eras. Yo no te veo como una hermana, ¿vale? Solo eres una chica a la que he conocido. ¿Por qué demonios es justo que nos etiqueten como hermanos?

—Tienes novia —susurra. Da otro par de pasos hacia atrás mientras palidece. Parece como si se fuera a marear—. Tiffani es tu novia.

— Pero ¡no quiero que lo sea! —No pretendía gritarle, pero es que parece que no lo entiende. No tengo otra opción que estar con Tiffani, y ahora más que nunca. No estoy enfadado con Eden. Estoy enfadado con Tiffani, conmigo, con esta situación—. No quiero estar con Tiffani, ¿vale? ¿No lo entiendes? Es solo otra distracción.

—¿Qué demonios pasa contigo y las distracciones? —pregunta Eden mientras levanta las manos claramente desesperada. De repente parece enfadada, y ahora los dos estamos gritándonos de un lado a otro del pasillo.

—nada. —Me tomo un momento para coger aire y recuperarme, y luego intento calmarme y bajar la voz.

Esto es una tontería. Estoy perdiendo el tiempo discutiendo con ella. La verdad, me siento avergonzado, y lo único que quiero ahora mismo es apartarme de Eden. Fui un imbécil por creer que ella podía haber sentido lo mismo que yo con ese beso. Por una vez intento ser honesto, pero parece que me ha salido el tiro por la culata y ahora lo lamento. Tenía que habérmelo guardado para mí, habría sido mucho más fácil.

—He dicho lo que necesitaba decir, ya sabes lo que pienso de ti, tú has dejado claro que piensas de otra manera, he terminado. —Paso a su lado, tirándome de los pelos, y murmuro—: Disfruta de los putos fuegos artificiales.

Me he puesto en ridículo, y ahora me siento un puto idiota. No puedo ni mirarla a la cara. Va a ser imposible vivir en la misma casa que ella durante todo el verano, porque nos vamos a estar encontrando cada dos por tres, es inevitable. Va a ser lo peor. Sabe que me atrae.

—Espera —dice Eden, y me detengo inmediatamente con un ramalazo de esperanza. «Por favor, por favor, dime que no te arrepientes.» No soy capaz de volverme y mirarla, pero escucho con toda mi atención, rogando que me diga algo que haga que merezca la pena que me quede. Y unos segundos más tarde, su voz ronca llena el aire, mientras dice—: No me has dado la oportunidad de decirte que te encuentro interesante.

Hace cinco años

El lunes, a la hora de la comida, cuando vuelvo al insti después del médico, mis amigos se pelean para firmarme la escayola. Estamos en la cafetería, apiñados en nuestra mesa de siempre, y se van pasando un rotulador negro mientras yo mantengo la muñeca en alto. Ahora Meghan está doblada sobre mi brazo, tiene la lengua fuera debido a la concentración que le supone rodear su nombre con flores negras onduladas. Casi le ruego que no lo haga porque es un poco hortera, pero me callo y le dejo que termine. Al menos las flores son mejores que el autorretrato que intentó dibujar Rachael.

—Me toca —dice Jake, que se acerca para arrancar el rotulador de la mano de Meghan. Está sentado con las piernas cruzadas encima de la mesa y se inclina hacia delante mientras me sujeta el brazo.

—No pongas estupideces —le advierto.

La última vez, dibujó un par de tetas y mamá las tachó cuando llegué a casa. Al final la escayola me quedó horrible, y esta vez, quiero que quede chula. A lo mejor es la última que tengo que llevar.

Hace tres noches desde la última vez que papá me puso la mano encima. No ha vuelto a hacerme daño desde el momento en que me prometió que nunca más lo haría. Me he pasado todo el fin de semana observándolo detenidamente y he notado que nunca se me acerca demasiado y que siempre se lo piensa antes de decirme algo. Todavía espera que estudie mucho, y eso hago, e incluso cuando se enfadó conmigo ayer por la noche, lo único que hizo fue irse.

Creo que esta vez es la definitiva. Creo que las noches malas, las noches peores... pueden ser ya cosa del pasado. Creo que se ha acabado para siempre. Puede que su disculpa sea realmente la última. Las cosas volverán a

ser como antes, como deben ser, cuando me ayudaba con los deberes, cuando veíamos juntos la tele, cuando salíamos a jugar al patio...cuando se comportaba como un padre que quería a su hijo.

Me siento esperanzado. Me siento casi... feliz. No del todo, pero más de lo que me he sentido en mucho tiempo.

—Ahí lo tienes —dice Jake.

Se ríe de forma traviesa mientras vuelve a su asiento. Echo una mirada a la escayola, y de verdad, no tengo ni idea de qué es lo que ha dibujado. Parece como un demonio satánico o algo así, y debajo, ha garabateado: «Recuerda que Jake mola más que tú». Muy típico de él, y no me va a poner de mal humor.

—Precioso —le digo mientras lo miro. Se le borra un poco la sonrisa, como si estuviera decepcionado de que no le lance mi comida encima. Le quito el rotulador y se lo ofrezco a Dean—. ¿Quieres firmar?

—Sí —responde. Se acerca a mí, coge el rotulador, y dibuja un círculo vacío en la escayola. Mientras escribe, me pregunta—: ¿Cómo te la has vuelto a romper otra vez?

—A ver, sabes que estás hablando de Tyler, ¿no? —lo corta Rachael poniendo los ojos en blanco—. Es el niño de los accidentes.

—Básicamente, sí —asiento con una risa.

Qué poco saben que estoy a punto de dejar de ser patoso. Se acabaron los golpes y los moratones. Se acabaron las excusas. Se acabaron las mentiras.

Dean acaba con la firma de la escayola. Ha escrito su nombre y luego debajo, me dice que me mejore pronto. Nada de tetas ni de Satán. Es demasiado bueno. Echo un vistazo alrededor de la mesa, y todo el mundo ha firmado excepto una persona: la chica nueva, Tiffani. Aunque ya no es nueva, y lleva comiendo con nosotros dos semanas.

Está sentada al final de la mesa y nos mira en silencio y con tranquilidad mientras se muerde el labio.

La miro directamente, levanto la muñeca y le sonrío.

—¿Quieres firmar?

—¿Quieres que firme? —pregunta ella, abriendo los ojos sorprendida como si no esperara que se lo pidiera.

Imagino que nos considera sus amigos, así que sería feo no darle la oportunidad de integrarse.

—Sip.

Cojo el boli de la mano de Dean y me estiro por encima de la mesa para dárselo a ella, que se pone de pie y lo coge. Se cuelga el bolso al hombro y viene hacia nosotros, luego se sienta en la esquina de la mesa mientras se inclina hacia mí. El pelo le cae por la cara mientras firma con su nombre, Tiff, y pone un pequeño corazón al lado. Luego, deja el boli en la mesa, rebusca en su bolso y saca un pintalabios. Todos la miramos en silencio mientras se repasa los labios con un tono rosa fuerte, luego coge con cuidado mi muñeca con las dos manos y levanta la escayola. La besa, justo debajo de su nombre, y mientras lo hace me mira con sus ojazos azules.

—Único —dice con una sonrisa mientras baja mi brazo—. Como yo.

—Eh —llama Jake desde el otro extremo de la mesa—. Creo que tengo los labios rotos. ¿Quieres firmarlos también?

Ahora

Fuera, el cielo estalla en rosa y azul, en verde y amarillo. Los fuegos artificiales han empezado. Dentro, en medio del silencio, Eden y yo nos volvemos hacia los grandes ventanales y contemplamos el campo de fútbol, la muchedumbre, las celebraciones, la emoción. Los colores iluminan el pasillo como rayos de luz que brillan ante nuestros ojos, pero no puedo centrarme en el espectáculo. No, solo puedo fijarme en Eden. En sus ojos color avellana, iluminados con las luces, refulgiendo en la oscuridad. ¿Seguro que he oído bien lo que acaba de decir?

—¿Interesante? —digo. Las palabras suenan extrañas en mi boca. Nunca me he considerado interesante, y desde luego no era lo que esperaba oír. Se me rompe el corazón—. ¿Es eso todo lo que puedes decir?

—Nos estamos perdiendo los fuegos artificiales —murmura Eden de forma algo patética.

No es capaz de mirarme a los ojos. Se concentra en la ventana, en ver cómo el mundo sigue adelante sin nosotros.

—No me importan los fuegos artificiales —le suelto. ¿Cómo puede fijarse en eso ahora? Están pasando cosas mucho más importantes aquí, como por ejemplo que yo averigüe qué quiere decir exactamente con que me encuentra interesante—. ¿Acaso me estás tomando el puto pelo? ¿Interesante? — Menudo bajonazo. Estaba ansioso por oír algo más.

—Tus muros —dice, pero le tiembla la voz. ¿Otra vez le doy miedo? ¿Es porque estoy enfadado? ¿O está asustada de sí misma?—. Tus muros me interesan.

Mi corazón da un salto. Mierda.

—No sé de qué me hablas —miento, pero creo que no soy convincente ni

de lejos.

—No me he dado cuenta hasta ahora —continúa. Se muerde el interior de la boca de forma ansiosa mientras mira al suelo. Es como si lo estuviera pensando mientras lo dice, como si reuniera sus pensamientos. Parpadea cuando vuelve a mirarme—. Has erigido unos muros y me interesan.

—¿Sabes qué? No me importa —digo a la defensiva. No puede haberse dado cuenta. He logrado vivir todos estos años sin que nadie fuera capaz de desarmarme y analizarme, y considerar siquiera que Eden pueda haber notado las grietas que hay en mi vida es casi insoportable—. Piensa lo que quieras sobre mí.

—¿Que piense lo que quiera? —repito, y su voz se vuelve más fuerte, como si estuviera convirtiéndose otra vez en la Eden que me gusta, la de las últimas semanas. La que no se echa atrás, la que me reta y no tiene miedo de decirme la verdad a la cara—. Pienso que me irritas —empieza, mientras entorna los ojos—. Pienso que eres un capullo arrogante que nunca puede ser agradable con nadie, porque no encaja con el papel que estás representando.

Está claro que me he salido del papel de Tyler Bruce demasiadas veces, porque puede ver lo que siento con toda claridad. Sabe que es una pose. Sabe que ese no soy yo, pero pretendo que piense que sí. No quiero que se dé cuenta de que soy frágil y estoy completamente roto.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo —le digo. «Se equivoca.»

—Déjame acabar —pide, y coge una bocanada de aire—. También pienso que eres un capullo. Tu ego es demasiado grande para tu propia cabeza, y crees que vas de guay siendo un cabrón. Pero ¿quieres saber la verdad, Tyler? Solo parece patético.

«¡Deja de decir eso de una puta vez!» Estoy a punto de gritarle, pero me muerdo la lengua y lucho por mantener a raya mi ira. Le confieso que me atrae y ella lo usa para soltarme todo esto a la cara. Pues duele. Tenía que haberme ido cuando pude.

—Vale, ahora sí que parezco un tarado por subir aquí y decirte que me siento atraído por ti. Podrías haberme dado calabazas con más suavidad.

Junta los labios y entorna los ojos.

—Pensé que alguien tan cabrón como tú podría soportarlo.

Otra vez me está retando. Meto las manos en los bolsillos, me vuelvo hacia el ventanal y pienso en lo que acaba de decirme. El cielo aún está iluminado por los fuegos artificiales y me dedico a mirarlos en silencio,

escuchando el chisporroteo que hacen al estallar. A lo mejor hay una pequeña parte de mí a la que le gusta que Eden se dé cuenta de cómo soy en realidad. Da bastante miedo que alguien conozca tus secretos más oscuros, pero es como si una parte de mí lo deseara. Intento luchar contra ello, por eso aparto a la gente de mi lado, pero en el fondo, lo que quiero es que una persona por fin me entienda y me diga que, algún día, todo irá bien. Alguien que me diga que yo estaré bien. Vuelvo la cabeza para mirar a Eden.

—Y yo pensé que habías descubierto que en realidad no soy un cabrón —susurro. Y este soy yo. Este es Tyler.

Los ojos de Eden están clavados en mí. Nos separan unos metros, pero ella me mira en silencio desde el otro lado del pasillo. El brillo de color neón de los fuegos aún se refleja en sus ojos. Su mirada está llena de emociones de todo tipo. Primero, confusión. Luego, sorpresa. Y por último, un miedo que reconozco perfectamente. Es el mismo que sentí la noche del sábado al darme cuenta de que no solo había besado a mi hermanastra, sino que me gustaba.

—Pienso —susurra— que yo también me siento atraída por ti.

¿Qué? Esta vez sí que se me para el corazón. Le doy la espalda a la ventana y me vuelvo para mirar a Eden. Estoy tan sorprendido que apenas puedo pensar, pero no dejo de tener dudas.

—¿De verdad? —pregunto, pero mi voz me suena como si no fuera mía.

—De verdad —responde. Cierra los ojos con fuerza y traga saliva con dificultad—. Lo siento.

—Deja de disculparte —le digo. «¿Por qué dice que lo siente?» Esto es exactamente lo que yo quería escuchar, pero ella parece aterrorizada. Sé que es algo difícil de asumir, pero estoy más que dispuesto a aceptarlo. Y espero que ella piense lo mismo. Me acerco a ella, despacio, y solo me detengo cuando ya estamos casi pegados—. No te arrepientas de nada.

Levanta la vista del suelo para encontrarse con la mía. Yo la miro a los ojos, a todos esos colores que brillan en ellos, pero solo veo el tono avellana. Quiero besarla otra vez. Me muero por hacerlo. Quiero volver a sentir sus labios contra los míos. Quiero notar su piel pegada a la mía. Me acerco para tocarle el codo y le acaricio suavemente la piel del brazo hasta llegar a la muñeca. Luego, muevo la mano hasta su cintura.

—¿Qué está pasando? —susurra Eden.

Puedo notar cómo tiembla cuando la toco. Está tensa, contiene la respiración. Ni tan siquiera es capaz de mirarme y, en cambio, dirige su vista

a los fuegos. Le acaricio la cadera haciendo círculos con los dedos y no dejo de mirarle la cara. Puedo sentir la adrenalina que va de uno a otro. Ella también quiere besarme. Pongo la boca en su mandíbula y le acaricio la piel con los labios. Es tan suave... Eden es cálida y reconfortante, y beso cada centímetro de esa piel desde la mandíbula hasta la boca. Me detengo en la comisura de los labios.

Me da miedo romper este silencio, pero aun así me atrevo a susurrar:

—Déjame besarte.

—Pero eres mi hermanastro. —Apenas se la oye, aunque ella intenta echar las palabras fuera en un susurro, y está paralizada, igual que mi boca, tan cerca de la suya.

—No lo pienses —murmuro, y no puedo soportarlo más, así que la beso.

Sus labios son jugosos y perfectos, y la beso de una forma como nunca había besado a nadie. Suavemente, con cuidado, recreándome una vez más en la sensación de su boca en la mía, y no creo que pueda llegar a hartarme nunca. Me evado de todo lo que nos rodea. Ni tan siquiera oigo los fuegos artificiales. Tampoco soy consciente de una voz que grita. Solo estoy concentrado en este momento, en el latido que siento en el pecho, en Eden. La acerco más a mí, y hago el beso más profundo, acelerando los movimientos. Quiero explorar cada centímetro de ella y no puedo detener las manos. Tengo los dedos entrelazados en su pelo, le toco la espalda y la aprieto contra mí hasta que su cuerpo forma un molde del mío. El pulso se me acelera con la electricidad que siento y la cabeza me da vueltas. Ella se deja hacer, como si estuviera sincronizada conmigo, y bajo la velocidad del beso otra vez. Muevo la punta de los dedos hasta su barbilla y le coloco la cabeza para poder besarla con más profundidad. Y, madre mía, es increíble.

—¡Ey! —Se oye una voz desde el pasillo—. ¡Dejadlo ya, chicos!

Ambos ignoramos el débil grito.

—Fuera de aquí antes de que os arreste por entrar en una zona prohibida.

Ahora la voz se oye más cerca, igual que las pisadas.

—¡Venga, dejad lo que estáis haciendo! —insiste la voz distante, rompiendo la burbuja en la que estoy y haciéndola estallar por completo. Hasta Eden se pone rígida de repente—. ¡Dejadlo ya!

—Demonios —mascullo mientras me aparto de Eden a regañadientes.

Bueno, ya nos han chafado el momento. Quito las manos de su cuerpo y me las llevo al pelo mientras me vuelvo para ver al gilipollas que nos ha

interrumpido. Es un poli. Un agente de policía de Culver City me está observando, con muy mala cara, y me cruzo de brazos mientras le devuelvo la mirada. Es tan rápido y tan sutil que apenas me doy cuenta de que me he puesto en modo Tyler Bruce hasta que me escucho a mí mismo mascullar:

—¿Tienes algún problema?

—Estáis allanando una zona restringida —responde el agente con voz firme.

Me mira de arriba abajo con desconfianza y consigue ponerme de los nervios; luego mira a Eden.

—¿Allanando una zona restringida? —repito. ¿Me está tomando el pelo? ¿Se le ha subido el poder a la cabeza?—. ¿No tienes nada mejor que hacer? Como por ejemplo poner orden en las peleas de borrachos en el campo.

Señalo hacia los ventanales, al gentío que hay fuera mientras los fuegos siguen tiñendo de colores el cielo negro. Es Cuatro de Julio. Seguro que tiene que haber cosas mucho más importantes que hacer.

—Ya me estoy cansando de tu actitud —me ladra el agente. Pone las manos en la cadera, apoyándolas en su cinturón reglamentario—. Esta escuela está cerrada salvo por los pasillos señalados; estáis allanando el espacio y yo os estoy dando la oportunidad de que os vayáis solos antes de tener que obligaros a hacerlo.

—¿Obligarme? —Casi me echo a reír. ¿Me está amenazando con sacarme de aquí a la fuerza? Yo creo que se le está yendo un poco—. ¿No nos puedes dejar solo un minuto? Nos iremos, pero es que nos has interrumpido.

—Tyler, vámonos —me susurra Eden.

Me está tirando de la camiseta, rogándome que lo deje ya y nos larguemos, pero Tyler Bruce no se echa atrás. Me planto firmemente y no dejo que ella me convenza.

—Sí, me he dado cuenta de que os he interrumpido —responde sarcástico el agente. ¿Nos ha espiado todo el rato? Vaya pervertido—. No estoy tratando de razonar con vosotros, os estoy pidiendo que os vayáis, y espero que me hagáis caso. No me hagas perder el tiempo, hijo.

—Es un puto pasillo —le recuerdo mientras levanto las manos. Menuda estupidez. Claro que me iré, pero primero quiero terminar lo que empecé con Eden, quiero besarla otra vez sin interrupciones—. No es como si estuviésemos intentando colarnos en la Casa Blanca. Danos cinco minutos nada más.

—¿No puedes aceptar un «no» como respuesta? —replica el agente, que parece molesto con mi desobediencia—. ¿Acaso tu viejo no te enseñó a acatar órdenes?

Y ahí ya la liamos.

—¿Eres un puto gilipollas o qué? —mascullo mientras avanzo hacia él con los puños cerrados. Si no fuese un poli, le daría un puñetazo. ¿Quién cojones se cree que es? Precisamente órdenes es lo único que mi padre me daba.

—Vale, ya está —dice el agente, y coge las esposas de su cinturón—. Te he pedido que te vayas, pero estás desobedeciendo una orden y tu actitud es inadecuada, así que te voy a arrestar en virtud del artículo 602.

Mierda. No puede ser. Tenía que pasar desapercibido, no levantar sospechas. Con el rabillo del ojo, veo cómo Eden abre la boca sorprendida, y a la vez, oigo que el agente añade:

—A ambos.

Hace cinco años

El viernes, cuando Hugh me deja en casa después de clase, entro en la cocina y me encuentro a papá sentado a la mesa. Normalmente, cuando se toma la tarde libre, no se trae trabajo a casa. Pero hoy, la mesa de la cocina está cubierta de archivadores, folios, bolis y una taza de café. Papá está encorvado sobre ellos, con la corbata aflojada, una mano en el pelo y la otra sujetando delante de él una hoja de papel que observa con atención.

La casa está en silencio. Jamie y Chase deben de estar arriba. Desde que papá les puso la Play en la habitación, se han enganchado a los videojuegos.

Cojo una silla y me siento a la mesa enfrente de él. Hace una semana que me hizo la promesa, y no la ha roto. Esa es la razón por la que me atrevo a sentarme, porque, poco a poco, estoy intentando volver a confiar en él, como antes de que todo se estropeará. Apoyo la escayola en la mesa y le sonrío.

—¿Hoy trabajas desde casa?

—No estoy trabajando —dice papá mientras me echa un rápido vistazo sin levantar la cabeza. Me sonrío en respuesta a mi gesto amable, pero me doy cuenta de que no le sale natural. Tiene la frente surcada de arrugas de preocupación—. Solo intento resolver unas cosas.

—¿Qué cosas?

—No lo entenderías. Aún no. Algún día lo harás —dice. Mientras deja escapar un suspiro, posa el folio en la mesa y se frota las sienes—. ¿Por qué todo tiene que torcerse a la vez? ¿Por qué tenemos que perder dos cuentas la misma semana que se van dos de mis chicos? —murmura, aunque creo que está hablando solo.

Por lo que yo sé, Grayson's, la empresa de papá, iba genial. Es de ingeniería estructural o algo así. Tienen sucursales por toda la Costa Oeste. Y

todas van bien. O al menos, iban bien. Pero en los últimos años... ya no tanto. La presión lo estresa, y siempre he creído que es precisamente ese estrés el que lo lleva a perder la paciencia tan fácilmente.

—Lo arreglarás —lo animo. Es lo que diría mamá si estuviera aquí, pero no está, así que soy yo el que lo tranquilizo. Intento que esté de buenas, no quiero que se estrese. No quiero que se enfade—. Para eso fuiste a la universidad. Para saber cómo solucionar problemas.

—No —dice, y ahora sí que levanta la cabeza—. Fui a la universidad para poder criarte. —Aparta los papeles que tiene ante sí y pone las manos sobre la mesa, entrelazándolas mientras se inclina hacia delante—. Tyler, déjame que te cuente algo. Cuando era adolescente, era un idiota. No me tomaba nada en serio. ¿La escuela? Aburrida. Casi repito un curso en el instituto, y no porque no me diera la cabeza, sino porque no me esforzaba. Ay, tu abuela... La volvía loca. —Deja escapar una risa y pone los ojos en blanco—. Tenía dieciséis años y estaba ennoviadísimo con tu madre. Le robaba la furgoneta al abuelo y me escapa para ir a verla. Nos dedicábamos a beber cerveza barata. Y luego... Bueno, la cigüeña y tal. Tuvimos una sorpresita contigo.

—¡Puaj! —farfullo, mientras arrugo la nariz con desagrado.

Ya sé que mamá y papá eran jóvenes cuando yo nací, que tenían diecisiete años y aún estaban en el instituto, y la verdad es que no necesito saber nada más. Es asqueroso.

—No pondrás esa cara cuando tengas dieciséis, ya verás —bromea papá, pero luego enseguida enarca una ceja y añade con seriedad—, o mejor dieciocho, por favor.

—¡Papá! —ruego. Las mejillas me arden de vergüenza.

—¡Vale, vale! —Papá se ríe mientras levanta las manos en gesto de rendición, y luego me mira otra vez—. A lo que voy: nos dejamos de estupideces. No íbamos a ser los típicos padres jóvenes que abandonan el instituto como unos perdedores y viven en una casa barata luchando por salir adelante. Queríamos lo mejor para ti. Así que acabamos el instituto, nos graduamos y fuimos a la universidad. —Se detiene un momento y su expresión se vuelve solemne otra vez—. Tyler, tu madre se sacó la carrera con tres críos. Derecho. Con tres hijos. ¿Te das cuenta de lo que es eso? —Asiento. Todavía recuerdo las noches que mamá se quedaba hasta las tantas

estudiando—. Bueno, pues eso es porque te quiere mucho. Y yo también. Porque ahora tienes todo lo que necesitas, ¿a que sí?

Asiento otra vez y papá deja escapar un suspiro. Se levanta, rodea la mesa y se sienta a mi lado, con las manos entre las rodillas.

—Por eso te presiono tanto, Tyler —explica, y por fin entiendo el objetivo de su charla—. No porque sea un gilipollas, sino porque no quiero que cometas los mismos errores que yo. Quiero que tengas éxito. Quiero que te concentres en tus estudios y consigas entrar en una buena universidad. Una de las mejores. Hasta pagaremos la matrícula de una universidad privada.

Frunzo el ceño mientras lo miro.

—¿Esperas que me cojan en una privada?

—Y ¿por qué no iban a cogerte? —pregunta, y yo no digo nada—. Pues eso. Y una vez que consigas el título, de ingeniero, por supuesto, necesito que dirijas esta empresa mucho mejor que yo. ¿Vale?

No tengo valor para decirle que a lo mejor no quiero hacer ingeniería, que a lo mejor no quiero dirigir su empresa. Así que sonrío y digo:

—Vale.

Y mientras se le ilumina la cara de orgullo, papá me da un abrazo lleno de calidez y amor.

Ahora

—¿No podías haber cerrado la boca? —me susurra Eden desde detrás. Se frota la frente, masajeándose las sienes.

Ahora mismo estamos sentados en una celda de la comisaría de Culver City. Han llamado a nuestros padres, y cuanto más tiempo pasa en esta espera, más evidente es lo nerviosa que se está poniendo Eden. Está claro que nunca la habían arrestado. Lo está pasando mal, y si ahora mismo estuviéramos solos, quizá podría, no sé, rodearla con el brazo o algo. Pero no estamos solos. Tenemos compañía, como por ejemplo la mujer completamente borracha que lleva tacones y está tirada en el suelo en señal de protesta, lloriqueando y gritando.

—Ese poli era un capullo —le contesto también en voz baja. Odio a los policías, o al menos a estos. Me desplomo contra la pared, mirando a todos los agentes que deambulan por la comisaría. Suenan teléfonos, se oyen conversaciones—. Todos lo son. —Esto es mentira. Hay una excepción, solo una: el agente González del departamento de Santa Mónica. Él me cae bien.

—Ni siquiera estaríamos aquí si tú te hubieras limitado a marcharte —se queja Eden, y luego deja escapar un suspiro.

Otra vez está enfadada conmigo, porque la única razón de que ella esté sentada en esta celda ahora mismo soy yo. Yo la arrastré conmigo, y aunque me siento culpable, también sé que no hay nada de lo que preocuparse.

Dejo escapar un gruñido, me estiro hacia delante y apoyo los codos en las rodillas mientras miro al suelo.

—Mamá nos sacará de esta —le digo, echándole un vistazo de reojo.

Está sentada a mi lado, pero a cierta distancia. No nos tocamos. No somos capaces. Al menos cuando hay gente alrededor.

Eden pone los ojos en blanco, pero no parece tranquilizarse.

—¿Por qué? ¿Porque es abogada?

—Porque ya lo ha hecho más veces —admito, mientras me siento derecho.

Tener una madre abogada conlleva sus ventajas. Abogada de derechos civiles, vale, pero aun así sabe cómo manejarse en estos casos. Odia que me meta en problemas de este tipo, así que siempre hace lo que sea para librarme de ellos. Se tomó una excedencia de cinco años mientras nos adaptábamos a los cambios que nos sobrevinieron después de lo de papá, pero no ha perdido sus habilidades.

—Siempre me saca.

—Más veces —repite Eden. Me mira y entorna los ojos con curiosidad—. ¿Cuántas veces te han arrestado?

—Una. Dos. —Me encojo de hombros mientras esbozo una sonrisa juguetona—. A lo mejor un par de veces más.

—¿Por qué?

—Ehhh. Por tonterías —admito. Sin embargo, durante un segundo tengo que pensarlo. Hace ya bastante de eso, y siempre fue por estupideces. Me levanto y paseo en círculos delante de Eden, haciéndome crujir los nudillos—. Por peleas, vandalismo, por alterar el orden —digo, intentando parecer despreocupado. Tampoco es que haya robado un supermercado o algo por el estilo, así que no me da palo contárselo. Le echo una mirada, incapaz de reprimir la risa—. Y por allanar un pasillo.

—Por lo menos no has matado a nadie —dice, y casi sonrío.

—Todavía no —puntualizo. Puedo ver la cara de papá con toda claridad—. Tengo a alguien en mente. —Mi tono debe de haberse vuelto demasiado solemne, probablemente porque estoy hablando en serio, por eso la expresión de Eden se vuelve horrorizada. Se lo ha creído—. Eden —digo, y me echo a reír mientras niego con la cabeza.

—Todavía no le he pillado el tranquillo a tu sentido del humor —dice mientras se cruza de brazos en un gesto defensivo. Luego, de broma, añade—: Ni siquiera sabía que lo tuvieras.

Le sonrío, admitiendo mi derrota. Me gusta cuando estamos como ahora. Nunca me porto así con nadie, excepto con mis hermanos. Siento que puedo estar de buenas con ella.

—Buena respuesta.

—Bruce, Munro —nos llama de repente una voz que nos pilla con la

guardia baja. Me vuelvo y veo al agente Green mirándonos de arriba abajo desde el otro lado de los barrotes de la celda. No es el que nos detuvo, sino el que nos tomó los datos aquí en comisaría. No es tan gilipollas como el otro —. Vuestros padres están aquí —nos informa.

—Vamos a morir —susurra Eden mientras se pone de pie—. Ay, Dios. En serio vamos a morir.

—Cállate —le ordeno. Le echo una mirada de advertencia. Tiene que serenarse—. Déjame hablar a mí.

—Seguidme —dice el agente Green mientras abre la puerta de la celda.

Eden va pegada a mí mientras seguimos al agente Green por la comisaría, y puedo oír su respiración completamente atacada. Sí, mamá y Dave no van a estar encantados, pero en realidad nadie ha interpuesto cargos contra nosotros. Al menos, por ahora. Supongo que estamos a punto de averiguarlo. El agente Green nos lleva a un pequeño despacho donde nuestros padres nos esperan.

Lo primero que hago es mirar a mamá. Sabe que tengo un mal día, pero no se puede permitir mostrarse agradable conmigo. Tiene puesta su máscara de profesional (la cara de póker que suele usar cuando tiene un caso importante. Los rasgos serios, los labios apretados y los ojos entornados). Cada vez que me meto en una de estas, no es tanto que se enfade como que se entristece. Le recuerda que no estoy bien, que no estoy en mis cabales, que estoy perdiendo la guerra. Sin embargo, Dave tiene furia suficiente por los dos. Nos mira a Eden y a mí con las manos en la cadera y el cuerpo rígido. Tiene el pecho hinchado y las mejillas coloradas.

—¿A qué demonios estáis jugando vosotros dos? —nos suelta, pero mamá da rápidamente un paso adelante. Sabe manejar la situación mucho mejor.

—¿Agente...? —pregunta, mirando al agente Greene. Hasta entorna los ojos para intentar leer el nombre en su placa, y eso que su vista es perfecta.

—Greene —responde él.

—Agente Greene —empieza mamá, antes de aclararse la garganta. Está a punto de ponerse seria y sacude la cabeza—, ¿me puede explicar por qué han sido arrestados por allanar una zona restringida? Por cierto, soy abogada.

Tiene una pequeña sonrisa inocente en los labios mientras levanta una ceja. Sabe lo que está haciendo, y me encanta esa faceta suya. Controlando la situación, muy poderosa. Estos días, no tengo muchas oportunidades de verla así.

—Violación de la propiedad según el Código Penal, artículo 602, dentro de la Escuela de Secundaria de Culver City —la informa el agente Greene, pero su incomodidad es evidente. Cambia el peso de un pie a otro—. Solo las áreas especificadas del campus estaban abiertas al público para las celebraciones y fueron hallados en un pasillo de un bloque cerrado.

Mamá tiene que esforzarse por no poner los ojos en blanco. Parece que esperaba una razón de mayor peso para un arresto.

—¿En serio? ¿Se meten por accidente en un pasillo que no deben y usted los arresta?

—Señora, yo no fui quien los arrestó —cuenta el agente Green, levantando la mano—. El agente Sullivan no tiene mucha paciencia y su hijo mostró una actitud inapropiada cuando le pidió que se fueran. —Me echa una mirada—. Le dio varias oportunidades.

Casi me echo a reír. Eso de que el agente Sullivan no tiene mucha paciencia es lo más políticamente correcto que he oído en mucho tiempo. No nos dio ni cinco minutos para largarnos. Mamá me echa una mirada fulminante, así que reprimo la risa y miro al suelo.

—Yo estuve en el instituto esta noche y sí recuerdo haber visto carteles de No pasar —dice mamá con voz firme y sonora. Entorna los ojos como retando al agente Greene—. Pero esas señales no son lo mismo que las que alertan de que pasar sea una infracción y, por lo tanto, ninguno de los dos estaba informado de que estaban cometiendo un delito. No pueden ser arrestados basándose en el mal genio de su colega.

Sigo intentando reprimir la risa. Muevo la cabeza para mirar a Eden, pero su expresión aún denota tanta ansiedad y tanto miedo que al final se me escapa una carcajada. Intento disimular, así que me tapo la boca con la mano para que se note un poco menos.

—¿Y si —propone el agente Green mientras extiende la mano a mamá— los dos nos ahorramos el papeleo y paso esto por alto? —Sonríe con expresión de complicidad.

—Una decisión muy respetable, agente —dice mamá, y le estrecha la mano.

Echa una mirada a Dave que no soy capaz de registrar, y él asiente. Ella se queda para concluir el trato.

—Bien —dice Dave, dando una palmada, y su tono suena enfadado cuando ordena—, vosotros dos, al coche. Ahora mismo. —Luego pasa entre

Eden y yo y sale.

—Alguien está muy enfadado— murmuro.

Supongo que Dave nos echará un broncazo una vez que estemos fuera. Me comunicará que estoy castigado durante diez años, y a Eden le dará un abrazo y le dirá que todo está bien.

Le doy un pequeño codazo a Eden y ambos seguimos a Dave hacia el aparcamiento. No sé qué hora es, pero ya ha anochecido y se ha levantado una brisa fresca. Dudo bastante que sigamos con las celebraciones del Cuatro de Julio. Nos dirigimos hacia el Range Rover de mamá, y cuando Eden y yo abrimos la puerta de atrás, nos encontramos a Chase ya dormido en el asiento. Es irónico que nuestros padres se enfaden con nosotros porque nos han arrestado por allanamiento cuando ellos nos llevan a los cuatro en el asiento de atrás, lo cual es ilegal.

—¿Qué habéis hecho ahora? —pregunta Jamie, que me observa con curiosidad.

Miro a Eden, y no puedo evitar que una sonrisa juguetona me aflore a los labios.

—Algo que no deberíamos.

Nos subimos al coche, aparto a Chase y los cuatro nos apretujamos otra vez; la verdad es que no sé cómo voy a sobrevivir a este viaje de vuelta a casa. Ya fue insoportable cuando vinimos, antes de que Eden y yo hubiéramos hablado. Ahora va a ser todavía peor, con su cuerpo pegado al mío, tras habernos besado hace una hora escasa.

Estoy esperando a que Dave empiece a gritarme, pero lo único que hace es sentarse callado en el asiento del conductor y agarrar el volante quizá con demasiada fuerza. A lo mejor guarda silencio porque su hija está presente. Pero si estaba planeando decir algo, ya se le ha pasado la oportunidad, porque aparece mamá. Se sube al asiento del copiloto y cierra de un portazo; luego se cruza de brazos mientras mira al frente.

—Muy bien, mamá —la felicito en un esfuerzo por calmar el ambiente. Incluso me inclino hacia delante y le pongo una mano en el hombro, intentando que me mire—. Lo has bordado.

—No se te ocurra dirigirme la palabra, Tyler —me suelta, y me aparta la mano. No se vuelve, ni tan siquiera me mira. Sigue con la vista al frente, mirando a través del parabrisas, a nada en particular—. Uno de estos días no voy a acudir. Me has decepcionado muchísimo.

—Tú también me has decepcionado, Eden —dice Dave, por fin. Su voz no es tan dura como normalmente, pero aun así es áspera. Pone en marcha el motor y sale del aparcamiento—. ¿Qué demonios estabais haciendo ahí dentro? Estoy bastante seguro de que el evento era fuera.

—No. El evento era definitivamente dentro —contesto.

Miro a Eden con el rabillo del ojo, y me encanta la expresión de alarma que se le pone en la cara cuando digo esto. El halo de prohibición que nos envuelve es casi... divertido. Nuestros padres no deben saber nunca que nos enrollamos. El secreto es electrizante, y quiero ver cuánto puedo aguantarlo. En la oscuridad del asiento, paso un dedo por el muslo de Eden.

—No repliques —me ladra mamá, y me doy cuenta de que está realmente enfadada conmigo—. Acabo de firmar para que ambos pudieseis salir cuando podría haberos dejado allí toda la noche, ¿vale? Así que aquí va una idea, Tyler: quédate sentado donde estás y por una vez en la vida cierra la boca.

Joder. Es raro que mamá me hable así. Pero no se lo tengo en cuenta. Sé que la pongo de los nervios, y sé que tiene derecho a ponerse así conmigo a veces. Le hago caso y voy callado el resto del viaje de vuelta a casa. Me centro en Eden, en tocarla disimuladamente cada vez que se me presenta la ocasión. Le rozo la mano con la mía, pego la rodilla a la suya. Ella va mirando por la ventanilla y se le ilumina la cara con las luces de los semáforos que vamos pasando, luces y sombras intermitentes. Eso hace que el viaje de vuelta pase más rápido que el de ida, y para cuando todos estamos ya ante la puerta de casa, es casi medianoche. Dave lleva en brazos a Chase, que aún está dormido.

—Ni siquiera sé qué decirte, Tyler —murmura mamá mientras echa el cerrojo a la puerta principal. Dave lleva a Chase al piso de arriba, y Jamie los sigue—. Sencillamente ya... ya no puedo más. —Se vuelve para mirarme mientras toma una bocanada de aire. Se le nota en la mirada lo cansada que está—. Eden, vete a tu habitación. Duerme un poco —dice, y le sonrío, como si le pidiera educadamente que nos dejara solos unos segundos.

Eden entiende el mensaje, porque ni tan siquiera duda, solo asiente y se dirige escalera arriba.

Mamá y yo nos quedamos solos en el vestíbulo, y ella va hacia la cocina, así que la sigo. Estoy un poco avergonzado. Odio hacerle esto, así que la sigo cabizbajo, demasiado abochornado para mirarla a los ojos.

—Sé que estás teniendo un día malo, Tyler —dice con tranquilidad y un

tono más suave. Deja escapar un suspiro y se apoya en la encimera, mientras se lleva una mano a la cara—. Pero..., por favor, deja de portarte así. Me preocupa que un día te metas en problemas serios de verdad.

«¿Como vender hierba?» Frunzo el ceño y asiento para que sepa que la escucho con atención.

—Lo siento, mamá —digo. Y es la verdad. Lamento el hecho de que me voy a pasar la vida decepcionándola.

—Ya sé que lo sientes —me dice mientras me mira desde la otra punta de la cocina. Su sonrisa vuelve a ser triste. A veces acabo con ella, y ojalá fuera capaz de no hacerlo—. Buenas noches, Tyler.

—Buenas noches —murmuro, me vuelvo y salgo de la cocina.

Me dirijo al piso de arriba, a mi habitación, pero antes de entrar, veo a Eden metiéndose en la suya. En realidad nos queda mucho por hablar, como por ejemplo: ¿qué pasa ahora? Antes de que cierre la puerta, entro rápidamente en su cuarto. Ella se vuelve y se sobresalta por mi repentina aparición.

—Ey —susurro.

Miro su habitación durante un minuto, mientras soy consciente de que ni siquiera sé qué voy a decirle.

—Hola —dice ella—. ¿Qué te ha dicho tu madre?

—Nada —digo. Creo que Eden aún está enfadada conmigo por haber hecho que nos arrestaran, así que decido empezar por disculparme—. Perdona por haberte arrastrado conmigo. Debería haberme marchado cuando el poli nos dijo que lo hiciéramos.

Ella frunce el ceño.

—No te preocupes.

Estoy a punto de seguir hablando, de preguntarle qué va a pasar ahora entre nosotros, pero el sonido de mi móvil rompe el silencio. Me vibra en los vaqueros, y lo saco enseguida para encontrarme con el nombre de Tiffani brillando en la pantalla. «Por favor, ahora no.» Siempre me llama si llega la noche y no hemos hablado en todo el día.

—Tiffani —le digo a Eden. A veces, simplemente ignoro sus llamadas, pero ahora mismo no puedo permitirme hacer eso. Está chantajeándome. Tengo que hacerla feliz, porque cuando no lo es, me lo hace saber—. Perdona, tengo que hablar con ella. Se enfadará si la ignoro. Lo siento —digo mirando a Eden.

Me mira con los ojos muy abiertos y parece palidecer. Me siento como un gilipollas. Le digo a Eden que me gusta, la beso, y luego la dejo plantada para coger una llamada de mi novia. El móvil sigue vibrándome en la mano.

—Lo siento de verdad. Tengo que hacerlo —susurro.

Me siento muy culpable. Ojalá pudiera explicárselo. Ojalá supiera lo complicado que es.

La llamada se cortará si no contesto, y la expresión derrotada de Eden me resulta demasiado difícil de soportar, así que me doy la vuelta a toda velocidad y salgo. Al entrar en mi habitación, antes de cerrar la puerta, cojo la llamada y me pongo el teléfono en el oído. No hay emoción ni entusiasmo en mi voz cuando digo:

—Ey, ¿qué hay?

—¡Feliz Cuatro de Julio, cariño! —dice Tiffani con su voz chillona al otro lado de la línea, y me dan ganas de tirar el móvil al suelo.

Hace cinco años

Lo primero que hacemos mis hermanos y yo el sábado por la mañana es correr escalera abajo, dándonos codazos para apartarnos unos a otros mientras nos peleamos por entrar primero en el dormitorio de papá y mamá. Una vez allí, gritamos al unísono:

—¡Feliz cumpleaños, papá!

Ellos ya están despiertos. Mamá está sentada enfrente del vestidor, maquillándose, y papá se está poniendo una camiseta. Es fin de semana, así que ninguno de los dos trabaja hoy. El sol se cuele por la ventana y el olor de café inunda el aire.

—¡Os habéis levantado pronto, chicos! —dice papá mientras se vuelve para mirarnos con una sonrisa radiante en la cara.

Chase corre a darle un abrazo, y papá se agacha para recibirlo. Jamie se les une, pero yo no. Me quedo al lado de la puerta, mirando.

—¿Ahora se te va a poner el pelo gris? —pregunta Chase.

—Pues la verdad es que espero que no, ¡a ver si aún tarda veinte años más! —responde papá, mientras se pasa las manos por el cabello negro y abundante que tiene y se incorpora.

—¡Yo también espero que no! —bromea mamá. Se levanta del vestidor y va hacia papá para apretarle cariñosa el hombro mientras él le lanza una mirada indignada—. Estoy de broma, Peter. Seguro que estarás igual de guapo cuando te salgan canas. —Lo besa cerca de la boca, y luego coge a Jamie y a Chase por los hombros—. A ver, ¿quién tiene hambre? ¡Hay beicon!, ¡el plato favorito de papá!

Mientras se los lleva fuera de la habitación y hacia la cocina, pasan a mi lado, pero no los sigo. En cambio, me quedo con papá, los dos en silencio.

—*Feliz cumpleaños*¹ —le digo.

Sé que le gustará, y por eso le sonrío. Hace ya dos semanas que hizo su promesa. Y la está cumpliendo.

Me mira, y su expresión es amable y feliz.

—*Gracias* —murmura mientras una sonrisa le ilumina la cara. Le encanta que hable español por iniciativa propia, sin que tenga que empezar él. Ha estado intentando enseñárselo también a Jamie y a Chase, pero ellos no lo pillan tan rápido como yo—. Tú no piensas que esté viejo, ¿verdad? —me pregunta de broma mientras eleva las cejas.

—No —le digo—, todavía no.

—¡Pero ahora estoy justo a mitad de camino de los sesenta!

Los dos nos reímos y él se pone detrás de mí, me coloca las manos en los hombros y me lleva a la cocina. La tele está encendida, hay beicon en la sartén, y mamá mueve las caderas tarareando mientras sirve dos tazas de café. Chase aporrea la mesa con dos cucharas como si tocara el tambor, y Jamie bebe leche directamente del brick. Qué asco.

—Abre tus tarjetas —dice mamá mientras se vuelve y le pone una taza de café en la mano a papá.

Ella le da un trago al suyo y nos mira a todos con expresión feliz y juguetona mientras papá y yo nos sentamos a la mesa.

Sobre ella hay un montón de postales de felicitación: nuestras, de familiares, de amigos... También hay algunos regalos. Mamá eligió los nuestros, y también las tarjetas. Las firmamos ayer por la noche.

—Abre la mía primero —pide Chase ansioso, mientras coge uno de los sobres del montón y se lo pone a papá en las manos, casi tirándole el café.

—Claro —acepta papá mientras pone los ojos en blanco.

Posa la taza en la mesa y abre la felicitación de Chase, luego la de Jamie y después la mía. Lo observo detenidamente mientras lee la que yo escribí. Es corta y simple, y está en español.

Escribí: «¡*Feliz cumpleaños! Te amo, Papá*». ²

Levanta la vista de la tarjeta y la sonrisa que me dedica es amplia y sincera, hasta los ojos se le iluminan. Me sonrojo y no sé por qué. Quizá es porque, por una vez, siento que es verdad. Que no lo estoy diciendo solo por hacerlo feliz. Me da corte mirarlo, así que voy por el zumo de naranja y me sirvo un vaso.

—Tengo algo que contarte —le dice mamá cuando él empieza a abrir su felicitación.

Papá se detiene, con el sobre a medio abrir entre las manos, y la mira con curiosidad. Ella se inclina sobre él, abrazándole desde detrás, y entierra la cara en su cuello.

—Nos vamos —murmura— ... a Las Vegas. El próximo fin de semana. Solos tú y yo, mi amor. Feliz cumpleaños. —Y le planta un beso en el cuello.

—¿A Las Vegas? —repite papá abriendo mucho los ojos. Siempre que está sorprendido se le agudiza el tono de voz, y coge las manos de mamá mientras inclina la cabeza hacia atrás para mirarla. Ella sigue inclinada sobre él, sonriendo. Él parpadea deprisa—. Mi amor, ¿de verdad? No tenías que... no tenías por qué molestarte. —Papá junta los labios para que mamá lo bese otra vez, y ella lo hace. Él le aprieta las manos—. Eres increíble.

—¿Por qué nosotros no podemos ir? —pregunta Jamie.

Mira a papá y a mamá desde el otro lado de la mesa, pero ellos están demasiado ocupados sonriéndose y creo que ni se dan cuenta. Me encanta que se quieran tanto.

—Porque Las Vegas es para mayores de veintiún años —le dice mamá riendo, cuando finalmente aparta la mirada de papá. Mira a Jamie, luego a mí y después a Chase—. Lo siento, chicos, pero ese fin de semana os quedáis con los abuelos.

—¿Qué os parece —propone papá— si antes de eso hacemos algo divertido todos juntos? Empecemos con un helado.

Chase suelta un gritito de emoción y me mira, con esa sonrisa inocente e infantil a la que le faltan la mitad de los dientes. Yo le respondo con otra sonrisa. Hace mil años que papá no nos lleva a tomar helado. Eso significa que es feliz. Somos felices. Soy feliz.

Ahora

Me gusta ir al gimnasio con Dean. Entrenar es una de las pocas cosas que hago para distraerme que es buena para mí. Me despeja la cabeza durante unas horas, y, la verdad, me gusta estar solo con Dean un par de veces por semana. De entre todos mis amigos, él es con quien más a gusto me encuentro. Cuando teníamos catorce años solíamos colarnos en su garaje y usar las pesas de su padre, pero hace como un año decidimos apuntarnos a un gimnasio del centro. Estoy intentando ponerme cachas. De pequeño era débil y no tenía fuerza suficiente para defenderme. Ahora puedo pelear si lo necesito. Eso me tranquiliza, supongo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Dean.

Me está ayudando con las pesas. Tiene las manos sobre la barra y sostiene el peso extra que acaba de añadir para que no me lesione. Necesito esa ayuda, además, porque la muñeca izquierda de vez en cuando aún me falla y siempre va a ser un poco más débil que la derecha.

Lo miro desde abajo y observo su expresión preocupada, pero estoy haciendo demasiado esfuerzo como para poder contestar. Tengo la mandíbula completamente apretada, así que lo único que puedo hacer es un pequeño gesto de asentimiento con la cabeza mientras levanto el peso, con los músculos del brazo en tensión y cubierto de sudor.

—¿Qué te pasó en la fiesta de Rachael? —pregunta Dean—. Perdiste el conocimiento. No estabas... —se detiene para echar un vistazo alrededor, pero hay bastante bullicio en el gimnasio y nadie se encuentra lo suficientemente cerca como para oírnos. Aun así baja la voz cuando vuelve la vista hacia mí y continúa la frase—: colocado, ¿no?

Me molesta la pregunta, y me da la energía que necesito para levantar la

barra y ponerla en la ranura que está detrás de mí. El ruido de los metales entrechocando tapa el del aire que exhalo. Me siento y relajo los brazos.

—No —respondo. Normalmente le mentiría, pero esta vez no lo necesito. Estoy diciendo la verdad—. Solo bebí demasiado.

—Sí, pero muchííísimo más que otras veces —dice Dean—. No eran ni las doce cuando te desmayaste. Y casi mandas a Kyle Harrison al hospital.

—¿En serio? ¿No pudo con cinco cervezas? —me río mientras cojo la toalla del suelo y me seco la frente y el pelo con ella. Aún tengo la respiración agitada.

—Sí, bueno, cinco cervezas en unos tres minutos —matiza Dean. Me pasa el agua, y la cojo con una mano. Él se apoya en la pared y se cruza de brazos mientras me mira con desaprobación—. La mayoría de la gente no puede con eso. Ni tan siquiera tú, por lo que parece. ¿Dormiste en casa de Tiffani?

Pongo los ojos en blanco y echo un trago de agua.

—Por desgracia, sí.

—Eso no suena demasiado bien —dice Dean. Entorna los ojos, lleno de curiosidad pero también de preocupación. Siempre me mira así. Creo que, a pesar de la cantidad de años que llevamos siendo amigos, sigue intentando entenderme. A veces me pregunto si tan siquiera sabe quién soy—. ¿Estáis enfadados o qué?

Casi me echo a reír. Tiffani y yo estamos enfadados casi siempre, así que me levanto y le digo:

—No, es solo que Tiffani es como es. Venga, vámonos.

No quiero entrar en detalles, así que me dirijo a los vestuarios.

—¿Ya has hablado con Jake? —pregunta Dean mientras me sigue.

Odio que se ponga a interrogarme sobre mi vida. Lo quiero mucho, pero a veces es muy tocapelotas.

Lo miro mientras abro la puerta de mi taquilla.

—¿De qué?

—De Eden —responde. Aparta la vista y mete la cabeza en su taquilla para coger la toalla y las llaves del coche—. ¿Le gusta de verdad o solo está tonteando con ella? —pregunta, y su voz hace eco dentro del compartimento.

Cierro de un portazo y me vuelvo hacia él.

—¿Por qué no hablas tú con él y se lo preguntas?

Que le den a Jake. Solo pensar en Eden y él juntos... me cabrea muchísimo. Acabará hablando con él sobre Eden, pero ahora no, y lo último

que necesito es que Dean me lo recuerde.

—No, si yo no... Quiero decir, a mí me da igual —murmura a toda velocidad mientras cierra su taquilla y se encoge de hombros—. Era solo curiosidad. Vámonos, anda.

Salimos del gimnasio y nos dirigimos hacia el coche de Dean. A veces, de camino, paramos para comer algo o tomar un café, pero hoy no puedo. Hoy tengo recados que hacer, tengo que pasarle mierda a un montón de gente. Las entregas no pueden esperar. Por eso voy callado durante todo el trayecto a casa, porque tengo la cabeza hundida en el móvil. Tengo mensajes de Declan para preguntarme cuándo me voy a pasar por su casa y Tiffani me escribe unas diez veces por hora para preguntarme qué estoy haciendo. Se ha vuelto más pesada si cabe. Respondo a su último mensaje y le digo que por la tarde voy a ir a la playa con Dean, luego meto el móvil en el bolsillo del chándal.

—Si Tiffani te pregunta —digo, volviendo la cabeza hacia Dean—, estuvimos en la playa. Toda la tarde. Y luego fuimos a picar algo. ¿Vale?

Dean me pone mala cara mientras me mira de soslayo. El semáforo se pone en rojo, así que aminoramos la velocidad y nos detenemos en el cruce.

—¿Qué es lo que vas hacer hoy de verdad?

Estoy a punto de poner los ojos en blanco y preguntarle si en serio se cree que le voy a responder, pero una chica que pasa corriendo al lado del coche desvía mi atención. Vuelvo la cabeza tan deprisa que me cruje el cuello, y enseguida me enderezo y miro por la ventanilla. La chica desaparece al otro lado de la calle y se mezcla con la multitud; yo la sigo con la mirada. Lleva una coleta alta que se mueve de un lado a otro de su espalda, y sus piernas desnudas brillan con el sol. He mirado a escondidas a Eden lo suficiente como para saber que era ella. Y también sé que le gusta salir a correr.

El semáforo se pone en verde otra vez. Seguimos adelante, yo permanezco atento a la acera hasta que la pillamos otra vez. Es fácil de localizar. Es la única persona que va corriendo, sorteando a los peatones con agilidad.

—Ve un poco más despacio —le pido a Dean, mientras pongo la mano en el salpicadero. Tengo la cara casi pegada a la ventanilla—. Esa es Eden. Para.

Ni se me pasa por la cabeza dejar que Dean pase de largo. No cuando Eden está tan preciosa.

Dean hace lo que le digo, y cuando nos paramos a la derecha, toca la bocina. Eden lleva puestos auriculares, pero debe de oír el sonido del claxon por encima de la música, porque de repente aminora la marcha y se vuelve.

Está fatigada, con el pecho subiendo y bajando, y se quita uno de los auriculares mientras da un par de pasos indecisos hacia el coche. No creo que sepa quiénes somos porque las ventanillas están tintadas, así que bajo la mía rápidamente y le sonrío. Sin el filtro, aún parece más guapa.

—Sabía que eras tú —le digo.

Creo que la reconocería en cualquier lugar. No he hecho otra cosa que pensar en ella.

—¿Qué es lo que me ha delatado? —pregunta ella mientras coge aire.

Se quita el otro auricular y apoya las manos en la puerta, inclinándose hacia delante para mirarme con una sonrisa juguetona que pretende retarme. Parece que no soy el único que está de buen humor, ella también.

Pero no puedo responder a su pregunta. No delante de Dean, así que solo me río y aparto la vista de ella un segundo.

—Nosotros acabamos de salir del gimnasio —le digo, cambiando el tema. Y añado, con ganas de tomarle el pelo—: Vamos a casa y tú tienes pinta de estar a punto de morirte, así que más te vale subirte al coche.

—No me estoy muriendo —me contradice, entornando los ojos. Tiene mechones de pelo sueltos alrededor de la cara, y veo que intercambia una mirada con Dean, antes de volver a mí—. Puedo correr kilómetros, ¿vale?

—Vale —repito, mientras agudizo el tono de mi voz intentando imitarla. Me gusta tomarle el pelo, y aunque es cierto que tendría que estar haciendo recados, prefiero pasar el rato con Eden. Abro la puerta del coche y ella da un rápido paso hacia atrás cuando salgo a la acera—. Correré de vuelta contigo.

—Pero a mí me gusta correr sola... —empieza a decir, pero no le doy oportunidad de acabar la frase. Antes de que lo haga, me inclino hacia la ventanilla y cojo la bolsa de dentro del coche.

—Hermano, no te importa, ¿verdad? —le pregunto a Dean.

Me mira con lo que parece una expresión de sorpresa, pero luego niega con la cabeza y dice:

—¿Otra sesión el miércoles?

—Sí, nos vemos entonces, tío —digo, mientras me aparto del coche.

Dean vuelve a subir la ventanilla y se aleja calle abajo. Yo me quedo mirando hasta que desaparece por completo, y luego me vuelvo hacia Eden mientras nos ponemos en marcha.

—Solo para que lo sepas, fue tu culo lo que te delató.

Los ojos de Eden se abren mucho mientras se mira de arriba abajo.

—Ehhh —dice, y me doy cuenta de que a lo mejor no compartimos exactamente el mismo humor.

Mientras apresuro el paso, cambio de tema por si la he ofendido y decido meterme con ella.

—Probablemente camino más deprisa de lo que tú puedes correr.

—Lo dudo mucho —dice, sin llegar a mirarme mientras se pone otra vez el auricular y da un trago a la botella de agua. Tiene la mirada fija ante sí mientras acompasa su paso al mío.

—Te apuesto a que llego a casa antes que tú —la reto. Aún no me he duchado, así que no me importa volver a sudar; además, seguro que se pone a correr en cualquier momento—. ¿Te atreves?

Suelta un bufido y pone los ojos en blanco.

—Claro que me atrevo.

Tan pronto como lo dice, no espera ni un segundo. Qué va, se pega un esprín y sale como una flecha calle abajo delante de mí. Pero no me importa. Me gusta verla correr, mientras avanza a grandes zancadas con la barbilla alta.

Pero no puedo quedarme mirándola eternamente, así que me lanzo yo también, colgándome la bolsa del hombro y pateando la calle detrás de ella. Soy rápido, pero no tengo tanto aguante como ella. Me tengo que emplear a fondo para alcanzarla, y cuando lo hago, la adelanto y le grito:

—¡Cabrona!

Oigo su risa cerca de mí, entrecortada y ligera, y de repente la tengo a mi lado otra vez, sus zancadas sincronizadas con las mías, rápida como un rayo. Yo me he esforzado ya tanto que me estoy quedando sin respiración, así que aminoro un poco la marcha. Espero que Eden siga sin mí, pero me alegro cuando veo que ella también disminuye la velocidad y se queda a mi lado.

—Desde luego que corres muchísimo —admito, y estoy sin resuello. Esto de correr no es lo mío. A ella, sin embargo, se le da bien—. ¿Acaso estás en el equipo de atletismo o algo así?

—No. Sencillamente me gusta correr —explica. Tiene la mirada centrada delante de sí y su respiración es calmada y regular—. Es la mejor forma de hacer ejercicio.

—Personalmente, prefiero levantar pesas —comento, mientras me miro los brazos. Incluso saco un poco de músculo. El entrenamiento que hacemos

Dean y yo siempre nos deja con agujetas—. Vale —digo, parándome y levantando una mano—. Me rindo. No soy un corredor. Tú ganas.

Apenas puedo respirar, así que me apoyo en la pared de un edificio para recuperarme mientras recobro el aliento.

Eden también se para y se vuelve para mirarme mientras pone las manos en la cadera. Está sonriendo, inmersa en la alegría de haberme derrotado.

—Ya lo creo que he ganado.

—Eso suena como algo que diría yo. —Me río y levanto la vista hacia ella, y sus ojos de color avellana me miran, reflejando los rayos de sol. Despacio, se muerde los labios, y no sé si se da cuenta, pero me chifla que haga eso—. Esta noche vamos a salir juntos —le informo. No es una pregunta. Necesito pasar más tiempo con ella, no solo porque me estoy muriendo por volver a besarla, sino porque me gusta estar con alguien con quien no siento la presión de actuar, alguien que me reta y que me encuentra tan interesante como yo a ella—. Déjame que te invite. ¿Ya has estado en el muelle? ¿En Pacific Park?

Inclina la cabeza un poco y se pone roja, y desde luego no es por la carrera.

—No —responde bajito.

—Entonces iremos al muelle —digo con una sonrisa que no puedo evitar. ¿Le acabo de pedir una cita? Y ¿aún no ha estado en el muelle?

Le brillan los ojos de entusiasmo y su boca forma una sonrisa perfecta y hechizante, pero solo puedo verla un segundo antes de que se dé la vuelta y se ponga a correr otra vez. Desaparece delante de mí, perdiéndose en la distancia hasta que ya no la veo y me quedo con ganas de más.

No dejo de sonreír. Ni tan siquiera me importa volver andando a casa.

Hace cinco años

Nos encanta quedarnos en casa de los abuelos. El abuelo siempre nos deja ver la tele hasta tarde, incluso entre semana, y la abuela cocina superbien y como para un regimiento. Vamos a pasar con ellos tres noches, y ahora mismo estamos atravesando la puerta con nuestras maletas. Son los únicos abuelos que tenemos. No llegamos a conocer a los padres de mamá.

—¡Despacio, despacio! —dice la abuela María cuando sale de la cocina para saludarnos en el vestíbulo.

Casi chocamos con ella, pero soy yo el primero en abrazarla. Parece como si llevásemos meses sin venir, aunque solo viven a diez minutos, y la abuela da los mejores abrazos del mundo.

—¡Os oigo desde el patio, granujas! —dice el abuelo.

Entra en el vestíbulo mientras se recoloca las gafas que se le habían resbalado por la nariz. Está ciego como un topo, y por eso siempre nos aconseja que no estemos demasiado tiempo pegados a la pantalla del ordenador si no queremos acabar como él. Jamie y Chase se pelean por abrazarlo.

Papá y mamá atraviesan la puerta de la entrada muy animados. Llevan toda la mañana portándose como niños, deambulando por toda la casa mientras metían en la maleta cosas que habían olvidado. Mamá ya estaba bebiendo champán a las ocho de la mañana, así que seguro que lo van a pasar de miedo este fin de semana.

—El vuelo, ¿a qué hora?—les pregunta la abuela.

Es de México, y aunque lleva más de treinta años viviendo aquí, aún tiene un fuerte acento y un inglés un poco ortopédico a veces. Tiene la piel muy

morena y el pelo fuerte y negro, y nos ha transmitido esos genes a papá y a mí. Aún me tiene cogido por los hombros, mientras me acaricia el brazo.

—A mediodía, ¡así que será mejor que nos vayamos ya! —dice papá. Se suelta de la mano de mamá y avanza por el vestíbulo para abrazar y besar a la abuela—. Si surge cualquier cosa, llamadnos.

—Pete —dice mamá mirando al abuelo con gesto serio—, por favor, no los llesves en el coche. ¡La última vez casi te llevas por delante una señal de stop!

—Venga, Ella —dice el abuelo poniendo los ojos en blanco—, sabes que voy a llevarlos.

Me mira y me guiña un ojo.

El abuelo aún tiene el Corvette rojo que se compró de joven, y le gusta conducirlo bastante rápido. Es un coche viejo, pero aún mola. Nos encanta que nos lleve en él, volando por la autopista del Pacífico con las ventanillas bajadas.

—A Tyler le quitan la escayola el lunes por la mañana, acordaos de llevarlo, por favor —les pide papá, mirándolos a ambos, pero sobre todo a la abuela. Probablemente sea ella la que me lleve, y yo me miro la escayola, cubierta de firmas y dibujos y suciedad. Hace ya tres semanas que me la pusieron y me muero de ganas de que me la quiten por última vez—. Y aseguraos de que Tyler haga los deberes —añade papá.

Lo miro rápidamente y veo que me echa una mirada seria. No le gusta no poder tenerme controlado. Parece que no se fía de que estudie si él no está encima de mí, así que asiento para tranquilizarlo.

—Vamos, Peter, ¡es fin de semana! —dice el abuelo riendo. Papá se llama como él, aunque al abuelo todos lo llaman Pete. Se pasa una mano por el pelo negro, que está empezando a encanecer, se acerca a papá y le pone una mano en el hombro—. Quita esa cara de muermo. Si vosotros vais a estar en Las Vegas, desde luego que los chicos no van a pasarse todo el día estudiando. Eso sería injusto, ¿o no?

Le sonrío a mamá y ella asiente, sonriendo también.

Pero papá no se ríe. Vuelve la cabeza para mirar al abuelo, que sigue a su lado, aún con la mano en su hombro.

—Papá —dice con firmeza mientras se pone serio. Su voz suena casi amenazante cuando pide—: Asegúrate de que estudie.

—Peter —dice mamá, y luego se aclara la garganta. Cuando papá la mira,

ella señala con la cabeza al reloj de la pared—, tenemos que irnos. Bueno — dice, dándose la vuelta hacia nosotros tres—, portaos bien, ¿de acuerdo? ¡Venid aquí!

Se agacha y extiende los brazos hacia nosotros, y todos la abrazamos con ganas y nos besa a los tres. Luego nos pide que seamos buenos, y le prometemos que lo seremos.

—¡Y vosotros portaos bien, también! —dice el abuelo, señalando con el dedo a mamá y a papá y frunciendo el ceño.

—Sí¹ —añade la abuela mientras da un paso adelante. Le pone las manos en los hombros a mamá, le da dos besos y luego frunce el ceño. Mira a papá, luego a mamá—. Alcohol... no demasiado. Y nada de casinos. Muy estúpido.

—Sí, sí. *Te amo, madre*² —dice papá mientras pone los ojos en blanco, y me da la impresión de que ni él ni mamá van a hacer mucho caso de los consejos de la abuela—. Adiós, papá.

Vamos hasta el porche a despedirlos, se suben en el Mercedes de papá y se van, diciéndonos adiós con la mano hasta que se pierden de vista calle abajo.

—Bueno —dice el abuelo, volviéndose hacia nosotros. Está sonriendo—. ¿A quién le apetece un paseíto en coche?

Ahora

Tengo tanta hambre después de pasarme la mañana corriendo que, por una vez, ni siquiera me importa que estemos todos sentados en la cocina cenando juntos. Mamá, mis hermanos, Dave... hasta Eden. Aquí estamos, alrededor de la mesa, mientras engullo lasaña. Lo mejor de ser vegetariano es que mamá siempre hace comida diferente para mí, y, por lo tanto, siempre me toca más. Yo me quedo con mi cuatro quesos y ellos que se maten por la carne.

—Y bien, Eden —oigo que dice Dave, y, curioso, levanto la mirada del plato para escucharlo. Miro a Eden, al otro lado de la mesa, y debía de estar ya mirándome porque inmediatamente baja la vista a su comida, coge sus cubiertos y los golpea distraídamente contra el plato—. Estás muy callada esta noche. ¿En qué piensas? —pregunta Dave con ganas de bromear, y para variar, parece un tío decente. Creo que es la primera vez que lo veo sonreír a su hija.

—Estaba... eh... solo estaba... yo... eh... —balbucea Eden, y enarco una ceja, mirándola extrañado.

¿Qué le pasa? Contempla atentamente un trozo de comida en su plato y se lo lleva a la boca, pero apenas ha probado bocado hasta ahora. Suele comer muy poco.

—¿Cómo está la lasaña?—pregunta mamá.

Nos mira a todos, uno por uno, con una sonrisa satisfecha. Estoy seguro de que tenernos a todos juntos a la mesa le hace mucha ilusión. Es algo normal, algo que hacen las familias de verdad.

—Está estupenda, mamá —le digo, respondiéndole con otra sonrisa. Aunque no seamos una familia de verdad, me gusta verla feliz esta noche, así que no voy a estropearlo. Además, hoy yo también estoy contento. Después

de la cena, voy a llevar a Eden al muelle—. Sabe tan estupendamente que... —me acerco al plato, cojo un pedazo enorme y me lo meto en la boca. Al hacerlo, se me cae la mitad en la mesa, pero me echo a reír y me limpio la boca mientras trago—. Está tan sabrosa que ahora estoy totalmente lleno.

—Te veo de buen humor esta noche, Tyler —comenta Dave.

Me apoyo en la mesa mientras lo miro. Dave puede ser majo cuando quiere. No es que lo odie ni nada de eso. Sencillamente, nunca hemos conectado, y supongo que el hecho de que yo no esté buscando una nueva figura paterna no ayuda mucho. De todas formas, poco puede imaginar que mi buen humor tiene que ver con su hija. Parpadeo y miro a Eden y se me hace muy difícil no sonreírle.

—Supongo que lo estoy —respondo a Dave. Qué ganas tengo de salir con ella... Así que en vez de quedarme remoloneando en la mesa, me aclaro la garganta, me pongo de pie y llevo mi plato al lavaplatos—. Voy a salir —anuncio cuando me vuelvo otra vez hacia la mesa.

Jamie y Chase aún están comiendo con la boca abierta.

—¿Adónde? —pregunta mamá. Me mira mientras la sonrisa se le borra de la cara y la preocupación la sustituye—. Estás castigado.

—Pero voy a ver a Tiffani —miento.

Aunque siempre estoy castigado, a mamá no suele importarle que salga si es para ir a ver a mi novia. Aunque sabe que no significa nada, piensa que tener relaciones es bueno para mí (mucho mejor que aislarme por completo del mundo); obviamente, no sabe lo tóxica que es esta relación en particular.

—¿No dijiste que ibas a salir con Meghan, Eden? —La miro rápidamente para que sepa que tiene que decir que sí.

Diría que, de los dos, yo soy el que mejor miente.

—Sí —contesta al fin.

Sigue sentada a la mesa y veo que mira a su padre.

—Yo te puedo llevar —le ofrezco. Hablo alto y vocalizando bien para asegurarme de que nuestros padres nos oigan.

Pensarán que yo estoy con Tiffani y ella con Meghan, y nunca sabrán que, en realidad, vamos a salir juntos. Aunque a lo mejor ni les molestaría. Quizá piensan que, simplemente, estoy siendo amable al enseñarle la ciudad a mi hermanastra. Sí, claro. Es muchísimo más que eso.

—Gracias —dice Eden, y parece que ya se ha percatado de qué va el tema.

Está intentando seguirme la corriente, pero la sonrisa tonta que muestra

sería suficiente para levantar sospechas. De repente, parece demasiado encantada por que yo me ofrezca a llevarla. De todas formas, no creo que nuestros padres estén prestándonos mucha atención, lo cual me viene bien, porque yo también le sonrío como un bobo.

—¿Diez minutos?

—Diez minutos está bien —contesta ella.

—Te veo en el coche —digo, y, como un pardillo, le guiño el ojo.

Sé que es cursi, pero no puedo evitarlo. Salgo de la cocina y me dirijo escalera arriba a mi habitación mientras me rasco la nuca al empezar a ponerme nervioso. «¿De verdad vas a tener una cita con Eden?» No, ni hablar. «No puedes tener una cita con tu hermanastra.» Solo vamos a... salir por ahí.

«Pero entonces no puedes besarla.»

Debería haberle dicho a Eden veinte minutos, porque con diez no me llega ni de coña. Estoy en el baño, me he duchado, me he echado más colonia de lo normal y llevo un buen rato intentando que mi pelo parezca decente. Hasta le echo algo de gel antes de hacer una incursión en el armario. Cojo una camisa azul de franela y me la pruebo encima de la camiseta blanca que llevo, luego saco una roja, y luego otra vez la azul. Me decido por la roja, pero me pongo a abrocharme los botones y no sé si es mejor llevarla abierta o cerrada, así que acabo diciéndome que tengo que calmarme de una puta vez. Me dejo la camisa abierta, cojo la cartera y las llaves y luego me dirijo escalera abajo y salgo hacia el coche. Estoy tan preocupado por todas estas chorradas que hasta me olvido de decirle adiós a mamá.

Espero a Eden en el coche un par de minutos, pero cada segundo que pasa me pongo más nervioso. La conozco, y yo no debería estar haciendo esto. Tiffani me mataría si supiera que paso de ella para salir con otra chica, y aunque sigo sin saber exactamente por qué estoy haciendo esto, sé que no es para hacerle daño. Supongo que necesito saber qué siento. He besado a otras chicas, pero ahí se ha quedado la cosa. Con Eden... no me apetece olvidarlo y seguir adelante, aunque tampoco sé si quiero algo más.

Mientras me bajo las gafas de sol y miro hacia casa, veo a Dave espiando a través de la ventana del salón. La puerta principal se abre y sale Eden, que viene corriendo por el césped, y bajo la ventanilla del asiento del copiloto mientras se acerca. Me inclino para mirarla y bromeo:

—Te abriría la puerta, pero creo que tu padre diría algo.

Eden echa un vistazo hacia nuestra casa. Ve a Dave, y levanta una mano en el aire para despedirse. Rápidamente, él desaparece de la ventana porque sabe que lo hemos pillado, y Eden abre la puerta del coche y entra.

—Sí. Creo que se preguntaría de dónde han salido tan de repente tus buenos modales —responde con una sonrisa.

—¡Ey! —Levanto las manos en el aire a la defensiva mientras ella sube la ventanilla y se pone el cinturón de seguridad. Vuelve su cuerpo hacia mí y cuando nuestras miradas se encuentran, mis nervios desaparecen por completo—. Quiero que sepas que soy un verdadero caballero.

Ella arquea una ceja.

—¿En serio?

—En serio —digo. Aparto la vista de ella mientras enciendo el motor y pongo el aire acondicionado, luego subo el parasol y me quito las gafas para poder verla sin el filtro sepia. Vuelvo a mirarla y dejo escapar una sonrisa—. Vale, no lo soy —admito. La mayoría del tiempo soy un capullo. Cualquier cosa menos un caballero—. Es que he escuchado que eso es lo que se supone que uno debe hacer. Siempre hay que bajarse del coche y abrir la puerta, ¿no?

—Algo así —dice ella con tranquilidad, pero está mirándome la boca.

Y la besaría ahora mismo si pudiera, pero debo controlarme. Sacudo la cabeza y me concentro en la carretera. De forma automática, piso a fondo y siento el rugido del motor mientras nos ponemos en marcha. El paseo hasta la playa es bastante bonito, sobre todo porque es una tarde de verano perfecta aquí en Santa Mónica, y el cielo se vuelve dorado con la puesta de sol. Bajo las ventanillas para dejar que entre la brisa, y hasta pongo la radio. Normalmente odio el pop que escucha todo el mundo, pero esta noche, muevo la cabeza al ritmo de la música.

—¿Por qué le has mentado a tu madre? ¿Por qué no le has dicho sencillamente que íbamos al muelle?

Ay, qué inocente es...

—Venga, Eden, sígueme la corriente —le digo, y luego me río—. No queremos levantar sospechas.

Se muerde el labio, y ahora ya no me sonrío.

—¿Y qué hay de Tiffani?

—Lo tengo controlado —la tranquilizo, aunque he de apartar la vista y fijarme en los coches que esperan para entrar al muelle—: ella piensa que estoy con los chicos.

Digo esto con tono neutro, pero la verdad es que no puedo pensar en Tiffani. Ella me está chantajeando y yo estoy haciendo cosas a sus espaldas. Noto un nudo en la garganta y trago saliva.

El muelle está de bote en bote, como siempre, así que cuando por fin aparcamos y nos bajamos del coche, tenemos que ir sorteando a la gente. Eden va pegada a mí y nuestros brazos se rozan al andar, y durante un segundo, casi le cojo la mano como haría si fuese Tiffani la que me acompañase. Es una costumbre, y esta noche tengo que asegurarme de evitarlo. No puedo despistarme y tocarla, al menos mientras estemos en el muelle, en público, con la posibilidad de encontrarnos a cualquier conocido.

—Muy bien —digo, y me aclaro la garganta. Levanto un poco la voz y hablo en el tono más neutro que puedo conseguir, mientras le señalo el parque de atracciones—. Pues esto es Pacific Park. Y te voy a enseñar Pacific Park, porque me encantaba este lugar cuando era niño y quiero ser la persona que te lo muestre.

Sigo sin poder creer que Eden aún no conociera este lugar. Nuestro muelle es famoso en el mundo entero y, desde luego, lo más conocido de la ciudad.

Al principio, Eden no dice nada, solo inclina la cabeza hacia arriba para mirarme y sonrío con calidez mientras andamos, casi como si estuviera esperando que yo dijera algo más. Tras un minuto, pregunta:

—¿Por qué la montaña rusa es amarilla?

Bajo la vista para mirarla. Le saco varios centímetros, y mientras caminamos el uno junto al otro, ella me llega un poco más abajo de la barbilla. Me encojo de hombros.

—¿La verdad? Ni idea.

Me pregunta más cosas cuyas respuestas desconozco. Preguntas banales, como si la comida de un puesto es basura o no, y por qué los bancos están en esa posición. Me pregunto si me interroga sobre lo primero que se le ocurre, sin pensarlo, porque está nerviosa.

—Eso de ahí me hacía cagarme de miedo —le digo cuando llegamos a la entrada del parque. Señalo al cartel de Pacific Park y el enorme pulpo amenazante que lo rodea. No sé por qué, pero odio ese maldito bicho—. Todavía lo hace de cierta manera —admito, y me meto las manos en los bolsillos mientras seguimos adelante.

—Ahhh —dice Eden con un deje de ironía en la voz—. Ya no eres tan malote, ¿no?

—Bueno —contesto—. ¿Un malote te diría que adora el algodón de azúcar?

Cojo la cartera y llevo a Eden hacia el puesto más cercano, que vende una amplia variedad de productos típicos del parque, incluido, por supuesto, el algodón de azúcar. Cuando era pequeño, en la época en la que la relación con mi padre todavía era buena, él nos traía de vez en cuando al muelle y nos compraba algodón de azúcar cuando nos cansábamos de deambular por la sala de juegos. Es uno de los pocos recuerdos que me gustan, así que no me deprimó cuando compro un par de trozos para Eden y para mí.

—¿Estás seguro de que te *solía* encantar este sitio? —me pregunta cuando le doy el algodón de azúcar.

Sus ojos avellana brillan mientras mira mi expresión, y me doy cuenta de que a lo mejor tengo una sonrisa demasiado amplia. Aunque Pacific Park sea para niños, aún me gusta. Pero jamás lo admitiría.

—Tenemos que subir a la montaña rusa. —Cambio de tema mientras me meto en la boca un trozo de algodón. Se me derrite en la boca, y me pongo en marcha otra vez, con Eden siguiéndome, mientras busco un sitio donde sentarnos.

Me encanta el sonido de los vagones de la montaña rusa traqueteando contra las vías, la brisa del océano que sopla a nuestro alrededor, las risas que llenan el aire. El muelle me hace sentir... feliz. Los artistas callejeros del paseo. El sol que se pone tras las montañas. Es muy agradable estar sentado en un banco en medio de todo esto, saboreando el algodón de azúcar con Eden a mi lado. Comemos en silencio, y me doy cuenta de que aunque estamos relajados y pasándolo bien, hay un tema difícil que tenemos que hablar.

—Eden—le digo en voz baja, mientras vuelvo la cabeza hacia ella. Está metiéndose en la boca el último trozo de algodón y me mira con expresión tranquila—. Yo no le mencionaría esto a nadie. Es más fácil si nosotros, eh... lo mantenemos en secreto por ahora. Dios, por favor, dime que se te da bien guardar secretos.

Le cambia un poco la expresión, como si ella también se diera cuenta de que lo que hacemos no está bien del todo, por más de una razón.

—Así es —responde tras un momento de silencio. Esboza una pequeña sonrisa—. Y yo sé que a ti también se te da bien, porque claramente tienes muchos.

Ay, Eden me conoce muy bien. Sí que tengo muchos secretos, y no importa cuánto empeño ponga ella en desentrañarlos, la mayoría permanecerán como hasta ahora. Por toda respuesta le sonrío, retándola a intentar averiguarlos, y me meto en la boca lo que queda de algodón de azúcar; luego me levanto.

—Es hora de subir —le digo señalando a las atracciones.

Nos ponemos en marcha otra vez y nos pasamos la tarde paseando por el parque, comprando entradas para las atracciones, haciendo cola y contándonos cosas el uno al otro. En algún momento, me olvido por completo de la gente a nuestro alrededor y ya solo tengo ojos para Eden. Nos reímos despreocupados y es agradable de verdad relajarme por una vez y ser yo mismo. No quiero que esta noche se acabe nunca, pero, al final, dejamos el parque y, caminando por el paseo, nos dirigimos al aparcamiento. Me encanta el muelle por la noche. Todo está iluminado y se oye el suave sonido repetido de las olas debajo.

Cuando volvemos al coche, hay unas cuantas personas sacándole fotos, pero cuando nos ven acercarnos, se van rápidamente. Pongo los ojos en blanco, lo abro y Eden y yo entramos. Estoy acostumbrado a atraer miradas. En realidad por eso compré el maldito coche. «El chaval del coche guay tiene la vida resuelta.»

—Pasa todo el tiempo —le digo a Eden mientras deslizo el dedo por la insignia de Audi del volante y frunzo el ceño. «El chaval del coche guay es feliz.»—. No sé por qué. Es Los Ángeles. Hay, yo diría, Lamborghinis y esas mierdas en cada esquina de Beverly Hills.

—¿Cómo conseguiste este coche? —pregunta, entornando los ojos con curiosidad, y es una duda lógica. La gente siempre me lo pregunta, y normalmente, me encojo de hombros y les digo la verdad. Al menos, casi toda.

—Porque conseguí mi fondo fiduciario antes de tiempo —digo al fin. Arrellanado en el asiento, sigo mirando el volante mientras paso las manos por sus bordes—. Y cuando de repente tienes todo ese dinero, no vas a ser racional, ¿no crees? Soy un adolescente, por supuesto que voy a salir a gastármelo todo en un supercoche.

«Y fue una idea estúpida.»

—¿Por qué lo conseguiste antes de tiempo?

—Porque según parece el dinero puede hacerte sentir mejor —suelto sin

pensar, e inmediatamente me detengo. No debería estar contándole esto a nadie pero... ella me lo ha preguntado. Y quizá, por una vez, debería ser más honesto. Guardármelo todo dentro no me ha sentado muy bien, y Eden al menos parece interesada de verdad, como si le importase—. Es un fideicomiso importante —digo tras una pausa—. Quiero decir, mi madre es abogada y mi padre... Mi padre tenía su propia empresa. De ingeniería estructural. Por toda la Costa Oeste.

Trago saliva intentando deshacer el nudo que tengo en la garganta mientras aparto la vista de ella. Me siento fatal solo por hablar del tema, pero necesito, al menos, intentar contar la versión real. Mamá siempre me da la lata con que hablar sobre ello ayudaría, pero nunca la he creído.

—¿Cómo se llamaba?

—Grayson's —digo despacio, mientras mi tono se endurece. Oír ese nombre..., nuestro nombre..., me destroza. Me trae demasiados recuerdos de él, de la familia que fuimos—. Porque nosotros éramos los Grayson.

Eden debe de darse cuenta de que estoy incómodo, porque se vuelve hacia mí mientras sube las piernas al asiento y las cruza. No deja de mirarme y guarda unos segundos de silencio antes de preguntar:

—¿Antes del divorcio?

—Antes del divorcio —corroboro.

Antes de que todo se fuera a la mierda. Otra vez aparto la vista de ella y me dedico a contemplar a la gente que pasea por el aparcamiento. A esta hora ya no hay tanta, y mientras la observo, me deslizo hacia delante en el asiento y me toco el pelo tirando de él. Es un gesto que aprendí de papá.

—Yo era Tyler Grayson. Mamá no quiso que mantuviéramos su apellido.

Eden se queda callada. No creo que sepa qué decir, pero tampoco necesito que diga nada en absoluto. Poder hablar de esto y saber que la otra persona está escuchando es suficiente. Pero no puedo contarle nada más. Al menos de momento. No soy una persona que se abra, así que ya es bastante difícil charlar sobre cosas básicas como mi anterior apellido como para ponerme a airear mis secretos. No sé si alguna vez seré capaz de compartirlos, y ni siquiera he decidido si quiero hacerlo o no. Me sentiría vulnerable, y cuando hace cinco años arrestaron a papá, me prometí que nunca más me permitiría serlo.

Eden me contempla con intensidad, la mirada en mi boca. El silencio nos rodea. Despacio, me yergo en el asiento, me inclino hacia ella y le pongo la

mano en la rodilla. Llevo toda la noche muriéndome por tocarla otra vez, y ahora también yo estoy mirándole la boca, y no puedo evitar pasarme la lengua por los labios. La miro a los ojos, y me atrevo a murmurar:

—¿Puedo besarte otra vez?

De repente, Eden se levanta de su asiento, se encarama sobre la consola central y se me echa encima. Se pone a horcajadas sobre mí, encajada entre mi cuerpo y el volante, y me mira con esos ojazos avellana que tiene, y sus jugosos labios están abiertos con aire de inocencia. Me coloca las manos sobre el pecho, y no sé de dónde ha salido toda esta seguridad, pero es la cosa más atractiva del mundo.

Le cojo la cara con las manos y meto los dedos entre su pelo mientras la beso. Esta vez es todavía más alucinante que la anterior, no soy capaz de quedarme satisfecho. Otra vez la beso con ansia, lo mejor que puedo, mostrándole absolutamente todo lo que tengo. Muevo las manos por su pelo, por su espalda, por su cintura. Después de un minuto, aparto los labios de su boca, le cojo la barbilla y se la levanto, mientras le aparto el pelo a un lado y me concentro en su cuello. Le dejo un rastro de besos mientras aspiro su olor.

Ella aprieta su cuerpo contra el mío y me pasa las manos por el pelo, y luego, de repente, se lanza a por mi mandíbula y me inclina la cabeza hacia atrás mientras se acerca más a mí, y me pone la boca en el oído. Noto su aliento cálido en la piel mientras me susurra:

—Ni siquiera tienes que preguntármelo.

Hace cinco años

Papá y yo vamos a juego con unas camisetas personalizadas de los 49ers que ponen «Grayson» a la espalda. Fue un regalo sorpresa que me hizo justo antes del partido, y ahora las lucimos con orgullo en el estadio. Los 49ers van ganando, aunque por poco, a los Chargers. Es mi primer partido de fútbol, y el ambiente es alucinante. La multitud entona himnos y el estadio retumba. Hay miles y miles de personas aquí, todas apiladas y exultantes, y yo estoy de pie con Dean a mi lado, los dos mirando hacia el campo. Hugh siempre lo lleva a los partidos. Ojalá mi padre hiciera lo mismo.

—¿Has visto? —le pregunto a Dean, dándole ansioso con el codo.

Abajo, en el campo, los jugadores parecen diminutos, así que vemos la mayor parte del partido en las pantallas, haciendo nuestros propios comentarios en vivo y en directo. Dean sabe un poco más que yo de fútbol (al fin y al cabo, Hugh le deja jugar y él quiere entrar en el equipo en el instituto), así que me narra las diferentes jugadas.

—¡Sí!, ¡qué pasada de lanzamiento! —responde Dean, que se queda con la boca abierta y los ojos clavados en el campo, siguiendo el juego—. Ese es el tipo de lanzamientos que quiero aprender a interceptar.

Me inclino un poco hacia delante y miro por encima de él a papá y a Hugh, que están sentados charlando, riéndose y bebiendo cerveza en vasos de plástico. No estoy seguro de que estén atentos al partido. Creo que simplemente disfrutan de estar aquí.

Papá fija su atención en mí, me sonrío abiertamente y me pregunta:

—¿Te está gustando el partido?

—Claro. ¿Dónde están los... los baños?

—Vuelvo en un minuto —le dice papá a Hugh, y se lleva el vaso de

cerveza a la boca y bebe lo que le queda antes de levantarse.

Pasa al lado de Dean, me pone la mano en la espalda y me guía a lo largo de toda la fila. Hay un montón de gente, así que me alegro de que venga conmigo, porque sin él no encontraría mi sitio a la vuelta. Hay mucho más barullo que en un estadio de béisbol.

—¿Podemos venir a más partidos? —le pregunto a papá mientras serpenteamos entre la marea de gente.

Me quitaron la escayola a principios de esta semana, así que es genial no sentir ya ese peso extra en el brazo. La muñeca aún está rígida y algo débil, pero al menos está más cerca de curarse.

—Es divertido, ¿eh? —dice papá, sonriéndome mientras avanzamos—. Nunca hacemos nada los dos solos, tus hermanos siempre se acoplan, así que vendremos al fútbol más a menudo. ¿Qué te parece?

Cuando lo miro, está extendiéndome la mano, así que le choco los cinco con la mano buena. Me gusta pasar tiempo con papá, él y yo solos.

Llegamos a los baños, y cuando nos encontramos en los lavabos, me dedico a estudiar a mi padre con curiosidad mientras me lavo las manos. Ya hace un mes. Somos felices. La situación no es la misma, y no creo que nunca vaya a volver a ser como antes. Creo que papá ha cambiado de verdad. Ahora sonrío un montón, y cuando se estresa, se aleja de mí. Por eso decido que es el momento para hacer una pregunta que llevo ya tiempo muriéndome por formular, porque si su comportamiento es diferente, igual su forma de pensar también lo es.

—¿Papá?

Me mira desde el otro lavabo.

—¿Sí?

No sé por qué me pongo nervioso por hacerle la pregunta, pero me miro las manos, observando el agua caer sobre mi piel.

—¿Crees... crees que a lo mejor podría jugar al fútbol? —murmuro despacio, casi obligando a las palabras a salir de la boca. Sé que a papá no le gusta que juegue al fútbol. Dice que es demasiado peligroso y que me pueden hacer daño—. Con Dean y Jake. Queríamos entrar en el equipo en el instituto.

Papá cierra el grifo bruscamente y se vuelve para quedarse frente a mí.

—¿Qué acabas de decir? —pregunta, pero su tono es agresivo. Creo que ya sabe lo que he dicho.

—Fútbol —repito de todas formas, despacio. Tengo una sensación nerviosa en el estómago que no me acabo de explicar. Empiezo a tensarme—. ¿Puedo jugar?

—Olvídalo, Tyler. En serio. No vas a jugar al fútbol —zanja de forma taxativa.

Mira hacia otro lado y se seca las manos en los vaqueros. Hay dos chicos en los lavabos, pero ya se están yendo.

—Pero, papá, ¡Dean también juega! —insisto, mientras me cruzo de brazos.

¿Por qué no me deja? Solo es fútbol. No va a ocuparme la vida entera.

Los ojos verdes de papá parpadean mientras me mira, y la sonrisa que tenía hace cinco minutos ya no va a volver. Entorna los ojos y aprieta la mandíbula mientras me apunta con el dedo.

—Dean no es hijo mío; tú, sí. No vas a jugar, y punto en boca.

Me vuelvo hacia el lavabo y miro mi imagen en el espejo mientras aprieto los dientes.

—No puedes impedirlo —mascullo por lo bajo.

Quiero a papá, de verdad que sí, y lo perdono, creo, pero quiero que me deje hacer esto, solo esto. Lo obedezco en todo siempre, sin excepción. ¿No puede darme un respiro?

De repente, papá me coge por la camiseta y me arrastra hacia él. Sucede tan deprisa que se me corta el aliento. Baja la frente hacia la mía hasta que nuestras miradas quedan al mismo nivel, y me mira de tal manera que los recuerdos de las noches malas inundan mi mente, de esas que pensé que se habían ido para siempre.

—No tienes tiempo para jugar al fútbol —susurra, y está tan cerca de mí que puedo oler su aliento a cerveza—. Ni ahora, ni, por descontado, en el instituto. Y como me lo pidas una vez más... ¡una puta vez más, Tyler...!

—Papá.

Trago saliva con dificultad mientras bajo la vista para mirarle los puños. Tiene los nudillos blancos mientras sus manos se crispan aún más agarrando mi camiseta. ¿Se da cuenta de lo que está haciendo? ¿Sabe que está rompiendo su promesa? Echo un vistazo alrededor, pero la única persona que está en el baño es un chaval que pasea adelante y atrás, en la esquina de enfrente, mientras habla por el móvil. Ni se ha percatado de nuestra presencia. Así que soy yo el que tengo que decir:

—Para. —Mi voz vuelve a sonar tan débil como antes.

Con los puños aún agarrando mi camiseta, papá me empuja con fuerza contra los lavabos. Sacude la cabeza y, por primera vez en un mes, me mira con enfado y desaprobación. Es la cosa más aterradora del mundo. Se pasa las manos por el pelo —tiene las venas de los brazos completamente marcadas—, y se larga del baño a toda velocidad, dejándome allí solo.

Lo prometió. Prometió que jamás me pondría una mano encima otra vez. Y acaba de hacerlo.

Es un mentiroso.

Y yo un idiota por creerlo.

No disfruto del resto del partido. No puedo concentrarme. Estoy atontado en mi sitio, mirando a la nada, con la mente dando vueltas. Siento una náusea en el estómago que intento mantener a raya. En un momento, Dean me pregunta si estoy bien. Y yo le digo que sí, que solo un poco cansado. Ya no vuelvo a mirar a papá a los ojos. Pero lo oigo reírse con Hugh. Lo veo ir por más cervezas.

¿Se da cuenta de que la confianza que tenía en él, que me llevó semanas construir, se ha desvanecido por completo? ¿Cómo voy a poder fiarme otra vez? Yo lo creí, de verdad. En serio pensé que había cambiado, que ahora sería diferente. Pero no. Para nada, y ya no sé si estoy seguro con él. Esta noche nos quedamos en San Francisco, pero preferiría irme a casa. Quiero ver a mamá. La echo de menos. Cuando estoy con ella, estoy seguro.

Mientras salimos del estadio, la gente está emocionada, se nota una energía explosiva. Los 49ers han ganado el partido, pero ahora mismo no puede darme más igual. Dean me está comiendo la oreja contándome sus jugadas favoritas mientras seguimos a papá y a Hugh, apretando el paso para no perderlos entre la multitud que sale, y no creo que mi amigo se dé cuenta de que no lo estoy escuchando.

—Espera —oigo que dice Hugh, y se detiene de repente, cogiendo el hombro de papá. Nos mira a Dean y a mí, y luego al estadio—. Deberíamos sacarnos una foto, si no, la parienta no va a quedarse contenta. ¡Le encantan las fotos! ¿A que sí, Dean?

—¡Sip!

Dean me coge del codo y me acerca a nuestros padres. Ellos siempre se sacan fotos tras los partidos y las cuelgan en la pared del garaje como

recuerdo, es una tradición.

Hugh para al primer chico que pasa y le da su móvil, y luego los cuatro nos abrazamos como podemos, dejando ver el estadio detrás de nosotros. Le echo un vistazo a Dean. Sonríe feliz mientras me pasa el brazo sobre el hombro, y a su lado, la expresión de Hugh es idéntica. Más allá de Hugh, papá se ha dado la vuelta, con los pulgares señalando la espalda de la camiseta, donde pone «Grayson».

—¡Tyler! —me llama, con la voz ligera y alegre—. ¡Date la vuelta!

Ignoro el sonido de su voz. Me niego a volverme y mostrar nuestro apellido. Me niego a sonreír.

Por dentro, me estoy muriendo.

Ahora

A la mañana siguiente, cuando Dean y yo salimos del gimnasio, lo llevo a su casa y acabamos en su garaje porque quiere enseñarme el nuevo tubo de escape que su padre le puso ayer al coche. Dean se sienta en él, con la puerta abierta, y revoluciona el motor con una brillante sonrisa mientras escuchamos el nuevo sonido gutural.

Pero no soy capaz de centrarme. Estoy apoyado contra las estanterías donde tienen el alcohol, con los brazos cruzados y los ojos vagando por las paredes del garaje. Dean y su padre siempre han sido superfans de los 49ers, pero nunca me había dado cuenta de que tuvieran tantas... pruebas de ello. El garaje está cubierto de recuerdos, desde camisetas enmarcadas hasta cascos en miniatura o banderas, y un montón de fotos recubren las paredes. La mayoría son de Dean y su padre en los diferentes partidos a los que han ido, pero una foto en particular llama la atención. Entorno los ojos y miro por encima del coche, e incluso dejo de oír el motor mientras agudizo la vista, pero no puedo ver la foto con suficiente claridad. Despego la espalda de las estanterías y bordeo el coche de Dean para echar un vistazo de cerca, e inmediatamente se me encoge el estómago.

Lo sabía.

Es una foto de hace años, cuando Dean y yo éramos pequeños. La sacamos después de un partido de los 49ers en San Francisco. Tenemos el estadio detrás y no estamos solos. Nuestros padres posan con nosotros. Hugh, el padre de Dean, y el mío, el cabrón. Recuerdo bien esa noche. Fui al partido superemocionado. Feliz. Fue una temporada en la que, durante un pequeño intervalo, todo iba sobre ruedas, pero esa noche... Esa noche, todo se torció otra vez. El recuerdo de papá agarrándose en los baños y gritándose es tan

vívido en mi memoria que casi puedo notar su mano sobre mí y oír su voz atronándome en los oídos.

Y ahora está ahí, en esa fotografía, delante de mí. Dean y Hugh sonríen a la cámara. Papá está de espaldas, presumiendo de la camiseta personalizada que llevábamos esa noche, y luego estoy yo. Miro al suelo: no pude fingir una sonrisa. La foto es de solo un mes antes de que arrestaran a papá.

—¿Por qué cojones tienes esa foto ahí? —le chillo a Dean sobre el ruido del garaje.

Vuelvo la cabeza para mirarlo y me duele la mandíbula de lo apretados que tengo los dientes. No sabía que Dean tuviera pegada en la pared esa foto entre el resto de sus putos recuerdos felices con su padre.

Dean deja de revolucionar el motor y me mira frunciendo el ceño. Echa un vistazo al garaje.

—Bueno, mira a tu alrededor: papá colgaba las fotos de todos los partidos —dice, y luego vuelve a encender el motor—. ¿Qué me dices del nuevo tubo de escape?

—Sí, suena bien —digo sin prestar mucha atención, luego señalo otra vez la maldita foto—. ¿Puedes quitar esa?

A veces me gustaría ser lo bastante valiente como para contarles la verdad a mis amigos. Me entenderían mucho mejor si supieran por qué me enfado con tanta facilidad, entonces entenderían por qué algunos recuerdos, como ese que tengo delante ahora mismo, me sobrepasan. Pero supongo que es más fácil que piensen que estoy bien.

Dean deja escapar un suspiro ante mi falta de interés por el coche, y por eso apaga el motor y sale.

—Solo es una foto, tío.

Y estoy a punto de saltar, a punto de emprenderla a puñetazos con la foto enmarcada hasta que se caiga a trozos, cuando la puerta que conecta el garaje con la casa se abre y aparece Hugh. Se cruza de brazos y se apoya contra la puerta.

—Se oye el motor desde la cocina —dice, y suelta una risa. Me echa un vistazo y se queda callado un segundo, observándome con detenimiento. La sonrisa que me dedica es forzada e incómoda—. Eh, Tyler, ¿cómo vas?

Odio la forma en la que me mira. Cada vez, cada puta vez, veo ese destello de pena que le brilla en los ojos por un segundo. Como si estuviera

preguntándose: ¿qué le pasó a este chico?, ¿cómo se echó a perder de esa manera?

Y la verdad, la verdad que Hugh nunca sabrá, es que pasaron un montón de cosas. Y hasta hoy, sigo sufriendolas. Y ahora solo soy un puto perdedor, un chaval patético que bebe demasiado y conduce muy deprisa y se coloca a todas horas. Es raro, pero casi siento que he decepcionado a Hugh. Cuando era pequeño, lo consideraba casi una figura paterna. Estaba tan celoso de Dean...

Meto las manos, que ya son puños, en los bolsillos y miro al suelo.

—Eh —murmuro. ¿Que cómo voy? No puedo ni responder.

—Venga, papá, ya puedes irte —dice Dean, y me lo imagino poniendo los ojos en blanco.

Desde que éramos pequeños, siempre le da vergüenza cuando cualquiera de nuestros padres pasa el rato con nosotros.

—Vale, vale —dice Hugh, y veo cómo levanta las manos en actitud de derrota—. Os dejo solos, chicos.

Mientras se dirige adentro se va riendo, y cuando ya se ha ido, intercambio una mirada con Dean.

—¿Te apetece ir a la Refinería por un café? —me pregunta mientras cierra la puerta del coche. Apoya el codo en el techo y me mira.

—No, no puedo. Tengo que ir a Malibú —digo, y de inmediato me doy cuenta de que no debería haberlo dicho.

Voy a Malibú porque tengo que dejar algo en una casa de parte de Declan, y ese algo no es legal. Durante las dos últimas semanas, ninguna de mis actividades vespertinas ha sido legal. Me siento más tranquilo con ese tema, más cómodo, pero sigue siendo arriesgado. Tiffani ya sabe que estoy metido en esto, pero no puedo permitirme que lo descubra nadie más.

Dean me mira confuso.

—¿Por qué?

—Para que me enceren el coche —miento al paso. No quiero que me haga más preguntas, así que sonrío de forma forzada y cojo las llaves del coche—. Te veo luego —le digo, y salgo del garaje demasiado rápido.

He aparcado justo al lado de la casa, así que me meto en el coche y compruebo el móvil. Lo que esperaba: mensajes de Declan, mensajes de gente que no conozco, mensajes de Tiffani y, lo que es todavía peor, llamadas perdidas tuyas. Llevo ignorándola desde ayer por la noche, y sé que juego

con fuego, pero es que no soy capaz de decidirme a hablar con ella. He silenciado el móvil. Ni tan siquiera vibra, así que lo tiro al asiento del copiloto y me dirijo a Malibú con la paz mental de saber que mi novia no puede molestarme.

Para cuando llego a casa ya es mediodía, y me quedo pálido cuando veo el coche de Tiffani aparcado en nuestra entrada. Debería haberme dado cuenta de que si ignoraba sus llamadas demasiado tiempo, ella acabaría por venir a buscarme. Ayer por la noche, le dije que estaba con Dean y Jake. Hoy, ni tan siquiera he hablado con ella, así no tuve que mentirle sobre mi paradero. Estará furiosa. Odia cuando siente que no controla mi vida.

Suelto un quejido, aparco y me dirijo a casa. Lo primero que veo cuando abro la puerta de la entrada es a la mismísima Tiffani.

Está en el vestíbulo, apostada en la puerta del salón, con una mano en la cadera. La miro y murmuro:

—¿Qué haces aquí?

Tiffani se da la vuelta a tal velocidad que el pelo le da en la cara como si fuera un látigo. Su fría mirada azul parece de hielo cuando la posa en mí.

—¿Dónde estuviste anoche?

—Ya te lo dije, estuve con los chicos —digo deprisa.

He aprendido a no dudar. La velocidad es el camino más seguro, y tengo un montón de experiencia en mentirle a la gente a la cara.

—Tyler —llama la voz de mamá desde algún sitio de repente, y casi grito «¡Joder!» en alto. Mamá sale del salón y se acerca a nosotros, y detrás de ella, Eden nos mira desde el sofá—. Me dijiste que habías estado con Tiffani —dice mamá, cruzándose de brazos—. ¿Adónde fuiste anoche?

Mamá odia que le mienta. Yo diría que cree que estuve por ahí de juerga toda la noche o algo por el estilo, y la verdad es que odio que me estén interrogando las dos a la vez, Tiffani y ella.

—Ay, Dios mío —digo, y dejo escapar un suspiro—. ¿Acaso importa?

Mamá se vuelve y nos da la espalda.

—Eden, ¿adónde fue?

Rápidamente, miro a Eden. Está sentada rígida en el borde del sofá, mirándonos a los tres. Su expresión es completamente desesperada. Mentalmente le suplico que piense algo rápido, que no sucumba a la presión, que mienta por mí.

—Ehhh, me dejó en casa de Meghan y luego cambió de planes —dice al

fin, midiendo bien sus palabras. Es incapaz de mirarme mientras miente—. Decidió salir con los chicos.

Dejo de mantener la respiración, aliviado, y creo que eso será suficiente para aplacar a Tiffani, así que me inclino para tocarle el brazo mientras me acerco un poco a ella. Tengo que lamerle el culo un rato.

—¿Ves?

—No me hables —me gruñe Tiffani, mientras se suelta de mí y me empuja para apartarme de su lado. Abro los ojos sorprendido. «¿Por qué sigue enfadada?»

—Eden, ven conmigo —ordena—, tenemos que hablar con Rachael y Meghan. Ahora mismo.

Miro sin dar crédito cómo Eden se levanta del sofá y Tiffani la coge de la mano para llevarla al pasillo y hacia la puerta de entrada. Tiffani me da con el hombro en el pecho cuando pasa a mi lado, pero se niega a dirigirme la más leve mirada cuando salen de casa. ¿Qué cojones le pasa? Tengo una coartada (falsa, pero la tengo), así que no hay ningún motivo para cabrearse. ¿Es porque he ignorado sus llamadas? Y ¿para qué narices necesita a Eden? Ahora yo también estoy cabreado.

Desaparecen por la puerta, que se cierra dando un portazo, y yo me quedo en el pasillo respirando como un miura. El silencio llena la casa hasta que mamá me pone una mano en el hombro y dice:

—Ay, Tyler.

Me vuelvo para mirarla.

—¿Qué?

—Espero que no estés mareando a esa chica —dice frunciendo el ceño. Mira a la puerta de la entrada, y luego otra vez a mí. ¿De verdad se está poniendo de parte de Tiffani?—. Parece que siempre está enfadada contigo. Espero que no te dé por vacilarle, hijo.

—Cállate, mamá, joder —le escupo apartando su mano de mi hombro de forma agresiva.

No tiene ni idea del infierno que me ha hecho pasar Tiffani estos años. Es la tía menos mareable que existe.

Mamá se queda hecha polvo.

—Caray —dice.

Su expresión se vuelve dura y parpadea, alucinada de que le haya hablado así. No pude evitarlo. Tengo un carácter horrible.

—Lo siento —me disculpo rápidamente—, no quería...

—Voy al súper a hacer la compra, luego tengo que recoger a Chase —me interrumpe, mientras se aleja de mí. No me mira. Se limita a coger el bolso y las llaves del coche de la mesita de la entrada e ir hacia la puerta. Mantiene una expresión fría, a pesar de que sé que la he herido de verdad—. Si me necesitas, mala suerte —dice sin volverse, y luego da un portazo al salir.

—¡Joder! —grito al fin.

¿Por qué no puedo controlarme? Mamá no se merece que le hable de esa manera. Me paso la mano por el pelo y me dejo caer a los pies de la escalera, apretando los dientes mientras cojo el móvil del bolsillo. Estoy tan cabreado que me tiemblan las manos de pura rabia cuando marco el número de Declan y le mando un mensaje que ya he enviado muchas veces:

Hoy está siendo un día de mierda.

Guárdame algo rico.

Hace cinco años

Casi me había olvidado de lo que duelen los moratones. Me decoran la piel en tonalidades que van del azul al morado, a lo largo de los hombros y de los brazos. También tengo dos cortes en las costillas de golpearme contra la esquina del escritorio hace dos noches en mi habitación. Ha empezado otra vez. Ahora papá siempre está furioso. Supongo que nunca dejó de estarlo, pero fue capaz de controlarse durante un mes. Fue increíble mientras duró, pero tendría que haberme dado cuenta de que era demasiado bonito para ser verdad. Papá ha vuelto a las viejas costumbres. De hecho, yo diría que es incluso peor que antes. Cada noche de la última semana me ha maltratado. He tenido que volver a aprender a desconectar, porque cada vez es peor que la anterior. Es como si estuviera explotando ahora toda la rabia acumulada durante un mes entero.

Esta semana no me he podido concentrar en clase. He estado ausente, desconectado, y esta tarde tengo que volver a ir al despacho del señor Hayes para que me eche otro sermón. Solo de pensarlo me pongo enfermo de nervios. ¿Qué le digo esta vez? ¿Que el único motivo por el que el mes pasado me porté bien es porque, por una vez, era feliz? ¿Y que estaba esperanzado? ¿Y que me sentía seguro? ¿Y que ahora ya no soy feliz, ni estoy esperanzado, ni me siento seguro?

Es la hora de la comida del jueves, y estamos en la cafetería en nuestra mesa de siempre, y yo vuelvo a ser el chaval callado que se sienta en la esquina. Mis amigos charlan y ríen, pero yo ni los veo. Tengo la mirada en un punto aleatorio de la mesa, los hombros hundidos, la respiración pesada.

Lo he decidido: odio a papá.

Me fie de él cuando no debería haberlo hecho. Lo creí, pero fue un error.

Si me quisiera de verdad, no habría roto su promesa. Joder, es que si me quisiera de verdad, no habría necesitado formular esa promesa. No me quiere lo suficiente como para no hacerme daño.

Así que ¿por qué lo protejo?

¿Por qué escondo sus errores como si fueran culpa mía? ¿Por qué le digo a la gente que tropecé, que me caí por la escalera, que me hice daño en el campo de fútbol jugando con Dean y Jake? ¿Por qué acepto los moratones?, ¿los cortes?, ¿las cicatrices? ¿Por qué convivo con todo esto cuando podría detenerlo solo con contárselo a alguien? A cualquiera. Pero ¿me creerían? Papá es un hombre de negocios respetable, con su traje y su corbata. Con su Mercedes y su sonrisa encantadora. ¿Quién me iba a creer a mí antes que a él? Solo soy un chaval, pero llevo tanto tiempo mintiendo que no sé si será demasiado tarde para empezar a hacer las cosas de otra forma.

Tengo la cabeza hecha un lío. Aunque mis pensamientos están muy dispersos, poco a poco, me doy cuenta de algo. No estoy protegiendo a papá, sino a mamá y a mis hermanos. No quiero romper mi familia, destrozarla cuando ellos son felices. ¿Me perdonaría mamá si yo hiciera eso? No podría soportar que ella también se enfadase conmigo.

El señor Hayes me dijo que podía hablar con él de lo que quisiera. ¿Él me creería? A lo mejor podría decirle que me da miedo volver a casa después de clase. Quizá él se imaginaría por qué. Tal vez, de esa manera, no estaría chivándome.

—Tyler —dice alguien, dándome un codazo en las costillas, justo en la herida. Inmediatamente me encojo, apartando la mirada de la mesa y mirando a un lado, donde está Dean—, ¿has oído lo que ha dicho Blake? ¿Vienes o no?

—¿Qué?

Parpadeo rápido, y mis mejillas enrojecen de vergüenza mientras echo un vistazo alrededor y me doy cuenta de que todos los de la mesa me están mirando. Tiffani incluso pone los ojos en blanco e intercambia una mirada con Rachael. Tengo que dejar de desconectar cuando estoy con mis amigos, porque si no van a acabar pensando que estoy fatal de la cabeza. Miro a Blake Montgomery, que está inclinado sobre nuestra mesa con una mano en la correa de la mochila y la vista clavada en mí.

—¿Ir adónde? —le pregunto.

¿En qué momento se nos acercó? Mierda, realmente estaba en Babia.

—Después de clase, vamos a ir al campo de fútbol a jugar un poco — explica Blake. Es como un armario ropero, pero bastante amable, y aunque es un año mayor que nosotros, siempre nos saluda en los pasillos. Creo que es bastante colega de Jake—. ¿Te apuntas o no? —me pregunta con una sonrisa, pero luego, rápidamente, la borra de su cara. Pone una mueca y mira inseguro a Dean y Jake, y luego otra vez a mí—. Uy... espera —se retracta—, tu padre no te deja jugar. Olvídalo. Perdona.

En cualquier otra ocasión, me habría decepcionado recordar esta realidad. Pero ahora mismo, una nueva emoción me embarga. Es furia, puedo sentir cómo burbujea dentro de mí, y no es hacia Blake, sino hacia papá. Aprieto los dientes, pero no me basta con eso para evitar que se me crispen los puños y tiemble de rabia. Es solo una décima de segundo, un breve destello en el que algo salta dentro de mí, como una goma que ya no puede soportar más presión. Pero con ese segundo es suficiente. Me levanto del asiento y le pego un puñetazo a Blake en la cara.

—¡Tyler! —se sobresaltan todos.

Blake cae al suelo, y me mira completamente alucinado mientras se lleva la mano a la mandíbula, pero yo estoy enloquecido. Veo todo de color rojo. Se me viene a la mente la sonrisa de papá, noto los moratones que me causa, siento sus manos en los hombros haciéndome daño. Es como un fuego que me consume, y no puedo soportarlo más. Me tiro encima de Blake, que aún no ha podido levantarse, y le propino un puñetazo tras otro, con los ojos completamente cerrados.

Odio a papá. Hostia puta, cómo lo odio.

Oigo el tumulto que se forma a mi alrededor. Noto que mis amigos me cogen, tocando todos los moratones ocultos bajo la ropa, sujetándome los brazos, chillando mi nombre. Blake contraataca con un puñetazo en la boca mientras trata de quitarme de encima, pero yo ni me doy cuenta. No siento ningún dolor. Ya estoy acostumbrado.

—¡EH! —grita una voz masculina grave, y de repente hay más manos a mi alrededor, manos firmes que me recuerdan a las de papá, y, de un tirón, me sacan de encima de Blake.

Reculo con un par de pasos tambaleantes y caigo encima del hombre que está detrás de mí, y cuando abro los ojos, veo a Blake en el suelo. Toda la cafetería se encuentra alrededor de nosotros formando un estrecho círculo, la gente se empuja para ver mejor el espectáculo. Veo a mis amigos, sobre todo

a Dean, mirarme completamente sorprendidos, como si no dieran crédito a lo que acaban de ver. Y cuando vuelvo la cabeza para saber quién está detrás de mí, quién me está agarrando con tanta fuerza y tratando de inmovilizarme, se me acelera aún más el corazón al descubrir que es el agente de policía del instituto.

Ahora

Durante la hora que Eden pasa fuera, me dedico a dar vueltas por el vestíbulo. Tengo la casa para mí solo, y es bastante tentador ponerme a dar puñetazos a las paredes, pero consigo controlar mi enfado y, de paso, no cargarme nada. Va a pasar algo, lo sé. Tiffani está enfadada conmigo y tengo que arreglarlo. La he llamado un montón de veces, pero me salta el buzón y dudo que conteste a mis mensajes de texto. Cuantas más vueltas doy, más nervioso me pongo. Tenía que haberme preocupado por ella estos dos últimos días. No me puedo permitir cabrearla. Tiene demasiado poder sobre mí.

Por eso, cuando la puerta se abre y Eden entra en casa, voy corriendo a preguntarle qué ha pasado con Tiffani. Y voy con los puños crispados.

—¿Qué ha dicho? —pregunto con tono impaciente. No quiero ser borde con Eden, pero estoy demasiado atacado. Tiffani saca lo peor de mí, y odio que sea así—. ¿Qué has dicho tú?

Eden está pálida. Completamente blanca, con expresión amedrentada, y sacude la cabeza mientras echa un vistazo al salón.

—¿Dónde está tu madre?

—Ha ido a buscar a Chase —respondo a toda velocidad. Es que de verdad necesito saber qué está sucediendo—. Ahora, ¿qué demonios ha pasado?

Eden no dice nada, solo respira hondo, mirándome aterrorizada.

—Alguien nos vio anoche —suelta al fin, y le tiemblan los labios mientras clava la vista en el suelo—. Austin Cameron... Se lo dijo a Tiffani.

Ay, joder, no. Austin no puede habernos visto. Para algo tengo las putas lunas tintadas.

—¿Me estás tomando el pelo?

¿Quién cojones se cree que es? Ahora entiendo por qué Tiffani está tan

enfadada conmigo, y desde luego que esto no me lo va a perdonar. ¿Por eso se llevó a Eden? ¿Para pedirle explicaciones? Me da vértigo pensar lo rápido que se saben las cosas. «Tyler Bruce y su hermanastra.» Ahora sí que no puedo evitar dar un puñetazo... aunque sea a mi propia palma. La que ha liado el puto Austin.

—Voy a matar a ese hijo de pu...

—No saben que era yo —me interrumpe Eden, dándome, al menos, un pequeño consuelo. Vale, Tiffani sabe que ayer por la noche estuve con otra chica, pero no sabe con quién. Bueno, al menos si aún no se ha dado cuenta de la culpabilidad que se transparenta en los ojos de Eden—. Está destrozada, Tyler —dice con voz suave.

Me quedo callado mientras pienso. No es la primera vez que la engaño. He besado a otras chicas, y a Tiffani le han llegado rumores, aunque nunca se los había creído. Pero esta vez... no sé, parece que sí, y la situación desde luego que no es la misma. Los besos con esas otras chicas no tuvieron ninguna importancia. Ahora es diferente, y sé que si Tiffani descubre lo que está pasando, convertirá mi vida en un infierno.

—Yo lo arreglaré —le digo a Eden al fin. Cuando la miro veo lo incómoda y preocupada que parece, y me siento fatal por ello. Con Tiffani en mi vida, tenía que haber sabido en qué lío estaba metiendo a Eden—. Mira, está cabreada. Lo entiendo, pero lo puedo arreglar. Le diré que cometí un error, le compraré algo bonito, y entonces se olvidará de ello y todo volverá a su cauce —digo. Al menos así es como me gano el perdón de Tiffani normalmente—. Y luego veremos qué hacemos con el resto.

Pero de repente, la actitud de Eden cambia por completo y se pone furiosa conmigo.

—Nada volverá a su cauce —me espeta mirándome como si todo fuera culpa mía. Que supongo que lo es—. ¡Nada está en su cauce, Tyler! Tenemos que parar.

Frunzo el ceño mientras la miro.

—¿Parar qué?

—Esto. —Levanta las manos y gesticula señalándonos a ambos. Exhala y se pasa las manos por el pelo. Parece muy molesta—. Tienes novia, Tyler, me niego a tomar parte en una infidelidad.

—No lo harás —la tranquilizo.

En todo caso, el infiel soy yo. Pero me gusta que Eden se preocupe por no

hacerle daño a otra chica. Que quiera hacer las cosas bien. Que no pretenda ir por ahí destrozando vidas. Eso me resulta tan atractivo que no puedo evitar acercarme un poco a ella e inclinarme para cogerla del codo. Cuando me levanta la voz, cuando entorna enfadada sus ojos de color avellana, me resulta irresistible. La atraigo hacia mí y me inclino más hacia ella, desesperado por besarla.

Pero antes de que pueda hacerlo, ella se suelta y se aparta. Parpadeo asombrado y ella se aleja más de mí, y me mira sin dar crédito, con las manos en la cadera. Vale, sí, supongo que no es el mejor momento. Pero es que, madre mía, me vuelve loco, me encanta.

—¿En serio? —pregunta—. Ahora no es el momento. Aunque pudieras garantizar que ella no lo descubrirá, que lo hará, de todas formas no querría hacerlo. —Da un paso hacia atrás, aumentando la distancia que nos separa, y niega con la cabeza—. No voy a hacerlo —asegura con firmeza.

—Venga —murmuro, y le hago ojitos en un intento de ganármela. Es algo tan Tyler Bruce que me doy un poco de asco, porque con ella estos juegos no valen, me ve el plumero. Me pone cara de desagrado y se larga escalera arriba. Yo me doy la vuelta y la miro, pero antes de que desaparezca de mi vista, le digo—: Podemos resolver esto. —Y lo digo en serio. Voy a resolverlo.

—¿Cómo, Tyler? —pregunta, con la voz cargada de escepticismo. Se ha parado en medio de la escalera, se ha dado la vuelta y me observa con una mano apoyada en la barandilla—. Solo tenemos dos opciones.

—¿Solo dos?

—Dos —asegura, y sus labios forman una línea recta—. Tienes que romper con ella.

—No —digo de forma automática mientras niego con la cabeza—. No puedo.

Tiffani desempeña un papel demasiado importante en mi vida. Es tóxica y controladora, pero también es mi red de seguridad. Me da tranquilidad saber que ella está ahí, siempre disponible para mantener mi mente ocupada cuando la vida se pone demasiado difícil. Supongo que me gusta esa seguridad, aunque sé que estar con ella no es sano. Y mucho más ahora que está usando mi relación profesional con Declan para chantajearme. No tengo la serenidad mental suficiente como para desafiarla.

—¿Por qué no? —pregunta Eden.

¿Se lo digo? No creo que pueda, al menos no sin explicarle que la relación que tengo con Declan Portwood va mucho más allá de lo que todo el mundo piensa; en cualquier caso, es una historia muy larga. Mi relación con Tiffani es un desastre que ya dura tres años.

—Porque es más complicado de lo que piensas, ¿vale? Tiffani... Mira, no me presiones. —La miro entornando los ojos, lo que siempre hago cuando quiero que la otra persona se dé cuenta de que estoy siendo superserio; luego dejo escapar un suspiro—. ¿Cuál es la otra opción?

—Que ignoremos lo que sea que hay entre nosotros —contesta Eden, y parece desinflarse un poco.

Odio cómo suena esa opción y creo que ella también. Sin embargo, es lo correcto, y su honestidad hace que la desee todavía más.

—¿Así que básicamente —digo, mientras me apoyo en la pared y me cruzo de brazos— puedo estar contigo si rompo con Tiffani? Se trata de elegir entre tú o ella, ¿verdad?

Miro a Eden con dulzura, está arriba de la escalera, pero yo desearía que estuviera abajo, conmigo. Tener que hablar de esto es horrible. La situación es una mierda. Tiffani me chantajea para que siga con ella en una relación tóxica que, si soy sincero, a veces disfruto, pero también pienso que hay algo diferente en Eden que me apetece explorar.

—¿Por qué actúas como si te pillara por sorpresa? —pregunta ella—. Ese ultimátum es bastante obvio. Deberías haber sabido que llegaría.

Miro al techo y me paso las manos por el pelo.

—Joder —mascullo.

No puedo seguir hablando de esto ni un segundo más, porque al final acabaré perdiendo la paciencia y estallando, así que decido parar mientras aún estoy a tiempo. Me dirijo a la cocina, y un par de segundos después, oigo a Eden dar un portazo en su habitación.

Estoy completamente atascado. No puedo romper con Tiffani, pero me preocupa que Eden vaya a distanciarse de mí si no lo hago. Y ahora mismo no puedo pensar con claridad y decidir cuál de las dos opciones sería peor: cortar con Tiffani y que cuente mis secretos, o quedarme sin la posibilidad de descubrir qué podría haber pasado entre Eden y yo. La cabeza me da vueltas y sé que, haga lo que haga, no puedo ganar. Me siento desesperanzado y vencido, pero también frustrado y con ganas de relajarme. Bueno, está claro que esta noche voy a quedar con Declan. De verdad que necesito algo.

Me sirvo un vaso de agua, le mando a Declan otro mensaje y luego me voy a mi habitación. Eden está en la suya, pero decido no molestarla. Creo que los dos necesitamos algo de espacio, así que entro en la mía e intento contactar con Tiffani otra vez. Me paso media hora escuchando el repetitivo tono de llamada, insisto e insisto, rogando para que me conteste y, al menos, poder intentar explicarme. Se me para el corazón durante un segundo cuando al fin lo coge, pero solo para colgarme otra vez antes de que pueda decir nada.

Llegado a este punto, dejo de intentarlo y tiro el móvil al otro lado de la habitación, pero lo único que consigo es cabrearme todavía más cuando oigo la pantalla romperse. Cuando me levanto para cogerlo y evaluar daños, oigo que la puerta de mi habitación se abre, y no puedo evitar sentirme decepcionado cuando veo que es mamá y no Eden quien entra. Debe de haber oído el golpe, porque se apoya en el marco y, con el ceño fruncido, mira el teléfono que acabo de recoger del suelo. Tiene en la mano las llaves del coche, así que debe de acabar de llegar.

—Tyler —dice.

—¿Qué? —contesto.

Sí, ya le he hecho otra raja a la pantalla del móvil. Me paso la vida cargándome el aparato este, pero es que siento tan bien lanzar cosas... A veces, me pregunto si papá sentía la misma satisfacción cuando me lanzaba a mí contra los muebles y las paredes. Lo odio, pero hay momentos en los que creo que podría llegar a entenderlo.

—Vale, así que sigues de malas —aclara mamá, dejando escapar un suspiro de hartazgo.

—No estoy de malas —replico mientras me vuelvo para encararla.

Tiro el móvil encima de la cama y me cruzo de brazos, mirándola ceñudo.

—No, qué va. —Me mira con la boca apretada y los ojos tristes. Baja un poco el tono y me pregunta con suavidad—: ¿Por qué me hablaste tan mal antes?

—¡Porque soy un idiota, mamá! —le grito.

Necesito un respiro, estoy perdiendo la paciencia otra vez. Sigo sintiéndome mal por haberla tratado así, pero es que no puedo soportar que me dé la lata con el tema. Ya tengo demasiada mierda encima.

Discutimos y discutimos, y nos enfadamos más y más, hasta que, al final, mamá se rinde y se va de mi habitación, probablemente sintiéndose aún más

descorazonada que cuando entró. Me siento fatal y me planteo irme ya a ver a Declan, pero es casi la hora de cenar, así que decido esperarme. Solo son un par de horas más, puedo aguantarlo.

Pero para cuando la cena está ya lista, mi humor no ha mejorado. Mamá tenía razón, estoy de malas, y ni tan siquiera puedo disimular la expresión de descontento mientras nos sentamos todos a la mesa. Salvo Jamie. Ha ido a cenar a casa de un amigo, lo que nos convierte esta noche en una familia de cinco. Mamá intenta propiciar una conversación animada, y Dave está hablando sobre alguien a quien conoció en el trabajo, pero yo estoy completamente a mi bola.

Me dedico a mirar a Eden, que está al otro lado de la mesa. No le quito el ojo de encima: veo cómo se mueve su boca cuando habla, cómo mira hacia abajo con demasiada frecuencia, cómo frunce el ceño insegura cuando mamá pone en la mesa un plato de costillas a la barbacoa. No me mira ni una sola vez. Supongo que sigue esperando que yo me decida por una de las dos opciones de las que hablamos antes, pero la verdad es que no voy a escoger ninguna.

—No me puedo quedar sentado aquí —anuncio mientras aparto la silla de la mesa y me levanto. El olor de esas costillas me mareo, pero esa no es la única razón por la que me tengo que marchar. A cada minuto que pasa, me apetece más colocarme—. Me voy arriba.

Mamá me mira inmediatamente. Está detrás de Dave, con las manos apoyadas en sus hombros, y veo cómo se le borra la sonrisa.

—Pero si la tuya ya viene...

—Tengo cosas que hacer—la interrumpo. No pienso quedarme aquí ni loco, no cuando puedo sentir perfectamente el enfado de Eden. Mientras salgo de la cocina, vuelvo la cabeza para decir—: La calentaré después.

«Sí, cuando me ataque la gusa posporros.»

Me dirijo a mi habitación, subiendo los escalones de dos en dos, y le mando otro mensaje a Declan para preguntarle si me puede pasar algo enseguida. Estoy desesperado, pero no me contesta. Intento llamar otra vez a Tiffani, pero otra vez sin éxito. Si no me contesta esta noche, no me quedará más remedio que presentarme mañana en su casa. Supongo que, en realidad, eso es lo que quiere que haga. Le encanta verme suplicar.

Mientras espero a que Declan me responda, me siento en el borde de la cama y meto las manos entre las piernas, dejando mi mente vagar mientras

intento controlar la respiración. Escucho el silencio de la habitación, inspiro, espiro... Acción que se ve rápidamente interrumpida cuando Eden entra sin tan siquiera molestarse en llamar primero.

—Estamos cuidando a Chase —me informa con tono tranquilo; su voz vuelve a ser ronca, como de costumbre—. Es posible que Jamie se haya roto la muñeca.

Levanto la vista inmediatamente para mirarla mientras se me detiene el corazón. Es un tema muy delicado para mí, y soy tan protector que me pongo en pie de un salto y voy hacia ella. Estoy listo para matar a cualquiera.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está? ¿Quién? —pregunto, y siento cómo me sube la temperatura mientras me inunda el pánico. Papá se pasaba la vida rompiéndome la muñeca.

La cara de Eden expresa confusión.

—¿Qué?

No debería haber preguntado quién lo hizo. Me traicionó el subconsciente, esa es una pregunta que tengo grabada en la memoria desde la infancia. Siempre había alguien detrás de mis heridas. Me aclaro la garganta y trago saliva.

—Quiero decir, ¿cómo?

—Creo que se cayó sobre ella —dice Eden encogiéndose de hombros. Sigue mirándome, intentando comprenderme, confundida por mis preguntas, y es que he metido la pata. Espero que no le dé muchas vueltas—. He oído que tú también te la has roto, chico duro —añade con intención de bromear un poco.

¿Qué cojones? ¿Cómo sabe eso? ¿Y por qué bromea sobre ello? Me rompí la muñeca tres veces en un puto año porque mi padre estaba fuera de control.

—¿Quién te ha dicho eso? —exijo saber.

—Ehhh, Chase —responde Eden con tranquilidad. Está claro que no se ha dado cuenta de lo que me está obligando a recordar. Se muerde el labio inferior y me mira a los ojos buscando respuestas—. ¿Qué pasa?

«Ah, Chase.» No puede haberle contado a Eden la verdad sobre papá, porque no la conoce. Solo sabe que, de pequeño, su hermano mayor era muy patoso.

—¿Qué más te ha dicho el crío? —pregunto.

Tengo que asegurarme. Hay muchas cosas que el pobre niño inocente podría desembuchar.

—Nada —susurra Eden.

Me acerco más a ella, sin apartar la vista ni un momento de sus ojos.

—¿Estás segura?

—Deja de ponerte como loco —me pide, realmente incómoda con mi reacción—. Estoy segura.

Debería intentar esconder mejor mis emociones, pero, no sé por qué, cuando estoy con Eden, no me importa que las vea. Me alarma que pueda descubrir mi pasado, y probablemente sepa ver el pánico y el miedo que me inundan.

—¿Sabes qué? —digo, dejando por fin que mis emociones salgan de la única forma que conozco: con rabia—. No puedo con esto. No puedo contigo y no puedo con Tiffani. No puedo lidiar con tus preguntas estúpidas ni con sus lloriqueos. Ahora mismo no puedo con ninguna de estas cosas.

Me alejo de ella, entro en el baño y me apoyo en el lavabo. Dejo caer la cabeza e intento controlar la respiración otra vez. Ya me costaba mantenerla a raya antes de que ella entrara. Necesito que Declan me responda. Necesito que me dé algo que me permita desconectarme del día de hoy durante unas horas.

—Te estás alterando demasiado —observa Eden. Me ha seguido al baño y puedo sentirla a mi lado.

—Cuidado con la puerta. La cerradura está jodida —le digo entre dientes.

Con cada segundo que pasa me frustró más. El baño parece encoger. Siento como si me estuviera asfixiando. Cuando Eden intenta ponerme la mano sobre el brazo, no puedo ni soportar que me toque. Doy un respingo y me aparto de ella.

—Necesito colocarme —admito con voz furiosa mientras me incorporo para abrir el armario de encima del lavabo.

Veo los antidepresivos, el frasco caído de lado. ¿Los he tomado hoy? Me estiro hacia el estante de arriba y palpo a ciegas desesperadamente hasta que encuentro la pasta que tengo allí escondida. Es parte de la que he ganado vendiendo la mierda de Declan, y por suerte para él, completará el ciclo y regresará a su bolsillo. Supongo que soy un cliente leal. Cierro el armario de un portazo, pero cuando intento irme, me encuentro con que Eden se ha interpuesto entre la puerta y yo.

—Ni se te ocurra —me amenaza, con las manos sobre mi pecho.

Tiene la barbilla levantada, la mandíbula prieta y los ojos clavados en los

míos. Va en serio.

—Eden —susurro. Me inclino hacia ella y pego los labios a su oído para que pueda oír y entender perfectamente lo que tengo que decirle, y gruño—: Necesito. Un. Subidón. Ahora. Mismo.

Si supiera lo desesperado que estoy...

Mira el dinero que tengo en la mano, y luego a mí otra vez.

—Porque la coca va a arreglarlo todo, ¿no es así?

—Eden —repito, esta vez con más firmeza. No debería estar intentando detenerme. Voy a quedar con Declan y a conseguir el colocón que necesito, le guste a ella o no—. Mueve tu lindo culo fuera de mi camino antes de que me cabrees de verdad. Tengo que ver a Declan.

—No te voy a dejar hacerlo —afirma, mientras se me acerca más, y su pecho ya casi roza el mío. Su mirada es fiera e implacable.

—Tú no tienes nada que decir en cuanto a esta puta cuestión —le grito, mientras doy un manotazo a la pared que está tras ella, justo al lado de su oído.

Pero en cuanto lo hago, lo lamento. No quiero que me vea así, tan enfadado y tan desesperado y tan patético. No me gusta que vea mi parte agresiva porque la violencia nunca, pero nunca, es necesaria. Eso es algo que aprendí muy pronto.

De repente, Eden se desliza de donde está y se tira contra la puerta del baño, que se cierra. Carga todo su peso contra ella hasta que la cerradura encaja por completo. Me quedo pálido mientras abro la boca sorprendido. Ahora estamos atrapados, en este minúsculo baño, los dos solos y sin ninguna posibilidad de salir, y si antes no me llegué a asfixiar del todo, está claro que ahora sí lo haré.

Hace cinco años

El director Castillo se mece despacio en su silla, con las manos entrelazadas apoyadas en la panza y la vista fija en mí. Tiene los labios apretados en una línea fina que expresa desaprobación y decepción. Nunca había estado en este despacho. Hasta ahora, no había tenido razones. Estamos sentados en silencio, escuchando el tictac del reloj que cuelga de la pared, y yo estoy en el lado opuesto de su escritorio. El director Castillo suele ser agradable, pero todo el mundo sabe que también puede mostrarse estricto: no tolera el mal comportamiento, en especial las peleas. Así que está clarísimo que estoy metido en un buen lío, y han llamado a mis padres. Ahora falta saber cuál de los dos llegará primero, y yo ruego con todas mis fuerzas que no sea papá.

Miro hacia abajo, a la bolsa de hielo que tengo en la mano. Tengo el labio partido y un dolor sordo y constante en la mandíbula, pero nada de esto es nuevo para mí. Por eso, en vez de tener el hielo presionado contra la mandíbula, juego con él, pasándomelo de una mano a otra para intentar distraerme de la tensión que se respira en el ambiente. No solo voy a tener problemas aquí en el insti, sino también en casa.

—Lo... lo siento, director Castillo —murmuro, levantando la vista para mirarlo otra vez. Ya llevamos un rato hablando—. No sé en qué estaba pensando.

—Uno no hace algo así sin ningún motivo —dice él.

Me busca la mirada, pero yo la bajo rápidamente al regazo y me encojo de hombros. De ninguna manera le voy a contar que me lie a puñetazos con Blake Montgomery porque me imaginaba que él era mi padre.

—Blake dijo algo que no me gustó —miento—. Me pasé de la raya. No volverá a suceder, director. De verdad que lo siento.

Justo cuando acabo de hablar se oyen un par de golpes precipitados en la puerta, antes de que se abra. Vuelvo la cabeza para mirar quién es. El agente Brown entra en el despacho, seguido de papá. El corazón me da un vuelco y juro que durante un segundo se me corta por completo la respiración. Mi padre no me mira.

—Gracias por venir tan pronto —dice el director Castillo. Se levanta, se inclina sobre el escritorio y le estrecha la mano a papá mientras le hace un gesto de asentimiento al agente Brown, que sale del despacho y cierra la puerta—. Siéntese, si es tan amable.

El director Castillo se acomoda de nuevo en su asiento y papá ocupa la silla que está a mi lado. Se sienta rígido, con los pies dando golpecitos nerviosos en el suelo y las rodillas temblando.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, pero puedo notar el temblor en su voz.

Está nervioso. No enfadado. Aún no. No sabe por qué lo han llamado. ¿Pensará que...? ¿Pensará que se han enterado? ¿Creerá que les he contado toda la verdad sobre él?

—Tyler se ha metido en una pelea durante la hora de la comida —informa el director Castillo.

Me echa otra mirada recriminatoria. Probablemente ni tan siquiera supiese mi nombre hasta hoy. Siempre me he portado bien, nunca me he metido en líos.

Papá coge aire de forma brusca. Creo que durante un segundo se ha sentido aliviado, pero solo durante un segundo. Luego viene la rabia y se incorpora en la silla de forma abrupta, mirando al director con los ojos entornados. Sigue sin dirigirme la mirada.

—¿Una pelea? ¿Tyler se ha metido en una pelea? —pregunta sin dar crédito.

No le había pegado a nadie en toda mi vida. Bueno, excepto a mis hermanos, cuando éramos pequeños y nos peleábamos por los muñecos o por la Game Boy. Pero eso no cuenta. Esta es la primera vez que le pego a alguien con toda la intención de hacerle daño, y todavía no sé por qué lo hice. Perdí el control, igual que le pasa a papá. Blake Montgomery estaba donde no debía cuando no debía. No fue culpa suya, pero tampoco mía.

—Por desgracia, así es, señor Grayson —confirma el director Castillo. Las arrugas alrededor de sus ojos se marcan más y su expresión es tan solemne que parece mayor de lo que es—. En la cafetería, a la hora de comer. El

agente Brown tuvo que separarlos y alejarlo del otro chico antes de que llegara la sangre al río, pero no acepto ningún tipo de violencia en este centro. No me queda más remedio que expulsar a Tyler durante el resto del día de hoy, el de mañana y la próxima semana entera.

Papá se queda boquiabierto.

—¿Expulsarlo? —balbucea, con los ojos saliéndosele de las órbitas. Pensé que solo me sancionarían, no que me echarían... Ya no hay vuelta atrás. Papá va a perder los estribos—. ¿Al otro chico también van a expulsarlo?

El director niega con la cabeza. Se incorpora y pone los codos en el escritorio mientras frunce el ceño.

—Verá, señor Grayson, cuando digo que Tyler se metió en una pelea, lo que en realidad quiero decir es que le dio un puñetazo a un estudiante mayor que él. Fue un ataque completamente injustificado y no provocado, así que no, a Blake Montgomery no lo vamos a expulsar. Tyler, quiero que hables de este tema con el señor Hayes cuando vuelvas.

Papá mira al director Castillo con gesto inexpresivo. Luego, lentamente, vuelve su cabeza hacia mí. Sus fieros ojos verdes se posan en los míos y puedo ver la rabia que asoma en ellos. Ni tan siquiera parpadea. Tiene la mandíbula fuertemente apretada y le tiemblan las aletas de la nariz.

—Gracias, director Castillo. Vamos, Tyler —dice con la boca hecha una línea recta.

Acto seguido se levanta y yo no me atrevo ni a titubear, así que me pongo en pie a toda prisa.

—Estamos en contacto —nos dice el director a modo de despedida, pero papá ya me ha llevado hasta la puerta y hacia el pasillo.

¿El director Castillo no lo ha visto? ¿No ha notado la furia en la expresión de papá y el miedo en la mía? A lo mejor solo puedo verlo yo, porque soy el único que sabe lo que pasa.

Es quinta hora y todo el mundo está en clase, así que los pasillos están vacíos y silenciosos mientras papá se dirige hacia la entrada principal. Anda deprisa, con zancadas largas, y casi tengo que hacer marcha para seguir su paso. No dice nada. Por eso sé que en su interior la furia está creciendo, haciéndose más y más fuerte, porque no es capaz siquiera de abrir la boca para hablar. Tiene las manos crispadas en puños y contiene la respiración hasta que salimos.

—¿Qué COJONES se te pasó por la cabeza, Tyler? —grita, con la voz

hecha un rugido furioso, y me lanza contra el coche. Venga, más moratones. Noto un dolor agudo cuando choco contra el metal de la carrocería. Me coge de la capucha de la sudadera y me acerca más a él—. ¡Te han expulsado! ¡EXPULSADO! —Me da un par de sacudidas y luego vuelve a empujarme contra el coche. Puedo ver cómo se le marcan las venas de la frente, hinchadas y latiendo, y una furia que no puede controlar le nubla los ojos—. ¡Le pegaste a un chico!

—Justo lo mismo que haces tú —susurro.

Y no debería haberlo dicho. No debería haberlo retado, porque veo perfectamente cómo un nuevo tipo de ira se adueña de él mientras la mirada se le pone vidriosa. Me mira en silencio durante unos segundos, como registrando lo que acabo de decirle, mientras su pecho sube y baja pesadamente.

—Sube al coche, Tyler —ordena, con la voz baja y siseante. Me aparta de en medio al pasar por mi lado en dirección a su asiento y, mientras abre la puerta y pone un pie dentro, la mirada se le endurece aún más cuando mira por encima del techo y ve que todavía no me he movido—. ¡Sube al puto coche! —grita.

Llegado a este punto, he aceptado mi destino. Ahora es demasiado tarde para cambiar las consecuencias. No hay marcha atrás, ni ningún tipo de bálsamo para la furia de papá. No después de haberme peleado, de que me hayan expulsado, de haberle contestado. Mientras trago saliva con dificultad y me subo al asiento del copiloto, ya estoy intentando desconectar mi mente. Estoy deseando quedarme en blanco, que el aturdimiento me salve, pero tarda demasiado en venir.

En cuanto se cierra la puerta del coche, el puño de papá impacta en mi cara, y siento todo el dolor que trae consigo.

Ahora

Confinados en el cuarto de baño, Eden y yo nos miramos en silencio. No acabo de creerme que haya cerrado la puerta. Estoy atrapado, y sé que lo ha hecho a propósito. Es casi valiente por su parte, y si no estuviera tan desesperado por colocarme, hasta apreciaría el gesto. Esta mañana, nada me habría gustado más que estar encerrado aquí con ella, los dos solos, pero ahora mismo, en este estado mental, no soy capaz de ver la parte positiva.

—¿Me estás tomando el pelo? —le suelto, mirándola con los ojos entornados.

Necesito una distracción, y ella me ha quitado la posibilidad de obtenerla. Miro a mi alrededor, pero no hay ninguna forma de salir. Por instinto, llevo la mano al bolsillo en busca del móvil, pero está en la habitación.

—No —dice Eden.

Tiene un amago de sonrisa en la boca, una sonrisa retadora, oscura. Una que dice que le importa una mierda que estemos aquí atrapados. Sabe que me tiene a su merced y ni siquiera es capaz de ocultar la satisfacción que eso le produce.

Paso a su lado, quitándola de en medio para, al menos, hacer un intento con la puerta. Cojo la manija y la sacudo, tirando y empujando, incluso me echo sobre la puerta con todo mi peso, rogando que se abra. La cerradura lleva un año rota. La última vez, el verano pasado, tuve que esperar cuatro horas hasta que Dave volvió a casa para sacarme.

—Ríndete —dice Eden.

Me observa mientras forcejeo para salir; dejo escapar un gruñido y me alejo de la puerta. No se va a abrir.

El corazón me va a mil por el pánico que me produce la idea de no poder

ver a Declan. Parece que se me sale del pecho, y siento el cuerpo tenso y rígido. Se me está secando la boca. Me pongo las manos en la nuca, echo la cabeza hacia atrás y me quedo mirando el techo. Tengo que aceptar que estoy aquí atrapado, que no voy a conseguir el subidón que necesito tan desesperadamente. Cierro los ojos, respirando hondo, intentando deshacerme de toda mi energía negativa. O al menos de parte de ella. Los vuelvo a abrir y miro a Eden. Sigo sin creermelo que nos haya encerrado.

—Lo siento, pero me importas de verdad —dice, cruzándose de brazos. Hoy no va a echarse atrás—. Vas a tener que encontrar otra forma de distraerte. Una alternativa. Algo que no te mate.

Paseo la vista por todo el cuarto de baño, y al final me paro en el reflejo que me mira desde el espejo del armario. Odio el aspecto tan furioso que tengo, así que bajo la vista al suelo.

No quiero enfadarme con Eden. Solo está intentando ayudarme, lo cual es mucho más de lo que ninguna otra persona ha hecho. Le importo en serio, y eso me encanta, a pesar de lo molesto que pueda ser en esta situación. El día de hoy puede ser descrito como un completo desastre, y el único motivo por el que anhelo algo más fuerte que el alcohol es que mi cabeza está hecha un lío desde que Eden me anunció su intención de salir de mi vida.

—Tú te estás convirtiendo en mi distracción —admito, bajando la voz. No soy capaz de mirarla—. Pero según parece no te puedo tener.

Al principio, Eden no dice nada. Solo guarda silencio mientras registra esta nueva información, y oigo cómo toma aire.

—¿Por qué soy una distracción? —pregunta con tranquilidad.

Levanto la vista del suelo para encontrarme con su mirada curiosa. Eden no lo sabe, pero con ella no tengo que ser Tyler Bruce, y eso es algo tan nuevo que casi me causa adicción.

—Porque tú haces que las cosas sean un poco más fáciles —le digo al fin. Esa es la verdad, y normalmente no se me da muy bien decirla—. Porque puedo centrarme en ti en vez de en todo lo demás.

—Entonces no dejes de hacerlo —propone Eden, pero noto el nerviosismo en su voz. Despacio, da un paso para acercarse a mí, y la miro, no dejo de mirarla. Intento con todas mis fuerzas no pensar en una línea de coca, blanca, recta y perfecta, pero la idea no me abandona del todo, sigue llamándome. Eden se estira para ponerme una mano en la mandíbula; tiene la piel fresca—. Céntrate en mí —me susurra.

—Entonces distraéme —ordenó.

Cojo la mano que tiene en mi mandíbula y la aparto. Ahora mismo necesito distraerme más que nunca, pero no me basta con el tacto de Eden.

—Podemos hablar. Nunca hemos hablado sin más —dice suavemente, su voz poco más que un susurro.

Un nuevo silencio se instala entre nosotros en el pequeño cuarto de baño y tenemos miedo a romperlo.

—Vale. Hablemos —acepto.

Paso a su lado y apoyo la espalda en la mampara de la ducha, deslizándome por el cristal hasta quedarme sentado en el suelo. Está fresco. Estiro las piernas ante mí y cierro los ojos, todavía centrado en mi respiración agitada. No soy mucho de charlar, pero con Eden estoy deseando intentarlo. Me gusta escuchar su voz. Me tranquiliza.

—¿Podemos hablar sobre Tiffani? —oigo que pregunta Eden con suavidad, como si le diera miedo mencionar su nombre—. Ahora, con calma.

Abro los ojos para mirarla otra vez. Todavía está apoyada en el lavabo, mirándome con expresión preocupada. Tiffani es la última persona de la que quiero hablar ahora mismo. A regañadientes, murmuro:

—Vale.

Eden pasa por encima de mis piernas y se sienta en el suelo a mi lado, se acerca las rodillas al pecho y se recuesta contra la puerta. Frunce el ceño.

—¿Por qué no quieres romper con ella? Si ni siquiera te gusta. Lo has dicho tú mismo.

Paseo la vista por el cuerpo de Eden, me detengo primero en los ojos, luego en los labios, en las manos... Quiere una respuesta, pero no sé qué decirle. No lo entendería.

—No puedo romper con ella —le repito por segunda vez en lo que va de día. Dejarlo con Tiffani es inviable.

—Pero ¿por qué?

Muevo la cabeza, listo para negarme a contestar, pero luego me doy cuenta de que lo más probable es que Eden siga presionándome hasta conseguir una respuesta. Me cubro la cara con una mano y me froto los ojos mientras pienso qué decir exactamente. Es una historia demasiado larga y complicada, y cuando pienso en contarla me dan ganas de soltar un gruñido. Que es lo que hago. Decido simplificar.

—A Tiffani se le da muy bien actuar como la chica más agradable que

existe. Pero no lo es —le explico a Eden—. En cuanto le haces alguna faena, se convierte en una psicópata. Sabe demasiado sobre mí. No me puedo arriesgar. Por lo menos ahora no.

—¿Psicópata? —repite Eden. Parece sorprendida, lo cual solo indica que Tiffani efectivamente es muy buena actriz. Se nos da casi igual de mal ir de frente—. ¿Qué sabe de ti?

—Es... —Ni tan siquiera sé qué decir. Tiffani me ha hecho muchas cosas a lo largo de estos años, así que me muevo en el suelo, poniéndome más cómodo—. Vale. Por ejemplo, en enero, se enteró de que yo había estado saliendo con una chica durante los recreos para comer, cada martes, lo cual no había sucedido, y se volvió loca. Yo le había dedicado un montón de tiempo a un trabajo para literatura inglesa durante dos semanas seguidas, porque tenía que mejorar las notas, y le dijo a la profesora que lo había escrito ella. Me bajaron la media anual y me suspendieron por copiar, lo cual es estúpido. Ese mismo día usó el correo electrónico de su madre para escribirle a la mía, diciéndole que estaba preocupada por mi bienestar porque andaba fumando porros en el sótano de la escuela. Esa parte es verdad, y Tiffani era la única que lo sabía. Mamá dejó de hablarme durante casi un mes. Habría cortado con Tiffani entonces, pero me dejó bien claro que ni se me pasara por la cabeza. Así que nunca lo he hecho. Romper con ella no es una opción. Hay muchas otras cosas que puede hacer porque lleva ventaja y tiene las de ganar. —Cuando acabo de hablar estoy casi sin aliento.

Eden escucha atentamente cada palabra que digo y permanece en silencio mientras procesa la información.

—¿Qué más sabe, Tyler?

Debería decirle la verdad, o al menos una parte; desde luego, no puedo mirarla a los ojos mientras lo hago. No quiero ver su mirada de decepción.

—¿Te acuerdas del primer día del verano? —pregunto.

—Sí —responde—. Papá estaba irritante y la barbacoa era un asco y tú llegaste hecho una furia y actuaste de forma grosera.

—Sí, eso. —Tiro de los hilos de los vaqueros, intentando reunir coraje para seguir hablando. Se me hace raro hablar así de este tipo de cosas—. Estaba supercabreado.

—¿Por qué?

—Estaba enfadado con Tiffani —admito—. Yo he estado pensando durante algún tiempo en involucrarme en un asunto, y ella lo descubrió esa

noche. Ella prometió que no se lo diría a nadie siempre y cuando siguiera con ella hasta la graduación. Por eso le estuve haciendo la pelota durante un tiempo al comienzo del verano. Ya sabes, en sitios como el American Apparel... —Ay, Dios. Aún me da mogollón de vergüenza esa historia. ¿Qué pensaría Eden de mí en aquel momento?, ¿que soy un imbécil? ¿Seguirá pensándolo ahora?—. Mientras que ella esté feliz y yo no la deje, no dirá nada, porque es lo que hace, Eden. Le gusta chantajear a la gente para que haga lo que ella quiere, para quedar como guay por encima del resto. Me contó que cuando era más joven fue víctima de acoso escolar, así que supongo que cuando empezó en nuestro instituto, tras mudarse aquí con su madre después del divorcio, quería asegurarse de que nadie la avasallaría. Quiere ser mejor que los demás, molar más que nadie. El tenerme a mí a su lado le ayuda a reforzar su ego. Por eso estoy metido en este lío. —Contar todo esto en voz alta me hace darme cuenta de lo jodido que es, y me paso la mano por el pelo mientras gimo—. Lo odio.

—Guau —dice Eden una vez que he acabado—. No sé qué decir.

—No voy a romper con ella —explico mientras levanto la mirada del suelo. Eden me mira mientras parpadea, con expresión sorprendida y completamente atenta a lo que le cuento. No espero que entienda del todo cuál es mi situación con Tiffani, pero sí que la entienda más que hace un minuto—. Aún no. No me puedo arriesgar.

Eden se inclina hacia delante y apoya la barbilla en las rodillas, mirándome desde el otro lado del baño.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

¿Está hablando de nosotros? Espero que sí, porque si se pregunta qué va a pasar con lo nuestro, quiere decir que sigue interesada en que haya algo.

—Es que no quiero levantar las sospechas de nadie —digo.

No estoy seguro de qué contestarle, porque la verdad es que no tengo ni idea.

—Sospechas ¿de qué?

—De nosotros —explico. Así que es verdad, estamos hablando de ello, de la posibilidad de que haya un «nosotros», signifique lo que signifique—. Ahora solo tenemos que actuar de manera normal hasta que veamos cómo resolverlo. Esa es otra razón por la que no puedo romper con ella. La gente se preguntaría el porqué. Así que, por ahora, tiene que seguir en mi vida, porque Tiffani significa mi normalidad.

—Pero está mal hacerle esto —susurra Eden.

Qué mona, se preocupa por la gente. Y no solo por mí, sino por todo el mundo. Se muerde ansiosa el labio de abajo.

—Eden —digo. Inclino la cabeza hacia un lado mientras la observo. Podría besarla ahora mismo. De verdad que sí, pero intento con todas mis fuerzas no arruinar el momento. Me estoy sincerando con ella mientras me escucha, y eso es muy importante para mí, pero también quiero escucharla a ella—. Háblame de otra cosa. Háblame de Portland.

Eden levanta la cabeza de las rodillas y se incorpora en el suelo, cruzándose de piernas mientras frunce el ceño en mi dirección.

—¿Quieres que hable de Portland?

—Quiero que hables de ti —matizo. Estoy calmado y ya no pienso en quedar con Declan. En cambio, me centro en Eden; ella es todo lo que me importa y en lo que quiero pensar. No dejamos de mirarnos ni un segundo—. Cuéntame algo que nadie más sepa.

Eden duda. Parece pensarlo bien antes de lanzarse a hablar, pero al fin decide abrirse a mí igual que yo acabo de hacer con ella.

—Me encanta Portland. Es una ciudad increíble para crecer. Tenía tres superbuenas amigas. Amelia, Alyssa y Holly.

—¿Tenías?

—Tenía —confirma—. Cuando mis padres se divorciaron yo tenía trece años, y me afectó mucho. Solía llorar hasta quedarme dormida, porque mamá lloraba y papá no estaba, y yo no sabía cómo hacer que ella se sintiera mejor y sencillamente todo era un asco. Un grandísimo asco. —Se detiene y mira hacia abajo; luego entrelaza los dedos. Respira hondo—. Empecé a comer mucho porque estaba muy mal, y subí de peso en primero de secundaria. Alyssa y Holly tuvieron mucho que decir al respecto.

¿De verdad me está diciendo lo que creo entender? Paso la vista por su cuerpo, que he observado tantas veces. Me gusta el pequeño hoyuelo en su espalda, la curva de las caderas. Es imposible.

—No estás gorda —la contrarío rotundo. ¿Quién cojones son esas amigas?

—Eso es porque corro, Tyler —dice encogiéndose de hombros.

Ahora no me mira, pero puedo ver en su cara una sombra de tristeza que no conocía y que, desde luego, no quiero que esté ahí.

Apoyo las manos en el suelo frío y, despacio, me muevo para acercarme. Me siento enfrente de ella, mirándola, y le pongo las manos en las rodillas.

—Sigue hablando —le pido en voz baja. Quiero que sepa que estoy aquí para ella, que la escucho.

Se vuelve a morder el labio y se lleva las manos a la cara. No quita las mías de las rodillas.

—Me hicieron sentir como una mierda —me cuenta, e intento que no se note lo mucho que me cabrea. Eden no se merece sentirse tan triste por algo que no es más que una chorrada. Es más fuerte. Se merece algo mejor—. Tenía a dos de mis supuestas mejores amigas llamándome gorda cada día, así que empecé a correr. Ya no nos hablamos, pero todavía me critican a mis espaldas. Es algo difícil, porque Amelia... Amelia sigue siendo amiga de ellas. No obstante, se ha mantenido a mi lado todo el tiempo.

—Eden —digo. Me gusta cómo suena su nombre, y quiero que me mire. Me he fijado en un montón de cosas tuyas en las últimas semanas, y ha habido veces que ha rechazado comida, apartado platos y ni una sola vez se ha acabado toda la cena. Ahora creo que sé por qué—. Por eso siempre dices que no tienes hambre, ¿no?

Abre mucho los ojos y esa boquita jugosa que tiene, completamente pillada.

—¿Te has dado cuenta?

—Solo ahora —admito, tragando saliva mientras le miro las piernas desnudas. No puedo evitar tocarla, acariciarla desde la rodilla hasta el muslo. Probablemente mi opinión no sea importante para ella, pero desde mi punto de vista, Eden está perfecta tal como es—. Solo para que lo sepas, estoy totalmente en desacuerdo con esas chicas. Lamento lo que te hicieron.

Levanto la vista para mirarla, mientras, con los dedos, sigo trazando círculos en su piel suave. Ella también me mira.

Y lo hace de una forma que nunca le había visto, con calidez. Deja escapar un suspiro de alivio y veo cómo se relaja. Su mirada no se aparta de la mía. No lo soporto más. Tengo que besarla, ya mismo. Le agarro los muslos y me inclino sobre ella hasta juntar nuestros labios.

La beso con pasión, como si fuera la primera vez que siento su boca sobre la mía. Me echa los brazos al cuello y se recuesta contra la pared, dejando que me ponga encima de ella. Mientras la beso, esboza una sonrisa, y siento que no quiero parar nunca. No soy capaz de quedarme saciado con esta chica, y no importa cuántas veces la haya besado, es siempre igual de emocionante. Se me dispara la adrenalina por todo el cuerpo. Le paso las manos por los

muslos y las lleva hasta la cintura, y estoy a punto de meterlas debajo de la camiseta cuando me detengo, bajo un poco el ritmo del beso, y me quedo jugando con la tela. Le doy la oportunidad de decir que no, de apartarme, pero aprieta su abrazo y tira de mí hacia ella. Eden toma el control y la dejo besarme como quiera, con rudeza, con velocidad.

Metó las manos bajo su camiseta y siento en los dedos la calidez de esa piel suave. Le cojo la cintura con una mano y con la otra exploro su cuerpo. Toco la suave tela de encaje de su sujetador. Metó la mano dentro, cogiendo su pecho con suavidad, y aparto los labios de su boca para poder retirarme un segundo y mirarla a los ojos. Respira con intensidad, y sus labios grandes me están volviendo loco. Dios, me pasaría toda la noche besándola. Vuelvo a inclinarme sobre ella y le recorro con la boca desde la mandíbula hasta el cuello, y ella inclina la cabeza hacia atrás y me pasa las manos por el pelo, tirándome de las puntas. Ahora tengo las dos manos en su pecho y trazo suaves círculos con los pulgares, mientras jadeo en su cuello.

Eden me saca las manos del pelo y me agarra la mandíbula, obligándome a volver con los labios a su boca. Pero antes de eso nos detenemos un momento, mirándonos fijamente. Los dos estamos jadeando, casi sin aliento debido al subidón de adrenalina, y alcanzo a esbozar una pequeña sonrisa antes de inclinarme sobre ella para seguir besándola.

Sabemos que no deberíamos hacer esto. No debería tener las manos en su cuerpo, sus labios no deberían estar besando los míos, pero no podemos luchar contra ello. Eden me resulta demasiado apetecible. Es todo lo que quiero. Es absoluta y completamente irresistible.

Hace cinco años

—No me lo puedo creer —susurra mamá por quinta vez en lo que va de tarde—. Es una auténtica desgracia.

Estamos en la cocina y yo estoy sentado a la mesa mientras mamá sujeta en mi cara el hielo envuelto en un paño mientras con la otra mano me masajea la cabeza. Me levanta la barbilla, inspeccionando mi cara, y deja escapar un pequeño y amortiguado quejido. Mueve el paño con el hielo hacia mi ojo.

Mala cosa, lo sé. Esta vez no hay forma de esconderlo. No se puede disimular.

Tengo el ojo hinchado, con un moratón entre negro y púrpura, y no puedo abrirlo del todo. La boca está inflamada y con cortes. Las mejillas con moratones. Es como si se me hubiese hinchado la cara hasta el doble de su tamaño normal, y solo con que hable o parpadee, ya me duele. Por eso estoy quieto, sentado a la mesa de la cocina, mirando a la pared mientras mamá me cura las heridas. Nunca olvidaré el grito que dejó escapar cuando llegó del trabajo y me vio así.

—¿Cómo es posible que solo expulsen a uno? —continúa quejándose, con voz resentida. Mamá casi nunca se pone furiosa, pero esta noche, vaya si lo está. Puedo verlo en su cara—. Dos chavales se pelean y se lían a golpes, ¿y no se la cargan los dos? ¡Qué injusto! ¿Sabes qué? Pienso llamar al director Castillo en cuanto me levante mañana.

Papá está en la esquina de la cocina, apoyado contra la encimera con la cabeza baja. No ha hecho otra cosa que mirar al suelo, todo el rato, inmóvil.

—Ella... —dice bajito sin levantar la vista—. Olvídalo. Tyler va a seguir expulsado, así que no tiene sentido que hagas nada.

—¿Olvidarlo?, ¿estás de broma, Peter? —le ladra mamá, volviéndose para encarar a papá directamente. Tiene el rímel corrido y ni siquiera se ha molestado en arreglarse los mechones de pelo que se le han soltado del recogido. Está enfadada de verdad—. ¡Mira lo que ha hecho ese chico!, ¡mira!

Mamá me vuelve la cabeza hacia papá, para que vea bien el cristo que tengo en la cara.

Pero papá sigue sin mirar; se siente demasiado culpable. Se limita a sacudir la cabeza lentamente; por mi parte, intento zafarme de la mano de mamá y volver la cara de nuevo. Yo tampoco quiero mirarlo. Lo odio.

—Empecé yo —le digo a mamá en un murmullo. También quiero que deje el tema. No fue Blake quien me puso la cara así—. Blake no se merece que lo expulsen.

—Cállate, Tyler. Estoy muy enfadada contigo —me advierte, moviendo el hielo de vuelta a mi boca y poniéndomelo sobre los hinchadísimos labios. Me encojo ante lo frío que está. Mamá me mira, y veo sus ojos azules llenos de confusión y decepción. Sobre todo decepción. Es la primera vez que la veo mirarme así y se me encoge el corazón—. ¿Por qué has hecho eso?

—Lo siento, mamá —me excuso en voz baja. Y lo siento de verdad.

No sé qué pasó. Me enfadé muchísimo y tuve que dejar salir la rabia, y me sentí mejor después de hacerlo. ¿Será eso mismo lo que le pasa a papá? ¿Se sentirá mejor después de hacerlo?

—No es propio de ti —se queja mamá. Deja escapar un suspiro, se frota la frente y mueve el hielo para ponérmelo en la mejilla—. ¿Qué hizo ese chico?

—Nada.

—No te lías a puñetazos con alguien sin ninguna razón, Tyler —dice con frustración, repitiendo sin saberlo las palabras del director Castillo. No puedo contarle por qué lo hice. Al menos, no sin herirla.

—Alguna gente sí —susurro.

Vuelvo la cabeza para mirar otra vez a papá. Sigue apoyado contra la encimera, con los ojos fijos en el suelo, pero parece que se da cuenta de que lo estoy mirando, porque parpadea y sube la vista un segundo. Espero que me vea el odio en los ojos. Bueno, el ojo, ya que me pegó tan fuerte que no puedo abrir el otro.

—Muy bien, Tyler, no solo estás expulsado, también estás castigado —me comunica mamá mientras me pone en la mano el paño con el hielo—. A tu

habitación.

Nunca había estado castigado, pero supongo que me lo esperaba. Levanto la vista para mirarla. Siento haberla decepcionado. Ojalá supiera que lo lamento. Que me siento muy culpable. Aprieto el paño con el hielo y me deslizo de la silla. Cruzo la cocina completamente abatido. Puedo sentir cómo papá me sigue con la mirada, pero lo odio, lo odio, lo odio. Sigo andando, salgo de la cocina, subo la escalera hasta mi habitación. Me sorprende dando un portazo. Nunca lo había hecho. Pero es que, llegado a este punto, ya ni me importan las consecuencias. Ya no tengo miedo de papá: ¿qué puede hacerme que no me haya hecho ya?

Papá nunca se había pasado tanto conmigo. Cada noche la situación es más insostenible, y durante los cuatro años que han pasado desde que esto empezó, él nunca había sido tan descuidado. Las consecuencias de sus errores nunca habían sido tan visibles. Su furia es incontrolable, y esto no va a arreglarse nunca. Ahora lo sé.

Entonces, ¿por qué permito que siga ocurriendo?

Echo un vistazo alrededor, a los arañazos en la pintura de la pared contra la cual papá me ha golpeado, a las mellas del escritorio. Luego, me pongo a cuatro patas y busco debajo de mi cama hasta que encuentro una de mis viejas mochilas. ¿Por qué estoy protegiendo a papá en vez de a mí mismo?

Voy a escaparme.

Ahora

En un primer momento, cuando el señor Forde, el manitas del vecindario, consigue sacar por fin la cerradura, es todo tan incómodo que no sabemos cómo tomárnoslo. Eden y yo salimos de mi cuarto de baño para encontrarnos con las miradas expectantes de mamá y Dave. Eden me dijo que teníamos que cuidar a Chase, pero está claro que no cumplimos nuestro cometido, ya que estuvimos encerrados aquí todo el tiempo. Poco pueden imaginarse nuestros padres que estar aquí encerrado con Eden durante dos horas no fue, precisamente, infernal, y su plan funcionó. He recuperado la calma, y desde luego que ya no me apetece quedar con Declan.

—Esto hay que arreglarlo de una vez —dice mamá frunciendo el ceño mientras el señor Forde le da la cerradura defectuosa.

La ha sacado del todo, así que ahora ya no hay manera de que vuelva a quedarme encerrado.

—Sí —respondo. Pero mantengo la vista en el suelo. No quiero mirar a los ojos a Dave después de haber besado a su hija. Miro a Eden con el rabillo del ojo, y veo que ella también tiene la vista clavada en el suelo—. ¿Cómo va la muñeca de Jamie?

—Una pequeña fractura —responde Dave, luego mete la mano en el bolsillo, saca la cartera y le da treinta pavos al señor Forde—. Gracias.

El manitas se va, Eden se mete dentro de su habitación, y mamá y Dave se van al piso de abajo. Me quedo solo, así que decido ir a ver qué tal está Jamie. Sé demasiado bien lo chungo que es tener una muñeca rota.

Cruzo el pasillo hasta su habitación y llamo a la puerta despacito antes de empujar para abrirla. Jamie está sentado en el borde de la cama, mirando el

cabestrillo que tiene en la muñeca, mientras gira el brazo. Se me encoge un poco el corazón. Odio ver a mis hermanos sufrir.

—Ey —lo saludo de buen rollo cuando entro. Me siento a su lado en la cama y sonrío cuando él me mira. Enarco una ceja—. Dicen que te has roto la muñeca.

—Sí —contesta Jamie, y deja escapar un suspiro fastidiado—, tropecé con unos ladrillos en el jardín de Dylan y me caí sobre ella. —Jamie es un terremoto, siempre lleno de energía, pero esta noche está tranquilo y silencioso. Se mira la muñeca durante unos segundos, luego, despacio, sube la mirada hacia la mía—. No sé cómo lo hiciste.

—¿Cómo hice qué?

—Esto —dice levantando el brazo—. Las muñecas rotas. Todo. Duele.

—Me acostumbré —murmuro. La verdad es que me sorprende que Jamie me hable de eso. No le gusta mencionar a papá. Creo que todavía está traumatizado por esa historia, por haber visto a su padre, al que él adoraba, atacándome. Jamie nunca ha vuelto a ser el mismo, y ninguno de los dos quiere hablar nunca del tema, aunque sé que ambos lo necesitamos. Es demasiado duro—. Aprendí a... aprendí a desconectar —digo a través del silencio que se ha instalado entre nosotros.

Noto cómo Jamie traga saliva mientras vuelve a mirar al suelo. No se oye nada más que su televisor apagado sin desconectar, que, para mí, funciona como ruido ambiental.

—No puedo creer que papá fuera así de verdad —dice él.

—Lo sé. —A veces yo también sigo sin poder creerlo.

—Pero ¿por qué a ti? —pregunta, levantando la vista para mirarme con sus ojos azules. No nos parecemos nada—. ¿Por qué no a mí? ¿Qué hiciste mal tú y Chase y yo no?

—No lo sé, Jamie, pero me alegro de que no la tomase con vosotros. —Miro el cabestrillo de su brazo y me trae muchísimos recuerdos de cuando era niño. Pronto le pondrán una escayola, que acabará decorada con los nombres de sus amigos garabateados con rotulador—. Él os quería —le digo, y luego miro mis propias manos. Por fuera, estoy bien, pero a veces aún me duele la muñeca—. Creo que incluso a mí también.

Jamie me mira como si estuviera loco.

—Eso no tiene ningún sentido.

—No, ¿verdad? —Casi sonrío, porque tiene razón. No tiene sentido. Papá

no me pegaba porque me odiara, no, me pegaba porque no podía controlarse —. Yo aún sigo intentando entenderlo, ya ves.

De repente, el móvil empieza a vibrarme en el bolsillo, y supongo que será Declan que llama para preguntar si vamos a quedar o no. Saco el teléfono, listo para rechazar la llamada, pero me quedo helado cuando veo el nombre de Tiffani brillando en mi pantalla llena de rayaduras.

Me siento fatal cuando miro a Jamie. Él le echa un vistazo al móvil, luego a mí. Es evidente que no quiere que conteste. Prefiere que me quede aquí con él, necesita hablar de papá. A mí también me gustaría quedarme aquí, pero es que... no puedo. No soy capaz de rechazar la llamada de Tiffani, en especial después de llevar todo el día intentando hablar con ella. Nunca me perdonará que no le coja el teléfono ahora que ella está lista para escucharme.

Trago saliva con dificultad mientras me pongo de pie, y me duele ver la carita que se le queda a Jamie. El móvil sigue sonando, y no quiero que se corte la llamada.

—Jamie, lo siento —farfullo, tengo la garganta tan seca que las palabras me salen ahogadas—. Tengo que contestar. No me queda otra opción. ¿Hablamos en otro momento?

—Pues vale, Tyler —murmura, pero veo que está enfadado conmigo.

Se tumba de espaldas y se vuelve hasta quedarse de cara a la pared, y me siento más culpable que nunca. Pero la llamada sigue ahí, el móvil aún vibra...

Vuelvo a mi habitación como una flecha, cierro la puerta y cojo aire. Aún no he decidido qué explicación le voy a dar, pero se me da muy bien improvisar mentiras. Cojo la llamada y me llevo el teléfono al oído.

—Tiffani —digo.

—Tyler —responde.

Se le nota en la voz que está enfadada, y hasta mi nombre suena desagradable dicho por ella. Me la imagino perfectamente. Imagino sus labios cerrados con fuerza en una línea recta, con una mano en la cadera y los ojos azules echando chispas. Por suerte, no tengo que mantener esta conversación cara a cara.

—Llevo todo el día intentando hablar contigo —le digo. Mi cuerpo entero se relaja debido a la sensación de alivio. Por fin estamos hablando. Me acerco hasta la cama y me tiro en ella boca arriba. Me quedo mirando al techo—. Ya te has enterado de lo que pasó ayer por la noche.

—Pues claro que sí —replica Tiffani. Está furiosa y me va a costar un montón calmarla—. ¿Creíste que no me enteraría? Me conoces, Tyler. Yo me entero de todo.

Cierro los ojos y respiro hondo; luego me paso la mano libre por el pelo.

—Fue un error accidental —empiezo. «No lo fue»—. Fue todo muy repentino, no lo había planeado. Yo había quedado con los chicos, pero cuando conducía por el muelle, una chica del último curso de Inglewood quiso ver mi coche —miento, abro los ojos y me incorporo hasta quedarme sentado, ahueco las almohadas y vuelvo a tumbarme. Me siento como un gilipollas—. Se subió al coche y... No sé. Pasó sin más. De verdad que yo no lo buscaba. Te lo juro, Tiffani. Sabes que soy... un idiota.

—Tyler —me interrumpe de manera abrupta, y si ahora mismo estuviera delante de ella, me pondría una mano en el pecho—. No quiero que me des detalles. Solo que me prometas que no volverá a pasar. No querrás que pierda la paciencia, ¿verdad?

—Lo prometo —farfullo rápidamente, y en cuanto estas palabras han salido de mi boca, me doy cuenta de que no debería haberlas dicho.

De ninguna manera puedo prometer que no pasará nunca más, sobre todo con Eden. Ahora, si nos pillan otra vez, Tiffani no me dará otra oportunidad, eso seguro. Me arruinará la vida por completo, lo que significa que, a partir de ahora, Eden y yo tenemos que ser muy, pero que muy cuidadosos.

Llevo toda la mañana con Tiffani, obligándome a comportarme de forma impecable, currándomelo para tenerla contenta. Por eso, a primerísima hora ya estaba en el centro y llevaba conmigo todo el dinero que he ganado hasta ahora más algo que robé de lo poco que quedaba en el fondo fiduciario para comprarle un maldito bolso. Pero Tiffani está encantada con él, así que el agujero que le he hecho a mis finanzas al menos merece la pena.

De hecho, lo tiene con ella ahora mismo. Hemos pasado horas en su casa, hablando largo y tendido hasta que llegamos a un acuerdo mutuo sobre cómo es exactamente nuestra relación (tóxica y sin sentido, pero importante y necesaria), y ahora voy conduciendo hasta el muelle para llevarla porque ha quedado con las chicas. Yo también les he dicho a Jake y a Dean que nos veríamos allí, y lo más probable es que en algún momento acabemos juntándonos todos.

—Déjame cerca de Nordstrom —exige Tiffani, aunque al menos tiene la

voz ligera, animada y, definitivamente, falsa.

Lleva las gafas de sol puestas y va haciéndose selfis con el móvil mientras conduzco, poniendo morritos a la pantalla. Tengo las dos ventanillas bajadas, así que la brisa le mueve el pelo alrededor de la cara.

—Muy bien, Britney Spears —le digo, poniendo los ojos en blanco. Llevo una mano en el volante y la otra en su muslo. Sé que le gusta—. Creo que ya te has hecho suficientes fotos. ¿Cuál quieres poner de fondo de pantalla?

—Cállate, Tyler —dice, mientras relaja los rasgos y baja el teléfono. Señala un punto delante de nosotros. Estamos bajando por Second Street, cerca del muelle, y para ser un jueves por la tarde, hay muchísima gente en la calle. Hoy hace más calor de lo normal, supongo, y eso siempre atrae a las multitudes—. Para por allí.

Hago lo que me dice y me detengo junto a la acera de enfrente del Nordstrom. En cuanto nos paramos, Tiffani se quita el cinturón de seguridad y se vuelve hacia mí, subiéndose las gafas de sol a la cabeza. Me sonrío.

—Ya sabes que confío en ti. No creo que vayas a cometer otro error. Sería horrible —dice, pero detecto la amenaza en su dulce voz. Mueve las manos mientras habla—. ¿Podemos volver a comportarnos como siempre?

—Eso es justo lo que quiero, Tiffani —respondo, copiando su sonrisa mientras le aprieto el muslo. Estoy poniendo todo de mi parte, y esta es la mejor actuación de mi vida.

Se inclina acercando su boca a la mía, y me besa con fuerza, y yo apenas puedo evitar crisparme y apartarme de ella. Me cuesta un montón devolverle el beso, portarme con normalidad, fingir que ayer por la noche no estaba liándome con Eden. Besar a Tiffani no es lo mismo. Es siempre tan brusco, siempre tan agresivo, siempre tan aburrido... No hay excitación. Ni pasión. ¿Cómo podía disfrutar con esto? Mantengo el beso durante unos pocos segundos más, que se me hacen eternos, para que ella esté contenta, y luego me aparto y me recuesto en el asiento.

—Espero que esto te haya gustado, porque no vas a tener nada más hasta que me fíe de ti otra vez —dice Tiffani mientras abre la puerta, con su nuevo bolso en el brazo y sus ojos clavados en los míos. Se ríe, luego sale del coche y da un portazo.

La observo mientras camina por la calle y me doy cuenta de que Rachael, Meghan y Eden están esperándola en la acera. ¿Llevan ahí todo el rato? ¿Me habrá visto Eden besar a Tiffani? Me fijo en ella. Sorbe café de un vaso de

cartón, con la cabeza agachada, y lo observa todo. Su mirada se mueve hasta encontrarse con la mía. Solo espero que entienda por qué tengo que hacer esto, y le echo una sonrisa de disculpa desde el otro lado de la calle. Ojalá pudiera estar con ella en lugar de con Tiffani.

En cuanto Tiffani se une al grupo, Eden aparta la vista de mí. Rachael no parece demasiado contenta, porque tira su vaso en una papelería con gesto de cabreo y levanta las manos. No me importa lo suficiente como para esperar a ver qué pasa. He quedado con Dean y Jake en la Refinería, así que arranco y hago rugir el motor mientras giro hacia Broadway y dejo a las chicas atrás.

Me paso quince minutos intentando encontrar aparcamiento, y para cuando estoy abriendo la puerta de la Refinería, Dean y Jake ya están sentados al lado de las cristaleras, viendo el ajetreo que hay en el bulevar de Santa Mónica, riéndose mientras se toman un café sin mí.

—Vaya, te has dignado a aparecer —constata Jake cuando entro, poniendo los ojos en blanco.

—Jake, ¿alguna vez te he dicho hasta qué punto me chifla quedar contigo? —replico, y choco mi hombro con el suyo cuando paso a su lado para dirigirme al mostrador. Estamos de broma. Mi relación con Jake es variable, pero solemos llevarnos bien la mayor parte del tiempo.

Me pido un café americano, y luego vuelvo a la mesa, cojo una silla y me siento con ellos.

—Bueno —digo, mientras tomo un sorbo de café. Está tan caliente que me quemo la lengua. Lo vuelvo a poner en la mesa y dejo que se entibie—. ¿De qué estamos hablando?

—Pues la verdad es que de nada importante —dice Dean, que, al otro lado de Jake, se inclina para mirarme. Me dedica una sonrisa cálida y amistosa, lo cual supone una bienvenida mucho más agradable que la de Jake. Sé que me paso la vida frustrando a Dean, pero nunca lo demuestra. Es agradable tener al menos un amigo de mi parte—. De la fiesta del sábado en la playa.

Doy un respingo. Se me había olvidado por completo.

—¿Es este fin de semana?

—Sí —contesta Jake, y luego reprime una risa mientras susurra para sí—: por favor, intenta no acabar muerto esta vez.

—Los dos lo oímos.

—Jake —musita Dean.

Intercambian una mirada, y Dean sacude la cabeza lenta y firmemente

como indicando desaprobación.

Jake se limita a encogerse de hombros y pone los codos en la mesa, mientras sigue tomándose su café y mira por la ventana.

Todos los años se celebra una fiesta en la playa. Acordonan la mitad del arenal y montan un escenario donde actúan varios dj y grupos toda la noche. Todo el mundo acaba superpedo y la fiesta se alarga durante horas mientras el sol se pone sobre el océano. Está muy bien y, aunque los menores de edad no deberían poder entrar, la mitad de nuestro instituto siempre aparece por allí. Debería estar deseando que llegara, pero después del último verano, no puedo evitar ponerme un poco ansioso. Solo de pensarlo se me encoge el estómago.

En la fiesta del año pasado, me divertí de más. Estaba completamente borracho y le compré droga a un tío al que no conocía de nada. Pensé que me sentaría bien, pero resultó que no. No sé qué demonios tomé aquella noche, pero está claro que estaba cortado. Fue el único mal viaje que he tenido. Por suerte, y a pesar de que mis amigos también estaban más pedo que Alfredo, consiguieron llevarme hasta casa de Tiffani y allí me cuidaron durante horas para asegurarse de que no me muriera y tal. Sé que no siempre se preocupan demasiado por mí, pero aquella noche sí que lo hicieron.

—Estaba pensando —dice Dean, tras aclararse la garganta— que podríamos beber algo en mi casa todos juntos antes de ir a la playa.

—No debería... A lo mejor no debería ir —murmuro.

Se me ha secado la boca. Bajo la mirada mientras jugueteo nervioso con las manos. La fiesta de la playa del año pasado fue uno de mis momentos más bajos. No tengo muy buenos recuerdos y no quiero acabar haciendo alguna otra estupidez.

—¿Tú crees? —dice Jake. Vuelve la cabeza hacia mí y, de verdad, podría darle un puñetazo en la cara ahora mismo—. ¿Eden va? Hace bastante que no la veo.

—¿A ti qué cojones te importa? —replico. No quiero que hable de ella. Es un gilipollas, y no me apetece nada que se junte con ella. Sí, ya sé que ha dormido en su casa, pero eso pasó hace semanas, y yo diría que Eden ya no piensa mucho en él. Piensa en mí—. No le interesas para nada.

—¿En serio? —pregunta Dean, inclinándose hacia delante en el borde de la silla. La curiosidad le ilumina la mirada cuando se dirige a mí con las cejas enarcadas—. ¿Eso ha dicho?

—No hace falta que lo diga —respondo mientras aprieto la mandíbula. Me estoy cabreando muy rápido. Es que odio que Jake nombre a Eden.

—Tyler, en serio, cállate la puta boca —dice Jake entre risas. Odio que siempre se ría de todo. A mí me gusta fingir que no me preocupo por nada, pero es que a Jake todo le resbala de verdad. Nunca le ha importado nada y nunca lo hará—. Venga, Rachael dice que están en Johnny Rockets, vamos a verlas.

Me llevo el café y me lo bebo de camino a Santa Monica Place, un lujoso centro comercial al aire libre, al pie del Paseo, donde dejé a Tiffani. Dean va entre Jake y yo, supongo que para evitar que surjan discusiones, y nos dirigimos al piso de arriba, a la terraza donde se encuentran los restaurantes, y ojeamos las mesas hasta que damos con las chicas. Cogemos unas sillas y nos unimos a ellas que comen unos helados. Al menos tres los están tomando. Eden no prueba bocado.

Pongo una silla al lado de Tiffani y me dejo caer en ella. No estoy seguro de cómo manejar me delante de nuestros amigos al estar tan cerca de Eden. Me da miedo mirarla, porque me preocupa sonreír sin darme cuenta, o que se nos note en la cara que compartimos algo que no deberíamos.

—Ey —susurra Tiffani, sonriéndome abiertamente. Me pone una mano en la rodilla.

—Así que hemos decidido —dice Jake, levantando la voz mientras se inclina hacia delante y pasea su mirada por todos nosotros. Yo me limito a devolverle la mirada—, que el sábado iremos a casa de Dean antes de la fiesta.

—Una fiesta antes de la fiesta —explica Dean. Sonríe emocionado mientras nos mira a todos. No es muy fiestero, pero la de la playa le chifla—. Nosotros nos encargaremos del alcohol.

—Vosotras, chicas, solo ocupaos de poner os guapas —completa Jake. Se encoge de hombros con gesto bromista y se recuesta en la silla, cruzando los brazos con aire despreocupado.

—Capullo —dice Rachael, y le lanza la cucharilla desde el otro lado de la mesa. Él la evita por poco, pero ojalá le hubiera dado.

—Sabes que estoy de broma, Rachy, cariño —vacila Jake, otra vez erguido en la silla y con la cabeza inclinada hacia un lado. Le sonrío con expresión juguetona. Llevan con esta tontería desde que empezamos el instituto.

—¡No me llames así!

Se pasan un rato tirándose pullas el uno al otro, pero yo no soy capaz de hacerles caso, porque Tiffani está acariciándome el muslo por debajo de la mesa. Noto cómo se me forma un nudo en la garganta cuando acerca su silla a la mía y empieza a acariciarme el brazo con la punta de los dedos; se me pone la piel de gallina. Fijo la vista en la mesa, sin saber cómo reaccionar. Ojalá dejara de tocarme. Estoy bastante seguro de que la única razón por la que lo hace es porque estamos en público. Es su modo de hacerle saber a los demás que todo va estupendamente bien entre nosotros, aunque no sea así. De repente, me coge de la mandíbula y se inclina para besarme, pero yo no soy capaz, aquí, con Eden justo delante de nosotros, no. Antes de que la boca de Tiffani llegue a tocarme, aparto la cabeza a un lado, y acaba besándome la mejilla. Ya me estoy temiendo que se cabree muchísimo, pero lo único que hace es apoyarse en mí y continuar tocándome.

—Eden —oigo que dice Rachael, con tono agudo y cierto retintín—, tú y Jake deberíais ir a dar un paseo o algo. Idos, tortolitos.

«¿Qué cojones está diciendo?» Levanto la vista del suelo y miro a Eden por primera vez. Tiffani se dedica a hacerme círculos en el cuello con los dedos, pero ya ni siquiera me molesta, porque todo lo que soy capaz de hacer es mirar a Eden. Parece incómoda por ser el centro de atención de forma tan repentina, y me pregunto de qué está hablando Rachael. ¿Es que Eden ha seguido viendo a Jake? No creo. Él mismo dijo que llevaba un tiempo sin saber de ella.

Jake se levanta y se mete las manos en los bolsillos, esperando.

—¿Eden?

Y yo no doy crédito cuando ella, efectivamente, se levanta. Evita mi mirada, y mientras rodea la mesa para ir hacia Jake, murmura:

—No tardaremos mucho.

Los miro mientras se alejan y se pierden de vista por las escaleras mecánicas. Estoy apretando tanto los dientes que me duelen las mandíbulas, y ahora Tiffani se pone a morderme el lóbulo de la oreja y a pasarme la mano por el pecho.

—Vale, no os ofendáis —dice Rachael en voz alta y poniéndonos cara de asco—, pero, por favor, dejadlo ya.

Tiffani se ríe, y luego se acerca para besarme. Esta vez, respondo al beso.

Esa noche, no puedo dormir. No es nada nuevo para mí. A menudo hay noches en las que mi cerebro está tan revolucionado que no puedo relajarme lo suficiente como para conciliar el sueño. Me quedo despierto durante horas, escuchando el suave zumbido del aire acondicionado en toda la casa y mirando al techo a través de la oscuridad de la habitación. No puedo dejar de pensar en Tiffani, en mamá, en Jamie, pero sobre todo en Eden. A las tres de la mañana, ya me he hartado. Llevo demasiado tiempo dando vueltas, así que retiro el edredón y me levanto.

Salgo de puntillas de mi cuarto al pasillo y, supersilencioso, abro unos milímetros la puerta de la habitación de Eden. Intento ver algo en la oscuridad, pero no lo consigo, así que la abro del todo y entro. En cuanto mis ojos se acostumbran a la penumbra, cierro la puerta y susurro:

—¿Estás despierta?

Consigo ver a Eden, metida en la cama y con el cuerpo vuelto hacia la pared. No se mueve, así que imagino que estará dormida, pero de repente la oigo murmurar:

—Sí. ¿Qué hora es?

Su tono es más ronco que nunca, y ahora, después de haberlo escuchado, ya sí que no me podré dormir jamás.

—Las tres —respondo en voz baja. Con cuidado, me muevo por la habitación hasta que llego a su cama, aparto el edredón y me meto—. ¿Puedo dormir contigo? —pregunto. La cama está caliente, y estoy seguro de que Eden también despide ese agradable calor, pero dejo unos milímetros de distancia entre ambos—. Quiero decir, no para montármelo contigo, solo para dormir, ya me entiendes, para descansar.

—Entiendo lo que quieres decir —contesta Eden. Su voz suena como si estuviera sonriendo.

Es obvio que no pienso con mucha claridad cuando estoy cansado.

Me quedo un rato mirando el techo, acurrucándome en ese calorcito y respirando hondo. Puedo oír su respiración, y al fin reúno la valentía para acercarme a ella y pegarme a su espalda con suavidad. Entierro la cara en su cuello y cierro los ojos. Es tan cálida, tan reconfortante...

—Siento lo de Tiffani —susurro mientras meto los dedos entre su pelo y la acerco a mí con suavidad. Ojalá se diera la vuelta. Ojalá pudiera ver el brillo de sus ojos.

—Deberías sentirlo —murmura ella.

—Déjame buscar una solución —pido. Le estoy rogando que me dé una oportunidad, que me dé tiempo para pensar en las opciones que tengo en esta situación en la que nos encontramos. Quiero que el resultado sea estar con Eden, pero aún no sé bien cómo conseguirlo—. Estoy intentando encontrar la manera de arreglarlo todo.

—¿Como qué?

—Eden. Por si no te has dado cuenta, estoy bastante hecho mierda —le digo. Me aparto de ella, me vuelvo hacia el otro lado y luego hundo la cabeza en la almohada.

Noto que ella también se mueve, y por fin se da la vuelta y se queda de cara a mí.

—Yo no diría eso —murmura. Me pone la mano en el omóplato y la desliza trazando líneas. Creo que está tocando mi tatuaje—. Más bien perdido.

—¿Perdido? —repito.

Estoy hecho un lío y mi vida se desmorona, pero ¿estoy realmente perdido?

—Sí. Pienso que estás perdido —contesta. Sigue medio dormida, con la voz grave y ronca.

—¿Qué te hace pensar eso?

Me pasa el dedo por la espalda, provocándome escalofríos en todo el cuerpo, y se acerca más a mí, pegándose a mi espalda desnuda. Me pone la cara en el hombro y se acurruca, poniéndose cómoda.

—Que no tienes ni idea de lo que estás haciendo o hacia dónde vas —susurra.

Me quedo un buen rato callado. Tiene razón. No sé lo que estoy haciendo y, desde luego, no tengo ni idea de adónde estoy yendo, así que quizá sí que esté perdido. Miro hacia la puerta y siento su corazón latir despacio contra mi espalda, le cojo la mano y entrelazo nuestros dedos.

—¿Eden? —susurro, pero ya se ha vuelto a quedar dormida.

Hace cinco años

Me tiro andando lo que parece una eternidad, pero resulta que solo son veinte minutos. Sigo caminando penosamente, con una mochila a hombros y solo diecisiete dólares. Me colé en el dormitorio de mis padres y robé todas las monedas que encontré en los bolsillos de los vaqueros de papá. Es suficiente para coger un autobús e irme de Santa Mónica. Aún no sé adónde, pero tampoco voy a ser muy quisquilloso.

Primero tengo que llegar al Paseo. Sé que hay autobuses que salen desde el centro de la ciudad, pero eso me queda muy lejos, y el sol ya está empezando a ponerse. Ya no hay vuelta atrás. Ya me he escapado de casa, así que, si volviera, tendría aún más problemas.

Sigo caminando, despacio, pateando el suelo y cabizbajo. Me subo la cremallera de la sudadera. Es casi diciembre, el tiempo está cambiando. Las temperaturas han descendido. No hace frío, pero echo de menos el sol del verano caluroso, a pesar de que la brisa fresca en la cara me alivia ligeramente el dolor de las heridas. También robé unos analgésicos del baño.

Estoy en el barrio contiguo al nuestro, en algún punto de Wilshire; creo que Jake vive aquí. Si veo su casa la reconoceré, así que acelero el paso y voy fijándome en todas. Quizá sus padres me dejen quedarme una noche. Paso delante del instituto, pero parece muy raro tan vacío, así que sigo andando y lo dejo atrás en busca de un sitio más acogedor.

Pero no encuentro la casa de Jake, y tampoco estoy más cerca de ninguna parada de autobús. Aunque, al menos, estoy a treinta minutos de casa, de papá, y eso es bueno. Respiro hondo y me detengo al lado de un roble gigantesco cuyas raíces están empezando a romper el cemento de la acera. Dejo caer la mochila en la hierba y luego me desplomo en el suelo yo

también. Me apoyo contra el tronco, con las piernas pegadas al pecho, y me quedo viendo pasar los coches.

Quizá sea una estupidez. Tal vez debería irme a casa. Pero estoy demasiado asustado para volver, así que me armo de valor y me quedo aquí. Saco de la mochila una botella de agua y los analgésicos y me tomo dos. Incluso aquí sentado, relajado y sin moverme, me duele todo. Así que cierro los ojos, escucho los coches pasar y siento la brisa en la piel mientras ralentizo la respiración. Hasta que oigo que un vehículo se detiene justo delante de mí.

Abro los ojos y me encuentro con un coche de policía aparcado en la acera, con el motor todavía en marcha. Se me acelera la respiración mientras veo que la ventanilla baja.

—Ey, colega —saluda el agente, apoyando el brazo contra la puerta. Me dirige una sonrisa amistosa pero también preocupada. La misma sonrisa que me suelen dedicar el señor Hayes y el doctor Coleman—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Dando un paseo —le digo de forma inexpresiva.

«Va a arrestarme por ser un delincuente. Y entonces voy a tener aún más problemas. Y al final tendré que escaparme de verdad.»

—Ajá —dice despacio, como si no me creyera. Lo cual es lógico—. ¿En cuál de estas casas vives?

—No vivo en este barrio —admito.

Rápidamente, cierro la mochila y me la cuelgo de un hombro, preparado para largarme corriendo si es necesario. De momento me quedo parado en la hierba, rogando para que me deje tranquilo.

—Entonces, ¿qué haces por aquí?

—Dando una vuelta —insisto. «Estoy huyendo de mi padre, que es un maltratador.»

El agente se queda en silencio un instante, pero puedo ver la curiosidad en su mirada mientras se fija en las heridas de mi cara.

—¿Qué te ha pasado?

—Me metí en una pelea en el colegio —digo mientras me encojo de hombros. Me pongo la capucha para hacer sombra y que no se me vean tanto los moratones—. Me expulsaron.

—Eso no está bien. No deberías pelearte —dice con una mueca. Apaga el motor, sale del coche y se me acerca un poco. Es alto y me tapa por

completo, su sombra se proyecta sobre mí—. ¿Cómo te llamas?

—Tyler —respondo.

Me muevo un poco, adoptando una posición que me permita huir más rápidamente. ¿Debería haber mentido? No creo. El tipo no parece tan terrible. No da la impresión de querer arrestarme. Al menos, no de momento.

—De acuerdo, Tyler, soy el agente González —se presenta. Y para mi sorpresa, se sienta a mi lado en la hierba, a una distancia prudencial, y se inclina para extenderme la mano—. Encantado de conocerte.

Le miro la mano un segundo, y luego veo su pequeña pero sincera sonrisa, y decido que es buen tío y que no parece que vaya a arrestarme. Así que le estrecho la mano.

—Vale —dice el agente González, mientras pone las palmas en la hierba y se reclina un poco—, ¿quieres contarme la verdad sobre por qué estás aquí? Pronto anochecerá. —Echa un vistazo al cielo y luego vuelve a mirarme—. Puedes contármelo. Ahora somos amigos, ¿no?

Quizá. No lo sé. No me está causando problemas ni nada, eso es bueno, supongo. Me vendría bien tener a alguien con quien hablar, y un policía agradable parece el tipo adecuado de persona para hacerlo. Por eso me abro a él lo suficiente como para admitir:

—Me he escapado de casa.

—Y ¿qué motivos puedes tener para escaparte? —pregunta mientras inclina la cabeza hacia un lado.

Entorna sus ojos marrones mientras me mira, analizando mi expresión. Intento permanecer tan impassible como puedo y no mostrar ninguna emoción que él sea capaz de interpretar.

—Mis padres se enfadaron mucho conmigo por lo de la pelea —digo.

Me vuelvo a quitar la mochila del hombro y la pongo en el suelo, porque ya he decidido que no me voy a escapar del agente González.

—Ya. Yo también estaría muy decepcionado si mi hijo se anduviera peleando —admite. Habla de forma tranquila y amable, y eso me hace sentir un poquito mejor—. Pero también estaría muerto de preocupación si se escapara. ¿No crees que deberíamos volver a casa?

—No lo sé —murmuro.

Mi casa ya no es un lugar seguro. Lleva cuatro años sin serlo. Es más probable que acabe herido en casa que en la calle, así que creo que debería arriesgarme.

—Puedes ir en la parte de delante conmigo —me ofrece el agente González ensanchando su sonrisa mientras sube las cejas. Señala el coche patrulla, y luego me tiende la mano una vez más—. ¿Qué me dices?

Miro al coche, luego a la mochila en la que no llevo más que un par de prendas y unos pocos dólares, y luego vuelvo a mirar al agente González, con su sonrisa cálida y amistosa. Me cae bien, y, además, pronto se hará de noche, y la verdad es que no quiero encontrarme con el tipo de gente que vaga por las calles cuando ya ha oscurecido. Así que le estrecho la mano una vez más.

Ahora

El sábado por la noche, me lo tomo con calma en casa de Dean. Después de lo que pasó el año pasado, he decidido permanecer sobrio y en plena posesión de mis facultades. Por eso llevo casi una hora con la misma cerveza mientras que el resto del mundo está bebiendo como loco y haciendo el ridículo. ¿Eso es lo que ven los demás cuando yo bebo demasiado rápido? Porque, joder, da bastante vergüenza ajena.

Dean solo ha invitado a un puñado de amigos. Jake y Meghan. Tiffani también, claro. Y Jackson y TJ, del equipo de fútbol, que se bajan cervezas a la misma velocidad que yo el fin de semana pasado. Las otras dos personas que deberían estar aquí y no han llegado todavía son Rachael y Eden. Sigo mirando a la puerta de entrada, esperando que aparezcan, pero claramente llegan tarde. A Rachael siempre le lleva una eternidad arreglarse, así que no me sorprende, solo me fastidia.

Estamos todos en la cocina, yo apoyado contra la encimera, pensando en mis cosas y mirando a todo el mundo cuando de repente Dean se me tira encima. La fiesta de la playa es la única en la que se viene arriba, y ya está borracho. Me sonrío animadísimo mientras por su frente caen gotas de sudor.

—Te estás portando bien. Eso me gusta —dice.

Choca su lata de cerveza con la mía y luego se va, y yo me quedo mirándolo inexpresivo. Dean a veces se pone raro.

Dejo escapar un suspiro y me incorporo, me dirijo hacia Tiffani, que se está sirviendo una bebida en la mesa del centro de la cocina. Me acerco a su oído.

—Salgo para echar un pitillo —le digo por encima del ruido de la música.

—Voy contigo —se ofrece, y se vuelve con una sonrisa en la cara.

Se lleva la copa recién servida a la boca y se la bebe entera de un trago mientras cierra los ojos. Cuando se la ha acabado, pone el vaso de plástico en la encimera y lo aplasta con la mano. ¿Qué le pasa esta noche a todo el mundo? ¿Ha ocurrido algo y yo soy el único que no se ha enterado?

Le cojo la mano a Tiffani con mala cara y me la llevo fuera, al jardín. El sol de la tarde todavía pega fuerte y es tan brillante que echo de menos mis gafas de sol. Me apoyo contra el muro de la casa y saco el paquete de tabaco y el mechero. No suelo fumar tabaco, pero esta noche los estoy usando de distracción, ya que intento no beber ni colocarme. Me pongo un cigarro entre los labios y lo enciendo, dando una buena calada. El humo me quema en los pulmones.

—¿Sabes? —dice Tiffani mientras me acaricia el pecho—, la verdad es que estás supersexy cuando no vas pedo.

—¿Sí? —pregunto, y le echo el humo del cigarro en la cara en un intento de que se aparte de mí, pero no surte efecto.

Era mucho más fácil aguantarla cuando no me gustaba ninguna otra chica; ahora parece que los beneficios de estar con Tiffani ya no merecen la pena.

—Bueno, a lo mejor no cuando haces eso —suelta, con gesto de desagrado. Cuando el humo se dispersa, Tiffani se acerca a mí y se me abraza al cuello. Levanta la cabeza para mirarme—. Gracias por ir de tranqui esta noche. No quiero que me avergüences otra vez.

¿Se cree que estoy haciendo esto por ella? ¿Se cree que estoy siendo responsable por una vez solo para no avergonzarla? No. Lo hago por mí, por mi puta salud, para no volver a estar a punto de morir. Por una vez estoy haciendo lo correcto, y lo estoy haciendo por mí mismo, por nadie más.

Fumo en silencio durante unos minutos mientras ella me apoya la cara en el pecho, y luego los dos volvemos la cabeza cuando oímos que la puerta se abre y se cierra. Ambos miramos en esa dirección y, la verdad, no esperaba que fuera Eden quien me devolviera la mirada. Supongo que acaba de llegar. Permanece al lado de la puerta, su postura desprende confianza en sí misma, y si Tiffani no estuviera aquí, yo correría a su lado. Lleva el pelo liso y los ojos y las pestañas muy maquillados. Viste una falda y unas Converse. Está increíble.

—¿Te importa volver dentro? —le ladra Tiffani al momento. Es muy maleducada cuando bebe demasiado, y está a punto de tomarla con Eden—. Y, a ver cómo te lo digo, ¿darnos algo de intimidad?

—Deja de molestarla —exijo, y Tiffani vuelve la cabeza para mirarme.

Normalmente, no se me ocurriría hablarle así, pero me niego a dejar que trate a Eden de esa manera.

Pero, por suerte, ella la ignora por completo. En cambio, señala con la cabeza al cigarro que tengo en la mano, con gesto preocupado.

—¿Qué estás haciendo?

—Tranquila —digo con una pequeña sonrisa mientras me lo llevo de vuelta a la boca—: es un cigarrillo.

Su expresión se endurece mientras junta los labios, brillantes y rosas, en una delgada línea.

—Eso es lo único que vas a fumar esta noche, ¿verdad? ¿Solo cigarrillos?

Doy otra calada mientras la miro. Si Tiffani no estuviera aquí, hablaría con Eden sobre esto. Podría ser yo mismo con ella. Pero Tiffani está aquí, así que me veo obligado a ser Tyler Bruce, a pesar de lo mucho que lo odio.

—Vuelve dentro si lo único que vas a hacer es interrogarme, hermanita —le digo.

Intento enviarle un mensaje cifrado con la mirada, rogando para que se dé cuenta de que solo estoy actuando, y luego aparto la mirada de ella y vuelvo con mi novia, como si no me importara nada. Tiffani se ríe.

—Estamos a punto de jugar a la ruleta de chupitos —comenta Eden, ignorándome y comportándose con normalidad. «Bien —pienso. Eso es lo que tenemos que hacer»—. Así que si queréis uniros, más os vale que entréis.

—¡Yo me apunto! —exclama Tiffani, cambiando de actitud en un abrir y cerrar de ojos.

De repente está radiante y deseando irse con Eden, como si fueran amigas íntimas. Esta pone una cara rara ante semejante cambio.

—¿Vienes con nosotras? —me pregunta Eden, inclinando la cabeza hacia un lado mientras mira cómo doy un par de tragos a la cerveza. Llevo tanto tiempo con ella en la mano que ya está caliente. Y asquerosa.

—Por supuesto —digo bruscamente y poniendo los ojos en blanco.

Odio usar este tono con ella, pero es mi voz de Tyler Bruce. Tiffani, borracha o sobria, sin duda se daría cuenta si le hablara a Eden de una forma diferente que al resto de la gente.

Eden sacude la cabeza, y luego ella y Tiffani se van dentro. ¿Una puta ruleta de chupitos? Van a acabar todos superpedo. Me quedo fuera un rato

más, acabándome el cigarrillo y vertiendo lo que me queda de cerveza en el tiesto de una planta; luego por fin entro para unirme a los demás.

Están todos alrededor de la mesa donde han puesto la ruleta, animándose unos a otros, y yo me quedo detrás de Tiffani sin saber muy bien qué hacer. La verdad es que no quiero participar, pero tengo la sensación de que me pedirán que lo haga al menos una vez. Miro a Eden, que se encuentra al otro lado de la cocina. Está entre Dean y Rachael, y él le ha pasado el brazo por los hombros y le está gritando algo al oído por encima de la música mientras Rachael le murmura algo desde el otro lado. De repente, Rachael la coge de la mano y se la lleva. Las dos desaparecen en el salón y luego las pierdo de vista, y estoy tentado de irme corriendo tras ellas. Rachael puede ser una mala influencia, y no me fío de sus intenciones para con Eden, pero si de repente me pongo demasiado protector, voy a levantar sospechas, así que a regañadientes me obligo a quedarme quietecito donde estoy.

La ruleta de chupitos se desmanda enseguida, cada segundo se ponen y se cogen chupitos a medida que la peña se pone más y más animada y ruidosa. Por cada vaso que coge Tiffani, le lanzo una mirada de desaprobación, pero por una vez, es ella la que me ignora. Dean también está bebiendo demasiado deprisa, y creo que Meghan va a caer redonda antes de llegar a la playa.

—Venga, tú eres el profesional —malmete Jake mientras me pasa el brazo alrededor de los hombros y me pone un chupito en la mano. Tira la mitad del vodka al suelo y me sonrío como si de repente fuéramos otra vez amigos íntimos—. Estar sobrio es un rollo. Bebe.

Lo cierto es que tampoco quiero ir a la fiesta completamente sereno, así que me rindo y me tomo varios chupitos. Incluso abro otras dos latas de cerveza, que me bebo mientras el resto de la gente termina el juego, y para cuando estamos recogiendo y a punto de salir, me siento un poco achispado.

El primo mayor de Dean nos va a llevar a la playa; su furgoneta está aparcada en la calle y él nos espera dentro. Mientras salimos, yo cogido de la mano de Tiffani, me detengo de repente.

—Espera, ¿dónde están Eden y Rachael? —pregunto.

—Yo iré a buscarlas —se ofrece Dean, y se vuelve para entrar en la casa.

Jake y Meghan están en la puerta de entrada, pero Jackson y TJ ya están metiéndose en la furgoneta; Tiffani me aprieta la mano y tira de mí hacia el vehículo. Subimos a la parte de atrás; ella va tan borracha que me pone las piernas por encima y se abraza a mí para no caerse.

—¡Ey, primo de Dean, sube la música! —grita, y el tío le hace caso, aumenta el volumen hasta que retumba en los oídos.

Tiffani empieza a frotarse conmigo mientras baila, pero no le presto atención.

Estoy mirando la casa de Dean cuando Eden y Rachael salen de ella. No sé qué cojones han estado haciendo, pero las dos están hiperpedo. Apenas se mantienen en pie cuando se dirigen hacia nosotros cruzando el césped, la una cogida a la otra, flanqueadas por Dean, Jake y Meghan. Los cinco se meten como pueden en la furgoneta; no hay asientos para todos, así que Rachael se coloca en el regazo de Eden y Dean se apretuja como puede entre Tiffani y yo.

Miro a Eden sin dar crédito mientras ella se ríe en voz muy alta. Nunca la he visto así, y me hace sentir muy incómodo. No me gusta que beba demasiado; luego puede perder el control y lamentarlo a la mañana siguiente, como me pasa a mí siempre. Emborracharse de esta manera no es propio de ella.

Cuando salimos hacia la playa, todo el mundo está animadísimo, dando saltos en la furgoneta y cantando fatal por encima de la música, gritando la letra. Tengo la risa de Tiffani metida en el oído. Jackson va con la ventanilla bajada y el brazo fuera, agitándolo. Jake va grabándonos en vídeo mientras chilla otra broma de mierda de las suyas.

Aprieto los dientes y me vuelvo hacia la ventanilla. Desde el principio, no tenía ganas de venir a esta fiesta, y ahora me pregunto cuánto tardará alguien en vomitar. Siento una mirada en la nuca, así que me vuelvo y me encuentro con que Eden me observa con la cabeza ladeada en medio de todo el jaleo. Nuestras miradas se encuentran, pero lo único que hace es lanzarme una sonrisa amplia y bobalicona. Está muy borracha, y no estoy seguro de cómo se las va a apañar esta noche. No soy capaz de devolverle la sonrisa, porque estoy preocupado. Me vuelvo para mirar por la ventanilla, intentando desconectar de todo el mundo.

El trayecto hasta la playa no es largo, y cuando llegamos al aparcamiento del muelle, la fiesta ya está en marcha. En cuanto Jackson abre la puerta, nos llega el sonido retumbante de la música desde el escenario al otro lado de la playa. Hay un montón de personas llenas de energía, y nunca he visto la orilla tan llena. La gente vaga por todas partes, y salimos de la furgoneta para unirnos a la multitud.

—Si cualquiera de vosotros, idiotas, hace que nos echen, personalmente os daré una paliza —nos avisa Jake mientras todos estamos aún apiñados. Las chicas se ríen por lo bajo—. A menos que sea una chica. Si se trata de una chica, le haré el vacío.

Los nueve nos dirigimos al muelle y bajamos hasta la arena. Me da la impresión de que tengo que estar pendiente de todo el mundo mientras avanzan dando tumbos por la arena, soy incapaz de relajarme por el miedo a que alguien se caiga de morros. Hay un montón de guardias de seguridad por ahí, pero, como siempre, están tan atentos a la actuación del dj en el escenario que en realidad no están haciendo su trabajo. Pasamos por delante de ellos, y ahí es cuando decidimos separarnos. Las chicas se van en una dirección, y nosotros en otra. Aunque me alegra alejarme de Tiffani, me pone nervioso perder de vista a Eden. Pero está con sus amigas. O más bien mis amigas. Y aunque están todas igual de borrachas, seguro que cuidarán de ella. Dudo que en Portland tengan fiestas en la playa de este tipo, así que espero que no le pase nada.

Jake se abre paso entre la multitud, dando codazos a diestro y siniestro para apartar a la gente mientras los demás lo flanqueamos. Intentamos llegar hasta el escenario, pero Dean va tan pedo que solo se mantiene en pie porque no tiene sitio para caerse debido a la cantidad de gente que hay. Le paso el brazo por los hombros, sujetándolo con fuerza.

—Buah —balbucea.

—¿Qué dices, Dean?

—Buaaaaaah —repite.

Madre mía. Quizá debería haberme puesto tan pedo como el resto para no tener que soportarlos, porque ya me veo haciendo de niñera de todos. A TJ lo perdemos a los quince minutos, y yo tengo que andar disculpándome con extraños porque Jake no deja de golpearse con todo el mundo al saltar al ritmo de la música, y también me he de ocupar de levantar a Dean del suelo cada dos por tres y comprobar que no se ha hecho daño. Es un cambio bastante drástico respecto al año pasado, y aunque odio ser el sobrio, al menos estoy orgulloso de mí mismo.

Intento relajarme y disfrutar de la música para pasármelo un poco bien, pero no lo consigo. Estamos en medio de la muchedumbre y todo el rato nos empujan de un lado para otro; los chicos no dejan de gritarme cosas ininteligibles al oído y todos se mueren de risa, salvo yo. Permanezco con las

manos en los bolsillos, comprobando el reloj todo el rato, pero solo llevamos aquí una hora. El sol ni siquiera se ha puesto del todo, así que va a ser una noche muy larga.

Estoy contemplando el escenario cuando, con el rabillo del ojo, veo a Tiffani cerca de mí. Está sola, intentando avanzar entre la multitud, moviendo la cabeza de un lado a otro como si buscara algo. Y sé bien qué es ese algo que busca: yo. La verdad es que no quiero tener que aguantarla ahora mismo. No necesito que se ponga a intentar besarme toda borracha, así que, sin decirles una palabra a los chicos, me vuelvo y me pierdo entre la multitud en dirección contraria a la que Tiffani avanza. Huyo rápido, usando los hombros para apartar a la gente, intentando de forma desesperada alejarme de ella. Me aparto del escenario, hacia la parte de atrás de la multitud, donde empieza a haber menos aglomeración. Aquí se está mucho más relajado, y justo cuando pienso que he escapado de Tiffani, me encuentro con una situación inesperada.

Delante de mí, veo a Eden. Está sola, borracha y llorando. Echo una rápida mirada alrededor, pero no hay ni rastro de Rachael ni de Meghan. El pelo de Eden ya no está liso, sino bastante ondulado y enredado alrededor de los hombros, va envuelta en la sudadera y mira la arena. Tiene las mejillas manchadas de rímel y está descalza. Lleva las Converse atadas a los dedos de la mano. ¿Qué demonios ha pasado?

—Maldita sea, Eden —digo, mientras corro en su ayuda.

¿Por qué demonios está sola y disgustada? Me alegro de haberla encontrado. Quién sabe cuánto tiempo hace que la han dejado así.

—Tiffani te está buscando —gimotea entre lágrimas mientras sube la vista de la arena para mirarme. Tiene los ojos hinchados y trata de secárselos con las mangas de la sudadera—. Tu novia.

Ahora mismo Tiffani no me preocupa. Solo me preocupa Eden. Me acerco y bajo un poco la cabeza para que nuestras miradas estén al mismo nivel.

—¿Por qué demonios estás llorando?

—Todo el mundo ha desaparecido —dice, y le tiemblan los labios mientras su cuerpo parece desinflarse. Echa un vistazo alrededor, a la gente que nos rodea, pero solo consigue perder el equilibrio—. Tiffani, Meghan, Rachael... Y mi teléfono ha desaparecido.

La cojo del brazo para sostenerla, pero sigue tambaleándose un poco, incapaz de fijar la vista en mí.

—¿Cómo de borracha estás? —le pregunto, frunciendo el ceño.

Debería haberme quedado con ella. Sabía que había bebido demasiado. Esta fiesta ha sido una mala idea.

Inclina la cabeza a un lado, las mejillas mojadas le brillan con la luz de los focos desde el escenario.

—¿Estás *tú* borracho?

—Ya no —digo, aunque en ningún momento lo he estado.

¿Cómo demonios arreglo esto? Nunca soy yo el que tiene que cuidar borrachos, porque siempre soy yo el despojo que necesita que lo cuiden. Bajo la vista hacia la arena. Hay latas aplastadas por todas partes, y me sorprende que Eden aún no se haya cortado con alguna. Cojo sus zapatillas, deshago los nudos con los que se las ató a los dedos y las dejo caer en la arena frente a ella.

—Póntelas —ordeno. Uso una voz estricta y firme—. Hay basura por todas partes. —Eden se calza al instante, y a pesar de que hace solo un segundo estaba llorando, me sonrío—. Tu padre te va a matar —farfullo más para mí que para ella.

A Dave le daría un ataque al corazón si viera a su hija en semejante estado. De ninguna manera puedo llevarla así a casa, pero tampoco me parece correcto dejar que se quede aquí.

De repente, se escapa, haciendo piruetas sobre la arena hasta quedar a una pequeña distancia de donde estábamos. Se para y se vuelve hacia mí, con expresión juguetona. Ay, Dios. ¿Qué va a hacer? La miro atentamente, intentando adivinar cuál será su próximo movimiento. Cuando ve un hueco entre el gentío que nos separa, se tira a la arena y da una voltereta hacia mí, pero lo hace de forma tan patosa que acaba hecha un ovillo raro de piernas y brazos. Todo el mundo nos está mirando y se ríen y ponen los ojos en blanco.

—Levántate del suelo —mascullo, agachándome para cogerla del brazo. La vuelvo a poner de pie y le echo una mirada de desaprobación. No es gracioso—. ¿Qué te acabo de decir sobre la basura?

—Esta playa me encaanta —dice con lengua de trapo, y, de repente, ha pasado de llorar como una Magdalena a sonreír encantada. Debe de haberse mareado, porque otra vez se desestabiliza, y le sujeto los hombros con ambas manos. Ahora no me voy a separar de ella, la tengo cogida, no voy a dejarla caer—. ¡El verano que viene voy a volver solo a esta fiesta!

—¿Vas a volver el próximo verano? —pregunto rápido.

No me había parado a pensar en ello hasta ahora. Se me sigue olvidando que en un par de semanas, Eden regresará a su casa. Ojalá no tuviera que irse.

—No lo sé —contesta, encogiéndose de hombros de forma rara, ya que se los tengo agarrados—. Depende de si papá quiere que vuelva o no.

—Espero que sí —digo. Y para mí: «Por dios, Dave, invítala, coño»—. Yo al menos sí quiero —añado en voz bajita.

Su cara se ilumina con una sonrisa e intenta desasirse de mí, lanzándose a lo que parecen ser movimientos de baile. Ni tan siquiera va sincronizada con la música, y cuando miro alrededor otra vez, todavía veo a gente riéndose.

—Estás llamando la atención —le susurro al oído. Le aparto las manos de los hombros y se las pongo en la cintura, cogiéndola firmemente e intentando mantenerla lo más estable posible para que no se caiga—. Vas a hacer que nos echen a patadas.

—Pero ¡Si tengo veintiuno! —grita entre risas, y aún se vuelven más cabezas hacia nosotros.

—Ay, Dios mío —musito, y deajo escapar un quejido.

La cosa se está poniendo fea, tengo que pensar rápido una manera de llevármela de aquí. Cierro los ojos un segundo, pasando revista a mis opciones, y me doy cuenta de que no tengo muchas. Tomo aire mientras abro los ojos, y luego me inclino a toda velocidad, la cojo por las piernas y me la pongo a caballito. Me enderezo otra vez y empiezo a caminar cargado con ella entre la multitud.

—Tienes que espabilarte, coño.

Eden apoya la cabeza en mi hombro y se abraza a mi cuello, agarrándome tan fuerte como yo a ella. Enrosca las piernas alrededor de mi cintura y noto su pesada respiración en el cuello. Ojalá supiera que está poniéndome cachondo, pero intento centrarme en la situación actual, que es asegurarme de que esté bien.

Ni siquiera sé hacia dónde me dirijo, pero me encuentro a TJ entre la multitud. Parece incluso más borracho que en casa de Dean, y no entiendo cómo es posible, teniendo en cuenta que ninguno de nosotros ha bebido nada en las últimas horas. Tiene a una tía a cada lado, ambas mucho mayores que él y superatractivas, y está charlando con ellas. Normalmente, no interrumpiría en una situación así, pero sé que tiene un apartamento por aquí cerca.

—Troy-James —grito para llamar su atención.

Me acerco a él, a la carrera, aún llevando a Eden a caballito. Está prácticamente estrangulándome, pero no me importa.

—¿Qué pasa? —dice TJ. Tiene a las dos chicas cogidas por la cadera y me sonrío con ojos achispados.

—Necesito tu apartamento —le explico sin perder tiempo. Es una petición rara, lo sé, pero me hace falta ayuda desesperadamente—. Sigues viviendo en la avenida Ocean, ¿no?

—Hermano —responde TJ inseguro. Mira a las chicas con las que está, las dos pegaditas a él, y parece indeciso. Tengo la sensación de que podría querer el piso para él—. ¿Cuáles son tus planes, tío?

Hago un gesto con la cabeza hacia atrás, señalando a Eden. No ha dicho una palabra desde que la cogí, así que ni tan siquiera sé si sigue despierta o se ha quedado grogui.

—Espabilarla —explico a TJ, y mi expresión es de perrillo apaleado, esperando simpatía—. Su padre la matará si llega a casa así.

—Tío, me estás fastidiando un poco los planes —murmura, abriendo mucho los ojos como para que me dé cuenta.

Hace una mueca y, de forma sutil, señala con la cabeza a las dos chicas.

—Mi apartamento está libre —ofrece una de ellas, y de repente, los rasgos de TJ se relajan y me tira las llaves de su casa sin pensárselo dos veces.

—Déjalas debajo del felpudo —me pide.

Y esas son todas las reglas, así que le doy las gracias a toda velocidad antes de que vuelva a coger a las chicas y se las lleve.

Creo que me acuerdo de dónde está el apartamento. Es justo al otro lado de la calle que queda frente al mar, la que da a la playa, de modo que cojo fuerzas y empiezo a caminar en esa dirección. Yo no quería venir a esta fiesta, así que no me importa irme de ella con Eden. Tengo que conseguir que se espabile y asegurarme de que no le pase nada.

—¿Por qué vamos a su apartamento? —la oigo murmurar en mi oído cuando llevamos un rato caminando y nos alejamos de la fiesta. Sigue despierta, buena señal. En realidad no quiero que se quede grogui y se duerma ya—. Y ¿cómo es que tiene uno?

—Porque aquí solo estás haciendo el ridículo —le explico con una pequeña risa. Conozco la sensación, porque yo me paso la vida emborrachándome y haciendo el ridículo. Por eso no puedo enfadarme demasiado con ella—. Y sus padres son, cómo decirte, millonarios. Le

compraron un apartamento aquí cuando cumplió dieciséis años. ¿Quién demonios hace eso?

—Los millonarios —contesta, y los dos nos reímos.

Sigo alejándome de la playa, pero es como si la música nos persiguiera. Todavía podemos oír que la fiesta continúa sin nosotros, y me pregunto si alguien se dará cuenta en algún momento de que nos hemos ido. Están todos tan borrachos que seguro que no. Eso es bueno. Lo último que necesito es que Tiffani me busque como loca, así que espero que esté suficientemente entretenida con la música y las luces.

—Me puedes bajar, ¿sabes? —dice Eden, y empieza a moverse como si quisiera soltarse de mi espalda.

—¿Qué, para que te atropelle un coche? De ninguna manera —me niego.

La cojo con más fuerza mientras atravesamos la avenida Ocean aprovechando que no pasan coches.

—Te estás perdiendo el resto de la fiesta —murmura. Como si me importara la maldita fiesta.

No me fío de que, tal como está, no vaya a hacer cualquier estupidez, así que la sigo llevando a caballito hasta el apartamento de TJ. Cuando llegamos a la entrada, la dejo en el suelo con cuidado, y parece que tiene todavía menos equilibrio que en la playa.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto mientras meto las llaves en la cerradura.

Está dura, así que tengo que intentarlo un par de veces antes de conseguir que se abra.

Eden mira hacia abajo y se arrebujaba en la sudadera.

—Avergonzada.

La cojo del codo y la llevo dentro, y en cuanto cerramos la puerta dejamos de oír la música de la fiesta.

—Todos hemos estado así alguna vez —le digo en un intento de hacerla sentir mejor.

Somos jóvenes. Emborracharse demasiado y hacer el ridículo es casi un rito de iniciación.

—¿Como tú el año pasado? —pregunta Eden, y me detengo de pronto en medio del vestíbulo.

La miro, pillado por lo súbito de esa acusación. ¿Y ella cómo lo sabe? Alguien le ha contado lo que sucedió el año pasado, el mal viaje que tuve.

Pero no creo que lo diga para molestarme, porque se está mordiendo el labio con expresión culpable como si lamentara haberlo dicho. Por eso, decido seguir caminando como si nada, sin hablar sobre ello. Solo sacudo la cabeza y la cojo de la mano. La meto en el ascensor y le doy al botón del segundo piso.

—206 —digo en alto mientras compruebo otra vez el número del apartamento en las llaves de TJ.

Sigo agarrando a Eden de la mano, y la llevo por el pasillo del segundo piso hasta que llegamos a la puerta del apartamento. Abro y la guío dentro.

Ya había estado aquí, pero solo de fiesta. Es muy diferente verlo cuando estoy sobrio y cuando no está hecho un desastre. Se me había olvidado que tenía estos ventanales tan alucinantes que bordean todo el salón y dan a la playa. Se pueden ver las luces del muelle, y la noria Pacific brillando mientras el sol se pone, a lo lejos, por detrás de ella. Eden debe de estar alucinando con las vistas, porque está quieta, con la vista fija en los ventanales y completamente en trance.

Voy a la cocina a buscar un vaso de agua para Eden y vuelvo con él.

—Ten —le ofrezco amablemente en voz baja para no sacarla de su estado. Cuando se vuelve para mirarme, le pongo el vaso en la mano—. Bébetelo. Ahora.

Me sonrío agradecida mientras se lleva el vaso a los labios y se bebe el agua. Hemos estado más de una hora en la playa, al sol, y me da la sensación de que Eden no se ha parado en ninguno de los puestos de refrescos para evitar deshidratarse.

—Siéntate —le indico, cogiéndole el vaso vacío de la mano.

Le señalo el sofá que está detrás de ella. No estoy muy seguro de lo que tengo que hacer, pero conseguir que se siente parece una buena estrategia para empezar. Le pongo la mano en el hombro, la llevo hacia el sofá y la siento.

—Qué bonito es —murmura mientras vuelve a mirar a través de los ventanales, a la preciosa Santa Mónica, que se extiende ante nuestra vista. Se hunde en los cojines, y la puesta de sol ilumina su cara con una luz naranja—. ¿No crees?

—Desde luego —confirmo mientras camino de vuelta a la cocina. Le lleno otro vaso de agua del grifo y se lo llevo, luego me seco las manos en los vaqueros. Está sentada de piernas cruzadas en el sofá, y la verdad es que no

sé qué hacer ni dónde ponerme, así que me siento a su lado—. Tienes que dormir la mona —le digo mientras la observo beber con ansia el vaso de agua.

Intento pensar en todas las cosas que la gente me aconseja que haga cuando soy yo el que va demasiado pedo, y normalmente, me obligan a beber agua y a dormir. No creo que funcione, al menos a mí nunca me ha solucionado nada, pero estoy dispuesto a probar cualquier cosa con Eden.

—Venga —le digo, cogiéndole amablemente el vaso de agua y poniéndolo en la mesita del café. La tomo de la mano y entrelazamos los dedos mientras me levanto y la arrastro conmigo. Por si acaso pierde el equilibrio otra vez, le agarro la cintura con la otra mano—. ¿Estás bien?

—Sí —confirma.

La llevo por el apartamento, aún de la mano, hasta el dormitorio de TJ. Por suerte, lo tiene ordenado, y Eden parece desesperada por tirarse en la gigantesca cama que hay en el centro de la habitación, porque ya está quitándose las zapatillas. No sé por qué, pero me descubro poniéndole las manos bajo las piernas y levantándola en brazos, como a una niña. Ella vuelve a rodearme con las piernas y se abraza a mis hombros con el pecho pegado al mío. La llevo hacia la cama y, con delicadeza, la poso sobre el colchón. Camino alrededor de la cama, arreglando las sábanas, arropándola.

—Te voy a buscar más agua —le digo.

El silencio del apartamento está empezando a parecer raro, no porque estemos incómodos, sino porque estamos solos, y sigo sin tener ni idea de qué es lo que estoy haciendo. Solo sé que me alegro de ser yo el que la esté cuidando y no cualquier otro.

Voy al salón, cojo su vaso de la mesita y lo lleno otra vez en la cocina. Quizá antes estuviese un poco borrachillo, pero ahora estoy completamente sobrio. No creo que Eden haya bebido más desde que salimos de casa de Dean, así que no se puede poner peor. A partir de ahora, solo puede mejorar.

—Aquí tienes —le digo cuando vuelvo al dormitorio, y Eden se sobresalta con el sonido de mi voz. Ha puesto una de sus pestañas postizas en la mesilla de noche, y reprimo la risa cuando coloco el vaso de agua al lado—. Agua y dormir: la única manera para volver a estar sobria y para minimizar tu resaca lo máximo posible —le cuento riendo.

Espero desdramatizar un poco para que ella no acabe odiándose mañana.

—Deberías seguir tu propio consejo a veces —me recomienda mientras

cierro las cortinas para aislarla de las brillantes luces del muelle—. La próxima vez que estés borracho, voy a cantar «agua y dormir, agua y dormir».

Le sonrío mientras me doy la vuelta sacudiendo la cabeza. Dios, me encanta esta tía.

—Duerme un poco, Eden —le digo con suavidad.

Ella se ríe, con una risa cálida y amable, mientras se mete bajo las sábanas, ahueca la almohada y por último se tapa hasta la barbilla. Se queda de espaldas, acomodándose, así que me dirijo a la puerta, dispuesto a darle la privacidad que necesita para dormir la mona, pero remoloneo sin decidirme a salir. ¿Quiere que me vaya o que me quede? ¿Debería dejarle espacio o permanecer aquí para cuidar de ella?

—¿Vas a volver a la fiesta? —pregunta, levantando la cabeza.

—No lo sé —admito. Miro al suelo. Tyler Bruce no se va pronto de una fiesta—. Quiero decir, probablemente Tiffani me estará buscando por todas partes.

—Ya —contesta Eden, y casi puedo oír su corazón romperse.

—Te dejo dormir —digo mientras le echo una última mirada.

Le sonrío para que sepa que estoy aquí, cuidándola, que me preocupo por ella.

Se hunde más en la almohada y da una vuelta, llevándose las sábanas con ella. Salgo de la habitación, aunque en realidad no quiero hacerlo, y cierro la puerta tras de mí. El apartamento está en silencio y me quedo parado fuera del dormitorio sin saber qué hacer. Cierro los ojos con fuerza y poso la frente contra la puerta mientras exhalo.

Volver a la fiesta es la opción más cobarde. ¿De verdad me importa lo que piense la gente de mí? ¿En serio voy a volver a una fiesta solo para demostrarle a todo el mundo que me encanta estar allí? Soy demasiado fuerte para rebajarme de esa forma, claro que sí. No necesito la aprobación de nadie. No necesito que nadie piense que estoy bien.

Que se joda Tyler Bruce. Odio a ese tío. Por primera vez, pienso que existe la posibilidad de que yo me guste más que él. Me mola la persona que soy con Eden, pero cuando estoy con ella, solo soy yo. El yo de verdad, el que tiene secretos e inseguridades y subidones y bajones.

A la mierda la fiesta. No me voy a ningún sitio. Me quedo aquí con Eden, porque me importa más ella que lo que mis amigos piensen de mí.

Abro la puerta y vuelvo al dormitorio en penumbra. Eden ya está dormida, porque ni se mueve. Me siento en el suelo delante de la ventana y apoyo la cabeza contra la pared mientras miro a Eden. Ojalá supiera que estoy aquí, que no me he ido. Me pienso quedar aquí sentado mirándola durante horas si es necesario, simplemente para asegurarme de que está bien.

Creo que ese es el momento en el que me doy cuenta de que estoy enamorado de ella.

Hace cinco años

El agente González no me lleva a casa. No sabe dónde vivo. Y yo no se lo pienso decir. Así que me ha llevado a un sitio todavía más terrorífico: la comisaría. Me hace lamentar haber accedido a subirme al coche con él.

En la oficina hay un teléfono que no deja de sonar. El aire huele a café. Hay agentes que van de un lado a otro entre las mesas. Estoy sentado en una hilera de sillas pegada a la pared de la parte de atrás, apretando ansioso la botella de agua que el agente González me ha dado, mientras paseo la vista por el lugar, tratando de tomar nota mental de todo lo que veo. Hice lo que pude. Me negué a decirles mi apellido. Pero uno de los abogados que están aquí conoce a mi madre y ha revelado mi identidad.

Lo que significa que a estas alturas mis padres han recibido la segunda llamada del día relacionada conmigo. Primero del director Castillo, y ahora del agente González. Y si no les gustó nada la llamada del cole, menos les va a gustar aún esta de la policía. En un solo día, me he descarrilado completamente, ni yo puedo explicar qué me pasa. Mamá va a estar muy decepcionada, y papá, muy furioso.

—Bueno —dice el agente González cuando aparece otra vez. Se sienta a mi lado con una taza de café humeante y le da un buen sorbo. Vuelvo la cabeza para mirarlo—. Tienes suerte. Tus padres ni se dieron cuenta de que te habías perdido, así que no se han pasado la última hora volviéndose locos de preocupación. Llegarán enseguida.

Miro al suelo. Me duele el estómago de lo nervioso que estoy. No tenía que haberme parado al lado de aquel árbol de las narices. Tenía que haber seguido andando. Tenía que haber cogido un autobús. Tenía que haberme ido de la ciudad para siempre.

—¿Estás bien? —pregunta el agente González cuando ve que sigo callado.

Y la verdad es que no, para nada. Pero ¿cómo se lo digo? Me siento muy débil, me duele el cuerpo, la cabeza me da vueltas y las lágrimas que amenazan con derramarse me nublan la visión. Tengo tanto, tanto miedo... Levanto la vista y la dirijo a él. Me mira, y yo le ruego mentalmente que me mire de verdad, como debe, para que pueda ver el miedo y la angustia que siento, para decirme que todo va a salir bien, que va a protegerme. Quiero confesarle la verdad, pero no puedo encontrar las palabras que expliquen lo destrozado que estoy.

Pero la verdad está en mis ojos. Estoy contándola. Lo estoy intentando.

Estoy destrozado, sufriendo una barbaridad y completamente aterrorizado.

Pero no lo ve. No dice nada de nada.

Aparto la mirada, luchando por contener las lágrimas, y vuelvo a bajarla al suelo.

—Estoy bien —contesto.

—Voy a echar un ojo, a ver si ya han llegado tus padres —dice el agente González.

Me da una palmada tranquilizadora en el hombro mientras se levanta; luego se dirige afuera, sorbiendo el café, saludando con la cabeza a los colegas con los que se cruza al salir de la oficina.

Me recuesto en la silla, cerrando los ojos con fuerza, y me llevo las manos a la cara. Me encojo de pánico; luego me paso las manos por el pelo. Tiro de él con frustración. Estoy tan enfadado, tan perdido... ¿Cómo voy a solucionar ahora este desastre? Cada día que pasa, mi vida parece más fuera de control. Cada día, me siento más desesperanzado, me vuelvo más débil.

Solo quiero que se acabe.

Quiero que papá pare.

Estoy cansado de mentir. Estoy cansado de protegerlo. Cansado de fingir que estoy bien.

Pero no soy capaz de encontrar las palabras que pongan fin a esta situación.

—¡Tyler! —oigo la voz de mamá desde la distancia, pero en realidad está aquí al lado, porque de repente me está abrazando y acercándose a ella, apretándose fuerte como si tuviera miedo de que fuera a desaparecer otra vez —. ¿En qué estabas pensando?

Abro los ojos, medio asfixiado por el abrazo de mamá, que me está dando

besos en el pelo. Intento mirarla con el rabillo del ojo, pero es imposible verla de lo cerca de mí que está, así que me quedo quieto. Levanto la mirada para ver la expresión de papá, pero no está aquí. Ansioso, paseo la vista por toda la oficina buscándolo, pero mamá ha venido sola.

El agente González nos mira con atención, con los brazos cruzados de forma relajada, y asiente como dándome ánimos.

—Andaba por Wilshire, en la calle Doce —explica—. Vi a un chico parado al lado de un árbol y pensé que sería mejor acercarme a ver qué pasaba. Y resulta que estaba preocupado por si estabais enfadados con él por la pelea en el colegio. —Deja escapar una pequeña risa—. No me di cuenta de que era tu hijo.

—Ay, Tyler —suspira mamá, exhalando largamente.

Suelta un poco su abrazo y se inclina hacia atrás, cogiéndome con cuidado la cara con ambas manos, acariciando mis moratones con la punta de los dedos. Parece que está peor que antes. Más preocupada, más estresada. Abre mucho los ojos mientras me mira.

—Nunca más vuelvas a hacer algo tan estúpido.

Miro al suelo y hago un pequeño gesto de asentimiento. No quería enfadarla otra vez. Ahora me siento aún más culpable. Hoy es oficialmente el peor día de todo el año, y solo quiero que mamá me lleve de vuelta a casa para meterme derechito en la cama y dormir lo que queda de noche.

—Gracias por recogerlo —dice mamá cuando se levanta y se vuelve para mirar al agente González.

Le estrecha la mano y luego me coge suavemente del hombro. Es el momento de irnos, así que cojo la mochila del suelo y me levanto.

—Nada de volver a pelearse en el colegio, ¿de acuerdo, Tyler? —me dice el agente González con una sonrisa burlona.

Yo lo miro y, aunque todavía me parece agradable, creo que podía haberlo sido más. Creo que me podía haber ayudado. Ojalá hubiera sabido decirle cómo.

Mamá me lleva por la oficina de vuelta hacia el vestíbulo. Va saludando con pequeños gestos de la cabeza a algunos de los agentes y detectives que conoce, pero, desde luego, no se para a hablar con nadie. Casi parece avergonzada, porque su paso es mucho más rápido de lo que suele ser, y se da prisa en llevarme hasta la entrada y salir de allí. Una vez que la puerta se

cierra, mamá se para y da un paso hacia mí, agachándose para quedar a mi altura. Me coge las manos.

—Tyler —dice con severidad, buscando respuesta en mi cara—. ¿Por qué has hecho esto? ¿Qué te pasa?

—Papá y tú estabais enfadadísimos conmigo —admito en voz baja, mirándome las manos, que ella sostiene. Intento apartarlas, pero mamá las retiene. No quería preocuparla.

—Por supuesto que estábamos muy enfadados. ¡Te metiste en una pelea, Tyler! —Cierra los ojos, echa la cabeza hacia atrás y deja escapar un suspiro de frustración. Se queda callada unos segundos, como si estuviera pensando, y luego abre los ojos y me mira con una pequeña sonrisa—. Estoy segura de que, a medida que crezcas, habrá mil cosas por las que me enfadaré mucho contigo. Soy tu madre. Es mi trabajo. No significa que no te quiera, y tampoco que debas escaparte, ¿de acuerdo? —Me aprieta las manos otra vez.

—De acuerdo —digo. Trago saliva y me atrevo a preguntar—. ¿Dónde está papá? —Me alivia que no haya venido, pero también me preocupa que la razón sea que está demasiado enfadado para mirarme.

—En casa con tus hermanos —dice mamá mientras me suelta las manos y se yergue—. No sabe lo que ha pasado, así que vamos a guardar esto en secreto. Le dije que habías ido a casa de Dean, así que tampoco está de muy buen humor al pensar que te has marchado sin decirnos nada, pero al menos no conoce el motivo real. Ya sabes lo protector que es.

La miro. ¿Protector? Papá es la persona de la que necesito que me protejan. Está claro que mamá no tiene ni idea. Que es lo que quiero, supongo. He intentado con tanto empeño mantenerla al margen, esconderlo todo, protegerla... Lo estoy haciendo bien, según parece, pero es demasiado difícil. Estoy dejando que me hagan daño para proteger a mi familia, pero si contara la verdad, los haría polvo. Haga lo que haga, parece que no puedo ganar.

—Mamá —empiezo mientras ella busca en el bolso las llaves del coche.

Me echa una rápida mirada de lado, enarcando las cejas para mostrar que me escucha. Pero no sé qué decir. Cada vez que pienso que podría tener la valentía de contar la verdad por fin, las palabras se me quedan atascadas. No puedo confesarlo. No puedo admitirlo. Así que, igual que hice con el agente González, me decido por el camino más fácil. Le digo:

—Estoy cansado.

—Bien —dice mamá—, porque en cuanto lleguemos a casa te vas a ir derecho a la cama.

Se me rompe el corazón. Ni tan siquiera mi propia madre es capaz de oír el dolor en mi voz, ni verme la angustia en los ojos, ni los moratones en todo el cuerpo. Incluso cuando quiero que lo haga.

Ahora

Vigilo a Eden durante horas, escuchando su suave respiración mientras duerme. He vuelto a abrir las cortinas y estoy apoyado contra la ventana, viendo cómo la fiesta sigue sin nosotros. Es más de media noche, pero todas las luces siguen encendidas, aún más brillantes ahora, en la oscuridad. Todo el mundo lo está pasando en grande al lado del escenario. Y, aunque muy apagada, aún oigo la música.

Percibo un movimiento detrás de mí, y vuelvo la cabeza para mirar hacia la cama. A través de la penumbra, veo a Eden revolverse. Se aparta las sábanas y se da la vuelta, y empieza a dar suaves manotazos buscando a tientas el vaso en la mesilla de noche. Se incorpora apoyándose en un codo y se bebe el agua como si llevara semanas sedienta. Sé cómo se siente uno cuando se levanta la mañana después.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto amablemente.

Eden deja de beber y sube la cabeza, pasea la mirada sorprendida por la habitación hasta que da conmigo en una esquina. Me mira durante unos segundos y finalmente dice:

—Mejor, ¿qué hora es?

—Las tres —respondo. Vuelvo a echar un vistazo por la ventana y dejo escapar una pequeña risa—. La fiesta todavía sigue a tope.

Cuando se hace visible en la oscuridad, noto que tiene las ceño fruncido.

—¿No regresaste?

—No —le digo. ¿De verdad pensaba que iba a irme y dejarla aquí sola?—. Me preocupaba que vomitaras o algo —admito, y mi voz se vuelve más tenue—. Además, probablemente era mejor que me mantuviera alejado de todo eso.

El año pasado sobre esta hora, estaba en casa de Tiffani, probablemente sufriendo como un condenado sin tener ni idea de lo que me estaba pasando. Parece que perdí por completo la consciencia, pero por lo que mis amigos me han contado sobre esa noche, debió de ser bastante horrible. Ha pasado un año, y parece que sigo sin aprender. Todavía quedo con Declan para pillarle un par de veces por semana.

—¿Qué te pasa? —pregunta Eden mientras se incorpora en la cama.

—Nada —miento, llevándome las rodillas al pecho y posando los codos en ellas mientras junto las manos. Me he abierto con ella otras veces, pero esto es algo de lo que realmente no me apetece hablar. No quiero ni imaginar lo que pensaría de mí.

—Sé que te pasa algo —dice, y toma otro sorbo de agua mientras me mira por encima del vaso. Pregunta otra vez, con firmeza—. ¿Qué te pasa, Tyler?

—Es solo que... —intento, pero no soy capaz de seguir.

Me hundo de hombros abatido. No tengo valor para contárselo. Me da miedo.

—¿Solo que qué? —me presiona ella.

—En esta época el año pasado... —empiezo, pero es todo lo que alcanzo a decir.

No puedo contarle que fui un idiota, que casi me mato porque estaba buscando un subidón que me hiciera aguantar hasta el día siguiente.

—Perdiste el conocimiento —termina por mí, y subo rápidamente la vista desde el suelo para mirarla. Así que sí lo sabe, y ahora está claramente sobria, porque esta es la Eden que conozco. La que me dice la verdad sin miramientos—. Me lo ha dicho Rachael. Te desmayaste por culpa de las drogas.

Trago saliva intentando deshacer el nudo que tengo en la garganta y me levanto, luego meto las manos en los bolsillos mientras me reclino contra la pared.

—Acábate el agua —musito.

Se lleva otra vez el vaso a la boca y se lo termina rápidamente; luego lo deja en la mesilla de noche antes de salir de la cama y ponerse en pie. Da un par de pasos indecisos hacia mí y me pregunta en voz baja:

—¿Por qué lo haces?

Precisamente esta noche me apetece menos que nunca volver a ese tema otra vez. Eden no deja de presionarme para obtener una respuesta a esa

pregunta, pero es que yo aún no soy lo suficientemente fuerte a nivel emocional para poder darle esa respuesta.

—¿Por qué me preguntas eso otra vez? —murmuro mientras saco las manos de los bolsillos. Es un tema tan delicado para mí que ya me estoy poniendo de malas.

—Porque quiero la verdad —dice Eden.

—Ya te he dicho la maldita verdad —le suelto, y acabo crispando los puños. Intento contener la furia que está apareciendo—. Hago lo que hago para distraerme.

—¿De qué? —pregunta, pero alza la voz, incapaz de esconder su frustración. Creo que esto es lo que lleva todo el verano tratando de averiguar, y no va a parar hasta descubrir la verdad—. Eso es lo que quiero saber, Tyler. Quiero saber por qué necesitas todas esas distracciones de mierda.

—Las distracciones lo hacen todo más fácil —digo entre dientes.

Estaba muy calmado antes, lo tenía todo bajo control, y detesto ver que ahora me estoy perdiendo. Pero no estoy enfadado con ella. Solo me cabreo cuando me veo obligado a enfrentarme a la verdad.

—Hacen ¿qué más fácil?

Aprieto los dientes y me quedo callado, mientras la miro fijamente.

—Eden, déjalo —pido despacio y con voz firme.

Espero que se dé cuenta de la súplica que hay en mi expresión. De verdad que no quiero meterme en este tema.

—Que deje ¿qué? —pregunta dando otro paso hacia mí.

—Deja de intentar descifrarme —le ruego, pero el pulso ya se me ha acelerado.

La miro a los ojos y rezo por importarle lo suficiente como para que no me haga pasar por esto. Si adivina la verdad sobre mí, sabrá lo destrozado que estoy por dentro.

—Tyler —dice—, ¿49ers o Chargers?

No jodas que la tía va y cambia de tema así. De preguntarme por qué me drogo a cuál es mi equipo de fútbol favorito... Flipo. Pero me agarro a un clavo ardiendo.

—¿Qué clase de pregunta estúpida es esa? 49ers.

El rostro de Eden se cubre de sorpresa: la boca se abre, los ojos se agrandan.

—Vi una foto en casa de Dean —dice despacio, en voz baja, ronca—. Salíais tú, él y vuestros padres después de un partido de los 49ers. Si eres fan, ¿cómo es que parecía que no quisieras estar allí?

La miro con expresión petrificada. Sé exactamente de qué foto está hablando. Es la misma que vi en el garaje de Dean a principios de esta semana, la que desencadenó en mí todo ese torrente de emociones.

—Dean tenía que haber quitado esa foto—. No sé qué más añadir.

—Responde la pregunta —exige—. ¿Qué pasaba ese día?

Está claro que no va a dejarlo ir. Me pregunto si miró esa foto con la suficiente atención como para ver la expresión de dolor que tenía en la cara. Era un dolor mucho más grande que el de cualquier herida que papá pudiera hacerme. Esa noche tenía el corazón roto. Me sentía un despojo. Estaba destrozado por dentro.

No puedo mirar a Eden, porque esas mismas emociones me están golpeando otra vez con demasiada fuerza. Sigo roto. Me alejo de ella, cojo el vaso vacío de la mesilla de noche y lo aprieto fuerte en la mano, intentando soltar parte de la furia que me embarga. Me detengo junto a la ventana, mirando las luces de fuera. Mi vida es un desastre.

—¿Qué pasa contigo, Eden? —murmuro. Tengo la cabeza agachada y los ojos cerrados, me pongo de espaldas a ella—. No tienes que desciframe. Nadie puede.

—Tyler —susurra Eden, y mi nombre suena desesperado cuando lo dice. Despacio, vuelvo la cabeza para mirarla y veo que su mirada es amable pero intensa; tiene la mano en el pecho—. Confía en mí. Por favor.

Vuelvo a llevar la vista al suelo y cierro los ojos otra vez. Quiere saber a toda costa, pero a mí me aterroriza mostrarle mis secretos más ocultos. Nunca se los he contado a nadie. Llevo cinco años arrastrando el peso de este secreto y no soy capaz de deshacerme de este lastre. Se ha convertido en una parte de mí.

—No me obligues a contártelo.

Eden se interpone entre la ventana y mi cuerpo. Se acerca a mí y, cuidadosa, me pone una mano en el pecho; siente cómo el corazón me late desbocado. Me mira.

—Por favor —susurra.

Y puedo ver en esos chispeantes ojos de color avellana que se preocupa por mí, que está desesperada por saber la verdad porque quiere entenderme

mejor. Siempre he mantenido en secreto la verdad sobre mi padre porque me preocupaba que la gente nunca me volviera a mirar de la misma manera. No quería compasión, no quería simpatía. Quería pasar página, mostrar que estaba por encima de todo lo que papá me había hecho, que él no me definía. No quiero volver a ser vulnerable, pero hay algo en Eden que me hace sentir seguro, me convence de que ella se encargará de que todo esté bien, de que yo esté bien.

—Mi padre es un capullo —susurro, y solo las palabras ya me duelen. Se me rompe la voz y el corazón se me acelera tanto que me da miedo que pueda darme un ataque. De verdad estoy a punto de soltarlo. A punto de contarle a Eden la verdad—. Les he dicho a todos que está en la cárcel por haber robado un coche. Eso no es verdad. —No puedo mirarla porque estoy a punto de decir las palabras que me romperán. Tengo la mandíbula apretada y la vista fija en la pared, parpadeando rápido para evitar que surjan las lágrimas. Luego, tan bajito que es casi inaudible, añado—: Está en la cárcel por maltrato infantil.

Eden se queda pálida, y cierro los ojos. Noto que se me retuerce el corazón mientras la oigo tomar aire con dificultad.

—¿A ti? —pregunta, la voz como un crujido. Asiento con la cabeza, pero sigo con los ojos cerrados. Me pican; la garganta se me cierra. Eden deja escapar el aire—. ¿Jamie y Chase?

—Solo yo —aclaro. No podría con ello si no hubiese sido así.

—Tyler, yo... —A ella también se le rompe la voz y se le vuelve más ronca. Pero su mano sigue en mi pecho, recordándome que está aquí conmigo—. Lo siento tanto... —susurra.

Y ahí está: compasión. No la necesito.

—Me esfuerzo para llevarlo en secreto —murmuro mientras vuelvo a abrir los ojos. Eden está pálida y tiene los ojos muy abiertos y brillantes de lágrimas, pero esto es justo lo que no quería. Me aparto y ella deja caer la mano—. Nadie lo sabe. Ni Tiffani, ni Dean, ni nadie.

—¿Por qué no se lo has contado?

—Porque no quiero dar lástima —contesto con brusquedad. Noto que me vuelve el enfado, lo siento abrirse paso en el pecho y apretarme el corazón. Me alejo de Eden y me agarro al borde de la mesilla de noche para no caerme—. La lástima es para nenazas. No quiero parecer débil. Estoy harto de ser débil. —Odio tanto a papá... ¿Por qué me hizo esto? ¿Por qué me arruinó la

vida? Se me descontrola la rabia y le doy un puñetazo a la mesilla de noche. Deberían dolerme los nudillos, pero ya no siento el dolor—. Eso es lo que siempre he sido. Un puto pusilánime.

—No eras débil —dice Eden, negando con la cabeza—. Eras un niño.

Se equivoca. Sí que era débil. Debería haber sido más fuerte, debería haberle plantado cara, debería habérselo contado a alguien. Cruzó la habitación hecho una furia y me apoyo contra la pared, me dejo caer al suelo y cojo aire.

—¿Sabes?, en realidad no lo entendí durante un tiempo —admito pasado un rato, cuando la furia se ha disipado. Necesito contarle más cosas. Necesito abrirme al menos una vez, aunque solo sea un poco. No puedo confesarlo todo, pero sí lo suficiente—. Nunca entendí qué era lo que hacía mal.

Eden se sienta en la alfombra delante de mí, con las piernas cruzadas y en silencio. Me está escuchando, y por primera vez me doy cuenta de que eso es todo lo que necesito. Quizá mamá tenga razón. Quizá hablar con alguien sí me ayude.

—Mi padre y mi madre... —empiezo, pero me cuesta encontrar las palabras adecuadas. Es una historia complicada. Es duro contarla— eran adolescentes cuando me tuvieron, así que probablemente no tenían ni idea de lo que estaban haciendo. Los dos se obsesionaron con sus carreras profesionales. Papá tenía esa estúpida compañía, la que te comenté.

—Grayson's —dice Eden en voz baja. Se acuerda.

—Grayson's —confirmo. Me va a llevar tiempo explicar esto, así que me aclaro la garganta y me inclino hacia delante para cogerme las rodillas con los brazos. El corazón aún me late un poco acelerado—. Al principio era genial. El negocio despegó bien durante algunos años, pero cuando yo tenía algo así como ocho años, una transacción salió mal. Papá tenía un genio de mierda. Una noche llegó a casa y mamá estaba en la oficina trabajando hasta tarde, y él estaba supercabreado y se desquitó conmigo. Esa vez lo dejé pasar. Pensé que sería la única vez. Pero entonces sus empleados empezaron a dejarlo y eso lo estresaba, y volvió a tomarla conmigo. Cada vez sucedía más a menudo. Pasó de ser una vez por semana a todas las noches. Solía decirme que yo no podía hacer nada de lo que quisiera, porque tenía que centrarme en la escuela. Dijo que quería meterme en la Liga Ivy para que no terminara jodiendo mi carrera igual que él. Pero la verdad era que yo no quería tener una gran carrera ni entrar en una universidad de la Liga Ivy, y, sin embargo,

pasaba todas las noches encerrado en mi cuarto estudiando para que no se enfadara conmigo. Pensé: «Lo estoy intentando, ¿no? Eso es suficiente, ¿no?». Pero no lo era. Cada noche subía a mi habitación y me daba una paliza. —Por un segundo siento que me falta el aire. Hablar de esto es muy duro. Los recuerdos de papá parecen materializarse delante de mí. La forma en la que solía mirarme, cómo me agarraba, cómo me decía que lo sentía—. Cada noche —susurro—. Durante cuatro años.

—Lo siento —vuelve a decir Eden, aún acongojada. No tiene por qué disculparse.

—Mamá estaba muy ocupada, no tenía ni idea —prosigo—. Ahora se culpa a sí misma. Intenta castigarme, pero no funciona porque nunca lo mantiene. Creo que la aterra intentar ser estricta, ¿entiendes? Pero no es culpa suya. A veces sí se daba cuenta. Me decía cosas como «Tyler, ¿qué te has hecho en la cara?». Y yo sencillamente me inventaba cualquier excusa tonta. Le decía que me había hecho daño jugando al fútbol en clase de gimnasia o que me había roto la muñeca al caerme por las escaleras. Cuando en realidad la muñeca se me fracturó tres veces en un año porque a papá le encantaba ver hasta dónde me la podía doblar hacia atrás.

—¿Por qué no se lo dijiste a nadie? —susurra Eden, y es una pregunta razonable. Mamá me ha preguntado lo mismo un montón de veces—. ¿Lo sabe mi padre?

—Porque le tenía un miedo de cojones —admito. Noto mi tono crispado. No parezco yo—. No había manera de que lo pudiese confesar. La única persona de la familia que no lo sabe es Chase. Era demasiado pequeño. Mamá no quiso darle miedo. Ahora el resto de la familia odia a papá.

—¿Cuándo terminó?

—Cuando tenía doce años —respondo. Hace cinco años. Todo acabó hace cinco años. O al menos debería haber terminado. Sin embargo, ha sido un infierno, y mi furia vuelve. Las acciones de papá han causado un efecto dominó en mi vida—. Una noche Jamie subió a mi habitación y vio que papá me estaba pegando. Llamó a la policía, incluso a su edad. Esa noche lo arrestaron. No llegó a ir a juicio, porque él se declaró culpable, así que no recibió nada de publicidad. Yo lo tengo que llevar en secreto. Y tengo que fingir que estoy bien. —«Pero no lo estoy.»

Paseo por el dormitorio, intentando mantener mi rabia bajo control antes de que se desborde más.

—Realmente lo odio a muerte —mascullo—. De verdad, de verdad que lo odio. Después de un año y pico empecé a creer que tenía que haber una razón para que lo hiciera. Pensé que me lo merecía por ser un mierda inútil. Todavía lo pienso. Ni siquiera puedo dejarlo atrás, porque es difícil olvidarlo; suena muy patético, pero es verdad. Se supone que debo tomar antidepresivos, pero paso porque en vez de eso prefiero beber y colocarme, y no puedes hacer las dos cosas. Y ¿sabes qué, Eden? Tienes razón. Estoy perdido. Estoy completa y jodidamente perdido en toda esta mierda.

Eden también se levanta del suelo. Permanece quieta, mirándome mientras camino de un lado a otro, sin saber qué decirme. No hay nada que decir. En este punto de mi vida, he aceptado lo sucedido. Mi pasado es parte de mí. Me ha convertido en lo que hoy soy; me ha transformado en este desastre. Eso no significa que piense que lo que pasó está bien. No lo está y sigo furioso.

—¡Dependo de las distracciones! —le grito a Eden a pesar de que solo está a unos metros de mí—. ¡Hacen que sea más fácil sobrellevar las cosas, porque en las horas en que estoy borracho o colocado o ambas cosas, olvido que mi padre me odia!

Necesito liberar esta furia que me corroe, así que dejo de caminar, cojo el vaso vacío y lo estrello contra la pared. Me encanta reventar cosas. Me resulta supersatisfactorio, consigue calmarme, y mientras respiro pesadamente, observo cómo los trozos rotos de cristal se esparcen por la alfombra. Eden se sobresalta.

Toda mi energía parece abandonarme. Odio lo que me ha hecho mi padre. Me siento tan inerte, tan vacío... Me dejo caer en la cama mientras se me sigue acelerando el pulso y fijo la vista en el cielo oscuro. La luna llena brilla.

—Lo odio —gruño, tragando saliva con dificultad. «Lo odio tantísimo...»

Eden da un par de pasos y se para delante de mí. Inclino la cabeza hacia atrás para mirarla, para encontrarme con unos ojos llenos de calidez y promesas de seguridad.

Se inclina y me pone las manos en la mandíbula con delicadeza, cogiéndome la cara. Mientras se me sienta en el regazo, no aparta la mirada, nuestros cuerpos juntos, su piel cálida. Me quedo sin aliento. Está tan cerca... Me acaricia las mejillas con los pulgares y luego se inclina sobre mí, acercándose los labios. Pero no se llegan a tocar. Tampoco lo necesito. El simple hecho de tenerla tan cerca de mí ya es alucinante, sentir su respiración sobre la piel, saber que en este momento ella es completamente mía. Cierro

los ojos, y nos quedamos así abrazados durante un buen rato. No quiero que se vaya nunca.

Al final, rompe el silencio para susurrar con su preciosa voz:

—Gracias por confiar en mí.

Luego, me besa.

Y ahora mismo, ella es todo lo que necesito. Es lo único que quiero. El deseo de besarla es sobrecogedor, y me refugio en la sensación de su boca contra la mía mientras un fuego desconocido prende en mi interior. Acabo de dejarla entrar en las zonas más oscuras de mi alma, y sigue aquí conmigo. Ha visto mi versión más débil y vulnerable. Me ha visto a mí. Y permanece a mi lado. Está delante de mí, me besa, me agarra y yo estoy perdidamente enamorado de ella.

La beso con desesperación mientras una sola lágrima cae de mis ojos cerrados, y le paso las manos por los muslos, debajo del culo. Mientras aprieta su pecho contra el mío, me incorporo en la cama y la aprieto con más fuerza para levantarla. No llego a apartar los labios de su boca, y ella sigue agarrándome la mandíbula con las manos mientras la tumbo en la cama. Me echo sobre ella, besándola con más fuerza, con mayor profundidad. Necesito más. Me devuelve el beso con la misma energía y adrenalina y, apresada bajo mi cuerpo, consigue quitarse la sudadera. Mueve las manos hacia mi camiseta, tirando de la tela, para intentar quitarla. Pelea un rato con ella, y la única razón por la que paramos el beso es porque no puedo contener la risa.

Me siento, me quito la camiseta y la tiro al suelo mientras ella me sonrío tímida. Estamos a oscuras, pero irradia brillo, color. Se muerde el labio mientras me mira el pecho, pero no puedo aguantar mucho tiempo sin tocarla. Vuelvo sobre ella, le beso el cuello. Le cojo la cintura con una mano y con la otra me dirijo muslo arriba, debajo de la falda. Ella me pasa las manos por el pelo, mientras apoya la barbilla en mi cabeza. Tiembla un poco, pero a mí me pasa lo mismo. Quizá yo también esté nervioso.

Exploro su cuerpo, tocando cada milímetro de su piel. Me tira del pelo con suavidad; tengo la cara enterrada en su cuello mientras ella se retuerce debajo de mí, arqueando la espalda, pegando su cuerpo al mío. Respira agitadamente en mi pelo y no consigo quedarme ahído de ella. Le pongo una mano en la mejilla y noto el rubor caliente de su piel.

Voy por la camiseta, tiro de ella, pero puedo sentir cómo se tensa debajo de mí. No sé si lo hace consciente o inconscientemente, pero cruza los brazos

sobre el pecho, y entonces recuerdo lo que me contó la otra noche sobre lo que le dijeron sus supuestas amigas. Se siente insegura respecto a su cuerpo, así que rápidamente me aparto un poco de ella para darle espacio. Le tomo la mano, entrelazando los dedos mientras busco su mirada ansiosa. Ella baja la cabeza para mirarse y respira hondo. Cuando vuelve a mirarme, me regala una pequeña sonrisa y ella misma se quita la camiseta. Se inclina hacia mí, arrastrándome de nuevo encima de ella, con la boca pegada a la mía.

Nos manoseamos el uno al otro. Ella me desabrocha el cinturón, yo le quito el sujetador, mis dedos en su pelo, sus manos en mi pecho. Mi corazón a mil por hora. El suyo, también.

Respiro con dificultad, lleno de deseo. Ella está igual. Mi ropa en el suelo. Lo mismo la suya.

Ella significa muchísimo para mí, aunque a lo mejor no lo sabe. Confío en ella, y eso no me pasa casi nunca. Está ahí cuando la necesito, se preocupa por mí, quiere que esté bien. Eso es más de lo que nadie ha hecho por mí desde hace años.

Nuestras caderas se mueven a la vez, me clava las uñas en la espalda, gimo en su oído. Todo es completamente perfecto. Ella es perfecta, y no cambiaría esto por nada del mundo, a pesar de que es aterrador.

Puede que le haya contado a Eden mis secretos, pero ahora tengo uno nuevo.

Hace cinco años

Mi expulsión del cole no pudo venir en peor momento. Mamá y papá se han turnado para trabajar desde casa y así poder tenerme controlado, pero quien se ha quedado más veces ha sido él. Pasa las horas encorvado sobre la mesa de la cocina, tirándose del pelo y rompiendo folios. Por lo que he podido enterarme escuchando a escondidas las conversaciones de mis padres, las cosas le van muy muy mal en el trabajo. Se han marchado más empleados. Están perdiendo dinero. Uno de los proyectos gordos que tenían para el año que viene se ha cancelado.

Esto significa que papá lleva estresado toda la semana, y cuando lo ataca el estrés, pierde la paciencia con mucha más facilidad. Yo he estado cerca de él todo el día cada día de la semana pasada. El niño al que expulsaron del cole por pelearse, el niño que se escapó de casa, el niño que ha decepcionado a sus padres. Es fácil pagarlo todo conmigo, y eso es exactamente lo que ha hecho.

Me he sentado cada día en la mesa de mi dormitorio, haciendo lo posible por centrarme en el estudio sin dejar que el miedo me distraiga mientras espero a que papá irrumpa en la habitación. Vivo en un estado permanente de desconexión. A veces, me olvido de respirar o parpadear.

Es viernes por la tarde, mi último día de expulsión, y papá se ha vuelto a quedar a trabajar en casa para cuidar de mí. Ha sido una mañana tranquila. Papá ha estado paseando arriba y abajo por la cocina en silencio, y yo he permanecido en el piso de arriba estudiando sin hacer ruido. La casa parece extraña con tanta quietud. Mamá está en el trabajo, mis hermanos, en el cole. Pronto cogerán el autobús de vuelta, e igual que cualquier otro día, cuento las

horas que faltan para que lleguen, porque me gusta el ruido que traen consigo.

Pero me he levantado de mi escritorio. Ahora estoy en el cuarto de baño, sentado en los azulejos fríos, con la espalda apoyada en la pared, quitándome las tiritas viejas de los brazos y cambiándolas por unas nuevas. Papá ha tenido cuidado de no tocarme la cara esta semana, así que las heridas han podido sanarse. Aún tengo el ojo un poco amoratado, pero el resto de las hinchazones ya se curaron hace días. Sin embargo, tengo el resto del cuerpo como si hubiera venido de la guerra. Papá se ha vuelto más agresivo. Solía pegarme durante un minuto o dos. Ahora sus palizas duran mucho más. Siempre dejaba de pegarme cuando yo empezaba a sangrar. Ahora ya no.

La puerta del baño se abre y me encojo como por acto reflejo, incapaz de esconder mi terror cuando papá entra en el pequeño cuarto de baño. No cierra la puerta. Eso es bueno.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, estrechando los ojos al ver la caja de tiritas que tengo en la mano y los analgésicos que están delante de mí en el suelo.

Los mira un segundo, luego a mí. No lleva traje. No lo necesita, porque trabaja desde casa, así que va en vaqueros y camisas de franela. Para mí es confuso. Normalmente, asocio la vestimenta informal de papá con los días buenos, en los que está relajado. Pero ya no. Hace mucho que no hay días buenos.

—Te he hecho una pregunta, Tyler —insiste papá después de un minuto, al ver que no contesto. Lo miro desde el suelo, con los ojos muy abiertos y llenos de pánico—. ¿Qué haces con eso? Si no tienes heridas.

Pone las manos en la cadera y aprieta los labios.

—Necesito... —empiezo, pero no soy capaz de seguir. Me quedo sin palabras. Tengo el pulso demasiado acelerado y el corazón me late muy fuerte.

—¿Necesitas qué, Tyler? —insiste, retándome a decirlo.

Creo que le pasa algo raro. Quizá cree que si finge que yo no estoy lleno de heridas, estas desaparecerán; si se convence de que no me pegó, el dolor que tengo se irá de alguna manera.

—Necesito esto —murmuro, cogiendo la caja de tiritas. Alcanzo los analgésicos, me miro las manos y noto cómo me tiemblan mientras sujeto ambas cajas—. Y esto. Me calman un poco el dolor.

—Escúchame —dice de repente; se agacha y me coge de la camiseta, levantándose del suelo del baño con un rápido movimiento. Me acerca a él, obligándome a mirarlo, pero es muy difícil aguantar su mirada. Sobre todo cuando es tan fiera e intensa, cuando no la reconozco como suya—. Estás bien, ¿queda claro? —me informa. Su voz es firme y amenazante—. Estás bien. Sé un hombre, por Dios. —Con la mano que tiene libre, me quita la caja de tiritas y la de analgésicos y las tira al suelo—. Y ahora, por favor, vuelve a estudiar. Estás expulsado, no de vacaciones. Y hasta donde yo sé, faltan —echa un vistazo a su reloj— cinco minutos para que termine la jornada escolar. —Me empuja hacia la puerta.

Pero necesito las tiritas. Tengo los brazos cubiertos de heridas, y los hombros, y el pecho, y todas las partes de mi cuerpo que se chocan con cosas cuando papá me lanza contra ellas. Y me duelen. Así que, aunque me está observando, a la espera de que vuelva a mi escritorio, no puedo. Intento ser rápido y coger las tiritas a toda velocidad, pero antes de que haya podido volverme hacia la puerta, papá ya ha vuelto a agarrarme.

—Tyler —masculla, con la voz áspera, el tono más cortante que hace solo un segundo. Me coge del hombro y noto cómo aprieta más fuerte, cómo se me clavan los dedos en la piel mientras intenta que no me mueva para quitarme otra vez las tiritas de la mano. Cuando las tiene, estruja la caja en la mano—, déjalo de una puta vez.

No reconozco a este hombre. Este no es papá. Antes, al menos, solo me hacía daño cuando perdía el control, cuando saltaba de repente y se le iba de las manos, pero ahora, es como si supiera exactamente lo que está haciendo. Está calmado. Sabe que está siendo cruel. Eso es lo peor de todo.

—Papá... —murmuro, intentando librarme de su dolorosa presa. Pero en realidad ya me he rendido. La verdad es que me he rendido hace tiempo. Esa es la única razón de que sea capaz de reunir el coraje suficiente como para preguntar—: ¿Qué es lo que te pasa?

Ya no me preocupo por las consecuencias. Total, me va a pegar pase lo que pase. Incluso cuando intento hacerlo todo como él me manda, cuando no hago otra cosa que estudiar como loco y portarme superbien. Así que a la mierda. No quiero aguantar más esto. No pienso sufrirlo ni un segundo más.

—No lo sé, dímelo tú —ruge él. Me agarra aún más fuerte y me clava las uñas en la piel. Me centro en sus ojos, en la rabia que veo dentro de ellos. No creo que su enfado tenga que ver conmigo—. Venga, joder, dime por qué mi

empresa se está yendo a pique mientras hablamos. Vamos, dime, ¿sabes por qué?, ¿eh? No, no creo que lo sepas.

Me empuja otra vez y me doy un buen golpe contra la pared. Él se pasa una mano por el pelo, resoplando. Mira al techo y hace crujir la mandíbula, frustrado. Otra vez está furioso por culpa del trabajo. Enfadado consigo mismo.

—Lo que sé es que no es culpa mía —digo despacio, mirándolo. «Venga, no pares. Ya has empezado.» Trago saliva. Aún me tiemblan las manos y me parece que el corazón me va a explotar—. No es culpa mía que las cosas vayan mal, papá. Así que deja de tomarla conmigo —digo por fin, y es todo un alivio hacerlo.

Si no fuera porque a papá no le gusta que lo rete. A papá no le gusta que le conteste. Así que el alivio desaparece por completo, casi tan rápido como llegó, y mi padre ya está abalanzándose sobre mí, cogiéndome por los brazos con esas enormes manos. Me lanza al pasillo. Tropiezo, incapaz de mantener el equilibrio, y me caigo al suelo. Me golpeo la cabeza, pero no tengo tiempo de darme cuenta, porque papá me coge otra vez para ponerme en pie. Comienza a llevarme a rastras hacia mi habitación, pero yo intento resistirme con todas mis fuerzas, dejándome como un peso muerto, desesperado por escapar de esas manos violentas.

—¡para! —grito.

Con toda la fuerza que soy capaz de reunir, le golpeo el pecho, para apartarlo de mí. No voy a dejar que me maltrate. No lo merezco. Solo soy un niño. Soy bueno. No es culpa mía. Nada de esto es culpa mía.

Me mira. Solo nos separan un par de metros y la casa está en completo silencio. Tengo la respiración entrecortada y desacompasada, e intento por todos los medios reprimir las lágrimas que brillan en mis ojos mientras lo miro. Tiene los puños crispados, los nudillos blancos por la fuerza que está haciendo, y su expresión es casi impasible, como si estuviera tan alucinado por mi desafío que no pudiera procesarlo. Pero entonces, en un segundo, todo cambia. Veo que una furia sangrienta se apodera de él, una ira que nunca había visto antes. Y entonces viene hacia mí.

Me arrastra hasta la habitación. Me tira al suelo, me lanza contra el escritorio, contra la pared. Me está dando una paliza terrible. Aprieta demasiado con las manos encima de los moratones y heridas que ya tengo. Cierro los ojos con fuerza, centrándome en la oscuridad, desconectando del

dolor que siento. Pero es un día malo. Ya estoy sangrando. Vuelve a darme puñetazos en el ojo. En la mandíbula, en la nariz, en la boca.

Creo que esta vez se le está yendo de las manos. Por primera vez en cuatro años, me asalta un pensamiento terrible, un pensamiento nuevo, que nunca se me había pasado por la cabeza. Supongo que porque nunca lo había necesitado. Nunca había sido tan terrible como hoy. Puedo sentir toda su rabia cada vez que me toca. Puedo sentir su falta de control.

Pienso que esta vez papá podría matarme.

Ahora

Me despierto antes que Eden. Ella está profundamente dormida a mi lado, abrazando la almohada, con la boca entreabierta. Está preciosa. Escribo «*te amo*»¹ con el dedo en su espalda desnuda, y luego le beso el omóplato. Parece tan tranquila que no quiero despertarla, así que la dejo dormir mientras yo me levanto y cojo mi ropa del suelo. También recojo los trozos de cristal del vaso que rompí anoche.

El pasado verano, la fiesta de la playa me pareció lo peor. Este año, he cambiado esos recuerdos malos por unos buenos, mucho mejores. La noche de ayer fue increíble. Se me ha quitado un peso enorme de encima y me siento más ligero, como si contarle mi secreto a Eden se hubiera llevado parte de la presión que me atenazaba.

Me ducho, me visto y luego cojo un vaso de agua en la cocina. Mientras bebo, uso lo poco que me queda de batería para ver cómo sigue el mundo exterior que borré por completo cuando entré aquí anoche. Tengo llamadas perdidas de Tiffani y de Dean. Mensajes de ellos dos también, en los que me preguntan dónde estaba, si estaba bien y si estaba haciendo algo que no debía. Pues sí, vaya que sí, pero no lo que ellos piensan.

Justo en ese momento, me suena el móvil, es TJ. Me aclaro la garganta y contesto.

—Ey —dice en cuanto lo cojo. Antes de que pueda responder nada, me pregunta—: ¿Estás todavía en mi apartamento?

—Sí —admito. Mierda, ahora sabe que he pasado la noche aquí.

—Vale, guay, pues largo —ordena con una risa—. La chica me ha echado ya, y aún no he dormido, así que no quiero tener huéspedes a los que entretener cuando llegue.

—Por supuesto, tío. Y muchas gracias, por cierto —digo, echando un ojo al reloj que cuelga en la pared.

Son solo las nueve, así que es temprano para ser un domingo por la mañana. Tengo que despertar a Eden, pero cuando estoy colgando el teléfono, ya puedo oír que su voz adormilada me llama.

Cojo su ropa, que ayer por la noche dejé aquí doblada, me dirijo al dormitorio y abro la puerta despacio con un codo. Eden está sentada en la cama, tapándose el pecho con las sábanas. Nos miramos.

—Estaba a punto de despertarte —digo con una sonrisa. No puedo evitar sonreír.

—Pensé que te habías ido—admite en voz baja.

¿Pensó que me había ido? ¿Pensó que iba a desaparecer después de lo que pasó ayer por la noche?

—No soy tan cabrón —la tranquilizo, luego miro por la ventana. La verdad es que nunca había hecho esto antes, lo de despertarme con una persona nueva, pero me quedaría aquí toda la vida—. No tienes que preocuparte por nada. —Cuando la miro, me doy cuenta de que su mirada se dirige a la ropa que llevo en las manos, la suya—. Ten —digo, pero me siento... No sé. No estoy avergonzado, pero sí inseguro, ansioso.

—¿Estás bien? —pregunta Eden. Está afónica. ¿Debería haberle dado más agua?

—Perdona. Yo no... en realidad no estoy acostumbrado a... esto —admito, pero noto que me estoy poniendo rojo. La única chica con la que he estado es Tiffani, así que es completamente nuevo para mí. No sé cómo debería comportarme. No sé qué quiere ella que haga. Pero imagino que hablar sería un buen comienzo—. Probablemente deberíamos hablar de, eh, lo de anoche.

Eden me mira parpadeando, luego baja la voz hasta un tono de lo más atractivo y pregunta:

—¿Lo hice mal?

—No, no —digo, poniendo los ojos en blanco mientras me río. Dios, qué mona y qué inocente es. Está claro que ni se imagina que haber pasado la noche de ayer con ella ha sido uno de los mejores momentos de mi vida—. Quería decir más bien con respecto a..., ya sabes, en qué punto nos encontramos ahora.

Me mira, y yo a ella. ¿En qué punto nos encontramos ahora? Esto es

mucho más que el típico flirteo inocuo y besos accidentales, pero ¿podemos ir más lejos? ¿Podemos llegar a plantearnos una relación real? Incluso aunque yo no estuviera con Tiffani, eso no cambia el hecho de que Eden y yo somos hermanastros. Lo que hicimos ayer por la noche... Quizá estuvo mal, pero quizá me dé igual. Eden me importa más que lo que piense la gente.

—No estoy segura —dice tras un momento. Frunce el ceño—. ¿En qué punto quieres que nos encontremos?

—No estoy seguro —la imito, y dejo escapar un suspiro mientras meto las manos en los bolsillos. La noche de ayer fue muy importante para mí, y de verdad espero que Eden sienta lo mismo. Me moriría si no fuera así—. Dime: ¿te arrepientes?

—No —responde sin dudar, y me invade el alivio—. ¿Y tú?

—Tú sabes que no —murmuro, con una sonrisa instalada en la cara. Cojo su ropa y se la acerco, se la pongo en el regazo—. Ya encontraremos la forma de solucionar todo esto. Con el tiempo. Pero por ahora, vístete, porque tenemos que irnos. —Nos hemos de largar antes de que llegue TJ—. Troy-James acaba de llamar y viene de camino.

Eden se sonroja y se cubre más con las sábanas, escondiendo el pecho.

—¿Me puedes, eh, dar un segundito? —murmura.

—Te comportas como si no te hubiera visto desnuda —bromeo, pero me doy cuenta de que está claramente incómoda, así que asiento y me dirijo a la puerta—. Date prisa.

Deambulo por el piso y ordeno el salón, hasta ahueco los cojines y todo, y luego pido un taxi. Es la única forma de llegar hoy a casa, porque no hay nadie a quien pueda llamar para que nos venga a recoger. Sería demasiado sospechoso. «Ey, ¿puedes venir a buscarnos a mí y a mi hermanastra al apartamento de no sé quién a primera hora de este bonito domingo?» Qué va. Cualquiera lo encontraría demasiado raro, de manera que opto por el taxi. Dice que estará aquí en cinco minutos, así que acabo de limpiar y estoy tirando el último trozo de cristal roto a la papelera cuando Eden sale del dormitorio completamente vestida.

—He llamado a un taxi —le digo, echando un vistazo a mi reloj. Son casi las diez—. Sé que es raro, pero no puedo pedirle a alguien que nos lleve sin que se pregunten qué demonios hemos estado haciendo. No podemos levantar sospechas, ¿recuerdas? El taxista no nos conocerá. Debería llegar de un momento a otro.

—¿Dónde están mis zapatos? —pregunta Eden, y solo entonces me doy cuenta de que está descalza.

Mientras se pasa los dedos por el pelo, intentando desenredarlo, echa un vistazo por el apartamento, buscando.

—No lo sé —admito. También echo un vistazo alrededor, aunque no los he visto mientras ordenaba. Bueno, no es más que calzado. No es el fin del mundo—. Pero tenemos que irnos de aquí.

—Pero necesito mis zapatos...

—Te compraré unas nuevas, pero vamos —la interrumpo.

Eran unas Converse, me acuerdo. Le pillaré unas iguales, si es necesario, si eso le va a hacer feliz. Me dirijo a la puerta y la abro mientras Eden me sigue de mala gana; luego cierro y dejo la llave bajo el felpudo, tal como TJ me pidió.

Eden se apresura a entrar en el ascensor sin mí, y yo la sigo dentro rápidamente antes de que se cierren las puertas. El suelo debe de estar frío porque ella va botando de un pie a otro. Estamos a punto de dirigirnos a casa, y ya sé que vamos a tener problemas. Nuestros padres no habrían querido que fuésemos a esa fiesta, y mucho menos que pasáramos toda la noche fuera, y desde luego, de ninguna manera, que nos acostáramos juntos.

—No creo que debamos mencionar lo de anoche a nuestros padres —digo a media voz mientras el ascensor baja.

No quiero ni imaginarme lo que pasaría si lo averiguaran. Creo que nos echarían de casa, de verdad.

—No creo que debamos mencionar lo de anoche a nadie —puntualiza Eden con una risita, pero enseguida se queda en silencio.

Se pone pálida mientras mira las puertas del ascensor. ¿Estará pensando lo mismo que yo? Es como si el pánico la hubiera enmudecido.

La cojo de la mano, intentando reconfortarla. Sube la cabeza hacia mí, nos miramos, y le sonrío con total honestidad y transparencia. Soy yo. Estamos juntos en esto. Estoy aquí mismo. Somos un equipo.

Las puertas del ascensor se abren con su silbido metálico, y saco a Eden del edificio y la meto en el taxi que nos espera fuera. No suelto su mano y entramos juntos en el asiento de atrás. La conductora del taxi no nos pregunta por qué ella va descalza, o por qué parece que hemos pasado la noche fuera, o por qué nuestra ropa apesta a alcohol. Creo que también está de resaca y se confunde de dirección todo el rato, alargando la temida vuelta a casa. Eden y

yo aún seguimos con las manos entrelazadas en su regazo, y trazo suaves círculos con el pulgar en la piel de su mano. Sí, nuestros padres nos matarán, pero la noche de ayer compensa cualquier castigo.

Cuando al fin llegamos a casa, no entramos de inmediato. Primero nos preparamos mentalmente.

—¿Adónde les dijiste que ibas anoche? —le pregunto a Eden.

—Al cine —responde.

Al cine, toma ya. Aunque estoy acojonado por lo que nos espera, no puedo evitar echarme a reír.

—¿Al cine? Menuda originalidad.

Eden aprieta los labios y entorna los ojos. Me chifla cuando hace eso.

—¿Cuál era tu excusa?

—No les di ninguna —contesto—. Me largué antes de que pudieran darse cuenta.

—Bueno. Eso no me sorprende.

Respiramos hondo, reunimos coraje y entramos juntos a casa. No se oye nada más que el sonido de la tele. Con cuidado, nos dirigimos al salón. Mamá está en el sofá, estudiando atentamente unos papeles que tiene en las manos, y Jamie está viendo la tele mientras apoya la muñeca fracturada en un almohadón. Se vuelve para mirarnos haciendo una mueca.

En un primer momento, no parece que mamá se haya dado cuenta de que hemos llegado, pero enseguida alza la voz.

—Dave, ya están en casa.

Su tono es seco. Y ni siquiera levanta la vista de lo que está leyendo. Está cabreada. Puedo notarlo en su voz.

Dave viene por el pasillo a toda velocidad y entra en el salón. Es domingo por la mañana, temprano, y lleva un puto chándal. Se nos pone delante y ladra:

—¿Qué tenéis que decirnos?

—¿Que la película estuvo bien? —intenta Eden.

Le echo una mirada asesina. No debería intentar librarse de mentir, porque esa respuesta está muy lejos de ser creíble.

Dave aprieta los dientes y se lleva las manos a la cadera, con postura amenazadora. Al menos, todo lo amenazadora que puede ser vestido con un chándal.

—Vosotros dos habéis ido a la fiesta de la playa, ¿no es eso?

Mamá levanta la vista de sus papeles. Ni siquiera me molesto en contestarle a Dave, porque no son tontos. Toda la ciudad sabía lo de la fiesta, y no es difícil suponer que hemos estado allí.

De repente, Eden se echa a llorar, y yo la miro parpadeando sorprendido.

—Mis amigas me llevaron allí después del cine —suelta entre sollozos, aunque a estas alturas conozco tan bien sus tonos que me doy cuenta de que no está preocupada ni triste de verdad. No sé qué está haciendo, pero ella sigue adelante, forzándose a llorar aún más. ¿Espera darle pena a su padre? —. ¡Ni siquiera sabía lo que era!

Joder, qué mal lo hace. Casi da vergüenza ajena. Tengo que pararla antes de que la fastidie más, así que dejo salir el suspiro que estaba aguantando y fijo mi atención en Dave.

—Yo fui porque quise —admito despreocupadamente. Me encojo de hombros y entorno los ojos. Cuando hablo con Dave, lo hago como Tyler Bruce. Me sale natural—. ¿Qué vas a hacer? ¿Castigarme los próximos cinco años?

Dave nos fulmina a los dos con la mirada mientras las aletas de la nariz le tiemblan. Eden sigue llorando en plan dramático a mi lado, y mamá observa en silencio desde el sofá. Supongo que también está enfadada conmigo, pero parece que hoy su opción es quedarse callada. Quizá sienta que ya me ha gritado lo suficiente para toda la semana.

—¿Dónde habéis estado toda la noche? —pregunta Dave, sin hacer caso a mis comentarios.

—Todos pasamos la noche en casa de Dean —contesto yo antes de que Eden hable. No quiero que balbucee más excusas penosas. Al menos las mías son creíbles—. Relájate. Es verano.

—Ah —dice Dave mientras abre aún más los ojos. Parpadea rápido de forma irónica y nos dedica una sarcástica sonrisa—. Fallo mío. Se me había olvidado que era verano, así que eso significa que podéis hacer lo que os salga de las narices. Mis más sinceras disculpas. —Detrás de él, Jamie aguanta la risa. Dave resopla, sacudiendo la cabeza mientras vuelve a poner expresión de mala leche—. Esta no es la primera vez que no has vuelto a casa, Eden.

—Solo he pasado la noche en casa de un amigo —murmura Eden fingiendo inocencia.

—¡Esa no es la cuestión! —grita él.

—Entonces, ¿cuál es? —replica ella.

Dave no es capaz de contestar. Solo la mira y mueve los labios como si intentara encontrar las palabras para contestarle, mientras la vena de su frente palpita. Me mira a mí.

—Eres insufrible, así que ni siquiera voy a decir nada. Vete a tu cuarto. Sal de mi vista.

Le echa a Jamie una mirada y parece que le pide intimidad porque mi hermano se levanta.

—Por mí bien —digo con aire casual.

La verdad es que no me apetece nada escuchar los gritos de Dave. Eden me mira, aún tensa por la preocupación, y yo le sonrío, intentando transmitirle que no se preocupe. No pasa nada, todo va a salir bien. Si puede conmigo, desde luego, puede con su padre. Cuando Jamie cruza el salón, le paso el brazo por los hombros y salgo con él de la sala.

—¿Cómo va esa muñeca, chaval?

—Rota —responde él con cara de póker, y me río mientras subimos juntos al piso de arriba. Yo habría contestado exactamente igual cuando tenía su edad—. ¿Puedes dejar de pasar las noches fuera? Mamá no lo soporta. No sabemos si estás vivo o muerto.

Frunzo el ceño. A veces se me olvida que solo tengo diecisiete años. Si sigo desapareciendo sin avisar, mamá va a acabar volviéndose loca. De momento aguanta, pero odio ponerla a prueba de esta manera.

—Ya lo sé —digo con un suspiro, y luego le sonrío y le aprieto el hombro cariñosamente. Ojalá pudiera hacerlo mejor. Ojalá pudiera darles lo que quieren.

Jamie se mete en su habitación y da un portazo para dejar claro que hasta él se está hartando de mi comportamiento. Mi hermano de catorce años. Hay que joderse. ¿Cómo es posible que siga haciéndoles esto?

—Lo siento —digo en alto desde el pasillo, pero no hay nadie para oír mis disculpas.

Cabizbajo, me dirijo a mi habitación y me tiro en la cama. Aunque no bebí mucho ayer por la noche, siento que se me está levantando un ligero dolor de cabeza. Compruebo el móvil, pero estoy sin batería. Lo conecto al cargador y luego me levanto, me quito la camiseta, la tiro a un lado de la habitación y me meto en el baño. Necesito ducharme para sacarme todo de encima. Me

siento... No sé. Culpable, supongo. Lo que pasó anoche estuvo mal. Y por muchas razones.

Me quito los vaqueros y abro el agua, me meto debajo y dejo que me caiga encima; me quema la piel. Cierro los ojos con fuerza y apoyo la frente en la pared mientras respiro el vapor que se empieza a formar. Tengo un montón de pensamientos dándome vueltas en la cabeza, e intento ser consciente de todos, poner algún orden, pero me resulta demasiado complicado. Todo el alcohol que bebo no compensa las pocas horas de distracción que me da. Las drogas me están jodiendo la vida. Declan Portwood y su pandilla no son el tipo de gente con el que debería andar. No quiero seguir decepcionando a mamá cada día, y me gustaría estar disponible para mis hermanos. No me queda energía para seguir aguantando a Tiffani, para mantener esta mierda de relación que tenemos. ¿Qué hago malgastando mi tiempo con ella? Si me enfrento a ella, me puede arruinar la vida, ya lo sé, pero creo que podría aceptarlo si así consiguiera acabar con ella de una vez por todas.

Y respecto a Eden... Haría cualquier cosa por ella. Es la primera chica por la que siento algo de verdad, a la que me tomo en serio, la primera de la que me he enamorado. Y no pienso estropear lo que tengo con ella. No voy a joder esto igual que todo lo demás.

Mañana es lunes. Una semana nueva, una hoja en blanco. Voy a arreglarlo todo.

Me siento en el suelo de la ducha durante media hora y dejo que el agua me caiga por la cara, lavando todas las cosas negativas que ensucian mi vida, y cuando por fin me levanto y cierro el grifo, me noto rejuvenecido. Esperanzado. Optimista.

Voy a hacer las cosas bien.

Me pongo un par de vaqueros limpios, me seco el pelo con una toalla, y estoy poniéndome una camiseta limpia cuando oigo pasos que suben por la escalera. Supongo que es mamá, o a lo mejor Eden, pero no, no es ninguna de ellas. La puerta de mi habitación se abre violentamente y Tiffani irrumpe en ella. ¿Es que nadie en esta casa comprueba quién llama antes de abrir la puerta de la calle? Parece que Tiffani tiene siempre vía libre.

—Tú —escupe.

Sus ojos azules echan chispas cuando cruza la habitación avanzando hacia mí y me golpea para apartarme de su camino. Lleva un chándal y un top, tiene el pelo recogido en una coleta y no lleva maquillaje. Me resulta raro

verla así, y enseguida tengo la sensación de que algo va mal, muy mal. Está supercabreada.

—Si estás así porque ayer por la noche desaparecí... —digo mientras ella entra a husmear al baño—. No hice nada malo, Tiff. Me fui, eso es todo. No quería estar allí después de cómo acabé el año pasado.

—Tu cama está hecha —apunta Tiffani, señalando con la cabeza. Se queda parada delante de mí, enfrentándome. Pone las manos en la cadera y aprieta los labios—. ¿Desde cuándo haces la cama? Eso es que ayer no dormiste en casa. ¿Dónde está ella?

—¿Qué? ¿Dónde está quién? —balbuceo, mientras parpadeo confuso. ¿Qué coño está pasando?

Pero Tiffani ya se ha dado la vuelta y está saliendo de mi habitación. Me apresuro a seguirla, y la alcanzo en el pasillo justo cuando abre la puerta del dormitorio de Eden. El corazón se me pone a mil. ¿Está... está buscando a Eden?

—Tiffani —digo, mientras entro tras ella en la habitación de Eden.

Pero ella no está aquí, y Tiffani, exasperada, pasea la vista por la habitación, como comprobando que Eden de verdad no está, antes de empujarme de nuevo al pasar a mi lado y volver al pasillo. La cojo por el brazo, intentando pararla, para que pueda explicarme qué demonios está haciendo y por qué ha venido, cuando de repente se tensa por completo.

—Vaya, aquí la tenemos —anuncia con sarcástica alegría mientras me aparta la mano con una sacudida—. Llegas justo a tiempo.

Miro por encima del hombro de Tiffani e inmediatamente palidezco cuando veo a Eden parada en la escalera, mirándonos confundida. Lleva ropa de deporte, así que supongo que viene de correr. Aún respira con dificultad, y le hago un ligero movimiento de cabeza mientras me paso una mano por el pelo. Eden es la persona a la que Tiffani andaba buscando.

—¿A tiempo para qué? —pregunta cauta, paseando la vista entre la expresión enfadada de Tiffani y mi mirada de pánico.

Es imposible que... Es imposible que Tiffani sepa dónde estuve ayer por la noche. Pero entonces, ¿por qué está aquí?

—Necesito hablar con vosotros dos, porque por si acaso no os dais cuenta, estoy muy cabreada —dice Tiffani, y se da la vuelta para enfrentarme. Levanta un puño apretado, con los nudillos blancos de la presión que está haciendo—. Estoy a esto de darte un puñetazo en la cara, Tyler.

—¿Qué he hecho ahora? —pregunto, fingiendo inocencia.

Ya sé que no sirve de nada, y ya sé que Tiffani es capaz de pegarme de verdad si se enfada lo suficiente, así que me alejo de ella. Con esta tía, mejor ponerse a salvo.

—¿Qué has hecho? ¿En serio me preguntas eso? —dice sin dar crédito, y se queda con la boca abierta.

Sin maquillar, parece mucho más joven, pero ahora mismo, está más furiosa que nunca. Coge una profunda bocanada de aire, intentando calmarse, y luego ordena con firmeza:

—Al patio. Ahora.

Se vuelve para darme la espalda y aparta a Eden a un lado empujándola contra la pared al pasar hacia la escalera. Eden entorna los ojos y luego me lanza una mirada buscando una explicación. Y, la verdad, lo único que sé es que no va a ser agradable.

—Joder —vocalizo sin sonido, y me llevo las manos a la cara.

Ruego mentalmente que Tiffani no haya averiguado la verdad, que la razón de que haya venido hasta aquí no sea preguntarme si estoy con Eden.

Tiffani se ha parado al pie de la escalera y nos mira a ambos.

—Puedo hablar con vosotros dos fuera o aquí dentro —expone despacio, mientras se pone una mano en la cadera y echa una elocuente mirada al salón. Nuestros padres están ahí, entonces Tiffani baja la voz—, y, creedme, preferiréis que sea fuera.

Vale, está claro que sabe lo que pasa. No hay forma de esconderlo o negarlo. No tenemos otra opción que enfrentarnos a ella y a las consecuencias de esta charla. Se me está formando un nudo en la garganta cuando empiezo a moverme a regañadientes, Eden va delante de mí mientras bajamos la escalera detrás de Tiffani, atravesamos el pasillo y la cocina, y finalmente llegamos al patio.

El sol pega fuerte, y el silencio tenso que se instala entre nosotros tres es casi insoportable. Eden parece aterrorizada, y creo que ya se habrá dado cuenta de lo que está pasando. Los dos sabemos que nos han pillado, y que ahora es demasiado tarde para hacer nada al respecto.

—Pueees —dice Tiffani.

Nos mira a los dos, pero permanece a unos metros de distancia.

—Pues... —repito yo.

Y no puedo decir mucho más. Tengo la garganta seca, y espero que

Tiffani nos suelte la verdad de una vez.

—Pues esta mañana me desperté con un mensaje de texto de TJ — empieza, con voz firme y clara. Su mirada furiosa va de Eden a mí, supongo que esperando que uno de los dos se venga abajo y confiese—. Y ¿sabéis? Estoy empezando a cansarme de verdad de que la gente hable de cuándo follamos, Tyler, porque la mitad de las veces ni siquiera es conmigo.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, con una mueca.

Otra forma patética de tratar de escaquearme de la situación, pero supongo que lo único que hago es malgastar saliva. La expresión de Tiffani se endurece cuando me mira, y veo que, a mi lado, hasta Eden me mira sin dar crédito ante mi penoso intento de negar todo esto.

—No empieces, Tyler. Ni se te ocurra —musita Tiffani, sacudiendo la cabeza. Su tono de voz está cambiando. Se está volviendo más duro, más enfadado, y sus palabras son aceleradas y entrecortadas—. Hizo un chiste de que anoche habíamos follado, porque su habitación estaba desordenada, y los dos sabemos perfectamente bien que no fui yo.

En este punto, me sale casi automático empezar a soltar excusas para mis meteduras de pata, y aunque sé que no voy a conseguir nada, no puedo evitar intentarlo.

—Mira, cielo, no follé con nadie —digo deprisa y en voz baja, intentando sonar amable, mientras me acerco a ella—, solo se me olvidó ordenar la habitación...

—¡Cállate! —me grita Tiffani, e inmediatamente le hago caso. Está perdiendo la paciencia, y cuando se enfada de verdad, es impredecible. Cierra los ojos y respira hondo. Cuando vuelve a abrirlos, está casi calmada, como si volviera a controlar la situación. Se vuelve hacia Eden, mientras se le forma una mueca cruel—. Eden, ¿no querías tus zapatos?

Esta se queda blanca como el papel y con la boca abierta, como si buscara unas palabras que no encuentra. No sabe qué decir, y yo tampoco. Estamos completamente jodidos. Finalmente consigue susurrar:

—¿Cómo...?

—Porque TJ me preguntó si lo había pasado bien anoche y luego dijo que me había dejado mis Converse —la corta Tiffani abruptamente. Su voz vuelve a ser dura, y sus ojos echan chispas—. Me preguntó qué significaban las palabras escritas en ellas. Recuerdo que anduviste agitándolas en el aire toda la noche. Las que tienen la letra de la canción, ¿no? —Inclina la cabeza

hacia un lado y la mira de forma amenazante—. Por cierto, no las vas a recuperar. Le dije que no las quería y que las tirara a la basura.

—Pero Tyler es mi... —empieza Eden, aunque sus intentos de negarlo son tan inútiles como lo fueron los míos.

—¿Hermanastro? —completa Tiffani. Está tan enfadada que parece a punto de llorar, pero se limpia los ojos con el dorso de la mano, y luego se pone las manos en la cadera—. Sí, lo sé. Acabo de pasar la última media hora debatiendo conmigo misma. Me decía «de ninguna manera, son familia». Pero he visto la película *Fuera de onda*, ¿vale? Ya sabéis, en la que Cher se enamora de su hermanastro. No soy estúpida.

Así que ya está. Tiffani ha descubierto la verdad.

Deberíamos haber sido más cuidadosos. Debería haberme mantenido alejado de Eden hasta haber resuelto el lío con Tiffani. La he traicionado, he sido egoísta, y por mucho que no soporte a Tiffani, sé que le he hecho daño. Puedo ver lo furiosa que está, pero también su dolor. Ahora ya no reprime las lágrimas. Pero ¿no se sentía mal los tres años que se pasó controlándose? ¿Le importó lo más mínimo cuando le dije que ya no quería estar con ella?

Quizá este sea el final de nuestra relación. No quería que sucediera así, pero si es lo que hace falta para que ella salga de mi vida, pues de acuerdo. Tiffani no puede estar con alguien que la ha engañado. No puede estar con alguien que la ha traicionado. Es mejor que cada uno haga su vida, y espero que ahora ella sea capaz de verlo.

Echo un vistazo a Eden, a mi lado, y veo que está paralizada. Mira a Tiffani con los ojos muy abiertos, casi sin pestañear, con la cara todavía pálida. Está aterrorizada, ojalá pudiera acercarme y cogerla de la mano para que sepa que estoy aquí, que estamos juntos en esto, que todo va a salir bien.

—En realidad no follaste con Jake, ¿no es cierto, Eden? —pregunta Tiffani sin fuerzas, rompiendo el silencio.

—No —musita Eden.

Mira al suelo, y ahora sí que pestañea, pero creo que es solo para intentar detener las lágrimas. «No pasa nada. Estoy aquí.»

—Eras tú la de esa noche en el muelle —dice Tiffani entre sollozos. Creo que nunca he visto a Tiffani llorar de verdad. Al menos no así—. Eres una mentirosa.

—Lo sé —dice Eden, y su voz ronca está rota por la culpabilidad.

Esto es algo entre Tiffani y yo. Mi relación con Eden nunca habría sido así

si Tiffani hubiera permitido que cortásemos, si no me hubiera chantajeado para seguir con ella. No voy a dejar que la tome con Eden cuando el problema es solo nuestro. Quiero que salga de mi vida.

—¿Sabes qué, Tiffani? —digo en voz alta, luego me aclaro la garganta y doy un paso para ponerme entre ella y Eden. Entorno los ojos y miro a la chica que está llorando delante de mí, a la que lleva demasiado tiempo controlando cada uno de mis movimientos, y siento que la furia empieza a crecer en mi interior. Por fin es mi turno de decir lo que pienso. Por fin es el momento de acabar con esto para siempre—. Ni siquiera quiero estar contigo. He perdido tres años porque me hiciste chantaje para que no te abandonase. Haz lo que quieras. Dile a todo el mundo lo que sabes de mí porque no vale la pena el esfuerzo que tengo que hacer para aguantarte para que tú guardes el secreto —le digo, y me mira con los ojos hinchados y muy abiertos, y su boca también se abre por la sorpresa, pero no me importa. Ella no es la víctima; ninguno de los dos lo somos. Simplemente no estamos bien juntos. Nos hacemos daño—. Hemos terminado. Demándame. Denúnciame a la poli. No me importa. Se acabó.

—¡Esto es todo culpa tuya! —le grita Tiffani a Eden mientras da vueltas a mi alrededor con las manos levantadas—. Ni siquiera me importa el hecho de que seáis básicamente hermanos, aunque debería, porque es asqueroso, pero no, lo único que me importa es que lo has arruinado todo.

Eden, por alguna razón absurda, da un paso en su dirección.

—Tiffani, yo no quise...

Levanto una mano para callarla. Eden no tiene nada por lo que disculparse. Intentó convencerme para no seguir con esto, para que mantuviésemos las distancias mientras no cortara con Tiffani, pero no la escuché. No fui capaz de alejarme de ella.

Miro fijamente a Tiffani y, sin acobardarme, le hablo con firmeza.

—Se ha terminado, *cielo*.

Y, de verdad, decir esto es lo más satisfactorio que he hecho en la vida. Casi una bendición. Doy un paso hacia atrás y le señalo la verja con la mano, apremiándola a irse. No hay nada más que añadir.

Tiffani deja escapar un gritito ahogado y se lleva las manos a la cabeza.

—Pero ¡no puedes romper conmigo!

Es tan patética, tan risible... Y de hecho me río. En alto. Tiene que aceptarlo de una vez. Le toca pasar página, encontrar a alguien que de verdad

quiera estar con ella por una razón más sincera.

—¿Porque ya no estaré allí para hacerte parecer guay? ¿Porque ya no podrás controlar mi vida?

—¡Porque estoy embarazada, Tyler!

Es como un puñetazo en el estómago, me deja sin aire. Todo el peso del mundo cae sobre mí y se me encoge el pecho mientras me deja de latir el corazón. No oigo nada. Ni los coches que pasan, ni el sonido del viento. Hasta se me nubla la vista, Tiffani se me desdibuja mientras se lleva las manos a la cara y llora aún más fuerte.

—¿Qué? —susurro. Apenas puedo hablar. No tengo voz.

Es... es imposible. Esto no está pasando.

Tiffani empieza a alejarse de mí, retrocede por el patio hacia la verja, sin dejar de mirarme. Sigue llorando, completamente trastornada.

—¿De qué van todos estos gritos? —suena una voz que parece la de mamá desde el otro lado del patio, pero no estoy seguro de que lo sea. Está amortiguada, distorsionada.

Ahora mismo no consigo conectar con lo que está pasando. Todo está borroso mientras miro a Tiffani y la veo desaparecer.

Llega a la verja y la empuja para abrirla, pero luego se detiene. Su mirada llena de dolor se aparta de mí, y respira hondo antes de abrir la boca y gritar:

—¡Deberías saber que es adicto a la coca! ¡Y también ha empezado a trapichear!

Y así, de repente, vuelvo en mí. Recupero la visión y vuelvo a oír con normalidad. La furia toma el control, y antes de que Tiffani desaparezca por la puerta, gruño:

—¡Zorra!

—Tyler —oigo que dice la voz, y sí, es mamá. La miro. Está en la puerta del patio, con Dave a su lado; los dos me contemplan sin dar crédito. Mamá está pálida, con mirada agonizante, y se lleva una mano al pecho—. Por favor, dime que no he oído bien —pide con voz lastimera—. Por favor, por favor, dime que no es verdad.

No soy capaz de mirar a nadie. Ni a Dave, ni a mamá, ni a Eden. ¿Qué piensan de mí ahora? Estoy muerto de vergüenza. Los he decepcionado. No puedo hacerles más daño todavía mintiendo, negándolo. Ya es hora de que sea honesto con ellos. Es lo menos que puedo hacer. Agacho la cabeza y cierro los ojos.

—Me gustaría poder decirlo —murmuro casi sin voz, y se me llenan los ojos de lágrimas.

El grito de terror que deja escapar mamá me atraviesa de lado a lado, y cierro los ojos con más fuerza. Me rompe el corazón, pero no puedo hacer otra cosa que decepcionarla. Y esta vez es peor que nunca. Mamá ya sabía que yo fumaba porros, y aunque no le entusiasmaba, sabía que no era el fin del mundo. Pero la cocaína... Ella no tenía ni idea. Y desde luego que no sabía que llevo un par de meses trapicheando. No puedo caer más bajo, y me siento el peor hijo del mundo.

Al fin, me obligo a levantar la vista del suelo, a enfrentarme a las consecuencias de mis actos. Lo primero que veo es a Eden. Me mira con expresión horrorizada, y rápidamente aparto la vista de ella. La he decepcionado a ella también, y la culpa me presiona de una manera horrible. Miro a mamá, pero tiene la cara enterrada en el pecho de Dave, mientras él la abraza con fuerza y consuela sus sollozos. Le acaricia la espalda y me mira con los ojos entornados.

—Mamá, no llores —murmuro, pero mi voz suena débil y rota—. No soy, esto..., adicto ni nada parecido. Es solo que..., bueno, me ayuda —admito en voz baja.

Es la verdad. Me ayuda. Me permite olvidar mis problemas, olvidarme de papá, durante unas horas.

Mamá intenta decir algo, pero en la postura en la que está, la camisa de Dave amortigua sus palabras y sigue llorando tanto que lo que dice resulta ininteligible. Está destrozada, y es todo por mi culpa. Yo le causo este dolor. Soy yo quien no deja de hacerle daño.

—Mamá, respira un segundo —le pido con amabilidad, y me acerco a ella despacio.

Todavía sigue abrazada a Dave, pero le pongo la mano en el hombro, suplicando que me mire. Necesito que me escuche. Necesito que me perdone.

Pero mamá se sacude mi mano del hombro, y finalmente levanta la cabeza para mirarme. Me mira a través de las lágrimas.

—He dicho —susurra— que te vayas.

—¿Qué?

—Vete de esta casa.

La sangre se me hiela en las venas; otro puñetazo en el estómago. ¿Está... está echándome de casa? Hemos alcanzado el punto de no retorno. Al fin he

tirado demasiado de la goma y se ha roto. Ya no es capaz de soportarme, y si yo lo hubiera hecho mejor, si lo hubiera intentado con más brío, nunca habríamos llegado a esto. Se me rompe el corazón, siento que me muero.

—¿Lo dices en serio?

Mamá se aparta del abrazo de Dave y se vuelve para mirarme. Tiene el corazón roto.

—Tyler, por favor —pide, pero los ojos se le vuelven a llenar de lágrimas que le caen por las mejillas enrojecidas. Me hace mucho daño verla llorar, y me mata saber que la razón de esas lágrimas soy yo—. Vete. Ya no puedo más con esto.

Me quedo en silencio, completamente desconcertado. Dave atrae a mamá de nuevo hacia él, abrazándola fuerte, ofreciéndole el apoyo que necesita. Miro a Eden. Todavía está procesando todo lo que acaba de descubrir y tiene la boca abierta, y los ojos aún más. ¿Ahora me odia? ¿Voy a perderla a ella también?

«Lo siento muchísimo. Lo he estropeado todo. He decepcionado a todo el mundo.»

No puedo mirar a nadie. Me siento demasiado avergonzado y culpable. Por eso sigo cabizbajo mientras admito mi derrota, mientras meto las manos en los bolsillos y me obligo a moverme. Paso al lado de mamá y de Dave mientras me dirijo al interior de casa, y ruego mentalmente con todas mis fuerzas que mamá pronuncie mi nombre, me llame y me diga que no lo decía en serio. Que no tengo que irme. Que aún me quiere a pesar de todos los errores que he cometido.

Pero se queda callada. Esto es lo que hay.

Noto la bilis subiendo por mi estómago mientras cruzo la cocina, y me siento un poco mareado. No soy capaz de procesar todo esto. Soy... soy un puto camello que acaba de volverse indigente y que ha preñado a su novia. Oficialmente he tocado fondo. No sé cómo enfrentarme a esto. No lo sé. Estoy completamente perdido. ¿Cómo voy a arreglar las cosas? ¿Cómo voy a recuperarme?

Me doy prisa en recorrer el vestíbulo y subir por la escalera, pero oigo pasos detrás de mí. Sé que es Eden incluso sin mirar. Es la única persona que vendría a buscarme ahora mismo, pero casi preferiría que no lo hiciera. No sé qué decirle. Qué respuestas darle.

Jamie y Chase están en lo alto de la escalera, y me miran con los ojos

como platos cuando paso a su lado. ¿Lo han oído? ¿A ellos también los he decepcionado? Ni tan siquiera puedo mirar a la cara a mis hermanos. Quiero esconderme del mundo entero, desaparecer por completo. Si fuera así de fácil...

Eden me sigue hasta mi habitación y, cuando los dos estamos dentro, cierro la puerta. Me gusta que esté aquí. Me hace pensar que quizá ella sí crea en mí. Pero sé que también está decepcionada, así que ahora mismo tampoco soy capaz de mirarla. Estoy demasiado centrado en el hecho de que mamá quiere que me vaya de casa. De que este ya no es mi hogar.

Cojo mi bolsa de lona del armario y meto dentro las primeras prendas de ropa que me encuentro. Ni tan siquiera soy capaz de pensar con claridad. Todo parece inconexo mientras busco más camisetas. ¿Me estoy yendo para siempre? ¿Mamá me dejará volver? La verdad es que no lo sé. Por si acaso, empaqueto toda la ropa que puedo, hasta que no entra más.

—¿Adónde vas a ir? —oigo cómo la voz ronca de Eden rompe el silencio.

Noto que está muy preocupada, y mientras me paso la correa de la bolsa por el hombro, levanto la vista. Nuestras miradas aterrorizadas se encuentran. Parece sentirse tan mal como yo, aunque es consciente de que soy yo el que lo ha estropeado todo. Vuelve a invadirme la culpa, así que aparto la vista otra vez. Si miro a Eden demasiado tiempo, creo que me vendré abajo, y estoy intentando evitarlo.

—No tengo ni idea —digo, pero noto la garganta muy seca. Hay demasiados pensamientos dando vueltas por mi cabeza cuando entro en el baño. ¿Adónde voy a ir? Solo soy un niño. No sé cómo enfrentarme al mundo. Es demasiado—. A casa de Dean. Quizá. No lo sé. Tengo la cabeza hecha un lío.

Hay un breve silencio, y luego desde detrás de mí, la voz tranquila de Eden pregunta:

—¿Has empezado a trapichear?

Ahora no es momento de mentir. Necesita la verdad, pero es difícil admitir eso. Me apoyo en el lavamanos y dejo salir la respiración que estaba conteniendo. Sigo de espaldas a ella, y mantengo la cabeza agachada y los ojos en el suelo.

—Hace poco.

—¿Por qué? —pregunta. Tiene la voz baja, tranquila.

Es una pregunta simple, pero es como si llevara consigo todo el peso del

mundo.

—Es fácil... verte metido en ello —admito. Ya no sé ni cómo puedo hablar. Me laten las sienes, tengo el estómago revuelto, las manos me empiezan a temblar—. Tiffani está furiosa. Probablemente intentará denunciarme, lo sé.

—No puedo creer que ella... —murmura Eden, pero ni tan siquiera es capaz de decir esa palabra.

—Yo tampoco —digo mientras me estiro para abrir el armario, pero entonces la realidad de la situación me golpea con fuerza.

Tiffani está embarazada. Yo no puedo... no puedo ser padre. Solo tengo diecisiete años. No estoy preparado mentalmente. Papá me tuvo a mí con diecisiete, y mira cómo salió. No puedo convertirme en él. No seré capaz de desenvolverme. Al menos papá y mamá se querían. Tiffani y yo somos tóxicos el uno para el otro.

Voy a vomitar. Rápidamente, me vuelvo y me inclino sobre el váter, con arcadas. Me apoyo en la pared, tengo el estómago ardiendo, pero no sale nada.

—Joder —mascullo.

—No sé qué decir, Tyler —admite Eden mientras se me acerca un poco. Me frota la espalda con suavidad mientras yo sigo inclinado sobre el retrete, respirando hondo—. ¿Dónde nos deja esto a nosotros?

—¿Qué?

—Nosotros —repite ella, y me doy cuenta de que traga saliva. Cuando habla otra vez, su tono se ha vuelto cauto, como si se adentrara en aguas turbulentas—. ¿Qué va a pasar con nosotros? ¿Y con Tiffani?

Otra vez siento que voy a vomitar, pero nada. Exhalo y me estiro, pero la cabeza me da vueltas tan deprisa que me siento fatal. Creo que voy a desmayarme de un momento a otro.

—No lo sé —digo, cuando me vuelvo para mirarla. Tiene mucho miedo, y yo también. Pero ahora mismo no puedo pensar en mi relación con ella. Tengo que encontrar un sitio donde dormir y hablar con Tiffani. Ya arreglaré lo demás después—. Antes necesito resolver todo esto.

—Yo tampoco lo sé —admite, y veo cómo sus hombros se desploman, mientras mira al suelo.

Me vuelvo al lavabo y me estiro para alcanzar el armarito y meter mis productos de aseo en la bolsa. Tengo que largarme de aquí. He de irme. Es lo

que quiere mamá, y no merezco ni la posibilidad de rogarle que me perdone.

—Por favor, tómalos —pide Eden, y veo que señala algo dentro del armarito. Me dedica una pequeña sonrisa llena de tristeza—. No te sentirás tan bajo todo el tiempo.

Sigo su mirada y me doy cuenta de que está hablando de los antidepresivos. Las pastillas siguen en el estante superior del armarito, llevo días sin tomarlos, y se me forma un nudo en la garganta. Casi nunca los tomo. Hay otras drogas por ahí que me hacen sentir mucho mejor, aunque no sean legales. No creo que nunca haya necesitado colocarme tanto como ahora, pero lucho contra esa urgencia. No puedo dejar que mi vida se joda todavía más, así que le hago caso a Eden. Cojo los antidepresivos y los meto en la bolsa. No puedo asegurar que los tome, pero lo intentaré. Por ella, por mí mismo.

Miro a Eden, la chica de la que me he enamorado. Después de todo lo que le he confesado, sigue conmigo. Todavía se preocupa por mí, a pesar de lo mucho que la he decepcionado. Ojalá hubiera sido capaz de darle más. Es demasiado buena para mí, no la merezco.

Paso mis brazos alrededor de ella y la acerco a mí. Cierro los ojos con fuerza y apoyo la barbilla en su cabeza, intentando reprimir las lágrimas que me empiezan a asomar a los ojos. Su cuerpo se amolda al mío con tanta perfección que no sé por qué nunca la he abrazado antes, porque sienta muy bien aferrarse fuerte a alguien, notar su cariño. Entierra la cara en mi pecho y se pega más a mí. Es casi como un adiós. La tengo así cogida durante un buen rato, absorbiendo su calidez, deseando no tener que marcharme.

Le pongo los labios en la frente y le beso la piel.

—Lo resolveré —susurro, apretándola fuerte antes de soltarla por fin.

No quiero dejarla. Ojalá supiera lo arrepentido que estoy.

Le hago un pequeño gesto de asentimiento final y paso junto a ella. Es casi una tortura tener que salir por la puerta de mi habitación, tener que marcharme. Si vuelvo la vista atrás, hacia ella, me derrumbaré. Estoy seguro. Así que mantengo la cabeza baja mientras salgo de la habitación, mientras noto cómo me tiemblan los labios.

—Sinceramente espero que lo hagas —oigo que susurra Eden a mi espalda, y por fin se me saltan las lágrimas.

Hace cinco años

La ola de terror y pánico que me invade consigue paralizarme, pero entonces una sensación de calma se extiende rápido por mi mente. De repente, todo se queda tranquilo en mi interior. Papá ya no podrá hacerme más daño. Todo ha acabado. No habrá más mentiras. Ni más excusas. Ni más dolor. Y eso... Eso es lo que quiero desesperadamente.

Sí. Ahora estoy deseándolo. Que todo esto acabe, que papá me pegue más fuerte, que apriete las manos un poco más alrededor de mi garganta para que termine de una vez. Y creo que lo hará.

La idea de desaparecer casi me tranquiliza.

Espero que mamá no sufra. La quiero muchísimo. La echaré de menos. De verdad que no quiero que llore demasiado, porque no me gusta nada que esté triste.

Y espero que Jamie y Chase no me extrañen demasiado. Ahora pueden quedarse la PlayStation 2 en su habitación para siempre. Les va a ir bien la vida.

Y papá..., espero que se arrepienta. Espero que sufra durante el resto de su vida, que lo amarguen la culpa y el dolor, y espero que se dé cuenta de cuánto he sufrido yo los últimos cuatro años. Es trágico. Mi padre, la persona que siempre me decía cuánto me quería, la persona a la que yo debía tomar como referente, la persona encargada de cuidar de mí, es la persona que me está asesinando.

Voy a la deriva, sigo esta oscuridad y toda la paz que conlleva.

Ahora ya me dejo ir.

Ahora

El pulso se me acelera mientras espero que alguien conteste a la puerta, y cada segundo que pasa parece una eternidad. Es tarde. En la calle, las luces de las farolas arrojan un brillo naranja que ilumina las sombras. La brisa suave que flota en el aire me refresca la piel del cuello y agacho la cabeza, con la mano aún en el asa de la bolsa que llevo al hombro.

Ha sido un día muy largo. He estado aparcado enfrente de la playa hasta ahora, mirando al agua durante horas, intentando aclarar mis ideas. Habría sido tan fácil... tan jodidamente fácil llamar a Declan Portwood. Mi vida está patas arriba, y todo lo que quería era olvidarme de lo que pasó, aunque solo fuera durante un rato. Pero luché contra ese deseo. Hasta borré el número de Declan del móvil. Necesitaba hacerlo bien. Tenía que decidir adónde ir. Pensé en casa de Dean. Allí me habrían acogido, seguro. Pero poco a poco empezó a parecerme obvio que solo había un sitio al que debería ir, y por eso ahora mismo estoy en el porche de la casa de Tiffani. A pesar de toda la tensión que hay entre nosotros, tenemos que hablar. Los dos nos hemos metido en este lío juntos, y no voy a dejar que se lo coma ella sola.

De repente, oigo el clic de la cerradura, y la puerta se separa unos centímetros. Parpadeo y me encuentro con los ojos azules de Tiffani mientras me mira a través de la rendija y deja escapar el aire.

—Tyler —dice.

—Tiff —susurro, y mientras abre la puerta del todo, acorto la distancia entre nosotros, dejando la bolsa en el suelo y desplomándome en sus brazos.

Ella me abraza, me aprieta con fuerza. Entierro la cabeza en su cuello y meto una mano entre su pelo. Cierro los ojos y aprieto los dientes mientras

intento no derrumbarme. Hace mucho que Tyler Bruce se fue. Estos días soy solo yo, y ni tan siquiera me importa que Tiffani vea lo jodido que estoy.

—Vamos arriba —me susurra al oído— y hablamos.

Asiento, aún apoyado sobre su hombro, antes de apartarme, y ella desliza su mano en la mía. Me lleva por el vestíbulo y por la escalera de mármol hacia su habitación, pero mis pasos son lentos y aletargados. Me he quedado sin energía, como si me la hubieran sacado del cuerpo. Ni siquiera estoy seguro de estar preparado para tener esta conversación con Tiffani. El asunto nos queda demasiado grande.

La tensión es evidente cuando entramos en la habitación. El silencio casi me marea, y ni siquiera sé por dónde empezar. Hay tanto que decir... tanto que resolver... Me suelto de Tiffani, me siento en el borde de su cama y entrelazo las manos sobre las rodillas. Ella se queda en el centro de la habitación, con sus pantaloncitos cortos y su camiseta, tocándose ansiosa las puntas del pelo, pero no soy capaz de mirarla a los ojos.

—Mi madre me ha echado de casa —le digo, rompiendo el silencio.

Aún tengo los ojos hinchados, y me duelen cada vez que parpadeo.

—Lo siento —dice Tiffani, pero luego deja escapar un suspiro. Cruza la habitación y se sienta en la cama a mi lado, rozándome el muslo con el suyo—. En realidad, no lo siento —admite, y percibo cómo me clava esos ojos azules. Sin embargo, sigo sin poder mirarla de frente—. Me... has engañado, Tyler.

—Lo sé —admito, tragando saliva con dificultad.

Creo que la furia del principio ya ha desaparecido, porque ahora mismo solo suena herida. Vuelvo a sentirme culpable, y eso me hace recordar que he llevado este asunto de la peor manera posible. No debería haber dejado que Tiffani me controlara. Tendría que haber acabado con la relación antes, da igual cuáles fueran las consecuencias, y tampoco debería haber estado con Eden a sus espaldas. Ni debería haber sido tan egoísta.

—Lo siento —le digo, y mi disculpa es sincera. Al fin la miro y parece derrotada. Nunca la había visto así. Su actitud orgullosa ha desaparecido por completo, y todo lo que queda ahora es una chica con el corazón roto—. Yo... tengo una historia con Eden —murmuro, moviendo las manos en un intento de explicarme—. No puedo evitarlo. No pretendía herirte, Tiffani.

—No quiero hablar de eso —dice, moviendo despacio la cabeza en un gesto de negación. Se lleva las manos a la frente y se las pasa por el pelo,

respirando hondo—. Tenemos que olvidarnos de eso, porque tenemos... un problema bastante mayor.

—¿Estás... —No puedo ni decirlo. Hace que se me revuelva el estómago e incluso me llevo la mano a la boca—, de verdad estás...?

Tiffani se aparta las manos de la cara y se vuelve para mirarme. Yo también la miro, y finalmente, nuestros ojos se encuentran. Los rasgos se le contraen, los labios le tiemblan, el azul de sus iris brilla con nuevas lágrimas.

—Estaba esperando el momento adecuado para decírtelo —murmura, y es como si de nuevo fuera la primera vez que lo escucho. Siento como si todo en mi interior se bloqueara.

—Pero ¿cómo? —suelto, volviéndome hacia ella, mientras sacudo la cabeza sin dar crédito. No es posible. Tomamos precauciones. Siempre hemos tenido cuidado—. Estabas tomando la píldora.

—Supongo que me salté un par de ellas. No sé —admite Tiffani, pero sus palabras suenan histéricas, y están teñidas de pánico. Se levanta y se vuelve a llevar las manos al pelo, dando pasos nerviosos delante de mí—. Estoy superasustada —admite, y estalla en llanto.

—No pasa nada —la tranquilizo rápidamente. Me inclino hacia ella y le cojo las manos, para apartárselas de la cara. Sin soltarla, acerco la cabeza hacia la suya y la miro a los ojos—. No pasa nada —le repito, con voz firme. Los dos estamos sin aliento, superasustados. Ninguno de los dos sabe qué cojones hacer, y me callo que yo también estoy aterrorizado—. Lo resolveremos. No tú, ni yo. Sino nosotros —la tranquilizo, aunque hablo demasiado rápido—. ¿Vale?

Hace un pequeño gesto de asentimiento, mientras las lágrimas le resbalan por las mejillas. Luego, la abrazo, poniendo su cabeza en mi pecho y enterrando la cara en su pelo. Tenemos que olvidarnos de nuestras diferencias. Le he hecho daño, y ella a mí también. Pero no podemos centrarnos en eso ahora. Tenemos que madurar y dejarnos de chorradas. Tenemos que hacer lo correcto.

—Tenemos que permanecer juntos, Tyler —gimotea Tiffani aún en mi pecho.

—Lo sé —murmuro en su pelo, pero la dura realidad de la situación me envenena el alma.

Me muero por estar con Eden, pero si ya era complicado antes, ahora parece imposible. Tengo que quedarme con Tiffani. No puedo dejarla, y

menos ahora.

Tiffani se incorpora, se aleja de mí, pero sigo cogiéndole los hombros. Se seca las lágrimas y luego me mira.

—Voy a perdonarte —sentencia después de un minuto, con voz tranquila—, pero solo porque no me queda más remedio.

—Yo también te perdono.

Frunce el ceño.

—¿Por qué?

—Por chivarte a mi madre —le aclaro. Tiffani tampoco es completamente inocente. Esta mañana intentó arruinarme la vida, y consiguió lo que quería. Pero ahora tengo que sobreponerme. Ya no hay tiempo para juegucitos. Hemos de ser responsables, tenemos que ser adultos—. ¿Puedo... puedo quedarme aquí?

—Tyler —dice, y se muerde el labio. Se encoge de hombros apartando mis manos de ellos y da un par de pasos hacia atrás alejándose de mí—, sabes que mi madre se pondría como loca. Igual que siempre.

—Por favor —le ruego, cogiéndola del brazo. La acerco a mí hasta que nuestros cuerpos se tocan—. No tengo adónde ir. Solo un par de noches hasta que pueda hablar con mi madre. Por favor, Tiffani —pido en tono bajo, con la voz rota.

Sus ojos se clavan en los míos. No sé qué está buscando, pero, sea lo que sea, parece encontrarlo. Al final, deja escapar un suspiro y asiente con un pequeño gesto.

—De acuerdo, pero mi madre nos va a matar.

Me invade el alivio. Espero poder instalarme aquí un par de días mientras mamá piensa las cosas con detenimiento. Echarme fue una decisión impulsiva, así que solo puedo esperar que lo lamente cuando pasen unos días.

—¿Se lo has contado ya? —le pregunto, mientras me siento otra vez en el borde de su cama—. A tu madre, digo.

La madre de Tiffani ya me odia sin saberlo, así que me imagino cómo se pondrá cuando se entere de que he preñado a su hija.

—No —responde Tiffani de forma abrupta, acompañado de un gesto firme con la cabeza. Se me sienta en el regazo, y me pasa los brazos por los hombros acariciándome el pelo de la nuca—. De momento, es nuestro secreto, ¿vale? —murmura, mirándome a los ojos. Está muy cerca, su boca a escasos centímetros de la mía, y de repente me doy cuenta de que se me tensa

el cuerpo. La expresión de su mirada cambia y empieza a transformarse en algo que me resulta demasiado familiar. Segura de sí, manipuladora, tomando el control—. Bueno, Eden también lo sabe, claro —dice encogiéndose de hombros. Junta los labios y me pasa una mano por la mandíbula, inclinándose la cara para hacer que la mire—. Pero parece que le gusta guardar secretos, así que no creo que tengamos que preocuparnos por ella —murmura, y luego me besa.

Pero sus labios no bastan para distraerme del veneno de su voz.

Hace cinco años

El primer pensamiento que me viene a la cabeza cuando, despacio, abro un ojo, es que el cielo se parece muchísimo a la vida real.

Huele a desinfectante y a café. Hay cuatro pares de ojos mirándome. Tengo el cuerpo destrozado. Estoy en la cama de un hospital, tumbado sobre un montón de almohadas. Hay un vaso de agua en la mesilla de mi izquierda. Dos de los cuatro pares de ojos pertenecen a agentes de policía. Los otros dos a un hombre y una mujer que van trajeados. Permanecen al lado de la puerta, observándome con expresión triste.

El ojo derecho se niega a abrirse. Vuelvo el izquierdo hacia los policías. Uno está sentado en una silla en la esquina, el otro permanece de pie a su lado. Me lleva un minuto reconocer al primero. Es el mismo agente de la semana pasada. El que me recogió en la calle. El que fue majo conmigo. Es el agente González.

—Tyler —dice con tranquilidad, y su voz frágil rompe el silencio. La habitación está cargada y resulta agobiante. No sé qué está pasando. Tengo la cabeza hecha un lío. Intento centrarme en el agente González—, ¿me recuerdas? Nos conocimos la semana pasada.

No puedo ni asentir. No puedo hacer nada. Estoy completamente inmóvil y no entiendo lo que pasa alrededor. El agente González señala al otro policía.

—Este es el agente Johnson. Y me gustaría presentarte a Paul y a Janice —dice señalando a las dos personas que están en la puerta—. Son trabajadores sociales. Van a cuidar de ti.

Intento abrir la boca para decir algo, para preguntar qué está pasando, pero mi cara no es más que una masa palpitante. Tengo la garganta demasiado

seca. No soy capaz de articular palabra. No sale nada. Me miro los brazos, pero están llenos de manchas negras y azules. Una de mis manos está vendada. Y también llevo una venda en la cabeza.

Oigo al agente González murmurar en voz baja:

—Por favor, dadnos un minuto.

Hay pasos. La puerta se cierra. Lo miro. Ahora estamos los dos solos en la habitación. Se levanta, coge la silla y la pone al lado de mi cama. Se sienta. Deja caer la cabeza y se lleva las manos al rostro.

—Tyler —dice, pero se le rompe la voz. Levanta la cara para mirarme y veo sus ojos marrones llenos de dolor—, lo siento tanto... Tenía que... Tenía que haberme dado cuenta.

—¿Qué... qué pasó? —consigo articular al fin.

Al hablar me duele la garganta, pero no tengo energía para alcanzar el agua de la mesilla. Me siento tan débil, tan falto de vida...

El agente González niega con la cabeza mirando al suelo, y cierra los ojos un segundo. Está incómodo. Le tiemblan los labios cuando vuelve a mirarme, pero también veo que sus ojos sonríen.

—Tu hermano Jamie —dice—. Tienes suerte de tenerlo, si no fuera por él, a lo mejor ahora mismo no estabas aquí. Él nos llamó. Llegamos justo a tiempo. —Entrelaza las manos sobre las rodillas y se queda callado un momento. Despacio, respira hondo y vuelve a mirarme—. Tu padre está detenido, Tyler —explica, y el mundo se me cae encima.

Lo sabe. Todos lo saben. El secreto que llevo cuatro años guardando es del dominio público. Han descubierto lo que es capaz de hacer mi padre. Y lo... ¿lo han arrestado? Se acabó. Se acabó de verdad, para siempre.

—Mira... —dice el agente, pero no es capaz de hablar. Se incorpora, se seca una lágrima con el pulgar, y luego se sienta en el borde de la silla y me mira a los ojos—. Te prometo que nunca más te hará daño. Te lo garantizo personalmente. Te vas a poner bien.

—¿De verdad? —susurro.

No lo creo. Parece que todo se desmorona a mi alrededor. Esperaba que acabase, pero no creía que estuviera vivo para verlo.

—De verdad —me confirma con un gesto convencido.

Me extiende la mano, pero sabe que no puedo estrechársela, así que me da una suave palmada en el vendaje y esboza una pequeña sonrisa. Está llena de

remordimiento y tristeza, pero también de esperanza y tranquilidad, y decido que voy a creerlo.

Me voy a poner bien. Nadie volverá a hacerme daño.

La puerta se abre de repente y el silencio se rompe cuando mamá irrumpe en la habitación, los tacones repiqueteando contra el suelo, seguida del agente Johnson, que intenta contenerla cogiéndola del brazo. Mi madre se queda clavada en el suelo cuando me ve. El horror le desfigura los rasgos y un grito enloquecido se escapa de su garganta. Se lleva las manos a la boca, completamente abierta.

No tengo que verme para saber lo mal que estoy. El dolor que siento me basta y me sobra.

—¿Qué ha pasado? —grita mamá mientras se lanza hacia mí, casi pasando por encima del agente González.

Está a punto de cogerme la mano, pero se detiene cuando ve el lamentable estado en el que me encuentro, y rompe a llorar, negando con la cabeza, con la mano aún delante de la boca. Acaba de salir de trabajar. Todavía lleva la blusa y la falda, pero se le han soltado algunos mechones del recogido y le caen delante de la cara. Odio verla llorar. Quiero que pare, decirle que no pasa nada, que ya ha acabado. Ahora estoy a salvo. No tiene que llorar.

—Ella —la llama el agente González mientras se levanta de la silla—, ¿podemos hablar fuera? —Se interpone entre mamá y yo y le coloca una mano en el hombro, con firmeza. Baja la voz y se inclina para acercarse más a ella, pero aun así oigo sus palabras—. Delante de Tyler no, por favor.

Mamá sigue llorando mientras sale detrás de él y se dirige al pasillo. El agente Johnson se va con ellos. Paul y Janice entran en la habitación y cierran la puerta sin dejar de observarme. Vuelve el silencio.

Cierro el ojo y vuelvo a la oscuridad. ¿Le están contando la verdad a mamá? ¿Están a punto de romperle el corazón? No sé si puedo soportarlo. Aguardo, escuchando, contemplando la oscuridad. Noto mis latidos lentos y pesados. Mi respiración se ralentiza.

Y entonces lo oigo. La explosión en llanto de mamá. Sus sollozos desesperados resuenan por los pasillos, se me clavan en los oídos, suben de volumen más y más, llenos de un dolor que nunca quise causarle. Está gritando, un lamento estrangulado que parece llevarse el aire de mi alrededor, ahogándonos a los dos.

No quería destrozarla.

Mamá irrumpe en la habitación aún deshecha en lágrimas. El agente González y el agente Johnson vienen detrás, pero no puedo mirarlos. La única persona a la que veo es a mamá. Tiene la cara surcada de lágrimas y las manos en el pecho, como si quisiese sujetar los pedazos rotos de su corazón. Sus ojos histéricos y llenos de dolor se clavan en los míos, y siento que yo también me rompo por dentro. Es como si cuatro años de miedo llegaran a su término, y el alivio es sobrecogedor, así que yo también estallo en llanto.

—Mamá —susurro.

Quiero que me abrace, que me apriete fuerte contra ella y me prometa que a partir de ahora todo va a ir bien. Que me protegerá. Que papá jamás me volverá a hacer daño.

—Tyler. —Llora y niega con la cabeza repetidamente, como diciendo: «No, no, no, esto no puede ser verdad».

Viene hacia mí, con los brazos extendidos, pero Janice se pone frente a ella y levanta una mano.

—Señora Grayson, disculpe, pero Tyler siente mucho dolor. Será mejor que no lo...

—Déjela —ordena el agente González, y no oigo lo que dice después, pero los cuatro salen de la habitación.

Los policías y los trabajadores sociales se van y nos dejan solos a mamá y a mí.

Antes de que la puerta llegue a cerrarse, ella ya cae de rodillas al suelo al lado de mi cama. Le tiemblan los labios y el rímel le cae en churretones por la cara. Me mira con los ojos hinchados y rojos.

—Estoy aquí, mi amor, estoy aquí. —Llora me coge la mano con cuidado, la entrelaza con la suya y luego apoya la mejilla en nuestras manos unidas, llorando sobre mi piel.

Sacude los hombros por causa del llanto y tiene la respiración entrecortada; desearía poder evitar su sufrimiento, de igual forma que ella desearía poder evitar el mío.

Le aprieto fuerte la mano.

Ya está conmigo.

Ahora

Es viernes, han pasado cinco días y aún no he sabido nada de mamá. He esperado que me llamase, o al menos que me mandase un mensaje de texto, pero no se ha puesto en contacto conmigo. ¿Sabrá siquiera dónde estoy? ¿Sabe si estoy bien? Me imagino que sigue enfadada conmigo. No es propio de mamá ignorarme de esta manera; se pasa la vida encima de mí, asegurándose de que estoy bien, haciéndome saber que se preocupa por mí. El domingo, daré el primer paso. Intentaré hablar con ella.

Durante un par de días, tampoco supe nada de Eden. Tiene todo el derecho del mundo a estar enfadada conmigo, así que me esperaba ese silencio. El miércoles, sin embargo, me sorprendió ver su nombre brillando en la pantalla del móvil. Era un mensaje muy simple: ¿estoy bien? Pero, aunque sabía la respuesta, no fui capaz de admitir que «no, no lo estoy». Así que no contesté, y no he contestado tampoco a ninguno de los otros mensajes que me mandó. Me invitó a tomar un café con ella ayer en la Refinería. Me preguntó si estaba en casa de Dean. Me aconsejó que no quedase con Declan. Luego, me preguntó si me acordaba de lo que había pasado entre nosotros el fin de semana. No fui capaz de contestarle a nada.

Pues claro que recuerdo lo que pasó el sábado. Lo he tenido en la cabeza toda la semana. Ojalá las cosas hubieran salido de otro modo. Parecía que por fin todo se encaminaba. Yo iba a arreglar la situación, iba a estar con ella y solo con ella. Pero ahora parece que he perdido todo lo que tenía. De repente estoy en otro camino, y ya no sé en qué parte de mi vida encaja Eden.

—O sea, que no estabas de coña cuando dijiste que no habría cerveza, ¿eh? —oigo decir a Jake, y aparto la vista de la lluvia que golpea los cristales para dirigirla a él.

Está tumbado en el sofá de enfrente, con la cabeza descansando en el apoyabrazos. No habla conmigo, sino con Tiffani.

Ella ha invitado a nuestros amigos a venir a casa, pero de momento, es todo bastante incómodo. A lo mejor es porque solo han llegado Jake y Dean. Meghan está castigada, Rachael no ha aparecido y Eden no está invitada. Además, fuera cae una lluvia torrencial, lo cual solo hace que todo sea más deprimente. El cielo está gris y parece que nunca va a dejar de llover.

—¿Por qué no podemos, por una vez, pasárnoslo bien sin emborracharnos? —dice Tiffani, a mi lado, y no me hace falta ni mirarla para saber que está poniendo los ojos en blanco con aire dramático. Está sentada con las piernas cruzadas, la cabeza apoyada en mi brazo y una mano sobre mi pierna. Le tira el mando de la tele a Jake, y está a punto de darle en la cabeza—. Busca algo decente.

Mi vista se posa en Dean, pero él ya me está mirando con el ceño fruncido. Está sentado en el sofá, en el extremo opuesto al de Jake, pero se lo ve tieso y claramente incómodo. Echa una mirada significativa a la mano que Tiffani tiene en mi rodilla y luego sacude la cabeza con desaprobación.

—¿Alguno puede mandarle un mensaje a Rachael y preguntarle dónde coño está? —pregunta Tiffani, y deja escapar un suspiro mientras se incorpora en el suelo y se separa de mí para ponerse de pie—. Iré por algo de comida —dice volviéndose hacia todos nosotros; luego se va a la cocina.

En cuanto estamos fuera del alcance de su oído, Dean aprovecha la oportunidad para formularme la pregunta que se muere por hacer.

—Entonces, ¿qué? ¿Lo habéis dejado? —pregunta escéptico, levantando una ceja—. Porque, desde luego, no lo parece.

—Algo así —admito. En realidad no sé qué somos Tiffani y yo ahora, aunque seguro que no estamos oficialmente juntos ni nada por el estilo. Me dejo caer sobre los cojines y miro a Dean suspicaz—. ¿Quién te lo ha dicho?

—¿Tú qué crees? Rachael —responde, pero supongo que lo habría averiguado yo solo.

Tiffani habló con Rachael ayer por la noche, y son amigas íntimas. Por supuesto que la habrá puesto al corriente de todo lo que ha pasado en la última semana... ¿Le habrá contado que trabajaba para Declan Portwood? ¿Que tenía una relación con Eden? ¿Que me han echado de casa? ¿Que está embarazada? ¿Nuestros amigos saben todo eso?

De repente, me levanto como un resorte y miro a Dean con mala cara.

—¿Qué más has oído? —le pregunto con tono amenazante. Tengo demasiados secretos y quiero que sigan siendo eso: secretos.

—Joder, tío, sí que eres problemático —comenta Jake mientras sigue cambiando de canal. Ni me mira, pero probablemente pretenda sacarme de mis casillas. Le encanta verme perder los papeles—. Hemos oído que lo habías dejado con Tiff; sin embargo, yo diría que estás viviendo aquí. Vamos, que vosotros dos seguís siendo pareja. Qué escándalo —remata con ironía. Deja el mando de la tele y por fin se vuelve para mirarme—. Fin de la historia —dice, y, aunque no lo sabe, sus palabras me llenan de alivio. Está claro que no saben todo lo demás.

Tiffani me llama alegre desde la cocina, así que aprieto los dientes y dejo esta conversación. Acudo para ver qué quiere y cuando llego ella está echando nachos en un cuenco. Hay palomitas en el microondas, y me apoyo en la encimera mientras observo a Tiffani detenidamente. Su sonrisa es casi demasiado feliz, forzada y falsa. A veces, me pregunto si Tiffani es mejor actriz que yo. ¿Cómo puede parecer tan tranquila? ¿Cómo es capaz de comportarse como si tuviéramos todo bajo control cuando en realidad no es así? Llevo toda la semana al límite, apenas duermo, cada vez que pienso en nuestra situación, me dan náuseas. ¿Cómo es capaz de fingir que todo va bien?

El pitido del microondas hace que Tiffani se vuelva para coger las palomitas de su interior, pero el recipiente le quema las manos y ella se ríe a carcajadas mientras lo suelta sobre la encimera. Me mira pestañeando mientras se pone roja. No soporto este numerito, me saca de quicio, pero hago lo posible por sonreírle. Incluso le cojo las manos.

—¡Rachael! —exclama de repente cuando la ve a unos metros detrás de mí. Coge el recipiente con las palomitas y me aparta de su camino para ir hacia su amiga. Yo me pellizco la nariz, cierro los ojos y respiro hondo. Pero entonces es cuando oigo a Tiffani decir—: ¿Eden?

Me vuelvo inmediatamente con el corazón a punto de salirse por la boca... Y ahí está. En la puerta, al lado de Rachael, aparece Eden, y es la primera vez que la veo desde el domingo.

—¡Te has tomado tu tiempo en vernos! —dice Rachael mientras entra en casa.

—Lo siento —dice Tiffani, pero el tono de su voz ha cambiado por completo. Igual que su actitud. Está tensa, y parece clavada al suelo mientras

observa a Eden.

Pero Eden solo tiene ojos para mí. Nuestras miradas se encuentran, y el color avellana de sus ojos hace que me vuelva a enamorar otra vez. Dios, cómo la echo de menos. Pero ¿qué está haciendo aquí? Está nerviosa, puedo verlo en su expresión, en sus rasgos perfectos. ¿He echado a perder lo que había entre nosotros? ¿Aún siente algo por mí? Quiero correr hacia ella, cogerla en brazos y disculparme. Decirle que quiero estar con ella. Que la amo.

—Tiff, ¿podemos hablar contigo un segundo? —le pregunta Rachael desde la escalera, tras haberse aclarado la garganta.

—Claro —responde ella, pero toda la normalidad y alegría que intentaba aparentar empiezan a desvanecerse.

Veo que entorna los ojos hasta quedarse con una mirada dura, y sus gestos reflejan enfado cuando posa el recipiente de las palomitas con un golpe en la encimera y se aleja de mí. Pasa al lado de Rachael, casi empujándola, en dirección al piso de arriba.

No sé qué demonios está pasando, pero necesito hablar con Eden. Me dirijo a ella a toda prisa, aunque en realidad ni tan siquiera sé qué decirle. Me doy cuenta de que Dean nos está mirando, y noto retortijones en el estómago cuando me acerco. Pero de repente, ella también se va escalera arriba detrás de Tiffani y de Rachael. Por suerte, alcanzo a cogerla del brazo. Tiro de ella hacia mí y le hablo al oído.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le susurro.

Sé que Eden puede ser muy valiente, pero hay que tener los nervios muy templados para presentarse en esta casa. Tiffani podría arruinarle la vida si quisiera. Hacerla una desgraciada. Poner a todo el mundo en su contra.

—Podría preguntarte lo mismo —dice Eden en tono cortante.

Se suelta de mi brazo y da un paso atrás, lanzándome una mirada airada. Está furiosa, pero también decepcionada. Sobre todo, está herida.

Sé lo que parece. Pero no he vuelto con Tiffani. No quiero estar con Tiffani. Solo he venido aquí porque no me queda otra opción, porque no puedo dejarla tirada cuando me necesita. No soy una persona de fuertes principios, pero sí creo en hacer lo correcto cuando puedo. Papá cometió demasiados errores, y nunca se esforzó por enmendarlos. Yo no voy a ser como él.

No sé qué decirle a Eden, al menos aquí y ahora. Así que no insisto. Me

dirijo a donde están Dean y Jake, y oigo a Rachael llamar a Eden desde el piso de arriba; cuando, a los pocos segundos, me vuelvo, Eden ha desaparecido. Me dejo caer en el sofá y me llevo las manos al pelo, mientras suelto un gruñido.

—¿Qué pasa? —pregunta Dean, y me alegro de no ser el único que no tiene ni idea.

¿Qué hace Eden aquí? ¿Por qué está arriba con Tiffani y Rachael? ¿De qué demonios están hablando? Empiezo a pensar mil cosas y me pongo paranoico. ¿Está pasando algo de lo que yo no me he enterado?

Tengo la vista fija en la pantalla del televisor, pero ni lo veo. El corazón me late demasiado deprisa. Casi me lanzo escalera arriba para averiguar que está ocurriendo, pero me obligo a quedarme quietecito. Me digo a mí mismo que estoy sobreanalizando la situación, que me estoy poniendo nervioso por nada, pero no soy capaz de evitar preguntarme una y otra vez lo mismo. Estoy demasiado atacado y no soy capaz de calmarme.

—Tyler —oigo que me llama la voz de Eden tras un par de minutos. Vuelvo la cabeza para mirarla y veo que baja la escalera casi corriendo—. Tengo que hablar contigo. Ahora mismo. En la cocina —suelta, y suena tan histérica que inmediatamente sé que pasa algo malo. ¿Le ha dicho algo Tiffani? ¿Qué ha pasado?

Me levanto del sofá como un resorte y sigo a Eden hasta la cocina. Se mete hasta la esquina más alejada de Dean y Jake, y yo me paro delante de ella. Frunzo el ceño confuso mientras intento descifrar el pánico que veo en su rostro. ¿Está bien?

—Tiffani no está embarazada —susurra Eden, apretando los dientes—. Está fingiendo para que vuelvas con ella.

No consigo procesar sus palabras, así que retrocedo un paso y parpadeo confundido mientras la miro.

—¿Qué?

—¡Nos lo acaba de admitir!

El mundo parece detenerse por un momento mientras esta revelación cala en mí. Tiffani... ¿me ha mentado? ¿Todo esto no fue más que una patraña? Joder, me sorprende más de lo que debería. Tendría que haber sabido que no iba a cambiar. Es una zorra manipuladora de primera. ¿Cómo puede haber caído tan bajo? Estoy pensando en la otra noche. En todas las lágrimas que vertió, el dolor de su cara... Todo era una puta farsa. ¿Cómo pudo hacerme

esto? ¿Cómo fue capaz de inventarse una mentira tan cruel? ¿De verdad está tan desesperada por que no la deje?

Siento la mano de Eden en el brazo, la calidez de su piel me reconforta, pero de repente ese contacto desaparece. Oigo pasos que se acercan a toda prisa por la escalera, y cuando me vuelvo, la veo. A Tiffani. Parece una loca. Tiene las mejillas empapadas en lágrimas y corre hacia mí.

—Cariño, por favor, lo siento —gime, estirando la mano para tocarme. Llora todavía más fuerte que el domingo por la mañana, y el pecho le sube y le baja a un ritmo enloquecido. Así que es verdad. Se está disculpando. Me mintió—. ¡Lo siento..., lo siento mucho!

Evito la mano que me extiende y la miro negando con la cabeza, sin dar crédito. Es patética.

—¡Eres una psicópata! —le grito, y la casa entera se queda en silencio.

Dean y Jake nos observan desde el salón; Rachael, desde la escalera.

—¡Te odio! —grita Tiffani, pero no me está hablando a mí.

No, le habla a Eden, como si ahora fuera culpa suya. Pero no lo es. Tiffani es la única culpable de lo que está pasando, a pesar del desprecio con el que mira a Eden, y juro que, durante un segundo, su expresión parece incluso amenazadora.

Me doy cuenta de que Tiffani tiene la oportunidad de contar el secreto que Eden y yo compartimos. ¿Por qué no iba a hacerlo? Odia a Eden, y, llegados a este punto, imagino que tiene claro que de ninguna manera voy a volver con ella. ¿Por qué querría protegernos? Tiene todos los motivos imaginables para contarle la verdad a todo el mundo, y no espero otra cosa. Aguardo a que lo cuente todo. A que mis amigos piensen que estoy loco de remate.

Pero Tiffani no dice nada. Solo deja escapar un gemido y nos da la espalda. Luego corre escalera arriba con la cara oculta entre las manos. Hasta empuja a Rachael tan fuerte al pasar junto a ella que esta choca contra la pared.

«Menuda zorra.» Al final, chasqueo la lengua y doy un manotazo sobre la encimera. Cierro los ojos con fuerza y respiro hondo.

«Buenas noticias», me digo. Tiffani no está embarazada, lo que significa que ya no hay ninguna razón para que tenga que permanecer a su lado. Por fin me he librado de ella. Por fin ha acabado todo.

—Me voy —anuncio cuando vuelvo a abrir los ojos—. No pienso quedarme aquí. Está loca.

Me siento casi... aliviado. Eden sigue a mi lado, mirándome con sus preciosos ojos. Aún parece aterrorizada, pero ya no tiene por qué sentirse así. Todo va a salir bien. Podré empezar a resolver mi vida tal como tenía pensado, y podré centrarme en Eden. «Por fin voy a estar con ella.»

Oigo el golpe que da la puerta del dormitorio de Tiffani al cerrarse, pero me da igual. No siento ninguna simpatía por ella. Se convencerá a sí misma de que la víctima es ella, pero qué va. Ninguno somos inocentes. Lo único que quiero es irme de esta maldita casa. Cojo las llaves del coche de la encimera, voy hacia la puerta y dejo atrás a mis amigos, cuyos ojos siguen clavados en mí. Confío en que Rachael pueda rellenar las lagunas que tienen Dean y Jake sobre el asunto, porque ahora mismo yo no tengo energía para quedarme aquí. Abro la puerta de la entrada y me recibe la lluvia torrencial y el aire fresco que respiro como si fuera un regalo.

Soy libre. Por fin soy libre, joder.

Llueve tanto que me empapo por completo mientras cruzo corriendo el césped en dirección al coche, que está aparcado en la entrada. Me meto dentro y cierro la puerta, luego dejo salir el aire que he contenido. Me quedo sentado en silencio mientras me paso una mano por el pelo mojado y miro la lluvia caer sobre el parabrisas. Me gusta el repiqueteo. Siento que me relaja mientras miro por la ventanilla y trago saliva con la vista puesta en la puerta de la casa de Tiffani. Espero que venga Eden. Ruego que venga.

Mientras tanto, enciendo el motor, listo para emprender la huida. Nos largaremos juntos, nos escaparemos de aquí, iremos a casa. Hablaré con mamá, arreglaré las cosas; de ahora en adelante, lo haré todo bien. Estoy listo para cambiar.

Al fin, se abre la puerta de la entrada y Eden sale con la capucha puesta. Se la ajusta bien alrededor de la cara y corre hacia el coche, con sus Converse (un par distinto, claro) chapoteando en todos los charcos que se han formado en el camino. Se para fuera de la ventanilla y golpea el cristal con los nudillos, pero la veo borrosa por culpa de la lluvia.

No sé qué está haciendo, pero bajo un poco la ventanilla y le grito:

—¡Sube al coche!

Eden se sube al asiento del copiloto a toda prisa, dejando entrar la lluvia y el viento. Cierra la puerta de inmediato y deja escapar una buena bocanada de aire mientras se quita la capucha. Tiene las mejillas encendidas y la cara pálida y rodeada por mechones empapados. No lleva nada de maquillaje, pero

no lo necesita. Sus ojos de color avellana son tan brillantes, tan cautivadores...

—¿Estás lista? —le pregunto agarrando el volante.

—No, Tyler —dice con tranquilidad—. Voy a volver dentro.

Espera. ¿Qué? ¿No se viene conmigo? ¿Va a volver dentro? Durante un segundo, me pregunto si está de broma, pero cuando me fijo en su expresión, me doy cuenta de que no: va en serio.

—¿Para qué demonios has salido entonces?

—Porque —explica, mientras se pasa una mano por la cara para limpiarse las gotas de lluvia— primero tengo que hablar contigo, así que escucha. —Su tono se ha vuelto solemne, y me mira directamente a los ojos mientras forma una línea recta con los labios—. Lo primero es lo primero: por favor, jamás vuelvas con Tiffani.

Casi me echo a reír. ¿De verdad se piensa que podría volver con Tiffani después de esto?

—Que le den a Tiffani —suelto mirando la lluvia que cae fuera. Enfadado, pongo los ojos en blanco y agarro el volante con más fuerza—. Es increíble.

—Tyler —dice Eden, pero ahora su voz es más tranquila, baja, ronca. Tiene una expresión intensa en los ojos, y siento como si pudieran tragarme mientras la miro. Me contempla con preocupación—. Por favor, ve a casa y habla con tu madre. Esta allí sola y, confía en mí, te dejará volver. Necesita decirte algo realmente importante.

Si mamá tuviera algo vital que decirme, ya me habría llamado. No he sabido nada de ella, lo que significa que todavía no me ha perdonado.

—Allí no soy bienvenido —digo con una mueca rígida.

—Lo digo en serio —insiste Eden. Se mueve en el asiento para volverse hacia mí mientras juguetea con las manos en el regazo. Parece nerviosa, y el ambiente está empezando a tensarse, aunque sigo sin entender por qué—. Solo escúchala, Tyler. Ve a casa y pregúntale sobre Nueva York.

La miro. No tengo ni idea de qué coño está diciendo.

—¿Nueva York?

—Habla con tu madre, Tyler —pide con un pequeño gesto de la cabeza que pretende darme ánimos.

—Vale —asiento al fin.

De todas formas, ya había planeado hablar con mamá. Dejo escapar un suspiro, me paso la mano por el pelo y noto la humedad de la lluvia.

De repente, Eden se queda en silencio y, cuando la miro, me está contemplando con una expresión que nunca le había visto antes. Los bordes de sus ojos parecen fruncirse, y a la vez brillan, y se muerde los labios con fuerza, pero aun así, no dejan de temblar. Pasa algo malo. Nunca la había visto en este estado.

—¿Qué? —le pregunto.

—Mataría por poder besarte cada día —dice tan bajito que no es más que un susurro. Esa voz ronca... Es completamente hipnotizante con el repiqueteo de la lluvia sobre el coche de fondo.

—Puedes —le digo, incorporándome en el asiento y moviendo la cabeza hacia ella. Se me empieza a acelerar el pulso mientras la miro con una sonrisa, tratando de fijarla en mi mente. Trago saliva. Podría besarla ahora mismo. Y mañana. Y pasado mañana. Podría besarla todos los días de mi vida—. Cada día. No me importaría.

—A mí tampoco —responde, pero luego respira hondo. La expresión de su cara se llena de preocupación—. Pero ese es el problema, Tyler. A *nosotros* no nos importaría —murmura—. ¿Y a los demás?

Me lleva un minuto procesar la pregunta. ¿Qué está diciendo? No puede ser que ahora le entren las dudas. Nos hemos implicado hasta el fondo, lo hemos llevado hasta el final. Sé que somos hermanastros, pero es solo una etiqueta. No tenemos lazos de sangre. Es raro, ya, pero no está mal. Lo superaremos. ¿Estará... asustada? «No, por favor.»

—Podemos sortear a los demás. Podemos resolverlo. Lo comprenderán. Quizá no al comienzo, pero acabarán por entenderlo —suelto todo de golpe, pero el pánico que me embarga me rompe la voz. Suena como si ella ya no quisiera estar conmigo. Suena como si no estuviera segura de nuestra relación—. En serio. Seremos capaces de sobrellevarlo. Lo... lo conseguiremos.

—Tyler —me corta, y hace una pausa. Contengo el aliento mientras escucho, pero de repente se le llenan los ojos de lágrimas y parpadea rápidamente para deshacerse de ellas. Hay un foganazo de auténtica desesperación en su mirada cuando susurra—: No podemos estar juntos.

Y es como si me hubiera disparado. El corazón se me rompe en mil pedazos que se me clavan en el pecho. ¿Por qué me está haciendo esto? Pensaba que las cosas por fin, por fin, se estaban encaminando. Teníamos una oportunidad. Pero ahora... No puedo aceptarlo. Sacudo la cabeza sin dar crédito, intentando sacarme sus palabras de la memoria, deseando que las

retire. Tengo los ojos cerrados, pero me obligo a abrirlos, aunque corro el riesgo de llorar.

—No acabas de decir eso —consigo farfullar, pero casi no se me oye. Tengo la voz demasiado débil.

Cuando miro a Eden, está llorando. Las lágrimas le caen por las mejillas; aunque intenta contenerlas, hay demasiadas y el flujo es interminable. Esto no es lo que quiere, lo sé, pero entonces, ¿por qué lo hace? ¿Por qué se lo está cargando todo?

—Sencillamente no podemos hacerlo —sentencia con su voz ronca, y puedo ver la batalla que se está librando en su interior. Me tiembla el pecho.

—No me hagas esto. Te lo ruego. Por favor, Eden —le imploro, intentando convencerla con todas mis fuerzas. La voz se me tiñe de desesperación. No puedo mirarla mientras me echa de su vida, así que tengo que volver la cabeza hacia la ventanilla y respirar hondo. Observo la lluvia caer por el cristal, y desearía que todo se quedase en suspenso. Que dejase de llover, que Eden se detuviera—. Ya hemos llegado hasta aquí. No te puedes rendir ahora.

—Tenemos que hacerlo.

—Dime qué quieres que haga y lo haré —balbuceo rápidamente mientras me vuelvo hacia ella. Aprieto el volante con las manos y muevo una de ellas hasta la rodilla de Eden. Haré cualquier cosa, lo que sea—. Haré que funcione.

La mirada desolada de Eden baja hasta la mano que le acabo de poner en la rodilla y, despacio, niega con la cabeza. No es capaz de mirarme a los ojos cuando susurra:

—No me lo pongas más difícil.

No puede hacerme esto. Nunca pensé que encontraría a alguien como ella. Alguien que se preocupe por mí tanto como yo por ella. Alguien a quien puedo abrirme, alguien en quien confiar. Alguien que me hace querer ser mejor. Estoy enamorado de ella.

—Necesito estar contigo —susurro, y luego trago saliva. Le cojo la mano y entrelazo nuestros dedos, me niego a dejar que se vaya mientras me inclino hacia el centro del coche para estar más cerca de ella. Al fin vuelve a mirarme, pero puedo ver lo difícil que es para ella—. ¿No lo entiendes? Tú no eres mi distracción —le explico.

Tiffani era una distracción. El alcohol y las drogas eran una distracción.

Pero Eden es muchísimo más que eso. Llegó a mi vida cuando más la necesitaba, incluso aunque en ese momento yo no lo supiera. Es mi salvadora.

—Este soy yo, Eden. Este. Ahora —mascullo. Yo también estoy llorando, pero ni tan siquiera intento disimularlo—. Me estás haciendo convertirme en un puto desastre, pero no me importa, porque es lo que soy. Soy un desastre. Y lo que me encanta de ti es que tengo permiso para ser un desastre a tu lado, porque confío en ti. Eres la única persona a la que le he importado lo suficiente para descifrarme. Quiero ser tu desastre.

—Me seguirás importando —dice Eden mientras sigue llorando—. Pero como tu hermanastra.

—Eden —intento de nuevo, apretándole la mano. No es necesario que nos separemos. Somos un equipo, encontraremos la forma de darles la noticia a nuestros padres. ¿Y qué más nos da lo que piense la gente? A mí al menos no me importa nada—. ¿Qué hay del fin de semana pasado? Nosotros... ¿No significó nada? ¿Todo el puto verano no ha significado nada?

—No es que no haya significado nada. Hemos aprendido mucho —dice Eden. Baja la vista a nuestras manos entrelazadas y aprieta la mía. Sigue agarrada a mí.

—¡No es justo! —grito, golpeando el volante con la otra mano. No puedo dejar que todo esto se quede así... en nada—. Te lo he contado todo sobre mí. Te he confesado la verdad. He roto con Tiffani, y ahora probablemente ya esté planificando cómo arruinarme la vida incluso más de lo que ya está, pero no me importa, porque pensé que valdría la pena. Creí que merecería la pena, porque pensaba en ti. Te ponía a ti primero. ¿Sabes qué era lo único que rondaba en mi cabeza cuando salí de esa casa hace un momento? «Por fin puedo estar con Eden.» —Y ahora eso ya no va a pasar, y duele de cojones. Finalmente, aparto la mano de la de Eden y me froto los ojos. Estoy impasible cuando vuelvo a mirar la lluvia a través de la ventanilla—. Y ahora vienes aquí fuera y me dices que no quieres.

—¿Crees que yo quiero hacer esto? —me replica Eden de repente, subiendo la voz por el enfado—. Porque desde luego que no, pero lo estoy haciendo porque es lo mejor para los dos. No quiero descubrir que te pones peor si esto sale mal. ¿Qué piensas hacer si nuestros padres nos descubren y nos odian? Este no es el momento oportuno. No podemos con esto. Debes

recomponer tu vida, porque tienes que ir a Nueva York y no necesitas esto encima de todo lo demás.

—¿Qué demonios hay en Nueva York? —pregunto, ahora gritando yo también. Los dos lloramos, pero estamos tan frustrados que nos empezamos a enfadar. No con el otro, sino con la situación—. ¿Por qué no me lo puedes decir?

—Porque tu madre quiere hacerlo —dice Eden, bajando de nuevo la voz.

Se queda callada y solloza varias veces mientras se limpia las lágrimas. El tiempo transcurre. Los dos permanecemos en silencio, y todo lo que oigo es el repiqueteo de la lluvia y mi propia respiración. Finalmente, Eden dice:

—Sea lo que sea lo que hay entre nosotros, tenemos que ignorarlo a partir de ahora. Tenemos que parar ahora antes de que nos veamos metidos hasta el cuello.

Eden ya ha tomado una decisión, y está claro que no hay absolutamente ninguna forma de que cambie de idea. Esto es lo que quiere. Tengo que respetarla, y aunque es lo más doloroso del mundo, al menos no lo hace porque yo ya no le importe, sino porque somos hermanastros, y las cosas serían demasiado complicadas si intentáramos ser algo más. He hecho lo que he podido, pero no es suficiente para convencerla. No tengo otra opción más que aceptarlo.

—Si eso es lo que de verdad quieres... —murmuro despacio, con los ojos fuertemente cerrados y un nudo en la garganta—, si de verdad, de verdad quieres que ignoremos lo que sentimos... entonces supongo que tengo que hacerlo.

Abro los ojos y miro a Eden una vez más. Trato de fijar en mi memoria cada uno de los rasgos de esta preciosa chica a la que tengo delante. ¿Cómo voy a olvidar todo lo que ha pasado este verano? ¿Cómo finjo que no hay nada entre nosotros? Tengo que... dejar que se vaya de mi lado, y no sé ni cómo empezar. Detengo la vista en esos jugosos labios que me hicieron enloquecer desde el primer momento en que los vi. Me descubro inclinándome para acercarme a ella. Me muero por besarla, una última vez.

De repente, Eden pasa las piernas por encima de la consola central y se pone encima de mí. Siento cómo traga saliva mientras me pone las manos, tan cálidas, en el cuello, y no aparto la vista de ella mientras nuestros labios se juntan.

Si esta va a ser la última vez que puedo besarla, entonces voy a hacer que

sea especial. Le pongo las manos en la cintura, acercándola a mí hasta que está completamente pegada a mi pecho. La beso muy despacio. Tengo miedo de perderme algo. Me encanta sentir su boca contra la mía, y la beso una y otra vez hasta que la sensación se queda grabada en mi mente para siempre. No quiero que se vaya nunca, y tampoco creo que ella quiera irse. Me coge la cara con las manos y me acaricia la mandíbula con los pulgares. Me devuelve el beso con la misma delicadeza, como si fuera algo frágil y sagrado. Porque de verdad es así: frágil y sagrado.

Podría estar abrazado a ella eternamente. Tengo que hacer un esfuerzo enorme para decidirme a soltarla, y soy incapaz de reprimir un pequeño quejido al hacerlo. Sigo con los ojos cerrados, y las manos de Eden aún me acarician la mandíbula. Siento cómo vuelve a acercármese; la suave piel de su mejilla roza la mía. Tenerla abrazada es increíble, y permanecemos así, entrelazados en un momento eterno.

—Hermanastros —susurra ella, y siento su aliento cálido en el oído—. Nada más.

—Nada más —murmuro.

Agacho la cabeza mientras Eden vuelve al asiento del copiloto. Ya quiero besarla otra vez, sentir su piel sobre la mía, decirle que la quiero. Pero no soy capaz de encontrar las palabras. Estoy destrozado y nada de lo que diga cambiará las cosas.

No soy capaz de mirarla cuando se va. Dejo las manos en el volante y vuelvo la cabeza hacia la ventanilla; me pongo a contemplar la lluvia otra vez. Se está volviendo un auténtico diluvio. Cuando Eden abre la puerta del coche, todo lo que oigo es el estruendo de la lluvia que golpea el suelo. Unos segundos después, la puerta se cierra, y cuando miro, ella ya se ha ido.

Mientras la veo cruzar el césped corriendo, volviendo a la casa, siento un agudo dolor en el pecho, no puedo seguir mirándola. Me duele demasiado verla irse de esa manera, así que me pongo el cinturón de seguridad y me largo yo también. Salgo de la entrada para coches de la casa de Tiffani y, a pesar de lo mucho que me gustaría acelerar como un loco y salir quemando rueda, no puedo por culpa de la lluvia. Me veo obligado a recorrer la calle a paso de tortuga, encorvado sobre el volante, asiéndolo con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos.

Echo un vistazo al espejo retrovisor, y sé que no debería. Aún alcanzo a ver a Eden. Está parada en medio del césped, mirando cómo me voy, pero la

lluvia me la desdibuja. Se va haciendo más y más pequeña en la distancia. Cuando desaparece por completo, me desmorono por fin.

La carretera se emborrona delante de mí, pero no por la lluvia. Me tiemblan los labios, me tiro del pelo con una mano y no dejo de sollozar. Siento que mi vida se deshace. Si ya pensaba que estaba roto antes, ahora soy imposible de arreglar, ya no tengo remedio. Me siento tan perdido, tan abandonado.... Ahora mismo solo necesito a una persona con la que siempre puedo contar: mi madre.

Me dirijo a casa por primera vez en toda la semana, avanzando con esfuerzo a través de la lluvia y reprimiendo las lágrimas. Mi vida está en ruinas, y he perdido a la chica que se preocupaba por mí. La chica que me escuchaba. La chica que me hacía creer que yo podía llegar a estar bien. Estaba preparado para ser mejor solo por ella. Pero ya no está, y ahora ya no sé qué sentido tiene. Por fin estaba progresando, por fin estaba preparado para empezar a arreglar mi vida, pero ahora me parece que he vuelto a la casilla de salida otra vez. No tengo propósitos, motivos o metas.

El Range Rover de mamá está aparcado en la entrada cuando llego a casa. Me detengo tras él, abro la puerta y salgo a la lluvia. El pecho me sube y me baja con cada respiración mientras miro hacia mi casa y dejo que las gotas caigan sobre mí, empapándome el pelo y deslizándose por la cara. Necesito muchísimo a mi madre.

Corro a través del césped, pero ella ya debe de haberme visto, porque la puerta principal se abre justo cuando estoy llegando. A través de las lágrimas, mamá aparece borrosa, pero aún así irradia amor y calidez. Ella lo es todo para mí. Lleva años viendo cómo me destrozo la vida, pero siempre ha estado disponible y nunca he necesitado tanto como ahora que me asegure que todo va a salir bien. Todo está cambiando.

—Tyler —murmura, y me derrumbo en sus brazos mientras lo pongo todo perdido de agua y la empapo a ella.

—Mamá —lloro sobre su hombro. La aprieto muy fuerte, me agarro a ella con todo mi ser. Las rodillas no me sostienen. No puedo abrir los ojos, estoy llorando demasiado. Abrazado a ella, tiemblo sin control, noto el pecho oprimido y el corazón desbocado—. Lo siento. Lo siento muchísimo —susurro, y mi madre me abraza aún con más fuerza, llorando conmigo.

Me arrepiento de haberla decepcionado. Me arrepiento de haber cometido tantos errores. Me arrepiento de no haber podido ser suficiente para Eden. Me

arrepiento de todo.

Y en ese momento, me hago una única promesa a mí mismo. A mis amigos. A mis hermanos. A Eden.

Prometo que voy a ser mejor persona.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos mis increíbles lectores por ser unos fans tan entusiastas de la historia de Tyler y Eden, y por seguir su viaje durante tanto tiempo. Vuestro apoyo lo es todo para mí.

Gracias al equipo de Black&White Publishing por ser los editores de mis sueños. Sois la mejor gente con la que trabajar, y os lo agradezco a todos y cada uno de vosotros. Gracias por apoyarme tanto con la idea de escribir la historia de Tyler.

Gracias a Emma Ferrier por ser mi compinche en esto de la escritura y escuchar siempre mis ideas a pesar de lo mucho que divago. Gracias también a Rachael Lamb, Olivia Matthews, Milly Shimmin y Jess Cook por vuestro infinito apoyo.

Y gracias a mi madre y a mi padre por seguir apoyándome y animándome mientras hago realidad mi sueño. Os quiero muchísimo.

«Sé que confesarlo no es una opción. Nunca.»

Tyler es víctima de un grave abuso físico por parte de su padre. Además del dolor de las heridas, sufre la angustia mental de mantenerlo en secreto. Más tarde, ya de adolescente, sigue sin ser capaz de hablar sobre las consecuencias de las acciones de su padre en su propia salud mental.

Nos gustaría que los lectores de *Forever You* supieran que existen servicios de ayuda gratuitos, confidenciales y disponibles las veinticuatro horas del día. Igual que le sucede a Tyler, puede que no te resulte fácil, pero, por favor, no temas pedir ayuda si te ves afectado por problemas como los descritos en este libro.

Los siguientes números ofrecen consejo, ayuda y apoyo y escucharán lo que necesites contarles.

Fundación anar: 900 20 20 10.

Teléfono de la esperanza: 717 003 717.

Línea de ayuda a la infancia: 116111.

Notas

1. En español en el original. (*Todas las notas son de la traductora*).

[1.](#) En español en el original.

[2](#). En español en el original.

[1.](#) En español en el original.

[1.](#) En español en el original.

[2](#). En español en el original.

[1.](#) En español en el original.

[2](#). En español en el original.

[1](#). En español en el original.

Forever You
Estelle Maskame

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Just don't mention it*

© del texto: Estelle Maskame, 2018
© Black and White Publishing, Ltd., 2018
Publicado mediante acuerdo con VicLit Agency
© de la traducción, Cristina Carro, 2018
© de la ilustración de la portada, peopleImages.com/Gettyimages, Mat Henry Gunther

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-08-20471-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

cada libro, cada volumen
que ves aquí, tiene un alma
el alma de la persona que lo escribió
y de aquellos que lo
leyeron, vivieron y soñaron con él.

